

COLECCIÓN HISTORIA

HISTORIA ECLESIAÍSTICA

EUSEBIO DE CESAREA

TRADUCCIÓN DIRECTA DEL GRIEGO

POR

GEORGE GRAYLING



LA FORMACIÓN DE LA IGLESIA
DESDE EL SIGLO I HASTA EL SIGLO III

HISTORIA ECLESIAÍSTICA

**LA FORMACIÓN DE LA IGLESIA
DESDE EL SIGLO I HASTA EL SIGLO III**



HISTORIA ECLESIAÍSTICA

**LA FORMACIÓN DE LA IGLESIA
DESDE EL SIGLO I HASTA EL SIGLO III**

EUSEBIO DE CESAREA

TRADUCCIÓN DIRECTA DEL GRIEGO
POR
GEORGE GRAYLING



editorial clie

COLECCIÓN HISTORIA

EDITORIAL CLIE

M.C.E. Horeb, E.R. n.º 2.910 SE-A

C/ Ferrocarril, 8

08232 VILADECAVALLS (Barcelona) ESPAÑA

E-mail: libros@clie.es

Internet: [http:// www.clie.es](http://www.clie.es)

HISTORIA ECLESIAÍSTICA

COLECCIÓN HISTORIA

© 2008 por CLIE para la presente versión española, introducción y notas

Traducción directa del griego por George Grayling

Todos los derechos reservados

Depósito legal:

ISBN: 978-84-8267-476-6

Impreso en

Printed in Spain

Clasifíquese:

300 HISTORIA:

Historia de la Iglesia Primitiva

CTC: 01-03-0300-10

Referencia: 22.44.95

ÍNDICE GENERAL ESQUEMÁTICO DE LA OBRA

INTRODUCCIÓN.....	11
La fe y la historia	11
Eusebio y el nacimiento de la historiografía cristiana	14
El conflicto arriano	19
El concilio de Nicea	22
Eusebio y Constantino	25
Obras	27
Texto y traducción	31
LIBRO I.....	33
1 Fundamento de la promesa	35
2 Resumen de los aspectos principales de la preexistencia y de la divinidad de nuestro Salvador y Señor Jesucristo, el Cristo de Dios	36
3 Cómo el nombre de Jesús, e incluso el de Cristo, eran conocidos desde el principio y venerados por los profetas inspirados por Dios	41
4 Cómo el carácter de la religión anunciada por Cristo a todas las naciones no era nuevo ni desconocido	44
5 Sobre el tiempo en que Cristo se apareció a los hombres	46
6 Cómo, según las profecías, cesó en tiempo de Cristo la línea de los primeros gobernadores de los judíos, y Herodes, el primer extranjero, fue su rey	47
7 Sobre la supuesta contradicción en los Evangelios con relación a la genealogía de Cristo	48
8 De la maquinación de Herodes contra los niños, y de la catástrofe que le sobrevino	51
9 Acerca de los tiempos de Pilato	53
10 Acerca de los sumos sacerdotes judíos bajo los cuales Cristo dio a conocer su enseñanza	54
11 Testimonios acerca de Juan el Bautista y de Cristo	55
12 Acerca de los discípulos de nuestro Salvador	56
13 Relato acerca del soberano de Edesa	57
LIBRO II.....	61
Prefacio	63
1 Sobre la vida de los apóstoles después de la ascensión de Cristo	63
2 Cómo se turbó Tiberio cuando Pilato le refirió acerca de Cristo	65
3 Cómo la Palabra de Cristo recorrió todos los rincones del mundo en breve tiempo	66
4 Cómo, después de Tiberio, Cayo nombró rey de los judíos a Agripa y castigó a Herodes con el destierro perpetuo	67
5 Cómo Filón hizo una embajada a Cayo en favor de los judíos	68
6 Acerca de los males que recayeron sobre los judíos después de su crimen contra Cristo	69
7 Cómo también Pilato se suicidó	70
8 Acerca del hambre en tiempos de Claudio	71
9 Martirio del apóstol Santiago	71
10 Cómo Agripa, llamado también Herodes, tras perseguir a los apóstoles, inmediatamente sufrió el castigo de Dios	72
11 Acerca del impostor Teudas	73
12 Acerca de Elena, reina de Adiabene	74

HISTORIA ECLESIASTICA

13	Acerca de Simón el mago	74
14	Acerca de la predicación del apóstol Pedro en Roma	75
15	Acerca del Evangelio de Marcos	76
16	Cómo Marcos fue el primero en predicar el conocimiento de Cristo a los egipcios	77
17	Los hechos que Filón narra acerca de los ascetas en Egipto	77
18	Obras de Filón que han sido conservadas hasta nosotros	80
19	Sufrimientos que sobrevinieron a los judíos de Jerusalén el día de la Pascua	81
20	Acerca de lo que sucedió en Jerusalén en tiempos de Nerón	82
21	Acerca del egipcio también mencionado en los Hechos de los Apóstoles	82
22	Cómo Pablo fue enviado cautivo desde Judea a Roma y, tras defenderse, fue absuelto de toda culpa	83
23	Acerca del martirio de Jacobo, el llamado hermano del Señor	84
24	Cómo Anciano fue el primer ministro nombrado, después de Marcos, en la iglesia de Alejandría	87
25	Acerca de la persecución, bajo Nerón, con la que Pablo y Pedro se adornaron con el martirio por la religión	87
26	Cómo los judíos sufrieron muchísimos males, y cómo suscitaron su última guerra contra los romanos	88
LIBRO III.....		89
1	Lugares en los que los apóstoles predicaron a Cristo	91
2	Quién fue el primero en dirigir la iglesia de Roma	91
3	Acerca de las epístolas de los apóstoles	91
4	Acerca de la primera sucesión apostólica	92
5	Acerca de los últimos tormentos de los judíos después de Cristo	93
6	Acerca del hambre que angustió a los judíos	95
7	Acerca de las profecías de Cristo	98
8	Acerca de las señales anteriores a la guerra	100
9	Acerca de Josefo y de sus escritos	101
10	Cómo cita Josefo los libros divinos	102
11	Cómo Simeón dirige la iglesia de Jerusalén después de Jacobo	103
12	Cómo Vespasiano manda buscar a los descendientes de David	103
13	Cómo Anacleto fue el segundo obispo de Roma	103
14	Cómo Abilio fue el segundo en dirigir a los alejandrinos	104
15	Cómo Clemente fue el tercer obispo de Roma	104
16	Acerca de la carta de Clemente	104
17	Acerca de la persecución en tiempos de Domiciano	104
18	Acerca del apóstol Juan y del Apocalipsis	105
19	Cómo Domiciano manda dar muerte a los de la familia de David	105
20	Acerca de la familia de nuestro Salvador	105
21	Cómo Cerdón fue el tercero en dirigir la iglesia de Alejandría	106
22	Cómo Ignacio fue el segundo en dirigir la iglesia de Antioquía	107
23	Relato acerca del apóstol Juan	107
24	Acerca del orden de los Evangelios	109
25	Acerca de las divinas Escrituras admitidas y de las que no lo son	111
26	Acerca del mago Menandro	112
27	Acerca de la herejía de los ebionitas	113
28	Acerca del herejarca Cerinto	113
29	Acerca de Nicolás y de los que se denominan con su nombre	114
30	Acerca de los apóstoles cuyo matrimonio se ha demostrado	115
31	Acerca de la muerte de Juan y de Felipe	115
32	Cómo fue martirizado Simeón, el obispo de Jerusalén	116
33	Cómo Trajano prohibió buscar a los cristianos	117
34	Cómo Evaristo fue el cuarto en dirigir la iglesia de Roma	118
35	Cómo Justo fue el tercero en dirigir la iglesia de Jerusalén	118
36	Acerca de Ignacio y de sus cartas	118

ÍNDICE GENERAL ESQUEMÁTICO DE LA OBRA

37	Acerca de los evangelistas que entonces todavía se distinguían	120
38	Acerca de la carta de Clemente y de los textos que se le atribuyen falsamente	121
39	Acerca de los escritos de Papías	121
LIBRO IV		125
1	Obispos de Roma y de Alejandría en el reinado de Trajano	27
2	Lo que sufrieron los judíos en tiempos de Trajano	127
3	Los que defendieron la fe en tiempos de Adriano	128
4	Obispos de Roma y de Alejandría durante el mismo tiempo	128
5	Obispos de Jerusalén desde el Salvador hasta los tiempos mencionados	128
6	El último sitio de los judíos en tiempos de Adriano	129
7	Aquellos que por entonces fueron los jefes de la falsamente llamada ciencia	130
8	Escritores eclesiásticos de la época	132
9	Carta de Adriano acerca de la necesidad de juicio para perseguirnos	133
10	Obispos de Roma y de Alejandría durante el reinado de Antonino	133
11	Acerca de los heresiarcas de aquella época	134
12	Acerca de la apología de Justino a Antonino	135
13	Rescripto de Antonino al Concilio de Asia referente a nuestra religión	136
14	Lo que menciona referente a Policarpo, amigo de los apóstoles	137
15	Cómo Policarpo sufrió el martirio juntamente con otros cristianos en Esmirna bajo Vero	138
16	Cómo Justino, el filósofo ya anciano, fue martirizado por la palabra de Cristo en Roma	143
17	Acerca de los mártires que Justino menciona en su propia obra	144
18	Discursos de Justino que han llegado hasta nosotros	145
19	Los que dirigieron las iglesias de Roma y de Alejandría durante el reinado de Vero	147
20	Los que dirigieron la iglesia de Antioquía	147
21	Acerca de los escritores eclesiásticos que se distinguieron en la misma época	147
22	Acerca de Hegesipo y de los que él menciona	148
23	Acerca de Dionisio, obispo de Corinto, y de las cartas que escribió	149
24	Acerca de Teófilo, obispo de Antioquía	150
25	Acerca de Felipe y de Modesto	151
26	Acerca de Melitón y de los mencionados por él	151
27	Acerca de Apolinar	153
28	Acerca de Musano	153
29	Acerca de la herejía de Taciano	154
30	Acerca de Bardesanes y las obras que se le atribuyen	155
LIBRO V		157
	Prefacio	159
1	Cuántos y cómo lucharon por la piedad en tiempos de Vero en la Galia	159
2	Cómo los mártires, amados de Dios, recibían y atendían a los que fallaron durante la persecución	167
3	Sobre la aparición que tuvo en sueños el mártir Atalo	169
4	Cómo los mártires recomendaban a Ireneo en su carta	169
5	Cómo Dios hizo llover para el emperador Marco Aurelio en respuesta a las oraciones de los nuestros	170
6	Lista de los obispos de Roma	171
7	Cómo hasta aquellos tiempos los fieles hacían milagros de poder	172
8	Cómo Ireneo menciona las divinas Escrituras	172
9	Los que fueron obispos en tiempos de Cómodo	174
10	Acerca de Panteno, el filósofo	174
11	Acerca de Clemente de Alejandría	175
12	Acerca de los obispos de Jerusalén	176
13	Acerca de Rodón y de las disensiones entre los marcionitas que él menciona	176
14	Acerca de los falsos profetas catáfrigas	177
15	Acerca del cisma de Blasto que tuvo lugar en Roma	177

HISTORIA ECLESIASTICA

16	Todas las cosas que se mencionan sobre Montano y los falsos profetas que le siguieron	178
17	Acerca de Milciades y de los tratados que compuso	180
18	Cómo Apolonio refutó a los catáfrigas y demás herejes que él menciona	181
19	De Serapión y la herejía de los frígios	183
20	Discusiones escritas de Ireneo con los cismáticos de Roma	184
21	Cómo Apolonio fue martirizado en Roma	185
22	Obispos que cobraron fama en aquellos tiempos	185
23	Acerca de la controversia sobre la Pascua que se suscitó por aquel tiempo	186
24	Acerca de la disensión de Asia	187
25	Cómo se llegó a una decisión unánime entre todos sobre la Pascua	189
26	Toda la elocuencia de Ireneo que nos ha llegado	189
27	Todo lo que hay de los demás que florecieron entonces	189
28	Acerca de los que desde el principio profesaron la herejía de Artemón, cuál fue su conducta y cómo se atrevieron a corromper las Santas Escrituras	190
LIBRO VI.....		193
1	Acerca de la persecución en tiempos de Severo	195
2	Acerca de la educación de Orígenes desde niño	195
3	Cómo aún siendo joven se ocupaba de la doctrina de Cristo	197
4	Cuántos, habiendo recibido la instrucción de Orígenes, fueron mártires	199
5	Acerca de Potamiena	199
6	Acerca de Clemente de Alejandría	200
7	Acerca del escritor Judas	200
8	Acerca del valor de Orígenes	201
9	Acerca de los milagros de Narciso	202
10	Acerca de los obispos de Jerusalén	203
11	Acerca de Alejandro	203
12	Acerca de Serapión y las obras suyas que se conservan	204
13	Acerca de las obras de Clemente	205
14	De las escrituras que menciona Clemente	206
15	Acerca de Heraclas	207
16	Cómo Orígenes se había dedicado al estudio de las divinas Escrituras	208
17	Acerca del traductor Símaco	208
18	Acerca de Ambrosio	209
19	Todo cuanto se dice de Orígenes	209
20	Cuántos tratados se conservan de los de entonces	212
21	Los obispos que fueron famosos en aquellos tiempos	212
22	Las obras de Hipólito que han llegado hasta nosotros	213
23	Acerca del celo de Orígenes, y cómo fue considerado digno del presbiterado eclesiástico	213
24	Qué escribió Orígenes en Alejandría	214
25	Cómo Orígenes mencionó las Escrituras canónicas	214
26	Cómo consideraban los obispos a Orígenes	216
27	Cómo Heraclas recibió en sucesión el episcopado de Alejandría	217
28	Acerca de la persecución de Maximino	217
29	Acerca de Fabián: cómo fue milagrosamente indicado por Dios como obispo de Roma	217
30	Otros discípulos de Orígenes	218
31	Acerca de Africano	218
32	Comentarios que Orígenes escribió en Cesarea de Palestina	219
33	Acerca del engaño de Berilo	219
34	Los acontecimientos en tiempos de Felipe	220
35	Cómo Dionisio sucedió a Heraclas en el episcopado	220
36	Qué otras obras preparó Orígenes	220
37	Acerca de la división de los cristianos de Arabia	221
38	Acerca de la herejía de Helcesaítas.	221
39	Acerca de los tiempos de Decio	222

ÍNDICE GENERAL ESQUEMÁTICO DE LA OBRA

40	Acerca de lo que sucedió a Dionisio	222
41	Acerca de los que fueron martirizados en la misma Alejandría	223
42	Acerca de otros mártires mencionados por Dionisio	226
43	Acerca de Novato: su carácter y su herejía	227
44	Relato de Dionisio referente a Serapión	230
45	Carta de Dionisio a Novato	231
46	Acerca de las otras cartas de Dionisio	231
LIBRO VII		233
	Prólogo	235
1	Acerca de la perversidad de Decio y de Galo	235
2	Los obispos de Roma en tiempos de estos dos emperadores	235
3	Cómo Cipriano, junto con sus obispos, fue el primero en decretar que era preciso que los que se convertían del extravío herético debían ser purificados por medio del bautismo	235
4	Cartas que redactó Dionisio acerca de esta cuestión	236
5	Acerca de la paz después de la persecución	236
6	Acerca de la herejía de Sabelio	237
7	Acerca del malvado error de los herejes, de la visión enviada por Dios a Dionisio y de la regla eclesiástica que él recibiera	237
8	Acerca de la heterodoxia de Novato	238
9	Acerca del bautismo impío de los herejes	238
10	La persecución de Valeriano	239
11	Sufrimientos de Dionisio y de los cristianos de Egipto	241
12	Acerca de los que fueron martirizados en Cesarea de Palestina	244
13	Acerca de la paz en tiempo de Galieno	244
14	Los obispos que florecieron en aquel tiempo	245
15	Cómo Maríno fue martirizado en Cesarea	245
16	Relato referente a Astirio	246
17	Anulación milagrosa de un falso milagro	246
18	Acerca de las señales de la grandeza de nuestro Salvador que sucedieron en Paneas	247
19	Acerca del trono de Jacobo	247
20	Acerca de las cartas de Dionisio sobre festividades donde se establece la regla pascual	248
21	Problemas espirituales y de orden natural de Alejandría	248
22	Acerca de la peste que tuvo lugar en Alejandría	249
23	Acerca del reinado de Galieno	251
24	Acerca de Nepote y de su división	252
25	Acerca del Apocalipsis de Juan	253
26	Acerca de las cartas de Dionisio	256
27	Acerca de Pablo de Samosata y de la herejía por él suscitada en Antioquía	256
28	Acerca de los obispos ilustres que eran famosos por aquel tiempo	257
29	Cómo Pablo fue redargüido y excomulgado	257
30	Acerca de la refutación que Malquión hace de la doctrina heterodoxa de Pablo	258
31	Acerca del heterodoxo extravío de los maniqueos que empezaba precisamente entonces	261
32	Acerca de los varones eclesiásticos que fueron notables en nuestro tiempo, y cuáles de ellos vivieron hasta el ataque contra las iglesias	262
LIBRO VIII		267
	Prólogo	269
1	Acerca de los acontecimientos anteriores a la persecución de nuestro tiempo	269
2	Acerca de la destrucción de las iglesias	271
3	Cómo se comportaron los que combatieron en la persecución	272
4	Acerca de los mártires de Dios dignos de ser celebrados con cánticos porque colmaron todo lugar con su memoria tras ceñirse diversas coronas a causa de su piedad	273
5	Los mártires de Nicomedia	273
6	Acerca de los funcionarios cristianos en casas imperiales	274

HISTORIA ECLESIAÍSTICA

7	Acerca de los mártires egipcios en Fenicia	276
8	Acerca de los mártires de Egipto	277
9	Acerca de los mártires de Tebaida	278
10	Relato escrito por el mártir Fileas acerca de lo que se llevó a cabo en Alejandría	279
11	Acerca de los mártires de Frigia	281
12	Acerca de muchos otros, hombres y mujeres, que lucharon de diversos modos	281
13	Acerca de los presidentes de las iglesias que con su sangre demostraron la sinceridad de la piedad de la que eran embajadores	283
14	Acerca del carácter de los enemigos de la piedad	286
15	Acerca de lo sucedido a los de fuera	289
16	Acerca del cambio positivo de las circunstancias	289
17	Acerca de la palinodia de los soberanos	290
	Apéndice	292
LIBRO IX		295
1	Acerca de la fingida distensión	297
2	Acerca del empeoramiento posterior	299
3	Acerca de la escultura recién construida en Antioquía	299
4	Acerca de los decretos contra nosotros	300
5	Acerca de las falsas memorias	300
6	Acerca de los que fueron martirizados en este tiempo	301
7	Acerca del escrito contra nosotros fijado en las columnas	303
8	Acerca de los sucesos acontecidos después de esto: hambre, peste y guerras	305
9	Acerca del fin de los tiranos y palabras que dijeron antes de su muerte	307
10	Acerca de la victoria de los emperadores amigos de Dios	311
11	Acerca de la perdición final de los enemigos de la religión	313
LIBRO X		317
1	Acerca de la paz que nos fue concedida por Dios	319
2	Acerca de la restauración de las iglesias	320
3	Acerca de las fiestas de dedicación en todo lugar	320
4	Panegírico por el feliz estado de las cosas	321
5	Copias de las leyes imperiales referentes a los cristianos	334
6	Copia de una carta imperial por la que se hace donación de dinero a las iglesias del norte de África	338
7	Acerca de la inmunidad de los clérigos	339
8	Acerca de la maldad final de Licinio y de su destrucción	339
9	Acerca de la victoria de Constantino y de lo que éste procuró para los súbditos del Imperio romano	342
ÍNDICE DE NOMBRES MENCIONADOS		345
ÍNDICE DE TEXTOS Y ESCRITOS DE LOS PADRES DE LA IGLESIA Y OTROS AUTORES DE LA ANTIGÜEDAD CITADOS POR EUSEBIO EN SU HISTORIA ECLESIAÍSTICA		361
ÍNDICE DE TEMAS		369

INTRODUCCIÓN

La fe y la historia - Eusebio y el nacimiento de la historiografía cristiana - El conflicto arriano - El concilio de Nicea - Eusebio y Constantino - Obras: A. *Históricas*. B. *Apológicas*. C. *Dogmáticas*. D. *Bíblicas*. E. *En honor de Constantino* - Texto y traducción

La fe y la historia

El interés por el conocimiento histórico de la Iglesia obedece desde el principio a la naturaleza misma del cristianismo, que es religión esencialmente histórica, relato de la intervención de Dios en la vida de los hombres. Desde los días de los patriarcas, sabemos que el Dios creador de cielos y tierra es un ser que interviene en los avatares de los seres que Él ha creado; que el Dios de la revelación se compromete en la historia, y se revela en ella para realizar la salvación de un pueblo que escoge como suyo para que anuncie y cante sus alabanzas. Toda la Biblia es un conjunto de relatos históricos, a excepción de los salmos y las epístolas. Nada más lejos de la religión bíblica que el manual de teología o una detallada confesión de fe sobre todos los artículos relativos a lo que hay que creer y lo que hay que rechazar.

A Dios se le conoce en vivo, no en los libros. Los textos recogen sus intervenciones en la historia de los hombres, pero no lo hacen presente. Nos hablan de la elección de Abraham, de la vocación de Moisés, del éxodo israelita de la esclavitud egipcia, de la alianza del Sinaí, del reino de Israel, del profetismo, del destierro, de la venida de Dios a nosotros en la persona de Cristo, pero este hablar de hechos históricos, por más trascendentales que son, no se reduce a puro registro, informe notarial de lo sucedido, sino que obedece a un propósito, todo está escrito con vistas a la reproducción en la experiencia en cada cual de los acontecimientos obrados por Dios en el pasado. Hay que recordar para revivir, sin quedar reducido al mero recordatorio de lo que un día Dios hizo entre los padres. Lo que Juan dice respecto a su Evangelio sirve para el resto de los escritos bíblicos: «Estas cosas han sido escritas para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo tengáis vida en su nombre» (Jn. 20:31; cf. «Lo que hemos visto y oído lo anunciamos también a vosotros, para que vosotros también tengáis comunión

con nosotros. Y nuestra comunión es con el Padre y con su Hijo Jesucristo», 1 Jn. 1:3). Por ello el interés del cristiano por la historia no es el mismo que el del anticuario o el del erudito: es un interés pasional, en el que está implicado todo su ser, de modo que Dios llegue a ser no solamente el Dios que elige a Abraham o se hace presente a Isaías mediante visión en el templo, o que llama a Pedro al discipulado y sale al encuentro de Pablo en el camino a Damasco, sino también el Dios que le llama a él personal e individualmente, que le rescata, que le conduce por el desierto de la vida, que le introduce en el reino de los cielos, que le sella con su Espíritu y le despierta a una nueva dimensión, que sufre y padece las tentaciones connaturales a su estado presente, que lucha y aguarda la manifestación gloriosa de los hijos de Dios. Como diría Lutero, le interesa la historia no para saber únicamente que Cristo nació en Belén, sino para saber que puede nacer en él, convertir su corazón en el mesón del Eterno mediante la fe.

La historia bíblica nos remite a los eventos únicos de la Alianza, de la Pascua, de Pentecostés, no para repetirlos, sino para actualizarlos en la experiencia creyente. La historia no se repite, como creía la mentalidad antigua; el tiempo no es cíclico, esto es un error corregido por el cristianismo que muestra la naturaleza lineal del tiempo, la sucesión continua de acontecimientos que abarcan el pasado, el presente y el porvenir¹, pero reconoce el acierto de la intuición, lo pasado no es únicamente lo que ha quedado atrás, la niebla que desaparece al salir el sol. El pasado pervive en el presente, condicionando el futuro: en este sentido puede producir la ilusión de «repetición». Nada se repite, pero todo enseña que «no hay nada nuevo debajo del sol», y que han sucedido acontecimientos históricos trascendentales, únicos, irrepetibles, pero que a vez, en su calidad de momentos fundamentales, es preciso traer a la memoria, como recuerdo y actualización de la materia de que está constituida la vida humana. Memoria que se actualiza en el relato y se revive en la apropiación creyente.

En el plano de la objetividad religiosa, la historicidad del cristianismo es de la máxima importancia, en especial frente a la tentación gnóstica que levanta su cabeza una y otra vez. Es fundamental reconocer el carácter histórico de Jesús, que «vivió y padeció bajo Poncio Pilato», pues de ello depende la diferencia entre el cristianismo y las religiones paganas de tipo «mítico», las llamadas religiones de misterios que no eran otra cosa que ficciones imaginativas, una especie de enfermedades del lenguaje.

La Iglesia, entendida no como institución humana, con sus ritos y dogmas, sus templos y su política, sino como lo que realmente es, cuerpo de Cristo, es ella también partícipe del misterio divino-humano de su cabeza y fundador (cf. Ef. 1:23; 5:23,30; Col. 1:18, 24). Su verdadera naturaleza y el secreto de su dinamismo no se encuentra en la formalidad de una doctrina sobre la Iglesia, aunque esté repleta de citas escriturales. El cuadro bíblico

¹A este respecto es muy interesante notar el juicio del profesor Giuseppe Galasso cuando dice que el cristianismo llevó a cabo una auténtica revolución en la visión histórica del mundo en que surgió. «El signo de la revolución era de manera exquisita y totalmente religiosa. Ello no significaba ni mucho menos un regreso a concepciones e inspiraciones mitológicas. El pensamiento cristiano implicaba una historización completa, concluida, de la historia: Dios-Creación-Caída-Redención-Juicio Universal formaban la cadena de la apertura y el cierre del Tiempo en la realidad única de lo Eterno» (*Nada más que historia. Teoría y metodología*, pág. 221. Ariel, Barcelona 2001).

de la Iglesia comienza por la comprensión y aceptación de su participación en el misterio divino (cf. Ro. 11:25; 16:25; 1 Cor. 2:7; Ef. 3:9; 5:32).

Ante el mundo, la Iglesia se manifiesta como una sociedad visible más, de carácter religioso, en la ciudad temporal, pero su propia conciencia y experiencia le dice que es eso y mucho más, es el templo del Espíritu Santo, la comunión de los santos donde se vive y actualiza la esperanza de salvación. Por eso la historia de la Iglesia no consta solamente de luchas contra la herejía ni de controversias teológicas, de fallos y faltas graves al espíritu del Evangelio, sino también de sus progresos en la santidad y en la práctica de la justicia, de renovación y avivamiento de la fe, de obras de amor y valentía.

El conocimiento de la historia no se puede limitar a la cita seleccionada de unos cuantos textos bíblicos, en la mayoría de los casos utilizados con intención polémica para mostrar la superioridad de un sistema eclesial sobre otro, sino que tiene que entrar en ese misterio, que es básicamente misterio de Cristo y, como tal, misterio presente, vivo, actual en la vida de cada miembro de su cuerpo: «A éstos, Dios ha querido dar a conocer cuáles son las riquezas de la gloria de este misterio entre las naciones, el cual es: Cristo en vosotros, la esperanza de gloria» (Col. 1:27).

Lejos de pensar que la Iglesia es un paréntesis en el plan divino, es el culmen de un propósito eterno, del que todo lo precedente fue señal y figura. Todas las naciones unidas en un cuerpo bendito y glorioso, tal es la grandeza y la gloria de la Iglesia. Desde el principio Dios pensaba bendecir todas las familias de la tierra en la fe de Abraham (Gn. 12:3; comp. Hch. 3:25; Gál. 3:8), que es la fe proclamada por el Evangelio, la meta a la que se dirige la historia. Ella es «la esposa del Cordero» tanta veces perseguida, cuyo capítulo final es ser «la gloria de Dios», «la ciudad resplandeciente», «la santa y eterna ciudad» (cf. Ap. 20:9,10,11).

Conocer la historia de la Iglesia es una manera de hacer teología y espiritualidad; un ejercicio continuo de aplicación y de actualización de la Palabra de Dios en el mundo, que manifiesta las riquezas del mensaje cristiano y de los caminos de Dios en la humanidad. Por ello, apenas si es necesario entonces insistir en la necesidad de conocer la historia de la Iglesia para todo cristiano, y más aún para todo ministro de Dios, pastores, diáconos, evangelistas y misioneros. Esto nos ayudará a comprender en qué medida nuestro conocimiento de Cristo y de su mensaje siguen las pautas dejadas en el Evangelio y manifestadas a lo largo del tiempo en la historia de la Iglesia. Hasta qué punto la Iglesia ha deformado la doctrina que Cristo predicó o ha sido fiel a ésta. ¿Qué podemos esperar del mañana a la luz de lo acontecido en el ayer?

El Nuevo Testamento dejó sentado el precedente, nos muestra el camino. Es allí donde hay que buscar la primera crónica de la Iglesia, en los Hechos de los Apóstoles, que son a la vez un relato de los acontecimientos y una interpretación teológica de los orígenes de la Iglesia. En el curso de los primeros siglos, cuando las duras condiciones de vida por causa de las persecuciones daban la impresión de que la historia iba a llegar a una pronta conclusión, los cristianos guardaron con celo la memoria de los mártires, *Actas de los mártires*, primeros documentos de la historia cristiana, hasta que llegado el tiempo, al concluir las persecuciones, Eusebio de Cesarea se consagró a la tarea de reconstruir el

conocimiento del pasado y dar a luz la primera historia eclesiástica, que alentó a continuadores como Sócrates, Sozomeno, Teodoreto de Ciro, Rufino, Sulpicio Severo, Próspero de Aquitania, Isidoro de Sevilla y Beda el Venerable. Así hasta llegar al siglo XX, que vio el renacimiento de la historia eclesiástica manifestada en colecciones y ediciones críticas de textos, en grandes diccionarios, historia del dogma, historia de los concilios, historia de los avivamientos, historia de la predicación, monografías de todas clases y proliferación de revistas: un interés saludable para que el pueblo de Dios conozca y viva su pasado.

Eusebio y el nacimiento de la historiografía cristiana

Eusebio tuvo el privilegio de asistir al nacimiento de la civilización occidental tal cual nos ha sido familiar hasta nuestros días. Ciudadano de dos épocas, vivió bajo la persecución de Diocleciano y asistió a los cambios que trajo la paz de Constantino, por la cual el cristianismo, proscrito y situado al margen de la legalidad, perseguido sin misericordia, se vio de pronto reconocido como una religión lícita, autorizado a tener sus propios lugares de culto y a manifestar pública y libremente sus creencias, lo que dio lugar al verdadero siglo de oro de la Patrística: Ambrosio, Agustín, Atanasio, los Capadocios, Juan Crisóstomo, Cirilo de Alejandría, Cirilo de Jerusalén y a la cabeza de todos ellos Eusebio de Cesarea, polifacético, erudito, historiador, estadista, orador, teólogo y uno de los últimos apologistas. Sin el constante peligro a perder la vida a cada instante, florece el pensamiento cristiano en todas las direcciones. Los intelectuales cristianos pueden dedicar sus energías a algo más que a la lucha por la supervivencia y comienzan a dar a luz todo un mundo interior que llevan dentro, del que nunca renegaron pues sabían de sobra que había llegado la hora final del paganismo decante y de su brazo político, el Imperio romano basado en él. Con trescientos años de lucha y experiencia, la Iglesia cristiana despuntaba como el alba de un nuevo día; aglutinaba en torno a sí las esperanzas del pueblo y de los espíritus más nobles. No se impuso a la sociedad por el favor del Imperio, sino que se ganó el Imperio por el fervor que las almas le prestaron voluntariamente. El Estado no contribuyó a este hecho, Constantino no hizo más que ratificar una situación que era de toda justicia: el reconocimiento del cristianismo como religión practicada por millares de sus súbditos a lo largo y ancho del Imperio.

Cuando Juliano, desde el poder imperial, quiso revivir los huesos secos del paganismo, descubrió descorazonado que los dioses ancestrales habían muerto totalmente sin esperanza de resurrección. Los inmortales que tenían un templo en cada esquina de la gloriosa Roma fueron desterrados, abandonados por su adoradores en pro de un dios muerto, ajusticiado en un oscuro lugar del Imperio romano, pero más vivo y brillante de lo que nunca lo estuvo el *Sol Invictus*. Ciertamente, el Galileo ganó la partida; lo vil del mundo y lo menospreciado, y lo débil y lo necio avergonzó a lo sabio del mundo, a lo fuerte, a lo renombrado (1 Cor. 1:28-30). Éste es el misterio de la redención, que es la vez el misterio de la historia del mundo, la clave del clamor de los pobres, el augurio de la caída y ocaso de los imperios.

En Eusebio se dan cita los elementos del nuevo hombre cristiano, nace en Cesarea de Palestina², la misma tierra que sustentó el paso del nazareno, pero Eusebio no es de familia judía, sino griega; él es uno de aquellos por quienes Cristo dijo que era preciso morir y luego brotar como la simiente a fin de atraer a todos los pueblos (cf. Jn. 12:24) en ese punto donde por unas horas se une el cielo y la tierra en el dolor inimaginable del Hijo de Dios, que soporta en toda su angustia como una sorprendente prueba de que en el sacrificio está el amor perfecto, que el amor no es una transacción egoísta entre dos personas, sino un don que se ofrece para la vida eterna a todo el mundo (Jn. 3:16), independientemente del color de su piel, condición social o cultura. No sabemos nada de la vida del Eusebio adolescente, ¿fue pagano o nació en una familia cristiana? ¿Cuándo o cómo tuvo lugar su conversión? Sólo una cosa es cierta: Eusebio es un amante del saber, un hombre de letras, un candidato perfecto al puesto de «escriba instruido del reino de los cielos», al que se refirió Jesús (Mt. 13:52).

La fecha de su nacimiento oscila entre los años 260 y 264. Desde su fundación por Herodes el Grande, Cesarea se había convertido en un centro prestigioso del saber. Fue en esta ciudad, precisamente, donde el apóstol san Pedro convirtió al centurión romano Cornelio, el primer gentil que aceptó el cristianismo (Hch. 10:9-48). Después de la caída de Jerusalén en el 70, Cesarea fue convertida en capital de la Palestina romana. El cristianismo conoció un extraordinario desarrollo en esta ciudad. Hacia el 232, el gran maestro y teólogo Orígenes fundó una escuela catequética con una amplia biblioteca que se hizo famosa. En los días de Eusebio estaba presidida por Pánfilo, un presbítero muy culto, ejemplo de la nueva ilustración cristiana, que selló su vida con el testimonio del martirio. Oriundo de Berito, actual Beirut, Pánfilo, de respetable fortuna, se había formado en Alejandría, donde adquirió la pasión por Orígenes, ejemplo de asceta, filósofo y exégeta. Quizás siguiendo los pasos de su maestro, se encaminó a Cesarea, donde se puso al servicio de la Iglesia, fue ordenado presbítero y encargado por el obispo Agapio, otro admirador de Orígenes, del cuidado de la biblioteca. Pánfilo se dedicó principalmente a reorganizar y completar la biblioteca con nuevos libros sobre la Biblia y la teología. Eusebio lo tuvo por amigo, maestro y director espiritual. Por veneración y gratitud a él se impuso a sí mismo el sobrenombre de Pánfilo, Εὐσεβίου τοῦ Πανφίλου, Eusebio de Pánfilo. Con él colaboró en la copia y reconstrucción del texto de la Biblia, basándose en la monumental *Héxaplas* de Orígenes³, y en la preparación de una apología o defensa de las doctrinas del gran alejandrino, desafortunadamente perdida: sólo se ha conservado el libro primero en la versión latina de Rufino.

Eusebio comenzó sus estudios históricos siendo aún adolescente. Como colaborador de Pánfilo, se dedicó a cuidar la biblioteca, al tiempo que prosiguió sus estudios bíblicos en Antioquía, donde estudió bajo Doroteo⁴; después viajó a Cesarea de Filipo y a Jerusalén. De regreso a Cesarea fue ordenado por el entonces obispo Agapio.

² Véase la discusión al respecto en Argimiro Velasco, «Introducción» a la *Historia eclesiástica* (BAC, Madrid 1973) y Martín Gurruchaga, «Introducción» a la *Vida de Constantino* (Gredos, Madrid 1994).

³ Aún se conserva una Biblia manuscrita cuyo texto revisaron Pánfilo y su discípulo Eusebio.

⁴ Eusebio, *Hist. ecl.* VII,32.

Durante la persecución de Diocleciano fueron encarcelados maestro y discípulo (año 307) y en la prisión escribieron la mencionada apología de Orígenes. Tras el martirio de Pánfilo dos años después, Eusebio huyó primero a Tiro y después al desierto egipcio de la Tebaida, donde fue testigo ocular de ejecuciones masivas de cristianos⁵. No nos dice nada al respecto, pero es probable que fuera encarcelado de nuevo. Las persecuciones cesaron el año 311, cuando Galerio hizo publicar en Nicomedia el edicto de tolerancia, firmado por los cuatro augustos, que permitía a los cristianos el ejercicio libre de su religión. La muerte de Agapio debió de ocurrir entre 313 y 315; Eusebio fue el hombre designado para sucederle. A juzgar por lo que sabemos de la experiencia de Agustín⁶ y de Juan Crisóstomo⁷, y la resistencia que opusieron a ocupar el cargo ministerial al que literalmente fueron forzados por aclamación popular, podemos deducir que Eusebio no aceptaría su cargo sin oponer toda la resistencia que le fuera posible. Para esta suposición nos basamos en un dato relevante: a partir de su consagración episcopal, Eusebio casi no realizó ninguna obra literaria, pese a la enorme actividad intelectual desarrollada hasta el momento. Es sabido que el cargo episcopal suponía un ingente trabajo espiritual y una tremenda responsabilidad respecto a juicios y pleitos internos no congenial a espíritus amantes del estudio y la soledad necesaria para el trabajo científico y literario.

En torno al año 318 se desencadena el conflicto arriano: desde el principio Eusebio se puso de parte de Arrio debido a afinidades teológicas y sobre todo personales⁸. Esto le valió la excomunión en un sínodo celebrado en Antioquía a finales del año 324. Pero esta decisión no debía tener carácter definitivo, sino provisional, hasta la decisión final en un sínodo que debía tener lugar en Ancira y que se celebró en Nicea a instancias del emperador Constantino. Eusebio resistió hasta el final y aceptó sólo a regañadientes el término *homoousios*, ὁμοούσιό (consustancial), clave de la fe nicena. *Homoousios*, literalmente «de la misma esencia», significaba tanto unidad (numérica) sustancial como igualdad de esencia. La utilización del término en el sentido gnóstico-materialista, así como su proximidad a tendencias sabelianas, reforzaron la resistencia de muchos obispos ortodoxos⁹. Eusebio y sus

⁵ *Hist. ecl.* VIII, 9.

⁶ Véase A. Roper, *Lo mejor de Agustín*, vol. I, págs. 32-33. Clie, Terrassa 2001.

⁷ Véase A. Roper, *Lo mejor de Juan Crisóstomo*, págs. 70-78. Clie, Terrassa 2002.

⁸ Teodoreto, *Hist. ecl.* I,5.

⁹ «El término *homoousios* servía en los escritos gnósticos y en los primitivos alejandrinos para expresar la participación común en una forma de ser o entidad. Así, Orígenes llamaba ya al Hijo *homoousios* del Padre. El término había sido rechazado en un sínodo de Antioquía (268). Y es posible que el rechazo se debiera a tendencias dinamistas-monarquianistas que habían sido apuntadas en la cuenta de Pablo de Samosata. El Occidente latino fácilmente podía ver en el *homoousios* una traducción de *consubstantialis*. Pero se ve ya la problemática de una terminología no precisada, en cuanto que *sustancia* significa literalmente «hypostasis», mientras que, por el contrario, a *ousia* corresponde la traducción «essentia». Además, el Occidente se sentía inclinado a acentuar la unidad de Dios, mientras que el Oriente, siguiendo la doctrina del platonismo medio o del neoplatonismo sobre las hipóstasis, se sentía más próximo a las especulaciones trinitarias. Algunos indicios parecen dar a entender que Arrio y sus seguidores entendían el *homoousios* en sentido gnóstico-maniqueo, y que, con su negativa, quisieron evitar la consecuencia de tener que interpretar la procedencia del Hijo del Padre como emanación, porque entonces el Padre sería corporal y mutable. La incorporación del discutido término al Símbolo podía ser, pues, una consecuencia de la discusión viva en Oriente, para negar la inclusión arriana del Logos en el ámbito de lo creado. Por esa razón, según Atanasio, los padres conciliares designaron al Hijo como *homoousios* del Padre, porque Aquél es a Éste como el resplandor a la luz (cf. Heb. 1,3). Claramente se percibe como trasfondo la metafísica estoica, según la cual el ente indeterminado es determinado mediante la determinación formante; así, a la *ousia* corresponde el

simpatizantes introdujeron el término *homoiousios*, ὁμοιοῦσιό (*de esencia semejante*), próximo al punto de vista niceno, que ganó a numerosos seguidores. A Eusebio le preocupaba la tendencia sabeliana del término *homoousios* por no hacer una distinción suficiente entre el Padre y el Hijo, temores que se confirmarían en los años siguientes. Pese a todo, Eusebio aceptó oficialmente el resultado del Concilio de Nicea y nunca más se declaró a favor de Arrio, aunque se involucró en medidas contra los dirigentes del combativo partido niceno. En el año 335 presidió un sínodo en Tiro ante el que Arrio debió dar cuentas, pero no participó en la lucha personal contra Arrio.

Eusebio tenía un espíritu totalmente conciliatorio, amante de la paz en el espíritu de la caridad. Sin duda fue uno de los hombres más instruidos de su tiempo. Su mente estaba acostumbrada a manejar gran cantidad de datos, esto le permitía tener una perspectiva amplia de cada aspecto de la verdad, comprensiva, sin las rigideces de mentes lógicas pero estrechas que enquistan las posiciones y exasperan a sus interlocutores, ortodoxos y herejes por igual¹⁰. Trató de señalar una vía media entre la teología arriana y la nicena, aunque le faltó una conceptualidad teológica sólida.

A Eusebio por lo que realmente se le recuerda es por su contribución a la historia cristiana, para la que estaba capacitado como nadie. Su erudición es sorprendente y su obra, después de la de Orígenes, es la más abundante de los padres griegos, versado en todos los ramos del saber de su tiempo, tanto en el campo profano como en el sagrado. Se ha merecido el título honorífico de «Padre de la Historia Eclesiástica». Sus escritos son un auténtico tesoro de fragmentos de obras cristianas y paganas, que sin él se hubiesen perdido completamente y para siempre. Las fuentes de materiales de los tres primeros siglos por él conservadas son de un valor inestimable y resultan imprescindibles para el historiador moderno.

Antes de Eusebio no existió el género de la historiografía de la Iglesia, aunque la Iglesia nunca había carecido de conciencia histórica ni de destellos cronográficos y de teología de la historia, no desarrollados por el hecho de la insegura situación eclesial provocada por las persecuciones.

Eusebio introdujo nuevos temas y nuevas aproximaciones a la historia. Ignoró las tradicionales restricciones de la época clásica sobre las cuestiones analizadas y el estilo. Describió la vida religiosa y las ideas y los personajes sin importancia política. «Otros historiadores —escribe de forma magistral— han limitado sus relatos a registrar victorias en la guerra, las hazañas de los generales y los actos heroicos de soldados teñidos de la sangre de miles que han muerto en bien del país, de la familia o de la propiedad. Mi relato, en cambio, dejará para la posteridad las guerras que se hicieron por la paz del alma

padre; al *idion*, el Hijo. La intención del Símbolo de Nicea no es, pues, la de afirmar la unidad numérica de Dios, sino la inclusión del Hijo en el ámbito divino. Va, por consiguiente, contra la concepción arriana de la condición creatural del Logos» (Josef Lenzweger, Peter Stockmeier, Karl Amon, Rudolf Zinnhobler, eds., *Historia de la Iglesia católica*, pág. 141. Herder, Barcelona 1989).

¹⁰ Claro que, a juicio de John H. Newman, esto más que una virtud era un defecto. «Eusebio parece haber tenido los pecados y las virtudes del mero hombre de letras; nunca poderosamente excitado ni para el bien ni para el mal, sin el apremiante interés por la causa de la verdad y los riesgos de la grandeza secular, en comparación con la comodidad y pequeños goces el ocio literario» (*The Arrians of the Fourth Century*, IV, pág. 262. Londres 1833).

y los hombres que batallaron valientemente en tales guerras por la verdad, y no por el país; por la piedad, y no por la familia. Es la lucha de los valientes atletas de la piedad, sus sufrimientos y victorias sobre adversarios satánicos y las coronas que ganaron al final lo que los hará eternamente célebres»¹¹.

Eusebio incluyó gran cantidad de testimonios documentales accesibles para él en las surtidas bibliotecas de Cesarea y de Jerusalén. Según Eusebio, la tarea principal del historiador consiste en recopilar textos auténticos y en insertarlos en el conjunto con la ayuda de explicaciones escuetas. Se ha criticado con frecuencia su modo de tratar las fuentes porque él no hace distinción alguna entre fuentes primarias y secundarias, pero no se repara en el hecho de que en su obra Eusebio rechaza los sucesos dudosos y las narraciones fabulosas.

En el libro VIII de su *Historia eclesiástica*, Eusebio afirma que no describirá las desgracias ni registrará las contiendas e inhumanidad mutua de los cristianos antes de la persecución, sino sólo lo suficiente para justificar el juicio divino, y pasa a decir que su historia tiene un fin edificante: «Incluiré en mi historia sólo aquellas cosas de las que nosotros mismos y luego generaciones venideras puedan obtener beneficio». Eusebio es consciente de estar escribiendo una historia en la que se siente personalmente involucrado y, en gran medida, testigo ocular: «vi con mis propios ojos cómo los lugares de culto eran destruidos hasta sus cimientos, cómo las inspiradas y sagradas Escrituras eran echadas a las llamas en medio de la plaza pública...»¹². En ningún momento oculta su admiración por los mártires, a quienes eleva a la categoría de nuevos héroes y atletas de la fe. En su historia de los *Mártires de Palestina* dice: «sólo los hechos más apropiados para ser registrados en una historia de los mártires son los que redundan en su honor» (cap. 12). Para Edward Gibbon, esta confesión lleva a sospechar que un escritor que viola así uno de los principios fundamentales de la historia no resulta muy fiable respecto a lo que cuenta¹³. En defensa del proceder de Eusebio, que ante todo es un hombre de fe, un pastor de almas y un teólogo, podemos decir que, aunque no haya seguido los parámetros de la historiografía moderna, sí podemos estar seguros de que no ha falseado en su esencia el campo que cubre conforme a su meta propuesta¹⁴.

Precisamente, la atención que dedica a los mártires pone de manifiesto la intención apologética de su obra, y en Eusebio es tan legítimo el interés apologético como en los tiempos modernos el interés racionalista. Ningún historiador parte de la nada. Vive inmerso en las tradiciones de la propia cultura en que se desenvuelve, su enfoque está estimulado por las cuestiones palpitantes del momento histórico que le toca vivir. Por eso, como escribe Ernst H. Gombrich, «a sabiendas o no, siempre que nos acercamos al pasado lo hacemos con alguna idea preconcebida, desde alguna teoría rudimentariamente esbozada, la cual nos vemos en la obligación de demostrar plenamente»¹⁵. Lo que importa es el

¹¹ *Hist. ecl.* libro V,1.

¹² *Hist. ecl.* libro VIII,2.

¹³ Edward Gibbon, *Decadencia y caída del Imperio romano*, cap. 16.

¹⁴ Véase Hubertus R. Drobner, *Manual de patrología*, pág. 256. Herder, Barcelona 1999.

¹⁵ E. H. Gombrich, *Tras la historia de la cultura*, pág. 60. Ariel, Barcelona 1977.

tratamiento que el historiador da a sus fuentes y cómo maneja sus materiales. En esto Eusebio es irreprochable. «Es realmente un erudito; sus concienzudos procedimientos y la exactitud metódica de sus investigaciones filológicas, arqueológicas e históricas provocan nuestra admiración siempre que nos es posible comprobarlos. Sin él sabríamos tan poco sobre los primeros siglos de la Iglesia como sobre el cristianismo primitivo si san Lucas no hubiera redactado los Hechos de los Apóstoles»¹⁶.

En un ponderado estudio de los historiadores de la Antigüedad, el profesor James T. Shotwell discrepa del juicio de Gibbon sobre Eusebio, que considera parcial, y hace notar que la maravilla es que nuestro autor mantuviera un equilibrio tan justo y un nivel tan exigente dadas las universales demandas de su tiempo. «No debemos olvidar que el tono apologético de la historiografía cristiana fue también sancionado por los clásicos. El mismo Polibio había pedido que la historia fuese considerada como una cosa práctica, y Cicerón, Salustio, Tito Livio y Tácito habían aplicado la máxima con largueza. No sería justo que la historiografía cristiana sufriese nuestros más duros reproches por una actitud que era la de casi toda la Antigüedad»¹⁷.

El conflicto arriano

Se ha dicho mil veces que el cristianismo no es una religión, sino un camino de salvación, que su enseñanza es simple y sin complicaciones, que se resume en la fe en Dios y el amor al prójimo. Quienes dicen esto deben de estar hablando de otra cosa, porque el cristianismo es una religión que, desde el punto de vista doctrinal, está muy lejos de ser simple. Basta con echar un ligero vistazo a los escritos del Nuevo Testamento para darse cuenta de los conflictos doctrinales surgidos en el seno de la primitiva comunidad desde sus inicios: el alcance de la misión al mundo, el papel de la Ley en el Evangelio, el lugar de los gentiles en el plan divino, el alcance de la libertad cristiana y la mayor controversia que llenó varios siglos de inquietud: la naturaleza y sentido de la vida de Jesús de Nazaret. Cuestión delicada e ineludible, toda vez que la experiencia de salvación cristiana no depende de una impresión abstracta, vaga, de corte místico, donde lo que importa es sentirse bien, salvo o en paz. Para el cristiano la salvación y la suma de la espiritualidad dependen de una relación personal con Jesucristo, en fidelidad con los datos consignados sobre Él en las Escrituras. Pero ¿cómo formular en términos correctos y precisos la compleja personalidad de quien se presenta como Dios y hombre sin tergiversar ninguno de los elementos que intervienen en la definición?

Aunque la Iglesia primitiva hubiera querido mantener un respetuoso silencio respecto al misterio insondable del Dios-hombre, Jesús de Nazaret, limitándose a tributarle servicio de adoración y cumplir sus preceptos, los errores y disquisiciones de las mentes especulativas no la hubieran dejado. La herejía nace de la necesidad que tiene la mente de especular,

¹⁶ Hans von Campenhausen, *Los Padres de la Iglesia*, vol. I, pág. 82. Cristiandad, Madrid 1974.

¹⁷ J. T. Shotwell, *Historia de la historia en el mundo antiguo*, pág. 377. FCE, México 1982, 2ª ed.

de querer comprender en su totalidad la imagen que contempla en el espejo (*speculum*), y reducirla a fórmula y concepto. La ortodoxia aparece como reacción a los errores de los heréticos que en muchas ocasiones hacen saltar el espejo.

Uno de los más graves conflictos que amenazó la fe cristiana, y que renace de vez en cuando, es el creado por Arrio, un clérigo de Libia, en el norte de África. Se desconocen las fechas exactas de su nacimiento y de su muerte, pero lo más probable es que naciera en el año 256. Ordenado presbítero en la iglesia de Alejandría (Egipto), Arrio era elocuente, sabio, conocedor de las obras de Orígenes y educado en las enseñanzas de Luciano de Antioquía, muerto mártir en 312. La Escuela de Antioquía propiciaba en especial el estudio gramatical de la Biblia, dejando en segundo plano la interpretación alegórica o espiritual. Arrio consideró más ajustado al texto literal de la Escritura y a la razón explicar el misterio de naturaleza de Cristo y de su relación con Dios Padre disociando ambas personas. Con ello pretendía responder a las herejías de Pablo de Samosata, que enseñaba que «el Salvador era mero hombre», y de Sabelio, quien afirmaba que el Hijo era mero «poder» o «función» del Padre, un modo de acción distinto de la Trinidad divina, sin distinciones sustanciales. En respuesta, Arrio afirmó que sólo Dios Padre es la sustancia eterna, pero que el Hijo era el Verbo, el Logos, la primera y más perfecta de sus criaturas. No era, pues, mero hombre, pero tampoco existía desde siempre, de manera que su divinidad no era sustancial, sino adquirida, por «participación» en la sabiduría y el poder del Padre. Esta era su lectura en un sentido platónico del llamado prólogo del Evangelio de San Juan.

En una discusión mantenida en presencia del anciano obispo Alejandro, Arrio expuso su punto de vista y mantuvo que el Hijo de Dios es creado de lo no existente; que hubo un tiempo en el que el Hijo no existía; que es capaz de lo bueno y de lo malo; que es criatura y creado¹⁸. Alejandro se opuso, Arrio se rebeló acusando a su obispo de sabelianismo. Éste convoca un consejo que condena y exilia a Arrio y sus seguidores de la ciudad (año 318 o 319), un procedimiento que presupone una colaboración con las autoridades locales. En una circular a los obispos, Alejandro dio a conocer a todo el mundo la decisión tomada por el sínodo de Alejandría.

Arrio, que se considera injustamente perseguido, se traslada a Cesarea, donde es bien acogido por Eusebio, que vio en el proscrito una víctima inocente que buscaba refugio en su iglesia, como antaño lo hiciera Orígenes, perseguido por el tiránico patriarca de Alejandría. Posteriormente, Arrio se traslada a la ciudad imperial de Nicodemia por invitación del obispo del lugar, Eusebio, discípulo igualmente de Luciano. Bajo la protección de Eusebio de Nicodemia, Arrio pudo desarrollar una actividad infatigable, al tiempo que Eusebio comienza una campaña de apoyo a Arrio y sus ideas mediante cartas a los obispos de Asia Menor y de Oriente. Un sínodo organizado por Eusebio exigió también la restauración de la comunión eclesial de Arrio, pretensión que rechazó el obispo Alejandro. Debido este respaldo a Arrio, Eusebio de Nicodemia «transforma lo que podría haber sido una disputa egipcia en una controversia ecuménica»¹⁹.

¹⁸ Sozomeno, *Hist. eccl.* I,15,3 (GCS 50,33).

¹⁹ J. Quasten *Patrología*, vol. II, «La edad de oro de la literatura patristica griega», pág. 210. BAC, Madrid 1985, 4ª ed.

Probablemente el error de Arrio hubiera podido quedar reducido al terreno de la pura especulación teológica sin la intervención de Eusebio y el progresivo crecimiento del conflicto, que se extendió por toda Siria, Palestina y Asia Menor. Cuando Constantino I el Grande, tras su victoria en septiembre del año 324, se encontró con que la cristiandad estaba resquebrajada, tomó el asunto inmediatamente en sus manos e invitó a las partes encontradas a la unidad. Constantino, sin duda, sólo captaba superficialmente las divergencias, pero las juzgaba inútiles y peligrosas para la paz pública. Así se estimó que la mejor solución era reunir un gran concilio de obispos del Imperio que, en perfecta inteligencia, fijaran los límites de la fe. A su invitación acudieron a Nicea de Bitinia unos 300 obispos llegados de todos los puntos del mundo (20 de mayo del 325). Se trata del primer sínodo o concilio ecuménico de la cristiandad. En este concilio estuvo presente un joven diácono, Atanasio, que, aunque no tomó parte en las decisiones, fue después el campeón de la fe ortodoxa contra el arrianismo al suceder a Alejandro como obispo de Alejandría el año 328.

Aunque Arrio salió de Nicea condenado y desterrado, las cosas no fueron tan mal para él como podría esperarse. Con la ayuda de su poderoso valedor, Eusebio de Nicomedia, emparentado con la casa de Constantino y amigo de la emperatriz Constancia, Arrio hace llegar una carta al emperador en la que intenta mostrar la ortodoxia de la posición arriana, que su destinatario creyó satisfactoria, a la vez que solicita ser restituido a la Iglesia. Constantino hace volver a Arrio del exilio en Illia (328). Un sínodo convocado en Tiro y Jerusalén declaró que Arrio podía ser readmitido a la comunión con la Iglesia (335). Poco después, Arrio muere repentinamente en Constantinopla la tarde previa a la ceremonia formal en la que se le iba a restituir el rango presbiteral (336).

Arrio no tenía madera de teólogo, sino de asceta: el mismo rigor que aplicó a su cuerpo aplicó a su mente, con el resultado típico de rigidez intelectual de corte racionalista, sin capacidad de visión de conjunto. Obedeciendo a lo que él consideraba fidelidad a la Escritura llevó hasta sus últimas consecuencias las ideas subordinacionistas que parecen contenerse en algunos textos bíblicos interpretados al pie de la letra. Como bien se ha dicho, el arrianismo es una herejía del sentido común sin sentido para entender una metáfora. Espoleada por el desafío que le lanzó el afán de conocer experimentado por los antiguos y que era imprescindible para comunicar a aquel mundo el discurso bíblico sobre el Dios que actúa, la fe cristiana había emprendido el camino de la explicación racional de Dios en armonía con la concepción bíblica, pero no resultaba fácil. Arrio pretendía conservar la sencillez del lenguaje bíblico, que enseña abiertamente la subordinación del Hijo. Como la cristología no estaba todavía aclarada, los pasajes que parecían confirmar que Jesucristo no se encuentra en un plano de igualdad al Padre (cf. Jn. 14:28) se extendían a su estado anterior a la encarnación, lo cual ya no es una enseñanza bíblica, sino una inferencia dictada por el racionalismo filosófico imperante. Se consideraba que el Logos preexistente se unía a la carne y hacía las veces de alma, de modo que el Logos mismo adquiriría los rasgos humanos y, por consiguiente, se le atribuían las afirmaciones escriturísticas acerca del *anonadamiento* sólo atribuibles al Logos en cuanto encarnado o manifestado históricamente en la persona de Jesús. El resultado era un Cristo disminuido como Dios y como hombre.

El concilio de Nicea

La iniciativa de convocar un gran concilio que remediara la discordia en las comunidades de Oriente por causa de la doctrina de Arrio partió, al parecer, de Constantino, quien, como soberano universal, esperaba la paz interna de la Iglesia y la asistencia divina para el Imperio. El concilio fue convocado primeramente en Ancira (Galacia), y después en Nicea de Bitinia, accesible por tierra y mar y cercana a la residencia imperial de Nicomedia. No se conoce el número exacto de los obispos que asistieron, pero es posible aventurar una cifra aproximada a los trescientos²⁰. Entre los padres conciliares se contaban las figuras eclesiásticas más relevantes del momento. Estaba Osio, obispo de Córdoba, que según parece presidió las sesiones. Asistió también Alejandro de Alejandría, acompañado por el entonces diácono Atanasio, Marcelo de Ancira, Macario de Jerusalén, Leoncio de Cesarea de Capadocia, Eustacio de Antioquía y los presbíteros Vito y Vicente en representación del obispo de Roma, que no pudo asistir debido a su avanzada edad. Tampoco faltaron los amigos de Arrio, como Eusebio de Nicomedia, nuestro Eusebio de Cesarea y algunos otros.

Muchos de ellos habían sufrido cárcel, tortura o exilio no hacía muchos años, y llevaban en sus cuerpos las marcas de su fidelidad: tuertos, tullidos. De repente, un emperador los invitaba y ponía a su disposición todos los medios necesarios para su desplazamiento y alojamiento. En el plano fraternal, muchos de los presentes se conocían de oídas o por correspondencia, pero ahora, por primera vez en la historia de la Iglesia, podían tener una visión física de la universalidad de su fe. Lo que allí estaba ocurriendo era un sueño, como dirá Eusebio de Cesarea, el mismo que nos describe emocionado la escena: «Allí se reunieron los más distinguidos ministros de Dios, de Europa, Libia [África] y Asia. Una sola casa de oración, como si hubiera sido ampliada por obra de Dios, cobijaba a sirios y cilicios, fenicios y árabes, delegados de la Palestina y del Egipto, tebanos y libios, junto a los que venían de la región de Mesopotamia. Había también un obispo persa, y tampoco faltaba un escita en la asamblea. El Ponto, Galacia, Panfilia, Capadocia, Asia y Frigia enviaron a sus obispos más distinguidos, junto a los que vivían en las zonas más recónditas de Tracia, Macedonia, Acaya y el Epiro. Hasta de la misma España, uno de gran fama [Osio de Córdoba] se sentó como miembro de la gran asamblea. El obispo de la ciudad imperial [Roma] no pudo asistir debido a su avanzada edad, pero sus presbíteros lo representaron. Desde el principio de los tiempos sólo uno, el emperador Constantino, juntó semejante guirnalda mediante el vínculo de la paz, y la presentó a su Salvador como ofrenda de gratitud por las victorias que había logrado sobre todos sus enemigos»²¹.

Desde Sozomeno²² se ha creído que nuestro Eusebio historiador pronunció el discurso de apertura, otros señalan a Osio de Córdoba como más probable. Como quiera que fuese, los obispos allí reunidos se dedicaron a discutir las muchas cuestiones legislativas

²⁰ Se calcula en 1800 obispos (1000 en las provincias griegas y 800 en las latinas) los existentes en el Imperio en aquel tiempo.

²¹ Eusebio, *Vida de Constantino*, lib. III,7. Gredos, Madrid 1994.

²² Sozomeno, *Hist. ecl.* I,19.

que era necesario resolver una vez terminada la persecución. La asamblea aprobó una serie de reglas para la readmisión de los caídos, acerca del modo en que los presbíteros y obispos debían ser elegidos y ordenados, y sobre el orden de precedencia entre las diversas sedes. Pero la cuestión más escabrosa, como venimos considerando, era la controversia arriana.

La tendencia arriana, pequeña en número, estaba capitaneada por Eusebio de Nicomedia, el personaje más importante en toda esta controversia. Arrio no era obispo y por tanto no tenía derecho a participar en las deliberaciones del concilio. Alejandro de Alejandría, de donde, como sabemos, partió el foco arriano, representaba a los contrarios a esta doctrina, en la que veían un grave peligro para la fe cristiana y que, por tanto, era necesario condenar. Tampoco era un grupo numeroso. Otro pequeño grupo, probablemente no más de tres o cuatro, sostenía posiciones cercanas al «patripasianismo», es decir, la doctrina según la cual el Padre y el Hijo son uno mismo, y por tanto el Padre sufrió en la cruz. Los obispos que procedían de la región del Imperio donde se hablaba el latín no se interesaban en la especulación teológica. Para ellos la doctrina de la Trinidad se resumía en la vieja fórmula enunciada por Tertuliano más de un siglo antes: una sustancia y tres personas.

La mayoría de los obispos no pertenecía a ninguno de estos grupos. Veían disgustados el enfrentamiento entre Arrio y Alejandro, que amenazaba con dividir la Iglesia ahora que precisamente gozaba de paz. Eusebio de Cesarea se contaba entre ellos. La esperanza de estos obispos, al comenzar la asamblea, parece haber sido lograr una posición conciliatoria, resolver las diferencias entre Alejandro y Arrio, y olvidar la cuestión.

Los partidarios de Arrio, que contaban también con las simpatías del emperador Constantino, pensaban que en cuanto expusieran sus puntos de vista la asamblea les daría la razón. Sin embargo, cuando Eusebio de Nicomedia tomó la palabra para decir que Jesucristo no era más que una criatura, aunque muy excelsa y eminente, y que no era de naturaleza divina, la inmensa mayoría de los asistentes reaccionó de forma muy distinta a lo que Eusebio esperaba. A los gritos de «¡blasfemia!», «¡mentira!» y «¡herejía!», Eusebio tuvo que guardar silencio, en medio de una grave confusión.

Entonces Eusebio de Cesarea hizo una proposición intermedia, la de reconocer el símbolo bautismal de su comunidad, que a la vez despejaba cualquier duda sobre su ortodoxia. Éste formulaba la fe «en el solo Señor Jesucristo, Palabra de Dios, Dios de Dios, luz de luz, vida de vida, Hijo único, nacido antes de todas las criaturas, engendrado por el Padre antes de todos los tiempos, por el que todo ha sido creado». Ni el emperador ni los obispos reunidos presentaron objeción alguna en contra, sólo introdujeron algunas expresiones para evitar equívocos. Así surgió el Credo de Nicea, que refleja de modo sintético y claro la confesión genuina de la fe recibida y admitida por los cristianos desde el principio. Dice así:

«Creemos en un Dios Padre Todopoderoso, hacedor de todas las cosas visibles e invisibles.

Y en un Señor Jesucristo, el Hijo de Dios; engendrado como el Unigénito del Padre, es decir, de la sustancia del Padre, Dios de Dios; luz de luz; Dios verdadero de Dios

verdadero; engendrado, no hecho; consustancial al Padre; mediante el cual todas las cosas fueron hechas, tanto las que están en los cielos como las que están en la tierra; quien para nosotros los humanos y para nuestra salvación descendió y se hizo carne, se hizo humano, y sufrió, y resucitó al tercer día, y vendrá a juzgar a los vivos y los muertos.

Y en el Espíritu Santo.

A quienes digan, pues, que hubo cuando el Hijo de Dios no existía, y que antes de ser engendrado no existía, y que fue hecho de las cosas que no son, o que fue formado de otra sustancia o esencia, o que es una criatura, o que es mutable o variable, a éstos anatematiza la Iglesia católica».

Todos los padres conciliares ratificaron este credo con su firma (19 de junio de 325), excepto Arrio y dos obispos que lo secundaban, Secundo de Tolemeida y Teonás de Marmarica, que fueron enviados inmediatamente al destierro. Pocos meses después, Eusebio de Nicomedia y Teognis de Nicea, cabecillas de los arrianos, retiraron sus firmas. Irritado por este cambio, el emperador Constantino los desterró a ambos a la Galia. Aunque Nicea no puso fin a la discusión entre los contendientes históricos, sí selló de una vez para siempre el destino de la herejía arriana. Al reafirmar la unión esencial o sustancial de lo divino y humano en el Jesús histórico, «de la sustancia del Padre», *homoousios tō Patrí*, ὁμοούσιό τῷ Πατρὶ (consustancial al Padre), la resolución de los padres se mantuvo en la tradición eclesial que se remonta al texto evangélico que dice: «El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros» (Jn. 1:14). En ella late la convicción no siempre fácil de expresar de que Jesús de Nazaret no es en modo alguno mera «criatura» que llegara a la divinidad por «accidente», o por «mérito», sino que es Dios en «esencia», por sí mismo. Lo afirmado en Nicea se refinó y fortaleció en ulteriores declaraciones que afirmaron la absoluta coexistencia o unión hipostática de las dos naturalezas, divina y humana, en la persona del Salvador.

Sobre este concilio se han dicho cosas tan ridículas como que fue amañado por Constantino y que aquí se decidió nada menos que la divinidad de Jesucristo. Si antes estuvo de moda decir que el apóstol san Pablo fue el fundador del cristianismo, presentando a Jesús como un Dios salvador a imagen y semejanza de los salvadores paganos, hoy se trocado por la atribución a Constantino y a sus consejeros de la creación del cristianismo: no ya Pablo, sino Constantino contra Cristo. Es tan absurdo y tan ajeno a los intereses de la veracidad histórica que no merece la pena que gastemos tiempo en refutarlo. Pero dado que muchos, en el campo cristiano, consideran que a partir de Constantino la Iglesia se apartó del cristianismo del Nuevo Testamento y se corrompió por su alianza con el poder, conviene aclarar que, ciertamente, Constantino propició la celebración del Concilio de Nicea e influyó en ella, prestando todo su apoyo. Sin embargo, el emperador no influyó en la formulación del Credo resultante, en todo fiel a la tradición que se remonta a los mismos Evangelios. No se puede caer en el error de tomar la fecha de reconocimiento oficial de una doctrina, su formulación dogmática, como partida de nacimiento de una

creencia, previa a toda formulación y fundamento de ésta. En Nicea nadie dudó ni por un momento de la divinidad de Jesucristo, sino del grado de esa divinidad en relación con Dios Padre²³.

Por otra parte, ni Constantino ni sus sucesores apoyaron consistentemente la teología de Nicea. Constantino alternó en su apoyo de Atanasio, defensor de aquélla, porque estaba más preocupado por mantener la paz que por la teología misma. Exilió a Atanasio en 335 y estuvo a punto de reincorporar a Arrio justo antes de su muerte. Durante los cuarenta y cinco años en que Atanasio fue obispo de Alejandría, en Egipto, fue desterrado al exilio cinco veces por diversos emperadores romanos. Si la fe de Nicea se impuso no fue por el respaldo del poder imperial, sino por su misma cualidad. La historia nos enseña que los obispos han resultado demasiado independientes para el gusto del poder de turno. No han solido ceder tan fácilmente a una doctrina con la que no estaban de acuerdo. La persecución heroicamente resistida fue la mejor preparación para la nueva etapa abierta por Constantino: ella movilizó a los dirigentes de la Iglesia a velar por la conservación de la pureza de la fe y agudizó su visión para evitar en lo esencial las tentaciones del poder y de la mentalidad pagana ajena a la vida cristiana. Si en algo se pecó fue en exceso de rigorismo contra la herejía, pero esto venía de mucho antes del giro constantiniano y persistirá en las comunidades más alejadas de él.

Eusebio y Constantino

Desde un principio el emperador Constantino se mostró favorable a los cristianos, no a costa de la religión pagana, que siguió beneficiando como sumo pontífice suyo, sino por un principio de legalidad. El Imperio no se podía sostener a costa de cercenar la vida de los súbditos más puros y más castos, más leales y sufridos. La Iglesia se merecía la paz y se la dio, no como un acto de condescendencia de parte del Estado, sino como reconocimiento de unos derechos legítimos que los cristianos venían reivindicando desde hacía siglos.

La admiración de Eusebio por el hombre que había detenido la matanza y el derramamiento de sangre inocente no conocía límites. El aprecio fue mutuo. Eusebio tuvo el privilegio de ejercer su episcopado bajo el reinado de Constantino: un estadista militar y un confesor eclesiástico embarcados en la misma aventura de insuflar un nuevo espíritu de unidad y concordia a una sociedad que se enfrentaba, irremediabilmente, a una nueva época llena de desafíos externos e internos. «De nuevo, como en los remotos días de Augusto César, movió al mundo romano un estremecimiento de nuevas esperanzas y nuevos albores» (Cochrane). Para Eusebio, el inesperado y glorioso triunfo de la Iglesia constituye prueba evidente de la *operatio Dei*, la mano de Dios, en la historia. Las esperanzas milenaristas parecían realizarse en la persona de Constantino: al fin un monarca cristiano

²³ Véase Alois Grillmeier, *Cristo en la tradición cristiana: desde el tiempo apostólico hasta el concilio de Calcedonia (451)*, Sígueme, Salamanca 1997.

dominando los cuatro extremos de la tierra, difundiendo la paz y la felicidad en todo el mundo. Partiendo de este hecho, el sentido de la esperanza cristiana comenzó también a modificarse. Ya no es únicamente en el más allá donde se verá colmada: su cumplimiento comienza dentro de este mundo. Por fin se iban a hacer realidad las profecías respecto a las espadas convertidas en rejas de arado y las naciones conviviendo pacíficamente unas con otras²⁴. Lactancio se suma a esta visión optimista de la «escatología realizada» en la historia, y cree que, en la Nueva República, el objeto primario será el asegurar a todos por igual la libertad de profesar el cristianismo, libertad que habrá de extenderse a los que no creen, ya que por naturaleza la religión es algo que no cabe imponer por la fuerza. Al mismo tiempo, los hombres se verán en libertad de practicar virtudes tan característicamente cristianas como la hospitalidad, la redención de cautivos, la defensa de las viudas, el cuidado de los enfermos, el enterramiento de los extranjeros y menesterosos. En el nuevo orden, y a medida que los principios cristianos de humanidad vayan ganando aceptación, el Estado irá perdiendo importancia, hasta convertirse en sociedad sin coerción y sin clases, gobernada únicamente por la ley del amor. Tal era la utopía del nuevo Imperio romano cristiano²⁵. El cristianismo había nacido como una sociedad en la que se daban por terminadas las divisiones antagónicas entre ricos y pobres, judíos y gentiles, hombres o mujeres, esclavos y libres. Soñaba con un mundo gobernado no por el miedo o la desconfianza, sin por el amor. Después de tantos siglos de persecución y vivir en la cuerda floja de la ilicitud, la paz de Constantino llevó a muchos a poner en un segundo plano que el cristiano es un ciudadano de la Nueva Jerusalén, que desciende sobre los hombres no en virtud de la política humana, sino del poder divino; ellos, en su entusiasmo ante el cambio operado, se imaginaban que el Imperio cristianizado iba a ser ya una imagen del Reino de Dios sobre la tierra.

Para Eusebio, el emperador es un enviado de la Providencia, el liberador aparecido tras el largo tormento de las persecuciones, el heraldo de Dios en este mundo, y su soberanía terrenal, la imagen de la soberanía divina y del anunciado reino de Cristo. El emperador es amado de Dios y modelo de absoluta piedad, encarna todas las virtudes de los reyes: la dignidad, la belleza, la fortaleza, la cultura, la razón innata y la sabiduría divina. Constantino, que veía el afecto que Eusebio le profesaba, tuvo para él muchos miramientos y le honró con distinciones halagadoras. «Siendo de extracción muy baja, Eusebio no estaba familiarizado con las altas esferas políticas, por lo cual es comprensible que se dejara deslumbrar» (Campenhausen). Pero Eusebio habría sido infiel a sí mismo si no hubiera secundado al emperador como instrumento elegido por Dios, cuya llegada siempre había deseado y en cuya misión creía²⁶.

El emperador se considera naturalmente como el jefe del pueblo cristiano, nuevo Moisés, nuevo David, a la cabeza del verdadero Israel, el de la Nueva Alianza. El emperador no se contenta con facilitar la reunión de concilios y apoyar con su autoridad la realización

²⁴ Eusebio, *Hís. eccl.* I,1,7.

²⁵ Véase Jacob Burckhardt, *Del paganismo al cristianismo*. La época de Constantino el Grande. FCE, México 1996, 2ª ed.; Charles N. Cochrane, *Cristianismo y cultura clásica*. FCE, México 1983, 2ª ed.

²⁶ Hans von Campenhausen, *op. cit.*, pág. 86.

de sus decisiones; es él mismo quien toma la iniciativa de convocarlos, quien escoge los problemas dogmáticos o disciplinares que deberán tratar. Sigue las discusiones, ayuda al triunfo de la mayoría, al establecimiento de la unanimidad.

Al morir Constantino, el 22 de mayo de 337, Eusebio, fiel a sus convicciones, enseguida compuso una obra en memoria del emperador, a modo de monumento literario, digno de sus grandeza. Esta obra es conocida por el título *De vita Constantini*, que no es propiamente una biografía, sino un elogio o panegírico fúnebre. Aunque a Eusebio se le acusa de adulador palaciego, hay que tener en cuenta que su contacto personal con el emperador fue muy escaso y casi siempre en los límites estrictos de la cortesía y de las exigencias oficiales. Probablemente, según Martín Gurruchaga, Eusebio no vio a Constantino más de cinco veces. Como hemos dicho, el aprecio de Eusebio por Constantino nace de sus convicciones teológicas. Apenas dos años después, muere este obispo culto, erudito, apologista y reconciliador. Acacio, discípulo suyo y sucesor en la sede episcopal, escribió una vida y un catálogo de sus obras.

Obras

Aunque Eusebio es universalmente famoso por su *Historia eclesiástica*, como si su producción literaria se hubiese reducido a esa única obra, lo cierto es que se trata de un autor muy prolífico, que abarcó casi todos los campos del saber teológico, como corresponde a un hombre muy versado en Sagrada Escritura, historia pagana y cristiana, literatura antigua, filosofía, geografía, cronología técnica, exégesis, filología y paleografía. Detallemos las que nos son conocidas.

A. Históricas

1. *Crónica*, griego χρονικῶν κανόνων παντοδαπῆ ἱστορία, generalmente conocida por *Cronicón*. Fue escrita hacia 303 y contiene dos partes: la cronografía o historias resumidas de los caldeos, asirios, hebreos, egipcios, griegos y romanos, y una segunda parte a base de cuadros sincrónicos en columnas sinópticas paralelas con glosas indicadoras de los principales sucesos de la historia. Mostrando el sincronismo entre las fechas bíblicas y las de la historia profana, el autor quiere probar que el cristianismo, lejos de ser una religión joven, es, gracias al testimonio del Antiguo Testamento, las más antigua y venerable del mundo. La aparición de Cristo marca el comienzo de su período final, que se centra en la historia de la Iglesia. Eusebio renunció al viejo cuadro mítico que calculaba la historia mundial según los ciclos de los años sabáticos del profeta Daniel, cuadro a partir del que se pretendía poder indicar la fecha del fin del mundo y de la parusía de Cristo. La visión de la historia mundial y de la salvación va unida en Eusebio al principio optimista de una educación progresiva del ser humano realizada por Dios.

Este procedimiento sincrónico había sido ya utilizado a principios del siglo III por Julio Africano en su *Cronografía*, obra en la que se apoya indudablemente Eusebio, pero realizando su tarea con más exactitud y conocimiento. La obra se ha conservado en una

versión armenia del siglo VI y sólo fragmentariamente en el original griego, pero ha influido poderosamente en la historiografía posterior, sobre todo durante la Edad Media.

2. *Historia eclesiástica*, ἱστορία ἐκκλησιαστικῆ, que en su forma actual consta de diez libros y abarca desde los orígenes de la Iglesia hasta la derrota de Licinio el 324. Es la obra más importante de Eusebio. Su mérito no estriba en la hábil narración de acontecimientos, sino en la inapreciable acumulación de datos, de hechos, documentos y extractos de obras literarias hoy perdidas. La intención de la obra es apologética: procura demostrar que Dios es el fundador de la Iglesia y su defensor ante los poderes adversos. Eusebio nos ofrece las listas de obispos de las sedes más importantes, los teólogos, las herejías, el destino adverso del pueblo judío, las persecuciones y martirios de los cristianos y el triunfo final de la Iglesia. Eusebio sometió esta obra a varias revisiones y puestas a punto según la evolución de los acontecimientos que el historiador iba conociendo. Los siete primeros libros se publicaron antes de la persecución de Diocleciano (303). Los tres últimos tratan de la época contemporánea de Eusebio. La difusión de la obra se atestigua por sus numerosas versiones. Se conserva una siríaca del siglo IV, que sirvió de base a otra armenia muy literal. Rufino hizo la traducción latina en 403, pero no es muy fiel al original.

3. *Los mártires de Palestina*, Σύγγραμμα περὶ τῶν κατ' αὐτὸν μαρτυρισάντων. Según había prometido en su obra anterior (VIII,13,7), Eusebio dio a conocer los acontecimientos y hazañas de los mártires cuyos sufrimientos «había presenciado personalmente». La obra abarca toda la persecución de Diocleciano (303-311) y se conserva en dos recensiones: la larga ha llegado a nosotros completa sólo en una versión siríaca y fragmentariamente en griego; la más corta se conserva como apéndice del libro octavo en cuatro manuscritos griegos de la *Historia eclesiástica*.

Su *Vida de Pánfilo*, en tres libros, está desaparecida.

B. Apologéticas

1. *Introducción general elemental*, compuesta antes de ser obispo, constaba en su original de diez libros, de los que sólo cuatro han llegado completos hasta nuestros días, bajo el título especial ἐκλογαὶ προφητικαί, latín *Ecloga Propheticae*. Ofrece una recopilación y explicación sucinta y alegórica de las profecías mesiánicas del Antiguo Testamento. La compuso antes de ser obispo.

2. *Preparación al Evangelio*, προπαρασκευὴ εὐαγγελικῆ, latín *Præparatio Evangelica*. Consta de quince libros. Afortunadamente esta obra se conserva en el original griego y, según se deduce de algunas alusiones, fue compuesta después del 314, fecha en que Licinio impuso peculiares castigos a los cristianos antioquenos. La escribió para refutar el politeísmo pagano y demostrar la superioridad del judaísmo como preparación al cristianismo, que supera a ambos. Refuta el paganismo a base de textos de los mismos autores paganos, y sin duda tenía por destinatarios a conversos recientes venidos del paganismo.

3. *Demostración evangélica*, ἀποδείξις εὐαγγελικῆ, latín *Demonstratio Evangelica*, que es como una continuación de la obra anterior, en la que defiende la religión cristiana frente al judaísmo, que enlaza con la religión universal de los Patriarcas, de la que la Ley de

Moisés es sólo una transición. La obra comprende veinte libros, de los que se han conservado los diez primeros y parte del decimoquinto.

4. *Teofanía*, o *Manifestación divina*, θεοφανεΐα, conservada en una traducción siria perdida desde hacía tiempo y descubierta en 1839 en un monasterio de Nitria. Consta de cinco libros dedicados a la encarnación del Logos. Los tres primeros libros tratan de la manifestación del Logos en la creación del universo, en su conservación y en el alma humana; de la necesidad de redención y de su realización definitiva por Cristo, Señor y Salvador.

5. *Contra Hierocles*, πρὸ τὰ ὑπὸ Φιλοστράτου εἰς Ἀπολλώνιον τὸν Τυανέα διὰ τὴν Ἱεροκλεῖ παραληφθεῖσαν αὐτοῦ το καὶ Χριστοῦ σύγκρισιν, generalmente citada como *Adversus Hieroclem*, libro escrito para refutar al gobernador de Bitinia, y cuyo texto se ha conservado íntegro. Muestra que el mago y filósofo Apolonio de Tiana de ningún modo es comparable a Cristo.

Se han perdido otras dos obras apologeticas: *Refutación y defensa*, que constaba de dos libros en respuesta a objeciones paganas, y *Contra Porfirio*, que comprendía veinticinco libros en respuesta al ataque del filósofo neoplatónico Porfirio.

C. Dogmáticas

1. *Contra Marcelo*, κατὰ Μαρκελλου, latín *Contra Marcellum*. Escrita en 336 tal vez para justificar la deposición de Marcelo, obispo de Ancira, por obra del sínodo arriano de Constantinopla. Prueba con citas del propio Marcelo que sus doctrinas coincidían con las de los herejes Sabelio y Pablo de Samosata.

2. *Teología eclesiástica*, περὶ τῆ ἐκκλησιαστικῆς θεολογίας, latín *De ecclesiastica theologia*. Ampliación de la obra anterior con tendencias origenistas. Escrita hacia 337. Se conserva en su integridad.

3. *Epistolario*. Sus cartas debieron de ser numerosísimas, a juzgar por la enorme participación que tuvo en las disputas de su tiempo, pero sólo se conservan de él tres cartas completas, la dirigida a Flaccilo, en la que le dedica su *Teología eclesiástica*, la que envió a Carpiano como presentación de sus *Cánones evangélicos* y la que escribió a su comunidad de Cesarea explicando su postura sobre el *homoousios* y defendiendo su actuación en Nicea. También ha llegado hasta nosotros una nota a Constancia, esposa de Licinio, en la que muestra tendencias iconoclastas.

Se ha perdido la *Defensa de Orígenes*, que Eusebio completó después de la muerte de Pánfilo.

D. Bíblicas

1. *Cánones evangélicos*, *Evangelici canones*. Especie de armonía o sinopsis concordada de los Evangelios, inspirada en la *Armonía* de Ammonio de Alejandría, que disponía los Evangelios en cuatro columnas paralelas. Eusebio dividió los Evangelios en pequeñas secciones, que numeró sucesivamente. Preparó luego una tabla de diez cánones, cada uno de los cuales contenía una serie de pasajes comunes.

2. *Diccionario geográfico de lugares bíblicos*, περὶ τῶν τοπικῶν ὀνομάτων ἐν τῇ θεϊᾷ γραφῇ, *De locis Hebraicis*, obra de geografía bíblica, de la que sólo se conserva el *Onomáston* o lista alfabética con explicación de los diversos nombres de la Sagrada Escritura, fuente importantísima para la topografía palestinese. Existe el original griego y una

versión latina de san Jerónimo que hizo algunas correcciones. Eusebio escribió esta obra por sugerencia del obispo Paulino de Tiro.

3. *Preguntas y respuestas sobre los Evangelios*, Ζητήματα καὶ λύσεις, *Quaestiones evangelicae*, de la que quedan algunos extractos que nos sugieren la contribución crítica del contenido original de la obra. Analiza las dificultades que presenta el comienzo de los Evangelios y las discrepancias que se encuentran en los relatos finales sobre la resurrección de Cristo.

4. *Comentario sobre los Salmos*. Su obra exegética más importante, de gran erudición y muy apreciada entre los antiguos escritores de la era patristica. Aunque no ha llegado completo a nuestros días, los fragmentos son tan extensos que sirven para formarse una idea de la complejidad y ambición de la obra.

5. *Comentario sobre Isaías* en diez libros. Descubierta por A. Möhle al margen de un manuscrito de Florencia. Eusebio depende en este comentario de la obra de Orígenes, que cita siete veces. La exégesis se basa en el texto de Septuaginta de la *Héxaplas*.

6. *Sobre la Pascua*, περὶ τῆ τοῦ πάσχα ἑορτῆς, latín *De solemnitate paschali*. Obra perdida en su conjunto, pero conservada en un extenso fragmento dentro de la *Catena* sobre Lucas compuesta por Nicetas de Heraclea. Contiene doce capítulos consagrados a discutir la naturaleza de la fiesta veterotestamentaria y de su réplica cristiana, y las razones adoptadas en el Concilio de Nicea para no celebrar la Pascua cristiana en la fecha de la Pascua judía.

Se ha perdido una obra sobre *La poligamia y las familias de los Patriarcas*.

E. En honor de Constantino

1. *Vida de Constantino*, εἰ τὸν βίον Κωνσταντίνου τοῦ βασιλέως λόγος, *Vita Constantini*, compuesta en cuatro libros siguiendo el modelo literario de los *encomion*. El autor pinta un retrato lleno de vida del emperador. Contiene la aparición de la cruz antes de la batalla contra Majencio en el puente Milvio de Roma, la pieza más popular de todo su trabajo. De especial interés para el historiador son las dieciséis órdenes imperiales adosadas por Eusebio a la obra, cuya autenticidad se ha visto confirmada por el descubrimiento de algún papiro que transcribe parcialmente órdenes de Constantino que coinciden literalmente con Eusebio.

2. *Discurso a la asamblea de los santos*, Κωνσταντίνό τῶ τῶν ἁγίων συλλογῶν, *Ad coetum sanctorum*, especie de apología cristiana atribuida por Eusebio al propio Constantino, que diserta sobre el error del politeísmo, afirma la soberanía absoluta de Dios, la providencia, la economía de la salvación y el juicio de Dios. Determina qué es lo que debe admitirse y qué se debe rechazar en las doctrinas de Platón. Se repudian las fantasías mitológicas de los poetas. Partidarios de la paternidad de Constantino son A. von Harnack y E. Schwartz. J. M. Pfätsch añade que se trata de un discurso compuesto entre los años 313 y 325, de gran interés para conocer las convicciones religiosas del primer emperador cristiano.

3. *Panegírico de Constantino*, εἰ Κωνσταντίνον τριακόντα ετηρικό, *Laudes Constantini*. Pronunciado por Eusebio con ocasión de la *tricennalia* o trigésimo aniversario del reinado de Constantino. En sus diez primeros capítulos alaba la persona y las obras de Constantino y en las ocho restantes se ofrece una apología del cristianismo o más bien una especie de introducción a la doctrina cristiana acomodada a un público pagano.

Texto y traducción

La versión en griego utilizada para la presente traducción al castellano de la *Historia eclesiástica* está basada en la edición crítica del gran erudito alemán Eduard Schwartz²⁷, que se considera la más completa y fidedigna versión de los manuscritos originales de Eusebio.

Como la mayoría de las traducciones de Eusebio, la obra se presenta dividida en diez libros, y cada libro, en un número diferente de capítulos. Esta división en libros y capítulos tiene su origen en el mismo texto griego y la mayoría de los expertos consideran que se remonta a la época y textos originales de Eusebio. La costumbre de dividir las obras en libros y capítulos era muy común entre los escritores de la Antigüedad, como podemos comprobar también en las obras del historiador Flavio Josefo, *Antigüedades de los Judíos* y *Guerras de los Judíos*, y se cree que responde a las dificultades que planteaba la capacidad limitada del soporte, fuera papiro o pergamino, para incluir en un solo soporte todo el material. Para salvar este inconveniente, el autor trataba de ajustar el material de modo que cada soporte, papiro o pergamino, constituyera una unidad temática independiente que permitiese su lectura por separado. La conexión entre los diversos libros de una misma obra se hacía mediante prólogos o introducciones a cada libro, en los cuales se hacía referencia al contenido del libro anterior o incluso, en ocasiones, comenzando con la misma frase con la que aquél termina.

Hasta el presente se encuentran vertidas a nuestra lengua cuatro traducciones de esta obra de Eusebio, todas ellas concebidas desde perspectivas diferentes y basadas también en manuscritos de procedencia diversa. Así, por ejemplo, existe una primera traducción hecha en 1554 por el fraile dominicano Juan de la Cruz e impresa en Portugal. Una segunda traducción fue efectuada por Luis M. de Cádiz, en 1950, y publicada por la Editorial Nova, de Buenos Aires; dicha traducción, como señala Luis de Aznar en la «Introducción», está basada en el texto grecolatino que cotejara Henri de Valois en 1659 en Francia. La tercera edición fue traducida y comentada por el dominico Argimiro Velasco Delgado, basada en el mismo texto de Schwartz, que nosotros utilizamos, y publicada por la BAC (Madrid) en 1973. La cuarta edición se debe a Editorial Portavoz (1999), y no se trata de una traducción original directa del texto griego, sino de traducción indirecta del inglés al castellano de una versión inglesa del profesor Paul L. Maier, hecha sobre el mismo texto griego de Schwartz.

En nuestra traducción, efectuada directamente del texto griego por el erudito anglocatalán George P. Grayling, se ha seguido lo más cerca posible la literalidad del texto original, conservando aun giros idiomáticos que podrían en momentos dificultar la lectura, pero que muchas veces obedecen al estilo excesivamente riguroso utilizado por Eusebio.

ALFONSO ROPERO

²⁷ E. Schwartz, en *Die Griechische Christliche Schriftsteller*, 3 vols., Leipzig-Berlín 1903, 1908, 1909.



HISTORIA ECLESIAÍSTICA: LIBRO PRIMERO

Contenido:

- 1 Fundamento de la promesa
- 2 Resumen de los aspectos principales de la preexistencia y de la divinidad de nuestro Salvador y Señor Jesucristo, el Cristo de Dios
- 3 Cómo el nombre de Jesús, e incluso el de Cristo, eran conocidos desde el principio y venerados por los profetas inspirados por Dios
- 4 Cómo el carácter de la religión anunciada por Cristo a todas las naciones no era nuevo ni desconocido
- 5 Sobre el tiempo en que Cristo se apareció a los hombres
- 6 Cómo, según las profecías, cesó en tiempo de Cristo la línea de los primeros gobernadores de los judíos, y Herodes, el primer extranjero, fue su rey
- 7 Sobre la supuesta contradicción en los Evangelios con relación a la genealogía de Cristo
- 8 De la maquinación de Herodes contra los niños, y de la catástrofe que le sobrevino
- 9 Acerca de los tiempos de Pilato
- 10 Acerca de los sumos sacerdotes judíos bajo los cuales Cristo dio a conocer su enseñanza
- 11 Testimonios acerca de Juan el Bautista y de Cristo
- 12 Acerca de los discípulos de nuestro Salvador
- 13 Relato acerca del soberano de Edesa



1

Fundamento de la promesa

1. Me he propuesto redactar las sucesiones de los santos apóstoles desde nuestro Salvador hasta nuestros días; cuántos y cuán grandes fueron los acontecimientos que tuvieron lugar según la historia de la Iglesia y quiénes fueron distinguidos en su gobierno y dirección en las *comunidades más notables*, incluyendo también aquellos que, en cada generación, fueron embajadores de la Palabra de Dios, ya sea por medio de la escritura o sin ella, y los que, impulsados por el deseo de innovación hasta el error, se han anunciado promotores del falsamente llamado conocimiento, devorando así el rebaño de Cristo como lobos rapaces.

2. Añadiré a todo esto los incidentes que sobrevinieron a todo el pueblo judío desde el momento de su complot contra nuestro Salvador, y también el número, el modo y el tiempo de los paganos que lucharon contra la palabra divina y la grandeza de los que en su tiempo atravesaron, por ella, la prueba de sangre y tortura; señalando además los martirios de nuestro tiempo y el auxilio benigno y favorable para con todos de nuestro Salvador. Daré comienzo a esta obra partiendo de la dispensación de nuestro Salvador y Señor Jesús, el Cristo de Dios.

3. Por lo cual la obra requiere la indulgencia de lectores benévolos para conmigo, pues confieso que presentar la obra perfecta y completa se halla más allá de nuestras fuerzas, ya que hasta el momento presente somos los primeros en entrar en esta labor como intentando seguir un sendero desierto y sin hollar. Así pues, pedimos a Dios su dirección y la ayuda del poder del Señor, pues no hemos logrado encontrar ninguna huella de hombres que nos hayan precedido en este sendero, a no ser por las pequeñas indicaciones que de modos diversos nos han dejado algunos relatos parciales de los tiempos pasados alzando sus voces desde lejos a modo de una antorcha desde lo alto de un punto lejano clamando y exhortándonos, desde una torre, cómo nos es necesario caminar y dirigir la senda de la palabra sin error ni peligro.

4. Nosotros, habiendo recogido de estos testimonios todo lo que consideramos útil para la presente obra, y como si lamieramos de prados espirituales los dichos apropiados de los antiguos escritores, intentaremos conferirle forma histórica, contentándonos al recobrar, si no todas, por lo menos las más notables de las sucesiones de los apóstoles de nuestro Salvador, las que todavía se recuerdan en las *iglesias más insignes*.

5. Considero que es absolutamente necesario que trabaje en esta obra, pues no conozco ningún escritor eclesiástico que se haya preocupado en escribir acerca de este tema. Así pues, confío en que se mostrará sumamente beneficiosa para aquellos que tienen empeño en adquirir conocimientos históricos.

6. Ya narré brevemente todas estas cosas en los *Cánones cronológicos* que redacté, pero sin embargo he resuelto componer esta obra, mucho más completa.

7. Tal como ya mencioné, empezaré con la dispensación y la divinidad de Cristo, que superan la capacidad humana.

8. Pues quien pretenda redactar los orígenes de la historia eclesiástica será necesario que empiece rigurosamente con la primera dispensación de Cristo mismo (ya que de Él tenemos el honor de recibir el nombre), que es más divino de lo que a muchos parece.

2

Resumen de los aspectos principales de la preexistencia y de la divinidad de nuestro Salvador y Señor Jesucristo, el Cristo de Dios

1. La naturaleza de Cristo es doble: una es como la Cabeza del Cuerpo (por la que le reconocemos Dios); la otra es comparable a los pies (la que tomó forma de hombre con las mismas pasiones que nosotros para nuestra salvación). Por ello nuestra declaración de lo siguiente será completa si tomamos como punto de partida lo principal y lo más prominente de toda su historia. Así también quedará demostrada la antigüedad, juntamente con el carácter divino de los cristianos, ante los que suponen que son recientes y extraños, que no salieron a luz antes de ayer.

2. Ningún tratado sería suficiente para exponer el linaje, la dignidad, la esencia y la naturaleza de Cristo; por esto el Espíritu divino dice en su profecía: «Su generación, ¿quién la contará?»¹. Porque nadie conoció al Padre, sino el Hijo, ni nunca nadie conoció al Hijo debidamente, sino solamente el Padre que lo engendró.

3. ¿Quién, excepto el Padre, hubiera sido capaz de considerar con pureza la luz previa al mundo, la sabiduría inteligente y real antes de los siglos, el Verbo vivo que es Dios y se encuentra desde el principio con el Padre, el primero y único Hijo de Dios, anterior a toda creación y producción de todas las cosas tanto visibles como invisibles, el capitán del ejército espiritual e inmortal del cielo, el ángel consejero, el servidor del Padre en su plan inefable, el hacedor de todas las cosas con el Padre, la causa segunda del universo después del Padre, el verdadero y unigénito hijo de Dios, el Señor, el Dios y el Rey de toda criatura, que ha recibido del Padre la soberanía, la supremacía, la propia divinidad, el poder y el honor? Porque acerca de su divinidad en las Escrituras leemos: «En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios. Éste era en el principio con Dios. Todas las cosas por Él fueron hechas, y sin Él nada de lo que ha sido hecho fue hecho»².

4. También dice esto el gran Moisés, que es el profeta más antiguo, cuando esboza, por el Espíritu divino, la formación y la ordenación del universo: El creador y hacedor de todas las cosas permitió únicamente al Verbo, divino y primogénito, formar las criaturas inferiores.

¹ Isaías 53:8.

² Juan 1:1-3. Es necesario hacer constar aquí que todavía no habían tenido lugar los concilios cristológicos, en los cuales se definió con multiplicidad de detalles y de argumentos, tanto bíblicos como filosóficos, la naturaleza de Cristo, o mejor dicho, sus naturalezas, divina y humana; sin embargo, obsérvese con qué sencillez y claridad el gran historiador cristiano expone la doctrina ortodoxa acerca de la divinidad de Jesucristo, basándose tan sólo en las Sagradas Escrituras, tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento.

Y comenta con Él acerca de la creación del hombre: «Entonces dijo Dios: Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza»³.

5. Otro profeta refuerza esta afirmación hablando de Dios en sus himnos del modo siguiente: «Porque Él dijo, y fue hecho; Él mandó, y fue creado»⁴. Por un lado presenta al Padre y creador como soberano universal, actuando como espíritu real, y por otro lado, al Verbo divino (el mismo que nos ha sido anunciado) como segundo después de Él, realizando las órdenes del Padre⁵.

6. Y ya desde el principio de la creación del hombre lo reconocieron, al verlo con los ojos puros de su mente, todos los que se dice que destacaron en la justicia y la excelencia de la piedad: los seguidores del gran siervo Moisés. Abraham, el primero antes de él, sus hijos y todos aquellos que posteriormente demostraron ser justos y profetas. Los cuales le rindieron la veneración debida al Hijo de Dios.

7. Asimismo Él, no olvidando en modo alguno la piedad al Padre, vino a ser, para todos los hombres, maestro del conocimiento del Padre. Así pues, se menciona que el Señor Dios fue visto semejante a un hombre común por Abraham, que estaba sentado junto a la encina de Mambré. Pero Abraham, a pesar de verlo con sus ojos como un hombre, echándose inmediatamente a sus pies le adora como a Dios, le suplica como al Señor y manifiesta que no desconoce su personalidad, ya que menciona sus propias palabras: «El juez de toda la tierra, ¿no ha de hacer lo que es justo?»⁶.

8. Por lo tanto, si es contra toda razón que el Ser no engendrado e inmutable de Dios omnipotente se transforme en apariencia de hombre o que burle los ojos de los que le contemplan con una visión semejante a la de un ser engendrado, e incluso que la Escritura presente tales relatos (aparentemente mitológicos), ¿a qué otra persona puede anunciar como Dios y Señor que juzga toda la tierra y lleva a cabo la justicia y además es visto en forma de hombre si no es voluntad divina que sea llamado la causa primera del universo, sino sólo a su Verbo preexistente? También se habla acerca de Él en los Salmos: «Envió su palabra, y los sanó, y los libró de su ruina»⁷.

³ Génesis 1:26. Obsérvese aquí lo práctico del argumento de Eusebio anticipándose a la reñida discusión arriana que tuvo lugar tras el Concilio de Nicea acerca de la Trinidad. El plural del Génesis denuncia el verdadero significado de «Elohim», la palabra para designar al Dios único de los hebreos como un plural de personas aclarado en Deuteronomio 6:4.

⁴ Salmo 32:9.

⁵ Otro argumento ingenioso para probar la divinidad de Cristo: por un lado, las dos expresiones del Salmo 32:9, y por otro, el Salmo 148:5, distinguiendo las palabras «crear y hacer». Se puede interpretar que el Padre creó la materia, y el Verbo de Dios, que es la vida (Juan 1:14), le dio forma en múltiples configuraciones del reino vegetal y animal.

⁶ Génesis 18:25. Aquí tenemos otro argumento que ha sido muy bien usado para demostrar la pluralidad en la unidad de Dios, sobre todo en la labor evangelística entre los judíos y los unitarios. El Ser que se manifestaba a los primeros padres en Edén, y el Ángel Jehová que se revelaba a Abraham, a Jacob etc., era una teofanía de la segunda Persona de la Trinidad. Asimismo, el Guía de Miqueas 5:2, aparecido en forma humana en Belén, «cuyas salidas son desde la eternidad» (desde los días del siglo *Olam*, en hebreo, que significa eternidad), ¿no se refería a «salidas» de la condición de Verbo de Dios para hacerse visible a criaturas del Dios eterno, ya sea en otros mundos del universo o en este propio mundo? La expresión «desde la eternidad» parece significar algo más que las pocas salidas (o apariciones) que tuvieron lugar en esta tierra antes de su encarnación.

⁷ Salmo 107:20. La palabra Verbo es la misma que se usa en Juan 1:1, y Eusebio la aplica no simplemente a la Palabra de Dios como acción divina, sino a la persona que Juan denomina Verbo de Dios en su capítulo 1, o sea, el Dios-Hombre Jesucristo.

9. Moisés con suma claridad lo anuncia Señor, segundo después del Padre, al decir: «Entonces el Señor hizo llover sobre Sodoma y sobre Gomorra azufre y fuego de parte del Señor»⁸. De nuevo, cuando aparece en forma humana a Jacob, la Escritura divina lo proclama Dios, diciéndole: «No se dirá más tu nombre Jacob sino Israel; porque has luchado con Dios...»⁹; y entonces «llamó Jacob el nombre de aquel lugar “Visión de Dios”; porque dijo: Vi a Dios cara a cara, y fue librada mi alma»¹⁰.

10. Y ciertamente tampoco es correcto conjeturar acerca de las apariciones divinas mencionadas, pensando que son ángeles inferiores y servidores de Dios, porque siempre que uno de ellos se aparece a los hombres, la Escritura no lo oculta, sino que los llama ángeles (no Dios ni Señor) como es fácil demostrar con millares de testimonios.

11. También Josué, el sucesor de Moisés, lo llama príncipe de las fuerzas del Señor, habiéndolo visto únicamente en forma y apariencia de hombre; y así lo considera jefe de los ángeles y arcángeles de los cielos y de las potestades superiores, la fuerza y la sabiduría del Padre y quien ha recibido la segunda soberanía y autoridad sobre todas las cosas.

12. Acerca de esto está escrito: «Estando Josué cerca de Jericó alzó sus ojos y vio un varón que estaba delante de él, el cual tenía una espada desenvainada en su mano. Y Josué, yendo hacia él, le dijo: ¿Eres de los nuestros, o de nuestros enemigos? Él respondió: No; mas como Príncipe del ejército del Señor he venido ahora. Entonces Josué, postrándose sobre su rostro en tierra, le adoró, y le dijo: ¿Qué dice mi Señor a su siervo? Y el Príncipe del ejército del Señor respondió a Josué: Quita el calzado de tus pies, porque el lugar donde estás es santo»¹¹.

13. Por estas mismas palabras entenderás que no se trata de otro sino del mismo que también se dirigió a Moisés, porque la Escritura usa los mismos vocablos: «Viendo el Señor que él iba a ver, lo llamó el Señor de en medio de la zarza, y dijo: ¡Moisés, Moisés! Y él respondió: Heme aquí. Y dijo: No te acerques; quita tu calzado de tus pies, porque el lugar en que tú estás tierra santa es»¹².

14. Además de las pruebas aportadas, que demuestran que en verdad hay un ser vivo y que existe antes del mundo, el cual sirvió al Padre y Dios de todo el universo en la creación de toda criatura, y es llamado Verbo y Sabiduría de Dios, también encontramos a nuestra disposición el oírlo de la misma Sabiduría, la cual, por medio de Salomón, nos acerca a su misterio: «Yo, la sabiduría, habito en la cordura, y hallo la ciencia de los consejos. Por mí reinan los reyes, y los príncipes determinan justicia. Por mí dominan los príncipes, y todos los gobernadores juzgan la tierra»¹³.

15. Y a estas palabras añade: «El Señor me creó como principio de sus caminos para sus obras, me estableció antes de los siglos. En el principio, antes que hiciera la tierra, antes que brotasen las fuentes de las aguas, antes que los montes fuesen formados, antes de los

⁸ Génesis 19:24.

⁹ Génesis 32:28.

¹⁰ Génesis 32:30: Peniel.

¹¹ Josué 5:13-15.

¹² Éxodo 3:4, 5.

¹³ Proverbios 8:12, 15, 16.

collados, ya había sido yo engendrada. Cuando formaba los cielos, allí estaba yo; cuando afirmaba las fuentes bajo el cielo, con Él estaba yo ordenándolo todo, y era su delicia de día en día, teniendo solaz delante de Él en todo tiempo, cuando se regocijaba por su universo terminado»¹⁴.

16. Con estas pocas palabras hemos demostrado que el verbo divino era preexistente y hemos mencionado a quienes se apareció (ya que no se apareció a todos).

17. Pero la razón por la cual no fue anunciado anteriormente a todo hombre del mismo modo que lo es ahora tal vez quede demostrada con la siguiente explicación: la vida de los hombres en la antigüedad no era capaz de retener la enseñanza de Cristo, lleno de sabiduría y virtud.

18. Pues, efectivamente, el primer hombre, después de su tiempo inicial de vida colmada de bendiciones, se precipitó en este modo de vivir mortal y perecedero, despreocupándose de la instrucción divina, y tornó esta tierra maldita a cambio de la vida regalada con Dios. Y los que vinieron después de él poblaron toda nuestra tierra y demostraron ser en gran manera peores asumiendo una forma de vivir animal e insostenible (exceptuando uno o dos casos excepcionales).

19. Y pasaban la vida como nómadas duros e incultos en un desierto, sin concebir siquiera la idea de ciudades, o constituciones u oficios, ni preocupándose del saber, de las leyes o juicios ni del honor, e incluso desconociendo el mismo nombre de la filosofía. Pervirtieron los razonamientos naturales y toda semilla intelectual y civilizada, propios del alma del hombre, por su exceso de maldad tomada deliberadamente. Además se dieron completamente a todo tipo de impiedad, de manera que tan pronto se pervertían unos a otros como se mataban practicando incluso el canibalismo. Finalmente alcanzaron el colmo de su desfachatez al pretender luchar contra Dios y contra los gigantes conocidos por todos, y proyectaron, en el extravío de su mente, fortificar la tierra contra el cielo disponiéndose para combatir contra el que está por encima de todas las cosas.

20. Mas Dios, que cuida de todas las cosas, persigue a los que obran de este modo con inundaciones y con fuego consumidor como a un bosque salvaje dispersado por toda la tierra. Por esto también a ellos los oprimió con hambres, pestes y guerras, e incluso fulminándolos desde lo alto, como si tratara una horrible y muy dura enfermedad del alma con los medios de corrección más amargos¹⁵.

21. Cuando la cumbre de la maldad estaba ya por lanzarse sobre todos, sofocando y oscureciendo el alma de casi todos los hombres a modo de una horrible embriaguez, la Sabiduría de Dios, su primogénito, el Verbo preexistente (movido por su supremo amor para con los hombres), se apareció a los seres inferiores como poder de Dios para su salvación

¹⁴ Proverbios 8:22-25 y 27-31.

¹⁵ La Biblia no da todos estos detalles de la condición de los antediluvianos, sólo dice: «Y vio Dios que la maldad de los hombres era mucha en la tierra, y que todo designio de los pensamientos del corazón de ellos era de continuo solamente el mal» (Génesis 6:5). Este cuadro tan pesimista de la condición humana lo había tomado Eusebio de tradiciones literarias del mundo pagano, como se puede ver en la *Odisea*, cap. IX, vers. 105 y siguientes. También de Hesíodo, véase *Erga*, cap. 11:90, y de Diodoro de Sicilia, Lib 1:6-8. No obstante, es curioso observar cómo estos escritores paganos confirman la descripción divina, mucho más sucinta del Génesis bíblico.

—a uno o dos de los antiguos hombres que amaban a Dios—, ya sea por visiones de ángeles o a través de sí mismo; y lo hizo en forma de hombre, porque sólo de ese modo podía revelarse a ellos¹⁶.

22. Cuando la semilla de la piedad fue infundida por ellos a muchos hombres, y un pueblo entero, de los primeros hebreos, se acercó sobre la tierra a la piedad, Dios, a través del profeta Moisés, les dio unas imágenes y símbolos de un sábado misterioso, y les concedió el poder ver otras visiones espirituales, pero no todo el misterio claramente, ya que muchos seguían en sus antiguas costumbres.

23. Entonces su legislación fue conocida y se extendió como viento fragante divulgándose entre todos los hombres, de manera que los espíritus de ellos y los de la mayoría de los paganos fueron refrenados por legisladores y filósofos de todas partes, hasta el punto en que la crueldad salvaje y animal se convirtió en mansedumbre, y de este modo incluso tenían, entre ellos, paz profunda, amistad y tratos. Fue en esta situación cuando, finalmente, en el principio del Imperio romano, el mismo maestro de virtudes, el servidor del Padre en todo el bien, el divino y celestial Verbo de Dios se reveló a todos los otros hombres, a todos los pueblos de la tierra, estimándolos listos y aptos para recibir el conocimiento del Padre, y esta revelación la llevó a cabo un hombre en absoluto diferente a nosotros en lo que se refiere a sustancia corporal, que cumplió y sufrió todas las cosas conforme a las profecías, las cuales anunciaban con anterioridad que un hombre y Dios a la vez se hallaría en esta vida, sería autor de obras maravillosas, y sería dado a conocer como maestro de la piedad del Padre para todos los pueblos; además, también proclamaban la maravilla de su nacimiento, su nueva enseñanza, sus admirables obras, la manera en que murió, la resurrección de entre los muertos y, sobre todas estas cosas, su restablecimiento divino en el cielo.

21. El profeta Daniel, comprendiendo por el Espíritu divino el reinado final del Verbo, inspirado, describe la visión divina con términos humanos, diciendo: «Estuve mirando hasta que fueron puestos tronos, y se sentó un Anciano de días, cuyo vestido era blanco como la nieve, y el pelo de su cabeza como lana limpia; su trono, llama de fuego, y las ruedas de éste, fuego ardiente. Un río de fuego procedía y salía de delante de él; millares de millares le servían, y millones de millones asistían delante de él; el Juez se sentó, y los libros fueron abiertos»¹⁷.

25. Y sigue: «Miraba yo en la visión de la noche, y he aquí que con las nubes del cielo venía uno como un hijo de hombre, que vino hasta el Anciano de días, y le hicieron acercarse delante de él. Y le fue dado dominio, gloria y reino, para que todos los pueblos, naciones y lenguas le sirvieran: su dominio es dominio eterno, que nunca pasará, y su reino, uno que no será destruido»¹⁸.

26. Todas estas cosas se refieren claramente a nuestro Salvador, el Verbo divino que desde el principio estaba con Dios, al cual llama Hijo del Hombre por su encarnación.

¹⁶ Se refiere Eusebio a los patriarcas, particularmente a Abraham.

¹⁷ Daniel 7:9, 10.

¹⁸ Daniel 7:13, 14.

27. Puesto que ya reuní todas las profecías concernientes a nuestro Salvador Jesucristo en otros comentarios, y habiendo demostrado con mayor exactitud lo que hemos mencionado acerca de Él, nos contentaremos con lo dicho en la presente obra¹⁹.

3

Cómo el nombre de Jesús, e incluso el de Cristo, eran conocidos desde el principio y venerados por los profetas inspirados por Dios

1. Éste es el momento oportuno para mostrar que los nombres de Jesús y de Cristo ya eran verdaderos incluso entre los antiguos profetas, amigos de Dios.

2. Moisés fue el primero en reconocer cuán sumamente augusto y glorioso es el nombre de Cristo, cuando ministró los modelos de cosas celestiales, los símbolos y las imágenes misteriosas, de acuerdo con el oráculo que dice: «Mira y haz todas las cosas conforme al modelo que se te ha mostrado en el monte»²⁰; y comentando acerca del sumo sacerdote de Dios, le llama Cristo, dentro de las probabilidades humanas; y así, además del honor y la gloria, añade el nombre de Cristo a esta dignidad del sumo sacerdocio, la cual, a sus ojos, es superior a cualquier cargo principal entre los hombres. Así ciertamente conocía el carácter divino de Cristo.

3. Moisés también conoció anticipadamente el nombre de Jesús, por el Espíritu de Dios, y de nuevo lo tuvo como un privilegio insigne. Así pues, nunca antes se pronunció este nombre a los hombres hasta que Moisés lo conoció, y él por primera vez concedió este título sólo a la persona que, según la figura y el símbolo, había de sucederle en el mando supremo después de su muerte²¹.

4. En efecto, no usó con anterioridad el nombre de Jesús, sino el de Ausé (el que recibió de sus padres). Pero Moisés, cuando lo llama Jesús, le concede un precioso honor en gran número superior a una corona real; y lo hace porque el mismo Jesús, hijo de Yahvé, llevaba la imagen de nuestro Salvador, el cual, después de Moisés y de haber concluido el culto simbólico entregado por él, fue el único que había de recibir el mando de la verdadera y más pura piedad²².

5. De esta manera, a modo de un supremo honor, Moisés dio el nombre de nuestro Salvador Jesucristo a aquellos dos hombres que en verdad y en gloria sobrepasaban a todo el pueblo, es decir, el sumo sacerdote y el que tomaría el mando después de él.

¹⁹ Eusebio parece referirse a sus *Eclogae Propheticae*, aunque otros comentaristas difieren de esta opinión, y algunos dicen que la frase «otros comentarios» pudo ser añadida cuando ya tenía redactada la presente obra.

²⁰ Éxodo 25:40 y Hebreos 8:5.

²¹ Números 13:16.

²² Existía una tradición entre los judíos de que Josué se llamaba antes Ausé, pero Moisés le dio el nombre con el que ha sido conocido desde entonces en la Biblia, que es otra versión del nombre Jesús (Salvador). Esta tradición fue inventada después que los cristianos comenzaron a identificar el nombre del gran caudillo de Israel con la persona de Cristo, pero semejante tradición no hace sino confirmar la inspiración divina en los textos de Moisés.

6. Es evidente que los profetas posteriores proclamaron a Cristo nombrándolo de antemano, y asimismo dieron testimonio del complot que en contra de Él habían de llevar a cabo los judíos, y del llamamiento a las naciones por medio de Él. En una ocasión Jeremías dice: «El aliento de nuestras vidas, el ungido del Señor, de quien habíamos dicho: A su sombra tendremos vida entre las naciones, fue apresado en sus lazos»²³. Pero en otro momento David, perplejo, dice: «¿Por qué se amotinan las gentes y los pueblos piensan vanidad? Se levantarán los reyes de la tierra, y príncipes consultarán unidos contra el Señor y contra su ungido» (Sal. 2:1, 2)²⁴; y continúa hablando de la persona de Cristo: «El Señor me ha dicho: Mi hijo eres tú; yo te engendré hoy. Pídeme y te daré por herencia las naciones y por posesión tuya los confines de la tierra»²⁵.

7. Pero entre los hebreos no sólo se ordenaba con el nombre de Cristo a los que eran honrados con el sumo sacerdocio y eran ungidos como símbolo con el óleo preparado, sino también a los reyes, los cuales, por el Espíritu de Dios, eran hechos símbolos de Cristo, pues en ellos mismos llevaban las imágenes del poder real y soberano del único y verdadero Cristo, del Verbo divino que gobierna sobre todas las cosas.

8. También conocemos que algunos profetas, por la unción, llegaron a ser Cristos figurativamente, de manera que todos ellos señalan al verdadero Cristo, el Verbo divino y celestial, el cual es el único sumo sacerdote del universo, y el único rey de toda la creación y de todos los profetas, el único sumo profeta del Padre.

9. Esto es confirmado por el hecho de que ninguno de los antiguos ungidos simbólicamente (ni sacerdotes, ni reyes, ni profetas) jamás obtuvo una potestad de la virtud divina semejante a la que demostró poseer nuestro Salvador y Señor Jesús, el único y verdadero Cristo.

10. Pero ninguno de ellos, aunque brillando por su dignidad y su honor sobre los suyos en numerosas generaciones, en ninguna ocasión atribuyó el nombre de cristianos a sus súbditos, como extendiendo la figura del nombre de Cristo. Ellos tampoco recibieron el honor y la adoración de sus súbditos, ni éstos estaban dispuestos a morir por el hombre que honraban. Y tampoco tuvo lugar en toda la tierra una conmoción tan grande por ninguno de ellos, pues el poder del símbolo que ellos tenían no era suficiente como para actuar del modo que lo hizo la presencia de la verdad demostrada por medio de nuestro Salvador.

11. Y esto a pesar de que no tomó los símbolos y las imágenes del sumo sacerdote de nadie; ni descendía de sacerdotes según la carne; ni tomó poder real llevado por un cuerpo de guardia de hombres, ni fue un profeta como los antiguos; ni ostentó dignidad o presidencia alguna entre los judíos; fue honrado por el Padre en todas estas cosas, pero no simbólicamente, sino en la realidad.

12. No obstante, aunque no recibió honores semejantes a los que hemos expuesto, es proclamado Cristo mucho más que los otros, y al ser Él el único y verdadero Cristo de Dios, llenó todo el mundo de cristianos, que es un nombre precioso y santo. Ahora ya no ha dado figuras ni imágenes a los suyos, sino las propias virtudes descubiertas y la vida celestial en la doctrina de la verdad.

²³ Lamentaciones 4:20.

²⁴ Es bien conocido por todos los cristianos que la palabra hebrea Cristo significa «ungido».

²⁵ Salmo 2:7, 8.

13. Y recibió la unción, no la preparada físicamente, sino la divina, por el Espíritu de Dios, y por la participación en la divinidad no engendrada del Padre. Esto enseñaba Isaías cuando clamaba como si hablara el mismo Cristo: «El Espíritu del Señor está sobre mí, por cuanto me ha ungido para dar buenas nuevas a los pobres; me ha enviado a sanar a los quebrantados de corazón; a pregonar libertad a los cautivos, y vista a los ciegos»²⁶.

14. Pero no sólo Isaías; David también se dirige al propio Cristo y dice: «Tu trono, oh Dios, es eterno y para siempre; cetro de justicia es el cetro de tu Reino. Has amado la justicia y aborrecido la maldad; por tanto, te ungió Dios, el Dios tuyo, con óleo de alegría más que a tus compañeros»²⁷.

En el primer versículo se le llama Dios, y en el segundo le honra con el cetro real.

15. En tercer lugar, después de su poder divino y real, presenta al Cristo ungido, no con aceite material, sino con el aceite divino del regocijo; con lo que indica su carácter extraordinario, superior y distinguido por encima de los antiguos, que fueron ungidos más corporalmente a través de imágenes.

16. También en otra parte da a conocer más detalles acerca de Cristo con las siguientes palabras: «El Señor dijo a mi Señor: Siéntate a mi diestra, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies»; y: «De mi seno te engendré antes del alba; y juró el Señor, y no se arrepentirá: Tú eres sacerdote para siempre, según el orden de Melquisedec»²⁸.

17. Y este Melquisedec es considerado en las Escrituras sacerdote del Dios Altísimo, pero sin haber sido designado con unción preparada, ni siquiera perteneciendo al linaje de la sucesión sacerdotal de los hebreos; por esta razón nuestro Salvador es llamado con juramentos Cristo y sacerdote según el orden de Melquisedec, y no según el orden de los otros que rechazaron símbolos y figuras.

18. Por lo cual la historia no nos ha dado a conocer que Cristo fuera ungido por los judíos ni que procediera de la tribu de los sacerdotes, sino que vino del mismo Dios antes del lucero de la mañana, es decir, antes de la creación del mundo, y que obtuvo un sacerdocio inmortal y eterno, conservándolo por los siglos sin fin.

19. La evidencia más clara e importante de su unción inmaterial y divina es que de todos los hombres de su tiempo y de los que han existido hasta hoy en toda la tierra, sólo Él es llamado y confesado como Cristo, y todos dan testimonio de Él con este nombre, recordándolo así tanto los griegos como los bárbaros.

Además, todavía hoy entre sus seguidores, en toda la tierra, es honrado como rey, es contemplado como siendo superior a un profeta y es glorificado como el verdadero y único sumo sacerdote de Dios; y, por encima de todo esto, es adorado como Dios por ser el Verbo Divino preexistente, anterior a todos los siglos, y habiendo recibido del Padre el honor de ser objeto de veneración²⁹.

²⁶ Isaías 61:1 y Lucas 4:18.

²⁷ Salmo 45:6, 7 y Mateo 1:8, 9.

²⁸ Salmo 110:1 y Hebreos 1:13.

²⁹ Hebreos 9:5-14. Es admirable la fe de los cristianos primitivos en la Divinidad de Cristo. Ello es un mentís a quienes pretenden que el mito cristológico se fue formando en los siete concilios posteriores al de Nicea. Este párrafo

20. Y lo más singular de todo es que los que estamos consagrados a Él no le honramos solamente con la voz o con los sonidos de nuestras palabras, sino con una completa disposición del alma, llegando incluso a preferir el martirio por su causa a nuestra propia vida.

4

Cómo el carácter de la religión anunciada por Cristo a todas las naciones no era nuevo ni desconocido

1. Todo esto sea suficiente como prólogo de la historia, para que nadie piense que nuestro Salvador y Señor Jesucristo sea de existencia reciente al considerar el tiempo de su encarnación. Pero para que nadie suponga que la enseñanza de Cristo es nueva o extraña, como si fuera forjada por un hombre joven, sin diferenciarse de los demás hombres, detengámonos en este tema en breves palabras.

2. De este modo, hace poco la venida de nuestro Señor Jesucristo a todos los hombres resplandeció, pero ya ha surgido (de acuerdo con las inefables predicciones en el tiempo) un pueblo que todos consideran nuevo. No es pequeño ni débil; tampoco se ha establecido en una nación de la tierra, sino que es el más religioso y numeroso de todos los pueblos, imperecedero e invencible, porque siempre encuentra su socorro en Dios, el cual es honrado por todos con el nombre de Cristo.

3. También uno de los profetas, cuando vio antes de tiempo por los ojos del Espíritu de Dios esto que había de acontecer, exclamó asombrado: «¿Quién oyó cosa semejante? ¿Quién vio tal cosa? ¿Concibió la tierra en un día? ¿Nacerá una nación de una vez?». Él mismo en otro lugar indica también el nombre que había de recibir, cuando dice: «A mis siervos se les llamará por un nombre nuevo, que será bendito sobre la tierra»³⁰.

4. Aunque claramente somos nuevos y el nombre de cristianos se ha conocido recientemente entre todas las naciones, vamos a demostrar que nuestra vida, y también el carácter de nuestro comportamiento, de acuerdo con la religión, no ha aparecido simultáneamente con nosotros, sino que prosperó desde la primera creación del hombre y debido al sentido común de los hombres antiguos amigos de Dios.

de Eusebio fue escrito, según los expertos, en el año 314, unos once años antes del Concilio de Nicea, donde tuvo lugar la gran controversia arriana. Sin embargo, Eusebio formula aquí una declaración que muestra su creencia absoluta en la divinidad y preexistencia de Jesucristo, y ello prueba que ésta fue la fe tradicional desde los días de los apóstoles.

Declaraciones semejantes hallamos en los más antiguos documentos de los padres prenicenos. Lo que los concilios posnicenos hicieron fue ratificar los más altos conceptos emitidos por los escritores anteriores, dándoles el rango de creencias o dogmas aprobadas por una reunión oficial de obispos cristianos; pero nada inventaron acerca de la persona de Jesucristo que no estuviera declarado ya en los escritos apostólicos del Nuevo Testamento y en los documentos de los más antiguos autores cristianos que los siguieron.

³⁰ Isaías 65:11-16 y 66:8. La rápida extensión de la fe cristiana es una de las evidencias del cristianismo que ya usaba Tertuliano en el siglo II, pues ciertamente fue una maravilla semejante crecimiento en medio de las persecuciones que sufrieron las iglesias cristianas, desde las que desataron los Herodes de Jerusalén hasta las de Decio, cumpliéndose la célebre frase: «La sangre de los mártires es la semilla de la Iglesia».

5. Los hebreos no son un pueblo nuevo, sino que siempre ha sido honroso entre todos los hombres por su antigüedad. Sus escritos y tratados se refieren a hombres antiguos (esparcidos y escasos) eminentes en piedad, en justicia y en toda otra virtud; algunos fueron anteriores al diluvio, y otros son posteriores, se cuentan entre los hijos de Noé y sus descendientes, y muy especialmente Abraham, al cual se jactan los hebreos de tener por padre.

6. Si alguien afirmara que todos estos hombres que dieron testimonio por su justicia, desde Abraham hasta el primer hombre, fueron cristianos en sus obras, sin serlo de nombre, no se hallará lejos de la verdad.

7. Pues lo que el nombre significa es que el cristiano, a causa del conocimiento de Cristo y de su enseñanza, se distingue por su sensatez, por su justicia, por la constancia de su carácter, por el valor de su virtud y por la confesión de un solo Dios sobre todas las cosas; y aquellos hombres tenían celo por todas estas cosas en nada inferior al nuestro.

8. Ciertamente no se preocupaban de la circuncisión corporal, ni en observar los días de reposo y de la abstención de unos y otros alimentos, como tampoco nosotros, pues todas estas cosas fueron instituidas primeramente por Moisés para que fueran cumplidas en simbolismo, pero ahora los cristianos no las llevamos a cabo.

Sin embargo, reconocieron al Cristo de Dios cuando, como ya hemos demostrado, se apareció a Abraham, deliberó con Isaac, habló con Israel y conversó también con Moisés y con los profetas posteriores.

9. Con todo esto verás que aquellos amigos de Dios también son dignos del nombre de Cristo, de acuerdo con la palabra dicha acerca de ellos: «No toquéis —dijo— a mis ungidos, ni hagáis mal a mis profetas»³¹.

10. De tal modo, que claramente se da a entender que la primera y más antigua religión, hallazgo de aquellos amigos de Dios seguidores de Abraham, es justamente la enseñanza de Cristo que ahora se anuncia a todos los pueblos.

11. Pero aunque se diga que Abraham recibió el mandamiento de la circuncisión largo tiempo después, se debe recordar que enteramente ya fue dado testimonio de su justicia por la fe, así «Creyó Abraham a Dios, y le fue contado por justicia»³².

12. Siendo él justificado así antes de la circuncisión, Dios (éste era el Cristo, el Verbo de Dios) se le apareció y le dio a conocer el oráculo acerca de los que habían de ser justificados del mismo modo posteriormente; a ellos les prometió como sigue: «Y serán benditas en ti todas las familias de la tierra»; y «habiendo de ser Abraham una nación grande y fuerte, y habiendo de ser benditas en él todas las naciones de la tierra?»³³.

13. Por lo tanto, es justo creer que esto se ha cumplido en nosotros, pues él fue justificado por la fe en Cristo, el Verbo de Dios que se le apareció; y después de abandonar las supersticiones de sus padres y su previa vida extraviada, habiendo confesado que Dios es uno en todas las cosas, le sirvió con obras de virtud, pero no por las prácticas de la Ley de

³¹ Salmo 105:15. Otra vez hace notar aquí Eusebio que el nombre hebreo Cristo significa «ungido». Los ungidos por el óleo santo de los profetas los considera simbólicos, precursores del «gran ungido Cristo», el Mesías de Dios.

³² Génesis 15:6 y Romanos 4:3.

³³ Génesis 12:2 y 18:18.

Moisés, que fue posterior; y también a él, tal como era, se lo anunció: que todas las tribus de la tierra y toda nación serían bendecidos en él.

14. Y precisamente, en nuestros días, sólo los cristianos por toda la tierra habitada practican aquella forma de religión de Abraham con los hechos, que son más radiantes que las palabras.

15. De este modo, ¿qué obstáculo nos queda ya para no reconocer que el modo de vida y la religión de los que seguimos a Cristo son exactamente los mismos que los de los antiguos amigos de Dios? Por lo tanto, hemos demostrado que la religión que hemos recibido por la enseñanza de Cristo no es nueva ni extraña, sino que, hablando con claridad, es la primera, la única y la verdadera; sea esto suficiente.

5

Sobre el tiempo en que Cristo se apareció a los hombres

1. Después de este preámbulo imprescindible para la composición de la historia eclesiástica propuesta por nosotros, proseguimos, como si emprendiéramos una travesía con la manifestación de nuestro Salvador en carne, tras invocar en nuestro auxilio, y para la veracidad de la exposición, al Dios Padre del Verbo y a su siervo Jesucristo, Salvador y Señor nuestro, el celestial Verbo de Dios.

2. Así pues, nuestro Señor y Salvador Jesucristo nació, de acuerdo con las profecías, en Belén de Judá, en el año 42 del reinado de Augusto, y en el año 28 del sometimiento de Egipto y muerte de Antonio y Cleopatra (con ello se extinguía la dinastía egipcia de los Ptolomeos), en el primer censo, siendo Cirenio gobernador de Siria³⁴.

3. Flavio Josefo, el más insigne historiador judío, también recuerda este censo de Cirenio; y además se refiere a otros acontecimientos relativos a una secta de galileos que surgió en aquel tiempo, la cual también menciona mucho Lucas en el libro de los Hechos de los Apóstoles: «Después de éste, se levantó Judas el galileo, en los días del censo, y llevó en pos de sí a mucho pueblo. Pereció también él, y todos los que le obedecían fueron dispersados»³⁵.

4. De acuerdo con todo esto, el autor mencionado añade, en el libro 18 de sus *Antigüedades*, las siguientes palabras textualmente: «Pero Cirenio, miembro del Senado, después de pasar por todos los demás cargos, siendo un cónsul grande por su dignidad, vino a Siria con unos pocos hombres, enviado por César como juez de la nación y censor de los bienes»³⁶.

³⁴ Lucas 2:2. Existe una pequeña diferencia entre la fecha que da Eusebio y la de Josefo, que fija el nacimiento de Jesucristo cuando fue depuesto Arquelao después de la batalla de Accio; pero lo importante es que ambos historiadores citan al gobernador, un personaje histórico bien conocido en los anales de la historia política de Roma. (Para la aclaración y comprensión de ambas fechas véase el libro *Comentario Bíblico Histórico*, por Alfred Edersheim, Ed. Clie 2006).

³⁵ Hechos 5:37.

³⁶ Véase Josefo, *Antigüedades de los judíos*, Libro XVIII, cap. 1:1. Tomo III, pág. 226. Ed Clie

5. A continuación dice: «Pero Judas el galaumita, de la ciudad de Gaula, tomando consigo al fariseo Sadoc, inició una revuelta arguyendo que el censo sólo conducía a la esclavitud, y exhortaba al pueblo a preocuparse por la libertad»³⁷.

6. Y él mismo escribe acerca de este tema, en la segunda historia de *Guerras de los judíos*, lo siguiente: «Entonces, un hombre galileo, llamado Judas, instigó a una revuelta a los habitantes del país, acusándolos porque se sometían al pago del tributo de los romanos y soportaban soberanos mortales después de Dios»³⁸. Todo esto según Josefo.

6

Cómo, según las profecías, cesó en tiempo de Cristo la línea de los primeros gobernadores de los judíos, y Herodes, el primer extranjero, fue su rey

1. Precisamente en el momento en que Herodes tomó el gobierno del pueblo judío (fue el primer extranjero en ser nombrado para este cargo) se cumplió la profecía anunciada a Moisés, que decía: «No faltará jefe salido de Judá, ni legislador salido de sus muslos, hasta que llegue aquel para quien está reservado», a quien señala como esperanza de las naciones³⁹.

2. En efecto, la predicción se mantuvo incumplida mientras pudieron gobernar los judíos, desde el principio con Moisés hasta el imperio de Augusto. Pero fue entonces cuando por primera vez el mando de los judíos fue entregado a un extranjero, a Herodes, el cual —según Josefo— era idumeo por parte de su padre y árabe por parte de su madre; pero según dice Africano, que no es un historiador cualquiera, los que han investigado con exactitud, concluyen que Antípatro, padre de Herodes, era hijo de cierto Herodes ascalón, de los hieródulos en el templo de Apolo⁴⁰.

3. Este Antípatro, cuando era niño, fue apresado por unos bandidos idumeos y vivió con ellos porque su padre, por su pobreza, no pudo pagar por él; así es educado entre ellos, y posteriormente entabló amistad con Hircano, sumo sacerdote de los judíos. De él nació el Herodes del tiempo de nuestro Salvador.

4. De modo que, con la llegada al reino de los judíos de una tal persona, también estaba a la puerta la esperanza de las naciones, de acuerdo con la profecía, ya que con su entrada en el poder desaparecieron los gobernantes y dirigentes según la sucesión, entre otros, del mismo Moisés.

5. Ciertamente reinaron antes de la cautividad y la deportación a Babilonia, empezando primero por Saúl y por David. Pero antes de los reyes también cuidaron de ellos unos gobernantes, los jueces, empezando a partir de Moisés y de su sucesor Josué.

³⁷ *Antigüedades de los judíos* Libro XVIII, cap. 1:1. Tomo III, pág. 225.

³⁸ Véase *Guerras de los judíos*, Libro II, cap. 17, págs. 266, 267.

³⁹ Génesis 49:10.

⁴⁰ Los hieródulos eran una cierta clase de esclavos que servían en los templos paganos.

6. Después del retorno desde Babilonia, dispusieron ininterrumpidamente de una oligarquía en constitución aristocrática (los sacerdotes estaban al frente de todo asunto) hasta que el general romano Pompeyo, enfrentándose a Jerusalén, la sitió por la fuerza y profanó las cosas santas, entrando en el lugar más íntimo del templo; envió preso a Roma con sus hijos a Aristóbulo, quien hasta el momento, siguiendo la sucesión de su padres, era rey y sumo sacerdote, y deparó el sumo sacerdocio a su hermano Hircano. Desde entonces el pueblo judío pasó a ser tributario de los romanos.

7. En el momento en que Hircano, el último que sostenía la sucesión de los sumos sacerdotes, fue apresado por los partos, Herodes, el primer extranjero, como ya mencioné anteriormente, recibió el pueblo judío de manos del Senado romano y del emperador Augusto.

8. Entonces, evidentemente, tuvo lugar la venida de Cristo, acompañada, según la profecía, de la anhelada salvación y del llamamiento de las naciones. Desde aquel momento los gobernadores y dirigentes de Judá —me refiero a los que pertenecían al pueblo judío— cesaron, y consecuentemente fueron desatendidos los asuntos del sumo sacerdocio, que con regularidad había sido transmitido de padres a hijos en cada generación.

9. Un testigo fidedigno de todo esto lo tenemos en Josefo, el cual muestra cómo Herodes, cuando recibió el reino de manos de los romanos, ya no instituyó el sumo sacerdocio según el linaje inicial, sino que concedió este honor a ciertos desconocidos. Asimismo —añade también Josefo—, su hijo Arquelao y los romanos que posteriormente tomaron el mando de los judíos obraron del mismo modo que Herodes en la institución del sumo sacerdocio⁴¹.

10. También Josefo narra cómo Herodes fue el primero en guardar bajo su propio sello las santas vestiduras del sumo sacerdote e impidió que los sumos sacerdotes las usaran (igualmente obraron Arquelao y los romanos posteriores a él)⁴².

11. Todo esto es útil para confirmar otra profecía acerca de la manifestación de nuestro Salvador Jesucristo. En el libro de Daniel la palabra especifica el número de ciertas semanas hasta el Cristo-príncipe (sobre esto traté en otro lugar), y profetiza que la unción entre los judíos sería aniquilada una vez concluidas estas semanas⁴³.

Todo esto se cumplió evidentemente con el nacimiento de nuestro Salvador Jesucristo. Estos detalles son suficientes como preámbulo para establecer la exactitud de las fechas.

7

Sobre la supuesta contradicción en los Evangelios con relación a la genealogía de Cristo

I. Debido a que Mateo y Lucas transmiten en los Evangelios la genealogía de Cristo de diversos modos y muchos los consideran contradictorios, y por su parte cada creyente se ha

⁴¹ Véase Josefo, *Antigüedades de los judíos*, Libro XX, cap. 10:5. Tomo III, pág. 347. Ed. Clie.

⁴² Véase Josefo, *Antigüedades de los judíos*, Libro XX, cap. 10:5. Tomo III, pág. 347. Ed. Clie.

⁴³ Daniel 9:24-27.

afanado en inventar alguna explicación para justificarlos, nosotros aportamos a continuación la información que nos ha llegado, la cual Africano (el que ya hemos mencionado) recuerda a Arístides cuando le escribe una carta acerca de la unanimidad de la genealogía en los Evangelios. Rechaza las opiniones de los demás como forzadas y falsas, y redacta la información que él ha recibido como sigue⁴⁴:

2. «Así pues, los nombres de las familias de Israel eran calculados o bien por naturaleza o bien por la Ley. Por naturaleza, según la sucesión del nacimiento legítimo; pero se realizaba según la Ley cuando alguien engendraba un hijo en favor de un hermano muerto sin descendencia (pues como todavía no habían recibido la esperanza clara de la resurrección, imitaban la prometida resurrección que había de venir con lo mortal, para perpetuar el nombre del difunto)⁴⁵.

3. »En consecuencia, los que se hallan en esta genealogía son tanto los que se sucedieron legítimamente de padres a hijos como los que fueron engendrados con el nombre de otros, y se hace memoria por igual de ambos; de los engendrados y de los que representa que lo han sido.

4. »De suerte que ninguno de los dos Evangelios miente, sino que enumeran siguiendo el linaje natural y siguiendo el linaje por la ley, lógicamente, pues las familias de Salomón y de Natán estaban entrelazadas debido a las resurrecciones de los que murieron sin descendencia, de las segundas nupcias y de las resurrecciones de los hijos; de manera que es lícito creer que unos son hijos de distintos padres en diversas ocasiones: de los ficticios y de los reales; concluimos, pues, que ambas genealogías son legítimamente verdaderas y llegan hasta José con exactitud, aunque de modo complicado.

5. »No obstante, para que quede más claro lo que hemos expuesto, paso a explicar el enlace de las familias. Al contar las generaciones partiendo de David y pasando por Salomón se encuentra a Matán (tercero por el final), que engendró a Jacob, padre de José. En cambio desde Natán hijo de David, según Lucas, el tercero por el final es Melquí, y José era hijo de Elí, hijo de Melquí.

6. »Ya que nuestro objetivo está fijado en José, nos es preciso demostrar por qué razón dos personas distintas aparecen como su padre: Jacob partiendo de Salomón y Elí desde Natán; tenemos que ver cómo Jacob y Elí son hermanos y cómo sus padres Matán y Melquí parecen ser abuelos de José, siendo ellos de distinto linaje.

7. »Matán y Melquí se casaron sucesivamente con la misma mujer y engendraron hijos de la misma madre, pues la Ley no prohibió que una mujer en soledad, ya fuera por haber sido repudiada por su marido o por la muerte de éste, se casara con otro varón.

8. »Por consiguiente, de Esta (que es el nombre de la mujer según la tradición) en primer lugar Matán (de la familia de Salomón) engendró a Jacob, pero cuando él murió, Melquí (de la familia de Natán) se casó con la viuda, que, como ya dijimos, era de otra familia pero de la misma tribu. Éste tuvo un hijo, Elí.

⁴⁴ Mateo 1:1-17 y Lucas 3:23-38. De esta carta a Arístides quedan solamente estos fragmentos de Eusebio.

⁴⁵ Génesis 38:8; Deuteronomio 26:6 y Lucas 20:28.

9. »Así Jacob y Elí son hermanos de la misma madre a pesar de pertenecer a distintas familias. Uno de ellos, Jacob, muere sin hijos, y su hermano Elí, tomando la mujer de Jacob, engendró de ella un tercer hijo: José. Éste es por naturaleza de Elí, y según el texto que está escrito: “Y Jacob engendró a José”⁴⁶; pero según la Ley era hijo de Elí, pues Jacob, siendo su hermano, le levantó simiente. Por lo cual su genealogía no será invalidada.

10. »El evangelista Mateo hace el recuento como sigue: “Jacob engendró a José”,⁴⁷ pero Lucas, en orden inverso: “el cual era” (también añade esto) “de José, hijo de Elí... hijo de Melquí”.⁴⁸ No podía expresar con mayor precisión el nacimiento según la Ley; va siguiendo hasta “Adán, hijo de Dios” y suprime el “engendró”⁴⁹ hasta el final, al tratar de este tipo de paternidad.

11. »Esto no son conjeturas sin fundamento, pues los padres según la carne de nuestro Salvador, ya sea por aparentar, ya sea simplemente por enseñar siempre siendo sinceros, nos entregaron también lo siguiente: unos bandidos idumeos asaltaron, Escolan ciudad de Palestina, y se llevaron preso, junto con otros despojos del Templo de Apolo, erigido entre los muros, a Antípatro, hijo de un tal Herodes, hiriéndolo. Pero siéndole imposible al sacerdote satisfacer el precio del rescate por su hijo, Antípatro fue criado en las costumbres de los idumeos, y posteriormente entabló amistad con Hircano, el sacerdote de Judea.

12. »Fue embajador ante Pompeyo en nombre de Hircano, para el que liberó el reino asolado por su hermano Aristóbulo; pero él mismo fue afortunado, pues consiguió ser *Epimeletes* de Palestina.

»Mas a Antípatro, asesinado por envidia de sus abundantes y buenos éxitos, le sucedió el hijo de Herodes, quien posteriormente fue escogido para reinar sobre los judíos por decreto de Antonio y del senador Augusto. Herodes y los demás tetrarcas fueron hijos suyos. En verdad, todos los detalles concuerdan con la historia de los griegos.

13. »Ahora bien, como todas las familias hebreas se hallaban registradas en los archivos, incluyendo los prosélitos como Aquior el amonita, Rut la moabita y los egipcios que partieron juntamente con los hebreos⁵⁰, Herodes, al no estar en nada relacionado con la raza de los israelitas y acuciado por su origen oscuro, mandó quemar todos los registros de las familias, pensando que él parecería un noble si tampoco otros podían trazar sus linajes con documentos sociales, hasta los patriarcas, o los prosélitos, o los llamados *gejoras*, extranjeros mezclados.

14. »Pero unos pocos meticulosos se jactaban de su linaje, preservado por tener registros privados, donde figuraban los nombres, o simplemente por poseer alguna copia. Entre éstos se encontraban los que antes mencionamos, los llamados *despósinoi* por su relación con el linaje de nuestro Salvador; éstos expusieron la genealogía que hemos propuesto nosotros desde el *Libro de los días* hasta donde llegaron, visitando las aldeas judías de Nazaret y Locoba y el resto de la tierra.

⁴⁶ Mateo 1:16.

⁴⁷ Mateo 1:16.

⁴⁸ Lucas 3:23 y 24.

⁴⁹ Lucas 3:38.

⁵⁰ Rut 1:16-22; 2:2; 4:19-22; Éxodo 12:38 y Deuteronomio 23:8.

15. »Sea como fuere, no se puede encontrar explicación más clara que ésta y por esta razón yo lo creo; asimismo toda persona bondadosa. Y a pesar de no estar atestiguada, cuidemos bien de ella, porque no encontraremos una más consistente. De todos modos, el Evangelio es totalmente verdadero».

16. Y al final de la misma carta expone lo siguiente: «Matán, del linaje de Salomón, engendró a Jacob. Pero una vez muerto Matán, Melquí, del linaje de Natán, engendró a Elí de la mujer de su hermano. De este modo Elí y Jacob son hermanos de la misma madre. Al morir Elí sin hijos, Jacob le levantó simiente, y nació José, su hijo por naturaleza, pero de Elí según la Ley. En consecuencia, José era hijo de ambos».

17. Hasta aquí, Africano. Una vez trazada la genealogía de José, también se puede mostrar que María era de su misma línea, pues según la Ley de Moisés era ilícito entremezclar las distintas tribus y se ordenaba unir en matrimonio con uno del mismo pueblo y de la misma tribu, para que la heredad de la familia no pasara de una tribu a otra. Todo esto sea suficiente para este asunto.

8

De la maquinación de Herodes contra los niños, y de la catástrofe que le sobrevino

1. Así pues, al nacer Cristo, de acuerdo con las profecías, en Belén de Judea en el tiempo indicado, los magos de oriente consultaron a Herodes acerca del lugar donde se hallara el nacido rey de los judíos (pues habían visto su estrella y ésta era la razón de su viaje: adorar al recién nacido como a Dios). Pero él fue trastornado en gran manera, pensando que su poder peligraba y aprendiendo de los maestros de la Ley entre el pueblo en qué lugar esperaban que naciera el Cristo.

Cuando supo que la profecía de Miqueas predecía que había de ser en Belén, mandó matar, por decreto, a todos los niños de pecho en Belén, y en todo lugar a los niños de dos o menos años, según el tiempo que los magos le comunicaron, con la intención de matar también a Jesús entre todos los de su misma edad⁵¹.

2. No obstante, el niño se anticipó al complot y fue transportado a Egipto, porque sus padres supieron previamente lo que estaba por acontecer, gracias a la aparición de un ángel. Todo esto también nos lo enseña la Santa Escritura del Evangelio.

3. Pero, además, también merece la pena considerar el pago que recibió Herodes por su audacia contra Cristo y los niños de su edad; cómo inmediatamente después, aún estando en vida, lo persiguió la justicia divina, mostrándole el principio de lo que le sobrevendría después de su partida.

4. Nos es imposible enumerar con detalle en esta obra de qué modo oscureció el supuesto esplendor de su reino con las sucesivas desgracias familiares: los asesinatos de su esposa, de

⁵¹ Mateo 2:5, 6 y Miqueas 5:1.

sus hijos, de sus parientes más allegados y de sus mejores amigos. Con todo esto, cualquier idea acerca de estas calamidades sobrepasa toda representación trágica. Josefo las explica extensamente en su historia acerca de Herodes.

5. Sin embargo, del mismo Josefo podemos escuchar, en el Libro XVII de sus *Antigüedades de los judíos*, cómo sobrevino a Herodes el tormento que lo llevó hasta la muerte, ya desde el mismo momento en que ideó su complot contra nuestro Salvador y contra los otros niños. Describe la catástrofe de su vida con las siguientes palabras: «La enfermedad de Herodes iba creciendo más y más amarga. Dios aplicaba la justicia a sus crímenes.

6. »Pues ciertamente era un fuego débil, de modo que no mostraba a los que lo tocaban la inflamación que en el interior aumentaba su quebranto. Además, un espantoso deseo de tomar algo, sin existir nada que pudiese ayudarlo, y llagas en los intestinos con grandes dolores, especialmente en el colon, y una inflamación húmeda y ardiente en los pies.

7. »Tenía un mal semejante alrededor del vientre, y además sus partes pudendas se descomponían, criando gusanos. Su respiración era irregular y muy molesta por su pesadez y por su fuerte asma; en todos sus miembros sufría espasmos de una fuerza intolerable.

8. »En todo caso, los adivinos y los que disponen de sabiduría para predecir estas cosas decían que Dios exigía al rey la expiación de sus muchas infamias»⁵². Esto es lo que expone en su obra el autor ya mencionado.

9. Y en el libro segundo de sus *Guerras de los judíos*, describe algo semejante como sigue: «Desde entonces la enfermedad, habiéndose apoderado de todo su cuerpo, le destruía con fuertes dolores; la fiebre era ciertamente suave, pero el escozor era insoportable por todo el cuerpo; los dolores permanentes en el colon, los edemas en los pies como un hidrópico y la inflamación del vientre y la degeneración agusanada de sus partes pudendas, y además el asma, la disnea y los espasmos en todos sus miembros. Hasta el extremo de que los adivinos comentaban que la enfermedad era un castigo.

10. »Pero él, luchando con las enfermedades, seguía aferrándose a la vida y con la esperanza de la salvación imaginaba curaciones. Por ejemplo: habiendo cruzado el Jordán, usó las aguas termales de Calirroe, las cuales van a dar al mar del Asfalto, y al ser dulces son potables.

11. »Allí los médicos creyeron conveniente calentar en una bañera llena de aceite su cuerpo debilitado. Cerró los ojos y se volvió como desfallecido. Entonces, con el gran tumulto de sus criados, volvió en sí a su desgracia, pero en adelante perdió toda esperanza de salvación y ordenó que se dieran dracmas a los soldados y mucho dinero a los jefes y amigos.

12. »Luego volvió a Jericó muy melancólico y cercano a la muerte. Pero decidió planear una acción criminal. Mandó encerrar en el hipódromo a todos los hombres ilustres de cada aldea de Judea después de haberlos convocado él mismo.

13. »Poco después mandó llamar a su hermana Salomé y a Alejandro, su esposo, y les dijo así: «Yo sé que los judíos festejarán mi muerte, pero si vosotros tenéis a bien llevar a cabo mis órdenes, puedo ser llorado por todos y tener un funeral glorioso. Cercad con los soldados

⁵² Josefo, *Antigüedades de los judíos*, Libro XVIII, cap. 6:5. Tomo III, pág. 198. Ed. Clie.

a estos hombres que yo tengo custodiados, y en el preciso momento en que yo muera, inmediatamente matadles para que toda Judea y cada casa lllore por mí a pesar suyo”».

14. Más adelante añade: «Posteriormente, y acosado por el hambre y con la tos espasmódica y entristecido por tantos dolores, ansiaba anticipar su suerte. Por esto, tomando una manzana, pidió también un cuchillo (tenía la costumbre de cortarla para comérsela); entonces, mirando alrededor y cerciorándose de que no se hallaba allí nadie para impedirse, levantó la diestra como para herirse»⁵³.

15. El mismo escritor añade que poco antes del final de su vida Herodes mandó matar a otro hijo legítimo suyo, el tercero después de los dos que ya habían sido muertos con anterioridad, e inmediatamente, entre grandes sufrimientos, pereció⁵⁴.

16. De este modo, ciertamente tuvo lugar el final de Herodes, castigo justo por la matanza de los niños en Belén y por el complot en contra de nuestro Salvador.

A continuación un ángel vino a José en sueños en Egipto y le ordenó marchar con el niño y su madre a Judea, informándole que los que buscaban la muerte del niño ya habían muerto. Y el evangelista añade: «Pero oyendo que Arquelao reinaba en Judea en lugar de Herodes, su padre, tuvo temor de ir allá; pero, avisado por revelación en sueños, se fue a la región de Galilea».

9

Acerca de los tiempos de Pilato

1. La toma de poder de Arquelao en sucesión de Herodes también está atestiguada por el historiador que ya hemos mencionado anteriormente, y asimismo también describe cómo tomó el reino de los judíos, en sucesión, por orden del testamento de Herodes, su padre, y por la resolución de César Augusto, y cómo, cesando al cabo de diez años, se ocuparon de sus tetrarquías sus hermanos Felipe y Herodes el Joven, juntamente con Lisaniás⁵⁵.

2. También Josefo, en el Libro XVIII de sus *Antigüedades*, da a entender que en el año 12 del reinado de Tiberio (después que éste accedió a todo el mando del Imperio, al final de los 57 años que lo ostentó Augusto) Poncio Pilato recibió Judea y permaneció en el poder diez años completos, casi hasta la muerte de Tiberio.

3. Con ello queda evidentemente refutada la ficción, acerca de nuestro Salvador, de unas memorias que se han extendido recientemente, en las que las fechas establecidas denunciaban su falsedad.

⁵³ Josefo, *Guerras de los judíos* pág. 193.

⁵⁴ Josefo, *Antigüedades de los judíos*, Libro XVII, cap. 7:1. Tomo III, pág. 199. Ed. Clie: Efectivamente, el año 20 a. C. mataba Herodes a su segunda mujer, Mariamne. El año 7, a los dos hijos que tuvo de ella, Alejandro y Aristóbulo, y sólo cinco días antes de su muerte, el año 4 a. C., a Antipáter, hijo de su primera mujer, Doris.

⁵⁵ Todos estos datos y fechas están confirmados por los historiadores, uno de los cuales —Josefo— puede ser considerado como un testigo desinteresado e imparcial, toda vez que no era cristiano, sino un (judío) que supo salvar su vida pasándose a los sitiadores romanos antes de la caída de (Jerusalén), datos que prueban que la historia de Jesucristo es un suceso real, no mitológico, como han pretendido los críticos escépticos de la fe cristiana miles de años después.

4. Se atreven a fijar la Pasión del Salvador en el cuarto consulado de Tiberio, el cual tuvo lugar durante el año séptimo de su reinado, pero está demostrado que en este tiempo Pilato ni siquiera había llegado a ninguna parte de Judea, porque Josefo (si es lícito tomarlo por testigo) indica con certidumbre en la obra ya mencionada que Tiberio constituyó a Pilato como gobernador de Judea en el año 12 de su propio reinado⁵⁶.

10

Acerca de los sumos sacerdotes judíos bajo los cuales Cristo dio a conocer su enseñanza

1. Así pues, nuestro Salvador y Señor Jesús, el Cristo de Dios, comenzando su ministerio alrededor de los treinta años, vino al bautismo de Juan y empezó la proclamación del Evangelio en el tiempo de estos gobernadores, cuando Tiberio César estaba en el decimoquinto año de su soberanía; Poncio Pilato, en el cuarto año de su mandato, y en el resto de Judea eran tetrarcas Herodes Lisaniás y Felipe⁵⁷.

2. La divina Escritura dice que todo el tiempo de su enseñanza se dio siendo sumos sacerdotes Anás y Caifás, dando a entender que se cumplió entre los años del servicio de ambos. Consecuentemente comenzó durante el sumo sacerdocio de Anás y se prolongó hasta el principio del de Caifás, lo cual no llega a cuatro años completos.

3. Ahora bien, las instituciones de la Ley estaban anuladas en aquel tiempo, por lo cual también se hallaba invalidada la que disponía los cargos concernientes de por vida y por sucesión hereditaria de padres a hijos, y en cambio los gobernadores romanos ordenaban a otros que, a veces, no llegaban a un año de servicio.

4. De este modo, Josefo relata que entre Anás y Caifás hubo cuatro sucesiones, y en la misma obra *Antigüedades* comenta como sigue: «Valerio Grato cesó del sacerdocio a Anás y constituyó sumo sacerdote a Israel, hijo de Fabio; pero también a éste cambió al cabo de poco tiempo, y nombró sumo sacerdote a Eleazar, hijo del sumo sacerdote Anás.

5. »Sin embargo, después de un año, también cesó a éste y entregó el sumo sacerdocio a Simón, hijo de Camilo. Pero tampoco sostuvo el honor un año entero y su sucesor fue José, llamado también Caifás⁵⁸.

6. En consecuencia, se muestra que el tiempo completo de la enseñanza de nuestro Salvador no llegó a cuatro años, ya que cumplieron el servicio anual cuatro sacerdotes desde Anás hasta el nombramiento de Caifás. Lógicamente, pues, la escritura del Evangelio reconoce a Caifás como sumo sacerdote justamente en el año de la Pasión del Salvador, y partiendo de este punto se ve cómo la observación anterior concuerda también con el tiempo de la enseñanza de Cristo.

⁵⁶ Josefo, *Antigüedades de los judíos*, Libro XVIII, cap. 3:1. Ed. Clie.

⁵⁷ Lucas 3:1, 2. Josefo, *Antigüedades de los judíos*, Libro XVIII, cap. 22:34, 35. Tomo III, Ed Clie. Según las prescripciones divinas del Antiguo Testamento, el cargo de sumo sacerdote era vitalicio, pero los romanos, dominadores del país, los cambiaban a su capricho. Anás fue nombrado en el año 6 a. C., y presidió el concilio judío hasta el año 15 a. C. Caifás lo fue desde el año 18 hasta el 36 d. C.

⁵⁸ *Antigüedades de los judíos*, Libro XVIII, cap. 2:2. Tomo III, pág. 228. Ed. Clie.

7. No obstante, nuestro Salvador y Señor llamó a los doce apóstoles poco después de empezar su predicación; a estos doce, de entre todos sus discípulos, concedió el honor extraordinario de ser llamados apóstoles; y «después de estas cosas, designó el Señor también a otros setenta, a quienes envió de dos en dos delante de él a toda ciudad y lugar adonde él había de ir»⁵⁹.

11

Testimonios acerca de Juan el Bautista y de Cristo

1. La divina Escritura de los Evangelios también recuerda que después de no largo tiempo Juan el Bautista fue decapitado por orden de Herodes el Joven; y además Josefo lo confirmó cuando menciona a Herodíades, y cómo siendo ella la esposa de su hermano, se casó con ella una vez que hubo repudiado a su primera y legítima esposa (hija de Aretas, rey de Petra) y separado a Herodíades de su marido, todavía vivo; por ella ejecutó a Juan y además se levantó contra Aretas, tras haber deshonrado a su hija⁶⁰.

2. Pero dice que en el combate, al empezar la batalla, el ejército de Herodes quedó totalmente derrotado, y que estas cosas le sucedían por haber actuado en contra de Juan.

3. También Josefo confiesa que Juan era justo en extremo y que bautizaba, corroborando así lo que de él se dice en los Evangelios. Además relata que Herodes fue expulsado de su reinado por motivo de la mismísima Herodíades, con la que fue desterrado y condenado a vivir en una ciudad de la Galia, en Viena.

4. Estas cosas nos las da a conocer también en el mismo Libro XVIII de las *Antigüedades* con los siguientes términos: «Pero a algunos judíos les pareció que el ejército de Herodes había sido destruido por Dios, y que de un modo extraordinariamente justo era castigado por su acción en contra de Juan llamado el Bautista.

5. »Pues Herodes le mandó matar. Sin embargo, Juan el Bautista era un hombre bueno y animaba a los judíos a cultivar la virtud, a actuar con justicia unos a otros, a buscar la piedad, a Dios y a venir al bautismo. De este modo consideraba aceptable el bautismo, no para los que lo usaban para huir de ciertos pecados, sino para la pureza del cuerpo, puesto que también su alma había estado purificada con la justicia.

6. »La gente iba agrupándose alrededor de Juan (pues se maravillaban al oír sus palabras), y Herodes, temiendo que una tal persuasión sobre los hombres acabara con una revuelta (pues parecía que actuaban en todo siguiendo su consejo), decidió que era mejor anticiparse y hacerlo matar antes de que alguien se alzara sobre él y luego tener que arrepentirse enredado en asunto. Por eso Juan, por causa de la sospecha de Herodes, fue llevado cautivo a Maqueronte, la fortaleza ya mencionada, y en ella le mataron»⁶¹.

⁵⁹ Lucas 10:1.

⁶⁰ Mateo 14:2-10 y *Antigüedades de los judíos*, Libro XVIII, cap. 5:1-12. Tomo III, págs. 239-40. Ed. Clie.

⁶¹ Josefo, *Antigüedades de los judíos*, Libro XVIII, cap. 5:2. Tomo III, pág. 140. Ed. Clie.

7. Una vez relatado todo esto acerca de Juan, también recuerda a nuestro Salvador en la misma obra histórica como sigue: «Por aquel tiempo vivió Jesús, hombre sabio, si se puede llamarle hombre. Pues era hacedor de extraordinarias obras y maestro de los hombres, que recibían la verdad de buen grado, y se atrajo tanto a judíos como a griegos.

8. »Éste era el propio Cristo, pero fue condenado a la cruz por Pilato inducido por nuestros primeros padres, aunque los que primero le habían amado no desistieron y al tercer día se les apareció de nuevo vivo. Todo esto e innumerables portentos más ya los habían relatado los profetas de Dios. Además la tribu de cristianos, que tomó el nombre de él, aún no ha desaparecido hasta nuestros días»⁶².

9. Con todo esto, y habiendo surgido de los hebreos un escritor que nos informa acerca del bautismo de Juan y acerca de nuestro Salvador en su propia obra, ¿qué opción queda para los que forjaron las *Memorias* contra ellos, fuera de la evidencia de su osadía? Sea esto suficiente⁶³.

12

Acerca de los discípulos de nuestro Salvador

1. El nombre de los apóstoles del Salvador se halló claramente para todos en los Evangelios. Pero de los setenta discípulos no existe ninguna lista. Se dice que Bernabé era uno de ellos. Se le menciona especialmente en los Hechos de los Apóstoles, y Pablo lo nombra del mismo modo en su epístola a los Gálatas. También aparece como uno de ellos Sóstenes y el que juntamente con Pablo escribe una epístola a los Corintios⁶⁴.

2. Esta información nos llega de Clemente en el libro V de su *Hypolyposeis*, en el que además explica que Cefas era uno de los setenta discípulos, de quien Pablo dice: «Cuando Cefas vino a Antioquía le resistí en la cara»⁶⁵, pero que se llama igual que el apóstol Pedro por pura casualidad.

3. La tradición cuenta que también compartieron el honor de la llamada de los setenta «Matías» (el que fue incluido en la lista de los apóstoles en lugar de Judas) y el otro que participó con él en la votación. También se incluye entre ellos a Tadeo, acerca del cual nos ha llegado cierta información que voy a exponer inmediatamente⁶⁶.

4. Pero si te detienes a considerarlo observarás que el número de los discípulos del Salvador era superior a los setenta, pues, acudiendo al testimonio de Pablo, aconteció que después de la resurrección de los muertos se apareció primero a Cefas, luego a los doce y después a más de quinientos hermanos juntos, de los cuales precisaba que algunos ya habían muerto, pero que la mayoría todavía estaban en vida cuando él escribía acerca de todo esto.

⁶² Josefo *Antigüedades de los judíos*, Libro XVIII, cap 3:3. Tomo III, pág. 241. Ed. Clie.

⁶³ Clemente de Alejandría, *Stromata* 2:20, 16.

⁶⁴ 1ª Corintios 1:1.

⁶⁵ Gálatas 2:11.

⁶⁶ Hechos 1:26.

5. Posteriormente se dice que se apareció a Jacobo. Sin embargo, éste era otro de los llamados hermanos del Salvador. Después, como además de éstos, los apóstoles a imagen de los doce fueron muchos más (como Pablo, por ejemplo), continúa diciendo: «Después se apareció a todos los apóstoles».

Todo esto sea suficiente acerca de este asunto⁶⁷.

13

Relato acerca del soberano de Edesa

1. A continuación paso a narrar el relato acerca de Tadeo. La noticia de la naturaleza divina de nuestro Señor y Salvador Jesucristo se extendía a todos los hombres debido a su poder para llevar a cabo maravillas, y atrajo a numerosas personas (incluso a extranjeros alejados de Judea) con la esperanza de curación de sus enfermedades y de todo tipo de sufrimiento.

2. Así se encontraba el rey Abgaro, que gobernaba muy diestramente sobre los pueblos de más allá del Éufrates, y su cuerpo se iba destruyendo por una enfermedad terrible e incurable dentro de las posibilidades humanas. Por lo tanto, cuando el nombre de Jesús llegó a él reiteradamente y también su poder testificado por todos con unanimidad, inmediatamente se convirtió en un suplicante suyo y le envió una carta a través de un correo pidiendo que le concediera la liberación de su enfermedad.

3. No obstante, Jesús no respondió a su llamado entonces, pero juzgó que era digno de una carta particular en la que le prometía enviarle a uno de sus discípulos para procurarle la curación de su dolencia, juntamente con la salvación para él y también para todos los suyos⁶⁸.

4. Poco después le cumplió la promesa. Luego de la resurrección de los muertos y la ascensión a los cielos de nuestro Salvador, Tomás —uno de los doce apóstoles—, impulsado

⁶⁷ 1ª Corintios 15:6.

⁶⁸ Ésta es una leyenda que circuló entre los cristianos a principios del siglo III, pero sí sabemos que existió una iglesia en Edesa, y también que hubo un rey que se llamaba Abgaro el Negro o Abgaro V, que reinó dos veces en Edesa: primero desde el año 4 a. C. al 7 d. C. y nuevamente del año 13 al 50 d. C., cuando ya era muy anciano. Asimismo hubo otro rey del mismo nombre, Abgaro IX, entre los años 170-216 d. C., del cual hay más prueba de que era cristiano. Los historiadores han visto en la leyenda que propagó Africano —y que Eusebio recogió— el deseo que tenían los cristianos de Edesa de fijar el origen de su cristianismo en la misma persona del Cristo histórico. En contra de la historicidad de la leyenda está el hecho de que no lo mencione ninguno de los cuatro evangelistas. Sin embargo, los partidarios de este relato tan completo y detallado que da Eusebio citan el hecho de que en el capítulo 8 de Juan se hace constar que Jesús escribía en tierra. Es cierto que este pasaje de la adúltera se echa en falta en los dos evangelios más antiguos que poseemos, pero San Jerónimo da testimonio de haberlo encontrado en los códices B, C, E, F, G, y no dudó en incluirlo en la Vulgata latina, y de las 38 copias de la versión Baharic, se halla en 15 de ellas. Tanto católicos como evangélicos coinciden en considerar el relato de la *Historia eclesiástica* de Eusebio acerca de la correspondencia de Abgaro de Edesa con Jesucristo como una leyenda, pero el apóstol Juan nos dice que hay muchas otras cosas que Jesús hizo que no quedaron escritas en ningún libro (Juan 20:30), y si este relato que recogió Eusebio es auténtico o no, probablemente sólo podremos saberlo cuando podamos consultar los anales celestiales en el Reino futuro de nuestro Salvador.

por Dios, envió a Edesa como heraldo y evangelista de la enseñanza de Cristo a Tadeo (que pertenecía a los setenta discípulos de Cristo) y la promesa de nuestro Salvador se vio completada por medio de él.

5. Hay testimonio escrito disponible acerca de todo esto en los archivos de Edesa, que entonces era la ciudad de la Corte. Todo esto se halla conservado esmeradamente hasta hoy en los documentos oficiales de aquel lugar, que contienen los hechos antiguos y los contemporáneos de Abgaro. De todos modos, nada será tan exacto como escuchar las cartas que nosotros hemos sacado de los archivos y traducido del siríaco como sigue:

Copia de la carta escrita por Abgaro a Jesús, la cual le envió a Jerusalén a través del correo Ananías

6. «Abgaro Ucama Toparca, a Jesús, Salvador bueno que se mostró en la región de Jerusalén, salud:

»He oído acerca de ti y de tus curaciones, llevadas a cabo por ti mismo como si prescindieras de medicinas y de hierbas, pues según la noticia que corre, haces que los ciegos vean y que los cojos anden, sanas a los leprosos y echas fuera espíritus impuros y demonios, sanas a los atormentados con enfermedades largas y resucitas muertos.

7. »Tras oír esto de ti creo que hay dos opciones. O eres Dios y habiendo bajado del cielo llevas a cabo estas obras, o puesto que las haces eres el hijo de Dios.

8. »Por esta razón, he escrito suplicándote que vengas a mí y me sanes de mi enfermedad. También he sabido que los judíos murmuran contra ti y quieren tu mal. Mi ciudad, aunque pequeña, es responsable, y será suficiente para ambos».

9. Así escribía estando entonces iluminado por un poco de luz divina. Sin embargo, merece la pena escuchar la respuesta de Jesús a través del mismo correo; una carta breve, pero contundente.

Respuesta de Jesús a Abgaro, Toparca, por mediación del correo Ananías

10. «Bienaventurado si creíste en Mí sin haberme visto. Pues de Mí está escrito que los que me han visto no crean, para que también los que no me han visto crean y sean salvos. Pero acerca de lo que me escribes que vaya a ti, me es preciso cumplir todo mi cometido aquí, y, una vez realizado, sea tomado al que me envió. Mas cuando haya sido tomado te enviaré uno de mis discípulos para que te proporcione sanidad y vida a ti y a los tuyos»⁶⁹.

11. A estas cartas acompañaba también lo siguiente en siríaco: «Pero después de la ascensión de Jesús, Judas, llamado Tomás, envió como apóstol a Tadeo, uno de los setenta, el cual, habiendo llegado, se hospedó en casa de Tobías hijo de Tobías. Cuando se extendió el rumor acerca de él, se comunicó a Abgaro que había ido a aquel lugar un apóstol de Jesús, de acuerdo con lo prometido por carta.

⁶⁹ C. S. Resch, *Agrapha*, 103. Puede compararse con Isaías 6:9, 10. Mateo 13:14-17; Juan 12:39-41 y Hechos de los apóstoles 28:26-27.

12. »Así pues, Tadeo empezó con el poder de Dios a sanar toda enfermedad y debilidad, de manera que todos quedaban maravillados. Cuando Abgaro oyó los grandes y admirables hechos, y cómo sanaba, sospechó que se trataba del discípulo del cual Jesús le había escrito en la carta cuando le dijo: “Cuando sea tomado arriba en el aire, enviaré a uno de mis discípulos para sanar tu enfermedad”.

13. »Mandó llamar a Tobías, en casa del cual se hospedaba, y le dijo: “He oído que posa en tu casa un hombre poderoso, envíamelo”. Tobías se dirigió a Tadeo y le dijo: “Abgaro, Toparca, me llamó para decirme que te llevara a él para que le sanes”. Tadeo le dijo: “Subiré yo, que he sido enviado a él con poder”.

14. »Madrugando el día siguiente, Tobías tomó a Tadeo y fue a Abgaro. Tadeo llegó estando en pie los magnates del rey, y en el preciso momento en que él entró se apareció a Abgaro una gran visión de la faz del apóstol Tadeo. Cuando Abgaro le vio se prosternó ante Tadeo, sorprendiendo a los presentes; pues no veían la visión que sólo se apareció a Abgaro.

15. »Entonces preguntó a Tadeo: “¿Eres tú en verdad el discípulo de Jesús, el hijo de Dios, que me dijo: ‘Te enviaré uno de mis discípulos, el cual te proporcionará sanidad y vida?’ Y Tadeo dijo: “Porque has creído en gran manera en el que me envié, he sido enviado a ti, y de nuevo, si creyeres en Él, tendrás los ruegos de tu corazón”.

16. »Abgaro respondió: “Hasta tal punto creí, que hasta incluso deseé tomar un ejército y destruir a los judíos que lo crucificaron, si no hubiera sido por el rechazo del Imperio romano”. Pero Tadeo le dijo: “Nuestro Señor cumplió la voluntad de su Padre”.

17. »Le dijo Abgaro: “Yo también he creído en Él y en su Padre”. Y Tadeo respondió: “Por esta misma razón pongo mi mano sobre ti en su nombre”. Y al instante de hacerlo Abgaro fue sanado de su enfermedad y de sus sufrimientos.

18. »Abgaro se maravilló de que aquello que había oído acerca de Jesús ahora lo confirmaba con los hechos, por medio de su discípulo Tadeo, el cual, prescindiendo de medicinas y de hierbas, le sanó, y no sólo a él, sino también a Abdón, hijo de Abdón, que tenía gota. Éste también acudió a Tadeo y, postrándose a sus pies, fue sanado mientras suplicaba con sus manos. Tadeo también sanó a muchos conciudadanos y anunciaba la Palabra de Dios, haciendo maravillas y grandezas.

19. »Luego Abgaro dijo: “Tú con el poder de Dios haces estas cosas y nosotros nos maravillamos por ellas. Pero yo también te suplico que nos des a conocer acerca de la venida de Jesús: cómo tuvo lugar, y de su poder, con qué tipo de poder realizó las cosas que yo he oído”.

20. »Tadeo replicó: “No hablaré ahora, pero ya que fui enviado a proclamar la palabra, mañana reúne a todos los ciudadanos y les predicaré sembrando en ellos la Palabra de Vida. Entonces hablaré de la venida de Jesús; cómo fue; de su cometido, por qué fue enviado por el Padre; con qué poder lo hizo; de la novedad de su enseñanza, de su pequeñez y de su humillación; cómo se humilló a sí mismo, se desprendió de su divinidad y la empujó, y cómo fue crucificado, y cómo habiendo descendido al Hades derribó la barrera que había estado cerrada por los siglos y resucitó muertos, y cómo a pesar de haber descendido solo, ascendió a su Padre con una multitud, cómo está sentado en los cielos con gloria a la diestra de Dios Padre, y cómo vendrá de nuevo con poder para juzgar a los vivos y a los muertos”.

21. »Por lo tanto Abgaro ordenó que al alba se reunieran sus ciudadanos y prestaran atención al mensaje de Tadeo. También mandó que se diera a Tadeo oro y plata no acuñada. Pero él la rechazó con estas palabras: “Si hemos abandonado lo nuestro, ¿cómo tomaremos lo ajeno?”

22. Esto tuvo lugar en el año 340»⁷⁰.

Por el momento, este relato traducido del siriaco no será inútil y me parece suficiente.

⁷⁰ Es decir, el año 28 d. C. La fecha que da Eusebio se refiere a la era Selúcida, que comienza el 1º de octubre del año 312 a. C. y que se llama en los documentos griegos era de Alejandro, por partir de la muerte de Alejandro en el año 311 a. C.

HISTORIA ECLESIAÍSTICA: LIBRO SEGUNDO

Contenido:

Prefacio

- 1 Sobre la vida de los apóstoles después de la ascensión de Cristo
- 2 Cómo se turbó Tiberio cuando Pilato le refirió acerca de Cristo
- 3 Cómo la Palabra de Cristo recorrió todos los rincones del mundo en breve tiempo
- 4 Cómo, después de Tiberio, Cayo nombró rey de los judíos a Agripa y castigó a Herodes con el destierro perpetuo
- 5 Cómo Filón hizo una embajada a Cayo en favor de los judíos
- 6 Acerca de los males que recayeron sobre los judíos después de su crimen contra Cristo
- 7 Cómo también Pilato se suicidó
- 8 Acerca del hambre en tiempos de Claudio
- 9 Martirio del apóstol Santiago
- 10 Cómo Agripa, llamado también Herodes, tras perseguir a los apóstoles, inmediatamente sufrió el castigo de Dios
- 11 Acerca del impostor Teudas
- 12 Acerca de Elena, reina de Adiabene
- 13 Acerca de Simón el mago
- 14 Acerca de la predicación del apóstol Pedro en Roma
- 15 Acerca del Evangelio de Marcos
- 16 Cómo Marcos fue el primero en predicar el conocimiento de Cristo a los egipcios
- 17 Los hechos que Filón narra acerca de los ascetas en Egipto
- 18 Obras de Filón que han sido conservadas hasta nosotros
- 19 Sufrimientos que sobrevinieron a los judíos de Jerusalén el día de la Pascua
- 20 Acerca de lo que sucedió en Jerusalén en tiempos de Nerón
- 21 Acerca del egipcio también mencionado en los Hechos de los Apóstoles
- 22 Cómo Pablo fue enviado cautivo desde Judea a Roma y, tras defenderse, fue absuelto de toda culpa

- 23 Acerca del martirio de Jacobo, el llamado hermano del Señor
- 24 Cómo Anciano fue el primer ministro nombrado, después de Marcos, en la iglesia de Alejandría
- 25 Acerca de la persecución, bajo Nerón, con la que Pablo y Pedro se adornaron con el martirio por la religión
- 26 Cómo los judíos sufrieron muchísimos males, y cómo suscitaron su última guerra contra los romanos

Hemos compuesto nuestro libro a partir de los de Clemente, Tertuliano, Josefo y Filón¹.

¹ Con rigurosa escrupulosidad Eusebio va indicando las fuentes biográficas en las cuales se basó para su investigación histórica.

Prefacio

1. En el primer libro hemos expuesto con breves pruebas todos los detalles necesarios para el prefacio de la *Historia eclesiástica*: la divinidad del Verbo Salvador, la antigüedad de las afirmaciones de nuestra enseñanza y cómo la conducta evangélica de los cristianos es la más antigua; y, además, todo cuanto se refiere a la reciente aparición de Cristo, a su ministerio antes de la Pasión y a la elección de los apóstoles.

2. En el presente centraremos nuestra atención en los hechos posteriores a su ascensión. Algunos los citamos de las divinas Escrituras, pero otros, de fuentes exteriores, de documentos que mencionaremos a su debido tiempo.

1

Sobre la vida de los apóstoles después de la ascensión de Cristo

1. Así pues, el primero que fue elegido, por suerte para el apostolado, en lugar del traidor Judas, fue Matías, el cual, como ya demostramos, había sido discípulo del Señor. También los apóstoles, por la oración y la imposición de manos, instituyeron a siete varones acreditados para el ministerio debido al servicio común; se trataba de Esteban y sus compañeros.

Éste fue el primero, después del Señor y casi simultáneamente con la imposición de manos (como si fuera elevado para este mismo servicio), en ser llevado a muerte apedreado por los que mataron al Señor, y de este modo también fue el primero en llevar la corona (a la que se refiere su nombre) de los mártires de Cristo, dignos de la victoria².

2. Luego, estaba también Santiago, al que llamaban hermano del Señor, porque fue llamado hijo de José. Sin embargo, el padre de Cristo era José y con él estaba desposada la Virgen; pero «antes que se juntasen se halló que había concebido del Espíritu Santo», como enseña la Santa Escritura de los Evangelios. Así pues, de este Santiago, al que los antiguos pusieron el sobrenombre de Justo por la excelencia de su virtud, se cuenta que fue el primero en recibir el trono episcopal de la iglesia de Jerusalén.

3. Clemente, en el Libro VI de las *Hypotyposesis*, sostiene lo siguiente: «Dicen que Pedro, Jacobo y Juan, después de la ascensión del Salvador, no consideraron para ellos mismos este honor, aunque eran los más estimados por el Salvador, sino que ordenaron obispo de Jerusalén a Santiago el Justo».

4. En el Libro VII de la misma obra, el autor añade lo siguiente acerca de Santiago: «El Señor, después de su ascensión, entregó el conocimiento a Santiago el Justo, a Juan y a Pedro; éstos a su vez lo entregaron a los otros apóstoles y a los setenta; entre ellos se hallaba Bernabé».

² Esteban (*Estefanos* en griego) significa «corona».

5. En efecto, había dos Santiagos: uno, el Justo, que fue lanzado desde el pináculo del templo y azotado hasta morir con un garrote batanero, y el otro, que fue decapitado. Igualmente Pablo menciona a Santiago el Justo cuando dice por escrito: «Pero no vi a ningún otro de los apóstoles, sino a Jacobo el hermano del Señor».

6. Entonces también fue llevada a cabo la promesa de nuestro Salvador, hecha al rey Osroene. Según esto, Tomás, impulsado por Dios, envió a Tadeo a Edesa como predicador y evangelista de la enseñanza de Cristo al mundo que hemos demostrado hace poco en documentos escritos encontrados allí³.

7. Tadeo, tras detenerse en aquel lugar, sana a Abgaro por la palabra de Cristo y deja maravillados a todos los presentes por sus asombrosos milagros. Y cuando los hubo dispuesto convenientemente con sus obras, guardándolos luego hacia la veneración del poder de Cristo, los hizo discípulos de la enseñanza del Salvador. Desde aquel momento hasta nuestros días toda la ciudad de Edesa está consagrada al nombre de Cristo; de este modo dan un singular ejemplo de nuestro Salvador y de sus buenas obras para con ellos.

8. No obstante, sea suficiente lo dicho citando antiguas versiones y vengamos de nuevo a la Divina Escritura⁴. Así pues, con martirio de Esteban comenzó la primera y gran persecución de la iglesia de Jerusalén por medio de los propios judíos. Entonces todos los discípulos, con la sola excepción de los doce, se esparcieron por Judea y Samaria. Algunos, de acuerdo con la Divina Escritura, cuando llegaron a Fenicia, Chipre y Antioquía, faltándoles todavía coraje para compartir la palabra de la fe con los gentiles, sólo la anunciaban a los judíos⁵.

9. Entonces Pablo todavía «asolaba la iglesia, y entrando casa por casa arrastraba a hombres y mujeres, y los entregaba en la cárcel»⁶.

10. No obstante, Felipe, que se hallaba entre los escogidos juntamente con Esteban para el diaconado, siendo también uno de los esparcidos, descendió a Samaria, y, lleno del poder de Dios, fue el primero en anunciar la palabra a los habitantes de aquel lugar, y era tal la divina gracia que actuaba en él que con sus palabras persuadió a Simón el mago y a una gran multitud⁷.

11. En aquel momento Simón era escuchado por los ilusos de su tiempo debido al poder de su magia, hasta el punto de creerse él mismo que era el gran poder de Dios. Pero entonces también él, maravillándose ante las sorprendentes proezas que Felipe realizaba por el poder de Dios, se introdujo sigilosamente y simuló su fe en Cristo hasta el bautismo»⁸.

³ Esta referencia de Eusebio al viaje de Tadeo al rey Abgaro de Edesa parece confirmar esta historia, pero el hecho de que los críticos no hayan encontrado documentos ni referencia de ella en los códices antiguos ha hecho suponer que se trata sólo de una tradición de los cristianos de Edesa; sin embargo, es posible que Eusebio tuviera acceso a documentos que nosotros, después de tantos siglos, no poseemos por haberse perdido.

⁴ Obsérvese cómo Eusebio da más crédito a los escritos del Nuevo Testamento que en aquel tiempo circulaban ya entre las iglesias como «Memorias de los Apóstoles», aunque en un número muy escaso porque tenían que ser copiados a mano. Muchas de aquellas copias se han perdido por haber sido objeto de especial persecución por parte de los emperadores Decio y Diocleciano. Es posible, pues, que otros escritos que corrían simultáneamente de iglesia en iglesia llevaran el relato de Tadeo, pero no podemos asegurarlo, ya que no forma parte del relato de las Sagradas Escrituras.

⁵ Hechos 8:1.

⁶ Hechos 8:3.

⁷ Hechos 8:8.

⁸ Hechos 8:13.

12. También cabe admirar lo que todavía hoy sobreviene a los que participan en su herejía extremadamente infame. Ellos, de acuerdo con el método de su precursor, se introducen sigilosamente en la Iglesia, a modo de enfermedad pestilencial y sarnosa, y corrompen en sumo grado a los que logran inocular el virus terrible y sin remedio que llevan escondido. Pero la mayoría ya fueron rechazados cuando se les sorprendió en semejante maldad, del mismo modo que lo fue Simón cuando le descubrió Pedro y le hizo pagar el justo castigo⁹.

13. Sin embargo, la predicación de la salvación iba avanzando satisfactoriamente y a diario. Entonces una orden llevó fuera de Etiopía a un funcionario de la reina. (Este país, todavía hoy, siguiendo una costumbre ancestral, es gobernado por una mujer). Éste fue el primer gentil que participó en los misterios de la Palabra de Dios (habiéndosele aparecido Felipe) y las primicias de los creyentes en toda la tierra; además, según sostiene un documento, una vez vuelto a la tierra patria, también fue el primero en anunciar el conocimiento del Dios del Universo y la presencia vivificadora entre los hombres de nuestro Salvador. De este modo se cumplía, gracias a él, la profecía que dice: «Etiopía se apresurará a extender sus manos hacia Dios»¹⁰.

14. A éstos hay que añadir a Pablo, el instrumento escogido no de hombres ni por hombres. Éste fue designado apóstol por la revelación del propio Jesucristo y de Dios el Padre que lo resucitó de los muertos; fue considerado digno de la llamada por una visión y por una voz del cielo durante la revelación¹¹.

2

Cómo se turbó Tiberio cuando Pilato le refirió acerca de Cristo

1. La noticia de la maravillosa resurrección de nuestro Salvador y de su ascensión a los cielos era conocida ya por la mayoría. Ahora bien, antiguamente los gobernadores de las naciones tenían obligación de comunicar al rey todo cuanto ocurría fuera de lo común, a fin de que nada escapara a su conocimiento. Por esta razón Pilato notificó a Tiberio los rumores que corrían por toda Palestina acerca de la resurrección de entre los muertos de nuestro Salvador Jesús.

2. Señaló también otros prodigios suyos y que ya muchos creían que Él era Dios porque, una vez muerto, resucitó de los muertos. Se cuenta que Tiberio lo expuso al Senado, pero éste lo denegó, según parece, porque no había sido sometido a prueba primero (una ley antigua ordenaba que nadie fuese divinizado en Roma sin voto y decreto del Senado). Pero la verdad es que la enseñanza salvadora de la predicación de Dios no precisa confirmación ni aprobación humanas.

⁹ Hechos 8:24.

¹⁰ Salmo 68:31.

¹¹ Hechos 19:1-7.

3. De este modo, el Senado romano rehusó la notificación presentada acerca de nuestro Salvador. Pero Tiberio mantuvo firmemente su primera intención y nada extrañó ideó en contra de las enseñanzas de Cristo.

4. En su *Apología por los cristianos*, Tertuliano, que conocía con exactitud las leyes romanas, famoso por diversos hechos y muy notable en Roma, redacta estas cosas escribiendo en el idioma de Roma, pero traducido después al griego. A continuación cito textualmente sus palabras:

5. «Pero a fin de poder discutir tomando como nuestra base el origen de estas leyes, había una antigua orden según la cual nadie debía ser consagrado como Dios por el rey antes de ser examinado por el Senado. De este modo procedió Marco Emilio con cierto ídolo llamado Alburno. Este hecho también corrobora nuestro mensaje: que entre vosotros se otorga la divinidad por decisión humana. Cuando un Dios es desagradable a los hombres, no llega a ser Dios. Según esto es preciso que el hombre sea favorable a Dios.

6. Así pues, Tiberio, en tiempos del cual entró en el mundo el nombre de cristianos, en el momento en que le fue anunciada esta doctrina que venía de Palestina —pues allí empezó—, se la comunicó al Senado, mostrándoles que a él le agradaba esta doctrina. No obstante, el Senado la rehusó por no haberla aprobado antes. Pero Tiberio persistió en su decisión anterior y amenazó con la muerte a los acusadores de los cristianos».

La providencia celestial, según su propio plan, puso esto en el pensamiento de Tiberio, para que la palabra del Evangelio, sin obstáculos, recorriera todos los rincones de la tierra.

3

Cómo la Palabra de Cristo recorrió todos los rincones del mundo en breve tiempo

1. De este modo la Palabra salvadora iluminó de una vez toda la tierra, a la manera de un rayo de sol, por un poder y un socorro del cielo. En ese mismo instante, de acuerdo con las Divinas Escrituras: «Por toda la tierra ha salido la voz» de sus evangelistas inspirados y apóstoles, «y hasta los fines de la tierra sus palabras»¹².

2. Así pues, en toda ciudad y aldea, como en una era repleta, se formaban, simultáneamente, iglesias con muchísimos asistentes, aquellos que por sucesión hereditaria y por el extravío original tenían sus almas encadenadas a la antigua epidemia de la superstición idolátrica, y gracias al poder de Cristo, y por medio de la enseñanza y los milagros de sus discípulos, abandonaron los ídolos como si se tratara de amos terribles, habiéndose ya liberado de sus amargas prisiones; además desecharon definitivamente todo politeísmo demoníaco y confesaron la existencia de un solo Dios, el Creador de todas las cosas. A este Dios veneraban con los ritos de la piedad verdadera, siguiendo un culto divino e inteligente: el que nuestro Salvador había engendrado en la vida de los hombres.

¹² Salmos 19:3 y 4.

3. Así pues, la gracia divina ya se esparcía por todos los pueblos y especialmente en Cesarea de Palestina, donde primero Cornelio con toda su casa recibió la fe en Cristo gracias a una aparición divina y al servicio de Pedro¹³. En Antioquía también recibieron la palabra gran número de griegos, a los cuales habían predicado los que fueron esparcidos en el tiempo de la persecución contra Esteban. Por aquel entonces, cuando la iglesia de Antioquía florecía y aumentaba, hallándose allí muchos profetas de Jerusalén, y juntamente con ellos Bernabé, Pablo y otros muchos hermanos, surgió por primera vez el nombre de «cristiano», brotando de esa iglesia como si se tratara de un manantial vivo y fecundo¹⁴.

4. También Ágabo se encontraba entre estos profetas y profetizaba acerca de un hambre que había de tener lugar en poco tiempo, y por esto Pablo y Bernabé fueron enviados para cuidarse del servicio de los hermanos¹⁵.

4

Cómo, después de Tiberio, Cayo nombró rey los judíos a Agripa y castigó a Herodes con el destierro perpetuo

1. Tiberio, después de haber reinado unos veintidós años, murió. Cayo le sucedió en el mando e inmediatamente impuso Agripa la diadema del gobierno de los judíos y le hizo rey sobre las tetrarquías de Felipe y Lisania, añadiendo poco después la de Herodes (éste era el Herodes del tiempo de la Pasión del Salvador), el cual, juntamente con su mujer, Herodías, fue castigado al destierro perpetuo por la gran cantidad de sus delitos. Josefo también da testimonio de estos detalles¹⁶.

2. Por entonces Filón cobraba gran fama entre muchos, y era sobresaliente, no sólo entre los nuestros, sino también entre los que disponían de una instrucción pagana.

Y, a pesar de su origen hebreo, en nada fue inferior a los que en Antioquía eran ilustres por su madurez.

3. En su obra se aprecia claramente la extensión y la calidad del trabajo que dedicó a sus estudios divinos patrios; tampoco se puede decir nada acerca de su instrucción filosófica y liberal de los paganos, puesto que, según se cuenta, superaba a todos sus contemporáneos, principalmente en su gran celo por el estudio de Platón y de Pitágoras.

¹³ Hechos 10:1-48.

¹⁴ La entrada del Evangelio en Antioquía fue iniciada por los fugitivos de Jerusalén (Hechos 11:19-26) y proseguida por Bernabé y Pablo. En Antioquía comenzaron los discípulos de Cristo a ser llamados cristianos. En las epístolas del Nuevo Testamento encontramos más bien los nombres de «santos», «elegidos», «hermanos», etc., y el de «nazarenos», inventado por los judíos enemigos de la fe cristiana. Éstos jamás les habrían llamado cristianos, pues habría sido dar una especie de reconocimiento de que Jesús de Nazaret había sido el Mesías. El nombre de cristianos se encuentra en Hechos 26:28 en boca de Agripa, así como en 1ª Pedro 4:16. En la literatura profana se encuentra este nombre en Tácito, *Annales* XV, 44, y en Suetonio en su libro sobre Nerón, cap. XVI.

¹⁵ Hechos 11:28-30.

¹⁶ Josefo, *Antigüedades de los judíos*, Libro XVIII, cap. 6:8. Tomo III, pág. 251. Ed. Clie.

5

Cómo Filón hizo una embajada a Cayo en favor de los judíos

1. Este Filón relata en cinco libros todo lo acontecido a los judíos en tiempos de Cayo y refiere además la locura de Cayo cuando se autodenominó Dios y cometió innumerables ultrajes estando en el gobierno.

También añade las desgracias de los judíos durante su mandato, y la embajada que Filón mismo llevó a cabo, enviado desde Roma, en favor de sus hermanos de raza en Alejandría. Cuenta cómo se personó ante Cayo para defender las leyes patrias, pero únicamente obtuvo burlas y sarcasmos y poco le faltó para perder la vida en esta empresa¹⁷.

2. Josefo también hace referencia a estos hechos en el Libro XVIII de sus *Antigüedades*. Textualmente dice: «Y como tuviera lugar una querrela en Alejandría entre los judíos que vivían allí y los griegos, eligieron tres embajadores de cada partido para acudir a la presencia de Cayo.

3. »Entre los embajadores alejandrinos se hallaba Apión, el cual maldecía en gran manera a los judíos, argumentando, entre otros detalles, que le desdeñaban el culto al César porque todos los que estaban bajo el Imperio romano construían altares y templos a Cayo y lo consideraban en todo aspecto como a los dioses; sin embargo, los judíos eran los únicos en pensar que era indigno honrarle con estatuas y hacer juramento por su nombre.

4. »Apión pronunció muchas y severas palabras evidentemente con la esperanza de provocar a Cayo; pero Filón, el principal de la embajada de los judíos (varón célebre en todas las cosas, y hermano del alabarca Alejandro y conocedor de la filosofía), era capaz de responder en su defensa en estas ocasiones.

5. »No obstante, Cayo le interrumpió y le mandó alejarse. Estaba muy irritado y era manifiesto que iba a acarrearles algún mal. Filón salió afrentado y dijo a los judíos que le acompañaban que era necesario cobrar fuerzas, pues Cayo, aunque se había irritado con ellos, de hecho estaba marchando en contra de Dios»¹⁸.

6. Hasta aquí Josefo¹⁹. El mismo Filón, en su obra *Embajada*, también nos muestra en detalle y con exactitud lo que él hizo entonces. Dejaré la mayoría de los hechos, y presentaré

¹⁷ Es bien merecida la apología que hace de Filón en este capítulo. Filón era un judío nacido en Alejandría el año 30 a. C. y pertenecía a la tribu de Aarón; estudió la filosofía griega, y por la fecundidad de sus conocimientos, especialmente en la filosofía de Platón, se le llamó el Platón judío. Se supone que la palabra Verbo que Filón usa profusamente en sus escritos, para designar la parte activa del infinito y sabio autor de la Naturaleza, movió al apóstol Juan a usar esta misma palabra, conocida por los filósofos de sus días. En Proverbios 8:22-31 el Espíritu Divino inspiró a Salomón otra palabra todavía más adecuada, o sea la palabra «sabiduría»; pero hay que tener en cuenta que el apóstol Juan escribía a finales del siglo I, teniendo en mente de un modo especial a los eruditos filósofos de su tiempo, y que el uso de dicha palabra era un buen precedente para convencerlos de que el enviado de Dios, Jesucristo, era Aquel a quien Filón había dado el nombre de Verbo.

¹⁸ Este Cayo, mencionado por Eusebio, es el emperador conocido en la historia como Calígula, que fue el más loco de los descendientes de Augusto, quien trató de dar a su caballo el título de Senador, y asimismo declaró de su persona ser el dios Zeus, pretendiendo que todos le adoraran, hasta que fue asesinado por una conspiración palaciega.

¹⁹ Josefo, *Antigüedades de los judíos*, Libro XVIII, cap. 8:1. Tomo III, pág. 258. Ed. Clie.

únicamente aquellos que pueden demostrar todo cuanto sobrevino, de una vez y en corto espacio de tiempo, a los judíos debido a su crimen en contra de Cristo.

7. Primeramente cuenta que en tiempo de Tiberio, y en la ciudad de Roma, Sejano, con una gran influencia por entonces sobre el emperador, decidió celosamente destruir toda la raza, y que también en Judea Pilato, bajo quien se llevó a cabo el crimen contra el Salvador, realizando alguna intentona acerca del templo, que se hallaba todavía en Jerusalén, en contra de todo lo que era lícito a los judíos, los perturbó en extremo.

6

Acerca de los males que recayeron sobre los judíos después de su crimen contra Cristo

1. Después de muerto Tiberio, Cayo tomó el mando y llevó a cabo innumerables afrentas contra muchos, pero muy especialmente para dañar sobremedida a toda la raza judía. No obstante, será mejor escuchar las palabras de Filón, las cuales cito brevemente:

2. «Así el carácter de Cayo era para con todos muy caprichoso, pero en mayor grado para con el pueblo judío, a quienes odiaba profundamente. Empezando en Alejandría, y siguiendo en otras ciudades, les usurpó las sinagogas, llenándolas de imágenes y de estatuas con su propia figura (pues quien a otros permitía colocarlas, él mismo se las construía con su poder), pero en la Ciudad Santa, el templo, intacto hasta entonces porque lo habían tenido por signo de toda inviolabilidad, lo cambió y lo transformó en un templo de su propiedad para que fuera llamado “Templo de Cayo, Nuevo Zeus Epífano”».

3. Filón también refiere otras incontables e indescriptibles desgracias que agobiaron a los judíos en Alejandría por aquel entonces, en su segundo libro titulado *Sobre las virtudes*. Josefo corrobora sus palabras cuando señala, del mismo modo, que las desgracias de todo el pueblo empezaron en los tiempos de Pilato y de los crímenes contra el Salvador.

4. Escucha, pues, lo que expone literalmente en el Libro II de su *Guerras de los judíos*: «Pilato, que había sido enviado por Tiberio a Judea como gobernador, introdujo en Jerusalén, durante la noche y a escondidas, las efigies del César llamadas “enseñas”. Al día siguiente, este acto provocó gran confusión entre los judíos. Pues ellos quedaron fuera de sí al ver cómo habían sido pisoteadas sus leyes porque no permiten en absoluto que se erijan imágenes en la ciudad»²⁰.

5. Asimismo, si comparas todos estos detalles con las Escrituras de los Evangelios, notarás que pronto fueron alcanzados por el grito que pronunciaron ante el propio Pilato, con el que clamaban que no tenían a otro rey que César.

6. A continuación el mismo autor narra otra desgracia que sobrevino a los judíos, del siguiente modo: «Luego inició otro desorden al gastar todo el tesoro sagrado, llamado

²⁰ Josefo, *Guerras de los judíos*. Libro II, cap 8. Tomo I, págs. 224, 225. Ed. Clie.

“corbán”, para traer agua desde la distancia de trescientos estadios. Esto provocó la irritación del pueblo.

7. »Y, cuando Pilato llegó a Jerusalén, le rodearon gritando todos a un mismo tiempo. Pero él ya presentía este alboroto, por lo que hizo mezclar entre el pueblo a varios soldados armados disfrazados con ropa de paisano, ordenándoles que no usaran sus espadas, pero que debían golpear con palos a los que vociferaban. Desde su estrado dio la señal convenida. Entonces muchos judíos heridos murieron, unos por los golpes, y otros al ser aplastados por los suyos en la huida. La multitud, consternada por la desgracia de los que perecieron, guardó silencio»²¹.

8. El mismo autor nos informa de muchas otras sublevaciones suscitadas en Jerusalén, además de las que ya hemos mencionado, e incluso declara que desde entonces ya nunca faltaron, ni en la ciudad ni en toda Judea, revueltas, guerras y maquinaciones de unos contra otros hasta el momento final, en que le sobrevino el asedio de Vespasiano.

De este modo, pues, la justicia de Dios perseguía a los judíos por sus crímenes contra Cristo.

7

Cómo también Pilato se suicidó

1. No debemos pasar por alto la tradición según la cual el mismo Pilato de los tiempos del Salvador se vio arrojado en tan grandes desgracias cuando Cayo estaba en el poder (cuya época tratamos anteriormente) que no encontró otra salida fuera de suicidarse y convertirse en ese modo en vengador de sí mismo.

Por lo visto, la justicia divina lo alcanzó en poco tiempo; esto lo relatan también los griegos en las olimpiadas, junto con los acontecimientos de cada época²².

²¹ Este estado de ánimo del pueblo judío contra Pilato vierte mucha luz sobre el proceso de Jesucristo, al ver cómo a pesar de la advertencia de su esposa (Mateo 27: 19) y la convicción que él mismo tuvo de que Jesús era justo (Juan 19:4-6) le mandó crucificar. Otro detalle de la violencia que existía entre el gobernador romano y el pueblo judío en los días de Cristo se encuentra en el propio Evangelio de San Lucas 13:1, donde se nos habla de la sangre de los judíos que Pilato hizo mezclar con sus sacrificios. La complacencia que tuvo con Nicodemo de entregarle el cuerpo de Jesús obedecía sin duda a cierta desconfianza o remordimiento que quedó en su corazón tras su diálogo con el Señor y su cobarde crimen de entregarle a la muerte.

²² Es curioso notar que en días de Eusebio existían documentos seculares que, hablando de las olimpiadas, mencionaban asimismo un hecho histórico importante como es el suicidio del ex gobernador de Judea Poncio Pilato, todo lo cual confirma la veracidad histórica del relato evangelístico.

8

Acerca del hambre en tiempos de Claudio

1. Cayo no había cumplido el cuarto año en el poder cuando le sucedió como emperador Claudio. Durante el reinado de éste el hambre cayó sobre el mundo. (Esto también lo presentan en sus relatos los escritores más lejanos a nuestra doctrina). De este modo se cumplió finalmente la predicción del profeta Ágabo, el cual, según los Hechos de los Apóstoles, anunciaba que pronto tendría lugar en todo el mundo una gran hambre²³.

2. El hambre de los tiempos de Claudio la menciona Lucas en los Hechos, y cuenta que los hermanos de Antioquía enviaron ayuda, cada uno de acuerdo con sus posibilidades, a los que estaban en Judea, por mediación de Pablo y Bernabé. Asimismo, añade lo siguiente:

9

Martirio del apóstol Santiago

1. «En aquel mismo tiempo (evidentemente el de Claudio), el rey Herodes echó mano a algunos de la iglesia para maltratarlos. Y mató a espada a Jacobo, hermano de Juan»²⁴.

2. Ahora bien, acerca de este Jacobo, Clemente, en el Libro VII de sus *Hypotyposeis*, ofrece un relato digno de mención, según parece a partir de una tradición anterior a él mismo. Dice que el que le había denunciado, emocionándose al presenciar su testimonio, confesó que «él también era cristiano»²⁵.

3. Y sigue: «Así pues, ambos fueron llevados juntos; y por el camino, el que le entregaba pidió perdón a Jacobo, y él, tras observarle un momento, le dijo: “La paz sea contigo”, y le besó. De este modo ambos fueron decapitados juntos»²⁶.

4. Entonces, como dice la Divina Escritura, al ver Herodes que el acto de asesinar a Jacobo agradó a los judíos, intentó rematarlo con Pedro; lo hizo prisionero, y hubiera llevado a cabo el asesinato de no haber sido por una manifestación divina, en la que un ángel se le apareció durante la noche y le sacó de las prisiones milagrosamente, libertándolo para el ministerio de la predicación. Así fue el plan divino para Pedro.

²³ Hechos 12:28.

²⁴ Hechos 12:1, 2.

²⁵ La expresión que usa aquí Eusebio significa que el denunciante aceptaba en aquel momento la fe de Cristo, persuadido por el valeroso testimonio del mártir.

²⁶ Es muy curiosa esta tradición que completa el relato de Lucas en los Hechos. Eusebio la copió de Clemente, antiguo pastor en Roma, pero como el libro *Hypotyposeis* ha desaparecido, como tantos libros de la antigüedad, algunos críticos han dudado de que sea una historia real; sin embargo, muchas historias de este mismo talante a través de la historia cristiana hacen ver como muy posible dicho relato.

10

Cómo Agripa, llamado también Herodes, tras perseguir a los apóstoles, inmediatamente sufrió el castigo de Dios

1. Pero la ejecución del rey contra los apóstoles no llegaba con dilación alguna, y muy pronto el ministro vengador de la justicia divina le dio alcance. Al punto, poco después de su maquinación contra los apóstoles, de acuerdo con los Hechos, se encaminó a Cesarea, el último día de la fiesta, y habló ante los asistentes, elevado en una plataforma. Todo el pueblo le aplaudió por su discurso como si se tratara de la Palabra de Dios y no de un hombre, pero justo entonces (cuenta la Escritura) un ángel del Señor le hirió y, convirtiéndose en pasto de gusanos, murió²⁷.

2. Es admirable el hecho de que la Escritura Divina y la obra de Josefo coincidan en este relato. Es evidente que da un testimonio verdadero en el Libro XIX de sus *Antigüedades*; en este punto narra este maravilloso suceso con las siguientes palabras:

3. «Había terminado el tercer año de su reinado sobre toda Judea y estaba en Cesarea, que anteriormente se llamaba torre de Esbón. Allí celebraba los certámenes en honor del César, sabiendo él que esa fiesta se llevaba a cabo a la salud de aquél, y a ella acudía una multitud de personas que ocupaban cargos públicos y dignatarios de la región.

4. »El segundo día de los certámenes, vestido con ropas de plata (era un tejido maravilloso), entró en el teatro al empezar el día. Entonces la plata, iluminada por los primeros rayos del sol, refulgía maravillosamente y brillaba de tal modo que infundía terror y estremecimiento a los que miraban atentamente.

5. »Inmediatamente los aduladores (sin ningún tipo de unanimidad) levantaron sus voces, totalmente inútiles para él, llamándole Dios y añadiendo: «¡Sé propicio! Hasta este momento te hemos tenido como hombre, pero ahora te confesamos superior a la naturaleza mortal».

6. »El rey no se inmutó por ellos ni rehusó la impía adulación. Poco después, levantando los ojos vio a un ángel que revoloteaba por encima de su cabeza. Inmediatamente se dio cuenta que éste era el origen de sus males, el que en otra ocasión lo había sido de sus bienes. Una profunda tristeza inundó su corazón.

7. »Entonces un dolor repentino le nació en el vientre, empezando ya con una gran intensidad. Fijando sus ojos en sus amigos, dijo: «Yo, vuestro Dios, acabo de recibir la orden de entregar mi vida. El hado ha rechazado rápidamente las falsas palabras que habéis usado acerca de mi persona. Ese a quien vosotros mismos habéis llamado inmortal, ahora ya está descendiendo hacia la muerte; aceptemos, pues, el destino que Dios ha decidido. Pues no he vivido necesitado, sino en un largo bienestar».

8. »Pero a medida que iba hablando, el dolor seguía atormentándole; rápidamente fue introducido en el palacio, y el rumor de que estaba por morir llegó a todos en muy poco tiempo. Entonces la multitud, incluyendo las mujeres y los niños, se sentó sobre sacos,

²⁷ Hechos de los Apóstoles 21:31.

siguiendo las costumbres patrias, para suplicar a Dios por su rey. Todo resonaba lleno de gemidos y lamentos. Por su parte, el rey, acostado en el dormitorio alto, no pudo retener sus lágrimas al ver a toda la multitud inclinada y postrada.

9. »Finalmente entregó su vida, atormentado por un dolor (en el vientre) de cinco días, a la edad de cincuenta y cuatro años y en el séptimo de su reinado. Reinó cuatro años bajo el César Cayo, ostentó el cargo de la tetrarquía de Felipe durante tres y en el cuarto tomó la de Herodes. Siguió reinando tres años más bajo el imperio del César Claudio»²⁸.

10. Estoy en gran manera sorprendido de ver cómo Josefo se corresponde con las Divinas Escrituras en este y en otros asuntos. Y a pesar de que algunos piensen que no coinciden en el nombre del rey, el tiempo y los hechos indican una misma persona. La discrepancia del nombre se debe a un error gráfico o a la posibilidad de que él tuviera dos nombres, como muchos otros.

11

Acerca del impostor Teudas

1. Como sea que Lucas, en los Hechos, presenta a Gamaliel²⁹, el cual, hallándose en la discusión acerca de los apóstoles, dijo que en el tiempo indicado se levantó Teudas diciendo que era alguien, pero que cuando él fue derribado también los que habían sido convertidos por él se esparcieron, merece la pena que lo comparemos con los escritos de Josefo, pues en la obra que acabamos de mencionar refiere los mismos hechos del siguiente modo:

2. «En tiempos de Fado, procurador de Judea, un impostor, llamado Teudas, convenció a una gran muchedumbre para que, tras tomar sus posesiones, le siguieran hasta el río Jordán, porque él afirmaba ser profeta y que separaba el río (con sólo ordenarlo) para hacerles un paso fácil. Hablando de este modo embarcó a muchos.

3. »Pero Fado no permitió que gozaran de su locura, sino que envió un escuadrón de caballería que, cayendo sobre ellos sin previo aviso, a muchos mató y a otros tomó vivos, mientras que al propio Teudas, tras atraparlo vivo, le cortaron la cabeza y le llevaron a Jerusalén»³⁰. Josefo se refiere también acerca del hambre de los tiempos de Cayo con las siguientes palabras:

²⁸ Josefo, *Antigüedades de los judíos*, Libro XIX, cap 8:2. Tomo III, págs. 315, 316. Ed. Clie.

²⁹ El Gamaliel a que se refiere Eusebio, citando el libro de los Hechos, fue uno de los más famosos rabinos fariseos, identificado con el nombre de Gamaliel, hijo de Simón y sobrino de Hillel, del cual se hacen los más grandes elogios en el Talmud, y se dice que con su muerte había desaparecido la gloria de la Ley. La cita de Lucas en Hechos 5:34, 35 nos lo presenta como un hombre ecuánime y justo, y una tradición cristiana sostiene que se convirtió al cristianismo. En cambio, el Talmud dice que murió en el judaísmo en el año 58, lo cual ha dado lugar a interminables debates entre escritores judíos y cristianos.

³⁰ Josefo, *Antigüedades de los judíos*, Libro XX, cap. 5:1. Tomo III, pág 330. Ed. Clie.

12

Acerca de Elena, reina de Adiabene

1. «Por aquel tiempo sucedió que en Judea había una gran hambre, y durante ella la reina Elena gastó mucho dinero para comprar trigo de Egipto, el cual repartía a los pobres»³¹.

2. Notarás que todo esto concuerda con el relato de los Hechos de los Apóstoles, en el cual se halla que los discípulos en Antioquía decidieron enviar alguna ayuda (cada uno dentro de sus posibilidades) a los que vivían en Judea, y lo llevaron a cabo enviándolo a los ancianos por mediación de Bernabé y de Pablo³².

3. En los suburbios de Elía, aun ahora se encuentran grandes columnas de esta Elena que el autor ha mencionado. Se dice que era reina de Adiabene³³.

13

Acerca de Simón el mago

1. No obstante, como fuera que la fe en nuestro Salvador y Señor Jesucristo se divulgaba ya entre todos los hombres, el Enemigo de la salvación de los hombres condujo a Simón (al que ya mencionamos anteriormente) a la ciudad imperial, con la intención de apresarle de antemano. Y de este modo, apoyando a ese hombre en sus hábiles encantamientos, consiguió apoderarse para el extravío de muchos habitantes de Roma.

2. Justino, que fue persona notable de nuestra doctrina poco después de los apóstoles, también muestra este hecho. A este autor lo iremos citando cuando sea preciso. En su primera *Apología*, dirigida a Antonio, escribe lo siguiente en defensa de nuestras creencias:

3. «Después de la ascensión del Señor al cielo, los demonios compelián a algunos hombres a llamarse a sí mismos dioses, y a éstos no sólo no perseguiste, sino que han sido tenidos por dignos de veneración. Cierta Simón, samaritano, de la aldea llamada Gibon, realizaba, en tiempos del César Claudio, milagros mágicos por arte de los demonios que operaban en él; fue considerado dios en Roma, nuestra ciudad real, y como tal fue honrado entre vosotros

³¹ Josefo, *Antigüedades de los judíos*, Libro XX, cap. 5:1. Tomo III, págs. 329, 330. Ed. Clie.

³² Hechos 11:29-30.

³³ No hay que confundir esta Elena con la madre de Constantino, que existió 200 años después. Ésta era madre de Izates, rey de Adiabene, que se había convertido al judaísmo juntamente con sus dos hijos, Izates y Monobazo. La visita a Jerusalén en tiempos del hambre debió de ocurrir hacia el año 46 d. C. Su conversión al judaísmo le hizo, como es natural, interesarse por el hambre que se extendió en Judea y que movió al apóstol Pablo a traer, junto con Bernabé, ayuda de parte de los creyentes de Corinto y regiones del norte. Hizo muy bien el apóstol de tomar este interés por los cristianos, pues naturalmente los recursos traídos por Elena habrían sido repartidos exclusivamente entre los judíos, a pesar de que la osadía de Pablo de acudir a Jerusalén en aquellas circunstancias le acarreó su arresto y un largo proceso en manos de las autoridades romanas. El nombre de la ciudad de Jerusalén había sido cambiado por Helia, con motivo de una de las revoluciones de los judíos después de la toma de Jerusalén por Tito.

con una estatua en el río Tíber entre los dos puentes, con la siguiente inscripción en latín: “SIMONI DEO SANCTO”, lo que significa: A Simón, el dios santo³⁴.

4. «Y casi todos los samaritanos, e incluso algunos de otros pueblos, le reconocen y adoran como el primer Dios. También decían que una tal Elena, que por entonces iba con él, aunque anteriormente había estado en un prostíbulo —en Tiro de Fenicia—, era el Primer Pensamiento producido por él».

5. Esto es lo que expone Justino, y con él está de acuerdo Ireneo en su primer libro *Contra las herejías*, donde describe a este hombre junto con su enseñanza sacrílega y malvada. Sería excesivo referirla en la presente obra, cuando todos los interesados en el origen, las vidas y los falsos principios de los heresiarcas que le siguieron, juntamente con sus formas de actuar, pueden encontrarlos en el libro de Ireneo que ya hemos mencionado.

6. Así pues, la tradición ha llegado hasta nosotros, según la cual Simón fue el primer iniciador de toda herejía. Y desde él mismo hasta nuestros días, cuantos toman parte en sus herejías y fingen la filosofía de los cristianos, sensata y conocida por todos por su máxima pureza de vida, no se aferran menos que antes a la superstición idolátrica de la que se creían libres, pues se inclinan ante escritos e imágenes de Simón y de la mencionada Elena que andaba con él; además se dedican a prestarles culto con incienso, sacrificios y libaciones.

7. En cuanto a sus obras más secretas, se dice que quien las escucha por primera vez queda horrorizado; y, según un escrito que corre entre ellos, ciertamente están repletas de espanto, de extravío mental y locura; tan terribles son, que no sólo no es posible consignarlas por escrito, sino que un hombre sobrio no puede mencionarlas con sus propios labios, debido a su exagerada obscenidad y sus perversas obras.

8. De modo que cualquier cosa vergonzosa e infame que se pueda imaginar es claramente superada por la repugnante herejía que profesan estos hombres, que abusan de mujeres dignas de misericordia y ciertamente oprimidas por todo tipo de males.

14

Acerca de la predicación del apóstol Pedro en Roma

1. En aquel tiempo el malvado Poder que odia el bien y es enemigo de la salvación de los hombres alzó a Simón, el padre y creador de estos grandes males, como el gran rival de los grandes y divinos apóstoles de nuestro Salvador.

³⁴ Acerca de este famoso impostor existen muchos relatos en los anales históricos del cristianismo en el siglo II, y parece responder a la profecía que declaró el Señor Jesucristo en Mateo 24:23-26. Parece que Justino fue engañado por los samaritanos, seguidores de este falso Cristo, cuando le hablaron de unas columnas donde se le reconocía como dios. La estatua que Justino había visto en la isla Tiberiana fue desenterrada en el año 1574 y llevaba el nombre de «Sancus», un dios de los jabinos y no el de «Simón». El letrero dice textualmente: «Semoni Sanco Deo Fideo Sacrum», y se comprende que fue un error o exageración de los samaritanos partidarios del embaucador.

2. A pesar de ello, la gracia divina y celestial acudió a ayudar a sus siervos y apagó la llama del maligno con la manifestación y la presencia de ellos, y por su mediación humilló y abatió «toda altivez que se levanta contra el conocimiento de Dios»³⁵.

3. Por esta razón ninguna urdimbre, ni de Simón ni de cualquier otro que por aquel tiempo las producían, consiguió sostenerse en aquellos días apostólicos, pues todo lo vencía y dominaba el resplandor de la verdad y el mismo Verbo Divino, el cual justamente entonces, viniendo de Dios, había brillado sobre los hombres, floreciendo en la tierra y habitando con sus apóstoles³⁶.

4. Inmediatamente, el encantador que hemos mencionado, como herido en los ojos del entendimiento por su destello divino, cuando ya habían sido descubiertas por el apóstol Pedro sus maquinaciones en Judea, emprendió un viaje muy largo al otro lado del mar y fue huyendo de Oriente a Occidente, con la certidumbre de que únicamente allí podría seguir viviendo de acuerdo con sus ideas.

5. Entonces llegó a la ciudad de Roma, y allí, secundado por el gran poder estatal en aquel lugar, en muy poco tiempo consiguió un éxito total, e incluso se le honró dedicándosele una estatua como a un dios.

6. A pesar de ello, no progresó por mucho tiempo, pues, siguiendo sus pasos y durante el mismo reinado de Claudio, la providencia universal, perfectamente buena y amante en extremo de los hombres, guiaba la mano hacia Roma, como contra un tan grave agente destructor de la vida, del animoso y gran apóstol Pedro, el cual es el portavoz de todos los demás, gracias a su virtud. Él, como valeroso capitán de Dios y bien provisto de las armas divinas, llevaba de Oriente a los habitantes de Occidente la preciosa mercancía de la luz espiritual, predicando la luz y la Palabra salvadora de almas: la proclamación del reino de los cielos.

15

Acerca del Evangelio de Marcos

1. De este modo, pronto desapareció y fue exterminado el poder de Simón y él mismo, porque la Palabra de Dios moraba entre aquellos hombres. Pero la luz de la religión de Pedro resplandeció de tal modo en la mente de sus oyentes que no se contentaban con escucharle una sola vez, ni con la enseñanza oral de la predicación divina, sino que suplicaban de todas las maneras posibles a Marcos (quien se cree que escribió el Evangelio y era compañero de Pedro) e insistían para que por escrito les dejara un recuerdo de la enseñanza que habían recibido de palabra, y no le dejaron tranquilo hasta que hubo terminado; por ello vinieron a ser los responsables del texto llamado «Evangelio según Marcos».

³⁵ 2ª Corintios 10:5.

³⁶ Juan 1:7-9.

2. Se dice también que este apóstol, cuando por revelación del Espíritu tuvo consciencia de lo que había llevado a cabo, comprendió el ardor de ellos y estableció el texto para el uso en las iglesias. Clemente, en el Libro VI de sus *Hypotyposeis*, refiere este hecho, y el obispo de Hierápolis, llamado Papías, lo confirma con su testimonio. Pedro menciona a Marcos en la primera Epístola, la cual dicen que fue escrita en Roma; y el mismo Pedro lo indica cuando la llama metafóricamente Babilonia, como sigue: «La iglesia que está en Babilonia, elegida juntamente con vosotros, y Marcos mi hijo os saludan».³⁷

16

Cómo Marcos fue el primero en predicar el conocimiento de Cristo a los egipcios

1. Este Marcos se dice que fue el primero en ir enviado a Egipto y en anunciar el Evangelio que previamente había escrito, y que establecía iglesias, la primera de las cuales fue la de Alejandría.

2. Es más, fue tal la multitud de hombres y mujeres que creyeron en aquel lugar, ya desde el mismo principio, y con un ejercicio tan enormemente filosófico, que Filón pensó que merecía la pena mencionar por escrito sus ocupaciones, sus reuniones, sus banquetes en común y toda su manera de vivir.

17

Los hechos que Filón narra acerca de los ascetas en Egipto

1. Se dice que Filón fue a Roma en tiempos de Claudio para encontrarse con Pedro, que entonces se hallaba predicando a los habitantes de aquella ciudad. Y esto no es en absoluto improbable, pues la obra que mencioné antes (la que llevó a cabo posteriormente, después de largo tiempo) claramente contiene las ordenanzas de la Iglesia que han sido observadas hasta nosotros.

2. Y cuando relata con tanta exactitud la vida de nuestros ascetas, aparece manifiestamente que no sólo conocía, sino que incluso admitía, reverenciándolos y honrándolos, a los hombres apostólicos de aquel tiempo, hebreos, según parece, y que por esta razón seguían conservando la gran mayoría de las costumbres de los judíos.

3. En primer lugar anuncia Filón decididamente, en el libro titulado *De la vida contemplativa o Suplicantes*, que no tiene intención de añadir a su relato nada fuera de la verdad ni que sea de su propia invención. Dice que a aquellos varones se les llamaba «terapeutas», y a las mujeres que se hallaban con ellos, «terapeutisas»; además añade las siguientes razones de este apelativo: o bien porque a modo de médicos libraban de la enfermedad del mal a las almas

³⁷ 1^a Pedro 5:13.

de los que a aquellos acudían, sanándolos y cuidándolos, o bien debido a su limpio y puro servicio y culto a la divinidad.

4. Así pues, no es preciso extenderse para decidir si este nombre lo estableció Filón mismo de acuerdo con el comportamiento de ellos, o si ya desde un principio se les llamó así, puesto que aún no se había usado en ningún lugar el nombre de cristianos.

5. De todos modos, da testimonio de cómo ellos en primer lugar se alejan de las riquezas, asegurando que, cuando se inician en este modo de pensar, hacen entrega de los bienes a sus parientes, entonces, exentos de toda inquietud por la vida y saliendo fuera de las murallas, viven en campos solitarios y en huertos, porque son conscientes del carácter inútil y perjudicial del trato con las personas de diferente opinión. Parece ser que los que entonces actuaban así, se afanaban por imitar la vida de los profetas en su fe animosa y ardiente.

6. Pues también en los Hechos de los Apóstoles (que es un libro reconocido) se expone que todos los seguidores de los apóstoles, vendiendo sus bienes y sus posesiones, los distribuían entre todos, a cada uno según su necesidad, de modo que no hubiera entre ellos ningún pobre. De este modo, según dicen los Hechos, porque todos poseían heredades o cosas, las vendían y traían el precio de lo vendido y lo ponían a los pies de los apóstoles, para que se repartiera a cada uno según su necesidad³⁸.

7. Filón, tras dar testimonio de obras semejantes a las mencionadas, añade lo que sigue textualmente: «Así pues, este tipo de personas se encuentra en muchos puntos de la tierra, porque era preciso que tanto griegos como bárbaros tuvieran parte en el bien perfecto. No obstante, son muy numerosos en Egipto en cada “nomos”³⁹, y principalmente en Alejandría.

8. »Los más importantes en todo lugar eran enviados como colonia a una región en extremo favorable, como si fuera a una tierra de terapeutas. Esta región se halla junto al lago Mareya, que yace sobre una pequeña colina, y en gran manera apta gracias a la estabilidad y templanza del aire». Prosigue describiendo sus hogares, y dice lo siguiente acerca de las iglesias de aquella región:

9. «En cada casa hay una habitación sagrada, la cual se llama oratorio privado y monasterio, y allí a solas se llevan a cabo los misterios de la vida santa. En esta dependencia no introducen ni bebidas ni alimentos ni cosa alguna indispensable para el cuerpo, sino leyes, revelaciones anunciadas por los profetas, himnos y todo cuanto es útil para el crecimiento y la perfección del conocimiento y de la religión». Después de otros detalles dice:

10. «Dedican todo el tiempo, desde el alba hasta la puesta de sol, a estos ejercicios. Reflexionan sobre las Santas Escrituras, estudian y explican la filosofía patria con alegorías, porque creen que la expresión oral es figura de la naturaleza encubierta, que es inteligible por medio de alegorías».

11. Tienen también en su poder los escritos de antiguos varones que establecieron la secta y dejaron numerosos documentos de sus enseñanzas en forma alegórica. Ellos los usan a modo de ejemplo y los imitan en su forma de pensar.

³⁸ Hechos 4:34, 35.

³⁹ Nombre en que se dividían los distritos de Egipto.

12. Con estas palabras parece describirlo el hombre que escuchó su exposición de la Santa Escritura. Pero quizás los escritos de los antiguos, de los que dicen que disponían, fueran los Evangelios, los escritos de los apóstoles y algunos comentarios de los profetas, como los que se encuentran en la Epístola a los Hebreos y en otras cartas de Pablo.

13. A continuación Filón relata cómo escribían nuevos salmos: «De tal manera que no se limitan a la simple contemplación, sino que incluso componen canciones e himnos a Dios, usando todo tipo de metros y melodías, pero figurándolos forzosamente con números graves».

14. En esta obra se explican muchos más detalles acerca de este asunto, pero me ha parecido oportuno referir sólo puntos concernientes a las características de la vida de la Iglesia.

15. Sin embargo, si alguien cree que la conducta que hemos expuesto no es apropiada a la vida según el Evangelio, y que en cambio corresponde también a otros fuera de los ya mencionados, se persuadirá con las siguientes palabras de Filón, en las que, si es honrado, apreciará un testimonio innegable sobre este tema; escribe como sigue:

16. «En primer lugar, toman el dominio propio como fundamento del alma y las otras virtudes las sobreedifican. Ninguno tomaría bebida ni comida antes de la puesta del sol, porque creen que la reflexión es digna de la luz, pero en cambio las necesidades del cuerpo lo son de las tinieblas. Por ello reservan el día para aquel ejercicio y una breve fracción de la noche para éstas.

17. «Algunos llegan al extremo de olvidar su alimentación durante tres días; en éstos las ansias de conocimiento se hallan mucho más establecidas; pero otros, hasta tal punto se regocijan y se gozan en la comida intelectual que les provee doctrina con gran riqueza y opulencia, que, por las costumbres, persisten el doble de tiempo y tras seis días apenas gustan el alimento necesario». Creemos que estas palabras de Filón conciernen cierta e indudablemente a los nuestros.

18. Sin embargo, si alguien, tras considerar todo esto, todavía se obstinara en oponerse, sea él también liberado de su incredulidad convenciéndose con pruebas más evidentes, las cuales no se encuentran en todas partes, sino únicamente en el culto cristiano según el Evangelio.

19. Así pues, dice que también viven mujeres con aquellos hombres que ha mencionado, y que, de ellas, la mayoría llegan vírgenes a la edad avanzada, sin mantener su castidad por imposición, como ocurre con algunas sacerdotisas griegas, sino más bien por decisión voluntaria, por su celo y su anhelo de sabiduría, con la que se dedican a vivir despreocupadas de los placeres corporales y deseosas de conseguir hijos inmortales (no mortales), los cuales sólo puede engendrar por sí misma el alma que ama a Dios.

20. Poco después presenta más claramente lo siguiente: «No obstante, la exégesis de las Santas Escrituras y sus símbolos los reciben con alegría. Pues estos hombres creen que toda ley es como un ser vivo: su cuerpo es la disposición específica; su alma, el sentido invisible que se encuentra en las palabras. Este sentido lo empezó a considerar sobre todo esta secta viendo, como en un espejo de palabras, la maravillosa belleza en los pensamientos».

21. ¿Para qué añadiremos sus reuniones en un mismo lugar; la ocupación que llevaban separados los hombres y las mujeres en un mismo lugar, y las prácticas que todavía nosotros realizamos por costumbre, principalmente las que llevamos a cabo en las fiestas de la Pasión del Salvador: ayuno, vigilia nocturna y dedicación a la Palabra de Dios?

22. Estas cosas nos las ha conservado, con gran exactitud, el varón mencionado en sus propios escritos, del mismo modo en que sólo entre nosotros se han ido observando hasta ahora. Refiere las noches enteras de la gran fiesta, las prácticas que se realizaban en ellas y los himnos que habitualmente leemos, y cómo, al mismo tiempo que uno solo va salmodiando con ritmo y en orden, los restantes escuchan los himnos guardando silencio y le acompañan en el verso final.

También cuenta cómo en los días especificados se acuestan en camas de paja, y no gustan vino en modo alguno (así lo escribe textualmente), ni tampoco carne, sino que el agua constituye su única bebida, y sal e hisopo como condimento del pan.

23. A todo ello añade el modo de la precedencia de los que sostienen los cargos eclesiásticos, el ministerio de las presidencias del episcopado, las cuales son las más elevadas de todas. Ahora bien, quien ansíe tener un conocimiento exacto de todo esto lo hallará en el mencionado relato del autor aludido.

24. El hecho de que Filón escribiera estas cosas habiendo de antemano recibido a los primeros heraldos de la enseñanza del Evangelio y de las costumbres transmitidas desde el comienzo por los apóstoles es evidente para todos.

18

Obras de Filón que han sido conservadas hasta nosotros

1. Buen conocedor de la lengua, de mente despierta, magnífico y elevado en la contemplación de las Divinas Escrituras, Filón compuso un comentario hábil y multiforme de las Santas Palabras. En primer lugar trató, en orden consecutivo, los problemas del Génesis, en los libros que tituló *Alegorías de las leyes sagradas*, y luego, hasta cierto punto, distinguió, hizo concordar y anuló capítulos dudosos de las Escrituras en las obras que tituló *Problemas y soluciones sobre el Génesis y sobre el Éxodo*, respectivamente.

2. Además tiene otros tratados sobre algunos problemas estudiados individualmente; por ejemplo: dos *Obras sobre la agricultura* y otras dos *Sobre la embriaguez*, y otras con varios títulos apropiados, como *Sobre las cosas que el sobrio entendimiento desea y repudia*, *Sobre la confusión de las lenguas*, *Sobre la fuga y la invención*, *Sobre la agrupación para la instrucción*, *Sobre quién es el heredero de las cosas divinas*, *Sobre la división en partes iguales y opuestas* y *Sobre las tres virtudes que Moisés describió junto con otras*.

3. Hay que añadir *Sobre los cambios de nombre y el porqué de esos cambios*, en la que se dice que había integrado los Libros I y II de *Sobre los testamentos*.

4. También es autor de la obra *Sobre la migración y la vida del sabio perfecto de acuerdo con la justicia*, o *Sobre las leyes no escritas*.

También *Sobre los gigantes* o *Sobre la inmortalidad de Dios*, y los Libros I al IV de *Acerca de cómo, según Moisés, Dios envía los sueños*. Así pues, éstas son las obras de Filón sobre el Génesis que han llegado hasta nosotros.

5. No obstante, sobre el Éxodo conocemos las siguientes: *Problemas y soluciones*, I y V de *Sobre el tabernáculo*, *Sobre los diez mandamientos*, *Sobre las leyes que especialmente se refieren a los principales capítulos de los diez mandamientos*, I y V de *Sobre los animales: de los sacrificios y tipos de sacrificios*, *Sobre la recompensa de los buenos, y los castigos y maldiciones de los malvados que se encuentran en la ley*.

6. Además de estas obras se cree que son suyas otras referidas a un solo libro como *Sobre la providencia*; la obra que escribió *Sobre los judíos*, *El político*, *Alejandro o Sobre la razón que tienen los animales irracionales*, y también *De cómo es esclavo todo hombre maligno*, al que le sigue *De cómo es libre todo hombre bueno*.

7. Posteriormente compuso *Sobre la vida contemplativa o Suplicantes*, la cual hemos citado cuando describíamos la vida de los hombres apostólicos; y también se creen suyas las *Interpretaciones de los nombres hebreos que se encuentran en la ley y los profetas*.

8. Así pues, Filón llegó a Roma en tiempos de Cayo, y se cuenta que su obra *La tenax teofobia de Cayo*, a la que por su habitual ironía tituló *Sobre las virtudes*, la leyó a todo el Senado romano, en tiempo de Claudio, de modo que sus obras fueron admiradas, hasta el punto de ser consideradas dignas de aparecer en las bibliotecas.

9. Por esas fechas, mientras Pablo se hallaba en su viaje desde Jerusalén y alrededores hasta el Ilírico, Claudio expulsó a los judíos fuera de Roma, y Aquila y Priscila, junto con los demás judíos, descendieron a Asia, donde vivían con el apóstol Pablo, que fortalecía las iglesias de aquel lugar, las cuales él mismo había fundado recientemente. Esto nos lo enseñan también las Santas Escrituras.

19

Sufrimientos que sobrevinieron a los judíos de Jerusalén el día de la Pascua

1. Cuando aún ostentaba el mando Claudio, sucedió, en la fiesta de la Pascua, que surgió en Jerusalén una revuelta y un tumulto tan exagerado que sólo de los judíos apiñados violentamente en las salidas del templo murieron tres mil, pisoteados unos por otros, y la fiesta se convirtió en luto público para todo el pueblo y en dolor para cada familia.

2. Luego, Claudio nombró como rey de los judíos a Agripa hijo de Herodes, y envió a Félix como gobernador de toda la región de Samaria, de Galilea e incluso de la llamada Perea. Al cabo de trece años y ocho meses de gobernar el Imperio, murió Claudio y dejó a Nerón como sucesor en el mando.

20

Acerca de lo que sucedió en Jerusalén en tiempos de Nerón

1. En tiempos de Nerón, siendo Félix gobernador de Judea, cuenta Josefo, en el Libro XX de sus *Antigüedades*, que los sacerdotes se alzaron unos contra otros. Dice textualmente:

2. «Pero se encendió una revuelta entre los sumos sacerdotes por un lado y los sacerdotes y dirigentes del pueblo de Jerusalén por el otro, y cada uno de ellos formó una tropa de hombres de los más audaces y revolucionarios para sí mismo, y él era su jefe. Cuando se oponían, se injuriaban unos a otros y lanzaban piedras. No había absolutamente nadie para reprimirlo, sino que todo esto se realizaba libremente, como en una ciudad sin gobierno.

3. »Y la desvergüenza y el valor de los sumos sacerdotes llegó hasta tal extremo que se atrevieron a enviar esclavos a las eras para recoger los diezmos debidos a los sacerdotes. Incluso sucedió que se podía ver a los pobres sacerdotes muriendo de necesidad. De este modo la violencia de los revolucionarios dominaba toda justicia»⁴⁰.

4. De nuevo el mismo escritor cuenta que por aquel tiempo apareció en Jerusalén un cierto tipo de bandidos que, según afirma, en pleno día y en el centro de la ciudad asesinaban a cualquier persona que encontraban.

5. Principalmente en los días de fiesta, mezclándose entre la multitud y llevando pequeñas dagas ocultas entre sus ropas, herían a sus adversarios. Cuando éstos caían, los propios asesinos formaban parte de los que se indignaban; y debido a su apariencia de honradez manifiesta a todos, no los podían descubrir.

6. El primer asesinato por ellos fue el sumo sacerdote Jonathan y tras él fueron matando a muchos más a diario. Con todo esto, el temor vino a ser más terrible que la desgracia, porque, como en la guerra, todos esperaban la muerte a cada instante.

21

Acerca del egipcio también mencionado en los Hechos de los Apóstoles

1. Después de lo anterior añade la siguiente información: «El pseudoprofeta egipcio acarrió a los judíos mayores males que éstos con una gran plaga. Efectivamente, se presentó en aquella tierra como hechicero y se procuró la confianza de un profeta. Entonces reunió cerca de treinta mil personas engañadas y las condujo desde el desierto hasta el monte llamado de los Olivos, desde donde atacaría Jerusalén y tomaría la guardia romana y el pueblo, usando, como un tirano, el grupo armado que se había unido a él.

2. »No obstante, Félix anticipó su asalto oponiéndosele con los soldados romanos, y todo el pueblo colaboró en la defensa, de suerte que cuando se entabló el combate el egipcio huyó con algunos pocos, pero la mayoría de los que le habían seguido murieron o fueron capturados»⁴¹.

⁴⁰ Josefo, *Antigüedades de los judíos*, Libro XX, cap. 8:8. Tomo III, pág. 359. Ed. Clie.

⁴¹ Hechos 21:38.

3. Esto se halla en el Libro II de las Guerras de Josefo. Sin embargo, merece la pena conocer lo que se dice allí y también lo que se menciona en los Hechos de los Apóstoles acerca del egipcio en el pasaje en el que, en tiempos de Félix, el tribunal preguntó a Pablo en Jerusalén (cuando una multitud de judíos se había alzado contra él): «¿No eres tú aquel egipcio que levantó una sedición antes de estos días y sacó al desierto los cuatro mil sicarios?». Todo esto tuvo lugar en tiempos de Félix.

22

Cómo Pablo fue enviado cautivo desde Judea a Roma y, tras defenderse, fue absuelto de toda culpa

1. Nerón envió como sucesor de Félix a Festo, y bajo su mandato Pablo, tras sostener su causa, fue conducido cautivo a Roma. Estaba con él Aristarco, al que con razón en algún punto de su Epístola llama «compañero de prisiones». También Lucas, quien consignó por escrito los Hechos de los Apóstoles, termina su relato con estos sucesos, mostrando que Pablo estuvo dos años enteros en Roma sin opresión y allí predicaba la Palabra de Dios libremente.

2. Según la tradición, el apóstol expuso entonces su defensa y de nuevo partió para seguir en su ministerio de la predicación, pero cuando por segunda vez llegó a Roma, murió martirizado en tiempo del mismo emperador. Esta vez estaba en sus prisiones cuando compuso la Segunda Epístola a Timoteo, en la que hace mención de su defensa y de su muy pronta muerte.

3. Considera su propio testimonio acerca de todo esto: «En mi primera defensa ninguno estuvo a mi lado, sino que todos me desampararon; no les sea tomado en cuenta. Pero el Señor estuvo a mi lado, y me dio fuerzas, para que por mí fuese cumplida la predicación, y que todos los gentiles oyesen. Así fui librado de la boca del león»⁴².

4. Con esto manifiesta claramente que la primera vez, para que fuese cumplida su predicación, fue librado de la boca del león, haciendo alusión, según parece, a Nerón y su crueldad. Sin embargo, no añade a continuación nada semejante a «me libraré de la boca del león», pues sentía en su corazón que su muerte estaba cercana.

5. Por ello, a «fui librado de la boca del león» añade: «El Señor me libraré de toda obra mala, y me preservará para su reino celestial»⁴³, aludiendo así a su propio martirio. Y este hecho lo especifica un poco antes, cuando dice: «Porque yo ya estoy para ser sacrificado, y el tiempo de mi partida está cercano»⁴⁴.

6. Ahora bien, en su Segunda Epístola a Timoteo dice que cuando la escribía se hallaba con él Lucas, pero que en su primera defensa ni siquiera éste. De ello entendemos que Lucas

⁴² 2ª Timoteo 4:16, 17.

⁴³ 2ª Timoteo 4:18.

⁴⁴ 2ª Timoteo 4:6.

acabó de escribir los Hechos de los Apóstoles por aquel tiempo, contando lo que pasó cuando estuvo Pablo.

7. Esto lo decimos para demostrar que el fin de Pablo no se llevó a cabo en su primera estancia en Roma, descrita por Lucas.

8. Quizás Nerón fuera más benévolo en el principio, de modo que era más fácil que aceptara la defensa de Pablo en favor de sus creencias; pero al progresar en sus atrevimientos criminales, arremetió contra los apóstoles como contra todos los demás.

23

Acerca del martirio de Jacobo, el llamado hermano del Señor

1. Los judíos, cuando vieron perdida la esperanza que los animó a tramar un complot contra Pablo (pues éste, al apelar al César, fue enviado por Festo a Roma), se dirigieron contra Jacobo (Santiago), el hermano del Señor, a quien los apóstoles entregaron el trono del episcopado de Jerusalén. Del modo siguiente osaron actuar contra él:

2. Lo colocaron en el medio e intentaron hacerle negar la fe en Cristo ante todo el pueblo. Pero él, para sorpresa de todos, con una voz libre empezó a hablar con mayor seguridad de lo previsto y confesaba que nuestro Salvador y Señor Jesús es el hijo de Dios. Ya no pudieron soportar el testimonio de un hombre tan grande, el cual era considerado el más justo de todos por la altura de sabiduría y piedad que había alcanzado a lo largo de toda su vida, y lo asesinaron, aprovechando la anarquía debida a que, muerto por aquel tiempo Festo en Judea, la dirección del país quedó sin gobierno y sin control.

3. En una cita de Clemente mencionada anteriormente, se ha expuesto con claridad cómo se llevó a cabo la muerte de Jacobo; en ella relata que fue lanzado desde el pináculo del templo y le golpearon con palos hasta la muerte. Sin embargo, es Hegesipo (miembro de la sucesión de los apóstoles) quien expone más exactamente su vida; en el Libro V de sus *Memorias* se refiere lo siguiente:

4. «Jacobo, el hermano del Señor, es el sucesor, con los apóstoles, del gobierno de la iglesia. A éste todos le llaman “Justo” ya desde el tiempo del Señor y hasta nosotros, porque muchos se llamaban Jacobo.

5. »No obstante, sólo él fue santo desde el vientre de su madre; no bebió vino ni bebida fermentada; ni tocó carne; no pasó navaja alguna sobre su cabeza ni fue ungido con aceite; y tampoco usó del baño.

6. »Sólo él tenía permitido introducirse en el santuario, porque su atuendo no era de lana, sino de lino. Asimismo, únicamente él entraba en el templo, donde se hallaba arrodillado y rogando por el perdón de su pueblo, de manera que se encallecían sus rodillas como las de un camello, porque siempre estaba prosternado sobre sus rodillas humillándose ante Dios y rogando por el perdón de su pueblo.

7. »Por la exageración de su justicia le llamaban “Justo” y “Oblías”, que en griego significa protección del pueblo y justicia, del mismo modo que los profetas dan a entender acerca de él.

8. »Algunas de las siete sectas del pueblo, las que ya mencioné antes (en las *Memorias*), procuraban aprender de él acerca de la puerta de Jesús, y él les decía que se trataba del Salvador.

9. »Unos cuantos de ellos creyeron que Jesús era el Cristo. Pero las sectas, a las que hemos aludido, no creyeron en la resurrección ni en su inminente regreso para pagar a cada uno según sus obras; no obstante, todos los que creyeron lo hicieron por medio de Jacobo.

10. »Muchos fueron los convertidos, incluso entre los principales, y por ello hubo alboroto entre los judíos, los escribas y los fariseos, y decían que el pueblo peligraba aguardando al Cristo. Reuniéndose entonces ante Jacobo le decían: “Te lo rogamos: sujeta al pueblo, pues se encuentran engañados acerca de Jesús y creen que él es el Cristo”.

»Te rogamos que aconsejes, acerca de Jesús, a cuantos acudan el día de la Pascua, pues todos te obedecemos. Porque nosotros y todo el pueblo damos testimonio de que tú eres justo y no haces acepción de personas”.

11. »“Así pues, persuade a la multitud para que no yerre acerca de Cristo. Pues todo el pueblo y nosotros te obedecemos. Mantente en pie sobre el pináculo del templo, para que desde esa altura todo el pueblo te vea y oiga tus palabras, ya que por la Pascua se unen todas las tribus, incluyendo a los gentiles”.

12. »De este modo los aludidos escribas y fariseos colocaron a Jacobo sobre el pináculo del templo, y estallaron a gritos diciendo: “¡Tú, el Justo!, al que todos nosotros debemos obedecer, explícanos cuál es la puerta de Jesús, pues todo el pueblo está engañado, siguiendo a Jesús el Crucificado”.

13. »Entonces él contestó con voz potente: “¿Por qué me interrogáis acerca del hijo del hombre? ¡Él está sentado a la diestra del gran poder, y pronto vendrá sobre las nubes del cielo!”.

14. »Y muchos creyeron de corazón y, por el testimonio de Jacobo, alabaron diciendo: “¡Hosanna al hijo de David!”; pero entonces, de nuevo los mismos escribas y fariseos comentaban: “Hemos actuado erróneamente al procurar un testimonio tan grande en contra de Jesús, pero subamos y arrojemos a éste, para que se confundan y no crean en él”.

15. »Así, gritaban diciendo: “¡Oh!, ¡oh!, también el Justo anda en error”, y con este acto cumplieron la escritura en Isaías: “(Saquemos al Justo, porque nos es embarazoso). Entonces comerán los frutos de sus obras”⁴⁵.

16. »Entonces subieron y lanzaron abajo al Justo. Luego comentaban: “Apedreemos a Jacobo el Justo”, y empezaron a apedrearlo, pues no había muerto al ser arrojado. Pero él, volviéndose, hincó las rodillas diciendo: “Señor, Dios Padre, te lo suplico: perdónalos, porque no saben lo que hacen”.

17. »Mientras lo apedreaban, un sacerdote de los hijos de Recab, hijo de Recabín, de los que el profeta Jeremías dio testimonio, rompió a gritar diciendo: “Deteneos, ¿qué hacéis? El Justo pide por nosotros”.

⁴⁵ Isaías 3:10.

18. »Y cierto hombre entre ellos, un batanero, golpeó al Justo en la cabeza con el mazo que usaba para batir las prendas, y de este modo fue martirizado Jacobo.

»Y allí le enterraron, al lado del templo, y su columna todavía permanece cerca del templo. Fue un testigo verdadero para los judíos y griegos de que Jesús es el Cristo. E inmediatamente Vespasiano asedió Jerusalén».

19. Ésta es la amplia exposición de Hegesipo, que coincide con Clemente. Jacobo fue tan maravilloso y su justicia era conocida por todos los demás de tal modo que hasta los judíos prudentes creían que éste era el motivo del asedio a Jerusalén (que tuvo lugar en el mismo momento en que le martirizaron) y que les sobrevino únicamente debido al sacrilegio perpetrado contra él.

20. Naturalmente, Josefo no se abstuvo de dar testimonio escrito de estos hechos con las siguientes palabras: «Esto vino sobre los judíos como venganza de Jacobo el Justo, quien era hermano de Jesús, llamado el Cristo, porque a pesar de ser un varón extremadamente justo le dieron muerte».

21. El mismo Josefo relata su muerte en el Libro XX de sus *Antigüedades* como sigue: «El César, cuando supo la muerte de Festo, envió a Albino como gobernador de Judea. Mas Ananos el Joven⁴⁶, el cual, como ya mencionamos, recibió el sumo sacerdocio, era extraordinariamente audaz y valeroso y también pertenecía a la secta de los saduceos, los cuales son en los juicios los más severos de todos los judíos, de acuerdo con lo indicado con anterioridad.

22. »Debido a su carácter, Ananos pensó tener una buena oportunidad cuando, habiendo muerto Festo, Albino aún estaba en camino, y, así, convocó una asamblea de jueces y, tras llevar a ella a Jacobo el hermano de Jesús, el llamado Cristo, y a unos pocos más, los acusó de infringir la ley y los entregó con el propósito de que fueran apedreados.

23. »Sin embargo, cuantos eran conocidos por ser los ciudadanos más honrados y los que con mayor exactitud observaban las leyes, se apresuraron por estos hechos y se pusieron en contacto secretamente con el rey, rogándole que escribiera a Ananos para que no llevara a cabo su propósito; pues no se había comportado rectamente ya desde el mismo principio. Algunos llegaron al extremo de ir al encuentro de Albino, que se hallaba en su viaje desde Alejandría, para comunicarle que Ananos no tenía ningún derecho a convocar ninguna asamblea sin su aprobación.

24. »Albino se convenció de estas palabras, y escribió enojado a Ananos amenazándole con hacer justicia. Por ello el rey Agripa le destituyó en el sumo sacerdocio, que hacía tres meses que ostentaba, y estableció en su lugar a Jesús, hijo de Dimeo».⁴⁷ Todo esto es lo que se cuenta acerca de Jacobo (o sea, Santiago), a quien se atribuye la primera de las epístolas llamadas universales.

25. Pero es necesario conocer que muchos de los antiguos no hacen mención de ella, ni tampoco de la llamada de Judas, que también pertenece a las siete llamadas universales. Pero, a pesar de ello, me consta que tanto éstas como las otras se usan en público en la mayoría de las iglesias.

⁴⁶ El escritor Nicéforo, en su Libro II, cap. IV, declara que este Anano era el mismo sumo sacerdote Anás que mandó abofetear a Pablo, suceso que refiere Lucas en Hechos 23:2.

⁴⁷ Josefo, *Antigüedades de los judíos*, Libro XX, cap. 9:1. Tomo III, págs. 341, 342. Ed. Clie.

24

*Cómo Aniano fue el primer obispo nombrado, después de Marcos,
en la iglesia de Alejandría*

1. En el octavo año del reinado de Nerón, Aniano fue el primero en tomar por sucesión, después de Marcos el evangelista, el gobierno de la iglesia de Alejandría.

25

*Acerca de la persecución, bajo Nerón, con la que Pablo y Pedro
se adornaron con el martirio por la religión*

1. Cuando el poder de Nerón estuvo bien afianzado, y habiendo llevado a cabo actos profanos, se armó contra la mismísima religión del Dios del universo. No obstante, está fuera de los objetivos de la presente obra el relatar los extremos de su perversidad.

2. Porque, gracias a que muchos lo han relatado con gran precisión, quien lo desee podrá examinar perfectamente en sus escritos la extremadamente funesta locura de este singular hombre, el cual, dirigido por ella, causó la destrucción a muchos sin razón alguna, y a tal punto llegó su sed de asesinato que no se detuvo ni ante los parientes más cercanos y amados, sino que hizo sufrir con distintos tipos de muerte a su madre, a sus hermanos y a su esposa junto con muchos otros familiares, como si se tratara de adversarios y enemigos.

3. Pero a todos estos detalles falta añadir acerca de él, que es el primer emperador en proclamarse enemigo del culto a Dios.

4. A él de nuevo lo menciona el autor latino Tertuliano cuando dice lo siguiente: «Revisad vuestras memorias históricas. Allí observaréis que Nerón fue el primero en perseguir esta creencia, especialmente cuando hubo sometido todo el oriente, y era inhumano con todos.

»Para nosotros es un gozo tener a este causante de nuestro castigo, pues la persona que le conozca sabrá que nada que no fuera un gran bien podía ser condenado por Nerón».

5. Según todo esto, el proclamado primer luchador en contra de Dios, entre muchos más, se ocupó en dar muerte a los apóstoles, pues se cuenta que Pablo fue decapitado en la misma Roma, y Pedro, a su vez, fue crucificado bajo su mando. Y este relato viene secundado por la denominación de «Pedro y Pablo» para los cementerios, que se mantiene todavía hoy en aquel lugar.

6. También lo afirma, y no con menor certidumbre, un varón eclesiástico llamado Cayo, que vivió durante el obispado en Roma de Zeferino. Este Cayo, en una disputa escrita con Proclo, jefe de la secta de los Catafrigos, habla acerca de los lugares donde se hallan los santos restos de los apóstoles que hemos mencionado, y dice lo siguiente:

7. «Pero yo puedo mostrar los trofeos de los apóstoles, pues si deseas ir al Vaticano o al camino de Ostia, verás los trofeos de aquellos que fundaron esta iglesia».

8. El obispo de Corinto, Dionisio, en su correspondencia con los romanos, confirma el hecho de que ambos (Pablo y Pedro) fueron martirizados al mismo tiempo como sigue: «Vosotros también habéis unido, mediante esta advertencia, la obra plantada por Pedro y la que plantó Pablo, la de los romanos y la de los corintios; pues ambos, una vez que plantaron en nuestra Corinto, los dos nos instruyeron, y, tras enseñar en Italia en el mismo lugar, ambos fueron martirizados a la vez». Sea esto también una confirmación de lo que hemos mencionado.

26

Cómo los judíos sufrieron muchísimos males, y cómo suscitaron su última guerra contra los romanos

1. Josefo, cuando refiere con gran cantidad de detalles las desgracias que sobrevinieron a todo el pueblo judío, dice, junto con muchas otras cosas, que los más ilustres judíos, tras ser atormentados con los azotes, fueron crucificados por Floro en la propia Jerusalén. Añade también que Floro era gobernador de Judea cuando se inició de nuevo la guerra en el duodécimo año del imperio de Nerón.

2. A continuación dice que, después de la revuelta de los judíos, una terrible confusión agobió a toda Siria. Todos los de esta raza eran ultrajados cruelmente por doquier por los mismos ciudadanos, como si fueran enemigos, de modo que se veían las ciudades llenas de cadáveres sin sepultura. Cuerpos de ancianos muertos se hallaban lanzados junto con los niños, y de mujeres con sus vergüenzas descubiertas, y la provincia entera estaba repleta de desgracias inexplicables. No obstante, la fuerza de lo que se estaba forjando era peor que los crímenes del momento. Hasta aquí Josefo⁴⁸.

Ésta era la situación en que se encontraban los judíos.

⁴⁸ Josefo, *Guerras de los judíos*, Libro II, caps. XVI y XVIII. Tomo I, págs. 242, 243 y 268-70. Ed. Clie.

HISTORIA ECLESIAÍSTICA: LIBRO TERCERO

Contenido:

- 1 Lugares en los que los apóstoles predicaron a Cristo
- 2 Quién fue el primero en dirigir la iglesia de Roma
- 3 Acerca de las epístolas de los apóstoles
- 4 Acerca de la primera sucesión apostólica
- 5 Acerca de los últimos tormentos de los judíos después de Cristo
- 6 Acerca del hambre que angustió a los judíos
- 7 Acerca de las profecías de Cristo
- 8 Acerca de las señales anteriores a la guerra
- 9 Acerca de Josefo y de sus escritos
- 10 Cómo cita Josefo los libros divinos
- 11 Cómo Simeón dirige la iglesia de Jerusalén después de Jacobo
- 12 Cómo Vespasiano manda buscar a los descendientes de David
- 13 Cómo Anacleto fue el segundo obispo de Roma
- 14 Cómo Abilio fue el segundo en dirigir a los alejandrinos
- 15 Cómo Clemente fue el tercer obispo de Roma
- 16 Acerca de la carta de Clemente
- 17 Acerca de la persecución en tiempos de Domiciano
- 18 Acerca del apóstol Juan y del Apocalipsis
- 19 Cómo Domiciano manda dar muerte a los de la familia de David
- 20 Acerca de la familia de nuestro Salvador
- 21 Cómo Cerdón fue el tercero en dirigir la iglesia de Alejandría
- 22 Cómo Ignacio fue el segundo en dirigir la iglesia de Antioquía
- 23 Relato acerca del apóstol Juan
- 24 Acerca del orden de los Evangelios
- 25 Acerca de las divinas Escrituras admitidas y de las que no lo son
- 26 Acerca del mago Menandro
- 27 Acerca de la herejía de los ebionitas
- 28 Acerca del heresiarca Cerinto

HISTORIA ECLESIAÍSTICA

- 29 Acerca de Nicolás y de los que se denominan con su nombre
- 30 Acerca de los apóstoles cuyo matrimonio se ha demostrado
- 31 Acerca de la muerte de Juan y de Felipe
- 32 Cómo fue martirizado Simeón, el obispo de Jerusalén
- 33 Cómo Trajano prohibió buscar a los cristianos
- 34 Cómo Evaristo fue el cuarto en dirigir la iglesia de Roma
- 35 Cómo Justo fue el tercero en dirigir la iglesia de Jerusalén
- 36 Acerca de Ignacio y de sus cartas
- 37 Acerca de los evangelistas que entonces todavía se distinguían
- 38 Acerca de la carta de Clemente y de los textos que se le atribuyen falsamente
- 39 Acerca de los escritos de Papías

1

Lugares en los que los apóstoles predicaron a Cristo

1. Así, pues, se hallaban los judíos cuando los santos apóstoles de nuestro Salvador y los discípulos fueron esparcidos por toda la tierra. Tomás, según sostiene la tradición, recibió Partia; Andrés, Escitia, y Juan, Asia, y allí vivió hasta morir en Éfeso.

2. Pedro parece que predicó en el Ponto, en Galacia, en Bitinia, en Capadocia y en Asia a los judíos en la dispersión y, finalmente, cuando llegó a Roma, fue crucificado invertido, como él mismo había creído conveniente padecer.

3. ¿Qué diremos de Pablo, el cual, partiendo de Jerusalén y hasta el Ilírico, llevó a término el Evangelio de Cristo y al final fue martirizado en Roma durante el reinado de Nerón? Estos detalles los cuenta Orígenes literalmente en el tomo III de sus *Comentarios al Génesis*.

2

Quién fue el primero en dirigir la iglesia de Roma

1. Lino fue el primero en ser elegido para el episcopado de la iglesia de Roma después del martirio de Pablo y de Pedro. Esto lo recuerda Pablo al escribir a Timoteo desde Roma, en la salutación al final de la epístola.

3

Acerca de las epístolas de los apóstoles

1. Sólo se reconoce una Epístola de Pedro. Ésta la usaban los antiguos ancianos como irrefutable en sus propias obras, pero la que llaman Segunda Epístola no ha sido aceptada como testamentaria. No obstante, ya que muchos la han considerado útil, ha sido respetada junto con las otras Escrituras.

2. Referente a los Hechos que llevan su nombre, al Evangelio llamado con su nombre, a la predicación que dice ser suya y al escrito que llaman Apocalipsis, nos consta que no aparece en absoluto en los escritos apostólicos, porque ningún escritor eclesiástico, antiguo o contemporáneo, se ha servido jamás de testimonios procedentes de ellos.

3. Más adelante en esta historia haré a propósito que, con las sucesiones, se muestren también los escritos eclesiásticos que en cada época utilizaron los libros que se han discutido, cuáles usaron y qué dicen con relación a los libros testamentarios admitidos y acerca de los que no lo son.

4. No obstante, las obras que se llaman de Pedro, de las que sólo una epístola se conoce como auténtica y admitida entre los antiguos ancianos, son las ya mencionadas.

5. Pero las catorce Epístolas son claras y evidentemente de Pablo, aunque no sería justo olvidar que algunos no han aceptado la Epístola a los Hebreos arguyendo que la iglesia de Roma niega que sea de Pablo. En el momento conveniente explicaré lo que comentaron acerca de esta epístola los autores anteriores a nosotros. De ningún modo he recibido entre los discutidos a los Hechos que dicen ser de él.

6. Ya que el mismo apóstol, en su salutación final de la Epístola a los Romanos, hace mención, junto con otros, de Hermas (de quien, según dicen, es el libro del *Pastor*), es preciso ser consciente de que, mientras unos lo rechazan y por su causa no lo incluyen entre los aceptados, otros lo han considerado en extremo necesario, muy especialmente para aquellos que necesitan una introducción inicial. Por ello, nos consta que se ha utilizado públicamente en las iglesias y entendemos que ya lo usaron los más antiguos escritores.

7. Todo esto sea suficiente como exposición de cuáles son las Escrituras de Dios indiscutidas y cuáles las que no todos aceptan.

4

Acerca de la primera sucesión apostólica

1. Ciertamente, que Pablo predicó a los gentiles y estableció los fundamentos de las iglesias, desde Jerusalén avanzando hasta el Ilírico, es evidente por sus propias palabras y por lo que relata Lucas en los Hechos.

2. De lo que dice Pedro en su Epístola (la que ya mencionamos y que es aceptada) que escribe a los hebreos de la dispersión en el Ponto, en Galacia, en Capadocia, en Asia y en Bitinia, se aprecia con plena certidumbre en qué regiones predicó él mismo a Cristo y dio a conocer la Palabra del Nuevo Testamento a los de la circuncisión.

3. Pero no es fácil dar el número y el nombre de los convertidos en hombres esforzados y sinceros que fueron estimados como capacitados para apacentar las iglesias que fundaron los apóstoles, si no es por lo que se recoge de las palabras de Pablo.

4. De hecho hubo muchísimos colaboradores suyos y, como él mismo los llama, compañeros de milicia. A los más de ellos los tiene por dignos de recuerdos indestructibles, incluyendo extensamente su testimonio en su propia Epístola; y, además, también Lucas en los Hechos enumera los discípulos de Pablo, indicando su nombre.

5. Así pues, explica que Timoteo fue el primer escogido para el episcopado de la religión en Éfeso, y que Tito lo fue en las iglesias de Creta.

6. Lucas, procedente de una familia de Antioquía, y que era médico, acompañó a Pablo la mayor parte del tiempo. No obstante, su contacto con los restantes apóstoles no fue accidental; de ellos asimiló la terapéutica de las almas, de la que nos ha transmitido algunas muestras en los libros divinamente inspirados: en el Evangelio, del cual da testimonio que

lo compuso de acuerdo con lo que le entregaron los que desde el principio presenciaron los hechos y se convirtieron en servidores de la Palabra, y a todos ellos dice que siguió atentamente desde el primer momento; y en los Hechos de los Apóstoles, que redactó, ya no siguiendo de oídas, sino con los detalles que recogió con sus propios ojos.

7. Además, se dice que habitualmente Pablo mencionaba este Evangelio como si fuera suyo propio cada vez que escribía: «conforme a mi Evangelio»¹.

8. De los demás seguidores de Pablo, hay testimonios de que Crescente fue enviado por él a las Galias, y Lino, el que menciona que está con él en Roma en la Segunda Epístola a Timoteo, vimos claramente que fue el primero en recibir el episcopado de la iglesia en Roma después de Pedro.

9. Pero Pablo también da testimonio de que Clemente (el cual, a su vez, fue establecido tercer obispo de la iglesia de Roma) fue su colaborador y compañero de combate.

10. A todo esto cabe añadir aquel areopagita llamado Dionisio, del cual Lucas escribió en los Hechos que fue el primer creyente después del discurso del Pablo a los atenienses en el Areópago. Además, otro antiguo Dionisio, pastor de la región de Corinto, dice que este areopagita fue el primer obispo de Atenas².

11. Ahora bien, ya iremos mencionando a su tiempo todo lo concerniente a la sucesión de los apóstoles según avancemos en el camino. Ahora sigamos el curso de la narración.

5

Acerca de los últimos tormentos de los judíos después de Cristo

1. Tras ostentar Nerón el poder durante trece años, y habiendo tenido lugar los reinados de Galba y de Otón en el espacio de un año y seis meses, Vespasiano, que había sido notable en los ataques a los judíos, fue designado emperador en Judea una vez que se le nombró públicamente como jefe supremo del ejército que le había acompañado a aquel lugar. Inmediatamente salió para Roma y dejó la guerra contra los judíos en manos de su hijo Tito.

2. Ahora bien, los judíos, después de la ascensión de nuestro Salvador, culminaron su crimen contra él con la concepción de innumerables maquinaciones contra sus apóstoles. El primero fue Esteban³, al cual aniquilaron con piedras; luego, Jacobo, hijo de Zebedeo y hermano de Juan, que fue decapitado⁴; y finalmente Jacobo, el que fue escogido en primer lugar para el trono episcopal de Jerusalén, después de la Ascensión de nuestro Salvador, y que murió del modo mencionado. Todos los demás apóstoles fueron amenazados de muerte con innumerables maquinaciones, y fueron expulsados de Judea y se dirigieron a todas las

¹ Romanos 2:16; ² Timoteo 2:8.

² Hechos 17:34.

³ Hechos 6:8 a 7:60.

⁴ Hechos 12:1, 2.

naciones para la enseñanza del mensaje con el poder de Cristo, que les había dicho: «Id y haced discípulos a todas las naciones»⁵.

3. Además de éstos, también el pueblo de la iglesia de Jerusalén recibió el mandato de cambiar de ciudad antes de la guerra y de vivir en otra ciudad de Perea (la que llaman Pella), por un oráculo transmitido por revelación a los notables de aquel lugar. Así pues, habiendo emigrado a ella desde Jerusalén los que creían en Cristo, como si los hombres santos hubiesen dejado enteramente la metrópoli real de los judíos y toda Judea, la justicia de Dios vino sobre los judíos por el ultraje al que sometieron a Cristo y a sus apóstoles, e hizo desaparecer totalmente de entre los hombres aquella generación impía⁶.

4. En los relatos que escribió Josefo se describen con toda exactitud los males que en ese momento sobrevinieron a todo el pueblo judío en todo lugar; cómo principalmente los habitantes de Judea fueron agobiados hasta el extremo de las desgracias; cuántos miles de jóvenes y de mujeres, juntamente con sus niños, cayeron a espada, por hambre y por muchos otros tipos de muerte; cuántas y cuáles ciudades de Judea fueron sitiadas; cuán grandes desgracias, y más que desgracias, presenciaron los que fueron en su huida a Jerusalén, ya que era la metrópoli más fuerte; el desarrollo de la guerra y lo que tuvo lugar en ella en cada momento; y, finalmente, cómo la abominación desoladora que proclamaron los profetas se asentó en el mismo templo de Dios, en gran manera notable antiguamente; y entonces sufrió todo tipo de destrucción hasta su desaparición final por el fuego.

5. Merece la pena señalar que el mismo autor afirma que los que, procedentes de toda Judea, se apiñaron en los días de la fiesta de la Pascua, en Jerusalén, como en una prisión, usando sus propias palabras, fueron alrededor de tres millones.

6. Era preciso, pues, en los mismos días en los que habían llevado a cabo la Pasión del Cristo de Dios, bienhechor y Salvador de todos, que, como encerrados en una prisión, recibieran el azote que les daba alcance viniendo de la justicia Divina.

7. Así pues, dejando aparte los acontecimientos que les sobrevinieron y cuántas veces fueron entregados a espada o de diversos modos, sólo me ha parecido oportuno mostrar las desgracias originadas por el hombre, a fin de que los que obtengan este escrito vean, parcialmente, cómo les daba alcance al poco tiempo el castigo procedente de Dios por causa de su crimen cometido en contra del Cristo de Dios.

⁵ Mateo 28:19.

⁶ La advertencia de Jesucristo en Marcos 13, Mateo 24 y Lucas 21 fue sin duda una de las razones para que los cristianos de Jerusalén escapasen de los horrores del sitio, huyendo a Pella. Pero es posible que, además, ocurriera la visión de la que nos da cuenta aquí Eusebio, pues el escritor Josefo explica muchos más prodigios que Dios hizo para advertir —no sólo a los cristianos, sino a los judíos de buena voluntad— acerca de las calamidades que ocurrirían; pero el fanático patriotismo los cegó, pues mientras los cristianos huyeron a Pella al otro lado del Jordán, la mayoría de los judíos quedó en Jerusalén y sufrió lo que cuentan tanto Josefo como Eusebio. No es inverosímil la advertencia por medio de un ángel, pues debe ser comprensible que en aquellos días, para algunos cristianos, los tres Evangelios sinópticos no eran conocidos todavía, ya que sabemos que en aquel tiempo sólo existían los *grafa*, o sea, porciones de los Evangelios, y no había los medios de comunicación que hoy tenemos, sino sólo escritos a mano. Es propio, pues, que Dios hiciera intervenir a los ángeles, como leemos en Hechos 12:6-23 y en Hebreos 2:4, para proteger a aquellos primitivos creyentes.

6

Acerca del hambre que angustió a los judíos

1. Toma, pues, entre tus manos el Libro V de de las *Guerras de los judíos* de Josefo y lee la tragedia que sucedió entonces: «Para los ricos, quedarse significaba la perdición, pues con la excusa de desertión mataban a cualquiera por causa de sus bienes. Con el hambre crecía también la demencia de los rebeldes y cada día ambas se enardecían terriblemente.

2. »El trigo no era visible en lugar alguno, pero ellos se lanzaban dentro de las casas y las registraban. Cuando lo encontraban, los maltrataban por haber negado, pero si no lo hallaban, los atormentaban por haberlo escondido con tanta precaución. La evidencia de tener o no tener eran los cuerpos de los desafortunados: los que todavía se mantenían en pie daban la impresión de poseer gran cantidad de alimentos; sin embargo, los que ya estaban consumidos, los dejaban, pues creían que no era lógico matar a los que estaban a punto de morir de necesidad⁷.

3. »Muchos cambiaban furtivamente sus posesiones por una medida de trigo, los más ricos; o de cebada, los más pobres. Luego, encerrándose en lo más recóndito de sus casas, y debido al escozor de la necesidad, algunos comían el grano crudo y otros lo cocían a medida que lo requería la necesidad y el temor. Tampoco se ponía la mesa.

4. »Pues sacando del fuego los alimentos aún crudos, se los tragaban. La comida era miserable a la visión conmovedora, los más fuertes abusando, los más débiles quejándose.

5. »El hambre supera todo sufrimiento, pero nada destruye tanto como el honor, pues aquello que de otro modo se aceptaría como digno de consideración, en esta situación se menosprecia. Las mujeres, por ejemplo, quitaban la comida de la boca de sus maridos, los hijos de la de los pobres, y lo más deplorable, las madres de las de sus niñitos, y a pesar de que los seres más queridos se iban acabando entre sus manos, ningún tropiezo existía para llevar las últimas gotas de vida.

6. »Y aunque comían de este modo, no pasaban desapercibidos y los rebeldes en todo lugar se echaban encima de estas presas. En el momento que observaban una casa cerrada, era indicio de que los que se hallaban en el interior estaban provistos de alimentos, y enseguida, cargándose las puertas, arremetían hacia dentro, y únicamente les quedaba aferrarse a las gargantas para sacarles el bocado.

7. »Azotaban a los ancianos que retenían los alimentos, y a las mujeres que ocultaban entre sus manos lo que les quedaba, les arrancaban la cabellera. No existía la compasión ni para los ancianos ni para los niños, sino que, alzando a los niños que no soltaban su bocado, los lanzaban contra el suelo. Pero aún eran más inhumanos con aquellos que anticipaban su llegada y se habían tragado lo que ellos les iban a arrebatar, pues se consideraban agraviados.

⁷ Josefo, *Guerras de los judíos*, Libro V. Tomo II, págs. 85-122. Ed. Clie.

8. »Ideaban terribles métodos de tortura para encontrar los alimentos. Cerraban la uretra de los desafortunados con granos de legumbres y les atravesaban el recto con palos afilados. Se sufrían tormentos aterradores para el oído simplemente hasta conseguir la confesión de un solo pan o para revelar un solo puñado de harina.

9. »Pero los torturadores no sufrían el hambre (pues su crueldad sería menor si se encontraran en necesidad), porque practicando su demencia iban procurándose de antemano provisiones para los días que tenían que llegar.

10. »Iban al encuentro de los que durante la noche salían arrastrándose hasta la avanzada romana para reunir legumbres silvestres y hierbas. Y cuando ya creían que habían burlado a los enemigos, entonces les arrebataban lo que llevaban, y por mucho que suplicaran invocando por el sagrado nombre de Dios para que les dieran alguna porción de lo que habían traído, estando en tan grande peligro, ni así se lo daban, y podían contentarse si no perecían además de ser despojados».

11. Además de otros detalles, añade lo siguiente: «A los judíos les truncaron, junto con las salidas, toda esperanza de salvación, y el hambre, descendiendo por cada casa y en cada familia, consumía al pueblo. Las estancias se llenaban de mujeres y de niños de pecho que habían perecido, y los callejones, de ancianos muertos.

12. »Los niños y los jóvenes, hinchados como sombras, pasaban por las plazas y caían donde les sobrevénia el dolor. Los enfermos eran incapaces de sepultar a sus familiares, y los que podían se negaban por la gran cantidad de cadáveres y su propio destino dudoso. Muchos, pues, caían sin vida al lado de los que acababan de enterrar, mientras que otros muchos se dirigían a sus sepulcros antes que la necesidad lo prescribiera.

13. »En todas estas desgracias no había canto fúnebre ni lamento. En su lugar, el hambre censuraba al sufrimiento, y los que morían observaban con ojos secos a los que les habían precedido en la muerte. Un profundo silencio y una noche colmada de muerte encerraba la ciudad.

14. »Pero lo más terrible eran los ladrones. Pues, entrando en las casas, a modo de saqueadores de tumbas, despojaban a los cadáveres y, tras retirar las cubiertas de los cuerpos, salían riéndose. También probaban el filo de sus espadas con los cadáveres y, con su prueba del hierro, atravesaron a algunos que, aunque habían caído, estaban vivos.

»No obstante, si alguien les suplicaba que hicieran uso de sus espadas y de su fuerza en él, lo abandonaban al hambre, ignorándole. Y todos los que expiraban miraban fijamente hacia el templo, porque dejaba vivos a los rebeldes.

15. »Los propios rebeldes primero ordenaban sepultar a los muertos, a cargo del tesoro público, porque no aguantaban el hedor. Pero, posteriormente, cuando ya no se daba abasto, los lanzaban por encima de las murallas a los precipicios. Tito, cuando los vio llenos de cadáveres y el espeso líquido que fluía de los cuerpos en putrefacción, se lamentó, y alzadas sus manos tomó a Dios por testigo de que no era obra suya»⁸.

⁸ Puede leerse el relato de estos horrores profetizados por Jesucristo y narrados por un testigo ocular, el escritor Josefo, judío sagaz que se pasó a los romanos ante el ejército de Vespasiano. Ver *Guerras de los judíos*, Tomo II, págs. 116-265. Ed. Clie.

16. Al cabo de otras cosas acaba diciendo: «No podría retenerme de mencionar lo que me indican mis sentimientos. Es mi opinión que si los romanos se hubieran retardado en su ataque contra los ofensores, una sima hubiera abatido la ciudad, o hubiera sido inundada, o los rayos de Sodoma le hubieran dado alcance, porque esa generación era mucho más impía de lo que fueron los que llevaron estos castigos. De este modo, por causa de la demencia de ellos, todo el pueblo pereció con ellos».

17. En el Libro VI también escribe como sigue: «De los que murieron por el hambre en la ciudad, el número era ilimitado, y los sufrimientos que tuvieron lugar, indescriptibles. En toda casa, si en algún lugar se vislumbraba una mera sombra de comida, se entablaba una guerra y llegaban a las manos los que más se querían, con el fin de arrancarse el miserable recurso de vida. La necesidad no tenía confianza ni siquiera en los moribundos.

18. »Los ladrones inspeccionaban también a los que estaban por morir, por si se diera el caso de que mantenían algún alimento escondido entre los pliegues de su vestido mientras pretendían estar muertos. Algunos, boquiabiertos por la falta de alimento, semejantes a perros rabiosos, iban tropezando y, desencajados, arremetían contra las puertas a modo de borrachos y, en su debilidad, penetraban en las mismas casas dos y hasta tres veces en una hora.

19. »Por la indigencia se ponían cualquier cosa en la boca, y si lograban reunir algo indigno, incluso para los animales irracionales más inmundos, se lo llevaban para comérselo. De este modo, al final ya no se retenían ante sus cinturones ni zapatos, y sacando las pieles de sus escudos, las devoraban. Algunos se alimentaban también con pedazos de hierba vieja, mientras que otros, recogiendo fibras de plantas, vendían una ínfima parte por cuatro dracmas áticos.

20. »¿Y qué diremos de la desvergüenza de la gente desalentada por el hambre? Porque estoy a punto de poner de manifiesto unos actos que no se hallan registrados ni entre los griegos ni entre los bárbaros, escalofrantes para contarlos e increíbles para escucharlos. Por mi parte, para que no considerasen que estoy inventando para el futuro, con mucho gusto ignoraría tal desgracia si no se diera el caso de que dispongo de innumerables testigos contemporáneos. Y, por otro lado, concedería a mi patria un favor estéril si dejara en silencio sus sufrimientos reales.

21. »Así pues, una mujer residente en el otro lado del Jordán, de nombre María, hija de Eleazar, de la aldea de Batezor (que quiere decir «casa de Hisopo»), distinguida por su familia y su riqueza, se refugió en Jerusalén con la restante multitud y con ellos sufría el asedio.

22. »Los tiranos le robaron todas las otras posesiones que ella había aprovisionado y transportado desde Perea hasta la ciudad. El resto de sus bienes y algo de comida que vieron los hombres armados que entraba cada día, se lo fueron quitando. La indignación de aquella mujer era terrible, y a menudo vituperaba y maldecía a los bandidos con el único resultado de excitarlos contra su persona.

23. »Y como fuere que nadie la mataba (exasperados o compadecidos), y fatigada de buscar alimentos para otros, pues de todos modos ya era imposible buscar, oprimiéndole el hambre las entrañas y la médula y más enfurecida que hambrienta, se hizo de la ira y de la necesidad como consejeros, apresuró contra la naturaleza y, agarrando a su hijo de pecho, dijo:

24. »«¡Desventurada criatura! En la guerra, en el hambre y en la revuelta, ¿para quién te cuidaré? Si llegamos a parar vivos en las manos de los romanos, la esclavitud. Pero el hambre llega antes que la esclavitud y los rebeldes son más terribles que ambas opciones. ¡Venga, pues! Sé mi alimento, la maldición de los rebeldes y un mito para el mundo; ¡lo único que faltaba a la desgracia de los judíos!»

25. »Mientras decía esto mató a su hijo. Luego lo asó y se comió una mitad, pero el resto lo ocultó. Al punto acudieron los rebeldes y notaron el hedor del malvado sacrificio, la amenazaron con degollarla inmediatamente si no les indicaba lo que había preparado. Ella, respondiéndoles que para ellos guardaba una bella porción, les descubrió lo que había quedado de su hijo.

26. »Un escalofrío y un gran estupor se apoderó de ellos en aquel mismo momento y se quedaron clavados ante aquella visión. Pero ella les dijo: “Es mi hijo, mi obra. Comed, pues yo también me he alimentado. No seáis más débiles que una mujer ni más compasivos que una madre. Pero si vosotros sois piadosos y no aceptáis mi sacrificio, yo ya comí en vuestro lugar, el resto quede también para mí”.

27. »Después de estos acontecimientos, ellos salieron temblando; fue la única vez que tuvieron miedo y que, de mala gana, dejaron para la madre semejante alimento. Inmediatamente, la ciudad fue llena de repugnancia y cada cual se estremecía cuando se imaginaban como suyo aquel crimen⁹.

28. »Los hambrientos tenían deseo de morir y celebraban a los que se habían anticipado en la muerte, antes de oír y presenciar tan grandes males».

7

Acerca de las profecías de Cristo

1. Éste fue el castigo que recibieron los judíos por su delito y su impiedad para con el Cristo de Dios. Pero merece la pena añadir la verdadera profecía de nuestro Salvador, con la que manifestaba los mismos acontecimientos, cuando profetizaba como sigue: «Mas ¡ay de las que estén encintas, y de las que críen en aquellos días! Orad, pues, que vuestra huida no sea en invierno ni en día de reposo porque habrá entonces gran tribulación, cual no la ha habido desde el principio del mundo hasta ahora, ni la habrá»¹⁰.

2. Sumando el número de todos los muertos, dice el mismo escritor que por el hambre y por la espada cayeron un millón cien mil personas, y el resto de los rebeldes y de los ladrones, denunciándose unos a otros tras ser tomada la ciudad, fueron ejecutados; los jóvenes más altos y notables por su belleza corporal los guardaban para la ceremonia del «triumfo», y del resto de la multitud —los mayores de diecisiete años—, unos cuantos fueron enviados

⁹ Ver Josefo, *Guerras de los judíos*, Tomo II, págs. 116-265. Ed. Clie.

¹⁰ Mateo 24:19-21.

cautivos a los trabajos forzados de Egipto y la mayoría fueron distribuidos entre las regiones para morir en el teatro, por el hierro o por las fieras; pero los menores de diecisiete años fueron llevados como presos de guerra para ser vendidos. Éstos solos ya sumaban unos noventa mil hombres.

3. Todo esto tuvo lugar así en el segundo año del reinado de Vespasiano, coincidiendo con las profecías de nuestro Señor y Salvador Jesucristo, el cual, gracias a su divino poder, ya lo vio de antemano como si fueran presentes, y lloró y se lamentó de acuerdo con la Escritura de los santos evangelistas, que también aportan las palabras que dijo refiriéndose a Jerusalén:

4. «¡Oh, si también tú conocieses, a lo menos en este tu día, lo que es para tu paz! Mas ahora está encubierto a tus ojos. Porque vendrán días sobre ti, cuando tus enemigos te rodearán con vallado, y te sitián, y por todas partes te estrecharán, y te derribarán a tierra, y a tus hijos dentro de tí»¹¹.

5. También cuando se refería al pueblo: «Porque habrá gran calamidad en la tierra, e ira sobre este pueblo. Y caerán a filo de espada, y serán llevados cautivos a todas las naciones; y Jerusalén será hollada por los gentiles hasta que los tiempos de los gentiles se cumplan»¹². Y de nuevo: «Pero cuando viereis a Jerusalén rodeada de ejércitos, sabed entonces que su destrucción ha llegado»¹³.

6. Quien compare las palabras de nuestro Salvador y las otras descripciones del autor sobre toda la guerra, ¿cómo no ha de maravillarse y de admitir que la presciencia y la profecía de nuestro Salvador son verdaderamente divinas y sobrenaturalmente extraordinarias?

7. Por ello, sobre lo que sobrevino a toda la nación después de la Pasión del Salvador y de aquellas voces con las que el pueblo judío requería que fuera librado de la muerte el ladrón y homicida y que se aniquilara al autor de la vida, nada cabe añadir a la narración.

8. A pesar de ello, sería justo añadir cuanto se refiere al amor para con los hombres de la entera Providencia, que aplazó la ruina de los malvados durante cuarenta años después de su audacia contra Cristo. Y a lo largo de estos cuarenta años muchos apóstoles y discípulos, y el propio Jacobo (primer obispo del lugar, llamado hermano del Señor), que todavía vivían y habitaban en la misma ciudad de Jerusalén dando sus discursos, permanecían en el lugar como muro fortificado.

9. La visitación de Dios, hasta el momento, ejercía su larga paciencia por si pudieran arrepentirse de sus hechos y alcanzar con ello el perdón y la salvación.

Además de esta paciencia extraordinaria, les concedía extrañas señales divinas de lo que les acontecería de no arrepentirse. El autor que hemos citado también estimó dignas de recuerdo estas señales. Nada más oportuno que referirlas a los que leen este texto.

¹¹ Lucas 19:41-44.

¹² Lucas 21:23-24.

¹³ Lucas 21:20.

8

Acerca de las señales anteriores a la guerra

1. Lee, pues, lo que Josefo expone en el Libro VI de su *Guerras de los judíos* con las siguientes palabras: «Precisamente entonces los engañadores y los falsos acusadores de Dios seducían al pueblo infeliz, por lo que no prestaban atención ni daban crédito a los manifiestos prodigios que indicaban la cercana desolación, sino que, como pasmados como un rayo y como desprovistos de ojos y de alma, menospreciaban los mensajes de Dios.

2. »Sirvan como ejemplo un astro que se paró sobre la ciudad y muy parecido a una espada, y un cometa que fue prolongándose hasta un año. En otra ocasión, antes de la revuelta de los tumultos anteriores a la guerra, habiéndose congregado el pueblo para la fiesta de los ácidos, a la hora novena de la noche del octavo día de Jantico¹⁴, resplandeció una luz tan fuerte sobre el altar y en el templo que pareció ser de día, y este fenómeno se prolongó durante media hora. A los inexpertos les pareció buen presagio, pero los escribas lo entendieron correctamente antes de que aconteciera.

3. »Y durante la misma fiesta, una vaca que el sumo sacerdote llevaba para el sacrificio, parió un cordero en medio del templo.

4. »Además, la puerta inferior de oriente, a pesar de ser de bronce macizo, de haber sido cerrada después de la tarde por veinte hombres con mucho esfuerzo, de estar reforzada con cerrojos fijados con hierro y de tener unos goznes bien sujetos, se vio cómo se abría por sí sola durante la noche a la hora sexta.

5. »Pocos días después de la fiesta, el veintiuno del mes de Artemisio, apareció un fantasma demoníaco increíblemente enorme. Pero lo que vamos a explicar parecería un extraño prodigio si no lo explicaran los que lo presenciaron y si el sufrimiento que siguió no fuera digno de tales indicios. Así pues, antes de ponerse el sol, se pudieron ver carros y escuadrones armados en el aire por toda la región que se movían entre las nubes circundando las ciudades.

6. »Y durante la noche de la fiesta llamada de Pentecostés, cuando los sacerdotes entraban en el templo (como de costumbre) con el fin de llevar a cabo su servicio, dicen que en primer lugar oyeron tumultos y ruidos de golpes, y después una voz compacta: «¡Vayámonos de aquí!».

7. »Pero lo que es más espantoso: un hombre llamado Jesús de Anamías, un particular de oficio campesino, pues había la costumbre de que todos montaran una tienda para Dios, fue a la fiesta cuatro años antes de la guerra, cuando la ciudad se hallaba en la mayor paz y esplendor. De pronto empezó a dar voces en el templo: «¡Voz de oriente! ¡Voz de los cuatro vientos! ¡Voz sobre Jerusalén y el templo! ¡Voz sobre recién desposados! ¡Voz sobre todo el pueblo!».

8. »Pero ciertos ciudadanos ilustres, enojados por el mal agüero, agarrando a ese hombre, le atormentaron y le causaron numerosas heridas. Él, no obstante, como no hablaba para sí ni de lo suyo propio, siguió gritando a los presentes con las mismas palabras de antes.

¹⁴ Nisán, mes equivalente a marzo y abril.

9. »Luego, los magistrados, creyendo (como era en realidad) que la agitación de aquel hombre era demoníaca, le llevaron a presencia del procurador romano. Allí, y a pesar de ser azotado y con heridas hasta los huesos, no hizo ninguna súplica ni derramó una sola lágrima, sino que en lo posible tornó su voz en lamento, respondiendo a cada golpe: «¡Ay, ay, de Jerusalén!»¹⁵.

10. Josefo también cuenta otro hecho más extraño que todo esto, cuando dice que en las Sagradas Escrituras se halla un oráculo que afirma que en aquel tiempo alguien de aquella región gobernaría el mundo. Él llegó a la conclusión de que se cumplía con Vespasiano.

11. No obstante, Vespasiano no gobernó todo el mundo, únicamente lo que estaba bajo el mando romano. Sería más apropiado referirlo a Cristo, a quien el Padre dijo: «Pídemme, y te daré por herencia las naciones, y como posesión tuya los confines de la tierra»¹⁶; y por ese tiempo «por toda la tierra salió la voz (de los santos apóstoles) y hasta el extremo del mundo sus palabras»¹⁷.

9

Acerca de Josefo y de sus escritos

1. A todo esto cabe añadir algo acerca de Josefo (que tanto ha aportado a esta obra que tienes en las manos), su país y su familia. De nuevo es él quien nos lo refiere: «Josefo, hijo de Matías, sacerdote de Jerusalén, que en un principio luchó contra los romanos y finalmente fue dejado en manos de los sucesos posteriores debido a la necesidad»¹⁸.

2. Fue el hombre más famoso de los judíos de su época, y no sólo entre los de su misma raza, sino incluso entre los romanos. Hasta tal grado fue su reconocimiento, que se le honró con la erección de una estatua en Roma, y sus obras fueron veneradas como dignas de una biblioteca.

3. Redactó todas sus *Antigüedades de los judíos* en veinte libros completos; *Guerras de los judíos* de su época, en siete, los cuales, según su propio testimonio, los compuso no sólo en griego, sino también en su lengua materna. Ciertamente, por todo lo demás, es digno de confianza.

4. Hay aún otros dos libros suyos dignos de consideración: *Sobre las Antigüedades de los judíos*, en los que se halla su respuesta al gramático Apión, que acababa de componer un tratado contra los judíos, e incluso contra otros que por su parte también habían intentado desacreditar las costumbres patrias del pueblo judío.

5. En el primero de estos dos libros determina el número de los escritos que pertenecen al llamado Antiguo Testamento, explicando cuáles son los indiscutibles entre los hebreos por pertenecer a una larga tradición, con las siguientes palabras:

¹⁵ Josefo, *Guerras de los judíos*, Libro VI, cap. 12. Tomo II, págs. 235-238. Ed. Clie.

¹⁶ Salmo 2:8.

¹⁷ Salmo 18:5.

¹⁸ Josefo, *Guerras de los judíos*, Libro I, págs. 19, 20. Ed. Clie.

10

Cómo cita Josefo los libros divinos

1. «Entre nosotros no hay millares de libros discordantes y contradictorios entre sí, sino que existen sólo veintidós que poseen el registro de todo tiempo y que se tienen por divinos con justicia.

2. »De éstos, cinco son de Moisés, y contienen las leyes y la tradición desde la creación hasta la muerte de Moisés. Comprenden un período de casi tres mil años.

3. »Los profetas posteriores a Moisés escribieron en trece libros cuanto acaeció en sus épocas: abarcan desde la muerte de Moisés hasta la de Artajerjes (rey de los persas sucesor de Jerjes). Los cuatro restantes contienen himnos a Dios y consejos de vida para los hombres.

4. »A partir de Artajerjes y hasta nuestros días, también se ha escrito todo; pero, al no darse con exactitud la sucesión de los profetas, no es digno de la misma confianza que merece lo anterior.

5. »Porque en la práctica se demuestra cómo nos acercamos a nuestras propias Escrituras. Pues al cabo de tanto tiempo ya nadie ha osado añadir, sacar o cambiar nada de ellas, sino que a todos los judíos, ya desde su nacimiento, les resulta natural creer que estas Escrituras son decretos de Dios y perseverar en ellas hasta, si es preciso, morir de buen grado por ellas».

6. Las palabras del autor expuestas de este modo tendrán su utilidad. Josefo también trabajó en otra obra no exenta de importancia: *Sobre la supremacía de la razón*, la que algunos titularon *Macabeos* porque contiene las luchas que los hebreos sostuvieron con gran valor por la piedad a Dios y que se hallan en los escritos llamados *De los Macabeos*.

7. También al final del Libro XX de sus *Antigüedades*, indica que ha de escribir en cuatro libros, siguiendo las creencias patrias de los judíos, acerca de Dios, de su esencia y de las leyes, puesto que, según ellas, ciertas cosas se pueden hacer y otras resultan prohibidas. Él mismo, en otros trabajos, menciona otras obras suyas.

8. Para terminar vale la pena exponer también las palabras suyas que aparecen al final de sus *Antigüedades*, a fin de dar una garantía a los testimonios que he tomado. Así pues, en su acusación contra Justo de Tiberiades (que como él mismo, había intentado redactar los sucesos de aquella época) en la que decía que no escribía la verdad, tras considerar otros muchos argumentos, añade las siguientes palabras:

9. «Yo no tengo temor como tú acerca de mis escritos, porque entregué mis libros a los emperadores cuando los hechos todavía eran casi visibles, pues sabía a ciencia cierta que conservaba la tradición de la verdad, y no estaba equivocado cuando esperaba conseguir su testimonio.

10. »Asimismo, presenté mi narración a muchos otros; algunos incluso resultó que habían estado en la guerra, como por ejemplo el rey Agripa y algunos de su misma familia.

11. »También el emperador Tito quiso que la información de estos hechos se diera al pueblo solamente a través de estos escritos, de modo que incluso firmó con su propia mano la orden de publicación. El rey Agripa escribió sesenta y dos cartas con el fin de dar

testimonio de la veracidad de estos libros». Josefo también cita dos de estas cartas. De todos modos, lo mencionado acerca de él es ya suficiente. Prosigamos, pues, con nuestra obra.

11

Cómo Simeón dirige la iglesia de Jerusalén después de Jacobo

1. Tras el martirio de Jacobo y la inmediata toma de Jerusalén, cuenta la tradición que, viniendo de diversos sitios, se reunieron en un mismo lugar los apóstoles y los discípulos del Señor que todavía se hallaban con vida, y juntos con ellos también los que eran de la familia del Señor según la carne (pues muchos aún estaban vivos). Todos ellos deliberaron acerca de quién había de ser juzgado digno de la sucesión de Jacobo, y por unanimidad todos pensaron que Simeón, el hijo de Clopás (a quien también menciona el texto del Evangelio), merecía el trono de aquella región, por ser, según se dice, primo del Salvador, pues Hegesipo cuenta que Clopás era hermano de José¹⁹.

12

Cómo Vespasiano manda buscar a los descendientes de David

1. Además de todo esto, Vespasiano, una vez que Jerusalén hubo sido tomada, ordenó que se buscara a todos los de la familia de David, para que entre los judíos no fuera dejado nadie de la familia real. Por esta razón se emprendió otra gran persecución contra los judíos.

13

Cómo Anacleto fue el segundo obispo de Roma

1. Al cabo de diez años de su reinado, Vespasiano es sucedido como emperador por su hijo Tito. En el segundo año del reinado de este segundo, Lino, obispo de la iglesia de Roma, después de sostener el ministerio durante doce años, se lo entrega a Anacleto. Domiciano sucedió a su hermano Tito, que había reinado dos años y dos meses.

¹⁹ Josefo, *Guerras de los judíos*, Libro I, págs. 19, 20. Ed. Clie.

14

Cómo Abilio fue el segundo en dirigir a los alejandrinos

1. Abilio sucede a Aniano, primer obispo de la región de Alejandría, tras completar veintidós años y morir el cuarto año del reinado de Domiciano.

15

Cómo Clemente fue el tercer obispo de Roma

1. Clemente fue obispo de la iglesia de Roma durante doce años. Este Clemente —enseña el apóstol Pablo en su Epístola a los Filipenses— era su colaborador. Lo expresa como sigue: «Con Clemente también y los demás colaboradores míos, cuyos nombres están en el libro de la vida».

16

Acerca de la carta de Clemente

1. Hay una carta de Clemente que es admitida, extensa y asombrosa; la escribió a la iglesia de los corintios en nombre de la iglesia en Roma, cuando había una revuelta en Corinto. Tenemos constancia de que esta carta se usa públicamente en la congregación en la mayoría de las iglesias, no sólo en la Antigüedad, sino también en nuestros días. Hegesipo es un testigo de que en aquel tiempo hubo una revuelta en Corinto.

17

Acerca de la persecución en tiempos de Domiciano

1. Domiciano demostró ser en gran manera cruel para con muchos, y no a pocos nobles y a hombres insignes asesinó sin siquiera un juicio lógico. También castigó a millares de hombres ilustres con el destierro fuera de las fronteras y la confiscación de bienes sin razón. Finalmente se constituyó a sí mismo sucesor de Nerón en su enemistad y lucha contra Dios. En realidad fue el segundo que instigó la persecución contra nosotros, aunque su padre, Vespasiano, no había concebido nada insólito contra nosotros.

18

Acerca del apóstol Juan y del Apocalipsis

1. Por aquel tiempo, según la tradición, el apóstol y evangelista Juan (todavía vivo) fue condenado a residir en la isla de Patmos por su testimonio del Verbo divino.

2. Ireneo, escribiendo sobre el número del nombre que designa al anticristo en el llamado Apocalipsis, de Juan, menciona las siguientes palabras en el Libro V, *Contra las herejías*, acerca de Juan:

3. «Pero si hubiese sido preciso anunciar explícitamente su nombre, se hubiera comunicado por medio de aquel que también vio el Apocalipsis; pero hace poco que se vio, casi en nuestra generación, al final del imperio de Domiciano».

4. Por aquel entonces la señal de nuestra fe resplandeció de tal modo que incluso los escritores fuera de nuestra tradición no dudaron en exponer en sus narraciones la persecución de los mártires que tuvo lugar en ella. También indicaron el tiempo con precisión, cuando cuentan que, en el año decimoquinto de Domiciano, Flavia Domitila, hija de una hermana de Flavio Clemente, cónsul de Roma por aquel entonces, juntamente con muchos otros, fue sentenciada al destierro en la isla de Pontia por el testimonio de Cristo.

19

Cómo Domiciano manda dar muerte a los de la familia de David

1. Domiciano también ordenó aniquilar a los de la familia de David, y, según una antigua tradición, ciertos herejes acusaban a los descendientes de Judas (el cual era hermano, según la carne, del Salvador) por ser de la familia de David y estar emparentados con el mismo Cristo. Esto expone Hegesipo con las siguientes palabras:

20

Acerca de la familia de nuestro Salvador

1. «Todavía se hallaban con vida, de la familia del Señor, los nietos de Judas (llamado su hermano según la carne). A éstos delataron porque eran de la familia de David. El *evocato*²⁰ los llevó ante el César Domiciano, pues, como Herodes, también tenía miedo de la venida de Cristo.

²⁰ El *evocato* era un oficial romano de grado inferior al de los magistrados.

2. »Les preguntó si eran descendientes de David y ellos lo confesaron. Luego les preguntó acerca del número de sus bienes o cuánto dinero poseían, pero ellos dijeron que entre ambos sólo sumaban nueve mil denarios, la mitad cada uno; y persistían en decir que ni siquiera esto tenían en metálico, sino que se trataba de la tasación de sólo treinta y nueve *pletros* de tierra, por la que pagaban impuestos y que trabajaban ellos mismos para su subsistencia».

3. A continuación mostraron sus manos, y ofrecieron como testimonio de su trabajo personal su fortaleza física y los callos que les habían salido en sus propias manos por la obra ininterrumpida.

4. Interrogados sobre Cristo y su reino, qué tipo de reino era, dónde y cuándo aparecería, explicaron que no se trataba de un reino de este mundo o de esta tierra, sino celestial y angélico y que ha de tener lugar en el final de los tiempos. Porque viniendo en gloria juzgará a vivos y muertos y pagará a cada uno según sus obras.

5. Observando todo esto, Domiciano nada les reprochó, sino que incluso los menospreció como a gente vulgar y, dejándolos en libertad, puso fin a la persecución de la Iglesia mediante un decreto.

6. Los que habían sido liberados dirigieron las iglesias por haber testificado y por pertenecer a la familia del Señor, y habiendo llegado la paz, vivieron hasta Trajano.

7. Esto, según Hegesipo, pero Tertuliano también hace una mención parecida de Domiciano: «También Domiciano intentó en cierta ocasión llevar a cabo lo mismo que aquél, pero su crueldad sólo fue una parte de la de Nerón. Porque, según creo, tenía cierto conocimiento y apresuradamente cesó la persecución, incluso haciendo llamar a los desterrados».

8. Al cabo de quince años de reinar Domiciano, y tras sucederle Nerva en el poder, el Senado romano votó que los honores de Domiciano fueran eliminados y que volvieran a su casa los desterrados injustamente, y al mismo tiempo tomaran de nuevo sus posesiones. Estos hechos los cuentan los que han transmitido por escrito los acontecimientos de entonces.

9. Así pues, entonces, según una antigua tradición nuestra, el apóstol Juan, viniendo del destierro en la isla, pasó a vivir a Éfeso.

21

Cómo Cerdón fue el tercero en dirigir la iglesia de Alejandría

1. Tras reinar poco más de un año, Nerva fue sucedido por Trajano, y en el primer año de este último, Cerdón sucedió a Abilio, que había dirigido la congregación de Alejandría durante trece años. De este modo, Cerdón vino a ser el tercero que ocupó el cargo después de Aniano, que fue el primero. Entonces Clemente todavía dirigía a los romanos; él fue también el tercer obispo de aquel lugar, después de Pablo y de Pedro. Lino fue el primero y, tras él Anacleto.

22

Cómo Ignacio fue el segundo en dirigir la iglesia de Antioquía

1. En Antioquía, después de Evodio, el primero en ser nombrado, era muy conocido también en aquella época el segundo: Ignacio. Del mismo modo, por aquel entonces, Simeón, segundo después del hermano de nuestro Salvador, tenía este ministerio en Jerusalén.

23

Relato acerca del apóstol Juan

1. Por entonces, el apóstol y evangelista Juan, aquel a quien Jesús amaba, todavía estaba con vista en Asia y continuaba allí cuidando de la iglesia tras volver del destierro de la isla, una vez que hubo muerto Domiciano.

2. Bastarán dos testigos para garantizar que entonces Juan todavía vivía, pues ambos son fidedignos y reconocidos en la ortodoxia de la Iglesia. Se trata de Ireneo y de Clemente de Alejandría.

3. El primero, en algún punto del Libro II de *Contra las herejías*, escribe lo siguiente: «Y todos los ancianos de Asia que mantienen contactos con Juan, el discípulo del Señor, dan testimonio de que lo transmite Juan, pues permaneció con ellos hasta los tiempos de Trajano».

4. También el Libro III de la misma obra expone así: «Pero incluso la iglesia de Éfeso, puesto que la fundó Pablo y que Juan permaneció en ella hasta los tiempos de Trajano, es un testimonio verdadero de la tradición de los apóstoles».

5. Por otro lado, Clemente indica el mismo tiempo, y añadió un relato, indispensable para aquellos que gustan de oír cosas hermosas y de algún provecho, a la obra que tituló *¿Quién es el rico que se salva?* Así pues, tómala y lee lo que allí se halla escrito:

6. «Oye este rumor, que no es un rumor, sino una tradición sobre el apóstol Juan, transmitida y conservada en la memoria. Así pues, cuando murió el tirano, Juan pasó de la isla de Patmos a Éfeso. De allí salía, cuando se lo pedían, a las regiones vecinas de los gentiles, ya fuera para establecer obispo, para dirigir iglesias enteras o para designar algún sacerdote de los que habían sido elegidos por el Espíritu.

7. »Fue, pues, a una ciudad cercana (cuyo nombre incluso algunos mencionan) y, tras traer alivio a los hermanos en las otras cosas, mirando fijamente al obispo establecido por todos y habiendo visto a un joven alto, de aspecto agradable y de ánimo encendido, dijo: “Te entrego a éste con toda diligencia ante la iglesia y con Cristo de testigo”. Y, a pesar de que el obispo lo aceptó comprometiéndose en todo, Juan de nuevo decía lo mismo y lo afirmaba con los mismos testigos.

8. »Entonces se fue a Éfeso, y aquel obispo recibió en casa al joven que le había sido entregado y lo hospedó, lo mantuvo, lo cuidó y finalmente lo bautizó²¹. Luego moderó algo el gran cuidado y protección, porque creía que lo había provisto de la perfecta protección: el sello del Señor.

9. »Pero siendo su libertad prematura y tomándole algunos ociosos de su misma edad habituados al mal, lo pervirtieron. Primero se lo atrajeron con prodigios festines; luego se lo llevaban con ellos incluso cuando iban a robar de noche, y finalmente le reclamaban mayor colaboración.

10. »Él fue adhiriéndose a ellos paulatinamente y, por su fortaleza física, se extravió del camino recto como caballo desbocado y robusto, y cayó al abismo con gran velocidad.

11. »Al final renunció a la salvación que hay en Dios y ya no proyectaba pequeñeces, antes bien, habiendo llevado a cabo graves crímenes, y ya que estaba perdido para siempre, merecía sufrir como los demás. De este modo, tomando a estos otros jóvenes y reuniendo una banda de ladrones, él era su resuelto jefe, el más violento, el más asesino y el más aterrador.

12. »Pasando el tiempo, hubo alguna necesidad y llamaron a Juan. Él, tras solucionar los asuntos que le habían llevado allí, dijo: “Venga, pues, obispo, devuélveme el depósito que yo y Cristo te entregamos ante la iglesia que tú diriges y es testigo”.

13. »El obispo, primero se sorprendió pensando que se le acusaba acerca de algún dinero que él no había recibido, y tampoco podía creer en lo que no tenía ni desconfiar de Juan. Pero cuando Juan dijo: “El joven es a quien te reclamo y el alma del hermano”, el anciano se echó a llorar y, con muchas lágrimas, dijo: “Está muerto”. ¿Cómo? ¿De qué muerte? “Muerto para Dios, porque se fue malvado, perdido y, lo que es más, ladrón, y ahora se ha apoderado del monte que hay al frente de una iglesia, con una banda como él”.

14. »El apóstol, rasgando sus vestidos y golpeándose la cabeza con grandes gemidos, dijo: “¡Buen cuidador dejé del alma del hermano! Pero traigan un caballo y que alguien me indique el camino”. Y desde allí, tal como estaba, emprendió su marcha desde la iglesia.

15. »Cuando llegó al lugar, le tomaron los guardias de los bandidos, pero él ni se escondía ni hacía súplicas, sino que decía gritando: “Para esto vine, conducidme a vuestro jefe”.

16. »Éste, mientras esto ocurría, esperaba armado, pero al reconocer que era Juan el que se acercaba, escapó avergonzado. Él le seguía con toda su fuerza y descuidando su propia edad.

17. »Le gritaba: “¿Por qué huyes de mí, hijo, de tu padre indefenso y viejo? Ten piedad de mí, hijo, no tengas temor. Todavía tienes esperanza de vida. Yo daré cuenta de ti ante Cristo. Si es preciso, soportaré la muerte por ti de buen grado, del mismo modo que el Señor la sufrió por nuestra causa. Cambiaré tu alma por la mía propia. Detente, me ha enviado Cristo.”

18. »El joven, cuando oyó estas cosas, primero se detuvo y bajó su rostro; después tiró sus armas, y luego, temblando, lloró amargamente. Al llegar el anciano lo abrazó, presentando, en lo posible, sus lamentos a modo de defensa y sus lágrimas como segundo bautismo. Únicamente escondía la diestra.

²¹ Literalmente lo «distró». Esta palabra es ajena a las del Nuevo Testamento con respecto al bautismo, pero el contexto que sigue demuestra que se refiere al acto del bautismo.

19. »Pero él, que era su fiador, jurando que había hallado perdón del Salvador para él y suplicando, se postró de rodillas y besó su diestra purificada por el arrepentimiento. Lo llevó de nuevo a la iglesia, oró con abundantes súplicas, lo acompañó compartiendo sus ayunos y fue cautivando su corazón con los multiformes lazos de sus palabras. Según dicen, no se alejó de allí hasta que lo hubo establecido en la iglesia, habiendo dado grandes muestras de un arrepentimiento verdadero y grandes señales de regeneración a modo de trofeo de una resurrección visible»²².

24

Acerca del orden de los Evangelios

1. Sea, pues, esta cita de Clemente no sólo un relato, sino que también sirva de provecho para aquellos que la lean. Pero mencionemos a continuación los escritos indiscutibles del apóstol.

2. En primer lugar hay que aceptar como auténtico su Evangelio, que se lee en todas las iglesias bajo el cielo. Pero la razón por la que entre los antiguos se colocara en cuarto lugar, después de los otros tres, tal vez se aclare con la siguiente explicación:

3. Estos hombres eran inspirados, y en realidad notables para con Dios (me refiero a los apóstoles de Cristo), y tenían purificadas sus vidas sobremanera y ornamentadas sus almas por toda virtud. No obstante, hacían uso del lenguaje sencillo. Ciertamente ellos eran animados por el poder divino y obrador de milagros recibidos del Salvador, pero no sabían ni tampoco buscaban ser embajadores del conocimiento de la enseñanza por medio de la persecución y del arte de la oratoria, sino que anunciaban a toda la tierra el reino de los cielos sin demasiado esfuerzo para ponerlo por escrito, utilizando solamente la demostración del Espíritu Divino que los auxiliaba y el poder de Cristo que obraba milagros por medio de ellos.

4. Y esto lo hacían de este modo porque servían a un ministerio más alto y superior al hombre. Por eso Pablo, de todos el más hábil para preparar discursos y el de pensamiento más poderoso, no nos dejó por escrito más que brevísimas cartas, a pesar de poder explicar cosas infinitas e inefables, porque llegó a la contemplación del tercer cielo y, arrebatado al mismo paraíso, fue hecho de oír las inefables palabras de aquel lugar.

5. Pero tampoco los otros seguidores de nuestro Salvador carecían de experiencias similares. Me refiero a los doce apóstoles, a los setenta discípulos y a millares más. Mas, a pesar de ello, de todos éstos únicamente Mateo y Juan nos han dejado un recuerdo de las pláticas del Señor, e incluso ellos, según la tradición, se pusieron a escribir obligados.

²² Esta curiosa y conmovedora anécdota acerca de la vida del apóstol Juan, que Eusebio nos ha conservado, ha tenido multitud de ejemplos semejantes a través de la historia, pues en todos los siglos el Evangelio ha demostrado ser poder de Dios para todo aquel que cree. Hoy día se hace bien manifiesto en los cultos evangélicos que se celebran en las cárceles, así como también en los centros de recuperación de ex drogadictos y ex delincuentes.

6. Por su parte, Mateo, que en primer lugar predicó a los hebreos cuando ya estaba por dedicarse también a otros, expuso por escrito su Evangelio en su lengua materna, sustituyendo de este modo por escrito la falta de su presencia en medio de aquellos de los que se alejaba.

7. Y, a su vez, Marcos y Lucas ya habían procedido a la entrega de sus respectivos Evangelios cuando se dice que Juan seguía haciendo uso de la predicación oral, y que finalmente se dedicó a escribirlo por causa de la siguiente razón:

Habiendo sido ya divulgados los tres Evangelios escritos con anterioridad, tras llegar también a sus manos, dicen que los aceptó e incluso dio testimonio de su veracidad, pero que el relato carecía de los hechos que llevó a cabo Cristo en el principio y también en el comienzo de su predicación.

8. La explicación es verdadera. Se puede ver cómo los tres evangelistas únicamente refieren por escrito los hechos del Salvador ocurridos un año después del encarcelamiento de Juan el Bautista. Y ellos mismos lo indican al principio de sus relatos.

9. Por ejemplo, tras el ayuno de cuarenta días y la subsiguiente tentación, Mateo pone de manifiesto el tiempo de su propio escrito cuando dice: «Cuando Jesús oyó que Juan estaba preso, volvió de Judea a Galilea»²³.

10. Del mismo modo, Marcos dice: «Después que Juan fue encarcelado, Jesús vino a Galilea»²⁴. Y Lucas también, antes de empezar a redactar los hechos de Jesús, menciona algo semejante, cuando dice que Herodes añadió, a sus anteriores crímenes, el siguiente: «Encerró a Juan en la cárcel»²⁵.

11. Por esta causa dicen que se rogó a Juan para que expusiera en su Evangelio el tiempo no mencionado y los hechos del Salvador durante este período (es decir, antes del encarcelamiento del Bautista). Esto también lo menciona cuando dice: «Este principio de señales hizo Jesús»²⁶ y cuando habla sobre el Bautista, entre los hechos de Jesús, diciendo que todavía bautizaba en Ainón, cerca de Salem. Esto lo expone claramente como sigue: «Porque Juan no había sido aún encarcelado»²⁷.

12. Así pues, Juan expone en su Evangelio escrito las obras anteriores al encarcelamiento del Bautista, pero los tres evangelistas restantes mencionan las que llevó a cabo después de que él fuera encarcelado.

13. Quien considere estos factores ya no podrá creer que los Evangelios difieren entre sí, sino que el de Juan abarca los primeros hechos de Cristo y los otros relatos, el final. Del mismo modo, debe de haber silenciado la genealogía según la carne de nuestro Salvador porque Mateo y Lucas ya la habían escrito y debe de haber empezado con su divinidad como si el Espíritu divino se lo hubiera guardado por ser más poderoso.

²³ Mateo 4:12.

²⁴ Marcos 1:14.

²⁵ Lucas 3:19, 20.

²⁶ Juan 2:11.

²⁷ Juan 3:23, 24.

14. Todo lo mencionado acerca de la escritura del Evangelio según San Juan es ya suficiente, y cuál fue la causa del Evangelio según San Marcos ya quedó explicado anteriormente.

15. Por lo que se refiere a Lucas, él también explica de antemano la razón de la composición del Evangelio al principio de su narración. Puesto que muchos otros ya se habían dedicado precipitadamente a componer un relato de aquellas cosas sobre las cuales estaba certísimo, le pareció necesario alejarnos de las inciertas suposiciones de los demás y en su Evangelio nos ha transmitido la narración exacta de aquellas cosas cuya verdad ha obtenido con suficiencia de datos, por causa de su convivencia y su relación con Pablo, junto con la reunión de los demás apóstoles.

16. Esto es lo que poseemos sobre este punto. No obstante, en un momento más oportuno, intentaremos exponer, usando citas de los antiguos, lo que otros han afirmado acerca de este tema.

17. Además del Evangelio, de los escritos de Juan también se reconoce, sin duda alguna, tanto antiguamente como ahora, su primera Epístola.

18. Sin embargo, se discuten las dos restantes. Sobre el Apocalipsis, la opinión de muchos sigue dividida entre ambas posturas. También a su debido tiempo este escrito recibirá el juicio basado en el testimonio de los antiguos.

25

Acerca de las divinas Escrituras admitidas y de las que no lo son

1. Habiendo llegado hasta este punto, ya es hora de dar una lista de los escritos del «Nuevo Testamento» mencionados. Primero se ha de situar la santa tétrada de los Evangelios, seguidos por los Hechos de los Apóstoles.

2. A continuación hay que disponer las Epístolas de Pablo, después se ha de decretar como cierta la I Epístola de Juan, así como la de Pedro. Luego, si se desea, el Apocalipsis de Juan, sobre el que a su tiempo manifestaremos lo que se cree de él. Éstos son los reconocidos.

3 Los escritos discutidos, a pesar de ser conocidos por la mayoría, son las llamadas Epístolas de Santiago, la de Judas y la II de Pedro, y las que llaman II y III de Juan, tanto si son del evangelista como si son de alguien con el mismo nombre.

4. Hay que considerar como espurios los siguientes: los Hechos de Pablo, el llamado *Pastor*, el *Apocalipsis de Pedro*, la que dicen que es *Epístola de Bernabé*, el escrito llamado *Enseñanza de los Apóstoles* y, como dije, si se desea, el Apocalipsis de Juan. Este escrito es rechazado por algunos y considerado entre los reconocidos por otros.

5. Algunos incluyen en esta lista el *Evangelio a los Hebreos*, por el que gozan en gran manera los hebreos que han recibido a Cristo. No obstante, todos estos escritos son discutidos.

6. Así pues, nos hemos visto obligados a hacer la lista también de los discutidos separando los escritos que, según la tradición eclesiástica, son verdaderos, originales y admitidos, de los restantes, que, a pesar de no ser testamentarios, sino discutidos, son conocidos por la mayoría

de los autores eclesiásticos. De este modo podemos ver estos escritos y también aquellos que, bajo el nombre de los apóstoles, han diseminado los herejes, como si contuvieran los *Evangelios* de Pedro, de Tomás, de Matías o de cualquier otro, así como los *Hechos* de Andrés, de Juan o de otros apóstoles. De todos éstos, ninguno fue considerado jamás como digno de ser citado por los escritores de la sucesión eclesiástica.

7. Hay que añadir que incluso el tipo de frase cambia con respecto a los apóstoles, y que el concepto y el plan que en ellos se hallan armonizan menos con la verdadera ortodoxia, hasta tal punto que viene a ser evidente que fueron forjados por hombres herejes. Por eso no hay que situarlos entre los espurios, sino que como totalmente ilógicos e impíos deben ser rechazados.

26

Acerca del mago Menandro

1. Continuemos, pues, nuestro relato. Menandro fue el sucesor del mago Simón, y por su modo de actuar demostró ser un arma diabólica no inferior a la primera.

También era samaritano, y no fue inferior a su maestro en su avance hacia la cumbre de la hechicería, sino que sobreabundó en adivinaciones aún mayores. Y decía, como si lo fuera, que él era el salvador enviado para salvación de los hombres, de algún lugar en las alturas, desde lugares invisibles.

2. Enseñaba que a nadie le era posible superar a los mismísimos ángeles hacedores del mundo si primero no era guiado a través de la experiencia mágica impartida por él y por su bautismo. Los que han sido juzgados dignos de este bautismo ya tienen parte en la vida presente de la inmortalidad imperecedera, y no morirán, sino que han de permanecer para siempre, sin envejecer y siendo inmortales. Todo esto se conoce fácilmente por Ireneo.

3. Justino, cuando menciona a Simón, por el mismo hecho añade también este comentario sobre el otro: «Tenemos noticias además de que un tal Menandro, también samaritano, de la aldea de Caparatea, habiendo sido discípulo de Simón y aguijoneado por los demonios, vino a Antioquía y engañó a muchos con su arte mágica. Convenció a sus seguidores de que no morirán, y aún hay algunos de los suyos que lo confiesan».

4. Se trataba de la obra diabólica que, por medio de estos magos disfrazados con nombres cristianos, se esforzaba en desacreditar, con su magia, el gran misterio de la piedad y en ridiculizar, por medio de ellos, los dogmas de la Iglesia referentes a la inmortalidad del alma y la resurrección de los muertos.

A pesar de ello, cuantos han tomado a éstos por salvadores, han caído de la verdadera esperanza.

27

Acerca de la herejía de los ebionitas

1. A otros el maligno demonio, no pudiendo arrebatarnos de su dedicación para con el Cristo de Dios, se los hizo suyos al encontrarles algún otro punto débil. Los primeros fueron llamados «ebionitas»²⁸ acertadamente, pues consideraban a Cristo de un modo pobre y bajo.

2. Creían que era un hombre simple y común, que iba justificándose a medida que crecía en su carácter, y que nació como fruto de la unión de un hombre y de María. Les parecía indispensable cumplir la Ley, como si no pudieran salvarse con la sola fe en Cristo y una vida conforme a ella.

3. Además de éstos, existieron otros con el mismo nombre que estaban libres de las cosas absurdas de los anteriores. No rechazaban el hecho de que el Señor naciera de una virgen y del Espíritu Santo, pero, del mismo modo que aquéllos, no confesaban que ya preexistía puesto que era Él mismo Dios, el Verbo y la Sabiduría. También volvían a la impiedad de los primeros, principalmente cuando, como ellos, se afanaban en honrar el culto a la Ley escrita.

4. También creían que se habían de rechazar definitivamente las Epístolas del apóstol Pablo, al que llamaron apóstata de la Ley, pero hacían uso exclusivo del llamado «Evangolio a los Hebreos», ignorando los demás.

5. Guardaban el sábadó (como los primeros) y toda la conducta judaica, pero el domingo observaban prácticas parecidas a las nuestras en memoria de la resurrección del Salvador.

6. Por causa de estos hechos llevan esta denominación, porque el apelativo «ebionita» expresa la pobreza de su mentalidad. Pues los hebreos llaman con este nombre al pobre.

28

Acerca del heresiarca Cerinto

1. Por ese tiempo Cerinto se hizo jefe de otra herejía. Cayo, al cual citamos antes, escribe sobre él lo siguiente en la investigación que se le atribuye:

2. «También Cerinto introduce ciertos milagros por unas revelaciones que, afirma, fueron escritas por un gran apóstol, y dice falsamente que le fueron enseñadas por ministerio de ángeles, que, tras la resurrección, el reino de Cristo será terrenal y que la carne que estuvo en Jerusalén será esclava de nuevo de pasiones y placeres.

Siendo como es un enemigo de las Escrituras de Dios, y deseando engañar, asegura que tendrá lugar una fiesta nupcial de mil años».

3. Dionisio, que recibió el episcopado de la región de Alejandría durante mucho tiempo, también menciona a este mismo hombre en el Libro II de sus *Promesas*, cuando dice que

²⁸ La palabra hebrea *Ebionim* significa «pobres».

ciertos aspectos del Apocalipsis de Juan fueron recibidos de una tradición ya desde antiguo. Escribe así:

4. «Asimismo Cerinto, el que formó la herejía que lleva su nombre, la herejía cerintiana, y que deseó acreditar su ficción con un nombre digno de fe. El fundamento de su enseñanza es éste: que el reino de Cristo será terrenal.

5. »Y puesto que él mismo era un amador del cuerpo y totalmente carnal, anhelaba que sería como él soñaba: con saciedad del vientre y debajo del vientre, es decir con alimentos, con bebidas y con uniones carnales, y con todo aquello con lo que creía que se proporcionaría todos estos placeres del modo más elogioso: fiestas, sacrificios e inmolaciones sagradas».

6. Esto, según Dionisio. E Ireneo, tras explicar, en el Libro I de su tratado *Contra las herejías*, alguna de las más vergonzosas creencias falsas de Cerinto, también expone por escrito, en el Libro III, un relato no digno de olvido, según parece procedente de la tradición de Policarpo. Asegura que, en cierta ocasión, entrando el apóstol Juan en unos baños con la intención de lavarse, y notando la presencia de Cerinto en el interior, se apartó del lugar y huyó en dirección a la puerta, pues no podía aguantar el permanecer en el mismo techo que aquél. Además exhortaba con las siguientes palabras, a los que con él se hallaban, que le imitasen: «Huyamos, no vaya a ser que los baños se desmoronen porque está dentro Cerinto, el enemigo de la verdad».

29

Acerca de Nicolás y de los que se denominan con su nombre

1. Por aquel entonces se consolidó también la herejía de los nicolaítas, pero duró muy poco tiempo. Ésta también se menciona en el Apocalipsis de Juan. Ellos afirmaban que Nicolás era uno de los diáconos que, junto con Esteban, habían sido encargados por los apóstoles del cuidado de los pobres. Clemente de Alejandría relata lo siguiente en el Libro III de sus *Stromateis*:

2. «Dicen que tenía una mujer encantadora y que, después de la ascensión del Salvador, acusándole los apóstoles de ser celoso, la puso en medio y le concedió unirse con quien lo quisiera. Pues dicen que aquel hecho estaba de acuerdo con este dicho: “Es preciso abusar de la carne”. Así, siguiendo lo que tuvo lugar y lo que se dijo con simpleza y sin previo examen razonado, se prostituyen sin ningún pudor los que participan de esta herejía.

3. »No obstante, me consta que Nicolás no tuvo relación íntima con ninguna mujer, con la excepción de con la que se había casado, y además de sus hijos, las hijas envejecieron vírgenes y el hijo se conservó puro.

»De esta forma su acción de poner a su esposa, de la que estaba celoso, en el medio de los apóstoles fue una expulsión de la pasión, y la continencia de los placeres más perseguidos enseñaba a “abusar de la carne”. Porque creo que, de acuerdo con la instrucción del Salvador, “no quería servir a dos señores”²⁹: el placer y el Señor.

²⁹ Mateo 6:24.

4. »Dicen que también Matías enseñaba lo mismo, es decir, luchar contra la carne y abusar de ella sin concederle nada de placer y hacer crecer el alma con la fe y el conocimiento». Sea, pues, esto suficiente acerca de los que en ese tiempo emprendieron la tarea de pervertir la verdad, pero que se extinguieron con más rapidez de lo que se tarda en decirlo.

30

Acerca de los apóstoles cuyo matrimonio se ha demostrado

1. Clemente, a quien acabamos de citar, después de esto continúa con una lista de los apóstoles cuyo matrimonio está demostrado, para los que niegan el matrimonio. Dice así: «¿Acaso también rechazaron a los apóstoles? Pedro y Felipe tuvieron hijos; Felipe incluso entregó a sus hijas en matrimonio, y Pablo no duda, en alguna de sus cartas, en nombrar a su cónyuge, la cual no le acompañaba, para una mayor flexibilidad en su servicio».

2. Ya que hemos explicado estos detalles, no estará de más referir otro relato suyo digno de ser narrado. Lo escribe en el Libro VII de los *Stromateis* del siguiente modo: «Dicen que el bienaventurado Pedro, al ver que su misma esposa era llevada a muerte, se gozó gracias a su llamado y su vuelta a casa, y alzó su voz en gran manera a fin de estimularla y de consolarla, dirigiéndose a ella por su propio nombre: “Oh, tú, recuerda al Señor”. Así era el matrimonio de los dichosos y la índole de los más amados». Aquí convenía citar este texto por su relación con nuestro tema.

31

Acerca de la muerte de Juan y de Felipe

1. Acerca de Pablo y de Pedro ya hemos mencionado la fecha de su muerte y el modo y el lugar en que se depositaron sus restos una vez que partieron de esta vida.

2. Pero de Juan sólo mencionamos el tiempo. En cuanto al lugar de sus restos, se manifiesta en la carta de Polícrates (obispo de la región de Éfeso), la cual escribió a Víctor, obispo de Roma. Menciona, junto con Juan, al apóstol Felipe y a sus hijas, como sigue:

3. «Pues también en Asia reposan grandes personalidades, las cuales resucitarán el último día de la venida del Señor, en la que vendrá de los cielos con gloria para buscar a los santos. Entre ellos Felipe, uno de los doce apóstoles, que reposa en Hierápolis, dos de sus hijas que envejecieron vírgenes y otra hija suya que, tras vivir en el Espíritu Santo, duerme en Éfeso. También descansa en Éfeso Juan, el que se reclinó sobre el pecho del Señor y que fue sacerdote portador del petalón³⁰, mártir y maestro».

³⁰ El «petalón» era una insignia que portaban los sumos sacerdotes sobre su pecho. La utilización de la frase de Eusebio, al aplicarla al apóstol Juan, es a todas luces simbólica: se refiere a la autoridad espiritual del apóstol amado.

4. Todo esto se refiere a la muerte de ellos. Pero igualmente en el Diálogo de Cayo, que citamos poco ha, Proclo (contra el cual se dirige la investigación) dice lo siguiente, de acuerdo con lo que hemos relatado acerca de la muerte de Felipe y de sus hijas: «Después de Felipe, hubo en Hierápolis (la de Asia) cuatro profetisas que eran hijas de éste. Su sepulcro y el de su padre se hallan en aquel lugar».

5. Esto es lo que dice Proclo. También Lucas menciona en los Hechos de los Apóstoles a las hijas de Felipe, que en aquella ocasión vivían en Cesarea de Judea con su padre, y que habían recibido el don de la profecía. Dice lo siguiente.

«Fuimos a Cesarea y, entrando en casa de Felipe el evangelista, que era uno de los siete, pasamos con él. Éste tenía cuatro hijas doncellas que profetizaban»³¹.

6. Puesto que ya hemos referido cuanto ha llegado a nuestro conocimiento acerca de los apóstoles, de sus tiempos y de las Sagradas Escrituras que nos han dejado, incluyendo también los que han de ser discutidos y que muchos leen públicamente en la mayoría de las iglesias, aunque son totalmente espurios o alejados de la ortodoxia apostólica, prosigamos con nuestra exposición.

32

Cómo fue martirizado Simeón, el obispo de Jerusalén

1. Una tradición sostiene que, en el tiempo del emperador cuya época estamos estudiando, después de Nerón y Domiciano, resurgió en ciertas partes y en las ciudades una nueva persecución contra nosotros por causa de las revueltas del pueblo. En ésta, Simeón, el hijo de Clopás, el cual ya indicamos que fue el segundo en ser instituido obispo de la iglesia de Jerusalén, murió martirizado según nos hemos enterado.

2. De esto es testigo aquel Hegesipo que ya hemos citado en diversas ocasiones. Añade que, claramente en ese mismo tiempo, Simeón sufrió una acusación y que fue atormentado por muchos días, y de muchos modos diferentes, hasta que, dejando consternado al mismo juez y a los suyos, alcanzó una muerte parecida a la Pasión del Señor.

3. Pero no hay nada como escuchar al propio autor, que refiere textualmente lo que sigue: «Por esto, claramente algunos herejes acusan a Simón, hijo de Clopás, a causa de ser descendiente de David y cristiano, y de este modo sufre el martirio a los ciento veinte años de edad, en tiempos del emperador Trajano y del gobernador Ático».

4. Hegesipo dice que sucedió que sus acusadores, cuando se investigaba acerca de la tribu real de los judíos, fueron apresados porque ellos también pertenecían a ella.

Calculando un poco se puede decir que Simón vio y oyó en persona al Señor, tomando como prueba su larga edad y la referencia, en los Evangelios, a María de Clopás³², el cual, como ya demostramos, era su padre.

³¹ Hechos 21:8, 9.

³² Juan 19:25.

5. Este mismo escritor dice que otros descendientes de uno de los que llaman hermano del Señor, de nombre Judas, también vivieron hasta este reinado tras dar testimonio de la fe en Cristo en época de Domiciano, como ya relatamos anteriormente, y escribe como sigue:

6. «Así pues, llegan y se ponen a la cabeza de toda iglesia por ser mártires y de la familia del Señor. Y una vez que hubo una profunda paz en la Iglesia aún permanecen hasta el emperador Trajano, hasta que el hijo del tío del Señor, al que llamamos antes Simón, hijo de Clopás, fue del mismo modo denunciado y acusado por las sectas. También él, por la misma causa, bajo el gobernador Ático, por muchos días dio testimonio mientras lo torturaban, de manera que todos se maravillaban en extremo, incluso el gobernador, de cómo lo aguantaba, siendo ya de ciento veinte años de edad. Finalmente ordenaron que fuera crucificado».

7. El mismo escritor añade, exponiendo lo sucedido en los tiempos mencionados, que tras estos acontecimientos la Iglesia se conservaba, hasta entonces, virgen, pura y sin corrupción, como si hasta entonces los que pretendían corromper las buenas leyes de la predicación del Salvador, si es que existían, se hallaran escondidos en inciertas tinieblas.

8. Pero cuando el santo grupo de los apóstoles fue llegando de diversos modos al final de su vida y se extinguió aquella generación de los que fueron tenidos por dignos de oír con sus propios oídos la Sabiduría divina, empezó entonces la formación del error contrario a Dios a través de la estratagema de maestros de otras enseñanzas. Éstos, como que no quedaba ninguno de los apóstoles, a partir de entonces, con la cabeza ya descubierta, han pretendido contraponer a la predicación de la verdad la predicación de la falsamente llamada ciencia³³.

33

Cómo Trajano prohibió buscar a los cristianos

1. Ciertamente fue tan fuerte la persecución que entonces nos oprimía en todo lugar, que Plinio segundo, muy destacado entre los gobernadores, impulsado por la gran cantidad de mártires, comunica al emperador la abundancia excesiva de aniquilados por causa de su fe. En la misma carta menciona que no se les ha tomado en ningún acto impío ni contrario a las leyes, con la excepción de levantarse al despuntar el día para cantar himnos a Cristo como a un dios, y que a ellos también les está prohibido adulterar, asesinar y cometer delitos semejantes, y que en todas las cosas actúan de acuerdo con las leyes.

2. Trajano reaccionó a todo esto con la promulgación de un decreto que incluye lo siguiente: no buscar a la tribu de los cristianos, pero castigar a quien caiga.

Por esta causa la persecución, que mostraba la amenaza de oprimirnos terriblemente, se calmó en cierto modo, pero no obstante no faltaban excusas para quienes deseaban dañarnos. En unas ocasiones eran los pueblos; en otras, el gobernador local, quienes disponían maquinaciones contra nosotros, de modo que, a pesar de no haber persecuciones declaradas, algu-

³³ Esta descripción es tal como lo había advertido y profetizado el apóstol Pablo en 1ª Timoteo 6:20.

nas se encendían en ciertas partes según cada región, y muchos creyentes lucharon con diversos martirios.

3. Esta información ha sido tomada de la *Apología* latina de Tertuliano, la cual ya indicamos antes. Su traducción es la siguiente: «Sea como fuere, encontramos que está prohibido incluso que nos busquen. Pues Plinio segundo, gobernador de una provincia, habiendo ya sentenciado a algunos cristianos, y tras rebajarlos en sus cargos, confuso por la gran cantidad de ellos y sin saber qué quedaba por hacer, consultó al emperador Trajano diciéndole que, fuera de que se negaban a adorar a los ídolos, nada impío encontraba en ellos. También le indicaba esto: que los cristianos se levantaban al despuntar el día y cantaban himnos a Cristo como a un dios, y que para conservar su saber se les había prohibido dar muerte, adulterar, codiciar, disfrutar y cualquier cosa semejante. A esto Trajano respondió por escrito que no se buscara a la tribu de los cristianos, pero que se castigara al que hubiere caído». Todo esto también tuvo lugar en este tiempo.

34

Cómo Evaristo fue el cuarto en dirigir la iglesia de Roma

1. De los obispos de Roma, en el tercer año del mando del emperador ya mencionado, Clemente entregó a Evaristo su ministerio y murió tras haber estado nueve años al frente de la enseñanza de la palabra divina.

35

Cómo Justo fue el tercero en dirigir la iglesia de Jerusalén

1. Pero, al morir Simeón del modo ya referido, le sucedió en el trono del episcopado de Jerusalén un judío llamado Justo, el cual era uno de los muchos que, siendo de la circuncisión, entonces ya creían en Cristo.

36

Acerca de Ignacio y de sus cartas

1. Por aquel entonces en Asia se distinguía Policarpo, discípulo de los apóstoles, quien recibió el episcopado de la iglesia de Esmirna de manos de los testigos oculares y servidores del Señor.

2. Entonces empezaron a ser notorios Papiás, también el obispo de la región de Hierápolis e Ignacio, el más ilustre entre la mayoría todavía ahora. Éste fue el segundo en ser escogido para la sucesión de Pedro en el episcopado de Antioquía.

3. Según una tradición, Ignacio fue enviado desde Siria a Roma a fin de ser pasto de las fieras por causa del testimonio de Cristo.

4. Cuando volvía de Asia, custodiado por una guardia muy cuidadosa, fortalecía con sus palabras y exhortaciones a las congregaciones en cada ciudad donde paraban. Primero las exhortaba a que antes de todo se cuidaran de las herejías, que justamente entonces, por primera vez, eran predominantes, y las persuadía para que se mantuvieran aferradas a la tradición de los apóstoles, la cual le parecía necesario poner por escrito para su mayor seguridad, porque estaba para sufrir el martirio.

5. Así, estando en Esmirna, donde se encontraba Policarpo, escribió una carta a la iglesia de Éfeso, mencionando a su pastor Onésimo. Otra carta la escribió a la iglesia de Magnesia, la que está por encima de Meandro, haciendo mención también del obispo Damas, y otra a la iglesia de Trales, diciendo que su dirigente era por entonces Polibio.

6. A ésta cabe añadir la que escribió a la iglesia de Roma, en la que expone su petición de que no intercedan por él para que no le despojen de su deseada esperanza: el martirio. Merece la pena aportar algunas citas, por muy breves que sean, para demostrar lo expuesto. Escribe como sigue, textualmente:

7. «Desde Siria hasta Roma estoy combatiendo contra fieras por tierra y por mar de noche y de día, atado junto a diez leopardos, es decir, un cuerpo de soldados que se tornan peores con hacerles el bien; no obstante, con sus ofensas más instruido soy. Pero no por eso estoy justificado.

8. »¡Que pueda gozar de las fieras dispuestas para mí! Ruego encontrarlas listas para mí; incluso las halagaré para que me devoren rápidamente, no suceda como con algunos que por cobardía no los dañaron, y si no lo hacen de buen grado, yo mismo las obligaré.

9. »Excusadme. Conozco lo que me conviene. Ahora empiezo a ser discípulo. Ninguna cosa visible o invisible tenga celos de mí porque yo dé alcance a Jesucristo.

»Fuego, cruz, manadas de fieras, dispersión de huesos, destrucción de los miembros, trituración del cuerpo entero y azotes del diablo me agobien; todo ello para que dé alcance a Jesucristo».

10. Esto lo redactaba desde la ciudad indicada a las iglesias ya enumeradas. Pero cuando yo estaba más allá de Esmirna, desde Tróades también se pone en contacto por escrito con la de Filadelfia, con la iglesia de Esmirna y privadamente con Policarpo, que la dirigía, y reconociéndole verdaderamente como varón apostólico y siendo él mismo pastor sincero y bueno, le hace entrega de su rebaño de Antioquía y le pide que cuide de él con gran esmero.

11. Cuando escribe a los esmirnitas, tomando cita de no sé dónde, se refiere a Cristo del siguiente modo: «Por mí sé y creo que incluso después de su resurrección sigue en carne, y cuando vino a los compañeros de Pedro les dijo: “Tomad, tocadme y ved que no soy un Espíritu sin cuerpo”. Y enseguida le tocaron y creyeron».

12. Ireneo también está informado de su martirio y lo menciona en sus cartas como sigue: «Como dijo alguno de los nuestros condenado a las fieras por el testimonio de Dios, “porque soy trigo de Dios y soy molido por los dientes de las fieras”, a fin de ser hallado como pan puro».

13. Y Policarpo menciona lo mismo en la carta, que dice ser de él, a los filipenses. Dice así: «Por ello os invito a todos vosotros para que seáis obedientes y practiquéis toda paciencia, la que pudisteis ver con vuestros ojos, no únicamente en los dichosos Ignacio, Rufo y Zósimo, sino también en otros de los vuestros, en el propio Pablo y en los restantes apóstoles, confiando en que todos ellos no corrieron en vano, antes bien en la fe y en la justicia, y confiando también que están en su debido lugar al lado del Señor, con el que también sufrieron. Pues no amaron a este siglo, sino a Aquel que murió por nosotros y que Dios resucitó por nosotros». A continuación añade:

14. «Vosotros me escribisteis y también Ignacio, a fin de que, si alguien fuera a Siria, llevara asimismo nuestros escritos. Yo haré lo mismo si doy con una oportunidad favorable, ya sea personalmente, ya sea por medio de alguien que envíe y que también servirá como embajador de vuestra parte.

15. »Las cartas de Ignacio que él nos envió y las otras que ya teníamos os las enviamos, como nos lo encargasteis. Las incluyo en esta carta. Podéis conseguir un gran provecho de ellas, porque contienen la fe, la paciencia y toda edificación relacionada con nuestro Salvador». Hasta aquí lo referente a Ignacio. Heros le sucedió en el episcopado de Antioquía.

37

Acerca de los evangelistas que entonces todavía se distinguían

1. Dentro de los ilustres de este tiempo, también se hallaba Cuadrato. Según una tradición de éste, junto con las hijas de Felipe, era notable por el don de la profecía. Además de éstos, también fueron famosos, por aquel tiempo, muchos más que ocuparon el puesto principal de la sucesión de los apóstoles. Éstos, por ser maravillosos discípulos de tan grandes varones, edificaron sobre los fundamentos de las iglesias establecidas con anterioridad por los apóstoles, extendían cada vez más la predicación y la semilla salvadora del reino de los cielos y la sembraban por toda la superficie de la tierra habitada.

2. Así, gran número de los discípulos de aquel tiempo, heridos en sus almas por la palabra divina con un amor tremendo por la filosofía³⁴, en primer lugar llevaban a cabo la exhortación salvadora repartiendo sus posesiones entre los necesitados, y luego haciendo viajes realizaban la obra de evangelista, afanándose en predicar a los que todavía no habían escuchado la palabra de la fe y en transmitir el texto de los divinos Evangelios.

3. Ellos sólo establecían los fundamentos en algunos lugares extranjeros e instituían a otros como pastores, confiando en sus manos el cultivo de los recién aceptados. Luego marchaban

³⁴ Aquí la palabra «filosofía» tiene el sentido de una enseñanza que se vive en profundidad. (Nota del traductor)

de nuevo a otros pueblos con la gracia y la ayuda de Dios, ya que todavía entonces se llevaban a cabo muchos y prodigiosos poderes del Espíritu divino por medio de ellos, de modo que, desde el primer momento de escucharlos, multitudes de hombres a una aceptaban de buen grado en sus almas la piedad del hacedor del universo.

4. Pero como que no nos es posible enumerar por su nombre a cuantos, en la primera sucesión de los apóstoles y en la iglesia de toda la tierra, fueron pastores, o también los evangelistas, es lógico hacer mención escrita por sus nombres únicamente de los que todavía hasta ahora se conserva su transmisión, por sus recuerdos de la enseñanza apostólica.

38

Acerca de la carta de Clemente y de los textos que se le atribuyen falsamente

1. Sin duda, de este modo son Ignacio, en las cartas que ya hemos enumerado, y Clemente, en la carta que todos admiten, la cual redactó en representación de la iglesia de Roma a la de Corinto. En esta carta expone muchos conceptos de la Epístola a los Hebreos y hasta hace uso de citas textuales, con lo que demuestra claramente que se trata de un escrito reciente.

2. Por esta causa pareció lógico catalogarlo junto con los otros escritos del apóstol. Pues Pablo tuvo contacto por escrito con los hebreos por medio de su lengua patria. Unos afirman que este texto lo tradujo el evangelista Lucas, mientras que otros dicen que fue el mismo Clemente.

3. Esto último tal vez fuere más cierto, ya que la *Carta de Clemente* y la Epístola a los Hebreos mantienen un estilo parecido, y que los conceptos que exponen ambos escritos no se alejan mucho los unos de los otros.

4. Sabemos que existe una segunda carta llamada de Clemente, pero, como la primera, no creemos que sea conocida, pues ni siquiera los antiguos, por lo que conocemos, hacían uso de ella.

5. Algunos muy recientemente han expuesto, como pertenecientes a Clemente, otros escritos elocuentes y largos que contienen los diálogos de Pedro y de Apión. Entre los antiguos no aparece mención alguna de estos textos ni mantienen puro el carácter de la ortodoxia apostólica. Por lo tanto, ya queda manifiesto cuál sea el escrito admitido de Clemente, y también nos hemos referido a los de Ignacio y Policarpo.

39

Acerca de los escritos de Papías

1. Dicen que existen cinco escritos de Papías con el título de *Explicaciones de la palabra del Señor*. Ireneo los menciona como los únicos escritos por Papías cuando dice lo siguiente:

«De esto también da testimonio escrito Papías, oyente de Juan, compañero de Policarpo y varón de los antiguos, en su cuarto libro. Porque él compuso cinco libros».

2. Esto según Ireneo. Pero Papías en ningún modo explica que él fuera oyente ni testigo ocular de los santos apóstoles, sino que enseña que acogió los asuntos de la fe de manos de los que lo conocieron, y dice como sigue:

3. «No dudaré en añadir todo cuanto aprendí muy bien de los ancianos y que recuerdo perfectamente en mis explicaciones, pues sé con toda certidumbre que es verdad. Porque no me contentaba con lo que dicen muchos, como ocurre con la mayoría, sino con los que enseñan la verdad; tampoco con los que repiten mandamientos de otros, sino con los que recuerdan aquellos mandamientos que fueron dados a la fe precedentes del Señor y que tienen su origen en la verdad.

4. »Y si alguna vez llegaba alguien que había seguido a los ancianos, yo observaba las palabras de los ancianos, que era lo dicho por Andrés, o Pedro, o Felipe, o Tomás, o Jacobo, o Juan, o Mateo, o por cualquiera de los otros discípulos del Señor, e incluso lo que decían Aristión y el anciano Juan, discípulos del Señor, pues creí que no obtendría el mismo provecho de lo que aprendiera de los libros que el que obtenía de lo que aprendía por medio de una voz viva y perdurable».

5. Merece la pena indicar que menciona dos veces el nombre de Juan. El primero lo adjunta a la lista de Pedro, de Jacobo, de Mateo y de los restantes apóstoles (claramente refiriéndose al evangelista); el segundo, una vez concluido el discurso, lo pone junto con otros, separado de los apóstoles y precedido por Aristión, llamándole más claramente anciano.

6. De este modo queda demostrada la veracidad del relato de los que afirman que hubo varones con este mismo nombre en Asia, y en Éfeso dos tumbas que todavía ahora ambas dicen que son de Juan. Es preciso detenerse en esos detalles porque seguramente el segundo, si no se quiere primero, fue quien vio la revelación³⁵ que lleva el nombre de Juan.

7. Así pues, Papías, de quien nos estamos ocupando ahora, reconoce que las palabras de los apóstoles las recibió de los que siguieron estando con ellos, pero dice que él escuchó personalmente a Aristión y a Juan el anciano; según esto, hace mención de ellos a menudo en sus escritos y también expone sus tradiciones.

8. Que nadie diga que todo esto no nos sirve para nada. No obstante, merece la pena agregar a las palabras de Papías ya referidas otras que narran hechos extraños y otros puntos que, según él, le llegaron por la tradición.

9. Que el apóstol Felipe vivió en Hierápolis junto con sus hijas ya se expuso anteriormente, pero ahora hemos de señalar cómo Papías, que vivía por aquel tiempo, menciona que recibió de ellas una narración sorprendente. Cuenta que en su tiempo tuvo lugar la resurrección de un muerto y, aún más, otro portentoso acerca de Justo, de sobrenombre Barsabás, el cual bebió un preparado mortal, pero, por la gracia del Señor, ningún mal sufrió.

10. Después de la ascensión del Señor, los santos apóstoles colocaron a este Justo con Matías y oraron con el fin de que por la suerte se completara su número en vez del traidor

³⁵ O sea, el último libro de la Biblia, que es Apocalipsis.

Judas. El texto de los Hechos que lo relata es el siguiente: «Y señalaron a dos: a José, llamado Barsabás, que tenía por sobrenombre Justo, y a Matías. Y orando, dijeron»³⁶.

11. Papías relata otros hechos que le llegaron por tradición oral, algunas parábolas extrañas del Salvador y de su enseñanza y otras aún más legendarias.

12. Una de ellas dice que después de la resurrección de los muertos habrá un milenio, cuando se establecerá corporalmente el reino de Cristo sobre esta misma tierra. Me parece que él cree estas cosas porque ha malinterpretado la exposición de los apóstoles, pues no comprendió que ellos lo dijeron en figura y simbólicamente.

13. Ciertamente, por lo que se puede ver en sus escritos, se trata de un hombre simple. No obstante, él fue el responsable de que tantos autores eclesiásticos asumieran su misma creencia, basándose en la antigüedad de este varón, como, por ejemplo, Ireneo y quienquiera que muestre ideas semejantes.

14. En sus escritos, Papías expone otras explicaciones de las palabras del Señor procedentes de Aristión (ya mencionado) y otras tradiciones de Juan el anciano. Todos éstos se los recomendamos a cuantos deseen instruirse. Ahora debemos añadir a sus palabras ya citadas una tradición referente a Marcos, el que escribió el evangelio. Se expresa así:

15. «Y el anciano decía lo siguiente: Marcos, que fue intérprete de Pedro, escribió con exactitud todo lo que recordaba, pero no en orden de lo que el Señor dijo e hizo. Porque él no oyó ni siguió personalmente al Señor, sino, como dije, después a Pedro. Éste llevaba a cabo sus enseñanzas de acuerdo con las necesidades, pero no como quien va ordenando las palabras del Señor, más de modo que Marcos no se equivocó en absoluto cuando escribía ciertas cosas como las tenía en su memoria. Porque todo su empeño lo puso en no olvidar nada de lo que escuchó y en no escribir nada falso».

16. Esto relata Papías referente a Marcos. Sobre Mateo dice así: «Mateo compuso su discurso en hebreo y cada cual lo fue traduciendo como pudo».

17. El mismo autor hace uso de testimonios de la I Epístola de Juan y también de la de Pedro. Refiere otro relato sobre una mujer expuesta ante el Señor con muchos pecados, el cual se halla en el *Evangelio de los Hebreos*. Es necesario tener esto en cuenta, además de lo que ya hemos expuesto³⁷.

³⁶ El texto original de Eusebio queda aquí inconcluso, pero es evidente que se refiere a Hechos 1:23, 24.

³⁷ Este relato es sin duda el de Juan 8 del 1 al 11 en el Nuevo Testamento, de cuya autenticidad da fe San Jerónimo por haberlo hallado en la versión Pashita (o sea, siríaca del evangelio de Juan) y en otras versiones posteriores a la época constantiniana.



HISTORIA ECLESIAÍSTICA: LIBRO CUARTO

Contenido:

- 1 Obispos de Roma y de Alejandría en el reinado de Trajano
- 2 Lo que sufrieron los judíos en tiempos de Trajano
- 3 Los que defendieron la fe en tiempos de Adriano
- 4 Obispos de Roma y de Alejandría durante el mismo tiempo
- 5 Obispos de Jerusalén desde el Salvador hasta los tiempos mencionados
- 6 El último sitio de los judíos en tiempos de Adriano
- 7 Aquellos que por entonces fueron los jefes de la falsamente llamada ciencia
- 8 Escritores eclesiásticos de la época
- 9 Carta de Adriano acerca de la necesidad de juicio para perseguirnos
- 10 Obispos de Roma y de Alejandría durante el reinado de Antonino
- 11 Acerca de los heresiarcas de aquella época
- 12 Acerca de la apología de Justino a Antonino
- 13 Rescripto de Antonino al Concilio de Asia referente a nuestra religión
- 14 Lo que menciona referente a Policarpo, amigo de los apóstoles
- 15 Cómo Policarpo sufrió el martirio juntamente con otros cristianos en Esmirna bajo Vero
- 16 Cómo Justino, el filósofo ya anciano, fue martirizado por la palabra de Cristo en Roma
- 17 Acerca de los mártires que Justino menciona en su propia obra
- 18 Discursos de Justino que han llegado hasta nosotros
- 19 Los que dirigieron las iglesias de Roma y de Alejandría durante el reinado de Vero
- 20 Los que dirigieron la iglesia de Antioquía
- 21 Acerca de los escritores eclesiásticos que se distinguieron en la misma época
- 22 Acerca de Hegesipo y de los que él menciona
- 23 Acerca de Dionisio, obispo de Corinto, y de las cartas que escribió
- 24 Acerca de Teófilo, obispo de Antioquía
- 25 Acerca de Felipe y de Modesto
- 26 Acerca de Melitón y de los mencionados por él

HISTORIA ECLESIASTICA

- 27 Acerca de Apolinar
- 28 Acerca de Musano
- 29 Acerca de la herejía de Taciano
- 30 Acerca de Bardesanes y las obras que se le atribuyen

1

Obispos de Roma y de Alejandría en el reinado de Trajano

1. Cerca del duodécimo año del gobierno de Trajano deja esta vida el obispo de la iglesia de Alejandría, ya mencionado, y Primo, cuarto obispo desde los apóstoles, es escogido para este ministerio. Por esas mismas fechas, tras cumplir Evaristo su octavo año, Alejandro, ocupando el quinto lugar en la sucesión desde Pedro y Pablo, toma el episcopado en Roma.

2

Lo que sufrieron los judíos en tiempos de Trajano

1. Mientras las enseñanzas de nuestro Salvador y su Iglesia prosperaban a diario, las desgracias de los judíos se colmaban con sucesivos males.

Por ejemplo: en el año dieciocho del emperador surgió otra vez una rebelión de los judíos, en la que pereció una enorme cantidad de ellos.

2. En Alejandría, el resto de Egipto e incluso en Cirene, los judíos se alzaron contra sus enemigos, los griegos, como impulsados por un espíritu horrible y revolucionario. La revuelta fue aumentando y al año siguiente, cuando Lupo era gobernador de todo Egipto, presentaron una guerra no pequeña.

3. Sucedió que en el primer enfrentamiento derrotaron a los griegos. Éstos se refugiaron en Alejandría, y apresando a los judíos que se hallaban en la ciudad, los mataron. Pero los judíos de Cirene, faltándoles los refuerzos de éstos, se pusieron a saquear Egipto y a destruir sus nomos; los dirigía Lucúa. Y entonces el emperador mandó contra ellos a Marcio Turbón con fuerzas de a pie, de marina y aun de caballería.

4. Este último, tras mantener con ellos muchos combates durante no corto tiempo, aniquiló a millares de judíos, no únicamente los de Cirene, sino también de los que venían de Egipto y que se habían alzado contra Lucúa.

5. Pero como fuere que el emperador supuso que los judíos de Mesopotamia se dirigirían contra los habitantes del país, encargó a Lusio Quieto que librara la región de los judíos. Éste también, poniéndose en acción, dio muerte a una enorme multitud de judíos por el emperador.

Estas cosas las exponen con los mismos términos los griegos que redactaron los hechos de su tiempo.

3

Los que defendieron la fe en tiempos de Adriano

1. Tras ostentar el mando del imperio diecinueve años enteros y seis meses, Trajano fue sucedido por Elio Adriano. A éste, Cuadrato presentó una instancia en favor de los cristianos. Se trata de la *Apología* en la que defendía nuestra religión, porque muchos hombres perversos intentaban inquietar a los nuestros. Todavía circula entre gran número de los hermanos, y nosotros mismos tenemos este escrito en el cual se observan muestras evidentes del conocimiento y de la rectitud apostólica de este varón.

2. Por su parte nos da evidencias de su antigüedad cuando dice lo siguiente: «Pero los hechos de nuestro Salvador se hallaban siempre presentes porque eran verdaderos, los que habían sido sanados y los que se levantaron de los muertos no sólo fueron vistos al ser sanados o resucitados, sino que algunos sobrevivieron, durante los días del Salvador, y una vez que Él hubo partido permanecieron el tiempo suficiente, de modo que algunos de ellos incluso han llegado hasta nuestros días».

3. Así Cuadrato¹. Pero también Arístides, varón de fe y dedicado a nuestra religión, nos dejó, como Cuadrato, una *Apología* en defensa de la fe, la cual dirigía a Adriano. Este escrito suyo se conserva en muchos lugares.

4

Obispos de Roma y de Alejandría durante el mismo tiempo

1. En el tercer año del mismo gobierno murió Alejandro, obispo de Roma, tras diez años de dirección. Su sucesor fue Sixto. Y en la región de Alejandría, Primo, que murió por las mismas fechas en el duodécimo año de su obispado, fue sucedido por Justo.

5

Obispos de Jerusalén desde el Salvador hasta los tiempos mencionados

1. No he encontrado ningún escrito conservado referente a las fechas de los obispos de Jerusalén, pues de hecho, según una tradición, tuvieron una vida muy corta.

¹ Cuadrato ha sido identificado por algunos críticos como el profeta del mismo nombre que cita Eusebio en el Libro III, cap. 37, vers. 17 de su *Apología* al emperador Adriano, de cuya obra sólo se conservan algunos fragmentos en este libro de Eusebio.

2. De todo lo escrito sólo he podido sacar lo siguiente: desde la destrucción de Jerusalén hasta el sitio de los judíos, en tiempos de Adriano, hubo quince pastorados sucesivos; y dicen que desde un principio todos fueron hebreos que habían recibido sinceramente el conocimiento de Cristo, de modo que los que podían juzgarlo los consideraron dignos del ministerio.

Pues por entonces toda esa iglesia se componía de fieles hebreos, desde los apóstoles y hasta el sitio, de los que aún quedaban. Durante este tiempo los judíos, apartados de nuevo de los romanos, se vieron envueltos en muchas guerras.

3. Así pues, debido a que precisamente entonces cesaron los obispos de la circuncisión, tal vez sea preciso ofrecer una lista desde el primero.

Jacobo, llamado hermano del Señor, fue el primero; Simeón, el segundo, y Justo, el tercero; Zaqueo, el cuarto; el quinto, Tobías; el sexto, Benjamín; Juan, el séptimo; el octavo, Matías; el noveno, Felipe; el décimo, Séneca; el undécimo, Justo; Leví, el duodécimo; Efrén, el decimotercero; el decimocuarto, José, y el decimoquinto y último, Judas.

4. Éstos fueron los obispos de Jerusalén desde los apóstoles hasta el tiempo mencionado. Todos ellos procedentes de la circuncisión.

5. Cuando el imperio ya llevaba doce años², a Sixto, tras cumplir diez años de su episcopado, le sucedió Telesforo, séptimo desde los apóstoles. Durante este tiempo, al cabo de un año y algunos meses, Eumenes recibe en sucesión la dirección de la congregación de Alejandría. Éste era el sexto. Su antecesor ostentó el cargo durante once años.

6

El último sitio de los judíos en tiempos de Adriano

1. Como fuera que la rebelión de los judíos iba de nuevo en aumento, Rufo, un gobernador de Judea, con el refuerzo militar que le fue enviado por el emperador y haciendo uso sin miramientos de su demencia, salió contra ellos y, llevando a la muerte de una vez a miles de hombres, de niños y de mujeres, sometió a la esclavitud a todo el lugar con la excusa de la ley de la guerra.

2. Por entonces a los judíos los dirigía en la guerra alguien llamado Barkokebas, que significa «estrella». Éste era homicida y ladrón; por su nombre, como si se dirigiera a esclavos, aseguraba que era una luz descendida del cielo para ellos, y relucía engañosamente para los que sufrían.

3. No obstante, la guerra llegó a su cumbre el año decimoctavo del imperio, en Betera (que era una ciudadela muy fortificada, no muy alejada de Jerusalén). Alargándose durante mucho tiempo el sitio que venía del exterior, los revolucionarios llegaron al extremo de su derrota por el hambre y por la sed, y el autor de su demencia pagó el castigo que merecía.

² Este pasaje de Eusebio hace referencia a los años de gobierno del emperador Adriano.

Por orden y ley de Adriano se prohibía a todo el pueblo, desde entonces, entrar ni siquiera en los alrededores de Jerusalén, de suerte que ni de lejos les fuera posible ver la tierra patria. Arístides de Pella lo relata³.

4. De este modo, la ciudad quedó desprovista de la raza judía y la destrucción de sus antiguos habitantes fue absoluta. Familias de otras razas la repoblaron y la ciudad romana construida posteriormente cambió de denominación y se llamó Elía, en honor al emperador Elio Adriano. También la iglesia se compuso de gentiles. El primero en recibir el ministerio, después de los obispos de la circuncisión, fue Marcos.

7

Aquellos que por entonces fueron los jefes de la falsamente llamada ciencia

1. Cuando ya las iglesias en toda la tierra brillaban a modo de relucientes astros y la fe en nuestro Salvador y Señor Jesucristo alcanzaba su cumbre en toda la humanidad, el demonio, que odia el bien, y que del mismo modo es enemigo de la verdad y siempre está en lucha contra la salvación de los hombres, dirigió contra la Iglesia todos sus ardides.

Antiguamente se había armado con persecuciones desde el exterior.

2. Pero en esta ocasión, dejadas estas maneras y haciendo uso de hombres perversos y hechiceros, como terribles instrumentos y ministros de la perdición de las almas, ataca con otros métodos. Concibe cualquier camino para que hechiceros y engañadores logren introducirse bajo el nombre de nuestra creencia, y así llevan al abismo de la perdición a los fieles que han cogido, y alejan del camino de la palabra salvadora, con las prácticas a que se dedican, a cuantos desconocen la fe.

3. Por ejemplo, de Menandro (sucesor de Simón, a quien ya mencionamos) vino un poder semejante a una serpiente de dos cabezas y dos bocas, que instauró a los jefes de dos herejías distintas: Saturnino, de Antioquía, y Basíldes, de Alejandría. Uno en Siria y el otro en Egipto, formaron escuelas de herejías impías.

4. Ireneo manifiesta que Saturnino mentía mayoritariamente en las mismas cosas que Menandro, y que Basíldes, con la apariencia de cosas más secretas, extendía sus ideas hasta el infinito, construyendo las leyendas portentosas de su impía herejía.

5. Entonces muchos varones religiosos emprendieron la lucha en defensa de la verdad y combatieron elocuentemente en favor de las creencias apostólicas y eclesiásticas. Unos con sus tratados ya aportaron, para los que habían de venir, medios de preservación contra las herejías mencionadas.

³ Arístides es el apologista más antiguo cuya obra se conserva íntegra. Era un filósofo famoso en Atenas y dedicó su *Apología* al emperador Antonino Pío. Perdido este pergamino durante mucho tiempo, ha sido hallado nuevamente de un modo completo en una versión siríaca. Asimismo se conserva un fragmento de la misma obra en Armenia; comparándolas, se ha podido identificar la obra recién hallada.

6. De todos ellos, nos ha llegado una muy apropiada *Respuesta contra Basilides*, obra de Agripa Cástor, autor muy conocido entre sus contemporáneos. En ella revela su sagacidad contra los encantamientos.

7. Cuando pone de manifiesto sus secretos, afirma que Basilides escribió veinticuatro libros sobre el Evangelio; que llamaba sus profetas a Barcabas y Barcof (y nombrando a otros, inventados por él, con nombres extranjeros para embaucar a cuantos se sorprenden con semejantes cosas); enseñaba que, en tiempos de persecución, tomar alimentos ofrecidos a los ídolos y renegar sin preocupación de la fe eran prácticas sin importancia, y que imponía a sus discípulos un silencio durante cinco años, imitando la práctica del filósofo Pitágoras.

8. Referidas estas y otras cosas semejantes sobre Basilides, este autor noblemente expone el extravío de la aludida herejía.

9. Ireneo, por su parte, comenta la herejía de Carpócrates como muy singular y semejante a la de los gnósticos. A los gnósticos les parece justo entregarse a las hechicerías de Simón, no veladamente como él, sino manifiestamente, y se enorgullecen como si se tratara de grandezas; de los filtros amorosos que hacen con mucho cuidado, y se dedican a demonios familiares que producen sueños, y otros métodos parecidos. Enseñaban que cuantos pensaran alcanzar la perfección mediante sus misterios o, mejor dicho, sus actos repugnantes, les era preciso realizar ciertas prácticas más obscenas, pues no podían dejar de complacer, según ellos, a los jefes del mundo a no ser que fuera proporcionándoles placer por medio de tales actos vergonzosos.

10. De hecho, sucedió que el demonio, que disfruta con el mal, haciendo uso de estos ministerios, en primer lugar, a los que engañaron, los esclavizó para perdición y, en segundo lugar, aportó para los infieles gran provisión de vituperio para la Palabra de Dios, porque su fama sobreabundaba en falsas acusaciones contra todo el pueblo cristiano.

11. Por esto mayormente ocurrió que entre los infieles de aquel tiempo se extendió la impía y totalmente ilógica suposición acerca de nosotros de que llevábamos a cabo uniones ilícitas con madres y hermanas y que utilizábamos alimentos impíos.

12. Pero lógicamente esto no les sirvió durante largo tiempo, sino que la misma verdad se afirmó y, pasando el tiempo, relució con una luz muy grande⁴.

13. Así pues, una vez que fueron rechazados por la obra de la verdad, las maquinaciones del enemigo fueron desapareciendo de inmediato; y las herejías, inventadas sucesivamente, las primeras desaparecían siempre, y cada una a su tiempo y a su modo se corrompían y venían a ser únicamente ideas de diversas formas y maneras. Pero, por su parte, el fulgor de la universal y única verdadera Iglesia, siempre manteniéndose de un mismo modo, avanzaba y se engrandecía alumbrando a toda la raza de griegos y de extranjeros con su venerabilidad, su sencillez, la libertad, la sobriedad y la pureza de la conducta y de la filosofía divina.

⁴ Parece que al practicar las cosas «nefandas» propias de la hechicería los sectarios calumniaban a los cristianos de las mismas cosas que ellos eran llevados a practicar por sus pasiones vergonzosas, ya que los cristianos se veían obligados a juntarse en secreto a causa de las persecuciones, pero en asambleas bien diferentes, de acción de gracias y alabanza a Dios.

14. Con el tiempo también desaparecieron las falsas acusaciones contra toda la doctrina, pues sólo nuestra enseñanza era vencedora sobre todas las restantes y se reconocía como la mayor, gracias a su suntuosidad, su sobriedad y sus creencias divinas y sabias, hasta el punto de que ahora nadie osa anunciar ningún vituperio infame contra nuestra fe, ni acusaciones como las que disfrutaban en usar los que se reunían contra nosotros.

15. No obstante, en aquella época, la verdad puso en escena, de nuevo, muchos luchadores a su favor. No sólo combatieron contra la oposición a Dios mediante pruebas orales, sino también incluso con discusiones escritas.

8

Escritores eclesiásticos de la época

1. Hegesipo fue uno de éstos, muy conocido, a quien antes hemos citado a menudo para, partiendo de sus escritos, fijar ciertos puntos referentes a la época de los apóstoles.

2. Comentó, en cinco tratados, la tradición sin error de la predicación de los apóstoles, con un estilo muy sencillo. Con el mismo detalle escribe cuando llegó a ser famoso relatando acerca de los que desde el principio erigieron imágenes: les hacían cenotafios y templos como todavía hoy. Uno de ellos era también Antínoo, siervo del César Adriano, y, a pesar de ser de nuestro tiempo, se celebran juegos en su nombre. Adriano incluso fundó una ciudad bajo el nombre de Antínoo y estableció profetas.

3. Por aquel entonces, también Justino, auténtico enamorado de la filosofía verdadera, se dedicaba aún al estudio de las creencias de los griegos. Éste también lo menciona cuando escribe como sigue en la *Apología* dedicada a Antonino: «No me ha parecido inapropiado hacer mención de Antínoo, el cual ha vivido ahora y a quien todos se sentían inclinados a adorar por el miedo, como a un dios, incluso sabiendo quién era y de dónde venía».

4. También el mismo escritor, cuando menciona la guerra de los judíos que tenía lugar entonces, añade esto: «Y en la guerra actual de los judíos, Barkokebas, el jefe de la revuelta de los judíos, ordenaba que sólo los cristianos fueran traídos a horribles sufrimientos si no renegaban de Cristo y blasfemaban».

5. En esta obra da las evidencias de que su conversión de la filosofía griega a la religión cristiana no se dio sin razón, sino con discernimiento, cuando escribe así: «Pues yo también, que me deleitaba en las enseñanzas de Platón y escuchaba las acusaciones contra los cristianos, me extrañaba al ver cómo iban sin temor hacia la muerte y a los tormentos, lo que tanto temen los hombres, por lo que comencé a creer que era imposible que ellos vivieran en la perversidad y el amor a los placeres. Pues ¿quién siendo amante de placeres, o incontinente, o creyendo que es bueno comer carne humana (como les acusaban a ellos) acudiría de buen gusto a la muerte, ya que de este modo queda desprovisto de sus pasiones? ¿No intentaría más bien vivir su vida presente y pasar desapercibido a los gobernantes, antes que denunciarse él mismo para ser llevado a la muerte?».

6. Justino también relata que Adriano recibió una carta de los cristianos de parte de Serenio Graniano, un muy ilustre gobernador, en la que comentaba que era injusto matarlos sin culpa, prescindiendo de juicio, simplemente con el fin de conceder gracia a los gritos del pueblo, y que había replicado a Minucio Fundano, procónsul de Asia, mandando que a nadie se hiciera juicio sin una denuncia y una acusación lógica.

7. El escritor mencionado insertó una copia de esta carta en la lengua latina original y que la encabeza así: «Y nosotros también podríamos pedir que ordenéis llevar a cabo los juicios del modo que os pedimos, apoyándonos en una carta del máximo e ilustrísimo emperador Adriano. No obstante, no lo demandamos principalmente por ser orden de Adriano, sino porque creemos que nuestra petición es justa. Con todo, también añadimos copia de la carta de Adriano con el fin de que seáis conscientes de que esto es cierto. Es como sigue».

8. A continuación Justino inserta la copia latina original, que nosotros hemos traducido al griego, dentro de nuestras posibilidades. Dice así:

9

Carta de Adriano acerca de la necesidad de juicio para perseguirnos

1. «A Minucio Fundano: Recibí una carta dirigida a mí por Serenio Graniano, varón ilustrísimo, de quien tú eres sucesor. No creo que debamos abandonar el asunto sin consideración, para que los hombres no se inquieten y no haya oportunidad de maldad para los falsos acusadores.

2. »De este modo, si los vecinos de una provincia son capaces de mantener fuertemente esta demanda contra los cristianos hasta el punto de acudir ante un tribunal, sólo a esto han de someterse, pero no ceder a simples demandas y criterios particulares. Y aún sería mucho mejor que, si alguien desea hacer una acusación, tú mismo resuelvas el asunto.

3. »Así pues, si alguien hace la acusación y demuestra que han actuado contra las leyes, juzga tú de acuerdo con la gravedad del delito. Pero sí, ¡por Hércules!, alguno lo hace por delación, considera esta monstruosidad y preocúpate para que sea bien penalizada». Hasta aquí la copia de Adriano.

10

Obispos de Roma y de Alejandría durante el reinado de Antonino

1. Antonino, el llamado Pío, tomó el Imperio romano en sucesión una vez que Adriano hubo satisfecho su deuda, como hombre mortal, al cabo de veintiún años de gobierno. En el primer año de gobierno de Antonino, el obispo Telesforo pasó a la otra vida en el año undécimo de su ministerio, e Higinio toma el episcopado de Roma. Ireneo explica que Teles-

foro coronó su muerte con el martirio, y menciona que, en tiempos del obispo de Roma, Higinio, al que hemos aludido, fueron muy famosos en Roma Valentín, que introdujo su herejía particular, y Cerdón, iniciador del extravío de Marción. Escribe como sigue:

11

Acerca de los heresiarcas de aquella época

1. «Ciertamente, Valentín llegó a Roma en tiempos del obispo Higinio, pero llegó a la plenitud de su fama bajo Pío, y duró hasta Aniceto. Y Cerdón, predecesor de Marción (también llegó en tiempos de Higinio, el noveno obispo), cuando vino a la iglesia y una vez hubo hecho su confesión, se dedicaba a lo siguiente: a veces impartía sus enseñanzas a escondidas y otras veía contrarrestadas sus enseñanzas y se iba alejando de la compañía de los hermanos».

2. Esto afirma en el tercer libro de su *Contra las herejías*. Pero en el primero también indica lo siguiente, con referencia a Cerdón: «Alguien llamado Cerdón, seguidor de Simón y residente en Roma en tiempo de Higinio (el noveno en la sucesión del episcopado, partiendo de los apóstoles), enseñaba que el Dios predicado por la ley y los profetas no era el padre de nuestro Señor Jesucristo, porque uno es conocido y el otro es desconocido, uno es justo nada más, mientras que el otro es bueno y acogedor. Le sucedió en esta herejía Marción, el pónico, quien engrandeció su escuela blasfemando sin recato».

3. Ireneo también expone enérgicamente el abismo sin límites de la selva llena de error que representa la herejía de Valentín, y descubre su maldad escondida e insidiosa como de reptil que entra y sale de su escondrijo.

4. Dice, además, que de éstos se distinguió otro maestro religioso llamado Marcos, muy diestro en el engaño de la magia, y escribe acerca de sus interminables e infames «misterios» explicándolos con las siguientes palabras:

5. «Unos organizan pretendidas bodas celestiales y realizan la entrada en el misterio con un bautismo profano, declarando que lo que tiene lugar entre ellos es un matrimonio espiritual. Otros los conducen a las aguas y los bautizan diciendo: “En el nombre del desconocido Padre de todas las cosas, por la verdad, madre de todas las cosas, y por aquel que descendió sobre Jesús”. Además añaden nombres hebreos para infundir mayor respeto a los iniciados».

6. Muerto Higinio tras terminar el cuarto año de su episcopado, Pío ocupó este ministerio en Roma. Por otro lado, en Alejandría, Marcos es nombrado pastor, habiendo Eumenes cumplido trece años de obispado cuando murió, y Marcos falleció al cabo de diez años en el ministerio. Celado ocupó este cargo en la iglesia de Alejandría.

7. En Roma, habiendo partido Pío de esta vida el año decimoquinto de su episcopado, Aniceto pasa a presidir la iglesia de aquella ciudad. En tiempos de éste, Hegesipo relata de sí mismo que vino a vivir a Roma y permaneció allí hasta el episcopado de Eleuterio.

8. Fue entonces cuando Justino alcanzó su cumbre. Vestido de filósofo anunciaba la Palabra de Dios, y luchaba por la fe con sus escritos. Escribió una obra contra *Marción*, y en ella explica que mientras la redactaba se hallaba todavía en vida su opositor, explicándolo en estas palabras:

9. «Hay un hombre llamado Marción, procedente de Ponto, que todavía hoy anda enseñando, quien ha persuadido a muchos a creer en otro dios superior al Creador. Secundado por los demonios, ha conseguido que hombres de todas las razas digan blasfemias y nieguen que el autor de toda la creación sea el Padre de Jesucristo; pero, por otra parte, confiesan que lo ha hecho todo alguien mayor que Él. Y, como ya dijimos, todos aquellos que siguen tales enseñanzas son llamados *cristianos* por el pueblo pagano, a semejanza de los filósofos, que todos son llamados filósofos aunque sus creencias u opiniones sean diferentes las unas de las otras». Y prosigue diciendo Justino:

10. «También disponemos de una obra contra todas las herejías que han existido, la cual os daremos si deseáis leerla».

11. El propio Justino, además de haber escrito de un modo muy apropiado contra los griegos paganos, también redactó otros escritos que constituyen una defensa de nuestra fe, dirigidos al emperador Antonino, al que llamaban Pío, y al Senado, porque entonces residía en Roma. En este escrito, llamado *Apologeticus*, muestra quién era y de dónde venía, con las siguientes palabras:

12

Acerca de la apología de Justino a Antonino

1. Al emperador Tito Helio Adriano Antonino, Pío César Augusto; a Verísimo, su hijo filósofo; a Lucio, hijo por naturaleza del César y de Pío por adopción, amigo de la cultura; al sagrado Senado y a todo el pueblo romano, en defensa de los hombres de todas las razas que son odiados y maltratados injustamente: Justino, hijo de Prisco, hijo de Bacquio, procedente de Flavia Neápolis, de Siria, Palestina, siendo yo mismo uno de estos hombres, he hecho este discurso y petición⁵. Este mismo emperador recibió otras súplicas de los hermanos en Asia, que estaban siendo atormentados por los vecinos de la región con todo tipo de injurias, y decidió que valía la pena enviar la siguiente ordenación a la junta de Asia:

⁵ La instancia no está inscrita en el libro de Eusebio, pero es más importante la respuesta del emperador que va a continuación, aunque algunos críticos modernos han dudado de su autenticidad; pero no vemos ninguna razón para ello, a pesar de que algunas expresiones parezcan más propias de una mano cristiana que del emperador pagano, quien sin duda había recibido bastante influencia de parte de los cristianos, por lo que no es tan extraordinario que éste se expresara de esta manera.

13

Rescripto de Antonino al concilio de Asia referente a nuestra religión

1. «El emperador César Marco Aurelio Antonino Augusto Armeno, pontífice máximo, tribuno de la plebe por decimoquinta ocasión, cónsul por tercera vez, al concilio de Asia, salud⁶.

2. »Ciertamente soy consciente de que los dioses tienen cuidado de que tales personas no pasen desapercibidas. Pues ellos mismos castigarían a aquellos que no están dispuestos a adorarlos mejor que vosotros.

3. »Estáis perturbando a estas personas y les dais fuerzas en el sentimiento que ellos tienen cuando los acusáis de ateos. Pues ellos, una vez han sido acusados, escogen dar la impresión de que mueren por causa de su Dios, antes que seguir viviendo.

»Por ello los hacéis victoriosos, porque en realidad, en vez de obedecer lo que vosotros queréis que hagan, están ofreciendo sus propias vidas.

4. »En cuanto a los terremotos anteriores y presentes, no será absurdo recordaros que, cuando se dan, perdéis el ánimo comparando nuestra condición a la de aquéllos.

5. »Ellos, ciertamente, confían aún más en Dios, pero vosotros, siempre que parece que estáis en ignorancia, olvidáis a todos los dioses, más principalmente el culto del inmortal. A éste rinden culto los cristianos y vosotros los agobiáis y perseguís hasta la muerte⁷.

6. »Muchos gobernadores de las provincias ya escribieron a nuestro sumamente divino padre en defensa de éstos. Él les respondió que no les inquietaran para nada si no se les hallaba dedicados a algo contrario al poder público romano. A mí también me han comentado mucho acerca de ellos y mi respuesta ha sido también de acuerdo con el concepto de mi padre.

7. »No obstante, si alguno insistiera en acusar a alguno, el que fue conducido a juicio sea librado de toda culpa por ser cristiano. Pero el que le acusó sea sometido a castigo. —Publicado en Éfeso, para el concilio de Asia».

8. El testigo de que estas cosas tuvieron lugar de este modo es Melitón⁸, obispo de la iglesia de Sardis y famoso en su época. Esto lo deducimos de sus propias palabras en su *Apología* dirigida al emperador Vero en su defensa de nuestra doctrina.

⁶ Eusebio confunde los nombres del emperador anunciando una carta de Antonino Pío, aunque al final la presenta como de Marco Aurelio, que en realidad es el hijo del primero y su sucesor en el trono imperial.

⁷ O sea —según declara el emperador—: No los acuséis de ser los causantes de los terremotos, pues estos fenómenos han ocurrido siempre. Si son un castigo de los dioses, más culpables sois vosotros que estos cristianos, ya que ellos no cesan de adorar a su Dios, mientras que vosotros sois los que descuidáis la adoración de vuestros dioses.

⁸ Eusebio reconoce que no hace otra cosa que hacerse eco de lo escrito por autores más antiguos que él, al transcribir el texto de esta supuesta carta del emperador. Sin embargo, el contenido de esta orden imperial, especialmente del último párrafo, hace dudar de su autenticidad, toda vez que abundantes pruebas históricas demuestran que tanto Antonino Pío como Marco Aurelio no fueron precisamente afectos al cristianismo. Pero, como todos los humanos, pudieron tener momentos de un cambio de actitud, y esto sería lo que refleja el antiguo escritor Melitón en su *Apología* dirigida precisamente a un emperador, en la cual era muy oportuno presentar los rasgos de generosidad y tolerancia de emperadores anteriores para defender su tesis de consentimiento para con los cristianos.

14

Lo que menciona referente a Policarpo, amigo de los apóstoles

1. En la época mencionada, cuando Aniceto dirigía la iglesia de Roma, relata Ireneo que Policarpo todavía se hallaba en vida. Éste se dirigió a Roma para discutir con Aniceto algún punto referido al día de la Pascua.

2. El mismo autor nos proporciona un relato sobre Policarpo, el cual es preciso añadir a lo ya citado. Dice así:

«Procedente del tercer libro de Ireneo contra las herejías»

3. »Y Policarpo, no sólo fue discípulo de los apóstoles y vivió junto con muchos que habían visto al Señor, sino que incluso fue establecido por los apóstoles como obispo de Asia, en la iglesia de Esmirna.

4. »Y nosotros le hemos visto en nuestra juventud, pues vivió largo tiempo y partió de esta vida muy anciano, habiendo rendido un testimonio glorioso y muy distinguido. Siempre enseñaba lo que aprendió de los apóstoles, que es también lo que enseña la Iglesia, que es la sola verdad.

5. »Todas las iglesias de Asia y cuantos siguieron a Policarpo hasta nuestros días dan testimonio de que era un testigo de la verdad en gran modo más fidedigno y seguro que Valentín, que Marción y todos los demás de mente extraviada. Y en tiempos de Aniceto, cuando residía en Roma, hizo volver a la Iglesia de Dios a gran número de los herejes mencionados, anunciándoles que había recibido esta verdad únicamente de los apóstoles, es decir, lo mismo que expone la iglesia.

6. »También existen los que le oyeron afirmar que Juan, el discípulo del Señor, cuando iba a bañarse en Éfeso, vio a Cerinto en el interior y salió de los baños sin bañarse, diciendo: “Huyamos, no vaya a ser que incluso los baños se desplomen por estar en el interior Cerinto, adversario de la verdad”.

7. »También el propio Policarpo, cuando en una ocasión le salió al encuentro Marción preguntándole si le reconocía, le replicó: “Te reconozco como el primogénito de Satanás”. Hasta tal punto llegaba la precaución que mantenían los discípulos inmediatos de los apóstoles por no tener comunión de hecho ni de palabra con los tergiversadores de la verdad. El mismo apóstol Pablo dijo: “Al hombre que causa divisiones, deséchalo después de una y otra amonestación, sabiendo que el tal se ha pervertido y peca y está condenado por su propio juicio”⁹.

8. »También existe una importantísima carta de Policarpo a los filipenses por la cual pueden apreciar el carácter de su fe y los principios de la verdad todos los que quieran y se ocupen de su propia salvación».

⁹ Tito 3:10-11.

9. Todo esto según Ireneo. Policarpo, en su aludida carta a los filipenses, que se conserva todavía hoy, utiliza algunos testimonios de la primera epístola del apóstol Pedro.

10. Entretanto, Antonino, llamado Pío, transcurridos veinte años de su reinado es sucedido por su hijo Marco Aurelio Vero, de la familia de los Antoninos, y también por su hermano Lucio.

15

Cómo Policarpo sufrió el martirio juntamente con otros cristianos en Esmirna bajo Vero

1. Por aquel entonces murió mártir Policarpo, pues grandes persecuciones afligían a los cristianos en Asia. Me ha parecido en extremo necesario redactar en esta historia la narración de su final (que aún se conserva por escrito).

2. El escrito redactado en nombre de la iglesia que él presidió está dirigido a las asambleas de Ponto y explica lo siguiente:

3. «La iglesia de Dios que reside como extranjera en Esmirna, a la iglesia de Dios que se halla como forastera en Filomelio, y a todas las asambleas de la Santa Iglesia universal que están en todo lugar: la misericordia, la paz y el amor de Dios Padre y de nuestro Señor Jesucristo os sean multiplicados. Hermanos, os hemos escrito acerca de los que han sido martirizados y del bienaventurado Policarpo, el cual, como si la hubiera sellado, ha puesto fin a la persecución con su propio martirio».

4. Seguidamente, y antes del relato referente a Policarpo, cuenta acerca de los restantes mártires, refiriendo cuán grande persistencia demostraron frente a sus tormentos.

Porque dice que dejaron asombrados a cuantos estaban presentes en círculo y los miraban, unas veces desgarradas sus carnes por el látigo hasta lo más profundo de sus venas y arterias, de manera que se podían ver sus entrañas y la parte más escondida de sus cuerpos, y otras, recostados sobre conchas marinas y puntas afiladas, y finalmente, tras soportar tormentos y suplicios de todo tipo, entregados para ser devorados por las fieras.

5. Dicen que fue muy notable el nobilísimo Germánico, el cual, por la gracia divina, superó el natural temor de su cuerpo frente a la muerte, y a pesar de que el procónsul quería convencerle alegando su edad y suplicándole que se apiadara de sí mismo dada su plena juventud, él no dudó, antes bien, con toda resolución, se atrajo las fieras a sí mismo como hostigándolas e irritándolas, con el fin de partir cuanto antes de la vida injusta y malvada de esos hombres.

6. Frente a la destellante muerte de este varón, toda la multitud se maravilló por el valor del dichoso mártir y de la virtud de toda la familia de los cristianos y todos a la vez empezaron a vociferar: «¡Perezcan los ateos! ¡Que se busque a Policarpo!».

7. Con el tumulto se formó un enorme desorden, y un hombre de Frigia, de nombre Quinto, que hacía poco había llegado de esa ciudad, cuando vio las fieras y las otras amenazas, atemorizado, se amedrentó en el alma y olvidó su salvación eterna.

8. Según el relato mencionado, este ciudadano se precipitó imprudentemente sobre el tribunal para exhortar a sus hermanos a salvar sus vidas, pero fue detenido, y, una vez cautivo, proporcionó un valiente ejemplo para todos los cristianos de que no se deben tomar riesgos de modo peligroso y sin precauciones. Hasta aquí lo referente a estos mártires.

9. Policarpo, admirable en extremo, al oírlo se mantenía en calma. Conservaba sus mismas costumbres sólida e invariablemente y quería quedarse en la ciudad. Pero, convencido por las súplicas de los que estaban a su lado y por los que le mandaban que partiera en oculto, se fue a una heredad no muy alejada de la ciudad y allí vivía con algunos pocos, dedicándose noche y día exclusivamente a perseverar en la oración al Señor.

Con ella pedía y suplicaba la paz, implorándola para la Iglesia en toda la tierra, puesto que ésta era también una costumbre de siempre en él.

10. Y mientras hacia sus súplicas vio, en una visión que tuvo de noche tres días antes de ser llevado preso, que la almohada que se hallaba bajo su cabeza se consumía enteramente quemada por fuego. Con esto despertó e inmediatamente interpretó el presagio para los que estaban allí. De algún modo supo lo que había de acontecer, y aseguró claramente a los que se hallaban a su alrededor que le era preciso morir abrasado por causa de Cristo.

11. Cuando los que le buscaban con gran afán estaban próximos, dicen que se cambió a otra heredad, apremiado de nuevo por el cuidado de los hermanos. Allí, al cabo de poco tiempo, se presentaron los que le perseguían y apresaron a dos criados. De estos dos, a uno torturaron y gracias a él supieron dónde estaba Policarpo.

12. Llegando a una hora tardía, lo hallaron acostado en un aposento alto, desde donde podía pasar a otra casa. Pero él no quiso, diciendo: «Hágase la voluntad de Dios».

13. Apenas supo que estaban allí sus perseguidores bajó y habló con ellos con apacible serenidad, de modo que los que no le conocían creían presenciar un milagro. Viendo su rostro y postura venerable se preguntaban por qué tanto empeño por apresarse a semejante anciano.

14. Mas él, sin vacilar, ordenó que les pusieran de comer, después los invitó a que tomaran parte en el abundante banquete, y finalmente les suplicó que le concedieran una sola hora para hacer plegarias con tranquilidad. Concediéndoselo ellos, se levantó y empezó a orar lleno de la gracia del Señor.

Los que se hallaban allí quedaron maravillados al oírle orar, y muchos ya se arrepentían de que un anciano tan respetable y digno de Dios hubiera de morir.

15. El relato acerca de él, después de todas estas cosas, añade lo siguiente, literalmente: «Una vez terminada la oración por todos los que había tratado alguna vez, pequeños y también grandes, famosos y sin gloria y de toda la Iglesia universal que está en toda la tierra, y llegada la hora de marchar, lo sentaron sobre un asno y lo llevaron a la ciudad en día de gran sábado. Salieron a su encuentro el tetrarca Herodes y su padre, Nicetas, que le hicieron subir a su carro y, sentados a su lado, intentaban convencerle diciendo: “¿Pues qué hay de malo en decir ¡César es señor! y en hacer sacrificios y así salvar la vida?”.

16. »Al principio él no respondía, mas como que ellos insistían, dijo: “No voy a hacer lo que me aconsejáis”. Como no consiguieron convencerle, le insultaron con palabras horribles y le hicieron bajar con tal violencia que cuando descendía del carro se dislocó la

pierna. No obstante, él, sin volverse, como si nada hubiera sucedido, se fue de buen grado y diligentemente hasta el estadio.

17. »En el estadio había un tumulto tan fuerte que muchos no podían oír nada. Cuando Policarpo entró en el estadio, hubo una voz del cielo que decía: “¡Esfuérzate, Policarpo, y sé valiente!”. Nadie pudo ver al que había hablado, pero muchos de los nuestros escucharon la voz.

18. »Mientras lo llevaban hubo un gran clamor de todos al oír que Policarpo había sido apresado. Una vez llegado ante el procónsul, le preguntó si él era Policarpo, y como éste confesara su fe, él intentaba convencerle para que renegara, diciendo: “Ten respeto a tu edad” y otras cosas similares que acostumbraban a decir. Al fin le propuso: “Jura por la suerte del César. Arrepíentete. Di: ¡Perezcan los ateos!”¹⁰.

19. »Pero Policarpo, tras mirar con rostro grave a toda la multitud que estaba en el estadio y sacudir su mano hacia ellos, dirigió la vista hacia el cielo sollozando y dijo: “¡Perezcan los ateos!”.

20. »Mas cuando el gobernador le insistía diciendo: “Jura, y te libraré. Injuria a Cristo”, Policarpo respondió: “Llevo ochenta y seis años sirviéndole y en nada me ha defraudado. ¿Cómo puedo blasfemar contra mi Rey, contra quien me salvó?”.

21. »El procónsul, no obstante, persistía en su empeño y decía: “Jura por la suerte del César”; mas Policarpo dijo: “Si esperas en balde que yo jure por la suerte del César, como dices, fingiendo desconocer quién soy yo, escucha con toda libertad: soy cristiano. Pero si deseas aprender la doctrina cristiana, concédeme un día y escucha”.

22. »El procónsul le dijo: “Persuade al pueblo”. Policarpo dijo: “A ti, sí te tengo por digno de mi palabra, ya que hemos sido enseñados a prestar el honor merecido a las autoridades y potestades puestas por Dios, siempre que no sea contrario a la verdad, pero a éstos no los tengo por dignos de una defensa ante ellos”¹¹.

23. »El procónsul continuó: “Tengo fieras, te echaré a ellas si no te arrepientes”; a lo que el contestó: “Hazlas llamar, pues no podemos arrepentirnos de lo mejor para ir a lo peor. En cambio lo bueno es pasar de nuestros males a lo justo”.

24. »El procónsul le repitió de nuevo: “Haré que el fuego te amanse si acaso tienes en poco a las fieras, a no ser que te arrepientas. Policarpo dijo: “Prefiero la amenaza de un fuego que arde un poco y luego se apaga, porque tú desconoces el fuego del juicio que ha de venir y del castigo eterno que aguarda a los impíos. Pero ¿qué te detiene? Ejecuta lo que has dicho”.

¹⁰ La acusación que los paganos formulaban contra los cristianos en la de ser ateos, porque se negaban a adorar a sus dioses. Por esto el procónsul sugirió una fórmula de transición que no fuera contraria a la fe del famoso pastor cristiano, bien conocido del pueblo de Esmirna. Pero Policarpo sólo aceptó una parte de la sugerencia, y cuando el procónsul insistió en la segunda, él se negó a ceder y no pudo salvar su vida.

¹¹ Policarpo entendió que un discurso a la multitud enajenada por el odio no sería escuchado, dado el estado de ánimo en que se hallaba en aquel momento el pueblo. Lo que él buscaba era una ocasión tranquila, a solas con el procónsul y su corte. Allí sí que sería oportuno —y posiblemente eficaz— hablar, pero el procónsul no se la concedió; probablemente por temor al pueblo, tal como le ocurrió un día al procónsul Pilato en Jerusalén.

25. A medida que iba diciendo éstas y muchas otras cosas¹², se fortalecía y alegraba, pues su rostro se llenaba de gracia, de modo que no sólo no quedó turbado por las amenazas, sino que fue el procónsul quien se enfureció y, mandando llamar al heraldo, hizo anunciar tres veces el estadio: “Policarpo ha confesado ser cristiano”.

26. «Una vez que el heraldo hubo dicho esto, la multitud de gentiles y de los judíos que vivían en Esmirna empezaron a gritar con ánimo exaltado y con un gran alboroto: “Éste es el maestro de Asia, el padre de los cristianos, el destructor de nuestros dioses, el que enseña a muchos a no hacer sacrificios y a no adorarlos”.

27. «Mientras gritaban esto llenos de coraje, rogaban al asiarca¹³ Felipe que sacara un león para Policarpo. Pero él dijo que no le era posible, por cuanto había terminado ya el tiempo de combates con fieras. Entonces creyeron preciso gritar todos juntos que quemaran vivo a Policarpo.

28. «Pues era necesario que se cumpliera la visión que tuvo en su sueño acerca de su almohada, que vio rodeada de llamas mientras él oraba, según relató a los fieles que se hallaban con él, diciéndoles en profecía: “He de ser quemado vivo”.

29. «Ciertamente hicieron esto más rápido de lo que se tarda en decirlo. La multitud buscó madera y leña en los talleres de los baños. Los más presurosos en este quehacer fueron, como siempre, los judíos.

30. «En el momento en que la hoguera estuvo dispuesta, Policarpo se despojó de todos sus vestidos y, habiéndose desceñido, intentaba sacarse el calzado, lo cual no pudo hacer porque todos los fieles que le rodeaban se esforzaban para ser primeros en tocar su piel, pues desde siempre, y aun antes de que peñara canas, se le honraba debido a su noble conducta.

31. «Rápidamente dispusieron a su alrededor los útiles preparados para la hoguera, pero cuando estaban a punto de clavarlo dijo: “¡Dejadme así, pues quien me dio fuerzas para esperar el fuego, también me las dará para permanecer en la hoguera sin que sea preciso la seguridad de vuestros clavos”. Así que no le clavaron, sino que le ataron.

32. «Con las manos atadas en las espaldas y sujeto al madero como un carnero insigne arrebatado de un gran rebaño para un holocausto grato a Dios Todopoderoso, el noble mártir dijo:

33. «“Padre celestial, que gracias a tu amado y bendito Hijo Jesucristo alcanzamos el conocimiento de Ti, Dios de los ángeles, de las potestades, de toda la Creación y de toda la familia de los justos que viven ante Ti; te alabo porque me has tenido por digno de este día y esta hora, con el fin de participar en el número de los mártires y en el cáliz de tu Cristo para la resurrección de vida eterna.

34. »”De la que participará el alma y también el cuerpo, hecho incorruptible por la virtud del Espíritu Santo; sea yo recibido hoy en tu presencia y la de ellos en un sacrificio deseable y grato, del modo que Tú dispusiste de antemano.

¹² Encontramos aquí el esfuerzo de Policarpo, que sigue dando testimonio de su fe aun cuando el procónsul le había negado esa oportunidad. Para el hombre de Dios no es su condición en extremo difícil, sino la oportunidad de hablar de Cristo así fuera por última vez en la tierra, y lo hace en las condiciones y a las personas en las cuales era más oportuno.

¹³ Se daba el nombre de asiarca al dirigente del concilio de Asia que tenía a su cargo los juegos en los coliseos.

35. »"Lo revelaste anticipadamente y lo llevas a cabo, ¡oh Dios verdadero y veraz! Por esto y por todas las cosas te alabo y te bendigo y te glorifico a través del eterno sumo sacerdote Jesucristo, tu amado Hijo, por quien sea a Ti con Él y con el Espíritu Santo la gloria ahora y en los siglos venideros. Amén".

36. »Finalizada esta oración, los que se encargaban del fuego lo encendieron, pero se formó una enorme llama, y aquellos a quienes se nos concedió verlo con el fin de poder relatar a otros lo sucedido, presenciamos un verdadero milagro.

37. »El fuego, haciendo como una bóveda semejante a la vela de una nave henchida por el viento, rodeó como un muro el cuerpo del mártir que estaba en medio, y se le veía no como carne que se quema, sino como oro y plata candente en un horno, y nosotros notábamos un olor comparable al que despide el incienso o cualquier otro perfume precioso.

38. »Finalmente, dándose cuenta estos criminales de que no se podía reducir el cuerpo con el fuego, mandaron al rematador que viniera a clavarle la espada.

39. »Una vez llevado a cabo esto, salió tal chorro de sangre que apagó el fuego y dejó pasmada a toda la muchedumbre, que de este modo veía la diferencia entre los impíos y los escogidos. Uno de los escogidos fue este varón, admirable en extremo, maestro apostólico y profético en nuestros días, así como obispo en Esmirna de la Iglesia universal. Porque toda la palabra que salió de su boca se ha cumplido y se cumplirá.

40. »Pero, no obstante, el perverso enemigo y adversario de la familia de los justos, cuando vio la magnitud de este testimonio y el comportamiento irreprochable desde el principio de aquel que había merecido la corona de la incorrupción y que disponía ya del premio indiscutible, se preocupó con gran empeño de que nosotros no pudiéramos tener su cuerpo, a pesar de ser muchos los que deseábamos tenerlo o por lo menos sus santos despojos.

41. »De este modo, algunos sugirieron a Nicetas, padre de Herodes y hermano de Alce, pedir al gobernador que no diera el cuerpo, diciendo: "No vaya a ser que, abandonando al que fue crucificado, ahora veneren a éste". Esto lo decían bajo el consejo y la presión de los judíos, los cuales también estaban en guardia cuando nosotros íbamos a cogerlo de la hoguera, porque ignoran que nunca podremos abandonar a Cristo, que sufrió para la salvación de cuantos se salvan en todo el mundo, ni prestar culto a ningún otro.

42. »Pues, mientras que a Él lo adoramos porque es Hijo de Dios, a los mártires los amamos por ser discípulos e imitadores del Señor, debido a su inmejorable buena disposición para con su propio Rey y Maestro. ¡Ojalá también nosotros fuésemos compañeros suyos e incluso condiscípulos!

43. »Apercibiéndose, pues, el centurión de la envidia de los judíos, y situándolo en el medio, como era su costumbre, quemó el cuerpo; y de este modo nosotros fuimos después a recoger sus huesos, más valiosos que piedras preciosas y más estimados que el oro, y los escondimos en lugar adecuado.

44. »Allí, dentro de las posibilidades, reunidos gozosos y felices, el Señor nos dará el celebrar el día natalicio de su martirio, para recuerdo de los que combatieron y, asimismo, para ejercicio y preparación de los que van a hacerlo.

45. »Todo esto referente a Policarpo; y a pesar de ser el duodécimo, junto con los procedentes de Filadelfia, en ser martirizado en Esmirna, él es el único a quien todos recuerdan de un modo especial, e incluso los gentiles hablan de él en todo lugar».

46. De este final llegó a ser digno el maravilloso y apostólico Policarpo, cuya narración explicaron los hermanos de la iglesia de Esmirna en su carta mencionada. En este escrito referente a Policarpo se encuentran también otros martirios que asimismo tuvieron lugar en Esmirna en la misma época de su martirio. Entre ellos se cuenta el de Metrodoro, que, se cree, era un anciano de los que seguían el error de Marción, y murió pasto de las llamas.

47. No obstante, el mártir más conocido de los que fueron famosos entonces fue Tionio. Sus diversas declaraciones ante sus jueces, su facilidad de palabra, sus defensas de la fe ante el pueblo y los gobernantes, sus instructivos discursos para el pueblo, sus heroicas actitudes y el consuelo que daba a los hermanos que se acercaban a él cuando estaba preso, y, sobre todo, los tormentos que hubo de soportar, con los dolores consiguientes, y su firmeza en la hoguera, donde murió abrasado, y su muerte triunfal, todo se halla en el escrito referente a él de un modo muy completo. A este relato remitimos nosotros a cuantos estén interesados en ello¹⁴.

48. También se han conservado documentos sobre otros mártires que sufrieron en Pérgamo, ciudad de Asia, cuyos nombres son: Carpo, Papilo y una mujer llamada Agatónica, los cuales murieron con gran gloria, tras muchas y brillantes confesiones de su fe.

16

Cómo Justino, el filósofo ya anciano, fue martirizado por la palabra de Cristo en Roma

1. Por esta época Justino, a quien antes mencionamos, tras entregar a los emperadores un segundo libro en favor de nuestras creencias, fue también adornado con el santo martirio, al maquinarse el actual emperador un complot contra él. Este hombre quería mantener un carácter y una conducta adecuados a su nombre de cínico, y Justino le había corregido en algunas conversaciones en presencia de sus oyentes y ello fue la causa de que terminara coronándose con el premio de la verdad que él anunciaba por medio del martirio.

2. Así lo predijo claramente el propio Justino, el filósofo consumado de la verdad, cuando dice en su *Apología*:

3. «Y también supongo que sufriré el complot de algunos de éstos que he mencionado y que seré puesto en el cepo. Tal vez será bajo la acusación de Crescente, el cual no es amigo de la sabiduría, pero sí de la fanfarronería, porque es indigno de ser llamado filósofo¹⁵. Aquel varón que da testimonio de cosas que desconoce, como cuando afirma que los cristianos son ateos e impíos, haciendo lo cual agrada y complace a muchos que se extraviaron.

¹⁴ Se refiere Eusebio a su libro *Recopilación de los primeros mártires*.

¹⁵ «Amigo de la sabiduría» es el significado de la palabra griega «filósofo».

4. »Pues quien sin haber leído las enseñanzas de Cristo se nos opone demuestra ser perverso en extremo y mucho peor que los simples, quienes a menudo se abstienen de hablar y de dar falso testimonio sobre aquellas cosas que desconocen. Pero si habiéndolas leído no comprendió su verdad y grandeza, o si a pesar de comprenderlas hace estas cosas para que no se sospeche que él mismo es cristiano, es mucho más vil y perverso, porque está sujeto a una creencia falsa e ilógica por el simple temor.

5. »No quiero que ignoréis, augustos emperadores, que, habiéndole yo presentado muchas de estas preguntas, descubrí que en realidad nada sabe, y como prueba de que hablo sinceramente, si es que no recibisteis el informe de la conversación que tuvimos estoy dispuesto a repetirla de nuevo, hasta delante de vosotros. Esto no es ajeno a la majestad imperial.

6. »Por otro lado, si ya conocéis mis preguntas y sus réplicas, podéis apreciar muy claramente que nada sabe de nuestra religión. O si conociéndola no se atrevió a decir la verdad por causa de los que nos escuchaban, como ya dije, no da ninguna impresión de ser filósofo, sino un captador de la opinión popular, y, ciertamente, no hace honor a las palabras de Sócrates dignas de todo aprecio»¹⁶.

7. Hasta aquí Justino. Y, de acuerdo con su predicción, murió a consecuencia de las maquinaciones de Crescente, como lo atestigua Taciano, hombre que en la primera etapa de su vida fue conocedor de las ciencias de los griegos, en las que alcanzó una fama no despreciable, y dejó en sus numerosas obras muestras de su talento. Taciano lo refiere en estas palabras: «También el muy admirado Justino afirmó correctamente que los antes referidos eran como ladrones del alma».

8. Tras añadir otros detalles sobre los filósofos, prosigue así: «Crescente, que había fijado su estancia en la gran ciudad, se entregó más que nadie al amor al dinero y a abominables prácticas pederastas.

9. »Quien aconsejaba la muerte, él mismo la temía, hasta el punto de afanarse en llevar a Justino a la muerte, como si le causara un gran mal, porque él, anunciando la verdad, acusaba a los filósofos de golosos y de engañadores». Ésta fue la causa del martirio de Justino.

17

Acerca de los mártires que Justino menciona en su propia obra

1. El mismo Justino, antes de tener lugar su propio combate, recuerda en su primera *Apología* a otros mártires que le precedieron. También estos relatos son muy útiles para nuestro libro.

2. Escribe como sigue: «Una mujer convivía con su licencioso marido, y ella anteriormente también había vivido con licenciosidad. Pero una vez que hubo conocido las enseñanzas de

¹⁶ Las palabras de Sócrates fueron: «Nada ni nadie debe ser antepuesto a la verdad».

Cristo se refrenó e intentaba persuadir a su esposo para que él también se refrenara, arguyendo con estas enseñanzas y contándole acerca del castigo en fuego eterno que ha de venir para aquellos que no se refrenan ni llevan una conducta de acuerdo con la recta razón.

3. »Él, por su parte, continuaba en su libertinaje y por medio de sus hechos iba tornándose en enemigo de su esposa. Porque ella, creyendo impió compartir la cama con un hombre que intentaba conseguir caminos de placer de cualquier modo, infringiendo la ley de la naturaleza y la justicia, quería divorciarse.

4. »Y como fuere que los suyos le suplicaran que permaneciera con él en espera de que también el hombre cambiara algún día, ella continuó a pesar de hacerse violencia a sí misma.

5. »Pero cuando su marido se fue a Alejandría, enterándose ella de que actuaba aún peor, se separó, habiéndole dado todo lo que entre nosotros se llama el repudio, para no ser cómplice de sus injusticias e impiedades al permanecer en el matrimonio y compartir la mesa y el lecho.

6. »Pero el pícaro de su marido, que debía haberse alegrado de que su esposa —que antes de convertirse se había dedicado a tener contactos sexuales con esclavos y asalariados, y que se gozaba en borracheras y en todo tipo de maldad—, ahora hubiera abandonado estas prácticas y deseaba que él mismo las dejara, pues llegó a separarse de él en contra de su voluntad, se vengó denunciándola como cristiana.

7. »Entonces ella hizo mandar un libelo a su sacratísimo emperador, solicitando que le concediera administrar sus bienes y, una vez ordenadas sus posesiones, defenderse de su acusación. Y él se lo permitió.

8. »Pero su ex marido, al no poder hacer nada contra ella, se dirigió contra Tolomeo, que había sido su maestro en las enseñanzas cristianas, procediendo de esta manera:

9. »Convenció a un centurión amigo suyo a que encarcelara a Tolomeo y le preguntara únicamente si era cristiano. Tolomeo, amigo de la verdad, confesó ser cristiano y el centurión le retuvo en la cárcel durante largo tiempo.

10. »Cuando este hombre tuvo que comparecer ante Urbicio, le preguntaron tan sólo si era cristiano, y él, sabiendo que todo lo bueno que tenía era gracias a las enseñanzas de Cristo, confesó la virtud divina del Evangelio.

11. »Porque aquel que reniega de algo o lo niega por temor a la condena y se aparta de confesarlo, puede considerarse a sí mismo indigno y en nada involucrado en el tema. Pero nada de esto está de acuerdo con el cristiano verdadero.

12. »Por esta razón, cuando Urbicio ordenó que Tolomeo fuese ejecutado, un varón llamado Lucio, que también era cristiano, observando lo absurdo del juicio, dijo a Urbicio: “¿Por qué motivo condenaste a este hombre sin haber demostrado que fuese adúltero o fornicador o asesino o ladrón o saqueador, ni que hubiese cometido alguna injusticia, sino tan sólo por haber confesado ser cristiano? Urbicio, no juzgas del modo adecuado a lo que decretó el emperador Pío, filósofo hijo del César, ni a las sagradas disposiciones del Senado”.

13. »Pero él, sin responder a sus argumentos, dijo a Lucio: “Me da la impresión de que tú también eres como éste”; y al afirmar Lucio: “Ciertamente, lo soy”, mandó que también fuese ejecutado.

»Al oír la sentencia, Lucio confesó que estaba agradecido, pues añadió: “Me separáis de unos dueños de este mundo muy perversos y me dirigís a Dios, el buen Padre y rey del Universo”. También hubo un tercer cristiano que se presentó espontáneamente al tribunal y sufrió la misma sentencia. A continuación Justino añade lo que ya mencionamos anteriormente: “Yo también supongo que sufriré el complot de alguno de estos que hemos mencionado”», etc.

18

Discursos de Justino que han llegado hasta nosotros

1. Justino nos dejó muchos escritos que demuestran su mente instruida y esforzada en los asuntos divinos. Todos ellos son muy útiles y se los recomendamos a los estudiosos, tras mencionar los que han llegado a nuestro conocimiento.

2. Tiene un tratado dirigido a Antonino Pío, a sus hijos y al Senado romano, en defensa de nuestras creencias, y también otro que constituye una segunda *Apología*, en favor de nuestra fe, dirigida a su sucesor, cuyo nombre es muy parecido al del emperador Antonino Vero, cuyo tiempo estamos tratando.

3. También hay otra cosa suya escrita, *Los griegos*, en la que, tras considerar extensamente la mayoría de las explicaciones que se nos demandan a nosotros y a los filósofos griegos, se ocupa de la naturaleza de los demonios. No obstante, no es urgente mencionar nada de esta obra, por ahora.

4. Otro escrito suyo contra los griegos también ha llegado a nosotros; lo tituló *Refutación*. A éstos cabe añadir otro *Sobre la soberanía de Dios*, cuyas fuentes no fueron únicamente nuestras Escrituras, sino también los libros de los griegos.

5. En otra obra titulada *Psattes* —e incluso otra de carácter escolar, *Sobre el alma*— presenta diversas preguntas sobre el problema del espíritu humano, y expone, juntamente con los escritos sagrados, las creencias de los filósofos griegos, asegurando que las contradirá e incluso que expondrá su propia opinión en otra obra sobre el mismo asunto.

6. Finalmente compuso *Diálogo contra los judíos*, el cual tuvo en Éfeso con Trifón, el más ilustre de los hebreos de la época. En esta obra manifiesta cómo la gracia divina le impulsaba hacia la doctrina de la fe, con qué celo se interesaba en otro tiempo por las enseñanzas filosóficas y con cuán gran anhelo iba en busca de la verdad.

7. En este escrito dice también de los judíos que ellos maquinaron un complot contra las enseñanzas de Cristo; y añade: «No sólo no os arrepentisteis del mal que cometisteis, sino que, escogiendo a hombres preparados, los mandasteis desde Jerusalén a toda la tierra para que dijeran que había nacido una secta de ateos llamados cristianos y para que refrieran cuantas cosas dicen de nosotros todos los que nos desconocen. De este modo resulta que no sólo sois responsables de las injusticias que se cometen en contra, sino también completamente de las almas de todos los demás».

8. Escribe, además, que, hasta su tiempo, los dones divinos de la profecía todavía resplandecían en la Iglesia, y hace mención del Apocalipsis de Juan, afirmando claramente que es del referido apóstol. También cita algunas palabras de los profetas, demostrando a Trifón que los judíos las han suprimido de las Escrituras. Entre gran número de hermanos circulan muchas otras obras de Justino.

9. De tal modo que los cristianos más antiguos consideraron muy importante los escritos de este autor. Así, Ireneo, en el Libro IV *Contra las herejías*, lo cita como sigue: «Y bien dice Justino en su escrito *Contra Marción* que no creería ni al mismísimo Señor si me predicara a otro Dios que no fuera el Creador del mundo». Y en el Libro V de esta obra declara también: «Y bien dice Justino, que, antes de la venida del Señor, Satanás jamás osó blasfemar de Dios, porque aún desconocía su condenación».

10. Era preciso mencionar estas cosas para impulsar a los estudiosos a que se dediquen con gran celo a las obras de este autor.

19

Los que dirigieron las iglesias de Roma y de Alejandría durante el reinado de Vero

1. Corría ya el octavo año del reinado aludido cuando Sotero sucedió en el episcopado de la iglesia de Roma a Aniceto, quien la había pastoreado durante once años completos. Y en Alejandría, tras estar al frente Celadión por catorce años, tomó el cargo su sucesor, que se llamaba Agripino.

20

Los que dirigieron la iglesia de Antioquía

1. Teófilo fue el sexto sucesor de los apóstoles en la iglesia de Antioquía. El cuarto fue Cornelio, que recibió el cargo de Herón. Y al retirarse Cornelio, en el quinto lugar, Eros tomó el episcopado en sucesión.

21

Acerca de los escritores eclesiásticos que se distinguieron en la misma época

1. Por aquella época florecía en la iglesia Hegesipo, de quien hemos hablado ya. Dionisio era obispo de los corintios, y Pinito, de los cretenses. También lo eran Felipe, Apolinar,

Musano, Modesto y, sobre todos, Ireneo. De ellos se ha conservado hasta nosotros la ortodoxia de la santa fe según la tradición apostólica.

22

Acerca de Hegesipo y de los que él menciona

1. Hegesipo, pues, nos ha legado un monumento completísimo de su propio pensamiento en sus cinco obras denominadas *Memorias*, que se han conservado hasta nosotros. En ellas manifiesta de qué forma contactó con muchos obispos en un viaje hasta Roma, y que recibió la misma enseñanza de todos ellos. Es oportuno escucharle cuando añade lo siguiente, tras mencionar algunos aspectos sobre la *Carta de Clemente a los corintios*:

2. «La iglesia de los corintios también se mantuvo en la doctrina correcta hasta que Primo fue obispo de Corinto. Con ellos conviví cuando me dirigía por mar hacia Roma, y estuve con ellos bastantes días, durante los cuales nos reconfortamos en la doctrina correcta.

3. «Una vez en Roma, calculé una sucesión hasta Aniceto, cuyo diácono era Eleuterio. Aniceto es sucedido por Sotero, y éste, por Eleuterio. En cada sucesión y en cada ciudad todo se halla como lo predicaban la ley, los profetas y el Señor».

4. El mismo autor expone los principios de las herejías de su época como sigue: «Y tras ser martirizado Jacobo el Justo, como lo había sido el Señor, y por la misma doctrina, se estableció como obispo al hijo de su tío, Simeón, hijo de Clopás. Todos proponían a Simeón porque era el segundo primo del Señor. Por ello llamaban virgen a la Iglesia, puesto que aún no estaba corrompida con falsas tradiciones.

5. «Pero Tibutis empezó a pervertirla por no haber sido elegido obispo, partiendo de él siete sectas que aparecieron en el pueblo. Una fue la de Simón (de donde los simonianos), Cleobio (de donde los cleobinos), Gorteo (de donde los gortianos) y los masboteos.

«A partir de éstos salieron los menandrianistas, los marcianistas, los carpocratianos, los valentinianos, los cuales introdujeron sus ideas propias cada uno por separado y de diversos modos¹⁷.

6. «De estos hombres proceden los falsos Cristos, los falsos profetas y los falsos apóstoles, los cuales dividieron la unidad de la Iglesia con sus doctrinas de corrupción contra Dios y contra su Cristo».

7. El mismo escritor describe también las sectas judías, diciendo: «En la circuncisión, entre los hijos de los israelitas, se daban diversas opiniones contra la tribu de Judá y contra el Cristo, que son las siguientes: esenios galileos, hemerobautistas, marboteos, samaritanos, saduceos y fariseos».

¹⁷ Todos estos sectarios estaban infectados del gnosticismo reprobado ya por los apóstoles y por tantos otros escritores fieles a la fe primitiva, según expresamos en notas anteriores, pero la tendencia sectarista y la egolatría que han existido siempre en los corazones humanos han promovido por todas partes grupos particulares plagiados por alguna doctrina especial o inventada, como el ebionismo, el gnosticismo, el docetismo, etc.

8. Además escribió numerosas obras más, las cuales hemos citado parcialmente según convenía a nuestra narración. Da algunos detalles procedentes del *Evangelio de los Hebreos* y del *Siriaco*, y en particular del hebreo, con lo que demuestra que él vino a ser creyente cuando aún era un hebreo. Y también menciona otras cosas tomadas de tradiciones judías no escritas.

9. Ireneo y todos los antiguos denominaban como «Sabiduría todo virtuosas» los Proverbios de Salomón. Pero cuando se refiere a escritos apócrifos explica que algunos de ellos fueron compuestos por ciertos herejes contemporáneos suyos. Pero pasemos ya a otro autor.

23

Acerca de Dionisio, obispo de Corinto, y de las cartas que escribió

1. Lo primero que debemos decir de Dionisio es que recibió el trono del episcopado de la congregación de Corinto, y que comunicaba sus obras divinas no sólo a los que se hallaban bajo su mando, sino también a los de países extranjeros. De este modo fue útil en extremo para con todos por medio de sus cartas universales compuestas para las iglesias.

2. Una de estas cartas se dirige *A los lacedemonios*, la cual contiene una instrucción sobre la recta fe y recomienda la paz y la unidad. La carta *A los atenienses* exhorta a la fe y a una conducta de acuerdo con el Evangelio, reprendiendo a los que la olvidan por negligencia y porque les faltó poco para apostatar de la doctrina cuando su pastor Publio fue martirizado en las persecuciones de su época.

3. Menciona que Cuadrato fue instituido obispo de ellos después del martirio de Publio, y da testimonio de que, por su gran esfuerzo, ellos volvieron a unirse y fue reavivada su fe. Añade que Dionisio el areopagita, una vez que fue convertido a nuestra fe por Pablo, según se muestra en los Hechos, fue el primero en recibir el episcopado de la congregación de Atenas.

4. Se conserva otra carta suya, *A los nicomedas*, en la que, tras combatir la herejía de Marción, la contrasta con la doctrina verdadera.

5. Cuando escribe a la iglesia que se halla como peregrina en Gortina, junto con las demás iglesias de Creta, alaba a su obispo Felipe porque la iglesia que él dirige ha dado testimonio por sus numerosos valores, y les recuerda que se guarden del error de los herejes.

6. En la carta que escribe a la iglesia que se halla como peregrina en Amastris, junto con las del Ponto, menciona que Baquilides y Elpisto le habían impulsado a escribir. En este escrito expone algunas interpretaciones de las divinas Escrituras y muestra que su obispo se llamaba Palmos. También los aconseja mucho sobre el matrimonio y sobre la abstinencia, y les manda recibir a los que se arrepienten de cualquier tropiezo, ya sea por descuido, ya sea, incluso, por extravío herético.

7. Hay otra carta catalogada entre éstas y dirigida a los de Knosos. En ella invita a Pinito, obispo de aquella congregación, a que no imponga la pesada carga de la abstinencia a los hermanos como cosa obligatoria, sino que considere la debilidad de muchos.

8. En su respuesta, Pinito admira y alaba a Dionisio, pero le invita, a su vez, a que le entregue un alimento más sustancial, por medio de escritos más perfeccionados, al pueblo que le ha sido confiado, para que al final no resulte que, alimentados con palabras como con leche, lleguen, ignorándolo, a ser ancianos con un comportamiento pueril. En esta carta se muestra una imagen exacta de la ortodoxia de Pinito en cuanto a la fe, su preocupación por la edificación espiritual de los que escuchan, y su facilidad de palabra referente a los asuntos divinos.

9. De Dionisio se conserva aún una carta *A los romanos*, dirigida a Sotero, obispo en aquel tiempo. Nada más adecuado a continuación que citar las palabras del escritor por las que alaba la conducta de los romanos, conservada hasta la persecución de nuestro tiempo. Escribe así:

10. «Pues tenéis esta costumbre desde el principio: hacer el bien de diversos modos a todos los hermanos y enviar ayuda a muchas iglesias por cada ciudad. De esta manera, aliviando la necesidad de los pobres con los recursos que enviáis desde el principio, socorréis a los hermanos que están en las minas y, al mismo tiempo, romanos, conserváis una costumbre romana, la cual nuestro bienaventurado obispo Sotero no sólo ha observado, sino que hasta la ha aumentado, proporcionando generosa ayuda para enviar a los santos, y también confortando a los hermanos que se acercan a él con palabras bienaventuradas, como padre que ama a sus hijos».

11. En esta misma carta se hace mención de la que escribió *Clemente a los corintios*, demostrando cómo desde el principio y por antigua costumbre se leía en la iglesia. Dice como sigue: «Así pues, hoy hemos celebrado el santo día del Señor, durante el cual hemos leído vuestra carta, y seguiremos leyéndola periódicamente para nuestra amonestación, como también la primera que nos fue escrita por Clemente».

12. Todavía el mismo autor, comentando sobre sus propias cartas que habían sido falsificadas, dice: «Porque yo escribí unas cartas tras pedirme algunos hermanos que lo hiciera, en las cuales los apóstoles del diablo han introducido cizaña, quitando ciertas cosas y añadiendo otras. Para éstos está escrito el ¡Ay! del Señor. No es de extrañar, pues, que algunos se hayan dedicado a falsificar las Sagradas Escrituras, viendo cómo maquinan con las de menor importancia».

13. Cabe añadir a todas éstas otras cartas de Dionisio que escribe a *Crisófora*, una hermana muy fiel. Le escribe lo referente a su situación particular y le entrega el alimento espiritual necesario. Hasta aquí lo concerniente a Dionisio.

24

Acerca de Teófilo, obispo de Antioquía

1. Se conservan tres escritos fundamentales: *A Autólico*, de Teófilo, y otro titulado *Contra la herejía de Hermógenes*, en el que hace uso de citas del Apocalipsis de Juan. Finalmente corren otros pocos libros suyos de instrucción. También entonces los herejes, con no menor celo,

perjudicaban con su cizaña la pura simiente de la enseñanza apostólica, mientras los pastores de las iglesias en todo lugar, como si se tratara de fieras salvajes, los ahuyentaban de las ovejas de Cristo; los repelían, unas veces con exhortaciones a los hermanos, y otras desenmascarándolos abiertamente por medio de preguntas y diálogos directos en los que cara a cara han refutado sus postulados con explicaciones muy exactas e irrefutables escritos. El mismo Teófilo y líderes cristianos lucharon contra ellos. Como evidencia de ello nada despreciable podemos citar el libro *Contra Marción*. Este discurso —y también otros que ya hemos citado— se ha conservado hasta ahora. Maximino sucedió a Teófilo, el séptimo de la iglesia de Antioquía desde los apóstoles.

25

Acerca de Felipe y de Modesto

1. Felipe, de quien por palabras de Dionisio sabemos que fue obispo de la congregación de Gortina, también hizo un escrito de muchísima importancia: *Contra Marción*. Igualmente Ireneo y el propio Modesto.

Este último, mejor que los otros, expuso ante todos el extravío de este hombre; y del mismo modo, también muchos otros cuyos trabajos se conservan aún hoy entre gran número de hermanos.

26

Acerca de Melitón y de los mencionados por él

1. Por entonces también florecieron notablemente Melitón, obispo de la congregación de Sardis, y Apolinar, de la de Hierápolis. Éstos dirigieron, al emperador romano antes mencionado, un escrito apologético en defensa de la fe.

2. De todas sus obras han llegado hasta nosotros las que mencionamos a continuación.

De Melitón: dos obras *Sobre la Pascua*, y los tratados *Sobre la conducta de los profetas*, *Sobre la Iglesia*, *Sobre el día del Señor*, *Sobre la fe del hombre*, *Sobre la creación*, *Sobre la obediencia de los sentidos a la fe*. Además *Sobre el alma y el cuerpo...*, *Sobre el bautismo*, *sobre la verdad*, *sobre la fe y el nacimiento de Cristo*, un tratado *Sobre su profecía*, y otro *Sobre la hospitalidad*, otro titulado *La llave*, y los tratados *Sobre el diablo* y *Sobre el Apocalipsis de Juan*; también *Sobre Dios encarnado*, y finalmente un librito *A Antonino*.

3. Al principio del libro *Sobre la Pascua*, señala cuándo lo compuso con las siguientes palabras: «Siendo Servilio Pablo procónsul de Asia, en cuya época fue martirizado Sagaris, se dieron en Laodicea numerosas cuestiones referentes a la Pascua, que era precisamente por aquellos días, y se escribió esto».

4. Clemente de Alejandría menciona este tratado en su propia obra *Sobre la Pascua*, la cual afirma haber compuesto por causa del escrito de Melitón. En el libro que dirige al emperador, Melitón refiere que bajo su reinado tuvieron lugar los siguientes sucesos contra nosotros:

5. «Nunca había acontecido, como ahora, que se persiga a la familia de los adoradores de Dios, oprimidos en Asia por nuevos edictos. Porque los despiadados delatores, enamorados de lo ajeno, amparados en estas órdenes, se dedican a saquear impunemente de noche y de día a los que ninguna injusticia cometieron».

6. Y después de otros detalles dice: «Si es que estas cosas se hacen bajo tu mandato, bien está, porque un rey justo jamás desearía algo injusto, y así nosotros llevaremos de buen grado el honor de tal muerte. Pero esta sola súplica te traemos: que tú personalmente consideres a los autores de una tal rivalidad y decidas justamente si nos merecemos la muerte y suplicios de que somos objeto, o antes bien el permanecer salvos y en paz. Pero si por ventura esa decisión y este nuevo edicto no son tuyos (edicto inadecuado incluso para los enemigos bárbaros), mucho más te suplicamos que no nos ignores en semejante latrocinio público».

7. Además añade lo siguiente: «Porque nuestra filosofía floreció entre bárbaros¹⁸, pero una vez que se propagó incluso por tus pueblos bajo el gran Imperio de tu antepasado Augusto, ha venido a ser, principalmente para tu reinado, un gran beneficio, pues desde entonces el poder de los romanos ha aumentado en magnitud y en gloria. Tú eres el deseado sucesor de este poder, y lo serás con tu hijo si cuidas de la filosofía que floreció juntamente con el Imperio, y empezó simultáneamente con Augusto, a la que tus antepasados respetaron, como a los otros cultos¹⁹.

8. »La prueba más importante de que nuestro mensaje llegó a su cumbre para bien, junto con el reino, es que nada malo ha ocurrido desde el gobierno de Augusto, sino que, a pesar de los enemigos, con las oraciones de todos los creyentes, todo ha sido resplandor y gloria.

9. »De todos los emperadores, sólo Nerón y Dominiciano, persuadidos por hombres perversos, escucharon las falsas acusaciones contra nuestra doctrina, y de esto surgió la costumbre ilógica de dar crédito a tales mentiras.

10. »No obstante, la ignorancia de aquéllos fue subsanada por tus piadosos padres, que recriminaron numerosísimas veces y por escrito a todos los que osaban hacer acusaciones falsas a los cristianos. Entre ellos, tu abuelo Adriano, que escribió a muchos y diversos personajes (hasta el procónsul Fundano, gobernador de Asia); y tu padre, incluso cuando tú lo organizabas todo con él, escribió a los ciudadanos que no inventaran acusaciones referentes a nosotros. De estos escritos hay los que dirigió a los de Lavisia, a los de Tesalónica, a los atenienses y a los griegos en general.

¹⁸ Quiere significar aquí a los no romanos, del mismo modo que los judíos aplicaban este nombre a los no judíos (Hechos 28:4).

¹⁹ Se refiere, sin duda, a Vespasiano, Tito, Trajano y Adriano, que, nos consta, fueron relativamente tolerantes con los cristianos. Podemos comprobarlo en la bien conocida carta del gobernador Plinio a Trajano y la respuesta del emperador, que no es del todo justa para el momento actual, pero que no era tan mala como lo fueron los decretos de ciertos emperadores romanos como Decio, Diocleciano y otros.

11. «Y tú, que en cuanto a estas cosas mantienes su misma opinión, e incluso mucho más humana, y eres amante del saber, estamos convencidos de que realizarás todas las cosas que te pedimos».

12. Hasta aquí lo que se expone en la obra mencionada. En el principio de los *Extractos* que escribió Melitón, se confecciona una lista de los libros admitidos del Antiguo Testamento. Es preciso citar aquí esta lista. Dice así:

13. «Melitón al hermano Onésimo: salud. Ya que a menudo, por tu afán en la Palabra, has solicitado poder disponer de extractos de la Ley y de los profetas sobre el Salvador y sobre toda nuestra fe, y puesto ya que has deseado saber cuál sea el número exacto y el orden de los libros del Antiguo Testamento, me he esforzado en hacerlo porque soy consciente de tu preocupación por la fe y tu deseo de aprender lo referente a la Palabra, pues, en tu anhelo de Dios, ya que esto es lo que tú aprecias antes que nada luchas por la salvación eterna.

14. «Por ello, subiendo a Oriente y llegando hasta el lugar donde se predicó la Escritura, llegué a conocer los libros del Antiguo Testamento y ahora te los envío ordenados. Sus nombres son como sigue: cinco de Moisés: Génesis, Éxodo, Números, Levítico y Deuteronomio; Jesús de Navé, Jueces, Rut, cuatro de los Reyes dos de Crónicas; Salmos de David; Proverbios de Salomón o Sabiduría; Eclesiastés, Cantar de los Cantares, Job; de los profetas: Isaías, Jeremías, Los doce en un único libro, Daniel, Ezequiel, Esdras. Yo hice los extractos de estos libros y los dividí en seis libros». Hasta aquí lo que se refiere a Melitón.

27

Acerca de Apolinar

1. De Apolinar, a pesar de ser muy numerosos los escritos que muchos han conservado, a nosotros nos han llegado sólo éstos: el *Discurso* dirigido al emperador aludido, cinco libros *Contra los griegos*, dos *Sobre la verdad* y dos *Contra los judíos*. Después de éstos escribió *Contra la herejía de los frigios*, quienes propagaron innovaciones al cabo de poco tiempo, aunque ya por entonces empezaba a formarse, pues Montano, acompañado de sus falsas profetisas, ya estaba estableciendo los comienzos del error.

28

Acerca de Musano

1. Y de Musano, a quien ya hemos mencionado anteriormente, existe un tratado muy convincente, el cual escribió para unos hermanos suyos que tendían hacia la herejía de los que llaman encratitas, que precisamente por entonces se formaba y empezaban a introducirse con una forma de vida extraña y funesta, y falsa doctrina.

29

Acerca de la herejía de Taciano

1. Una tradición mantiene que el dirigente de este extravío fue Taciano, sobre quien citamos hace poco unas frases acerca del admirable Justino, cuando referimos que era discípulo del mártir. Esto lo manifiesta Ireneo en el primer libro de *Contra las herejías*. Allí escribe del siguiente modo de su herejía:

2. «Los llamados encratitas, seguidores de Saturnino y Marción, predicaban la abstención del matrimonio. Con ello desatendían la antigua creación de Dios y acusaban indirectamente a quien hizo el varón y la hembra para que engendraran. También introdujeron la abstención (de comer) animales, lo que es ingrato para con el Dios que creó todas las cosas; y niegan la salvación del primer hombre.

3. »Esto es lo que entre ellos se enseña hoy. Taciano fue el primero en introducir esta blasfemia. Taciano, siendo discípulo de Justino, y mientras estuvo a su lado, no dio a conocer nada de su error, pero tras el martirio de Justino, Taciano se separó de la Iglesia. Se envaneció al creerse un maestro y se ensoberbeció porque se sentía muy distinto de los demás. Estableció un tipo personal de escuela, imaginó unos eones invisibles (como los seguidores de Valentín), anunció que el matrimonio era voluptuosidad y fornicación, y se oponía por imaginación a la salvación de Adán».

4. Hasta aquí lo que entonces escribió Ireneo. No obstante, poco después, un hombre llamado Severo, partidario de la herejía aludida, dio firmeza a estas ideas y se llamó severianos a los miembros de esta secta.

5. Ellos ciertamente usan la ley, los profetas y los Evangelios, pero rechazan las cartas del apóstol Pablo y los Hechos de los Apóstoles.

6. Además de todo ello, su primer dirigente, Taciano, arregló, (no sé de qué modo) una armonía de los Evangelios, a la que dice llamó *Diatesarón*, y aún es conservada por algunos. Pero dicen que se atrevió a variar algunas palabras de los apóstoles, bajo el pretexto de organizar el texto.

7. Este autor dejó gran cantidad de escritos, de los que muchos citan como los más notables su discurso *Contra los griegos*. En este escrito menciona los tiempos primitivos y demuestra que Moisés y los profetas hebreos fueron más antiguos que todos los hombres célebres griegos. Según parece, este libro es el más hermoso y útil de sus escritos. Esto es todo lo que se puede decir acerca de estos hombres.

30

Acerca de Bardesanes el sirio y de las obras que se le atribuyen

1. Durante el mismo reinado abundaron las herejías en Mesopotamia, y Bardesanes, un varón muy bien dotado y un dialéctico en lengua siríaca, escribió el libro *Diálogos* contra los marcionitas y otros cabecillas de diversas creencias. Los redactó en su lengua materna juntamente con otras obras suyas, y fueron traducidos de la lengua siríaca a la griega por sus discípulos,, pues tenía muchos admiradores.

2. Entre ellos se encuentra también su vigorosísimo *Diálogos sobre el destino*, dirigido a Antonino, y otros escritos redactados con motivo de la persecución²⁰.

3. Bardesanes estuvo primeramente en la escuela de Valentín, pero una vez que la conoció y refutó gran parte de sus fábulas, pensó que se había cambiado a una creencia más correcta, pero no se limpió enteramente de la antigua herejía²¹.

Por aquella época murió Sotero, obispo de la iglesia de Roma.

²⁰ Eusebio, en su obra *Infra V*, menciona todavía otro, titulado *Problemas*; pero nada dice del que cita Clemente de Alejandría en *Stromata* 3-12-81, *Sobre la perfección según el Salvador*. No sabemos a cuál persecución se refiere, pero es posible que se trate de alguna persecución muy localizada en tiempos de Caracalla o bien de Heliogábalo.

²¹ Bardesanes tenía 60 años cuando murió, en el año 222.



HISTORIA ECLESIAÍSTICA: LIBRO QUINTO

Contenido:

Prefacio

- 1 Cuántos y cómo lucharon por la piedad en tiempos de Vero en la Galia
- 2 Cómo los mártires, amados de Dios, recibían y atendían a los que fallaron durante la persecución
- 3 Sobre la aparición que tuvo en sueños el mártir Atalo
- 4 Cómo los mártires recomendaban a Ireneo en su carta
- 5 Cómo Dios hizo llover para el emperador Marco Aurelio en respuesta a las oraciones de los nuestros
- 6 Lista de los obispos de Roma
- 7 Cómo hasta aquellos tiempos los fieles hacían milagros de poder
- 8 Cómo Ireneo menciona las divinas Escrituras
- 9 Los que fueron obispos en tiempos de Cómodo
- 10 Acerca de Panteno, el filósofo
- 11 Acerca de Clemente de Alejandría
- 12 Acerca de los obispos de Jerusalén
- 13 Acerca de Rodón y de las disensiones entre los marcionitas que él menciona
- 14 Acerca de los falsos profetas catáfrigas
- 15 Acerca del cisma de Blasto que tuvo lugar en Roma
- 16 Todas las cosas que se mencionan sobre Montano y los falsos profetas que le siguieron
- 17 Acerca de Milciades y de los tratados que compuso
- 18 Cómo Apolonio refutó a los catáfrigas y demás herejes que él menciona
- 19 De Serapión y la herejía de los frigios
- 20 Discusiones escritas de Ireneo con los cismáticos de Roma
- 21 Cómo Apolonio fue martirizado en Roma
- 22 Obispos que cobraron fama en aquellos tiempos
- 23 Acerca de la controversia sobre la Pascua que se suscitó por aquel tiempo
- 24 Acerca de la disensión de Asia

HISTORIA ECLESIASTICA

- 25 Cómo se llegó a una decisión unánime entre todos sobre la Pascua
- 26 Toda la elocuencia de Ireneo que nos ha llegado
- 27 Todo lo que hay de los demás que florecieron entonces
- 28 Acerca de los que desde el principio profesaron la herejía de Artemón, cuál fue su conducta y cómo se atrevieron a corromper las Santas Escrituras

Prefacio

1. Sotero, obispo de la iglesia de Roma, partió de esta vida en el octavo año de su presidencia y fue sucedido por Eleuterio, que era el duodécimo desde los apóstoles. Era el año decimoséptimo del emperador Antonio Vero, cuando, al estallar en ciertas partes de la tierra una persecución más violenta contra nosotros a causa de los ataques de los habitantes de las ciudades, brillaron en todas ellas miles de mártires, ateniéndonos a lo sucedido en una sola región. Estos hechos han sido transmitidos por escrito para el futuro porque ciertamente merecen un recuerdo permanente.

2. Todo ello está incluido en nuestro libro de *Martyribus* (*Recopilación de los antiguos martirios*) con una narración muy detallada referente a estos acontecimientos. En ella no sólo se halla una explicación descriptiva, sino también edificante para la piedad. Aquí ponemos sólo un resumen de lo más conspicuo del asunto.

3. Otros autores, cuando componen relatos históricos, suelen transmitir por escrito únicamente victorias de las guerras, trofeos ganados a los enemigos, proezas de generales y el valor de los soldados, que se mancharon de sangre y de numerosas muertes por sus hijos, su patria y por sus posesiones.

4. Pero nuestro relato (que es una descripción de la conducta de acuerdo con Dios) grabará en columnas eternas las luchas más pacíficas en favor de la paz del alma y de cuantos se esforzaron en ella, por la *verdad* antes que por la patria, por la *piedad* antes que por los seres queridos, y expondrá, para un eterno recuerdo, la resistencia de los atletas de la piedad, su fuerza en innumerables tormentos, los trofeos conseguidos contra los demonios, las victorias sobre contrincantes invisibles y, por encima de todo esto, sus seguras coronas.

1

Cuántos y cómo lucharon por la piedad en tiempos de Vero en la Galia

1. La Galia, pues, fue el lugar donde se estableció el estadio de los acontecimientos mencionados. Lyon y Viena eran dos metrópolis que tenían fama por su distinción y superioridad sobre las demás ciudades de la región. El Ródano, que fluye de altos montes con abundante caudal, pasa por ambas ciudades¹.

2. Las muy nobles iglesias de dicho país enviaron a las iglesias de Asia y Frigia un relato sobre los mártires y cuentan de ese modo lo que sucedió.

¹ El escenario en que tuvieron lugar los sucesos que narra Eusebio en este capítulo fue la ciudad de Lyon, aunque había muchos mártires de Viena, otra ciudad situada en la confluencia del Ródano y del Garona, fundada por Manatus-Plancus en el año 41 d. C. Fue muy favorecida y adornada por el emperador Trajano, que edificó sobre una de sus colinas el Forum Trajani.

El imperio hallábase conmovido por las desgracias que entonces se acumulaban sobre él, las cuales el pueblo atribuía a la impiedad de los cristianos por no adorar a los dioses y a lo que el pueblo llamaba «negligencia de las autoridades» en no castigarlos. El clamor popular en Lyon era rabioso, por ser el centro del culto al emperador romano.

3. Citaré sus mismas palabras: «Los siervos de Cristo que reciben como extranjeros en Viena y en Lyon de la Galia a los hermanos en Asia y en Frigia que tienen junto con nosotros la misma fe de la redención: Paz, gracia y gloria de Dios Padre y de Jesucristo, Señor nuestro».

4. A continuación añaden otros detalles a modo de prólogo y empiezan su narración como sigue: «No nos es posible contar con exactitud ni se puede consignar por escrito la magnitud de la tribulación en este lugar, ni cuán grande fue la ira de los paganos contra los santos, ni lo que llegaron a soportar los mártires.

5. »Porque el enemigo acometía con todas sus fuerzas como preludeo desvergonzado de su lucha final contra la venida del Señor. Se entremetían en todo, entrenando a los suyos contra los siervos de Dios.

»De modo que no sólo nos hacían salir de las casas, de los baños y de las plazas, sino que hasta impedían que cualquiera de nosotros se dejara ver lo más mínimo.

6. »Pero la gracia de Dios oponía su estrategia defensiva; es decir, libraba a los débiles, situando al frente unas firmes columnas que podían, con su paciencia, aguantar sobre sí mismas todos los golpes del malvado. Los hermanos salieron a su encuentro, sufriendo todo tipo de injuria y de castigo. Ellos tuvieron por poco lo que era mucho y, apresurándose hacia Cristo, demostraron que «las aflicciones del tiempo presente no son comparables con la gloria venidera que en nosotros ha de manifestarse»².

7. »Primero soportaron valerosamente todo cuanto les infligía el pueblo entero: burlas, golpes, empujones, saqueos, apedreamiento, encierros y todas aquellas cosas que suelen agrandar a una multitud airada contra aquellos que tiene por adversarios y enemigos.

8. »Tras ser llevados a la plaza pública, ser juzgados por el tribuno y por los magistrados de la ciudad ante toda la multitud, y habiendo ellos confesado, fueron encerrados en la prisión hasta la llegada del gobernador³.

9. »Luego los llevaron al gobernador. Y como fuere que éste hacía uso de toda su dureza contra nosotros, Vetio Epágato (uno de los hermanos), que rebosaba de amor a Dios y al prójimo y cuyo comportamiento fue hasta tal punto correcto que incluso de joven era digno del testimonio del anciano Zacarías⁴, pues se conducía irreprehensiblemente en todas las ordenanzas y estatutos del Señor, resuelto en todo servicio al prójimo, con mucho celo de Dios y ardor en el espíritu, no pudo sufrir que se llevara a cabo un juicio contra nosotros de un modo tan absurdo. Antes bien, grandemente irritado demandó que también él fuera escuchado en su defensa de los hermanos, con lo que demostró que nada ateo ni nada impío hay entre nosotros.

² Romanos 8:18.

³ Este detalle parece demostrar que había algún decreto general de parte del emperador que confirma lo que se dice del emperador Antonino Vero: que no perseguía a los cristianos en otras partes del Imperio.

⁴ Es opinión de algunos eruditos que este Zacarías es el del Evangelio de Lucas, capítulo 1, pero el argumento con que la mayoría de los exégetas lo contradicen es el vers. 7 de Lucas 1, donde se dice que los dos cónyuges, Zacarías y Elisabet, eran de avanzada edad; lo más probable es que fuera otro Zacarías, famoso entre los cristianos de aquel tiempo, que mereciera la mención.

10. «Pero los que se hallaban alrededor del tribunal le sofocaron con sus gritos (pues era un hombre ilustre) y el gobernador no aceptó la demanda presentada por él, sino que insistía en preguntarle si él también era cristiano. Éste le confesó con voz muy clara y fuerte que sí, y por esta causa fue detenido y añadido al grupo de los mártires. Vetio era llamado «el consolador de los cristianos», y es que en su interior tenía al Consolador, el Espíritu divino que hubo en Zacarías, ya que había mostrado, por la plenitud de su amor, considerar como un bien la defensa de los hermanos y el arriesgar su propia vida, pues era (y todavía es en gloria) un verdadero discípulo de Cristo, que sigue al Cordero por todas partes.

11. «Así es como se disciernen los restantes perseguidos. Se aprecia quiénes están dispuestos a testificar, los que coronaban la confesión del martirio con todo ardor, pero también se ponía de manifiesto quiénes no estaban entrenados, o sea los débiles, los cuales, no pudiendo soportar la presión de una lucha tan grande, se echaron atrás. Éstos fueron unos diez, los cuales nos provocaron una gran tristeza y aflicción y sacudieron el ánimo de los que no habían sido apresados, que, aunque sufrían inmensamente, seguían socorriendo a los mártires y no los abandonaban.

12. «Por estas fechas muchos estábamos consternados, no por temor a los suplicios al hacer confesión de nuestra fe, sino porque veíamos lejano el día en que terminara la persecución y temíamos que algunos claudicaran.

13. «No obstante, cada día iban apresando a cuantos eran dignos de completar el número de mártires, de modo que de las dos iglesias detuvieron a los más útiles, por quienes especialmente se mantenía la obra de Dios en este lugar.

14. «También fueron detenidos algunos paganos, esclavos de los nuestros, cuando el gobernador ordenó que se nos buscara a todos. Ellos, por el engaño de Satanás, teniendo miedo de los tormentos que veían sufrir a los santos y persuadidos por los soldados, nos acusaron falsamente de que celebrábamos banquetes *tiesteos*⁵, así como de uniones *edipeas*⁶ y de todas aquellas cosas que a nosotros no nos es lícito ni mencionar, ni pensar, ni siquiera creer que jamás hayan acontecido entre los hombres.

15. «Pero cuando este comentario se fue extendiendo, todos se dirigieron como fieras contra nosotros, de modo que si algunos primero se habían comportado moderadamente por causa de la amistad, en ese momento se tornaron duros y muy irritados contra nosotros. Se cumplía lo dicho por el Señor: “Viene la hora cuando cualquiera que os mate, pensará que rinde servicio a Dios”⁷.

16. «En adelante, los santos mártires sufrieron castigos que sobrepasan cualquier descripción, afanándose Satanás para que profirieran alguna blasfemia.

17. «Toda la ira de la multitud, del gobernador y de los soldados se precipitó desbordada sobre el diácono Santos, de Viena; sobre Maturo, el cual, a pesar de ser un neófito, era un excelente luchador por la fe. Sobre Atalo, procedente de Pérgamo y que fue siempre columna y apoyo aquí, y sobre Blandina, por quien Cristo mostró que lo que entre los hombre parece

⁵ La palabra *tiesteos* significa comedores de carne humana.

⁶ Uniones *edipeas* significa tener relaciones sexuales con la propia madre.

⁷ Juan 16:2.

sencillo, débil y menospreciable, Dios lo tiene como digno de gran gloria por el amor hacia Él, que se manifiesta en poder y no se ufana por las apariencias.

18. »Todos nosotros temíamos (y también su dueña según la carne, quien era otra mártir luchadora) que por la debilidad de su cuerpo no pudiese hacer firme su confesión, pero Blandina se llenó de un poder tal que cansaba y agotaba a los que la torturaban por turnos y de diversos modos, desde el amanecer hasta la puesta del sol. Éstos incluso confesaban que estaban derrotados, sin tener nada que hacer con ella, y se maravillaban de que aún mantenía el aliento teniendo todo el cuerpo desgarrado y abierto, y daban evidencias de que uno solo de aquellos tormentos era suficiente para quitar la vida, sin necesidad de tantos ni tan graves.

19. »Pero la bienaventurada, como excelente atleta de Cristo, se rejuvenecía en la confesión, y su recuperación y aparente ausencia de dolor en estas circunstancias consistía en decir: “Soy cristiana, y entre nosotros ninguna perversidad se hace”.

20. »Santos también soportó valientemente, superando lo humano, todos los martirios que pueden infligir los hombres. A pesar de que los inicuos estaban esperando oír de sus labios alguna confesión comprometedora, por causa de la constancia y la fuerza de los tormentos, él se opuso con tal resistencia que nos les dio a conocer ni su propio nombre, ni el de su familia, ni el de su ciudad de origen, ni si era esclavo o libre, sino que a toda pregunta contestaba en latín: “Soy cristiano”. Esto es lo que iba confesando sucesivamente en vez de su nombre, su ciudad, su familia y de todo lo que preguntaban. Los paganos no oyeron nada más de él.

21. »Por esto el gobernador y los verdugos se enfurecieron tanto contra él que, no teniendo ya nada más para dobligar su firmeza, finalmente le pusieron planchas de cobre al rojo vivo sobre las partes más sensibles de su cuerpo.

22. »Éstas se quemaban, pero él seguía inflexible y seguro, tenaz en su confesión, refrescado y fortalecido por el manantial celestial de agua viva que salta de las entrañas de Cristo.

23. »Su cuerpo demostraba lo acontecido: era todo una herida, una llaga y, encogido, no conservaba forma humana. Pero Cristo estaba sufriendo en su interior y llevaba a cabo grandes glorias derrotando al enemigo e indicando, como modelo a los restantes, que nada hay que temer donde se halla el amor del Padre, ni existe el dolor donde está la gloria de Cristo.

24. »Así pues, transcurridos algunos días, los inicuos atormentaron de nuevo al mártir porque creían que, con su cuerpo hinchado e inflamado, conseguirían derrotarlo si le torturaban con los mismos castigos, ahora que no podía soportar el roce de las manos, o que infundiría miedo a los otros si moría durante los tormentos. Pero no sólo no ocurrió nada parecido, sino que, en contra de lo esperado por todos, alzó su cabeza y, en medio de las torturas que siguieron, enderezó su cuerpo y recuperó su forma anterior y el uso de sus miembros. De este modo, la segunda tortura no fue un castigo, sino una sanación por medio de la gracia de Cristo.

25. »Y a Bíblida, una de las que renegaron, cuando el diablo ya creía que la tenía devorada, quiso castigarla por su negación y la llevó a la tortura. La presionaba para que profiriera contra nosotros numerosas acusaciones, como si se tratara de una mujer débil y cobarde.

26. »Mas ella, en la tortura, volvió en sí y se puede decir que despertó de un profundo sueño. Entonces recordó, por causa del suplicio temporal, el castigo eterno en el infierno, y, en vez de blasfemar, respondía a los impíos diciendo: “¿Cómo han de devorar éstos a los niños si ni siquiera pueden comer sangre de animales irracionales?”. Y desde entonces ella confesaba ser cristiana y fue añadida al grupo de los mártires.

27. »Siendo, pues, invalidados por Cristo los tormentos de los tiranos gracias a la perseverancia de los bienaventurados mártires, el diablo inventó nuevos métodos: la reclusión de algunos en la parte más oscura y más terrible de la cárcel, la separación de los pies en el cepo hasta el quinto agujero, y todos los restantes tormentos que los funcionarios enfurecidos y poseídos por el diablo llevan a cabo de costumbre contra los encarcelados; de este modo, la mayoría murieron asfixiados en el interior de la prisión, ciertamente sólo aquellos que el Señor quiso que partieran de esta manera, mostrando así su gloria.

28. »Porque muchos, siendo torturados muy duramente hasta parecer incluso que no tenían fuerzas para vivir, por habérseles aplicado todo tipo de tormentos, seguían en la cárcel faltos de asistencia humana; pero, fortalecidos por el Señor en el cuerpo y en el alma, estimulaban y consolaban a los demás. No obstante, algunos jóvenes recién apresados, que antes no habían sufrido en el cuerpo, no podían soportar el agobio de la reclusión y morían en el interior.

29. »El bienaventurado Potino, a quien se había confiado el servicio del episcopado de Lyon, siendo mayor de noventa años y con su cuerpo débil en extremo, difícilmente podía respirar a causa de su debilidad; mas el celo de su espíritu le fortalecía por su apremiante deseo del martirio. Éste también fue llevado ante el tribunal. Tenía el cuerpo destrozado por la vejez y por la enfermedad, pero en su interior permanecía su alma para que por medio de ella triunfara Cristo.

30. »Cuando fue llevado por los soldados ante el tribunal, acompañado por las autoridades de la ciudad y todo el pueblo detrás gritando todo tipo de acusaciones como si se tratara del mismo Cristo, él dio un hermoso testimonio.

31. »El gobernador le preguntó quién era el Dios de los cristianos y él le dijo: “Si eres digno, lo conocerás”. A partir de aquel momento fue arrastrado sin cuidado alguno y sufrió diversos golpes.

»Los que estaban cercanos le golpeaban indiscriminadamente con manos y pies sin considerar su edad, y los más alejados le lanzaban cada uno lo que tenía a mano, creyendo todos ellos que delinquían en gran manera y eran unos impíos si dejaban de proferir alguna insolencia contra él, porque estaban convencidos que de este modo vengaban a sus dioses. Luego fue echado en la cárcel respirando con dificultad, y después de dos días entregó su alma a Dios.

32. »Entonces se dio una gran bendición de Dios y resplandeció la inmensurable misericordia de Jesús, que raramente había tenido lugar, entre los hermanos, pero en nada apartada de la manera de obrar de Cristo.

33. »Así pues, aquellos que habían renegado en las primeras detenciones también fueron juntamente encarcelados y tenían parte de los mismos males. Esta vez en nada les aprovechó su apostasía, sino que los que confesaban que eran cristianos eran encerrados por ello y sin

ningún otro cargo; pero a los que renegaron los retenían como homicidas y perversos, y les castigaban el doble que a los otros.

34. »A unos los aliviaba el gozo del martirio, la esperanza de las promesas, el amor a Cristo y el espíritu del Padre, pero a los otros los acusaba su conciencia en gran manera, tanto, que cuando pasaban se distinguían de los demás por su aspecto.

35. »Porque unos iban adelante alegres con sus rostros llenos de gloria y de gracia, hasta tal punto que incluso las cadenas los ceñían a modo de hermoso adorno, semejantes a una novia ataviada con fimbrias de oro sobre diversos colores, y simultáneamente esparcían la fragancia de Cristo, de modo que algunos creían que se habían ungido con un bálsamo de este mundo. Pero los otros andaban tristes, abatidos, deformes y llenos de toda fealdad, y, además eran reprochados por los paganos como viles y cobardes; obtuvieron la acusación de homicidas tras perder su nombre venerabilísimo, glorioso y vivificador. Los restantes, al ver esto, se fortalecían, y aquellos que iban siendo apresados, confesaban sin duda alguna y sin considerar ninguna invención diabólica».

36. Tras añadir algo más, dicen a continuación como sigue: «Después de esto los mártires eran llevados a muerte de modos muy diversos, pues han de trenzar una sola corona con flores variadas y de todo color para entregársela al Padre, y era menester que estos nobles atletas, tras sostener un combate polifacético y haber vencido en todo momento, tomaran la gran corona de incorrupción.

37. »Así pues, Maturo, Santos, Blandina y Atalo fueron conducidos a las fieras, al lugar público y para un espectáculo en conjunto de la inhumanidad de los paganos, pues el día de la lucha de la fieras tuvo lugar a propósito de los nuestros.

38. »Maturo y Santos volvieron a sufrir en el anfiteatro todo tipo de castigos, como si ninguno hubieran ya padecido anteriormente, o aún mejor, como si, habiendo derrotado al contrincante en numerosas competiciones, todavía persistieran en el combate para conseguir la misma corona. Otra vez soportaron el paso de látigos que se tenía por costumbre en el lugar, las laceraciones de las fieras y todo lo que el pueblo en su desvarío, cada uno desde donde se hallaba, gritaba y ordenaba. Y, sobre todo esto, la silla de hierro en la que, abrasándose, los cuerpos despedían un olor de carne quemada que llegaba hasta el público.

39. »Ellos, a pesar de estas cosas, no se detenían; antes bien, su desenfreno aumentaba deseando vencer la perseverancia de aquéllos. Pero no lograron escuchar de Santos más que la confesión que venía diciendo desde el principio.

40. »Y como que tras pasar por grandes luchas aún se mantenían en vida, finalmente fueron sacrificados y vinieron a ser espectáculo para el mundo en lugar de los diversos combates de gladiadores.

41. »Pero Blandina fue colgada de un madero, y estuvo alzada como pasto de las fieras, que se lanzaban hacia ella. Al verla colgada en forma de cruz y oír su enérgica oración, los otros que luchaban eran grandemente animados. Ellos, en esta lucha, veían, con sus ojos físicos y a través de su hermana, al que fue crucificado por ellos, y ella podía persuadir a los creyentes en Él de que todo aquel que sufre por la gloria de Cristo tiene perpetua comunión con el Dios vivo.

42. »Pero como ninguna fiera la tocase en aquella ocasión, la bajaron del madero y la retornaron a la cárcel, reservándola para otro combate. De este modo, habiendo vencido

en mayor número de ejercicios, había de hacer más inexorable la condenación de la injusta serpiente y había de fortalecer a sus hermanos. Ella, la pequeña, débil y despreciada, revestida de Cristo, el gran atleta invencible, iba a triunfar en numerosas ocasiones sobre el adversario, y, gracias a la lucha, tenía que ceñirse la corona de incorrupción.

43. »También Atalo, al ser reclamado por la turba (pues era muy conocido), entró como un luchador bien preparado por su buena conciencia, ya que se había entrenado noblemente en la disciplina cristiana y siempre había sido testigo de la verdad entre nosotros.

44. »Fue llevado dando vueltas en el interior del anfiteatro, y llevaban delante de él un cartel escrito en latín: “Éste es Atalo el Cristiano”, exasperándose el pueblo contra él más y más. Pero cuando el gobernador supo que era romano, ordenó que fuera llevado con los demás que se hallaban en la cárcel, envió una carta al César sobre ellos y esperó la respuesta.

45. »El tiempo que transcurrió mientras tanto no fue para ellos ni ocioso ni falto de fruto; antes bien, por su perseverancia resplandeció la inmensurable misericordia de Cristo. Porque por los vivos revivían los muertos⁸, y por los mártires se concedía la gracia a los que no eran martirizados; y mucho se regocijó la Virgen Madre* al recibir vivos a los que abortaron como muertos.

46. »Muchos, pues, de los que habían renegado, gracias a ellos eran concebidos de nuevo, recobraban valor y aprendían a confesar, y, ya vivos y bien robustecidos, avanzaban hacia el tribunal para que de nuevo los interrogara el gobernador; pero Dios, que no desea la muerte del pecador, sino que es propicio al arrepentimiento, les facilitaba la situación.

47. »Así pues, el César respondió que murieran apaleados, pero que si alguien renegaba, que fuera absuelto. Cuando empezaron los juegos del lugar (a ellos acude mucha gente de todas las razas) los bienaventurados fueron conducidos al tribunal para ser una función y un espectáculo para la turba. Por esta causa pasaron por otro interrogatorio, y los que parecía que tenían ciudadanía romana eran decapitados, pero los otros eran mandados a las fieras.

48. »No obstante, Cristo fue glorificado en gran manera en los que primero renegaron pero que después, en contra de lo esperado por los paganos, hacían confesión de su fe. Los interrogaban aparte como si fueran a soltarlos, pero cuando confesaban, eran añadidos al grupo de los mártires.

»Fuera quedaron los que jamás tuvieron ni un rastro de fe, ni conciencia del vestido nupcial, ni la idea del temor de Dios, sino que con su conducta causaban mala fama al camino, en pocas palabras: los hijos de perdición.

49. »Pero todos los demás fueron añadidos a la Iglesia. Mientras eran interrogados, un tal Alejandro, frigio de nacimiento y médico de oficio, que había pasado muchos años en las Galias y que era conocido por casi todos por su amor a Dios y por su sinceridad en el habla (pues no estaba privado del don apostólico), estaba en pie al lado del tribunal impulsándolos para que confesaran, y daba la impresión a los que se hallaban alrededor del tribunal que sufría dolores de parto.

⁸ Se refiere a los que por temor habían negado la fe, pero eran restaurados a la vida espiritual por el ejemplo heroico de sus hermanos.

* Virgen Madre se refiere a la Iglesia.

50. »La muchedumbre, irritada porque los que antes habían renegado confesaban de nuevo, estalló con gritos contra Alejandro, como si él fuera el culpable; y el gobernador, cuando se percató de él, le preguntó quién era, y al responder él: “Un cristiano”, se enfureció y le condenó a las fieras. Al día siguiente hizo su entrada junto con Atalo, pues el gobernador entregó a Atalo otra vez a las fieras para complacer a la turba.

51. »Ambos pasaron antes por todo tipo de instrumentos ideados para la tortura en el anfiteatro, y, manteniendo un gran combate, finalmente también ellos fueron sacrificados. Alejandro, sin lamentarse y sin murmurar, conversaba con Dios en su corazón.

52. »Pero Atalo, cuando le situaron sobre la silla de hierro y se quemaba y su cuerpo despedía olor a carne quemada, dijo en latín a la multitud: “He aquí lo que es comer hombres, lo que vosotros hacéis. Nosotros ni comemos carne humana ni hacemos mal alguno”. Y habiéndole preguntado el nombre de Dios, respondió: “Dios no tiene nombre como si fuera un hombre”⁹.

53. »Tras realizar todo esto, el último día de las luchas de los gladiadores de nuevo fue llevada Blandina con Póntico, un joven de quince años. Cada día los habían estado llevando para que vieran los sufrimientos de los demás. Los obligaban a jurar por sus ídolos, pero al estar ellos firmes, e incluso menospreciarlos, la multitud se exasperó contra ellos, de tal modo que no tuvieron compasión de la edad del chico ni respetaron el sexo de ella.

54. »Los expusieron a todos los tormentos y los condujeron por toda la serie de castigos sucesivamente, queriendo obligarlos a jurar, pero no lograron que lo hicieran. Póntico, alentado por su hermana¹⁰ (hasta incluso los paganos se percataban que era ella quien le animaba y le fortalecía), habiendo pasado por todas las torturas valerosamente, entregó el espíritu.

55. »Pero la bienaventurada Blandina, la última de todos, como una noble madre que ha alentado a sus hijos y los ha enviado triunfantes a su rey, recorriendo también ella las luchas de sus hijos, se apresuraba para ir a ellos satisfecha y gozosa por la partida, como si fuera llamada a un banquete nupcial, y no lanzada a las fieras.

56. »Después de los azotes, después de las fieras y después de la parrilla, finalmente fue puesta ante un toro. También ella fue sacrificada tras ser lanzada por los aires muchas veces por el animal, inconsciente ya de lo que estaba sucediendo gracias a su fe y esperanza en sus creencias y por su conversación con Cristo. Hasta los paganos llegaron a confesar que jamás una mujer había sufrido tantos y tan graves tormentos.

57. »No obstante, no con esto se vio saciado su desvarío y su crueldad contra los santos, porque esa tribu, fiera y bárbara, enloquecida por un animal salvaje, era incontrolable, y su desmedido furor se dirigió a otro método singular: ensañarse con los cuerpos.

58. »Efectivamente, no se avergonzaron de haber sido derrotados, porque no razonaban como hombres, sino que su ira se desbordaba como la de una bestia, y tanto el gobernador

⁹ Éxodo 3:14-15. Los cristianos primitivos eran instruidos no tan sólo en el contenido de los Evangelios o Epístolas que ellos llamaban «memorias de los apóstoles», sino también en los relatos del Antiguo Testamento, ya que encontramos sus escritos cuajados de ellos; así lo demuestra la carta de Clemente de Roma a los corintios, así como la *Didacta* y *El pastor de Hermas*. Esta respuesta del mártir Atalo se refiere sin duda a Éxodo 3:14-15.

¹⁰ Naturalmente se refiere a su hermana espiritual, Blandina, que probablemente era mayor que él, ya que él tan sólo tenía quince años.

como el pueblo manifestaban el mismo odio injusto contra nosotros, para que fuera cumplida la Escritura: “El que es injusto contra nosotros, sea injusto todavía; y el que es justo, practique la justicia todavía”¹¹.

59. »Así pues, lanzaban a los perros los cadáveres de los que perecieron asfixiados en la cárcel, teniendo mucho cuidado para que no recibieran honras fúnebres de parte de ninguno de nosotros. Y luego también sacaron lo que quedaba de las fieras y de la hoguera, unos restos despedazados y los otros quemados, y vigilaron con soldados las cabezas y los troncos de los demás (también sin ser sepultados) durante unos días.

60. »Algunos se irritaban y rechinaban los dientes, buscando el modo de tomarse una venganza extraordinaria; otros reían y los insultaban, exaltando a sus ídolos, porque consideraban que sufrían su castigo; pero los más benignos y que parecían compadecerse en algo proferían muchos reproches, diciendo: “¿Dónde está su Dios, y qué provecho sacaron de la religión que prefirieron antes que su propia vida?”.

61. »Éstas fueron las diversas reacciones que se dieron; pero nosotros caímos en una gran aflicción, porque no nos era posible enterrar los cadáveres; pues ni siquiera la noche nos servía, ni el dinero convencía, ni los ruegos conmovían, sino que de toda manera los vigilaban como si obtuvieran una gran ganancia con los cuerpos sin sepultar».

62. Poco después dicen: «Así, los cuerpos de los mártires, tras ser puestos para escarnio y hallarse a la intemperie durante seis días, seguidamente fueron quemados y, reducidos a cenizas, fueron lanzados por los inicuos al río Ródano, que corría cerca de allí, de modo que sus restos ya no se vieran sobre la tierra.

63. »Todo esto lo hicieron con la idea de que podrían derrotar a Dios y quitarles su nuevo nacimiento, para que, según sus propias palabras: “no tengan ni la esperanza de la resurrección. Porque, convencidos de ella, nos traen una religión extraña y nueva, menosprecian la tortura y acuden a la muerte preparados y gozosos. Ahora hemos de ver si resucitarán y si su Dios puede ayudarlos y arrebatarnos de nuestras manos”».

2

Cómo los mártires, amados de Dios, recibían y atendían a los que fallaron durante la persecución

1. Estas cosas, pues, sucedieron a la Iglesia de Cristo en tiempos del emperador aludido, y, partiendo de estos datos, se puede calcular aproximadamente lo que tuvo lugar en las restantes provincias. Merece la pena añadir algo más de esta cita, donde se describe la virtud y la humanidad de los mártires mencionados con los siguientes términos:

2. «Ellos llevaron a tanto su celo e imitación de Cristo, “el cual, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse”¹² que, incluso teniendo una gloria

¹¹ Véanse Daniel 12:10 y Apocalipsis 12:11.

¹² Filipenses 2:6.

tan grande y habiendo dado testimonio, no una ni dos veces, sino muchas, y siendo sacados de entre las fieras, llenos de quemaduras, cardenales y heridas, no se proclamaban mártires ni dejaban que nosotros los llamáramos así. Por ello, cuando alguno de nosotros se dirigía a ellos con el nombre de mártires, ya fuera por carta o hablando, le reprendían duramente.

3. »Porque reservaban de buen grado la denominación del martirio a Cristo, el mártir fiel y verdadero¹³, “primogénito de entre los muertos” y “autor de la vida” de Dios¹⁴; y cuando recordaban a los mártires que ya habían partido, decían: “Aquéllos ciertamente fueron mártires, a quienes Cristo tuvo por dignos de arrebatarnos en su confesión sellando sus martirios con sus muertes. Pero nosotros somos confesores comunes y pobres”, y con lágrimas pedían a los hermanos que hicieran oraciones con celo por su consumación.

4. »Y con sus obras ponían de manifiesto el poder de su martirio, hablando libremente a los paganos, y evidenciaban su nobleza en su paciencia, en su falta de miedo y en su intrepidez. No obstante, llenos del temor de Dios, rehusaban el nombre de mártires que les daban los hermanos».

5. Más adelante dicen: «Se humillaban bajo la mano poderosa con la cual ahora son altamente ensalzados. Entonces a todos defendían y a nadie condenaban, a todos soltaban y a nadie ataban, y oraban en favor de los que los torturaban, del mismo modo que lo había hecho Esteban, el mártir perfecto: “Señor, no les tomes en cuenta este pecado”¹⁵. Y si suplicaba por los que le lapidaban, ¿cómo no habría de hacerlo mucho más por los hermanos?».

6. De nuevo, añaden: «Éste fue, pues, su mayor combate contra él, por la nobleza de su amor, para que la bestia, atragantándose, vomitara vivos a aquellos que primero pensó que se había tragado. Porque no se gloriaron ante los que fallaron, sino que, con su propia abundancia, cuidaban de los necesitados con las entrañas de una madre, y, derramando muchas lágrimas por ellos ante el Padre, rogaban por la vida y ellos mismos se la daban.

7. »Esta vida la compartían con los más cercanos al irse hacia Dios, victoriosos en todo. Siempre habían amado la paz y partieron hacia Dios en paz, invitándonos a conservar la paz y sin dejar dificultades a la madre ni disensión ni guerra a los hermanos, sino gozo, paz, armonía y amor».

8. Este comentario referente a la ternura con que trataron estos bienaventurados a los hermanos que cayeron en la persecución será útil por causa de la crueldad y la falta de clemencia de los que, después de esto, se cebaron duramente en los miembros de Cristo.

¹³ Apocalipsis 3:14.

¹⁴ Apocalipsis 1:5 y Hechos 3:15.

¹⁵ Hechos 7:60.

3

Sobre la aparición que tuvo en sueños el mártir Atalo

1. El mismo documento incluye, junto con la de los mencionados mártires, otra narración digna de mención, y nada impide que la cuente para que la conozcan los lectores. Es como sigue:

2. «Así pues, Alcibíades, uno de ellos, llevaba una vida miserable en extremo, y primero no tomaba nada, sirviéndose únicamente de pan y agua, e intentaba comportarse así incluso en la cárcel. Entonces Atalo, después del primer combate que tuvo en el anfiteatro, recibió en revelación que Alcibíades no actuaba bien al abstenerse de las criaturas de Dios y dejar un ejemplo de escándalo.

3. «Cuando Alcibíades estuvo convencido, se puso a comer de todo libremente y daba gracias a Dios. Efectivamente, no se hallaban abandonados de la gracia de Dios, sino que el Espíritu Santo era su consejero». Sea, pues, esto suficiente sobre este tema.

4. Entonces también los seguidores de Montano, Alcibíades y Teodoto comenzaron a exponer ante muchos en Frigia su opinión referente a profetizar (porque las otras maravillas del don de Dios, que aún se llevaban a cabo en diversas iglesias, hacían creer a muchos que aquéllos también disponían del don de la profecía), y como se dieron ciertas diferencias por causa de ellos, de nuevo los hermanos de la Galia expusieron su propia resolución sobre ellos, temerosa y completamente ortodoxa, mostrando además diversas cartas de los mártires consumados entre ellos, los cuales las redactaron hallándose aún en la cárcel, a los hermanos de Asia y Frigia, y también a Eleuterio, entonces obispo de Roma, a modo de embajadores por la paz de las iglesias.

4

Cómo los mártires recomendaban a Ireneo en su carta

1. Los mismos mártires recomiendan a Ireneo, que entonces ya era presbítero de la congregación de Lyon, al mencionado obispo de Roma, dando muchos testimonios referentes a él, como muestra el siguiente:

2. «De nuevo y siempre pedimos que estés bien en Dios, padre Eleuterio. Persuadimos a nuestro hermano y compañero Ireneo que te lleve este escrito, y te suplicamos que le tengas por recomendado a causa de su celo por el testamento de Cristo. Porque si supiéramos que una categoría confiere justicia, de entrada te lo hubiéramos recomendado por lo que es, el presbítero de la iglesia».

3. ¿Para qué hemos de dar la lista de los mártires, tanto de los que acabaron decapitados como los que fueron lanzados como pasto de las fieras o de los que murieron en la prisión o el número de los que confesaron su fe y que llegaron hasta entonces? Quien lo desee puede

fácilmente encontrarlo de forma muy detallada si toma la obra que, como dije, añadimos a nuestra *Recopilación de los antiguos martirios*. Esto es lo que sucedió en tiempos de Antonino.

5

Cómo Dios hizo llover para el emperador Marco Aurelio en respuesta a las oraciones de los nuestros

1. Se dice que el hermano de Antonino, Marco Aurelio César, luchando en una ocasión contra los germanos y los sármatas, se hallaba en gran dificultad por la sed que agobiaba a su ejército. Pero los de la legión llamada de Melitene (que por su fe se mantiene desde entonces hasta hoy), estando en el campo de batalla, se arrodillaron en tierra, de acuerdo con nuestra familiar costumbre de orar, y dirigieron sus ruegos a Dios¹⁶.

2. Los enemigos se quedaron perplejos ante este espectáculo, pero, según otro escrito, enseguida se llevaron una sorpresa mayor: un huracán lanzaba a los enemigos a la fuga y a la destrucción, al mismo tiempo que la lluvia caía sobre el ejército de los que habían invocado a Dios, reanimándolos cuando ya iban a morir de sed.

3. Este relato aparece tanto en los escritores ajenos a nuestra doctrina que se dedicaron a escribir acerca del tiempo mencionado, como en los nuestros. No obstante, los historiadores de fuera, no familiarizados con la fe, explican el portento, pero no confiesan que sucedió gracias a las oraciones de los nuestros. Por su parte, los nuestros, amantes de la verdad, transmiten el hecho honradamente y sin malicia.

4. Uno de éstos es Apolinar, que dice que la legión que llevó a cabo el prodigio por medio de la oración fue designada por el emperador, desde entonces, con el nombre adecuado al acontecimiento, y en latín es *Fulmínea*.

5. Tertuliano es un testigo de estas cosas digno de confianza. Éste, pues, escribió la *Apología* latina dirigida al Senado (la cual ya mencionamos anteriormente) en defensa de la fe, y en ella se confirma esta narración con mayores pruebas y más evidentes.

6. También él escribe y afirma que todavía hasta ahora se conservan cartas de Marco, el emperador más inteligente, en las que él mismo da testimonio de que, cuando su ejército

¹⁶ La fe en Jesucristo se había extendido de tal modo entre el pueblo romano y los soldados que es muy verosímil esta tradición de la legión llamada «Melitene».

Podemos recordar aquí que, según el libro de los Hechos, el apóstol Pablo fue custodiado por soldados romanos en su viaje como prisionero a Roma y que estuvo en dicha ciudad por dos años, en una casa de alquiler donde los soldados eran turnados, quizás diariamente, y oyeron centenares de veces el mensaje completo del Evangelio de Cristo. No es de extrañar que estos transmitieran el mensaje a sus compañeros de la guarnición romana. El mismo apóstol Pablo cita en Filipenses 1:12 y 13: «Mis prisiones por la causa de Cristo se han hecho notorias en todo el pretorio y a todos los demás». Por consiguiente, el mensaje cristiano había producido frutos espirituales entre los soldados, de modo que es muy verosímil que durante el reinado de Marco Aurelio, en los años 161-180, hubiera un buen número de cristianos, que acompañó en su guerra con los germanos a este emperador, que no fue gran enemigo de los cristianos. Las crónicas históricas hablan muy bien de él, aunque no fueron tan tolerantes algunos de sus gobernadores, movidos más bien por la actitud hostil del pueblo que por algún decreto del emperador.

estaba a punto de ser destruido en Germania por falta de agua, se salvó gracias a las oraciones de los cristianos. Dice también que el emperador amenazó con la pena de muerte a quien pretendiera acusarnos.

7. A esto Tertuliano añade: «¿Qué leyes son éstas, impías, injustas e inhumanas, que sólo se aplican a nosotros? Vespasiano, a pesar de haber derrotado a los judíos, no las guardó; Trajano las tuvo en muy poca consideración cuando prohibió buscar a los cristianos; ni Adriano, aunque se preocupó con mucha curiosidad por infinidad de asuntos, no las confirmó, ni tampoco el llamado Pío». Pero cada uno coloque esto donde lo desee.

8. Nosotros seguiremos el hilo de la narración. Así, Potino murió junto con los mártires de la Galia, cumplidos ya los noventa años de vida, y le sucedió, en el episcopado de la congregación de Lyon que él dirigiera, Ireneo. Nos consta que éste, en su juventud, había escuchado personalmente a Policarpo.

9. Ireneo, en el libro tercero de *Contra las herejías*, refiere la sucesión de los obispos en Roma hasta llegar a Eleuterio (nosotros ya investigamos acerca de su tiempo) y confecciona la lista como si lo escribiera en tiempos de éste. Escribe como sigue:

6

Lista de los obispos de Roma

1. «Los bienaventurados apóstoles, tras fundar y edificar la iglesia, encargaron a Lino el servicio del episcopado. A este Lino que menciona Pablo en su Segunda Epístola a Timoteo.

2. »A Lino le sucede Anacleto, y éste, en tercer lugar desde los apóstoles, deja el episcopado a Clemente, quien había visto a los bienaventurados apóstoles, estuvo con ellos y todavía estaba en sus oídos la predicación de los apóstoles y ante sus ojos la tradición de ellos. Pero muchos más vivían en aquel tiempo que también habían recibido la instrucción de los apóstoles.

3. »En tiempos de este Clemente se formó una importante disensión entre los hermanos de Corinto, y entonces la iglesia en Roma envió a los corintios un escrito muy apropiado en el que se los exhortaba a vivir en paz y a reconciliarse y a renovar su fe y la tradición recién adquirida de los apóstoles». Poco después dice:

4. «A Clemente le sucede Evaristo, y a Evaristo, Alejandro. Luego es nombrado Sixto, el sexto desde los apóstoles; después Telesforo, que también fue martirizado con gloria; a continuación Higinio; luego Pío; después Aniceto; y tras suceder Sotero a Aniceto, ahora Eleuterio ostenta el cargo del episcopado, en duodécimo lugar desde los apóstoles.

5. »Siguiendo el mismo orden y la misma sucesión nos han llegado la tradición de los apóstoles en la Iglesia y la predicación de la verdad».

7

Cómo hasta aquellos tiempos los fieles hacían milagros de poder

1. Ireneo también menciona estas cosas, de acuerdo con los relatos que ya discutimos, en los cinco libros titulados *Refutación y destrucción de la falsamente llamada ciencia*. En el segundo libro de esta obra muestra que, en algunas iglesias, permanecían hasta entonces manifestaciones del sorprendente poder divino.

2. Usa los siguientes términos:

3. «Pero si afirman que el Señor ha hecho esto de forma aparente, haciéndoles volver a los escritos proféticos, les mostraremos con ellos que de este modo estaba predicho de Él, y que así sucedió sin lugar a dudas y que sólo Él es el Hijo de Dios. Por ello, también sus verdaderos discípulos, tomando la gracia de Él, la ponen en actividad para el bien de los demás hombres, de acuerdo con el don que cada cual recibió de Él.

4. »Porque algunos sacan demonios firme y verdaderamente, de modo que a menudo ocurre que los que fueron limpiados del espíritu perverso creen y están en la iglesia; otros tienen conocimiento del porvenir, visiones y palabras proféticas; mientras que otros sanan enfermos por la imposición de manos y los restablecen sanos; pero aún más, de acuerdo con lo que dijimos, incluso muertos han resucitado y quedaron con nosotros durante bastantes años. ¿Y para qué más?

5. »No podemos enumerar los innumerables dones que recibió de Dios la Iglesia por todo el mundo en el nombre de Jesucristo, que fue crucificado en tiempos de Poncio Pilato, y que a diario usa en provecho de los paganos, sin embaucar a nadie ni sacarles su dinero, porque lo recibieron como regalo de Dios, y del mismo modo lo administran.

6. En otra parte, el mismo autor escribe: «También hemos oído que hay muchos hermanos en la iglesia que tienen dones de profecía, que por el Espíritu hablan en todo tipo de lenguas, que descubren los secretos de los hombres cuando es propicio y que declaran los misterios de Dios». Esto es lo que se sabe acerca de la permanencia de los diversos dones hasta el tiempo aludido entre los que eran dignos.

8

Cómo Ireneo menciona las divinas Escrituras¹⁷

1. Ya que al principio de esta obra prometimos exponer a su debido tiempo las palabras de los antiguos ancianos, y de los escritores de la Iglesia, en las que se transmiten por escrito

¹⁷ Naturalmente, se refiere a las Sagradas Escrituras del Nuevo Testamento, que equipara a las Escrituras inspiradas del Antiguo Testamento, reconocidas tanto por los judíos como por los cristianos a causa de las muchas citas que tanto Jesús como sus primeros discípulos hacen de dichos textos.

las tradiciones que llegaron hasta ellos referentes a las Escrituras canónicas, y como que Ireneo es uno de éstos, a continuación citamos sus palabras.

2. Primeramente, cuando se refiere a los sagrados Evangelios, dice así: «Mateo sacó a luz entre los hebreos un Evangelio también escrito, redactado en su propia lengua, cuando Pedro y Pablo se hallaban en Roma evangelizando y asentando los fundamentos de la Iglesia.

3. »Tras la partida de éstos, Marcos, el discípulo e intérprete de Pedro, también transmitió por escrito la predicación de Pedro. Y Lucas, el compañero de Pablo, expuso en un libro el Evangelio que aquél predicara.

4. »Luego, Juan, el discípulo del Señor, aquel discípulo que se recostara en cierta ocasión sobre su pecho, también publicó el Evangelio en Éfeso de Asia».

5. Esto es lo que dice en el libro tercero, que ya mencionamos, del tratado aludido. En el quinto libro trata del Apocalipsis de Juan y el número del nombre del anticristo. Dice así: «Puesto que esto es así y que este número está presente en todas las copias buenas y antiguas, que dan testimonio de ello los que vieron personalmente a Juan, y ya que el sentido común nos enseña que el número del nombre de la bestia se revela por el cálculo de los griegos según las letras que lo componen...».

6. Más abajo afirma lo siguiente sobre el mismo tema: «Así pues, nosotros no corremos el riesgo de pronunciar concretamente el nombre del anticristo, porque si se tratara del momento adecuado para anunciar abiertamente su nombre, hubiera sido dicho por aquel que vio la revelación, pues no hace mucho que fue vista, casi en nuestra generación, al final del gobierno de Domiciano».

7. Esto es lo que dice Ireneo en cuanto al Apocalipsis. También hace mención de la primera Epístola de Juan, al citar muchos testimonios de ella, del mismo modo que lo hace con la de Pedro. Además, no solamente conoce, sino que incluso admite el escrito del *Pastor*, al decir:

«Ciertamente, bien dice la Escritura: “Ante todo, cree que hay un solo Dios, que todo lo ha creado y ordenado”, etc.».

8. También hace uso de algunas expresiones procedentes de la Sabiduría de Salomón, diciendo, aproximadamente: «Visión de Dios que produce incorrupción; la incorrupción hace estar cerca de Dios», y menciona las *Memorias* de un anciano apostólico, silenciando su nombre, y recuerda sus *Explicaciones de las divinas Escrituras*.

9. Incluso menciona al mártir Justino y a Ignacio, utilizando de nuevo testimonios citados de las obras que ellos escribieron, y afirma que ha de refutar él mismo con su propio trabajo a Marción a partir de sus tratados.

10. En cuanto a la traducción de las Escrituras inspirada de Dios que realizaron los setenta, oye lo que escribe textualmente, como sigue: «Dios, pues, se hizo hombre, y el mismo Señor nos salvó, tras darnos la señal de la virgen; no como afirman algunos que ahora osan traducir la Escritura: “He aquí que la joven concebirá, y dará a luz a un hijo”, como tradujeron Teodoción de Éfeso y Aquila del Ponto, los dos judíos prosélitos, a quienes siguen los ebionitas, afirmando que el Señor nació de José».

11. Poco después añade: «Porque antes que los romanos tuvieran el poder y cuando todavía los macedonios tenían sometida a Asia, Tolomeo, hijo de Lagos, deseando honrar la biblioteca que él había preparado en Alejandría con los escritos de todos los hombres

—por lo menos los buenos—, rogó a los de Jerusalén que le proporcionaran sus Escrituras en griego.

12. «Ellos, sometidos por entonces a los macedonios, enviaron a Tolomeo los setenta ancianos más experimentados entre ellos en las Escrituras y en las dos lenguas. Dios estaba actuando según su propio deseo.

13. «Tolomeo, separándolos entre sí, ordenó que cada uno escribiera la misma traducción, porque quiso probarles, separadamente, para que no sucediera que se pusieran de acuerdo en esconder, por medio de la traducción, la verdad que está en las Escrituras. Su procedimiento fue el mismo con todos los libros.

14. «Entonces, al reunirse junto a Tolomeo y comparar las traducciones, Dios fue glorificado y las Escrituras se reconocieron como divinas, porque todos pronunciaron las mismas palabras y los mismos nombres, desde el principio hasta el final, de modo que también los paganos que estaban allí conocieron que las Escrituras habían sido traducidas por la inspiración de Dios.

15. «No hay que maravillarse de que Dios actuara así, pues Él fue quien, tras perderse las Escrituras en la cautividad del pueblo, bajo Nabucodonosor, y volver los judíos a su tierra al cabo de setenta años, en tiempos de Artajerjes, rey de los persas, inspiró al sacerdote Esdras, de la tribu de Leví, para que pusiera en orden todas las obras de los profetas anteriores y restableciera para el pueblo la ley entregada por medio de Moisés». Hasta aquí, Ireneo.

9

Los que fueron obispos en tiempos de Cómodo

1. Al cabo de diecinueve años de Antonino en el poder, toma el mando Cómodo. El primer año de éste, Juliano recibe el episcopado de las iglesias de Alejandría, después que Agripino cumpliera doce años en el cargo.

10

Acerca de Panteno, el filósofo

1. Entonces dirigía la escuela de los fieles de aquel lugar un hombre muy famoso por su enseñanza, el cual se llamaba Panteno. Por una antigua costumbre había entre ellos una escuela de las sagradas letras, que se mantiene hasta nuestros días y, según hemos oído, se compone de hombres elocuentes y estudiosos de los asuntos divinos. No obstante, una tradición dice que por aquel entonces sobresalía en gran manera este Panteno (pues venía de la escuela filosófica de los llamados estoicos).

2. Se cuenta que fue tal el ardor por la doctrina divina que mostró con su muy ansiosa disposición de ánimo, que se le aceptó como heraldo del Evangelio de Cristo para los paganos de Oriente y fue enviado a la India. Porque había entonces aún muchos que deseaban, en su inspirado celo de imitar a los apóstoles, acrecentar el conocimiento de la doctrina de Dios.

3. Panteno fue uno de éstos, y dicen que cuando fue a la India descubrió que el Evangelio de Mateo se había anticipado a su llegada entre algunos del país que ya conocían a Cristo. Bartolomé, uno de los apóstoles, les había predicado y les había dejado el texto de Mateo, escrito en hebreo, el cual conservaban hasta entonces.

4. Por lo menos es seguro que Panteno, gracias a su inteligencia y celo misionero, acabó por ser director de la escuela de Alejandría, donde expuso de palabra y por escrito los tesoros de las enseñanzas divinas.

11

Acerca de Clemente de Alejandría

1. Por aquel entonces floreció Clemente (homónimo del discípulo de los apóstoles que años atrás había sido pastor de la iglesia de Roma), quien se destacó por su habilidad en las Escrituras divinas, y era muy conocido en Alejandría.

2. Este Clemente se refiere a Panteno como maestro suyo en su libro *Hypotyposeis*, en el cual escribió. Me parece también que se refiere a él en el libro primero de las *Stromateis* cuando afirma lo siguiente al señalar a los cristianos más destacados desde los tiempos apostólicos de quienes él recibió la enseñanza.

3. «Ciertamente, este libro no ha sido redactado artísticamente para ostentación, sino que se trata de algunas notas atesoradas para mi vejez, medicina para el olvido, representación sencilla y pintura en claroscuros de aquellas palabras radiantes y vivas que tuve el honor de escuchar de los hombres bienaventurados y grandemente memorables¹⁸.

4. «Uno era de la Grecia Jónica, el otro era de la Magna-Grecia, otro de Celesiria, otro de Egipto; pero otros de Oriente, uno de Asiria, y el otro de origen hebreo, oriundo de Palestina. No obstante, sólo reposé cuando encontré al último, que fue mi preceptor en Egipto, a quien encontré donde se hallaba escondido.

5. «Sin embargo, aquellos que guardaron la verdadera tradición de la feliz enseñanza que se ha ido sucediendo desde los santos apóstoles Pedro, Jacobo, Juan y Pablo, pasando de padres a hijos (a pesar de ser pocos los hijos que igualaron a sus padres), han llegado también hasta nosotros, gracias a Dios, para entregar aquellas semillas apostólicas antiguas a los que han de sucedernos».

¹⁸ Se refiere, naturalmente, a la pérdida de memoria que sufren todos los ancianos, en previsión de lo cual Panteno escribió los libros apologéticos llamados *Stromata*.

12

Acerca de de los obispos de Jerusalén

1. Por aquel entonces era conocido (y todavía hoy es famoso entre muchos) Narciso, obispo de la iglesia de Jerusalén, que ocupa el decimoquinto lugar en la sucesión desde el sitio de los judíos bajo el mando de Adriano. Posteriormente daremos evidencia de que a partir de ese momento fue cuando por primera vez la iglesia del lugar estuvo formada por gentiles, después de los que venían de la circuncisión, y que su primer obispo gentil fue Marcos.

2. Las sucesiones de Jerusalén indican que Casiano sucedió a Marcos en el obispado, después de éste, Publio; a continuación Máximo; luego Juliano, y después Cayo, a quien sigue Símaco; también otro Cayo y otro Juliano; tras éstos, Capitón, Valente y Doliquiano, y después de todos ellos Narciso, que fue el trigésimo desde los apóstoles, según la sucesión en la serie.

13

Acerca de Rodón y de las disensiones de los marcionitas que él menciona

1. Entonces también Rodón, de origen asiático, y como él mismo explica, instruido en Roma por Taciano (a quien ya conocemos por haberle mencionado anteriormente), tras escribir diversos libros se juntó con otros en las filas de la herejía de Marción. Rodón relata que en su época esta herejía estaba dividida en diferentes opiniones; describe él a los autores de la división y refuta acertadamente las doctrinas falsas concebidas por cada uno de ellos.

2. Presta atención a lo que escribe: «Disienten entre sí porque defiende una doctrina que en ninguna manera puede estar en pie. Uno del grupo, llamado Apeles, que lleva por delante muchos años de fidelidad, confiesa que existe un solo principio en el universo, y dice, inducido por las respuestas de una joven endemoniada llamada Filomena, que los oráculos de los profetas han procedido siempre del espíritu adversario.

3. »Otros, entre los cuales están Potito y Basílico, han inventado lo mismo que Marción, o sea, dos principios.

4. »Ellos también siguieron al lobo pónico, y al no hallar, del mismo modo que no lo encontró él, la separación de las cosas, se volvieron al camino fácil y dieron a conocer dos principios, simplemente y sin evidencias. Todavía otros, partiendo de nuevo desde éstos, encallaron en algo peor y no sólo proponen dos naturalezas, sino hasta tres; su guía y jefe es Sinero, de acuerdo con lo que afirman los que siguen su escuela».

5. El mismo autor, que incluso conversó con Apeles, escribe como sigue: «Porque cuando el anciano Apeles estuvo con nosotros, se le reprochó que estaba afirmando muchos errores. Desde aquella ocasión iba diciendo que no era preciso analizar toda la doctrina, sino que cada uno permaneciera en sus creencias. Efectivamente, anunciaba que se salvaban los que habían

puesto su confianza en el crucificado, con la única condición de ser hallados en buenas obras. Pero, como ya mencionamos, declara que el asunto más oscuro de todos era, para él, el que atañe a Dios. Pues decía, coincidiendo con nuestra doctrina, que hay un solo principio».

6. Después de exponer todo el pensamiento de éste, añade: «Al decirle yo: “¿De dónde has sacado esta evidencia o cómo puedes decir que hay un solo principio? Demuéstranoslo”, él dijo que las profecías se refutan unas con otras porque nada anunciaron enteramente cierto, porque no están de acuerdo entre sí, son falsas y se contradicen. Acerca de la existencia de un solo principio, confesó no saberlo, pero que simplemente se sentía impulsado a pensar así.

7. »A continuación, cuando le conjuré para que me dijera la verdad, juró que era verdad lo que decía y que no sabía cómo existía un Dios no creado, pero que lo creía. Yo me reí de él y le acusé de que decía ser un maestro, pero no sabía dominar la materia».

8. El escritor, cuando se dirige a Calistión en la misma obra, confiesa haber sido discípulo de Taciano en Roma, y dice que éste se esforzó en hacer un libro sobre *Problemas* con el que Taciano aseguraba aclarar lo incierto y oscuro de las divinas Escrituras. A su vez Rodón notifica que en su propio libro él explicará las soluciones a los problemas de Taciano. De él se ha conservado también un *Comentario sobre el Hexámeron*.

9. No obstante, Apeles blasfemó en muchas ocasiones contra la Ley de Moisés, injuriando, por medio de sus muchos escritos, las divinas palabras y afanándose, según parece, para refutarlas y para destruirlas. Esto es lo que de ellos se sabe.

14

Acerca de los falsos profetas catáfrigas

1. Puesto que el enemigo de la Iglesia de Dios odia en extremo el bien y ama el mal y no descarta camino alguno para conspirar contra los hombres, se puso en actividad para que de nuevo nacieran raras herejías contrarias a la Iglesia. De estos instigadores de herejías, unos, como reptiles, se arrastraban por Asia y Frigia jactándose de que Montano era el Paracleto, y que las mujeres que le acompañaban, Priscila y Maximila, eran las profetisas de Montano.

15

Acerca del cisma de Blasto que tuvo lugar en Roma

1. Mientras tanto, otros florecían en Roma. Su cabecilla era Florino, que había sido expulsado por el presbiterio de la iglesia, y a su lado Blasto, que había corrido una suerte semejante. Éstos sacaron a muchos de la Iglesia y los sometían a su propia voluntad tratando cada uno por separado de hacer innovaciones referentes a la verdad.

16

***Todas las cosas que se mencionan sobre Montano y los falsos profetas
que le siguieron***

1. No obstante, el poder de Dios, que lucha siempre en favor de la verdad, levantó en Hierápolis contra la herejía llamada catáfriga un instrumento firme e invencible: la persona de Apolinar (que ya hemos mencionado antes), y juntamente con él a muchos otros fieles y cultos de la época, acerca de los cuales tenemos mucho que relatar.

2. Uno de los mencionados refiere en su escrito¹⁹ que también se ha enfrentado con ellos moralmente. En el prólogo dice así:

3. «Hace mucho tiempo, amado Avircio Marcelo, que me encargaste que escribiera algún tratado contra los llamados “Milciaditas”, pero he estado en duda hasta ahora, no por falta de recursos para refutar el engaño y dar testimonio de la verdad, sino por miedo de que, a pesar de mi cuidado, alguno creyera de alguna manera que yo añadido o sobrepongo algo a la doctrina del “Evangelio” del “Nuevo Testamento”, a la cual ninguno que ha escogido comportarse según este Evangelio puede añadir ni sacar nada.

4. «Hace poco tiempo, hallándome en Ancira de Galacia y percatándome de que la iglesia del lugar se encontraba agobiada, no por esta nueva profecía (como ellos dicen), sino, más acertadamente (como será demostrado posteriormente) por esta falsa profecía, dentro de nuestras posibilidades y permitiéndolo el Señor, refutamos, durante muchos días, a aquellos hombres y los puntos que ellos postulan en la iglesia, de tal modo que ésta se gozó en gran manera y tomó fuerzas en la verdad, pues los oponentes fracasaban temporalmente y los enemigos eran acallados.

5. «Al solicitar, pues, los ancianos que les dejáramos algún documento de lo dicho contra los que disienten de la verdad, nosotros (también estaba allí nuestro coanciano Zótico, de Otreno) no lo pusimos en práctica, pero prometimos hacerlo desde aquí, Dios mediante, y enviárselo diligentemente».

6. Habiendo dicho esto y añadido otras cosas en el principio de la obra, procede a relatar la razón de la herejía aludida como sigue: «En efecto, su oposición y su reciente separación herética en contra de la Iglesia tuvieron el siguiente motivo:

7. «Dicen que en la Misia de Frigia hay una aldea que se llama Ardabán. Allí, según se cuenta, un recién convertido llamado Montano, la primera vez, bajo el procónsul de Asia, Grato, por el excesivo anhelo de su alma por ser el primero, permitió al enemigo entrar en su vida y quedó sujeto por el espíritu. De pronto estuvo como arrebatado y entró en un éxtasis como un poseído; empezó a hablar y a pronunciar raras palabras, profetizando desde entonces contra la costumbre que nos llegó por la tradición y por la sucesión desde la Iglesia primitiva.

¹⁹ Debido a que en ninguna parte Eusebio menciona el nombre ni el autor de este libro, ha llegado a ser conocido como el *Anónimo*.

8. »Cuantos le escucharon entonces aquellas palabras corruptas, los unos disgustados con él por ser un energúmeno, endemoniado, lleno de espíritu de error y alborotador de la multitud, le censuraban y le hacían callar, recordando la observación del Señor referente a permanecer en guardia y a la expectativa de la aparición de los falsos profetas; los demás, sin embargo, como exaltados por un espíritu santo y por un don profético, y no menos envanecidos y olvidados de la advertencia del Señor, reclamaban el espíritu insano, seductor y causante del error del pueblo, seducidos y engañados por él mismo, para que ya no callara más.

9. »Con cierta habilidad, o mejor dicho, con este método maligno, el diablo ideó la destrucción de los desobedientes, y honrado sin merecerlo por ellos, animaba y enardecía sus conocimientos adormilados lejos de la fe según la verdad, hasta incluso levantó a otras mujeres más y las llenó del espíritu corrupto, de modo que también hablaban en delirio, fuera de tiempo y de manera extraña, como el anterior. A los que se gozaban y se gloriaban en él, el espíritu los llamaba bienaventurados y, por medio de grandes promesas, los hinchaba. Pero alguna vez los condenaba abiertamente, con inteligencia y con verosimilitud, para parecer que también era refutador (no obstante, pocos fueron los frígios engañados). El arrogante espíritu enseñaba a blasfemar contra toda la Iglesia universal, que se halla bajo el cielo, porque este espíritu falsamente profético no había conseguido ni honor ni entrada en ella.

10. »Pues los fieles de Asia numerosas veces, y en diversos lugares de Asia, se reunieron por esta causa y, tras considerar las recientes doctrinas, las llamaron profanas y rechazaron la herejía. Así, fueron echados de la Iglesia y apartados de la comunión».

11. Esto es lo que relata en el principio, y por todo el libro expone la refutación del error montanista. En el segundo dice como sigue acerca del final de las personas mencionadas:

12. «Ahora bien, ya que nos llaman mataprofetas porque no aceptamos a sus profetas charlatanes (pues dicen que son los que el Señor prometió que enviaría al pueblo), que nos den una respuesta delante de Dios: amigos, ¿hay alguno de los que empezaron a hablar siguiendo a Montano y a las dos mujeres que haya sido perseguido por los judíos o asesinado por criminales? Ninguno. ¿Y alguno de ellos fue prendido y crucificado por causa del nombre de Cristo? Ciertamente no. ¿Y alguna mujer fue azotada en las sinagogas judías o apedreada?

13. »En ningún lugar ni en modo alguno. Pero dicen que Montano y Maximila murieron de un modo muy distinto. Dice, pues, la tradición, que ellos dos, empujados por el espíritu enloquecedor, se ahorcaron, pero no juntos; que en el momento de la muerte de cada uno de ellos hubo muchos rumores y que de este modo murieron y destruyeron su vida como Judas el traidor.

14. »Lo mismo que aquel hombre singular, Teodoto, el primer administrador que fue de su supuesta profecía; una tradición muy extendida sostiene que, hallándose en cierta ocasión como arrebatado y alzado a los cielos, entró en éxtasis y se dejó enteramente en manos del espíritu de error, y que, siendo lanzado, murió en desgracia. Por lo menos dicen que sucedió así.

15. »Pero, mi buen amigo, al no haberlo visto nosotros mismos, no creemos saber nada del asunto. Tal vez sucediera de este modo, pero tal vez no acabaron así ni Montano, ni Teodoto, ni la mujer mencionada».

16. De nuevo, en la misma obra, dice que los santos obispos de entonces intentaron discutir con el espíritu que se hallaba en Maximila, pero que otros se lo impidieron; se trataba evidentemente de unos colaboradores de aquel espíritu.

17. Escribe lo siguiente: «No diga el espíritu a través de Maximila en el libro de Asterio Urbano: “Me persiguen como a lobo apartándome de las ovejas; no soy lobo; soy palabra, espíritu y poder”, sino que muestre visiblemente el poder que tiene el espíritu, que lo ponga a prueba y que por el espíritu fuerce a confesar a los que entonces estaban presentes para examinar y para conversar con el espíritu que hablaba, hombres notables y obispos: Zótico, de la aldea de Cumana, y Juliano de Apamea, quienes fueron amordazados por los seguidores de Temisón, privados con ello de poder discutir con el espíritu falso y engañador del pueblo».

18. En la misma obra también, junto con otras cosas en respuesta a la falsa profecía de Maximila, señala el tiempo en el que escribió esto y recuerda las predicciones de ella, por las que vaticinaba que habría guerras y turbación. Él verifica la falsedad de todo esto con las siguientes palabras:

19. «¿Y cómo no se ha manifestado ya este engaño? Pues hace ya más de trece años desde el día en que murió esa mujer y en el mundo no se ha dado guerra, ni parcial ni universal; antes bien, la paz ha sido mayor para los cristianos, por la misericordia de Dios».

20. Esto lo hemos citado del segundo libro. Pero también del tercero expondremos pequeños extractos, por medio de los cuales dice lo siguiente a los que se gloriaban de haber tenido mayor número de mártires entre ellos: «Efectivamente, cuando están confusos al ser refutados con todo lo mencionado, pretenden refugiarse en sus mártires, afirmando que tienen muchos mártires y que esto es una muestra fidedigna del poder del espíritu llamado por ellos profético. Pero, en efecto, según parece, esto es perfectamente falso.

21. »Pues respecto a las demás herejías, por mucho que algunas tengan numerosos mártires, no vamos a estar de acuerdo con ellas ni confesaremos que tengan la verdad. Primeramente, los llamados marcionitas por pertenecer a la herejía de Marción, dicen que tienen muchos mártires por Cristo, pero no confiesan al propio Cristo, según la verdad». Poco después añade:

22. «De aquí que cada vez que los miembros de la Iglesia, siendo llamados al martirio por la verdadera fe, se encuentran con algunos de los llamados mártires de la herejía catáfriga, se separan de ellos y mueren sin haber tenido comunión con ellos, porque no desean estar de acuerdo con el espíritu que actúa por medio de Montano y de las dos mujeres. En los martirios de Cayo y Alejandro y de los que estaban con ellos, se pone de manifiesto que todo esto es cierto y que, también en nuestros tiempos, se ha dado en Apamea junto a Meandro».

17

Acerca de Milcíades y de los tratados que compuso

1. Esta obra también menciona al escritor Milcíades, quien escribió un tratado contra la herejía mencionada. Tras citar algunos extractos de los herejes añade: «Encontré esto en un

escrito de los que se oponen a una obra de nuestro hermano Milcíades, en la que demuestra que no es preciso que un profeta hable en éxtasis, y lo he resumido».

2. Poco después en la misma obra hace una lista de los profetas del «Nuevo Testamento», en la que nombre también a Amias y a Cuadrato; dice como sigue: «Pero el falso profeta en éxtasis (el cual va seguido de liberalidad y de osadía), empezando por un desconocimiento voluntario, se torna en locura involuntaria del alma, como ya se ha dicho».

3. «Pero no les será posible indicar un solo profeta, ni del Antiguo Testamento ni del Nuevo, que haya sido tomado de este modo por el Espíritu, ni ufanarse por Ágabo, ni Judas, ni Silas, ni las hijas de Felipe, ni Amias de Filadelfia, ni Cuadrato, ni si existe algún otro, porque no está relacionado con ellos en absoluto».

4. De nuevo, al cabo de breves palabras, dice: «Pues si, como dicen, el don profético pasó en sucesión de Cuadrato y de Amias de Filadelfia a las mujeres que acompañaban a Montano, que indiquen quiénes de ellos han tomado la sucesión de Montano y de las dos mujeres; porque el apóstol sostiene que el don profético se halla en toda la iglesia hasta la venida final. No obstante, no podrán señalar a nadie, aunque ya hace trece años de la muerte de Maximila».

5. Estas cosas las dice él. Pero Milcíades, a quien él mismo menciona, también nos ha dejado otros documentos que atestiguan su propio celo por las palabras divinas en los escritos que realizó *Contra los griegos* y *Contra los judíos*, tratando individualmente cada uno de estos temas en dos libros separados. Pero además compuso una *Apología*, dirigida a los gobernantes del mundo, en defensa de la filosofía que él exponía.

18

Cómo Apolonio refutó a los catáfrigas y demás herejes que él menciona

1. Puesto que por entonces todavía estaba en auge la herejía de los catáfrigas en Frigia, Apolonio, un escritor eclesiástico, se ocupó en su refutación. Hizo un libro especial contra ellos, corrigiendo cada una de las profecías que ellos postulan, por ser falsas, y describiendo el tipo de vida que llevaron los principales de la herejía. Presta atención a lo que dice textualmente de Montano:

2. «Pero quién sea este maestro reciente, lo indican sus obras y su enseñanza. Éste fue quien enseñó la disolución de matrimonios, quien instituyó la ley de los ayunos, quien llamó con el nombre de Jerusalén a Pepuza y a Timio (que son pequeñas ciudades de Frigia) con el deseo de concentrar allí gente de todo lugar, quien estableció recaudadores de dinero, quien ideó la percepción de donativos bajo el nombre de ofrendas, quien pagaba un salario a los predicadores de su palabra para que se fortaleciera su enseñanza por medio de la glotonería».

3. Esto se refiere a Montano, pero más abajo escribe como sigue acerca de sus profetisas: «Así demostramos que estas primeras profetisas dejaron a sus maridos desde el mismo instante en que fueron llenas de aquel espíritu. ¿Cómo han de engañarnos, pues, diciendo que Priscila es una virgen?».

4. Y añade: «¿No crees que toda la Escritura prohíbe que un profeta tome dones y dinero? Así, cuando veo a la profetisa que ha recibido oro, plata y ropas costosas, ¿cómo no he de rechazarla?».

5. De nuevo, poco después, dice así acerca de algunos de sus confesores: «Pero también Temiso, que cubrió su ambición con aspecto de dignidad y que no sobrellevó las señales de la confesión, sino que se desprendió de las cadenas por una gran cantidad de dinero, se vanagloriaba como si fuera un mártir y escribió una *Carta universal* (imitando al apóstol), tuvo la osadía de intentar instruir a los que eran mejores creyentes que él, de luchar con palabras vacías y blasfemar contra el Señor, contra los apóstoles y contra la santa Iglesia».

6. Y de otro, también honrado por ellos como mártir, dice como sigue: «Pero para no considerar a más de ellos, que la profetisa nos hable acerca de Alejandro, que se autodenomina mártir, con quien ella participa en banquetes y a quien muchos incluso adoran. No nos es necesario referir sus latrocinios y los restantes crímenes por los que fue penalizado, porque se hallan recogidos en el “opistodomo”²⁰.

7. »Así pues, ¿quién perdona los pecados a quién?, ¿el profeta perdona los latrocinios al mártir, o el mártir su ambición? Pues, a pesar de que el Señor ha dicho “no os proveáis de oro, ni de plata... ni de dos túnicas”²¹, ellos han faltado contra todo esto en relación con estas cosas prohibidas. Así, demostraremos que los que entre ellos se llaman profetas y mártires toman su dinero, no sólo de los ricos, sino incluso de los pobres, de los huérfanos y de las viudas.

8. »Y si están seguros, que se pongan en pie aquí y aclaren estos detalles para que, si resultan ser convictos, dejen de faltar en adelante. Es, pues, necesario someter a prueba los frutos de los profetas, pues por el fruto se conoce el árbol.

9. »Pero para quienes quieran conocer el relato referente a Alejandro, fue juzgado por Emilio Frontino, procónsul de Éfeso, no por el nombre, sino por los robos que se atrevió a realizar, pues ya era un trasgresor.

»Entonces, procediendo en su mentira bajo el nombre del Señor, fue puesto en libertad y conducía al error a los fieles de aquel lugar, y su localidad de procedencia no le recibió porque era bandido. No obstante, los que deseen aprender lo que a él se refiere tienen a su disposición el archivo público de Asia.

10. »A él no lo conoce el profeta, aunque vivió con él durante muchos años. Pero nosotros, al mismo tiempo que refutamos a éste, manifestamos la naturaleza del profeta y también podemos demostrarlo igualmente con respecto a otros muchos; y si se sienten confiados, que se sometan a prueba».

11. Y también, en otro lugar de este escrito, añade lo siguiente acerca de los profetas que se vanaglorian: «Si es que niegan que sus profetas hayan recibido donativos, confiesen que, si se demuestra que sí los han aceptado, no son profetas; y nosotros aportaremos numerosas prue-

²⁰ «Opistodomo» era una celda interior de los templos griegos donde se guardaban a menudo los tesoros y los documentos.

²¹ Mateo 10:9-10.

bas de ello. Pero es imprescindible examinar todos los frutos del profeta. Dime: ¿Un profeta se tiñe? ¿Un profeta se pinta las pestañas? ¿Un profeta se agrada en adornos? ¿Un profeta juega a tableros y a dados? ¿Un profeta hace préstamos? Confiesen si esto se permite o no y yo demostraré realmente qué ha sucedido entre ellos».

12. Y este mismo Apolonio cuenta en la misma obra, que hacía cuarenta años, desde que Montano iniciara su fingida profecía, que él escribía su obra.

13. También que Zótico (a quien mencionó el escritor anterior), al encontrarse Maximila en Pepuza, fingiendo profetizar, se le opuso intentando contradecir al espíritu que trabajaba en ella, pero fue impedido por aquellos que compartían su modo de pensar. También hace mención de cierto Traseas, un mártir de los de entonces.

14. Además dice, procedente de una tradición, que el Salvador ordenó a sus apóstoles no apartarse de Jerusalén durante doce años. Incluso utiliza testimonios del Apocalipsis de Juan, y cuenta que este mismo Juan, con poder divino, resucitó a un muerto en Éfeso. Y dice otras cosas por medio de las cuales puso en evidencia el error de la aludida herejía de un modo satisfactorio y completo en extremo. Hasta aquí, Apolonio.

19

De Serapión y la herejía de los frigios

1. Serapión, quien, según sostiene una tradición, fue obispo de la iglesia de Antioquía después de Maximino en el tiempo mencionado, hace alusión a los escritos de Apolinar contra la herejía mencionada. Le cita en una carta particular suya a Carico y Poncio, en la que, refutando él mismo esta herejía, añade lo que sigue:

2. «Os he enviado también unos escritos de Claudio Apolinar (que fue obispo muy dichoso de Hierápolis de Asia) con el fin de que conozcáis que la obra de esta falsa organización es abominada por los hermanos en el mundo entero».

3. En la misma carta de Serapión se hallan conservadas también las firmas de varios obispos, entre ellos una firma «Aurelio Cirinio, mártir. Deseo que estéis bien»; y otro, así: «Elio Publio Julio, obispo de Develto, colonia de Tracia. Vive Dios que está en los cielos, que el bienaventurado Sotas de Anquialo deseó sacar el demonio de Priscila, y los hipócritas no se lo permitieron».

4. También se conservan en esta carta las firmas autógrafas de numerosos obispos más que están de acuerdo con éstos. Y esto es lo que hay referente a ellos.

20

Discusiones escritas de Ireneo con los cismáticos de Roma

1. En oposición a los que en Roma adulteraban la santa ordenanza de la Iglesia, Ireneo escribió diversas cartas: la que tituló *A Blasto, sobre el cisma*, otra *A Florino, sobre la monarquía* o *Sobre que Dios no es el autor de los males*. Pues parece ser que Florino defendía esta opinión. Por eso también, como Florino simpatizara con el extravío de Valentín, Ireneo escribió otra obra *Sobre la Ogdoadá*, en la que indica que fue él mismo quien recibió la primera sucesión de los apóstoles.

2. En el final de esta obra encontramos una nota gratísima que nos es necesario transcribir en nuestro escrito. Dice así: «Te conjuro a ti, que has de copiar este libro, por nuestro Señor Jesucristo y por su venida en gloria, en la que viene a juzgar a vivos y a muertos, para que compares la copia y la corrijas con gran cuidado de acuerdo con el original del cual lo tomaste. Del mismo modo, también copiarás este juramento y lo incluirás en la copia».

3. Esto es de utilidad para quien lo dijo y para nosotros que lo referimos, para que consideremos a aquellos antiguos y ciertamente sagrados varones como el mejor ejemplo de dedicación diligentísima.

4. En la aludida *Carta a Florino*, Ireneo hace mención otra vez de su convivencia con Policarpo, diciendo: «Estas creencias, Florino, para hablar con moderación, no pertenecen a una mente sana, están en desacuerdo con la Iglesia y conducen a la mayor impiedad a los que las obedecen. Estas creencias ni siquiera los herejes que se hallan fuera de la Iglesia tuvieron la osadía de proclamarlas jamás, y no te las entregaron los ancianos anteriores a nosotros ni los que frecuentemente acompañaron a los apóstoles.

5. »Pues, cuando yo todavía era niño, te vi en casa de Policarpo en el Asia inferior, cuando tú desempeñabas un papel reluciente en el palacio imperial e intentabas causarle buena impresión. Porque recuerdo mejor lo de entonces que lo ocurrido hace poco

6. »(las cosas que se aprenden siendo niño crecen juntamente con el alma y son una misma cosa con ella), de modo que incluso puedo decir el sitio en el que conversaba sentado el bienaventurado Policarpo; también sus entradas y salidas, su modo de vida, su aspecto físico, los discursos que daba al pueblo; incluso cómo explicaba su trato con Juan y con los otros que vieron al Señor, y cómo recordaba las palabras de ellos; y qué era lo que había escuchado de ellos referente al Señor, de sus milagros y de su enseñanza; y cómo Policarpo, habiéndolo recibido de los testigos oculares de la vida del Verbo, lo contaba todo de acuerdo con las Escrituras.

7. »Estas cosas, por la misericordia de Dios para conmigo, también entonces las escuchaba con atención, anotándolas, no en pergamino, sino en el corazón. Y, por la gracia de Dios, siempre las rumio asiduamente y puedo dar testimonio ante Dios de que si aquel anciano bienaventurado y apostólico hubiese oído algo parecido, habría gritado, habría tapado sus oídos y diciendo, según su costumbre, «¡Buen Dios!, ¿hasta qué tiempos me has guardado, para aguantar estas cosas?», habría escapado del lugar en el que se hallara sentado o en pie al oír semejantes palabras.

8. »Esto también se puede ver claramente por las cartas que envió, ya sea a las iglesias vecinas, fortaleciéndolas, o a algunos hermanos, amonestándolos y exhortándolos». Hasta aquí, Ireneo.

21

Cómo Apolonio fue martirizado en Roma

1. Cerca del mismo tiempo del reinado de Cómodo, nuestra situación cambió hacia una mayor tranquilidad. La paz, junto con la gracia divina, mantenía a las iglesias del mundo entero. Entonces también la palabra salvadora iba atrayendo a toda alma de todo tipo de hombre hacia el culto piadoso del Dios de todas las cosas, de modo que entonces muchos de los que en Roma se destacaban por su riqueza y por su familia se acercaban a su salvación juntamente con toda su casa y toda su familia.

2. Pero el demonio, que aborrece el bien y es calumniador por naturaleza, siendo incapaz de aguantar estas cosas, se dispuso de nuevo para la lucha, ideando diversos tipos de tretas contra nosotros. En la ciudad de Roma, por ejemplo, llevó ante los tribunales a Apolonio, varón conocido entre los fieles de la época por su enseñanza y su filosofía, y para su acusación impulsó a un servidor de los suyos, una persona apta para ello.

3. Pero en mal momento presentó el miserable su acusación, pues, por un decreto imperial, no podían continuar con vida los que denunciaban a estas personas. Enseguida le quebraron las piernas, porque esta sentencia dictaminó el juez Perennio.

4. No obstante, el mártir, muy amado de Dios, por mucho que el juez le suplicara con gran ansia y le rogara que expusiese sus razones ante el Senado, presentó en presencia de todos una elocuentísima defensa de la fe por la que era martirizado, y murió decapitado como si fuera por un decreto del Senado, porque una antigua ley mandaba entre ellos que ninguno de los que fueran llevados una vez ante el tribunal debía ser soltado si no cambiaba en absoluto de parecer.

5. Así pues, si alguien quiere leer las palabras de Apolonio ante el juez, las respuestas dadas al interrogatorio de Perennio y toda su defensa dirigida al Senado, lo verá en nuestra *Recopilación de los antiguos martirios*.

22

Obispos que cobraron fama en aquellos tiempos

1. En el año undécimo del reinado de Cómodo, Víctor sucede a Eleuterio, que había desempeñado el episcopado por trece años. Por entonces también, tras completar Julián su décimo año, Demetrio toma el servicio de las comunidades de Alejandría. Y entonces era

bien conocido Serapión, el obispo que ya mencionamos y que todavía mantenía su cargo. Teófilo dirigía la iglesia en Cesarea de Palestina. Y del mismo modo Narciso, de quien esta obra hizo mención con anterioridad, todavía cumplía su servicio en la iglesia de Jerusalén. A su vez, Baquilo era obispo de Corinto, en Grecia, por el mismo tiempo, y en la comunidad de Éfeso, Polícrates. Y fuera de éstos, según parece, muchísimos más fueron notables en aquella época. No obstante, hemos puesto en la lista por nombre, como es lógico, a aquellos cuya ortodoxia en la fe nos ha llegado por escrito.

23

Acerca de la controversia sobre la Pascua que se suscitó por aquel tiempo

1. Por entonces surgió una controversia de gran importancia, porque las congregaciones de toda Asia, basándose en una antigua tradición, creían que se había de guardar el decimocuarto día de la luna para la fiesta de la Pascua del Salvador; en ese día se ordenaba a los judíos ofrecer el cordero, de modo que, fuera el día de la semana que fuera, era absolutamente obligatorio terminar con los ayunos.

Pero las iglesias de todo el resto de la tierra no tenían por costumbre el hacerlo así, sino que, por tradición apostólica, conservaban la costumbre, que ha llegado hasta nuestro tiempo, según la cual no es conveniente poner fin a los ayunos en día distinto del de la resurrección de nuestro Salvador.

2. Se dieron asambleas y reuniones de obispos por causa de este asunto, y tomando todos una misma resolución, hicieron, en forma de carta, un decreto eclesiástico para los fieles de todo lugar, según el cual nunca hay que celebrar el misterio de la resurrección del Señor de entre los muertos en otro día que no sea en el del Señor, y únicamente en este día hay que guardar el cese de los ayunos de la Pascua.

3. Se ha conservado incluso hasta hoy un escrito de los que se reunieron entonces en Palestina, los cuales fueron dirigidos por Teófilo, obispo de la iglesia de Cesarea, y Narciso, de la de Jerusalén. Del mismo modo existe otro de los que se reunieron en Roma por la misma causa, que indica que Víctor era su obispo. También otro de los obispos del Ponto, dirigidos por Palmas, el más antiguo, y otro de las comunidades de la Galia, en las que ejercía el obispado Ireneo.

4. E incluso de las de Osroene y de las ciudades del lugar, pero particularmente de Baquilo, obispo de la iglesia de Corinto, y de muchos más, exponiendo todos ellos una sola e idéntica opinión y resolución y estableciendo así la misma decisión. Tenían una sola definición, la que ya hemos indicado.

24

Acerca de la disensión de Asia

1. Pero Polícrates se dirigía a los obispos de Asia, afirmando que era necesario guardar la antigua costumbre que se les había transmitido desde el principio. El propio Polícrates, en un escrito que dirige a Víctor y a la iglesia de Roma, refiere la tradición que les llegó con los siguientes términos:

2. «Nosotros celebramos este día sin cambio alguno, sin añadir ni sacar nada. Pues en Asia también yacen (en los sepulcros) importantes luminarias, que resucitarán el día de la venida del Señor, en que vendrá de los cielos con gloria en busca de todos los santos: Felipe, uno de los doce apóstoles, que yace en Hierápolis, y dos hijas suyas, que envejecieron vírgenes, y otra hija suya, que descansa en Éfeso tras obrar en el Espíritu Santo.

3. »Incluso está Juan, el que se hallaba recostado sobre el pecho del Señor y que fue sacerdote portador del petalón, mártir y maestro.

4. »Éste yace en Éfeso. También está Policarpo en Esmirna, obispo y mártir. Y Traseas, obispo y mártir procedente de Eumenia, descansa en Esmirna.

5. »Pero ¿para qué hablaremos de Sagaris, obispo y mártir, que yace en Laodicea, o del bienaventurado Papirio y de Melitón, el eunuco, quien en todo sentido obró en el Espíritu Santo y yace en Sardes aguardando la visitación procedente de los cielos, cuando resucitará de entre los muertos?

6. »Todos éstos conservaron el día de la decimocuarta luna como el de la Pascua, de acuerdo con el Evangelio, y no realizaban ninguna trasgresión, sino que seguían los cánones de la fe. También yo mismo, Polícrates, el más pequeño de todos vosotros, sigo la tradición de mis parientes, a algunos de los cuales he alcanzado, pues habiendo sido siete parientes míos obispos, yo soy el octavo, y mis parientes siempre celebraron este día cuando el pueblo rechaza la levadura.

7. »Así pues, hermanos, yo, tras setenta y cinco años en el Señor, habiendo tratado con hermanos de todo el mundo y habiendo repasado toda la Santa Escritura, no me amedrento por los que intentan desconcertarme, pues aquellos que son más importantes que yo han dicho: «Es necesario obedecer a Dios antes que a los hombres»».

8. A continuación dice lo siguiente acerca de los obispos que se hallaban con él cuando escribía y que compartían la misma opinión: «Podría también hacer mención de los obispos que se encuentran conmigo, los cuales vosotros me rogasteis que invitara y yo los invité.

»Si escribiera sus nombres, el número sería muy grande. Ellos, a pesar de ser conscientes de mi pequeñez, aprobaron mi carta, porque sabían que no en vano me han crecido las canas, sino que siempre he obrado en Cristo Jesús».

9. Ante esta situación, Víctor, quien presidía en Roma, intentó apartar conjuntamente de la reunión común a todas las comunidades de Asia y a las iglesias vecinas, como si fueran heterodoxas, y proscribió por escrito a todos los hermanos de aquel lugar, anunciando que todos ellos estaban totalmente fuera de comunión.

10. Pero esto no fue del agrado de todos los obispos, que, a su vez, le aconsejaban que considerara la paz, la unión y el amor para con el prójimo. También se conservan las palabras de éstos, que se dirigen a Víctor con gran dureza.

11. Ireneo se halla entre ellos, en la carta que escribe en nombre de los hermanos en la Galia, a quienes él dirigía, y, a pesar de sostener que es preciso celebrar el misterio de la resurrección del Señor sólo en el día del Señor, amonesta a Víctor, de un modo muy adecuado, que no separe iglesias de Dios completas por conservar la tradición de una antigua costumbre, y a numerosas cosas más. Y añade las siguientes palabras:

12. «Porque la discusión no atañe únicamente al día, sino también a la forma del ayuno en sí, pues algunos creen que hay que ayunar un solo día; otros, dos días, y todavía otros que creen que debe ser durante más días. Pero también hay los que cuentan su día en cuarenta horas del día y de la noche.

13. »Y esta diversidad de modos de observarlo no tiene su origen ahora en nuestro tiempo, sino muy anteriormente, en tiempos de nuestros antecesores, los cuales, al parecer, se preocuparon poco de la exactitud y configuraron unas prácticas para la posteridad según su sencillez y su particularidad.

»Y no vivieron con menos paz entre todos ellos por esto; del mismo modo, nuestra diferencia en el ayuno confirma nuestra unidad en la fe».

14. A estas palabras añade una noticia que citaremos debidamente. Es como sigue: «Entre ellos, también los ancianos anteriores a Sotero, que estuvieron a la cabeza de la iglesia que tú diriges ahora, me refiero a Aniceto, Pío e Higinio, y también Telesforo y Sixto; tampoco ellos lo observaron ni se lo concedieron a los que se hallaban con ellos, pero no por esta razón estaban menos en paz con los que llegaban a ellos procedentes de comunidades en que sí se observaba, a pesar de que el observarlo era más contrario a los que no lo observaban.

15. »Y jamás se rechazó a alguien por esta forma, sino que aquellos que no lo observaban, los ancianos predecesores tuyos, mandaban la eucaristía a otros pertenecientes a comunidades donde sí lo observaban.

16. »Además, cuando el bienaventurado Policarpo se encontraba en Roma en tiempos de Aniceto, hubo pequeñas discrepancias entre los dos, pero inmediatamente ya estaban en paz, sin pelearse por este asunto, pues ni Aniceto era capaz de convencer a Policarpo para que no lo observara (puesto que siempre lo había observado, con Juan, discípulo de nuestro Señor, y con los demás apóstoles, cuyas lecciones él escuchó), ni tampoco Policarpo persuadió a Aniceto para que lo observara, puesto que éste afirmaba que se debían conservar las costumbres de los ancianos anteriores a él.

17. »Y siendo ésta la situación, tenían comunión juntos, y en la iglesia Aniceto cedió a Policarpo la eucaristía, claramente como una atención, y se despidieron en paz.

Toda la iglesia estaba en paz, tanto los que observaban el día como los que no lo observaban».

18. E Ireneo, de acuerdo con su nombre²² —pacificador por el nombre y por su actitud—, hacía este tipo de exhortaciones y proclamaba la paz de las iglesias. Él mismo debatía por carta

²² La palabra «paz» en griego es *eieren*; de ahí que el nombre Ireneo signifique «paz» y dé lugar al contraste que señala el escritor.

la controversia discutida, no sólo con Víctor, sino incluso con muchos otros dirigentes de diversas iglesias.

25

Cómo se llegó a una decisión unánime entre todos sobre la Pascua

1. Los obispos de Palestina mencionados anteriormente, Narciso y Teófilo, junto con Casio, obispo de la iglesia de Tiro, y con Claro, de la de Tolemaida, y los que con ellos se reunieron, discutieron abundantemente lo que a ellos les llegó de una tradición referente a la Pascua en sucesión de los apóstoles, y al terminar su carta añaden estas mismas palabras: «Procurad que se envíe una copia de esta carta a todas las comunidades, de modo que no tengamos la responsabilidad de los que fácilmente llevan a error sus propias almas. Os indicamos que en Alejandría celebran el mismo día que nosotros. Entre nosotros tenemos relación por escrito, de manera que podemos celebrar el día santo de acuerdo y al mismo tiempo».

26

Toda la elocuencia de Ireneo que nos ha llegado

1. A los escritos y cartas de Ireneo ya mencionados cabe añadir que se conserva un tratado breve y necesario en extremo, con el título de *Sobre la ciencia*, y otro que dedicó a su hermano Marciano, *Demostación de la predicación apostólica*. También un libro de *Disertaciones diversas*, en el que menciona la Epístola a los Hebreos y de la llamada Sabiduría de Salomón, citando algunas palabras de estos escritos. Esto es lo que ha llegado a nuestro conocimiento de Ireneo.

Cuando Cómodo terminó su imperio tras trece años, y permaneciendo Pertinax seis meses incompletos después de Cómodo, Severo consigue ser emperador.

27

Todo lo que hay de los demás que florecieron entonces

1. Entre muchos se ha conservado, todavía hasta hoy, gran cantidad de documentos procedentes de la diligencia virtuosa de los antiguos varones eclesiásticos de entonces. Nosotros hemos leído algunos: las obras de Heráclito *Sobre el Apóstol*, y las de Máximo *Sobre el problema del origen del mal*, un tema muy comentado entre los herejes, y *Acerca de la existencia de la creación de la materia*; también las de Cándido *Sobre el Hexámeron*, las de Apión sobre el mismo tema, así como las de Sexto *Sobre la resurrección*, y otro de Arabiano, y muchos más,

de los que, al no disponer de ningún punto de referencia, no se puede exponer por escrito la fecha ni hacer mención de su historia. También han llegado hasta nosotros innumerables tratados, de los cuales no podemos hacer relación ni de los nombres, a pesar de ser escritores correctos y eclesiásticos, como lo demuestran sus interpretaciones de la Escritura divina. No obstante, los ignoramos porque no se refiere el nombre de sus autores.

28

Acerca de los que desde el principio profesaron la herejía de Artemón, cuál fue su conducta y cómo se atrevieron a corromper las Santas Escrituras

1. Se conserva una narración que tiene que ver con la historia que estamos considerando en una obra de alguno de éstos, como resultado de un trabajo contra la herejía de Artemón, la cual procuró renovar Pablo de Samosata en nuestros días.

2. Tras atacar a la herejía aludida (que asegura que el Salvador era simplemente un hombre), por ser una innovación reciente, mientras que los que la introdujeron quieren hacerla respetable como si fuera antigua, y tras exponer muchos otros argumentos contra esta mentira blasfema, el tratado dice lo siguiente con estos términos:

3. «Pues dicen que todos los primeros, incluso los apóstoles, recibieron y enseñaron estas cosas que ahora dicen ellos, y que se ha conservado la verdad de la predicación hasta la época de Víctor, decimotercero obispo de Roma partiendo desde Pedro, pero que la verdad fue corrompida a partir de su sucesor Zeferino.

4. »Lo que se ha dicho sonaría persuasivo si primeramente no lo negaran las divinas Escrituras, y también hay los escritos de algunos hermanos, más antiguos que los tiempos de Víctor, los cuales ellos redactaron contra los paganos y contra las herejías de la época en favor de la verdad. Me refiero a las obras de Justino, de Milciades, de Taciano, de Clemente y de muchos más, y en todas ellas se atribuye la divinidad a Cristo.

5. »Pues ¿quién no conoce los libros de Ireneo, de Melitón y de los demás, los cuales proclaman a Cristo Dios y hombre? ¿Y todos los salmos y cánticos que escribieron desde el principio hermanos fieles que cantan himnos al Verbo de Dios, a Cristo, llamándolo Dios?

6. »Así pues, habiendo sido proclamado el pensamiento de la Iglesia durante tantos años, ¿cómo se ha de aceptar que lo hayan anunciado los que fueron antes de Víctor del modo que éstos afirman? ¿Y cómo no tienen vergüenza de calumniar a Víctor con estas acusaciones, sabiendo exactamente que Víctor expulsó de la comunión a Teodoto, el zapatero, jefe y padre de esta apostasía negadora de Dios, y el primero en decir que Cristo era un simple hombre? Pues si Víctor hubiera compartido el mismo parecer que ellos, como enseña su blasfemia, ¿cómo hubiese podido echar fuera a Teodoto cuando descubrió esta herejía?».

7. Ésta era la situación en tiempos de Víctor. Tras dirigir éste el ministerio durante diez años, se estableció como sucesor a Zeferino, cerca del año noveno del imperio de Severo. El mismo autor, que redactó el libro mencionado acerca del fundador de la aludida herejía,

añade otro hecho que aconteció en tiempos de Zeferino, el cual escribe con las siguientes palabras:

8. «Recordaré a muchos hermanos un asunto que tuvo lugar en nuestros días, que creo que si se hubiera dado en Sodoma sería un aviso para aquella gente. Natalio era un confesor, no antiguo, sino de nuestra época.

9. »En cierta ocasión fue engañado por Asclepiodoto y por cierto Teodoto, cambista. Ambos eran discípulos de Teodoto, el zapatero, el primero que por esta creencia, o mejor dicho, por esta locura, fue apartado de la comunión por Víctor, quien, como ya dije, era obispo entonces.

10. »Estos dos, pues, convencieron a Natalio para que por un salario aceptara ser llamado obispo de esta herejía, de modo que le asignaron ciento cincuenta denarios.

11. »Una vez que se hubo aliado con ellos, el Señor le iba advirtiéndole numerosas veces por medio de sueños. Porque Dios misericordioso y nuestro Señor Jesucristo no querían que un testigo de sus propios sufrimientos saliera de la Iglesia y fuera destruido.

12. »Pero como actuara con negligencia respecto a los sueños, seducido por su preeminencia entre ellos y la codicia que a muchos pierde, a la postre fue azotado por ángeles santos durante toda la noche y no fue atormentado levemente, de modo que se levantó con la aurora, se vistió de saco, se cubrió de ceniza y con gran presteza y muchas lágrimas fue inmediatamente al obispo Zeferino, arrojándose a los pies no únicamente del clero, sino también de los laicos. Con sus lágrimas trastornó a la misericordiosa iglesia del compasivo Cristo y, tras sus numerosas súplicas y tras mostrar los cardenales producidos por los azotes que recibiera, fue admitido en comunión con dificultad».

13. A estos puntos adjuntaremos otras palabras del mismo autor referentes al mismo tema; son como sigue: «Han violado las divinas Escrituras sin temor alguno, han anulado la regla de la fe primitiva y no han conocido a Cristo por no escudriñar lo que dicen las divinas Escrituras, en lugar de prepararse con dificultades para hallar un silogismo, con el fin de tener una base para su ateísmo. Pues cuando alguien les muestra una palabra de la Escritura divina, buscan a ver qué forma de silogismo se puede hacer, si conexo o disyuntivo.

14. »Habiendo abandonado las Santas Escrituras de Dios, se ejercitan en la geometría, pues siendo de la tierra, hablan cosas terrenales y no conocen al que vino de arriba. En todo caso, algunos de ellos estudian penosamente la geometría de Euclides, y quedan admirados ante Aristóteles y Teofrasto, pues Galeno seguramente es adorado por algunos.

15. »Pero ¿para qué hemos de decir que los que usan las artes de los infieles para planear su propia herejía y adulteran la pura fe de las divinas Escrituras con la astucia de los impíos no están en nada cercanos a la fe? Por esta razón echaron sus manos sin temor sobre las divinas Escrituras, afirmando que las habían corregido.

16. »Y que esto lo digo sin acusar falsamente lo puede saber quien lo desee, porque si alguien deseara recoger las copias de cada uno de ellos y compararlas entre ellas, verá que se contradicen mucho. Como mínimo se contradirán las de Asclepiades y las de Teodoto.

17. »Se pueden comprar muchas copias, porque sus discípulos han escrito diligentemente las que ellos llaman “corregidas”, es decir, corrompidas. Las de Hermófilo tampoco están de acuerdo con éstas. Las de Apolóniades no concuerdan ni consigo mismas, porque se pue-

de ver las que prepararon ellos primero y las que corrompieron de nuevo posteriormente, y encontramos que difieren mucho.

18. »Las dimensiones de la osadía de este pecado no deben ignorarlas ellos mismos, porque, o piensan que las divinas Escrituras no fueron designadas por el Espíritu Santo y son incrédulos, o se creen más sabios que el Espíritu Santo, y ¿qué es esto sino posesión demoníaca? Pues no pueden negar que el crimen es suyo, puesto que los escritos son de su propia mano; ni recibieron tales Escrituras así de manos de sus instructores, ni les sería posible mostrar un original de donde sacaron sus copias.

19. »Algunos ni siquiera consideraron que valiese la pena adulterar las Escrituras, sino que, sencillamente rechazando la Ley y los Profetas, por causa de una enseñanza injusta e impía, han caído de la gracia hacia una extrema ruina para perdición». Sea ya suficiente de este tipo de narraciones.

HISTORIA ECLESIAÍSTICA: LIBRO SEXTO

Contenido:

- 1 Acerca de la persecución en tiempos de Severo
- 2 Acerca de la educación de Orígenes desde niño
- 3 Cómo aún siendo joven se ocupaba de la doctrina de Cristo
- 4 Cuántos, habiendo recibido la instrucción de Orígenes, fueron mártires
- 5 Acerca de Potamiana
- 6 Acerca de Clemente de Alejandría
- 7 Acerca del escritor Judas
- 8 Acerca del valor de Orígenes
- 9 Acerca de los milagros de Narciso
- 10 Acerca de los obispos de Jerusalén
- 11 Acerca de Alejandro
- 12 Acerca de Serapión y las obras suyas que se conservan
- 13 Acerca de las obras de Clemente
- 14 De las escrituras que menciona Clemente
- 15 Acerca de Heraclas
- 16 Cómo Orígenes se había dedicado al estudio de las divinas Escrituras
- 17 Acerca del traductor Símaco
- 18 Acerca de Ambrosio
- 19 Todo cuanto se dice de Orígenes
- 20 Cuántos tratados se conservan de los de entonces
- 21 Los obispos que fueron famosos en aquellos tiempos
- 22 Las obras de Hipólito que han llegado hasta nosotros
- 23 Acerca del celo de Orígenes, y cómo fue considerado digno del presbiterado eclesiástico
- 24 Qué escribió Orígenes en Alejandría
- 25 Cómo Orígenes mencionó las Escrituras canónicas
- 26 Cómo consideraban los obispos a Orígenes
- 27 Cómo Heraclas recibió en sucesión el episcopado de Alejandría

- 28 Acerca de la persecución de Maximino
- 29 Acerca de Fabián: cómo fue milagrosamente indicado por Dios como obispo de Roma
- 30 Otros discípulos de Orígenes
- 31 Acerca de Africano
- 32 Comentarios que Orígenes escribió en Cesarea de Palestina
- 33 Acerca del engaño de Berilo
- 34 Los acontecimientos en tiempos de Felipe
- 35 Cómo Dionisio sucedió a Heraclas en el episcopado
- 36 Qué otras obras preparó Orígenes
- 37 Acerca de la división de los cristianos de Arabia
- 38 Acerca de la herejía de Helcesaítas
- 39 Acerca de los tiempos de Decio
- 40 Acerca de lo que sucedió a Dionisio
- 41 Acerca de los que fueron martirizados en la misma Alejandría
- 42 Acerca de otros mártires mencionados por Dionisio
- 43 Acerca de Novato: su carácter y su herejía
- 44 Relato de Dionisio referente a Serapión
- 45 Carta de Dionisio a Novato
- 46 Acerca de las otras cartas de Dionisio

1

Acerca de la persecución en tiempos de Severo

Como fuera que también Severo alzara una persecución contra las iglesias, en todo lugar se realizaron brillantes martirios de los atletas de la piedad, pero fueron más numerosos principalmente en Alejandría. Los atletas de Dios, al ser enviados a este lugar, como al mayor estadio, desde Egipto y de toda la Tebaida, se ciñeron las coronas de Dios por su firme resistencia en variadas torturas y formas de muerte. Uno de ellos era Leónidas, el padre de Orígenes, que fue decapitado, y dejó tras de sí a su hijo muy joven. No será discordante relatar con brevedad cómo se afaná por la Palabra de Dios desde aquel momento¹, puesto que entre la mayoría se habla mucho acerca de su fama.

2

Acerca de la educación de Orígenes desde niño

1. Mucho podría decir quien intentara escribir con tiempo la vida de este varón, pero decir todo lo que a él atañe exigiría una obra especial, por lo que nosotros, por ahora, resumiremos con toda brevedad la mayor parte, y expondremos sobre él unas pocas cosas aportando datos procedentes de las cartas y de las narraciones de los discípulos suyos que se han conservado hasta nuestros días.

2. De Orígenes, hasta los hechos de cuando estaba en pañales, por decirlo así, me parecen dignos de mención. Iba Severo por el décimo año de su reinado, y Leto gobernaba Alejandría y el resto de Egipto. En cuanto al episcopado de las iglesias egipcias, acababa de recibirlo Demetrio, como sucesor del obispo Julián.

3. Así pues, cuando se inflamó grandemente la pira de la persecución y eran muchísimos los que se ceñían la corona del martirio, fue tan grande la pasión por el martirio que invadió también el alma de Orígenes, quien todavía era un niño, pero que deseaba correr hacia los peligros y saltar a lanzarse al combate.

4. Ciertamente, poco faltó para que perdiera la vida, si no hubiera sido por la providencia divina y celestial que para el servicio de muchos, y a través de su madre, se colocó como un obstáculo de su anhelo.

¹ Debe entenderse aquí que significa «desde el momento en que su padre fue arrestado», no desde el momento de su muerte, aunque ésta haya sido mencionada como lo que le ocurrió después, pues el relato que sigue da a entender que su padre, Leónidas, estaba aún vivo y el niño Orígenes deseaba ser arrestado y correr la misma suerte de su padre si éste era ejecutado, y así llegar más pronto al cielo. La madre, más prudente, y comprendiendo cómo iba a terminar la detención de su esposo, quería conservar por lo menos la vida del fervoroso e impetuoso niño.

5. Ella, en primer lugar, le suplicó tener en cuenta sus ansias maternas, pero al verle vehementemente excitado, lleno de empeño por el martirio desde el momento en que supo que su padre había sido apresado, su madre le ocultó toda su ropa para forzarle a quedarse en casa.

6. Él, a su vez, siéndole imposible hacer nada más y sin poder calmar el ardor que sobrepasaba su edad, mandó a su padre una estimulante carta acerca del martirio, en la cual le alentaba con las siguientes palabras: «Guárdate de cambiar de opinión por causa nuestra». Estas palabras merecen ser puestas por escrito como una primera muestra de la sagacidad del jovencito Orígenes y de su sincerísima disposición de ánimo para la piedad.

7. Ciertamente, no tenía puestos unos pequeños fundamentos acerca de la doctrina de la fe, por haberse ejercitado ya desde su infancia en las divinas Escrituras, ya que su padre se afanó desmesuradamente en enseñarle las cosas de Dios desde que aprendió las primeras letras y así hizo que su opinión referente a ellas no fuera insignificante.

8. Pues, antes del estudio de las ciencias helénicas, siempre le introducía su padre en la preparación del saber sagrado, exigiéndole a diario ejercicios y exposiciones.

9. Esto no era desagradable para el niño, sino que se afanaba en ello con mucho ánimo, de modo que, como no le eran suficientes las expresiones evidentes y sencillas de las santas palabras, buscaba algo más, ocupándose ya, desde aquel tiempo, de visiones más profundas, hasta el punto de causar dificultades al padre preguntándole qué pretendía significar el propósito de la Escritura inspirada por Dios.

10. El padre, por su parte, aparentemente le reprendía por ello, aconsejándole que no intentara investigar nada superior a su edad, ni más allá del sentido evidente; pero en su interior estaba muy contento y confesaba ante Dios, autor de todo bien, su mayor agradecimiento por haberle tenido por digno de ser padre de un hijo así.

11. Dicen que a menudo se colocaba al lado del niño mientras dormía, le descubría el pecho, como si se hallara en su interior un espíritu divino, le besaba reverentemente y se creía bienaventurado por su hijo. Se recuerdan estas cosas y otras parecidas referentes a la infancia de Orígenes.

12. Pero cuando su padre murió en el martirio, se quedó solo con su madre y con seis hermanos menores, sin tener aún diecisiete años².

13. Las posesiones del padre fueron confiscadas por el tesoro imperial, y se halló él con los suyos en la insuficiencia de lo esencial para vivir. No obstante, fue considerado digno de la economía de Dios y encontró acogida y tranquilidad en una señora riquísima, económicamente, y muy notable en las demás cosas, pero que cuidaba a un hombre famoso, uno de los herejes que entonces se hallaban en Alejandría. Era originario de Antioquía, y la aludida dama le tenía en su casa como hijo adoptivo y le honraba con los máximos honores.

² Eran más bien quince años, como indica otro traductor, pues a los diecisiete ya Orígenes daba clases de gramática, por medio de las cuales se ganaba el sustento, según vemos más adelante.

14. No obstante, Orígenes, quien convivía con él por necesidad, ya entonces ofrecía muestras manifiestas de su ortodoxia en la fe, pues a pesar de que muchas gentes, no sólo de los herejes, sino también de los nuestros, se reunían con Pablo (que así se llamaba ese hombre) porque era elocuente, nunca pudo persuadirle de que les acompañara en sus cultos, conservando, ya desde niño, las doctrinas de la Iglesia y sintiendo «repugnancia» (como él dice en alguna parte usando la misma palabra) por las enseñanzas de su herejía³.

15. Introducido por su padre en las ciencias de los griegos, se dedicó, con mayor empeño tras la muerte de su padre, al estudio de las letras, de modo que poseía una buena preparación en los estudios literarios. Con ellos se proveía él mismo, abundantemente, de lo necesario para la edad que tenía, con vistas a sus futuras labores.

3

Cómo aún siendo joven se ocupaba de la doctrina de Cristo

1. Hallándose, pues, dedicado a los discursos (como él mismo relata en alguno de sus escritos) y faltando en Alejandría alguien consagrado a la instrucción, porque todos habían partido debido a la amenaza de la persecución, fueron a él algunos gentiles para escuchar la Palabra de Dios.

2. El primero de éstos fue Plutarco, quien, tras una vida honrada, también fue adornado con el martirio divino. El segundo fue Heraclas, hermano de Plutarco, el cual, habiendo presentado ante todos muchas muestras de vida filosófica y de preparación, fue tenido por digno del pastorado de Alejandría, donde sucedió a Demetrio.

3. Estaba Orígenes por cumplir los dieciocho años cuando empezó a dirigir la escuela de retórica. Por entonces también iba progresando bajo la persecución de Aquila, gobernador de Alejandría, y su nombre cobró gran fama entre todos aquellos que eran impulsados por la fe, debido a la acogida y el afecto que demostraba a los santos mártires, tanto a los desconocidos como a los famosos.

4. Pues no sólo acudía a ellos cuando estaban presos y cuando se hallaban ante el juicio, hasta la última sentencia, sino también tras ésta, al ser llevados los mártires a la muerte, usando Orígenes de mucha confianza y avanzando hacia los mismos peligros. Hasta tal punto se comportaba de este modo, que muchas veces, por adelantarse valientemente y por besar a los mártires, movido por su gran confianza, poco faltaba para que la multitud de paganos que estaba en derredor lo apedreará enloquecida, si no se hubiera salvado milagrosamente cada vez por el auxilio de la diestra divina.

5. Y la misma gracia divina y celestial le iba guardando una y otra vez (nos es imposible decir cuántas veces), mientras se formaba un complot contra él por su mucho celo y

³ Este Pablo, embaucador de la rica matrona, era, según se entiende, un gnóstico de los que ya denunciaba el apóstol Pablo en la Epístola a los Colosenses, cap. 1:15 a 2:23.

confianza hacia la doctrina de Cristo. Tal era la guerra que los infieles llevaban contra él, que organizaron escuadrones y apostaron soldados rodeando la casa donde vivía, debido a la multitud de los que eran instruidos por él en la fe sagrada.

6. Así pues, cada día la persecución contra él se inflamaba hasta tal punto que no quedaba lugar para él en toda la ciudad; iba de casa en casa, pero era expulsado de todas partes a causa de los muchos que por medio de él se acercaban a la enseñanza divina. Incluso su comportamiento práctico comprendía hechos sorprendentes de virtud de la más noble filosofía.

7. (Se mostraba de acuerdo con el dicho de que «cual su palabra, tal su carácter, y cual su carácter, tal su palabra»). Por esta razón principalmente, con el auxilio del poder divino, conducía a innumerables personas a imitarle.

8. Cuando vio que sus seguidores acudían a él más abundantemente y que era el único a quien el pastor de la iglesia, Demetrio, había confiado la enseñanza, creyendo que la enseñanza de las ciencias literarias no iba de acuerdo con la práctica de la enseñanza divina, se desprendió, sin dudar, del estudio de tales ciencias profanas como inútil y perjudicial al conocimiento divino.

9. Luego, con el cálculo correspondiente, de modo que no tuviera que precisar de la ayuda de otros, hizo entrega, de buen grado, de cuantas obras de escritos antiguos tenía ya estudiadas, y le bastaba con los cuatro óbolos que le llevaba cada día el que se las compró. Por muchos años vivió esta vida filosófica, despojándose de toda clase de pasiones juveniles, sufriendo todo el día no pequeños esfuerzos ascéticos y dedicándose la mayor parte de la noche al estudio de las divinas Escrituras. De este modo se mantenía firme en una vida lo más filosófica posible, tanto en prácticas de ayuno como en la limitación del tiempo de sueño, el cual reparaba frecuentemente en el suelo, y no en alguna blanda cama.

10. Ante todo, creía necesario observar aquellas palabras evangélicas del Salvador que exhortaban a no hacer uso de dos túnicas, ni de dos pares de calzado, y a no afanarse por las preocupaciones futuras.

11. Pero con una disposición de ánimo superior a su edad, soportando frío y desnudez y precipitándose hacia una extrema pobreza, dejaba perplejos a los que se hallaban en derredor suyo. Ciertamente muchos se entristecían por él y le pedían que usara por lo menos de una parte de sus bienes, al ver que sufría penalidades por causa de tomar tan al pie de la letra la enseñanza divina, pero él no daba oído a sus ruegos.

12. Dicen que por muchos años anduvo sobre la tierra sin usar calzado alguno, y además se abstuvo durante muchos años del uso del vino y de cualquier alimento que no fuera imprescindible, hasta llegar a poner en peligro su salud y su misma vida.

13. Con tales ejemplos de conducta era lógico que estimulara a la mayoría de sus discípulos a un celo parecido, hasta el punto de que personas importantes —personajes de los gentiles infieles, incluyendo filósofos— se sometían a su enseñanza, aceptando de él la fe en la palabra divina en lo profundo de sus almas con tal sinceridad que muchos de ellos, habiendo sido notables en la persecución de la época, llegaron a ser presos y terminaron en el martirio.

4

Cuántos, habiendo recibido la instrucción de Orígenes, fueron mártires

1. El primero de éstos fue Plutarco, mencionado hace poco. Cuando era llevado a la muerte, faltó poco para que Orígenes, que se hallaba a su lado hasta el mismo final de su vida, fuera linchado por los ciudadanos por considerarle culpable de aquella muerte. Pero también entonces le guardó la providencia de Dios.

2. Después de Plutarco, Sereno es el segundo discípulo de Orígenes que se señala como mártir, el cual por medio del fuego ofreció la prueba de la fe que había aceptado.

3. El tercer mártir de la misma escuela es Heráclides, y el cuarto, Herón. El primero de los dos era un catecúmeno, y este último, un neófito. Ambos fueron decapitados. Hubo otro llamado Severo, conocido como el quinto atleta de la piedad, del cual sostiene la tradición que, tras aguantar numerosas torturas, fue decapitado. De entre las mujeres, una llamada Herais, que, aun cuando era sólo catecúmena, dejó esta vida habiendo recibido, como el mismo Orígenes dice, el sello del bautismo por el fuego (pues fue quemada viva).

5

Acerca de Potamiena

1. El séptimo mártir fue Basíldes, que fue instruido por la bien conocida Potamiena. Se dice mucho acerca de ella y se celebra aún entre los de su tierra, pues tras mantener miles de luchas contra hombres lascivos en defensa de la pureza de su cuerpo y de su virginidad, por la que se distinguía (pues del mismo modo que el vigor de su alma, también la gracia de su cuerpo era floreciente), y habiendo pasado por numerosos sufrimientos, finalmente, después de unos tormentos horribles que atemorizan con sólo mencionarlos, fue muerta por medio de fuego, en compañía de su madre, Marcela⁴.

2. Se dice que el juez (que se llamaba Aquila), tras someterla a terribles tormentos por todo el cuerpo, al final declaró que la entregaría a los gladiadores para afrentarla. Ella, considerándolo en su interior brevemente, e interrogada acerca de su decisión, dio una réplica tal que a ellos les pareció algo impío (pero era al revés).

3. Con las palabras todavía en sus labios al recibir por escrito el contenido de la sentencia, Basíldes, un funcionario militar, la llevó a su ejecución, pero como fuera que la multitud siguiera ultrajándola con palabras desenfundadas, él contenía a los burlones ahuyentándolos, y demostró así misericordia y humanidad para con ella; por lo cual, aceptando ella la compasión que le mostraba, animaba a aquel varón a poner su fe en Dios, diciéndole que ella rogaría a su Señor por él cuando hubiera partido, y dentro de poco le recompensaría por lo que había hecho por ella.

⁴ Puede entenderse, comparando esta afirmación con lo que cuenta después, que el término de ella fue, al fin, más cruel que el de su madre, y que en ambos casos fue empleado el fuego, pues la madre de Potamiena murió abrasada en una hoguera.

4. Una vez dicho esto, hizo frente noblemente a su partida (la cual se produjo según la bárbara sentencia) derramando pez ardiente por las diversas partes de su cuerpo desde los pies a la cabeza.

5. Éste fue el combate que sostuvo la famosa muchacha. Al cabo de mucho tiempo Basíldes, al reclamarle sus compañeros del ejército un juramento por cierta causa, declaró que no podía jurar porque era cristiano y lo confesaba. Primero pensaban que bromeaba, pero como él se opusiera firmemente, lo llevaron ante el juez, y como también delante de éste confesara su negativa, lo pusieron en prisión.

6. Y cuando los cristianos vinieron a él para conocer la causa de este cambio repentino y singular, se dice que respondió que Potamiena se le había aparecido de noche, al tercer día después de su martirio, le había ceñido en la cabeza una corona y le había comunicado que ella, habiendo intercedido gracia para él al Señor, le había sido concedida, y por tanto sería tomado para estar con ÉL dentro de poco tiempo. Al oír esto los hermanos le hicieron partícipe del sello del Señor. Y al día siguiente, tras distinguirse en su fe cristiana, fue decapitado.

7. Se dice que por la época a la que nos hemos referido, muchos de Alejandría acudían en masa a escuchar la palabra de Cristo, porque según ellos se les aparecía Potamiena en sueños y los invitaba a convertirse. Pero sea esto suficiente.

6

Acerca de Clemente de Alejandría

1. Clemente, tras suceder a Panteno, iba dirigiendo hasta entonces la instrucción cristiana, de modo que Orígenes también fue discípulo suyo. Clemente, cuando escribe sus memorias en el libro primero, presenta un cuadro cronológico que termina con la muerte de Cómodo, por lo que es evidente que realizó su obra en tiempos de Severo, época que se relata en el presente escrito.

7

Acerca del escritor Judas

1. También por entonces Judas, otro escritor cristiano, al comentar en su cronología las setenta semanas de Daniel, se refiere al décimo año de Severo. Él también creía que la ponderada aparición del anticristo ya se hallaba cerca: hasta tal punto había confundido las mentes de muchos cristianos el rigor de la persecución contra nosotros⁵.

⁵ No es nada extraño que una persecución tan fiera hiciera suponer a los creyentes de aquel tiempo que Decio era el anticristo de Apocalipsis 13.

8

Acerca del valor de Orígenes

1. Por aquel tiempo, dedicado a la obra de la instrucción en Alejandría, Orígenes realiza un hecho que, aunque propio de un corazón inmaduro y juvenil, también es la mayor prueba de fe y de abnegación.

2. Pues, tomando demasiado literalmente y con una mentalidad muy juvenil: «Hay eunucos que a sí mismos se hicieron eunucos por causa del reino de los cielos» (Mateo 19:12), y, por una parte, creyendo que de este modo cumplía la palabra del Salvador, y, por otra, para excluir entre los fieles toda sospecha de calumnia vergonzosa, ya que, siendo tan joven, conversaba acerca de las cosas divinas no sólo con hombres sino también con mujeres, se dispuso a poner en práctica la palabra del Salvador, preocupándose de que los más de sus discípulos no se percataran de ello.

3. No obstante, no pudo esconder tal obra, a pesar de su deseo, y, en efecto, Demetrio lo supo posteriormente por ser presidente de aquella congregación. Se admiró en gran manera por su valor, y, aceptando su ánimo y la nobleza de su fe, le invitaba a ser valiente y le exhortaba a entregarse ahora con mayor fuerza a la obra de instrucción cristiana.

4. Pero, a pesar de que entonces actuara de este modo, al cabo de no mucho tiempo, como vieron el éxito de aquel distinguido joven, que, llevado por su celo, intentó dirigirse por escrito a todos los obispos del mundo explicándoles sus pasados errores, los obispos más notables de Palestina, o sea los de Cesarea y de Jerusalén, creyendo que Orígenes era digno del pastorado, le impusieron las manos para ordenarlo presbítero.

5. En el precioso momento, pues, en que Orígenes consiguiera tal honor por su fama de virtud y sabiduría nada pequeñas, Demetrio, no teniendo otro medio de acusación, levantó una terrible querrela por el hecho de que Orígenes había llevado a cabo su castración cuando todavía era muy joven, y tuvo la audacia de involucrar en sus acusaciones a los que le habían promovido para el presbiterio.

6. Esto ocurrió poco después de su nombramiento, pero Orígenes se encargaba en Alejandría de la enseñanza divina con todos aquellos que sin preocupación iban a él por la noche, y hasta de día, entregando diligentemente todo su tiempo libre a las ciencias divinas con los que frecuentemente acudían a él.

7. Tras dominar Severo el Imperio durante dieciocho años, le sucede su hijo Antonino. Por aquel entonces uno de los que se portaron varonilmente durante la persecución y que, tras haber confesado su fe, fue guardado en vida por la providencia de Dios, llamado Alejandro (a quien ya mencionamos como obispo de la iglesia de Jerusalén), fue considerado digno de aquel episcopado, a pesar de que Narciso, que lo tenía antes que él, todavía se hallaba en vida tras una valiente confesión de su fe.

9

Acerca de los milagros de Narciso

1. Ciertamente, muchos y diversos milagros recuerdan de Narciso los ciudadanos de aquella región, que fueron transmitidos por tradición a los hermanos que se iban sucediendo. Entre los cuales cuentan la siguiente maravilla hecha por él.

2. Dicen que en cierta ocasión, durante la gran vigilia de la Pascua, faltó el aceite a los diáconos, por lo que un gran desánimo sobrecogió a toda la multitud, pero Narciso mandó a los que cuidaban de las luces que, sacando agua, se la llevaran a él.

3. Después oró sobre el agua y, con la nobleza de su fe en el Señor, ordenó verterla en las lámparas, y, gracias a un maravilloso poder divino que sobrepasa toda explicación, el agua cambió sus características en las del aceite, y gran número de los hermanos presentes lo guardaron durante mucho tiempo (desde entonces hasta hoy). Un poco de ese aceite se muestra como una prueba del milagro que tuvo lugar entonces.

4. Se refieren muchas otras cosas dignas de recuerdo acerca de este varón, entre las cuales está la siguiente. Unos individuos ineptos que no podían soportar la energía y tenacidad de la conducta de Narciso, por el temor de ser apresados o castigados, porque eran conscientes de sus innumerables maldades, se adelantaron a urdir y extender una horrible calumnia contra él.

5. Y para ganarse la confianza de los oyentes afirmaban sus calumnias con juramento: uno juraba que los destruyera Dios por medio del fuego si no era cierta la calumnia; otro, que su cuerpo fuera consumido por una funesta enfermedad; y un tercero, que se quedara ciego. Pero ni siquiera de este modo, por mucho que juraran, ningún fiel les hizo caso gracias a la sensatez de Narciso, la cual brillaba en todo tiempo ante todos por su comportamiento enteramente virtuoso.

6. Pero él, no pudiendo soportar la perversidad de sus calumnias, y también por el deseo que tenía por largo tiempo de dedicarse a la vida filosófica⁶, dejando a la numerosa iglesia, estuvo muchos años escondido en lugares desérticos y desconocidos.

7. No obstante, el gran ojo de la justicia divina no se mantuvo inactivo frente a estos hechos; antes acosó a aquellos impíos en sus mismas maldiciones a que se habían sujetado, perjurando contra sus mismas personas. Efectivamente, el primero, habiendo caído una pequeña chispa en la casa que residía, se incendió, sin ninguna otra causa aparente, y murió abrasado juntamente con toda la familia.

El otro se encontró con su cuerpo invadido por aquella misma plaga que había invocado, desde la planta de los pies hasta la cabeza.

8. El tercero, observando lo sucedido a los primeros y acobardándose ante la inevitable justicia de Dios que todo lo ve, confesó públicamente lo que maquinaron de forma conjunta

⁶ Quiere significar Eusebio un retiro para meditación y oración, pero en su tiempo, como quiera que era una costumbre de los filósofos paganos el practicar tales retiros, el historiador Eusebio usa el término «vida filosófica» para lo que nosotros llamaríamos «retiro espiritual».

los tres, y se consumía en tales llantos y lamentos que perdió la visión. Éstos fueron los castigos que recibieron por causa de sus mentiras.

10

Acerca de los obispos de Jerusalén

1. Tras alejarse Narciso, y no sabiendo dónde se hallara, los dirigentes de las iglesias vecinas creyeron conveniente imponer las manos a otro obispo. Éste se llamaba Theo (o sea, en griego, Dios). No mucho tiempo después le sucedió Germanión, y a éste, Gordio. En tiempos de este último volvió a aparecer Narciso de su retiro como si resucitase. Los hermanos volvieron a nombrarle para la presidencia (o pastorado de la iglesia), pues era admirado por todos, y aún lo era más después de su retirada para la meditación y, principalmente, por el castigo que Dios había dado a sus enemigos.

11

Acerca de Alejandro

1. Cuando Narciso ya no podía ocuparse del ministerio por su avanzada edad, la dirección de Dios llamó a Alejandro, que era obispo de otra congregación, para desempeñar el ministerio junto con Narciso, según una revelación que se le mostró en sueños durante la noche.

2. Por tanto, como guiado por un oráculo, hizo un viaje desde Capadocia, donde fue considerado digno del episcopado por primera vez, a Jerusalén para dedicarse a la oración y movido por el conocimiento que tenía de aquellos lugares. Los habitantes del país le recibieron con la máxima amabilidad y ya no le dejaron volver a su tierra, de acuerdo con otra revelación que también fue manifestada a ellos por una voz que vino claramente a los dirigentes de ellos, que les dio a entender que salieran fuera de las puertas de la ciudad y que aceptaran al obispo que Dios les había predestinado. Después de esto, con el asentimiento común de los obispos que cuidaban de las iglesias circundantes, le obligaron a quedarse de todas maneras.

3. El propio Alejandro, en una carta particular a los antoninos que aún hoy se conserva entre nosotros, hace mención de la presidencia de Narciso, compartida con él, al escribir como sigue hacia el final de la carta: «Os saluda Narciso, quien cuidó antes que yo del puesto episcopal de este lugar, y ahora, cumplidos ciento dieciséis años, está a mi lado en las oraciones y os ruega, del mismo modo que yo, a ser unánimes en la obra del Señor».

4. Todo esto tuvo lugar de este modo. En la iglesia de Antioquía, cuando murió Serapión, le sucedió en el episcopado Asclepiades, que se había destacado por su confesión durante la persecución.

5. Alejandro también hace referencia al nombramiento de éste cuando escribe así a los de Antioquía: «Alejandro, siervo y prisionero de Jesucristo, a la bienaventurada iglesia de Antioquía: Salud en el Señor. El Señor me hizo ligeras y fáciles las cadenas cuando, durante el tiempo de mis prisiones, supe que, de acuerdo con la providencia divina, se había entregado el episcopado de vuestra santa iglesia de Antioquía en manos de Asclepiades, el más digno por su ardiente fe».

6. Alejandro indica que esta carta fue enviada por mediación de Clemente. Hacia el final, escribe así: «Este escrito, queridos hermanos, os lo he mandado por mediación del bienaventurado anciano Clemente, varón virtuoso y estimado, al que vosotros también conocéis y recibisteis. Mientras residió aquí, de acuerdo con la providencia y el cuidado del soberano Señor, fortaleció y acrecentó la Iglesia de Cristo».

12

Acerca de Serapión y las obras suyas que se conservan

1. Acerca de las obras literarias de Serapión, es lógico que se hayan conservado escritos de otras personas, pero a nosotros han llegado únicamente las siguientes: *Carta a Domno*, un creyente del tiempo de la persecución, quien había caído de la fe en Cristo a la superstición judía; y *A Poncio y Carico*, varones eclesiásticos.

2. Y otras cartas dirigidas a otros. También se conserva otro escrito titulado *Acerca del llamado Evangelio de Pedro*, el cual lo hizo en respuesta a las falsedades expresadas en este libro y porque algunos de la congregación de Rosos, con el pretexto de la obra mencionada, se fueron en pos de enseñanzas heterodoxas. Es razonable citar aquí algunas palabras de dicha refutación en las que expone su opinión referente a aquel libro. Dice así:

3. «Efectivamente, hermanos, nosotros también aceptamos a Pedro y a los demás apóstoles, como a Cristo, pero por nuestra experiencia repudiamos los falsos escritos que llevan su nombre, pues somos conscientes de que no conocimos tales obras desde el principio.

4. »Pues yo, cuando estaba con vosotros, supe que todos os manteníais en la fe correcta, y, sin haber leído ese “Evangelio” con el nombre de Pedro que ellos me mostraban, dije: “Si sólo es esto lo que os abate, que se lea”. Pero ahora que veo, por lo que me han dicho, que en su contenido se oculta cierta herejía, me apresuré a volver a vosotros; así que, hermanos, aguardadme en breve.

5. »Nosotros, hermanos, ya hemos encontrado que esa herejía era la de Marción, quien se autocontradecía sin saber lo que decía (os enteraréis de ello por lo que os he escrito).

6. »Pues bien, por otros que usan este mismo “Evangelio”, es decir, por los que sucedieron a los que empezaron a usarlo, a quienes llamaremos *docetas*⁷ (pues la mayoría de sus ideas son

⁷ Los docetas (del griego *dokein*, que significa aparentar) negaban la realidad de la humanidad de Cristo y pretendían que su doctrina era inspirada por Dios. Un Padre tan antiguo como Ignacio de Antioquía (año 110) discutió esta doctrina e insistió en la realidad del cuerpo de Cristo y de sus sufrimientos en la cruz. A pesar de ser combatidos de

de esta doctrina), nos ha sido posible leerlo, porque ellos nos lo prestaron, y encontramos la mayor parte de él de acuerdo con la correcta doctrina del Salvador, pero también ciertas opiniones que son distintas y que exponemos». Esto, acerca de Serapión.

13

Acerca de las obras de Clemente

1. De Clemente se han conservado entre nosotros todos los ocho libros de *Stromateis*, que creyó conveniente titular *De Tito Flavio Clemente, Stromateis de las memorias gnósticas, según la filosofía verdadera*.

2. Y la misma cantidad de éstos son sus tratados titulados *Esbozos*, en los que menciona por nombre a Panteno, como maestro suyo, y explica cuáles son sus comentarios de las Escrituras, y sus tradiciones.

3. De él también hay un *Discurso a los griegos*, *El Protréptico*, tres libros del escrito titulado *El Pedagogo*; otra obra titulada *¿Qué rico se salva?*, y el escrito *Sobre la Pascua*; también discusiones *Sobre el ayuno*, *Sobre la calumnia* y la *Exhortación a la paciencia, o a los recién bautizados*, así como el que lleva el título de *Canon eclesiástico*, y también el titulado *A los judaizantes*, el cual él expuso al aludido obispo Alejandro.

4. Pues bien, en los *Stromateis* se hace un conglomerado no sólo de citas de la divina Escritura, sino también de los griegos, por cuanto creyó que también ellos habían dicho algo de provecho. Y hace mención de las creencias de la mayoría.

5. Exponiendo juntas las ideas de los griegos y las de los paganos extranjeros, corrige las falsas doctrinas de los heresiarcas. Desplegando un largo discurso, demuestra una extensa educación, y junta las ideas de los cristianos con las de los filósofos con toda verdad. El tema del libro coincide bien con su título de *Stromateis*.

6. En estos libros usa citas de las Escrituras discutidas: de los libros llamados Sabiduría de Salomón y *Sabiduría de Jesús, hijo de Sirac*; de la *Carta a los Alebreos*, de las *Cartas de Bernabé*, de *Clemente* y de Judas.

7. También recuerda el discurso de Taciano *A los griegos*, y a Casiano como escritor de una *Cronología*; y a los escritores judíos Filón, Aristóbulo, Josefo, Demetrio y Eupólemo, porque todos éstos mostraron en sus escritos que Moisés y la nación judía eran más antiguos que el origen primitivo de los griegos.

esta manera, los docetas no constituían una secta diferente, sino que formaban parte de las comunidades cristianas existentes, ya que en aquellos tiempos tan primitivos no se habían fijado todavía los términos del cristianismo en concilios de las comunidades cristianas. Tolomeo sostuvo que el Cristo espiritual se separó del Cristo físico antes de la pasión. Los docetistas alegaban que si Cristo era verdaderamente Dios, no podía tener cuerpo real, y a esta idea se inclinaron grandes cristianos como Clemente de Alejandría y Orígenes, pero la mayoría de escritores cristianos se opusieron al docetismo en nombre del principio mismo de la encarnación y la redención. Si Dios se hizo carne y salvó por su muerte a los pecadores, es que realmente era hombre a la vez que Dios. Ésta es la doctrina cristiana, que atribuye a Jesucristo ambas naturalezas. El docetismo desapareció pronto en la historia de la Iglesia.

8. Las obras mencionadas de este varón están colmadas de otras muchas enseñanzas útiles. En la primera obra manifiesta de sí mismo cuán cercano está de la sucesión de los apóstoles, y asegura que escribirá un comentario sobre el Génesis.

9. En su tratado *Sobre la Pascua*⁸ confiesa haber sido instado por sus amigos a transmitir sus discursos por escrito, a fin de que se conservaran para que los que llegaran después pudieran conocer las tradiciones que él pudo escuchar de los más antiguos, y hace mención de Melitón, de Ireneo y otros líderes primitivos, de los que cita algunos textos⁹.

14

De las escrituras que menciona Clemente

1. En las *Hypotyposesis*, por decirlo con brevedad, Clemente hace una relación precisa de toda la Escritura testamentaria, sin olvidar los libros discutidos; me refiero a la Epístola de Judas y a las restantes *Cartas universales*, y la de *Bernabé* y el llamado *Apocalipsis de Pedro*.

2. También afirma que la Epístola a los hebreos es de Pablo, pero que fue escrita a los hebreos en hebreo, y que Lucas la tradujo con gran afán y la entregó a los griegos, y que por esta razón se halla alguna semejanza en el estilo con el de los Hechos de los apóstoles.

3. Y dice que es lógico que no aparezca el acostumbrado «Pablo apóstol» en el título, pues dirigiéndose a los hebreos, que tenían prejuicios contra él y de él desconfiaban, con extrema prudencia, y para no apartarlos ya desde el principio, no puso su nombre.

⁸ El tema de la celebración de la Pascua levantó un gran revuelo desde una fecha tan temprana como el año 120 d. C. y se prolongó durante el resto del siglo II. Los principales Padres de la Iglesia escribieron durante estos años sendos tratados sobre este asunto que mantuvo enfrentadas a las iglesias de Oriente y Occidente. En las iglesias asiáticas, la Pascua era celebrada el mismo día en que lo hacían los judíos, esto es, el día 14 del mes de nisán (con lo cual mantenían una práctica que los acercaba al judaísmo), mientras que las iglesias occidentales, deseosas de encumbrar el día de domingo por respeto a que Jesús resucitó en domingo, la celebraban el domingo siguiente al 14 de nisán. La disputa fue muy intensa, especialmente los últimos años del siglo II, cuando tuvieron lugar diversos sínodos para discutir la cuestión pascual. Al final las iglesias orientales se mantuvieron en celebrar la Pascua juntamente con los judíos, hasta el punto de que Víctor (obispo de Roma) pidió la separación de las iglesias de Asia; pero el conflicto se solucionó aceptando que cada grupo continuara festejando la Pascua según ya era su costumbre. Eusebio trató de este mismo asunto en su Libro V.

⁹ Melitón fue obispo de Sardis en los años 161-180 y escribió un catálogo de sus propias obras, entre ellas una apología dirigida al emperador Cómodo, en la cual argumenta que el Estado y el cristianismo son dos poderes empleados por Dios para beneficio de la humanidad. En otro fragmento citado por Clemente de Alejandría, demuestra que Melitón tomó parte en el problema acerca de la fecha en que debía celebrarse la Pascua, y emplea el ejemplo del cordero pascual como figura de la muerte y resurrección de Cristo.

Ireneo fue otro célebre obispo de Lyon en los años 175-195, probablemente nativo de Esmirna, donde, cuando era niño, tuvo ocasión de escuchar a Policarpo, y actuó como mediador cerca del obispo de Roma, Eleuterio, en favor de los montanistas, cuando estaba probablemente estudiando en Roma. A su vuelta a Lyon sucedió al obispo Potino, que había sido muerto en la persecución del año 177, que él mismo refiere en un documento célebre citado por Eusebio en otro lugar.

Era también obispo o pastor de Viena, y tuvo que enfrentarse con la actividad de los gnósticos, a los cuales dedicó cinco libros titulados *Adversus Haereses*. Ireneo pertenece casi a la Edad Apostólica, a través de Policarpo, que estuvo en relación con el apóstol Juan.

4. Poco después añade: «Pero además, como el bienaventurado anciano decía, ya que el Señor Jesucristo era apóstol del Todopoderoso, enviado a los hebreos, Pablo, enviado a los gentiles, por su modestia, no escribe de sí mismo como apóstol de los hebreos, sino que por reverencia al Señor, al escribir una carta a los hebreos siendo heraldo y apóstol de los gentiles, omite su nombre».

5. En los mismos libros, Clemente también expone una tradición de los anteriores ancianos, referente al orden de los Evangelios, que es del siguiente modo: sostenía que primero se escribieron los Evangelios que contienen las genealogías.

6. «El Evangelio de Marcos tuvo el siguiente origen: cuando estaba Pedro en Roma predicando la palabra y declarando el Evangelio por el Espíritu, los presentes, que eran muchos, pidieron a Marcos, quien por seguirle desde hacía mucho tiempo recordaba sus palabras, que escribiera lo dicho. Tras hacerlo lo entregó a los que se lo solicitaban.

7. »Por su parte, Pedro, cuando lo supo, ni lo prohibió ni lo animó. Y Juan, el último, sabiendo que lo corporal ya se había explicado en los primeros Evangelios, animado por sus discípulos e inspirado por el divino soplo del Espíritu, hizo un Evangelio espiritual». Esto es lo que escribe Clemente.

8. Pero otra vez el mencionado Alejandro, en una carta a Orígenes, menciona a Clemente junto con Panteno como varones amigos suyos, y añade: «Pues esto también, como sabes, era voluntad de Dios, que la amistad procedente de “nuestros padres” se mantuviera inamovible; y aún más, que fuera más ardiente y más segura.

9. »Porque reconocemos como padres a aquellos bienaventurados que fueron antes que nosotros, con los que estaremos en breve: Panteno, el bienaventurado y señor en verdad, y el santo Clemente, quien fue mi señor y me socorrió; y algún otro, si lo hay, como éstos. Por mediación de éstos te conocí a ti, en todo, el mejor amo y hermano».

10. Y así era la situación con referencia a estas cosas. Pero por su parte Adamancio (pues Orígenes también tenía este nombre) escribe en cierto lugar que él vivía en Roma por el tiempo en que Zeferino dirigía la iglesia de los romanos. Dice así: «Anhelando ver la antiquísima de los romanos...». Tras permanecer en Roma por poco tiempo, partió hacia Alejandría.

11. Y allí cumplía con todo fervor sus ocupaciones acostumbradas de enseñanza, hasta el punto de que Demetrio, que era entonces obispo de aquella capital, estimulaba y aun suplicaba con diligencia a Orígenes que fuera de provecho a sus hermanos.

15

Acerca de Heraclas

1. Pero Orígenes, al ver que no podía él solo realizar un estudio más profundo de las cosas de Dios, se puso a investigar e interpretar las Santas Escrituras y, además de instruir a los que acudían a él, que no le dejaban ni respirar yendo unos tras otros a su escuela desde el alba

hasta la noche, dividió a la multitud y escogió a Heraclas de entre sus discípulos (quien era también un varón esforzado en los asuntos de Dios, docto en extremo y no falto de filosofía) y lo instituyó compañero suyo. Le confió la introducción de los recién llegados, guardando para sí mismo el cuidado de los ya iniciados.

16

Cómo Orígenes se había dedicado al estudio de las divinas Escrituras

1. Hasta tal extremo de cuidados llevaba a cabo Orígenes su investigación de las palabras divinas, que incluso aprendió hebreo, se compró las Escrituras originales, que circulaban entre los judíos con los caracteres hebreos, y rastreó las ediciones de otros traductores de las Santas Escrituras, de los Setenta. Y además de las traducciones trilladas y alternantes de Aquila, de Símaco y de Teodoción, encontró otras que, tras seguirles la pista, trajo a luz no sé de qué lugares, donde estaban escondidas desde tiempos antiguos.

2. De estas traducciones, por causa de su oscuridad y por desconocer él de quién fueran, sólo apuntó que una la halló en Nicópolis, cerca de Accio, y otra en un lugar semejante.

3. En las *Hexaplas*¹⁰ de los Salmos, a continuación de las cuatro ediciones conocidas, no sólo expone una quinta traducción, sino también una sexta y una séptima. Acerca de una de éstas se indica que la encontró en Jericó, dentro de una tinaja, en tiempos de Antonino, el hijo de Severo.

4. Recopiló todas estas traducciones en un solo grupo, las distribuyó en porciones y las dispuso unas frente a las otras, juntamente con la versión hebrea, dejándonos de este modo el escrito de las llamadas *Hexaplas*. Separadamente cuidó de la edición de Aquila, de Símaco y de Teodoción, con la de los Setenta, en las *Tetraplas*.

17

Acerca del traductor Símaco

1. Referente a estos traductores ha de saberse que Símaco era ebionita. La herejía así llamada de los ebionitas es la de aquellos que sostienen que Cristo nació de José y de María; creen que fue simplemente un hombre, e insisten en que se debe guardar la ley como los judíos, tal como hemos explicado anteriormente. Incluso hoy aún se conservan *Comentarios* de Símaco en los cuales da la impresión de querer fomentar la herejía aludida, discurriendo

¹⁰ La palabra *Hexaplas* significa seis columnas, y se refiere a una edición del Antiguo Testamento preparada por Orígenes que en seis columnas paralelas ofrecía el texto hebreo en caracteres griegos y las cuatro versiones tradicionales que estaban en uso aquellos días, incluyendo la LXX, la de Aquila y otras.

acerca del Evangelio de Mateo. Orígenes indica que estos libros, además de otras interpretaciones de Símaco acerca de las Escrituras, los consiguió de una tal Juliana, la cual afirma haberlos heredado del propio Símaco.

18

Acerca de Ambrosio

1. Por entonces, también Ambrosio¹¹, que compartía los conceptos de la herejía de Valentín, convencido de su error por la verdad anunciada por Orígenes, como si su mente fuera iluminada por una luz, se adhirió a la doctrina de la ortodoxia eclesiástica.

2. Y muchas otras personas cultas, al ser notoria la fama de Orígenes por todas partes, iban a él para conocer la capacidad de este hombre en las doctrinas sagradas. También muchos herejes y no pocos filósofos de los más destacados se unían a él con celo, y no sólo los formaba en las cosas divinas, sino también en la filosofía de fuera.

3. En efecto, a los que observaba que poseían talento natural los introducía también en los estudios filosóficos: les exponía geometría, aritmética y las demás ciencias básicas, conduciéndolos desde sus herejías aprendidas a los filósofos, siguiendo las obras de éstos y comentando e inspeccionando a cada uno; de modo que aun entre los propios griegos se le consideraba como un filósofo importante.

4. Y a muchos, hasta de los más ignorantes, los introducía en los estudios cíclicos, asegurando que con él éstos dispondrían de no pequeños recursos para la consideración y la preparación de las divinas Escrituras. Por esta causa creía necesaria, principalmente para sí mismo, la práctica de los estudios mundanos y filosóficos.

19

Todo cuanto se dice de Orígenes

1. Son testigos de su éxito en estos temas, de los propios griegos, los filósofos que sobresalieron en su tiempo, en cuyos escritos hallamos frecuentes menciones de este varón, a veces porque le dedican sus tratados, y otras veces porque le llevan sus trabajos personales, como a un maestro, para que se los critique.

¹¹ No hay que confundir este Ambrosio de los tiempos de Orígenes con el famoso Ambrosio obispo de Milán, nacido en el año 339 y fallecido en 397, cincuenta y ocho años después y casi cien años desde que Eusebio escribiese el presente libro. Aquél no necesitó ser vuelto de la herejía a una fe correcta, antes al contrario, fue él quien trajo a san Agustín a la verdadera fe.

2. Pero ¿para qué diremos esto, si Porfirio¹², nuestro contemporáneo que habita en Sicilia, ha redactado unos escritos contra nosotros tratando por medio de ellos de calumniar las Santas Escrituras, y hace mención de los que las editaron, sin poder, en modo alguno, demostrar la más mínima acusación contra las doctrinas, y, carente de argumentos, se dirige a los intérpretes para vituperarlos y calumniarlos, mayormente a Orígenes?

3. Dice que le conoció en su juventud e intenta calumniarlo, pero de hecho, sin darse cuenta, lo recomienda, ya sea confesando la verdad cuando no podía decir otra cosa, ya sea mintiendo cuando creía que quedaría oculto y, de este modo, en ciertas ocasiones lo acusa de cristiano, y en otras alaba su contribución a los estudios filosóficos. Presta atención a lo que dice textualmente:

4. «Algunos, deseando encontrar, no la separación de las Escrituras de los judíos, sino una explicación de ellas, se han dedicado a unas interpretaciones incompatibles y en desacuerdo con lo escrito, presentando, así, una aceptación y un elogio de lo propio antes que una defensa de lo extraño. En efecto, aquello que en Moisés se halla expresado con claridad, ellos se jactan de que son enigmas y, divinizándolos a modo de oráculos llenos de misterios ocultos, tras embaucar con su soberbia el discernimiento del alma, introducen sus interpretaciones».

5. Luego, tras otras palabras, dice: «Y este tipo de absurdo lo sacaron de un varón con quien yo tuve relación siendo muy joven aún, que fue muy apreciado, y todavía lo es, debido a las obras que dejó. Me refiero a Orígenes, cuya gloria se ha esparcido en gran manera entre los maestros de estas doctrinas.

6. »Porque, tras oír a Ammonio, quien ha sido el que mayor contribución ha logrado para la filosofía en nuestro tiempo, obtuvo de su maestro un gran aprovechamiento para la pericia en las doctrinas, pero en lo referente a la recta planificación de la conducta se introdujo en un camino opuesto al de aquél.

7. »En efecto, Ammonio era ciertamente cristiano y sus progenitores lo educaron en las creencias cristianas, y cuando dio con el pensar y con la filosofía, al punto se volvió a un comportamiento de acuerdo con las leyes paganas. Por su parte, Orígenes, griego y educado en las creencias griegas, encalló en la temeridad propia de los ignorantes. Precipitándose en ella se corrompió y corrompió su capacidad en las ciencias. En lo que se refiere a su conducta, vivía como cristiano y en contra de las leyes. Pero no en lo que atañe a sus creencias sobre las cosas y sobre la divinidad.

8. »Tenía tendencias griegas y ponía lo griego en los mitos extranjeros. Pues él seguía siempre a Platón y trataba las obras de Numenio, de Cronio, de Apolófanes, de Longino, de Moderato, de Nicómano y de los varones más insignes de los pitagóricos. Hacía uso de los libros del estoico Queremón y de Cornuto. De ellos aprendió el método alegórico de la interpretación de los misterios de los griegos y lo aplicó a las Escrituras de los judíos».

¹² Porfirio fue uno de los principales opositores a la fe cristiana en el siglo II. Fue alumno, sucesor y editor de Plotino, conocido más bien como historiador de los antiguos filósofos griegos que como filósofo él mismo. Porfirio fue más adelante que Plotino en su oposición a la fe cristiana, y escribió quince libros que se han perdido, pero de los cuales tenemos referencias por las citas de sus opositores cristianos, particularmente de san Jerónimo y san Agustín.

9. Estas cosas dice Porfirio en el tercer libro de los que escribe *Contra los cristianos*. Confirma lo que se refiere a la preparación y a la variada sabiduría de Orígenes, pero miente manifiestamente (¿por qué no había de hacerlo el enemigo de los cristianos?) cuando asegura que éste se convirtió de los griegos, y que Ammonio se apartó de una vida de acuerdo con la religión para volver a una conducta gentil.

10. En efecto, Orígenes guardó las enseñanzas según Cristo que le llegaron desde sus padres, del mismo modo que lo demuestra el anterior relato, y Ammonio guardó íntegros y sin tacha, hasta el último momento de su vida, los aspectos de la filosofía inspirada por Dios, como lo atestiguan de algún modo los trabajos de este varón todavía hoy, el cual es apreciado por la mayoría por causa de las obras que dejó, como la titulada *Acerca de la armonía entre Moisés y Jesús*, y todos aquellos que se hallan entre los amantes del saber.

11. Todo esto queda como prueba de la falsa acusación de este mentiroso, y de la gran experiencia de Orígenes en los estudios de los griegos, experiencia de la que él mismo escribe como sigue en una carta en la que se defendía ante algunos que le acusaban por su afán en aquellas materias:

12. «Pero como fuera que yo me dedicaba a la doctrina, y la fama de nuestra aptitud se extendía y acudían a mí a veces herejes, y otras veces los que venían de ciencias griegas, principalmente de la filosofía, decidí investigar las opiniones de los herejes y todo lo que los filósofos anuncian acerca de la verdad.

13. «Esto lo hice en imitación de Panteno, aquel que aprovechó a muchos antes que yo y que tuvo una preparación nada insignificante en aquellos estudios. También imité a Heraclas, quien ahora es miembro del presbiterio de Alejandría y al cual encontré con el maestro de los estudios filosóficos, con quien ya había estado cinco años antes de que yo empezara a prestar atención a aquellas doctrinas.

14. «Por consejo del maestro se sacó su vestido común, que usara antes, y tomó el traje de filósofo, que aún conserva hasta hoy, y no cesa de estudiar los libros de los griegos todo lo que puede». Esto dice Orígenes en defensa de su estudio de las obras de los griegos.

15. Por entonces, hallándose de visita en Alejandría, se le presentó un soldado que entregó unas cartas a Demetrio, el obispo de la congregación, y al gobernador de Egipto, de parte del gobernador de Arabia, para que con toda urgencia enviaran a Orígenes con el fin de tener una entrevista con él. Y Orígenes acudió a Arabia, pero al cabo de poco tiempo, tras concluir el objetivo de la visita, volvió de nuevo a Alejandría.

16. Durante este tiempo, al estallar otra vez una guerra no pequeña en la ciudad, Orígenes, escapando de Alejandría, fue a Palestina y habitó en Cesarea. Allí los obispos le suplicaron que dirigiera conferencias e interpretara las divinas Escrituras públicamente en la iglesia, aunque todavía no había conseguido el cargo de presbítero.

17. Que esto sucedió así lo indica el escrito de Alejandro, obispo de Jerusalén, y de Teocristo, obispo de Cesarea, referente a Demetrio, en el que se defienden así: «Añade en sus escritos que esto nunca se oyó, ni se lleva ahora a la práctica, que laicos prediquen habiendo obispos presentes. No sé cómo puede decir lo que claramente no es verdad.

18. «Ciertamente, en cualquier lugar que se encuentran aquellos que son aptos para el aprovechamiento de los hermanos, los santos obispos los animan a predicar al pueblo. Del

modo que lo hicieron los bienaventurados hermanos Neón a Evelpis en Laranda, Celso a Paulino en Iconio, y Ático a Teodoro en Sínade. Y es natural que también en otros lugares suceda lo mismo sin saberlo nosotros». De esta manera el hombre aludido, todavía siendo joven, era respetado no únicamente por sus compatriotas, sino incluso por los obispos extranjeros.

19. Pero cuando Demetrio le llamó otra vez por escrito urgiéndole, a través de los diáconos de la iglesia, que volviera a Alejandría, una vez que hubo llegado, llevaba a cabo sus ocupaciones de costumbre.

20

Cuántos tratados se conservan de los de entonces

1. Por entonces se distinguieron numerosos varones elocuentes y eclesiásticos, cuyas cartas, que se mandaban entre ellos, aun ahora se conservan y se pueden encontrar fácilmente. Se han guardado hasta nuestro tiempo en la biblioteca de Elia, dispuesta por Alejandro, quien cuidaba por entonces de la iglesia del lugar, y de ella nosotros mismos pudimos recoger con nuestras propias manos el material para esta obra.

2. Entre éstos, Berilo dejó, juntamente con las cartas, varios hermosos escritos. Él era obispo de los árabes en Bostra. Y lo mismo Hipólito, quien quizás presidiera otra iglesia.

3. También nos ha llegado de Cayo, varón docto en extremo, un *Diálogo* redactado en Roma, en tiempos de Zeferino, contra Proclo, que defendía la herejía catafriga. En este escrito, al reducir a silencio a los adversarios en su tendencia y su osadía en componer nuevas Escrituras, sólo menciona las trece epístolas del santo apóstol y no considera igual a las otras la Epístola a los hebreos, ya que incluso hasta hoy algunos creyentes de Roma no creen que sea de ningún apóstol.

21

Los obispos que fueron famosos en aquellos tiempos

1. Tras reinar Antonino siete años y seis meses le sucede Macrino. Éste continuó durante un año, pero de nuevo tomó el gobierno de los romanos otro Antonino, en cuyo primer año murió el obispo de Roma Zeferino, después de realizar el servicio dieciocho años completos.

2. Después de Zeferino se encarga del episcopado Calixto, que vivió cinco años más y dejó el servicio a Urbano. Luego, tras mantenerse Antonino solo cuatro años, le sucedió como emperador Alejandro en el gobierno de los romanos. Por entonces, Fileto sucede a Asclepiades en la iglesia de Antioquía.

3. No obstante, la madre del emperador, llamada Mamea, mujer piadosísima como ninguna, al extenderse por todas partes la fama de Orígenes, que llegó incluso hasta sus oídos, hizo todo lo posible por ver a este varón tan admirado por todos y tomar contacto con su conocimiento de las cosas divinas.

4. Por tanto, al vivir ella en Antioquía le hizo venir con una escolta de soldados. Pasó con ella cierto tiempo y, después de mostrarle las más cosas posibles para la gloria del Señor, en la virtud de la enseñanza divina, volvió a sus ocupaciones acostumbradas.

22

Las obras de Hipólito que han llegado hasta nosotros

1. Entonces Hipólito hizo, con otros muchos comentarios, el escrito sobre la Pascua, en el que explica un relato de los sucesos ocurridos durante dieciséis años, hasta el primer año del emperador Alejandro.

De las restantes obras suyas, las que han llegado a nosotros son las siguientes: *Sobre el Hexamerón*, *Contra Marción*, *Sobre el Cantar de los Cantares*, *Sobre porciones de Ezequiel*, *Sobre la Pascua*, *Contra las herejías* y muchas más que hallarás conservadas en numerosos lugares.

23

Acerca del celo de Orígenes, y cómo fue considerado digno del presbiterado eclesiástico

1. Desde entonces, Orígenes dio comienzo a su *Comentario* de las divinas Escrituras, porque Ambrosio le estimuló a ello, no únicamente con cuantas exhortaciones encontraba de palabra, sino con generosísimas aportaciones económicas para lo que fuera necesario.

2. Cuando dictaba, tenía disponibles más de siete taquígrafos, que se turnaban según un período de tiempo preestablecido, no menos copistas e incluso algunas jóvenes expertas en caligrafía. Lo que hacía falta para todos ellos lo aportaba generosamente Ambrosio, quien colaboró para el trabajo y el estudio de las revelaciones divinas con un celo indecible, por lo cual animaba a Orígenes a redactar los *Comentarios*.

3. Mientras esto sucedía en los tiempos de Orígenes, falleció Ponciano en Roma, que había sucedido a Urbano y había sido obispo por ocho años. Y en Antioquía, Zebeno sucede a Fileto.

4. Por aquel entonces Orígenes marchó a Grecia y Palestina por asuntos eclesiásticos de urgente necesidad, y al pasar por Cesarea recibió una bienvenida de parte de los obispos de aquella ciudad y la ordenación del presbiterado. Las revueltas que sobrevinieron por este hecho, las decisiones tomadas por los obispos de las iglesias que intervinieron, así como todo lo demás con que Orígenes, en plena madurez, contribuyó en lo que se refiere a la doctrina

divina, es tan extenso que necesita una obra especial y lo hemos descrito más extensamente en el Libro II de la *Apología* que en defensa suya hemos compuesto.

24

Qué escribió Orígenes en Alejandría

1. A esto habría que añadir que en el sexto libro de sus *Comentarios al Evangelio según Juan* señala que los cinco anteriores los compuso estando todavía en Alejandría. Pero de este trabajo sobre todo el mismo Evangelio únicamente nos han llegado veintidós tomos.

2. En el libro noveno de su obra *Sobre el Génesis* (son doce en total) manifiesta que no sólo escribió en Alejandría los que preceden al noveno, sino también los comentarios a los veinticinco primeros salmos, e incluso los *Comentarios a Lamentaciones*, de los cuales nos han llegado cinco tomos, en los que también menciona los escritos *Sobre la resurrección*, que son dos.

3. Y no solamente éstos, sino también los tratados *Sobre los principios* los escribió antes de su partida de Alejandría; y los titulados *Stromateis*, que son diez, los redactó en la misma ciudad, bajo el reinado de Alejandro, como lo demuestran sus anotaciones al comienzo de los tomos.

25

Cómo Orígenes mencionó las Escrituras canónicas

1. Cuando comenta el primer Salmo, hace una exposición de la lista de las Santas Escrituras del Antiguo Testamento, y escribe literalmente como sigue: «Nosotros no debemos ignorar que hay los libros canónicos, los cuales los han transmitido los hebreos y son veintidós, tantos como letras tienen».

2. Poco después añade: «Los veintidós libros, según los hebreos, son los siguientes: El que entre nosotros lleva el título de

GÉNESIS, para los hebreos se llama *Bereshith*, que significa «comienzo», porque el propio libro comienza con las palabras «En el principio».

ÉXODO, en hebreo *Velleshemoth*, que significa «Éstos son los nombres»¹³.

LEVÍTICO, en hebreo *Vayiqra*, que significa «Él llamó».

NÚMEROS, en hebreo *Bamidbar*, que significa «En el desierto».

DEUTERONOMIO, en hebreo *Ele Jadvarim*, que significa «Éstas son las palabras».

¹³ «De los que entraron en Egipto», pero los traductores a las lenguas modernas sustituyeron el título «Nombres de los que entraron», por Éxodo, que significa «salida», pues el tema del libro es más bien un relato de la salida de Egipto que de la entrada de los hebreos en dicho país.

JOSUÉ, en hebreo *Josoue-ben-noum*, que significa «Jesús hijo de Navé».

JUECES Y RUT, en hebreo *Sophtein*, para los judíos «son un solo libro».

1 y 2 REYES (también en un solo libro).

SAMUEL («El escogido de Dios»).

3 y 4 REYES (en un solo volumen), en hebreo *Onammelekdavid*, que es «Reino de David».

1 y 2 CRÓNICAS, en hebreo *Dibré Jayyamín*, esto es «Palabras de los días».

1 y 2 de ESDRAS (en un solo libro), literalmente *Ezrá*, que significa «Ayudador»¹⁴.

SALMOS, en hebreo *Spnar-tbellim*.

PROVERBIOS DE SALOMÓN, *Meloth*.

ECLESIASTÉS, en hebreo *Koeleth*.

CANTAR DE LOS CANTARES, en hebreo *Sirassireim* (no como algunos entienden, «Cantares de los Cantares»).

ISAÍAS, en hebreo *Iessia*.

JEREMÍAS, las Lamentaciones y la carta en un solo libro.

DANIEL, en hebreo *Daniël*.

EZEQUIEL, en hebreo *Iezekiel*.

JOB, en hebreo *Iob*.

ESTER, en hebreo *Esther*.

Y fuera de éstos hay los libros de los Macabeos titulados en hebreo *Sarbeth-sabanaiel*.

3. Así pues, esto es lo que dice en el escrito ya mencionado. Pero en el primer libro de los *Comentarios al Evangelio según Mateo*, conservando el canon eclesiástico, da testimonio de que sólo conoce cuatro Evangelios, cuando dice:

4. «He aprendido, por tradición, acerca de los cuatro “Evangelios”, que son los únicos que no son discutidos en la Iglesia de Dios bajo el cielo, que el primero en ser escrito fue el Evangelio según Mateo, quien habiendo sido durante un tiempo recaudador, después fue apóstol de Jesucristo, y que lo redactó en hebreo y lo publicó para los creyentes procedentes del judaísmo.

5. »El segundo fue el Evangelio según Marcos. Lo hizo del modo que le indicara Pedro, quien en su Epístola universal incluso le proclama hijo suyo, diciendo: “La iglesia que está en Babilonia, elegida juntamente con vosotros, y Marcos mi hijo, os saludan” (1 Pedro 5:13).

6. »Y el tercero, el Evangelio según Lucas, alabado por Pablo y escrito para discípulos procedentes de los gentiles. Además de todos éstos hay el Evangelio según Juan».

7. Y en el quinto libro de los *Comentarios al Evangelio según Juan*, él mismo dice lo siguiente acerca de las cartas de los apóstoles: «Aquel que había sido capacitado para ser servidor del Nuevo Testamento, no lo ha escrito de por sí, sino del Espíritu Santo». Pablo, quien había llevado el Evangelio desde Jerusalén hasta Ilírico, no escribió a todas las iglesias que instruyera, y a las que escribió les envió unas epístolas breves.

¹⁴ El antiguo Esdras incluye Nehemías.

8. Y Pedro, sobre quien se edifica la iglesia de Cristo, contra la cual «las puertas del Hades no prevalecerán» (Mateo 16:18), dejó una única Epístola desconocida. Tal vez también la segunda, aunque es dudosa.

9. ¿Qué es necesario decir acerca de Juan, el que se recostó sobre el pecho de Jesús? Dejó un solo evangelio, a pesar de reconocer que podía componer tantos que no cabrían en el mundo; y también escribió el Apocalipsis, habiéndole sido ordenado callar y no escribir los sonidos de los siete truenos. Dejó también una Epístola de poquísimas líneas.

10. Y tal vez una segunda y una tercera. Porque no todos afirman que sean auténticas. Y, además, ambas no llegan a las cien líneas.

11. Acerca de la Epístola a los Hebreos, distingue en las *Homilias* lo que sigue: «Que el estilo de la escritura de la epístola titulada A los Hebreos no tiene el rudo lenguaje del apóstol Pablo, quien confiesa él mismo que es vulgar en su redacción, es decir, en su estilo, sino que la epístola es más griega que hebrea. Todo aquel que sepa distinguir las diversidades de estilo lo reconocerá.

12. »Y también, que los pensamientos de la epístola son sorprendentes y no menos elevados que los de los escritos admitidos de los apóstoles. Quienquiera que se dedique a la lectura de estas epístolas, estará de acuerdo en que esto es cierto».

13. Tras otros detalles, añade lo que sigue: «Yo, si he de opinar, diría que los pensamientos son de un apóstol, pero que el estilo y la composición son de cierta persona que recuerda las enseñanzas apostólicas, del mismo modo que un discípulo toma nota de lo que dijo el maestro. Así que si una iglesia tiene esta epístola como de Pablo y la tiene en buena estima por esta razón, que lo piense, pero los antiguos no la transmitieron como de Pablo, sino como una lectura buena y provechosa. Esto es todo lo que sé.

14. »A pesar de todo, ¿quién escribió la epístola? Dios, ciertamente, sabe la verdad, pero hasta nosotros ha llegado la noticia de algunos que afirman que la epístola la escribió Clemente, quien fue obispo de los romanos; y otros, que fue Lucas el que escribió el Evangelio y los Hechos, pero esto quede así».

26

Cómo consideraban los obispos a Orígenes

1. Por aquel entonces se distinguía Firmiliano, obispo de Cesarea, natural de Capadocia. Hasta tal punto llegaba su interés por Orígenes que en cierta ocasión lo llamó a su propia región para el beneficio de las iglesias, y en otro momento fue él mismo a Judea, a su casa, y vivió cierto tiempo con él para progresar en los asuntos divinos. Pero no sólo él, sino también Alejandro, el obispo de Jerusalén, y Teocisto, el de Cesarea, se mantuvieron todo el tiempo cerca de él como único maestro, instándole a que se ocupara de la interpretación de las Sagradas Escrituras y del resto de la doctrina eclesiástica.

27

Cómo Heraclas recibió en sucesión el episcopado de Alejandría

1. En el décimo año del reinado aludido, Orígenes marchó de Alejandría a Cesarea, confiando a Heraclas la escuela de instrucción religiosa que había allí. Poco después murió Demetrio, obispo de la iglesia de Alejandría, habiendo permanecido en el servicio de la iglesia durante cuarenta y tres años completos; le sucedió Heraclas.

28

Acerca de la persecución de Maximino

1. Al terminar Alejandro, el emperador de los romanos, sus trece años de gobierno, le sucedió Maximino César, quien, por su odio contra la casa de Alejandro, compuesta de muchos fieles, levantó una persecución, dando órdenes para que sólo se aniquilara a los jefes de las iglesias, como responsables de la enseñanza del Evangelio. Entonces fue cuando Orígenes redactó su escrito sobre *El martirio*, dedicado a Ambrosio y a Protocteco, anciano de la congregación de Cesarea, porque en la persecución ambos fueron tomados por personas peligrosas, nada comunes. Estos dos varones, según sostiene la tradición, se destacaron por su confesión de fe durante el reinado de Maximino, que no duró más de tres años. En el Libro XXII de los *Comentarios al Evangelio según Juan*, de Orígenes, y en varias cartas suyas, se hace referencia a este tiempo de persecución.

29

Acerca de Fabián: cómo fue milagrosamente indicado por Dios como obispo de Roma

1. Después de Maximino, Giordano recibió en sucesión el gobierno de los romanos, y a Ponciano, que había sido obispo de la iglesia de Roma durante seis años, le sucedió Antero, y éste, tras servir en el ministerio por un mes, fue sucedido por Fabián.

2. Se dice que Fabián, tras la muerte de Antero, vino junto con otros del campo y se estableció en Roma, y que en aquel lugar alcanzó el episcopado por gracia divina y celestial del modo más maravilloso.

3. Así pues, estando todos los hermanos reunidos para votar al que había de suceder en el cargo, ya que muchísimos varones ilustres y célebres ocupaban la mente de la mayoría, nadie pensaba en Fabián, que se encontraba allí. No obstante, dicen que en un momento una paloma descendió y se posó sobre su cabeza, imitando, evidentemente, el descenso del Espíritu Santo en forma de paloma sobre el Salvador.

4. Ante este hecho, todo el pueblo, excitado por un unánime espíritu, se puso a gritar con todo entusiasmo que éste era digno, y sin más tardar lo tomaron y le pusieron en el episcopado.

Por aquel tiempo, también tras la muerte de Zebeno, obispo de Antioquía, le sucedió en el oficio Babilas, y en Alejandría, como quiera que después de Demetrio había recibido Heraclas el ministerio episcopal, sucedió a éste, en la escuela de catequesis, Dionisio, otro discípulo de Orígenes.

30

Otros discípulos de Orígenes

1. Muchos acudían a Orígenes mientras él se ocupaba en Cesarea de sus tareas habituales, y no solamente nativos, sino también innumerables discípulos de otros lugares, que dejaban su patria. Entre éstos, los más insignes fueron Teodoro, que más adelante, en nuestro tiempo, fue el famoso obispo Gregorio, y su hermano Atenodoro, a pesar de que ambos estaban embebidos en las filosofías griegas y romanas. Orígenes compartió con ellos su amor por la filosofía, pero los persuadió de cambiar su anterior afán intelectual por la práctica de las enseñanzas cristianas. Vivieron con él cinco años completos, y tanto progresaron en la fe que aun siendo jóvenes fueron tenidos por dignos del episcopado de las iglesias del Ponto.

31

Acerca de Africano

1. Por entonces era famoso Africano, que fue autor de las obras tituladas *Kestoi*. Se conserva una carta suya escrita a Orígenes, en la que duda acerca de si el relato de Susana, en el libro de Daniel, es espurio e inventado. A esta carta Orígenes le dio una completísima respuesta.

2. Del mismo Africano nos han llegado otras obras. Cinco libros de *Cronografías*, realizados con exactitud. En ellos afirma que él personalmente se encaminó a Alejandría por causa de la fama de Heraclas, a quien ya indicamos que, tras destacar muchísimo en la filosofía y otras materias de los griegos, le fue encargado el episcopado de la iglesia del lugar.

3. Se conserva también otra carta del mismo Africano a Arístides sobre la pretendida diferencia entre las genealogías de Cristo en Mateo y Lucas. En esta carta establece con absoluta seguridad la concordancia de los dos evangelistas a partir del relato que llegó a él y que nosotros, tomándolo a su tiempo, lo indicamos en el primer libro de esta obra.

32

Comentarios que Orígenes escribió en Cesarea de Palestina

1. Orígenes por aquel entonces redactaba los comentarios a Isaías y a Ezequiel, de cuyas obras nos han llegado treinta tomos, que van desde la tercera parte de Isaías hasta la visión de las bestias de Ezequiel 5.

2. Estando por aquellas fechas en Atenas, concluye sus comentarios al libro de Ezequiel y comienza el del Cantar de los Cantares, prosiguiendo en ello hasta el libro quinto de su obra. Vuelto a Cesarea, los terminó con el número diez.

3. ¿Para qué haremos aquí una lista de las obras de este varón que precisaba todo un estudio particular? Nosotros las citamos en la biografía del santo mártir de nuestro tiempo, Pánfilo, al referir la magnitud del celo de este insigne varón para los asuntos divinos, lo cual expuse en los catálogos de la biblioteca regida por él, con las obras de Orígenes y de otros autores eclesiásticos. Gracias a estos catálogos, quien lo desee podrá reconocer con toda seguridad los trabajos de Orígenes que han llegado hasta nosotros. Pero ahora seguiremos con el hilo de nuestro relato.

33

Acerca del engaño de Berilo

1. Por el tiempo, Berilo, obispo de Bostra en Arabia, de quien hemos hablado antes, pervertiendo el canon eclesiástico, pretendía introducir elementos extraños a la fe, y osó decir que nuestro Señor y Salvador no existía como un ser real antes de su residencia entre los hombres, y que tampoco tenía divinidad propia, sino sólo la del Padre, que moraba en Él.

2. Ante estas declaraciones, numerosos obispos le interrogaron y dialogaron con él. Orígenes fue llamado con otros, y acudió primero para conversar con Berilo, intentando descubrir su opinión, y cuando supo lo que decía, inmediatamente apreció que no pensaba correctamente y, tras convencerle con razones, lo colocó en la verdad de la doctrina y lo restauró en su primera y sana creencia¹⁵.

3. Y hasta ahora se conservan escritos de Berilo y del sínodo que por su causa tuvo lugar, obras que contienen, junto con el interrogatorio de Orígenes y las conversaciones habidas en su congregación, todo cuanto se trató entonces.

¹⁵ Estos errores doctrinales se han visto reproducidos en épocas posteriores, la más reciente de las cuales es el florecimiento de los llamados «Testigos de Jehová».

La existencia de Jesucristo como persona divina mucho antes de su aparición en este planeta, en una persona de carne humana, el Salvador Mesías, esperado y rechazado por los judíos, es bien demostrable en pasajes del Antiguo Testamento, y sobre todo en las declaraciones evangélicas y apostólicas de Juan 1:16; 8:11-13 y 53-58, así como en Colosenses 1:15-20; Filipenses 2:6-11; 1 Timoteo 3:16 y Hebreos 1:1-4, entre otras. Jesucristo era y es Dios eterno, «el que es y que era y que ha de venir» (Apocalipsis 1:8).

4. Los ancianos de nuestro tiempo han transmitido acerca de Orígenes la memoria de otros innumerables hechos que no mencionaremos porque, en mi opinión, no están relacionados con esta obra. No obstante, cuanto era preciso conocer acerca de él se puede tomar de la *Apología* que a favor suyo hemos escrito el santo mártir contemporáneo nuestro, Pánfilo, y el presente autor, la cual, por causa de los críticos, hemos redactado diligentemente con mucho esfuerzo.

34

Los acontecimientos en tiempos de Felipe

1. Tras acabar Giordano su reinado de seis años enteros sobre los romanos le sucede en el poder Felipe, junto con su hijo Felipe.

Una tradición dice de este último que, profesando ser cristiano, quiso participar en las oraciones que tenían lugar en la iglesia el día de la última vigilia de Pascua, pero el presidente de la congregación no le dejó entrar si no se ponía antes en la lista con los que se tenían como pecadores y se disponían a arrepentirse, pues si no realizaba esto no le aceptaría de ningún modo por las muchas culpas que se le atribuían. Y dicen que obedeció de buen grado, y demostró, por medio de las obras, su sinceridad y buena disposición en el temor de Dios.

35

Cómo Dionisio sucedió a Heraclas en el episcopado

1. Era el tercer año de Felipe cuando, tras partir Heraclas de esta vida después de estar al frente de las iglesias de Alejandría unos dieciséis años, Dionisio tomó el episcopado.

36

Qué otras obras preparó Orígenes

1. Así pues, entonces, como era lógico, al crecer la fe y expresarse nuestra doctrina libremente por todas partes, se dice que Orígenes, puesto que pasaba de sesenta años y que había reunido una gran práctica por su larga preparación, concedió a los taquígrafos transcribir sus conversaciones públicas, cosa que jamás antes había permitido.

2. Por entonces redactó los libros en respuesta al escrito del epicúreo Celso contra nosotros, titulado *Palabra verdadera*, los veinticinco tomos de los *Comentarios al Evangelio según Mateo* y los tomos *Sobre los doce profetas*, de los que únicamente hemos encontrado veinticinco.

3. De él también se conservan una carta al propio rey Felipe, otra a su esposa, Severa, y otra a diversas personas, las cuales hemos reunido en volúmenes especiales, de modo que ya no se desparramen más. Todas las que logramos juntar, conservadas separadamente, rebasan el número de cien.

4. Además escribí a Fabián, el obispo de Roma, y a otros muchos dirigentes de iglesias, sobre su propia ortodoxia. Tienes muestra de estas cosas en el sexto libro de la *Apología* que nosotros escribimos acerca de este varón.

37

Acerca de la división de los cristianos de Arabia

1. Por el tiempo mencionado aparecieron de nuevo en Arabia los promotores de una doctrina ajena a la verdad, quienes declaraban que el alma humana sólo vive durante el tiempo presente y muere al final con los cuerpos y perece con ellos, pero que nuevamente revivirá en el tiempo de la resurrección. Por esto se reunió un sínodo no pequeño y se volvió a llamar a Orígenes, el cual habló públicamente acerca de las cuestiones suscitadas, razonándolo de tal modo que cambiaron sus opiniones los que anteriormente se habían extraviado.

38

Acerca de la herejía de Helcesaitas

1. La herejía llamada de los helcesaitas fue un nuevo engaño, que desapareció tan pronto como empezó. Orígenes lo menciona en una homilía sobre el Salmo 82, diciendo como sigue: «Ha llegado un predicador que se precia de ser embajador de un nuevo conocimiento, ateo e impío, llamado Helcesaitas, que se ha levantado poco ha contra las iglesias. Os explicaré las maldades que afirma, para que no os engañe. Niega algunas cosas de la Escritura haciendo uso de palabras procedentes de todo el Antiguo Testamento y de los Evangelios, pero rechaza las enseñanzas de los apóstoles. Afirma que renegar no importa, y que es sensato, ante la necesidad, renegar con la boca, pero no con el corazón. Además lleva un libro acerca del cual dice que ha caído del cielo, y que quien le preste atención y tenga fe, recibirá el perdón de los pecados, o sea, un perdón diferente del que ofreció Jesucristo.

39

Acerca de los tiempos de Decio

1. A Felipe, que había reinado durante siete años, le sucede Decio. Éste, por causa de su odio contra Felipe, promovió una persecución contra las iglesias.

Al morir Fabián martirizado en Roma, Cornelio le sucedió en el episcopado.

2. En Palestina, Alejandro, obispo de la iglesia de Jerusalén, tuvo que comparecer de nuevo por causa de Cristo ante los tribunales del gobernador de Cesarea, brillando en esta segunda confesión. Sufre la cárcel, aunque ya estaba coronado por las honrosas canas de la espléndida vejez.

3. Tras presentar un testimonio claro y glorioso ante los tribunales del gobernador, murió en la cárcel y Mazabanes es designado sucesor suyo en el episcopado de Jerusalén.

4. Babilas murió en prisión en Antioquía, de un modo semejante a Alejandro, después de su confesión, y Fabio tomó el mando de la iglesia del lugar.

5. Las cosas que acontecieron a Orígenes en la persecución y cómo acabaron, ya que el malvado demonio había puesto en orden de batalla a todo su ejército contra este varón y era atacado con toda la técnica y poder del maligno, que le acechaba de un modo distinto y mayor que del modo como lo hacía contra todos los demás a quienes atacaba en aquel tiempo, muestran que tuvo que soportar tan especiales sufrimientos por la doctrina de Cristo que son inenarrables. Tuvo que sufrir cadenas y torturas corporales en una cárcel profunda, donde le tenían con los pies separados en el cepo hasta el cuarto agujero, y esto por muchos días, amenazándole con que sería quemado. Pero todo lo sobrellevó valientemente hasta que finalizó todo esto (porque el juez se esforzaba astutamente para que no falleciera); y todo lo demás que sufrió lo sabemos por las palabras que ha dejado, llenas de provecho para los necesitados de instrucción y consuelo, en las muchas cartas escritas por este insigne varón, con tanta verdad como exactitud.

40

Acerca de lo que sucedió a Dionisio

1. Lo que concierne a Dionisio lo expondré copiándolo de una carta escrita contra Germán, en la cual, hablando sobre sí mismo, relata lo siguiente: «Yo también hablo en presencia de Dios, y Él sabe que no miento. No me he dado a la fuga procurando mi propio querer, sino el de Dios.

2. »Antes bien, una vez publicada la persecución de Decio Sabino, el gobernador envió enseguida un *frumentario*¹⁶ para buscarme. Yo me quedé cuatro días en casa esperando la

¹⁶ La palabra *frumentario* (expresión copiada literalmente del griego) significa «alguacil» o «policía romano».

llegada del frumentario, pero él iba por todas partes rastreándolo todo, caminos, ríos y campos, donde él suponía que yo me escondía o andaba, pero no hallaba el lugar, porque no pensaba que yo, puesto que era perseguido, me quedase en mi casa.

3. »Y finalmente, después del cuarto día partimos juntos, mis hijos y muchos hermanos, porque Dios me ordenaba que marchara y nos facilitaba el camino milagrosamente. Y que esto fue obra de la providencia de Dios lo manifestaron los sucesos posteriores, en los cuales fuimos útiles para algunos».

4 Después, tras detallar algunos incidentes, indica lo que le sucedió al fin, pues dice: «Yo vine a parar en manos de los soldados junto con los que me acompañaban, a la puesta del sol, y me llevaron a Taposiris; pero Timoteo, gracias a la providencia de Dios, halló la casa desierta y unos siervos custodiándola, y que nosotros habíamos sido llevados presos».

5. Y, después de otras cosas, añade: «¿Y cuál fue el modo de su plan admirable? Pues hay que decir la verdad. Un campesino encontró a Timoteo, que huía atribulado, y quiso saber la razón de su precipitación.

6. » Él le dijo la verdad, y aquél, al escucharlo (se hallaba de camino a un banquete de bodas, pues tienen la costumbre de estar toda la noche en semejantes reuniones), fue y se lo contó a los que estaban en la mesa. Ellos, todos a una, como por una señal convenida, se alzaron y, emprendiendo la carrera, llegaron pronto; cayeron sobre nosotros gritando, y al huir en el mismo instante los soldados que nos custodiaban, vinieron a nosotros tal como estábamos, acostados en camastros sin ropa de cama.

7. »Yo (Dios sabe que al principio pensé que eran salteadores que venían a despojarnos y a robar) me quedé en el lecho (estaba desnudo y sólo llevaba la camisa de lino) y les ofrecí los otros vestidos que estaban cerca de mí. Pero ellos nos mandaron que nos levantáramos y saliéramos rápidamente.

8. »Cuando entendí por qué estaban allí, empecé a suplicarles que se fueran y nos dejaran; les rogaba que si deseaban hacer algo útil se anticiparan a los soldados, que pronto volverían, y que ellos mismos me cortaran la cabeza. Y entre tales súplicas, como saben los que me acompañaban y los que participaron de todo lo sucedido, nos alzaron por la fuerza. Yo me eché al suelo de espaldas, pero ellos, tomándome por las manos y los pies, me sacaron arrastrándome.

9. »Me seguían los testigos de todos estos acontecimientos: Cayo, Fausto, Pedro, Pablo, los cuales, llevándome a cuestas, me sacaron rápidamente de la pequeña población y, montándome a pelo sobre un asno, me hicieron huir». Esto es lo que dice Dionisio referente a sí mismo.

41

Acerca de los que fueron martirizados en la misma Alejandría

1. El mismo Dionisio, en una carta a Fabio, obispo de Antioquía, relata del siguiente modo las luchas de los que fueron martirizados en Alejandría en tiempos de Decio: «La persecución

no empezó entre nosotros por causa del edicto imperial, sino que se adelantó un año entero. Se anticipó en nuestra ciudad el adivino y secreto realizador de tantos males, quien agitó y estimuló contra nosotros a la multitud de los paganos, promoviendo la superstición.

2. »Provocados por él y echando mano a toda licencia para su impiedad, pensaban que únicamente era religión el rito demoníaco de darnos muerte.

3. »Así, al primero que agarraron fue a un anciano llamado Netras. Le ordenaron decir palabras impías, y, como no obedeciera, le golpearon el cuerpo con estacas, y le pincharon el rostro y los ojos con cañas agudas; lo condujeron al arrabal y le lapidaron.

4. »A continuación llevaron ante los ídolos a una mujer creyente llamada Quinta, para forzarla a adorar, pero al volverse ella, horrorizada de lo que le proponían, la ataron por los pies y la llevaron arrastras por toda la ciudad, golpeando su cabeza con el empedrado de piedras de moler, al mismo tiempo que la iban azotando, y una vez en el lugar designado la apedrearon.

5. »Luego, todos a una, se precipitaron sobre las casas de los piadosos, y, cayendo cada uno sobre los que conocían, por ser vecinos, se los llevaban y los saqueaban despojándolos. Apartaban para sí las posesiones más costosas y tiraban las más baratas y hechas de madera para quemarlas en las calles, las cuales presentaban el aspecto de una ciudad tomada por enemigos.

6. »Los hermanos, por su parte, se apartaban y se retiraban, y aceptaban con gozo el pillaje de sus bienes, como aquellos de quienes Pablo da testimonio. Y no sé de nadie hasta ahora que haya renegado del Señor, con la excepción de uno, que cayó.

7. »Entonces también tomaron a la admirabilísima anciana virgen Apolonia. Le hicieron saltar todos los dientes golpeándole las mejillas y, erigiendo una hoguera delante de la ciudad, la amenazaban con quemarla viva si no pronunciaba junto con ellos las declaraciones de la impiedad. Ella, tras solicitar que la soltaran, saltó impetuosamente al fuego y quedó completamente quemada.

8. »A Serapión lo tomaron en su propio hogar y, tras maltratarlo con penosos tormentos y descoyuntarle todos sus miembros, lo lanzaron de cabeza desde la azotea. No nos eran accesibles ni los caminos, ni las vías, ni los desfiladeros, ni de día ni de noche; siempre, y en todo lugar, gritaban todos que si alguien no declaraba las palabras malditas, debía al punto ser arrastrado y abrasado.

9. »Esta situación se mantuvo durante mucho tiempo, pero sucedió que la revuelta política y la guerra civil se volvieron contra ellos, así como la crueldad que habían mostrado contra nosotros. Entonces respiramos un poco por su falla de tiempo y medios para perseguirnos y rápidamente se anunció el cambio de gobierno, que se suponía más propicio para nosotros, y cundió un gran temor entre los que nos amenazaban¹⁷.

¹⁷ Los desmanes del pueblo pagano, incitado por el adivino de la ciudad, se prolongaron por todo un año durante la guerra civil que tuvo lugar entre Felipe y Decio, y cuando llegaron las noticias de la victoria de este último, creyeron los cristianos de Antioquía que el nuevo gobierno sería más favorable a ellos, y por algún tiempo respiraron confiados (pues hay que comprender que en aquellos tiempos no había los medios de comunicación que hoy existen), mientras que los perseguidores se hallaban temerosos hasta que el edicto de persecución que Decio proclamó hizo para los cristianos la persecución mucho peor, por ser oficial y decretada por el nuevo gobierno, del cual los cristianos esperaban mejores cosas.

10. »El edicto había sido tan terrible como fue predicho por nuestro Señor, hasta el punto de que, si fuera posible, incluso los elegidos tropezarían (Mateo 24:22).

11. »Al ocurrir el cambio todos estaban atemorizados y muchos de los más conocidos se presentaron de inmediato con temor; otros, con cargos públicos, eran obligados por sus propios oficios, y otros eran arrastrados por sus conocidos. Llamados por su nombre, acudían a los sacrificios impuros e impíos, unos pálidos y temblorosos, de tal modo que parecía que no iban a hacer sacrificio, sino a ser sacrificados y víctimas para los ídolos, hasta tal punto que el abundante público que los rodeaba se burlaba de ellos, porque era obvio que eran cobardes para todo, para morir y para sacrificar.

12. »Pero otros corrían a los tribunales manteniendo su osadía para sostener que nunca antes habían sido cristianos, a los cuales se refería la ciertísima predicción del Señor, que difícilmente se salvarán los que le nieguen. De entre los paganos todos seguían una de estas dos posturas y otros huían.

13. »De entre los cristianos que fueron apresados durante la vigencia del edicto de Decio, unos, después de llegar hasta las cadenas y la prisión (pues algunos estuvieron encarcelados muchos días), renegaron aun antes de comparecer ante el tribunal, y otros, habiendo resistido algún tiempo en las torturas, luego desfallecieron.

14. »Sin embargo, los firmes y bienaventurados pilares del Señor, fortalecidos por él y echando mano de su poder con una fuerza y constancia dignas de su robusta fe, se convirtieron en testigos admirables de su reino.

15. »De éstos el primero fue Juliano, hombre que sufría gota, hasta el punto de que no podía tenerse en pie ni andar, quien fue llevado con otros dos, uno de los cuales renegó al punto, pero el otro, llamado Cronión y de sobrenombre Eunús, junto con el anciano Juliano, al confesar al Señor, fueron llevados sobre camellos por toda la ciudad, que es muy grande, como sabéis, y, entretanto, eran azotados sobre los animales todo el tiempo. Finalmente, rodeados por todo el pueblo, los abrasaron con cal viva.

16. »Y un soldado que los custodiaba, cuando los llevaron a juicio se opuso a los que los insultaban, pero éstos se pusieron a gritar más fuerte y el valiente luchador de Dios, que se llamaba Basas, fue apresado y, tras vencer en el gran combate de la piedad, fue decapitado.

17. »También a otro, de origen libio, que se llamaba Macar (“feliz” por su nombre y por su don), a quien el juez le animaba mucho para que renegara y no aceptó, lo quemaron vivo. Tras éstos, Epímaco y Alejandro, después de permanecer encarcelados mucho tiempo, pasando por innumerables dolores de garfios y látigos, fueron también fundidos con cal viva.

18. »Juntamente con éstos padecieron también cuatro mujeres. A Ammonaria, una santa virgen, el juez ordenó torturarla mucho por haber declarado por anticipado que no diría nada de lo que él mandara. Y al cumplir ella su promesa fue llevada al suplicio. En cuanto a las otras, la muy venerable anciana Mercuria, y también Dionisia, que era madre de muchos hijos, a quienes no amó más que al Señor, hicieron avergonzar al juez por la ineficacia de su tormento, y éste, al verse derrotado por unas sencillas mujeres, las hizo morir a espada y ya no experimentaron más tormento. Más que éstas había sufrido Ammonaria, a modo de soldado de primera fila.

19. »También fueron entregados los egipcios Heron, Ater e Isidoro, y junto con ellos Dióscoro, un chico de unos quince años a quien intentaron engañar en primer lugar con razonamientos, por parecerles fácil persuadirle, y a continuación con tormentos, pensando que así le podrían hacer desfallecer, pero Dióscoro ni se dejó convencer ni cedió.

20. »A los otros los hizo azotar cruelmente, pero al mantenerse ellos firmes, los entregó por fin al fuego; no obstante, a Dióscoro, maravillado el juez por la manera con que se había distinguido ante el público con las muy inteligentes respuestas que ofreció a sus preguntas, lo soltó con la excusa de que le añadía aquel retraso de tiempo para procurar su arrepentimiento, por causa de su edad. Y ahora el muy piadoso Dióscoro está con nosotros, conservado para una lucha más larga y unos combates de mayor provecho en el futuro.

21. »Cierta Nemesión, también egipcio, fue acusado falsamente de convivir con salteadores, y cuando ya se había librado de esta absurda calumnia ante el juez, en presencia del centurión, fue denunciado por cristiano y mandado encadenar y ser llevado ante el gobernador. Éste, injusto en extremo, lo maltrató con tormentos y azotes en doble número que a los ladrones, y entre ellos hizo quemar al bienaventurado y honrado varón que seguía el ejemplo de Jesucristo.

22. »Todo un cuerpo de soldados, Ammón, Zenón, Tolomeo e Ingenes, y junto con ellos un anciano llamado Teófilo, estaban de pie ante el tribunal mientras se estaba procesando a un cristiano, y cuando éste se inclinaba a renegar, ellos rechinaban los dientes y hacían señas con la cabeza y alzaban las manos y gesticulaban con el cuerpo.

23. »Todos los presentes se volvieron hacia ellos y, antes de que los apresaran, corrieron al estrado diciendo que eran cristianos, de modo que tanto el gobernador como sus consejeros se amedrentaron, y se veía que mientras los que habían de ser juzgados se hallaban confiadísimos, a pesar de lo que suponían que iban a sufrir, los jueces estaban acobardados. Y de esta manera ellos salieron libres del tribunal, gozosos por su testimonio, en el que Dios les condujo triunfantes con gloria».

42

Acerca de otros mártires mencionados por Dionisio

1. Muchos más fueron despedazados por los paganos en las ciudades y en las aldeas, de entre los cuales haremos mención de uno a modo de ejemplo. Isquirón era intendente a sueldo de un magistrado. A éste su señor le ordenó que ofreciera sacrificio; puesto que no obedecía, le ultrajó; y como él se mantenía firme, su amo le insultaba más; y al ver que lo soportaba, tomando un gran bastón lo mató, atravesándole intestinos y entrañas.

2. Y ¿qué habremos de decir de la multitud de los que vagaron por desiertos y montes, y murieron de hambre, de sed, de frío, de enfermedad, presa de ladrones y fieras? Los que de ellos sobrevivieron son testigos de su elección y de su victoria. Expondré a uno como ejemplo de todos.

3. «Queremón era un anciano y obispo de la ciudad llamada Nilópolis. Éste huyó con su mujer a la montaña de Arabia y no volvió, y los hermanos, aunque buscaron por muchos lugares, no lograron encontrar ni a ellos ni sus cadáveres.

4. »Y muchos fueron tomados como esclavos en esa misma montaña de Arabia por los bárbaros sarracenos; de ellos, algunos han sido libertados con dificultad y con mucho dinero, pero otros, todavía no. Estas cosas te las he referido, hermano, no en vano, sino para que sepas cuántos y qué terribles sufrimientos nos han sucedido, y los que lo han sufrido mucho más te contarían».

5. A continuación, tras unas breves palabras, sigue diciendo: «Así pues, nuestros propios mártires, algunos de los cuales ahora son compañeros de Cristo en su reino, partícipes de su juicio y que dictan sentencias con Él, aceptaron a los hermanos que habían sido culpables de haber sacrificado, y consideraron que podía ser aceptable a Aquel que no desea en modo alguno la muerte del pecador, sino el arrepentimiento; por esto los recibieron, los recogieron y les hicieron partícipes de sus oraciones y de sus comidas».

6. ¿Qué nos aconsejáis, pues, hermanos, acerca de esto? ¿Qué haremos? ¿Juntaremos nuestro voto y nuestra opinión y aprobaremos su resolución y su gracia, y nos comportaremos bien con los que ellos compadecieron, o pensaremos que su sentencia fue injusta y nos enfrentaremos nosotros mismos como corregidores de su decisión, y contristaremos su bondad, trastornando el buen orden en la iglesia?»

43

Acerca de Novato: su carácter y su herejía

1. Esto es lo que expone, con buena lógica, Dionisio cuando suscita el tema de los que desfallecieron en el tiempo de la persecución, y precisamente Novato, presbítero de la iglesia de Roma, se mostró arrogante contra ellos, como si ya no hubiera para ellos esperanza de salvación, aunque cumplieron todo lo que lleva a una noble conversión y a una limpia confesión, y se estableció como fundador de una herejía particular compuesta de aquellos que, por la naturaleza de sus razonamientos, se declaraban a sí mismos puros.

2. Por ello se reunió un gran sínodo en Roma, con sesenta obispos y aún más ancianos y diáconos, mientras en las otras provincias los pastores del lugar estudiaban en particular lo que se había de hacer. Se dispuso un decreto para todos: que Novato, junto con los que con él se habían apartado y los que eligieron aprobar la decisión totalmente inhumana y contraria al amor fraternal de aquel hombre, fueran considerados como extraños a la Iglesia. Pero los hermanos caídos en aquella desgracia debían ser sanados y cuidados con los medicamentos del arrepentimiento.

3. Así pues, nos han llegado unas cartas del obispo de Roma, Cornelio, dirigidas al obispo de la iglesia de Antioquía, Fabio, que manifiestan los acontecimientos referentes al sínodo de Roma y a las decisiones de los de Italia, de África y de las regiones del lugar. Hay también

otras, redactadas en latín, de Cipriano y de los que se hallaban con él en África. Por ellas se ve que también ellos compartían la opinión de que era preciso ayudar a los que pasaban por la prueba, y de que lógicamente era necesario anunciar como expulsado de la Iglesia universal al fundador de la herejía y a todos aquellos que se extraviaron por él.

4. A estas cartas acompañaba una de Cornelio sobre las decisiones del sínodo y otra acerca de los hechos de Novato. Nada nos impide exponer una porción de ella para que sepan acerca de él los que lean este escrito.

5. Informando a Pablo sobre el tipo de carácter de Novato, Cornelio escribe así: «Pero a fin de que sepas que este sorprendente personaje ya hacía tiempo que iba aspirando al episcopado y que ocultaba para sí mismo su violenta pasión, usando como cobertura de su locura el haber acogido en el principio a los confesores, quiero contártelo.

6. »Máximo, uno de nuestros ancianos, y Urbano, ambos habían obtenido por dos veces la mejor gloria por medio de la confesión; también Sidonio y Celerino, varones que habían soportado todos los tormentos con la máxima firmeza por la misericordia de Dios (fortaleciendo la debilidad de su carne con el poder de su fe, habían vencido por la fuerza al enemigo); estos hombres, pues, conocieron a Novato, y una vez que descubrieron la malicia que él tenía y su engaño, sus prejuicios, sus mentiras, su insociabilidad y su amistad de lobo, regresaron a la santa Iglesia y expusieron sus maquinaciones y sus actos malvados, que ya tenía desde hacía mucho tiempo, pero que escondía en sí mismo. Allí estaban presentes bastantes obispos y muchos ancianos y laicos, y se lamentaban y se arrepentían de haber abandonado la Iglesia, por poco tiempo, convencidos por aquella bestia falsa y malvada».

7. Luego, después de pocas palabras, dice: «Es sorprendente, amado hermano, el cambio y la transformación que hemos observado en él. Efectivamente, siendo una persona ilustre y que hacía creer con temerarios juramentos que no pretendía el episcopado en modo alguno, de pronto se presenta como obispo, como arrojado en el medio por arte de magia.

8. »Porque este maestro de doctrinas, este campeón del conocimiento eclesiástico, cuando quiso tomar para sí y arrebatarse el episcopado que no le había sido entregado desde arriba, eligió dos compañeros desesperados de su propia salvación, con el fin de enviarlos a cierta parte de Italia, pequeña y sin importancia, y que en aquel lugar engañaran con sus invenciones a tres obispos, hombres incultos y muy inseguros, afirmando violentamente e insistiendo en que era necesario que fueran rápidamente a Roma a fin de que entonces, por su intervención y por la colaboración de otros obispos, se terminara con toda la distensión que había producido.

9. »Cuando ellos llegaron (como ya nos apresuramos a decir), personas demasiado simples para las maquinaciones y la ligereza de estos malvados, fueron encerrados por ciertos hombres semejantes a él y por él perturbados. A la hora décima, cuando estaban borrachos y mareados, los forzó violentamente para que, por medio de una imposición de manos figurada e insolente, le dieran el episcopado, el mismo que ahora reivindica con engaño y astucia, porque no le corresponde.

10. »Uno de ellos, no mucho después, regresó a la iglesia, lamentándose y confesando su pecado. Nosotros le admitimos en comunión como laico porque todo el pueblo que se hallaba presente rogaba por él. En cuanto a los demás obispos, nombramos sucesores suyos a los que enviamos a los lugares donde ellos estaban.

11. »Así pues, este defensor del Evangelio no sabía que debe haber un solo obispo en la Iglesia universal, en la que no desconoce (¿cómo podría hacerlo?) que hay cuarenta y seis ancianos, siete diáconos, siete subdiáconos, cuarenta y dos acólitos, un grupo de cincuenta y dos compuesto de exorcistas, lectores y ostiarios, y también mil quinientas viudas y necesitados, a todos los cuales sostiene la gracia y el amor del Señor para con los hombres.

12. »Ni siquiera una multitud tan grande y tan necesaria en la iglesia, y una cantidad tan rica y en aumento, por la providencia de Dios, juntamente con un pueblo grande e innumerable, pudo apartarlo de semejante desesperanza y caída y llamarlo de nuevo a la iglesia».

13. Y otra vez, después de otras cosas, añade: «Pues bien, mencionamos a continuación con qué obras y con qué conducta confiaba para conseguir el episcopado. ¿Acaso porque desde el principio había crecido en la Iglesia, y porque luchó por ella en muchos combates y, debido a la religión, se encontró en muchos e importantes peligros? Pero nada de esto tuvo lugar.

14. »Para él, ciertamente, el motivo de su creencia fue Satanás, que se acercó a él y había habitado en él bastante tiempo. Y como le ayudaron los exorcistas cuando cayó en una grave enfermedad y él creyera que iba a morir pronto, en la misma cama donde yacía recibió el bautismo por aspersion, si es que es conveniente decir que tal persona lo recibió.

15. »Pero, una vez que hubo escapado de la enfermedad, no cumplió ninguna de las otras cosas de las que se debe participar según la norma de la Iglesia, ni el ser sellado por el obispo. Y si no procuró esto, ¿cómo podía haber recibido el Espíritu Santo?».

16. De nuevo, poco después, dice: «...él, quien por su miedo y su amor por esta vida, en tiempos de la persecución negó que fuera anciano. Porque cuando los diáconos le suplicaban y le animaban para que saliera de la casucha en la que se había encerrado y ayudara a los hermanos en lo que debe y puede hacer un anciano para auxiliar a los hermanos que están en peligro y necesitan socorro, él se hallaba tan lejos de obedecer a las exhortaciones de los diáconos que se fue enojado y se alejó, porque afirmaba que ya no quería ser anciano, pues estaba enamorado de otra filosofía».

17. Omitiendo unas pocas cosas, a todo esto añade lo siguiente: «Así pues, una vez que hubo abandonado este distinguido varón la Iglesia de Dios, en la que había formado su fe y en la que había sido tenido por digno del presbiterio, por la gracia del obispo que le impuso sus manos para la función del presbiterado, a pesar de la oposición de todo el clero, e incluso de muchos laicos, puesto que no era lícito que quien había recibido el bautismo por aspersion en cama (como era su caso) por una enfermedad formara parte del clero, este obispo pidió que se le concediera ordenar sólo a aquel varón».

18. Aún añade algo más, la mayor necesidad de este hombre, como sigue: «Tras hacer la ofrenda, cuando reparte a cada uno su parte y se la da, fuerza a los infelices hombres a jurar en lugar de bendecir. Asiendo con ambas manos las del que va a recibir (su parte), no las suelta hasta que haya jurado diciendo lo siguiente (pues usaré sus propias palabras): “Júrame por la sangre y por el cuerpo de nuestro Señor Jesucristo que jamás me abandonarás para ir en pos de Cornelio.”

19. »Y el infeliz no gusta (de su parte) si antes no se conjura a sí mismo, y en lugar de decir “Amén” cuando toma aquel pan, dice: “No volveré a Cornelio”».

20. Y tras ocuparse de otros asuntos, dice de nuevo: «Debes saber, sin embargo, que ahora está desnudo, y se ha quedado solo, puesto que los hermanos le van abandonando, día tras día, para regresar a la Iglesia. Y el mismo Moisés, que no hace mucho dio entre nosotros un admirable testimonio, cuando aún estaba en el mundo, al ver su locura y osadía lo excomulgó, junto con los otros cinco ancianos que le habían seguido separándose de la Iglesia.

21. Y hacia el final de la carta hace una lista de los obispos presentes en Roma que condenaron la necesidad de Novato, indicando, junto con sus nombres, el de la congregación que cada uno dirigía.

22. También menciona los nombres y el lugar de procedencia de los que escribieron, por no estar presentes en Roma, y dieron su aprobación por carta a la decisión de los anteriores. Esto es lo que escribía Cornelio informando a Fabio, obispo de Antioquía.

44

Relato de Dionisio referente a Serapión

1. A este mismo Fabio, que en cierto modo cedía a la división, y también Dionisio, el de Alejandría, le envió numerosas cartas, principalmente sobre el arrepentimiento, y en los escritos que le dirigió, al narrar las luchas de los que entonces acababan de pasar por el martirio en Antioquía, en medio del relato refiere un asunto asombroso, que será preciso exponer en esta obra, y es como sigue:

2. «No obstante, te explicaré este solo ejemplo, acontecido entre nosotros. Había entre nosotros cierto Serapión, anciano creyente, quien, a pesar de haber vivido durante mucho tiempo irreprochablemente, en la prueba cayó. Éste suplicó (el perdón) muchas veces, pero nadie le prestó atención, porque hasta había sacrificado. Pero enfermó y pasó tres días consecutivos sin voz e inconsciente.

3. »Habiéndose recuperado un poco el cuarto día, llamó a su nieto y le dijo: “¿Hasta cuándo, hijo, me retenéis? Apresuraos, os lo suplico, y liberadme rápidamente. Llamadme a alguno de los ancianos”. Dicho esto, perdió la voz de nuevo.

4. »El niño corrió a casa del anciano, pero era de noche y el anciano estaba enfermo. Ciertamente no podía ir, pero puesto que yo había ordenado que a los que iban a partir de esta vida, si pedían perdón, y principalmente si se daba el caso de que lo habían suplicado con anterioridad, se les concediera, con el fin de que partieran con buena esperanza, dio al chico algo de la Eucaristía, mandándole que la diluyera y la dejara caer a gotas en la boca del anciano.

5. »El niño volvió con ella y, cuando ya estaba cerca, antes que entrara, Serapión volvió en sí de nuevo y dijo: “¿Ya llegaste, hijo?; el anciano no pudo venir, pero tú haz rápidamente lo que se te encomendó y déjame marchar”. El niño hizo la disolución y, mientras la vertía en su boca, Serapión tragó un poquito y al punto entregó su espíritu.

6. »¿No está, pues, claro que fue retenido y se quedó hasta que fuese absuelto y, con el pecado olvidado, pudiera ser reconocido por sus numerosas obras buenas que había realizado?». Esto según Dionisio.

45

Carta de Dionisio a Novato

1. Pero veamos cómo Dionisio también escribió a Novato, quien por aquel tiempo estaba conmoviendo a los hermanos en Roma. Así, puesto que estaba haciendo de algunos hermanos la excusa de su apostasía y de su división, como si ellos le hubieran obligado a llegar hasta tal punto, observa de qué manera escribe: «Dionisio a su hermano Novaciano, salud: Si, como afirmas, fuiste llevado involuntariamente, lo demostrarás volviendo voluntariamente. Porque era necesario sufrirlo todo antes de dividir en dos a la Iglesia de Dios. No es menos glorioso el testimonio producido por no dividirse que el producido por no adorar a los ídolos. A mi parecer, incluso es mayor, porque en éste uno da testimonio por su única alma, mientras que en el otro, por toda la Iglesia. No obstante, todavía ahora, si persuades o fuerzas a tus hermanos para llegar a un acuerdo, mayor será tu corrección que tu extravío. Esto ciertamente no se te imputará, mientras que la otra se te alabará. Pero si te es imposible porque no te obedecen, sálvate salvando tu propia alma. Ruego que estés bien, con la paz en el Señor».

46

Acerca de las otras cartas de Dionisio

1. Esto lo dirige a Novato, pero también escribe una carta *Sobre el arrepentimiento* a los de Egipto, en la que expone sus creencias referentes a los caídos, describiendo distintos grados de transgresiones.

2. También hay una carta suya particular *Sobre el arrepentimiento* escrita a Colón (éste era el obispo de la congregación de Hermápolis), y otra de reprensión dirigida a su grey en Alejandría. Entre éstas está la escrita a Orígenes *Sobre el martirio*. También a los hermanos de Laodicea, a los que gobernaba el obispo Telimidro, y a los de Armenia, a quienes cuidaba como obispo Meruzanes, les envía una carta *Sobre el arrepentimiento*.

3. Además de todas éstas, escribe a Cornelio, el de Roma, tras recibir su carta contra Novato. Le indica implícitamente que él ha sido llamado por Heleno, obispo de Tarso de Cilicia, y por los demás que se hallaban con él: Firmiliano, el de Capadocia, y Teoctisto, el de Palestina, para que acudiera al sínodo de Antioquía, donde varios trataban de afirmar la división de Novato.

4. Además de a éstos, escribe que se le ha comunicado que Pablo había muerto y que Demetrio había sido establecido como sucesor suyo en el obispado de Antioquía. Y escribe acerca del obispo de Jerusalén, usando estas palabras: «Pues el admirable Alejandro, estando prisionero, tuvo una muerte dichosa».

5. Después de ésta se conserva de Dionisio una *Carta acerca del ministerio a través de Hipólito* dirigida a los de Roma; a éstos les escribe otra *Sobre la paz*, y del mismo modo *Sobre el arre-*

pentimiento, e incluso otra *A los confesores*; de ahí que todavía participaban de la creencia de Novato. A ellos mismos, una vez que hubieron regresado a la iglesia, les mandó otras dos cartas. Del mismo modo, mantuvo contacto por escrito con muchas otras personas, y ha dejado variado provecho para aquellos que todavía ahora prestan atención a sus palabras.

HISTORIA ECLESIAÍSTICA: LIBRO SÉPTIMO

Contenido:

Prólogo

- 1 Acerca de la perversidad de Decio y de Galo
- 2 Los obispos de Roma en tiempos de estos dos emperadores
- 3 Cómo Cipriano, junto con sus obispos, fue el primero en decretar que era preciso que los que se convertían del extravío herético debían ser purificados por medio del bautismo
- 4 Cartas que redactó Dionisio acerca de esta cuestión
- 5 Acerca de la paz después de la persecución
- 6 Acerca de la herejía de Sabelio
- 7 Acerca del malvado error de los herejes, de la visión enviada por Dios a Dionisio y de la regla eclesiástica que él recibiera
- 8 Acerca de la heterodoxia de Novato
- 9 Acerca del bautismo impío de los herejes
- 10 La persecución de Valeriano
- 11 Sufrimientos de Dionisio y de los cristianos de Egipto
- 12 Acerca de los que fueron martirizados en Cesarea de Palestina
- 13 Acerca de la paz en tiempo de Galieno
- 14 Los obispos que florecieron en aquel tiempo
- 15 Cómo Marino fue martirizado en Cesarea
- 16 Relato referente a Astirio
- 17 Anulación milagrosa de un falso milagro
- 18 Acerca de las señales de la grandeza de nuestro Salvador que sucedieron en Paneas
- 19 Acerca del trono de Jacobo
- 20 Acerca de las cartas de Dionisio sobre festividades donde se establece la regla pascual
- 21 Problemas espirituales y de orden natural de Alejandría
- 22 Acerca de la peste que tuvo lugar en Alejandría

- 23 Acerca del reinado de Galieno
- 24 Acerca de Nepote y de su división
- 25 Acerca del Apocalipsis de Juan
- 26 Acerca de las cartas de Dionisio
- 27 Acerca de Pablo de Samosata y de la herejía por él suscitada en Antioquía
- 28 Acerca de los obispos ilustres que eran famosos por aquel tiempo
- 29 Cómo Pablo fue redargüido y excomulgado
- 30 Acerca de la refutación que Malquión hace de la doctrina heterodoxa de Pablo
- 31 Acerca del heterodoxo extravío de los maniqueos que empezaba precisamente entonces
- 32 Acerca de los varones eclesiásticos que fueron notables en nuestro tiempo, y cuáles de ellos vivieron hasta el ataque contra las iglesias

Prólogo

El gran obispo de Alejandría, Dionisio, colaborará con nosotros en la redacción del séptimo libro de la *Historia eclesiástica*, mostrándonos sucesivamente, a través de las cartas que dejó, cada uno de los acontecimientos de su época. Mi discurso empezará a partir de esto.

1

Acerca de la perversidad de Decio y de Galo

1. Galo sucede a Decio, quien no reinó dos años enteros porque pronto fue degollado junto con sus hijos. Por entonces muere Orígenes, cumplidos los sesenta y nueve años de vida. Dionisio, cuando escribe a Hermamón, dice lo siguiente acerca de Galo: «No prestó atención Galo a las maldades de Decio ni se puso en guardia contra lo que derribara a aquél, sino que se precipitó sobre la misma piedra que se hallaba ante sus ojos. Cuando al Imperio le iba bien y las cosas se llevaban a cabo con éxito, de acuerdo con sus designios, desterró a los santos varones que intercedían por su paz y por su salud ante Dios. De este modo, además de perseguir a ellos, persiguió también las oraciones hechas para su bien». Esto, acerca de Galo.

2

Los obispos de Roma en tiempos de estos dos emperadores

1. Después que Cornelio desempeñara el episcopado cerca de tres años en la ciudad de Roma, Lucio fue establecido como sucesor, pero éste sirvió en el ministerio poco menos de ocho meses, y cuando murió transmitió su cargo a Esteban. A él es a quien Dionisio escribe su primera carta *Sobre el bautismo*, porque entonces había surgido una cuestión nada insignificante acerca de si era necesario o no purificar por medio del bautismo a los que se convertían de cualquier herejía. Se había mantenido una costumbre antigua: emplear con ellos sólo la oración con imposición de manos.

3

Cómo Cipriano, junto con sus obispos, fue el primero en decretar que era preciso que los que se convertían del extravío herético debían ser purificados por medio del bautismo

1. Fue Cipriano, pastor de la iglesia de Cartago, el principal defensor de la idea de que no se debía admitir a nadie si anteriormente no había sido purificado por medio del bautismo. En

cambio, Esteban, pensando que no habían de hacer ninguna innovación contra la tradición que se había conservado, desde el principio se enojó con él.

4

Cartas que redactó Dionisio acerca de esta cuestión

1. Así, Dionisio trató abundantemente por carta este tema con él, y finalmente le indica que todas las iglesias, en todo lugar, una vez que hubo cesado la persecución, rechazaron el cisma de Novato y recobraron la paz entre ellas. Escribe de este modo:

5

Acerca de la paz después de la persecución

1. «Pero ahora debes saber, hermano, que se han unido todas las iglesias que antes estaban en desacuerdo, las de Oriente e incluso las más alejadas, y que todos los dirigentes en todo lugar son de un mismo sentir, gozosos en gran manera por esta paz imprevista. Demetriano en Antioquía, Teoctisto en Cesarea, Mazabanes en Elía, Marino en Tiro (habiendo muerto Alejandro), Heliodoro en Laodicea (tras fallecer Telimidro), Heleno en Tarso, todas las iglesias de Cilicia, Firmiliano y toda Capadocia. Sólo he nombrado a los obispos más conocidos con el fin de que la carta no sea larga ni pesado el discurso.

2. »Las iglesias de las dos Sirias completas y Arabia (a las que habéis ayudado en muchas ocasiones y a las que ahora habéis escrito), y Mesopotamia, el Ponto y Bitinia, y, para abreviar, todas, en todo lugar, se regocijan por esta unidad y este amor fraternal, glorificando a Dios.

3. »Esto según Dionisio. Pero a Esteban, tras cumplir su cargo durante dos años, le sucede Sixto. Escribiendo a éste su segunda carta *Sobre el bautismo*, Dionisio manifiesta conjuntamente la opinión y la decisión de Esteban y de los restantes obispos». Refiriéndose a Esteban dice esto:

4. «Así pues, él había escrito con autoridad acerca de Heleno, de Firmiliano y de todos los de Cilicia, de Capadocia y, evidentemente, de Galacia y de todos los pueblos con los que limita, que no estaría en comunión con ellos por este mismo motivo, porque, según decía, rebautizaban a los herejes.

5. »Y ten en cuenta la magnitud de la cuestión. Pues, según tengo entendido, se habían dado decretos al respecto en los más grandes sínodos de obispos, de modo que a los que llegaban venidos de las herejías, tras pasar por un catecumenado, se los lavaba y purificaba otra vez de la mancha de su antigua e impura levadura. Y yo le escribí cuestionándole acerca de todo esto».

6. Y, después de otras cosas, dice: «Y a nuestros amados Dionisio y Filemón (copresbíteros nuestros), como primero fueron del mismo parecer que Esteban y me escriben sobre el mismo tema, les he escrito brevemente al principio, y ahora más ampliamente».

6

Acerca de la herejía de Sabelio

1. Esto es todo lo que se refiere a la cuestión aludida. Pero cuando en la misma carta indica acerca de los herejes sabelianos que en su tiempo iban extendiéndose, dice así: «Acerca de la creencia suscitada en Tolemaida de Pentápolis, la cual es impía y encierra muchas blasfemias referentes al Dios Todopoderoso, Padre de nuestro Señor Jesucristo, y mucha incredulidad acerca de su Hijo unigénito, el primogénito de toda creación, el Verbo hecho hombre, y también insensibilidad para con el Espíritu Santo; puesto que de todas partes me llegaban manifiestos y hermanos que discutían, escribí algo, dentro de mis posibilidades y con la ayuda de Dios, exponiéndolo de forma bastante didáctica, de lo que te envió unas copias».

7

Acerca del malvado error de los herejes, de la visión enviada por Dios a Dionisio y de la regla eclesiástica que él recibiera

1. Y en la tercera carta *Sobre el bautismo* (la que el propio Dionisio escribe a Filemón, anciano en Roma) se indica lo que sigue: «Yo también leí las obras y las tradiciones de los herejes y por poco tiempo ensució mi alma con sus malvadas ideas, pero de ellos he sacado este provecho: refutarlos personalmente y abominarlos más intensamente.

2. «Uno de los hermanos, un anciano, me apartaba y me daba miedo porque yo me introducía en el lodo de la perversidad de ellos, pues de hecho yo estaba dañando mi alma, y, como he comprendido, él decía verdad.

3. «Una visión enviada por Dios acudió a mí para fortalecerme, y una voz que se dirigía a mí me ordenó diciendo claramente: “Lee todo lo que tengas en tus manos, pues estás capacitado para enmendar y examinar cada cosa, y esto es tuyo desde el principio y fue el motivo de tu fe”. Yo acepté la visión, la cual concordaba con la palabra apostólica que dice a los más fuertes: “Sed cambistas expertos”¹.

4. Después, dicho algo sobre todas las herejías, prosigue diciendo: «Recibí esta regla y este ejemplo de nuestro bienaventurado padre Heraclas. Porque a los que venían de las herejías, a pesar de que se habían apartado de la Iglesia (y aún más, a los que no se habían apartado, pero que, estando en comunión sólo aparentemente, se les acusaba de frecuentar algunos de los maestros de otras doctrinas), los expulsaba de la Iglesia, y aunque lo suplicaran, no

¹No sabemos a qué palabra apostólica se refiere aquí Dionisio, pues es una cita que no se encuentra en el Nuevo Testamento con estas exactas palabras; pero puede ser una tradición o interpretación de Romanos 15:1, 2: «Así que, los que somos fuertes debemos soportar las flaquezas de los débiles, y no agradarnos a nosotros mismos. Cada uno de nosotros agrade a su prójimo para lo que es bueno con miras a su edificación». El espíritu de la frase parece referirse a esta exhortación apostólica.

los aceptaba hasta que hubieran contado en público todo cuanto habían escuchado entre los enemigos; y entonces los recibía en comunión, sin ser necesario para ellos otro bautismo, porque ya habían obtenido antes de él la santa ceremonia».

5. Otra vez, tras haber tratado el problema extensamente, añade esto: «También he comprendido que no sólo han introducido esto ahora los de África, sino que lo mismo se había decidido mucho antes, en tiempos de los obispos anteriores a nosotros de las iglesias más numerosas y en los sínodos de los hermanos, en Iconio, en Sínade y en muchos lugares. No osaré reanimar sus determinaciones para meterlos en discordia y rivalidad, porque “no cambiarás —se dice— los límites de la propiedad de tu prójimo, que fijaron tus padres”» (Deuteronomio 19:14).

6. Su cuarta carta *Sobre el bautismo* la escribió a Dionisio de Roma, honrado por aquel tiempo con el presbiterado, pero que poco después recibió el episcopado de aquel lugar. Por esta carta se puede apreciar que éste era un hombre docto y admirable, de acuerdo con el testimonio de Dionisio de Alejandría. Éste escribe, tras otras cosas, mencionando a Novato con los siguientes términos:

8

Acerca de la heterodoxia de Novato

1. «Porque a Novaciano lo odiamos, ciertamente con razón, porque quebrantó la Iglesia, arrastró a algunos de los hermanos a la impiedad y a la blasfemia; también puso en circulación una enseñanza sacrílega en extremo sobre Dios, acusó a nuestro bondadosísimo Señor Jesucristo de ser cruel y, además de todo esto, negaba el santo bautismo, destruía la fe y la confesión que proceden del bautismo, y echaba completamente fuera de ellos al Espíritu Santo, incluso cuando había alguna esperanza de que permaneciera o de que regresara a ellos».

9

Acerca del bautismo impío de los herejes

1. La quinta carta también la escribió al obispo de Roma, Sixto. En ésta, tras mencionar muchos puntos contra los herejes, expone como sigue algo que tuvo lugar en su tiempo; dice así: «Pues, hermano, también yo requiero un consejo y pido tu opinión sobre un problema que se me ha presentado y tengo miedo de equivocarme.

2. »Porque uno de los hermanos admitidos a la comunión, fiel, antiguo, según pensábamos pertenecía a la asamblea anteriormente a mi nombramiento, y creo que incluso antes de la institución del bienaventurado Heraclas, encontrándose junto a los recién bautizados, y tras escuchar las preguntas y respuestas, acudió a mí llorando y lamentándose, y cayendo a mis

pies, confesaba y lloraba jurando que el bautismo con el que había sido bautizado entre los herejes no era éste y que nada tenía en común con él, porque aquél estaba colmado de impiedad y de blasfemia.

3. «Decía que su alma estaba completamente traspasada y que le faltaba confianza para alzar los ojos ante Dios por haber participado de aquellos dichos y aquellos actos sacrílegos, y por esta razón suplicaba se le concediera esta purificación, esta aceptación, esta gracia incontaminada.

4. «Que es lo que yo no me atreví a hacer. Le dije que para esto era suficiente la comunión de la que participaba desde hace tanto tiempo. Porque yo no me atrevería a volver a preparar desde el principio a quien ha escuchado la eucaristía, ha asentido junto con los demás con el amén, ha estado ante la mesa, ha tendido las manos para recibir el alimento sagrado, lo ha recibido y ha participado del cuerpo y de la sangre de nuestro Señor bastante tiempo. Antes, lo animaba a que se fortaleciera y se acercara a tomar parte de las cosas santas con fe firme y buena esperanza.

5. «Pero él no para de llorar, tiembla cuando se acerca a la mesa y, tras habérselo rogado, apenas soporta estar de pie junto con nosotros en las oraciones».

6. Además de las ya mencionadas se conserva otra carta suya *Sobre el bautismo*, la cual él y la congregación que gobernaba dirigen a Sixto y a la iglesia de Roma. En esta carta expone, en una larga demostración, la doctrina referente a la cuestión planteada. Además de éstas también se conserva de él otra sobre Luciano dirigida a Dionisio de Roma. Esto es todo lo que hay acerca de ellos.

10

La persecución de Valeriano

1. Suprimida la familia de los Galo por una sublevación cuando aún no había tenido el mando dos años enteros, le sucedieron en el poder Valeriano y su hijo Galieno.

2. El juicio de este suceso nos lo ofrece Dionisio en la carta escrita a Hermamón, en la que cita este texto del Apocalipsis, diciendo: «También a Juan se le reveló lo que había de suceder diciendo que se le dio a la bestia una boca que hablaba grandes cosas y blasfemias; y se le dio autoridad para gobernar durante cuarenta y dos meses» (Apocalipsis 13:5).

3. Ambas cosas ocurrieron en Valeriano; y lo más notable es cómo se comportaba al principio, cuán dulce y amable era con los servidores de Dios, porque antes de él ningún emperador los trató tan propicia y favorablemente, ni siquiera los que públicamente son llamados cristianos, de modo que al principio se mostraba con una familiaridad y una amistad extremas cuando los recibía, y toda su casa estaba repleta de hombres piadosos y era una iglesia de Dios.

4. Pero le convenció para que se desembarazara de ellos el maestro y sumo director de los magos de Egipto, y le mandaba que matara y persiguiera a los puros y santos varones, por ser

adversarios y estorbo de sus malvados y abominables hechizos (porque son, y eran, capaces de arruinar las maquinaciones de los perversos demonios con su presencia, con su mirada y con sólo su respiración y con su voz), y le sugería llevar a cabo celebraciones impuras, sortilegios malditos y ritos de mal presagio, degollar desafortunados niños, sacrificar a hijos de desgraciados padres, abrir entrañas de recién nacidos y cortar y despedazar las criaturas de Dios, como si hubiesen de ser felices a causa de estas cosas.

5. Y a estas cosas añade lo que sigue, diciendo: «Así pues, Macriano les ofreció hermosos sacrificios de acción de gracias por el reinado que esperaba. Quien primeramente estuviera encargado de las cuentas universales del emperador no pensó nada lógico ni universal, sino que cayó en la perdición del profeta que dice: “¡Ay de los que profetizan de su propio corazón y no miran a lo universal!”».

6. »Efectivamente, no comprendió la providencia universal ni tuvo temor del juicio de Aquel que está antes que todas las cosas, por medio de todas las cosas y sobre todas las cosas, por lo que también se hizo enemigo de la Iglesia universal, se apartó y se desterró a sí mismo de la misericordia de Dios, y se escapó lo más lejos posible de su propia salvación, con lo que confirmó la verdad de su mismo nombre»².

7. Y, tras otras cosas, de nuevo dice: «Porque Valeriano, ciertamente impulsado por éste a tales hechos, recibió insultos y ultrajes de acuerdo con las palabras de Isaías: “Porque ellos escogieron sus propios caminos y sus propias abominaciones, que su alma amó, también yo escogeré para ellos escarnios, y les recompensaré sus pecados»³.

8. »Pero éste (Macriano), a pesar de no ser digno del Imperio, enloquecía por él, y no pudiendo ponerse el atavío imperial por causa de su cuerpo lisiado, presentó a sus dos hijos, que de este modo recibieron los pecados paternos. Porque en ellos se evidenció la predicción de Dios: “Yo castigo la maldad de los padres sobre los hijos hasta la tercera y cuarta generación de los que me aborrecen”⁴.

9. »Efectivamente, sus propias malvadas maquinaciones, que fueron frustradas, las lanzó sobre las cabezas de sus hijos, y así les imprimió su propia maldad y su odio contra Dios». Esto es lo que Dionisio indica acerca de Valeriano.

² Según la etimología, el nombre de Macriano se deriva de *macro*, largo o lejano, que le vino bien a Eusebio para enfatizar el severo juicio que Dios ha anunciado en contra de los malvados.

³ Isaías 66:3-6.

⁴ Efectivamente, escribe Baronio en sus anales, año 257 de Cristo, cap. 7, pues habiendo reinado Valeriano cerca de siete años, trató benévolamente a los cristianos durante sus primeros tres años, pero en el segundo trienio desencadenó la persecución, siguiendo los consejos del mago Macriano, quien por ser cojo él mismo no podía aspirar al título de emperador en el pueblo romano, donde el aspecto físico se valoraba tanto, y trató de que pudieran serlo sus hijos Macriano el joven y Quieto, que no lograron imponerse a las fuerzas de Galerio y fueron derrotados y muertos: Macriano en 261 junto con su padre, y Quieto el 262, cumpliéndose así Éxodo 5:20.

11

Sufrimientos de Dionisio y de los cristianos de Egipto

1. Acerca de la gravedad de la persecución de su tiempo y de lo que sufrieron él y otros cristianos, nos lo explica en sus propias palabras por lo que escribió a Germán, un obispo que intentaba acusarlo falsamente, y su narración demuestra lo que tuvieron que sufrir él y otros cristianos del norte de África por su piedad para con el Dios del universo. He aquí cómo lo expresa:

2. «Corro el peligro de parecer loco o tonto si se me obliga a relatar los maravillosos hechos de Dios para con nosotros. Pero como se dice que “es bueno encubrir el secreto del rey, pero muy glorioso descubrir las obras de Dios”⁵, me enfrentaré con las calumnias que puedan producirse.

3. «Yo no acudí solo en queja al gobernador Emiliano, sino que venían conmigo mi copresbítero Máximo y los diáconos Fausto, Eusebio y Queremón, y uno de los hermanos de Roma que estaba de visita también vino con nosotros.

4. «Emiliano no me ordenó de entrada “No te reúnas”, porque esto era superfluo y lo último para él, sino que se dirigió a lo principal. Efectivamente, su pensamiento no era que nosotros no nos reuniéramos con otros, sino que ni siquiera nosotros mismos fuéramos cristianos, y por ello nos encomendaba que cesáramos de serlo, creyendo que si yo cambiaba, los otros también me seguirían.

5. «Pero yo respondí algo no muy diferente de lo que leemos en los Hechos de los Apóstoles 5:29: “Es necesario obedecer a Dios antes que a los hombres”, y públicamente di testimonio de que yo adoro al Dios único y a ningún otro, que no iba a cambiar ni jamás cambiaría ni cesaría de ser cristiano. Después de esto nos mandó que nos fuéramos a una aldea cerca del desierto llamada Cefró.

6. «Pero oíd lo que fue dicho a ambos, según quedó registrado.

Introducidos Dionisio, Fausto, Marcelo y Queremón, Emiliano, el gobernador, dijo: “Dialogué con vosotros verbalmente sobre la amabilidad que los emperadores, nuestros señores, usan con vosotros.

7. »”Porque os han dado oportunidad para salvaros si vosotros desearais volveros a lo que es propio y del todo lógico: adorar a los dioses salvadores de su Imperio y olvidaros de lo ilógico de vuestra religión. ¿Qué respondéis, pues, a esto?, porque confío que no seréis desagradecidos para con esa bondad suya, ya que nos anima para lo mejor”.

8. «Dionisio respondió: “No todos adoran a todos los dioses, sino que cada uno adora a aquellos que cree que lo son. Nosotros, pues, adoramos al único Dios y Creador de todas las cosas; al que confió el Imperio en manos de los augustos Valeriano y Galiano, amados en extremo de Dios, a Éste veneramos y adoramos, y a Él hacemos continuamente nuestras súplicas por el reinado de ellos, para que permanezca firme”.

⁵ Este refrán se encuentra en el libro de Tobías, capítulo 12, versículo 7.

9. »Emiliano, el gobernador, dijo: “¿Quién os impide adorar también a Éste, si es Dios, junto con los dioses que lo son por naturaleza? Porque se os ordena venerar a los dioses que todos conocen”. Dionisio respondió: “Nosotros a ningún otro adoramos”.

10. »El gobernador Emiliano les dijo: “Veo que vosotros, además de desagradecidos, sois también insensibles a la paciencia de nuestros augustos. Por ello no estaréis en esta ciudad, sino que seréis deportados a las regiones de Libia, en un lugar llamado Cefró. Es el lugar que escogí por mandato de nuestros augustos, y en modo alguno os será posible, ni a vosotros ni a cualquier otro, hacer reuniones ni entrar en los llamados cementerios.

11. »”Pero si se hallare que alguno no estuviera en el lugar donde se le ordenó o se le encontrara en reunión con alguno, atraerá el peligro sobre sí mismo. Porque ciertamente no faltará la vigilancia oportuna. Apartaos, pues, a donde se os ordenó”. Y, a pesar de que yo estaba enfermo, me hizo salir a toda prisa, sin ni siquiera aplazarlo por un día. ¿Cómo iba yo a tener tiempo para convocar o no un culto clandestino?». Luego, tras otras cosas, dice:

12. «Pero, con la ayuda del Señor, no nos abstuvimos ni de celebrar reuniones visibles, sino que, por una parte, reunía a los de la ciudad con gran afán, como si me hallara junto con ellos, “ausente en cuerpo”, dice, “pero presente en espíritu”, y, por otra parte, acudió a Cefró para habitar con nosotros en una iglesia numerosa; algunos hermanos nos seguían desde la ciudad y otros se unieron a nosotros desde Egipto. Y allí Dios nos abrió una puerta para la Palabra.

13. »Es cierto que al principio fuimos perseguidos y apedreados, pero al final no pocos paganos, dejando los ídolos, se convirtieron a Dios. No habían recibido la Palabra con anterioridad, y entonces, por primera vez, se sembraba entre ellos por medio de nosotros.

14. »Parecía que Dios nos llevó allí para esto, porque una vez que cumplimos este servicio, nos apartó de nuevo. Efectivamente, Emiliano decidió trasladarnos a regiones más escabrosas de Libia, y ordenó que los de todo lugar acudieran a Mareota, tras haber fijado para cada uno una aldea de la región. Mas a nosotros nos situó principalmente en el camino, para tomarnos también los primeros, pues era manifiesto que lo estaba organizando y preparando todo para que, cuando quisiera prendernos, nos tuviera a todos fáciles de atrapar.

15. »Y yo, cuando se me ordenó que partiera hacia Cefró, incluso sin saber dónde se hallaba ese lugar, porque ni siquiera el nombre lo había oído antes, de todos modos, me fui de buen grado y tranquilo. Pero cuando se me informó que tenía que trasladarme a la región de Colución, los que estaban presentes saben cómo me afectó (en esto me acuso a mí mismo).

16. »Al principio me entristecí y me enojé en exceso, porque, a pesar de que estos lugares nos resultaban más conocidos y familiares, se decía que la región estaba desprovista de hermanos y de hombres honrados; en cambio, se hallaba expuesta a las perturbaciones de los transeúntes y a los ataques de los salteadores.

17. »No obstante, conseguí animarme cuando los hermanos me recordaron que estaba más cercana a la ciudad y que aun Cefró nos había aportado muchos contactos con los hermanos procedentes de Egipto, hasta poder tener allí iglesias de mayores dimensiones. Al estar más cerca de la ciudad, habíamos de disfrutar más constantemente de la visita de hermanos amadísimos, así como de familiares y amigos con los que podríamos gozar de una amistad más estrecha, porque vendrían y se hospedarían en nuestras casas, y que en los barrios más alejados habría reuniones parciales. Y así fue».

18. Y después de otros detalles escribe de nuevo como sigue, refiriéndose a lo que le aconteció: «Germán se vanagloria de muchas confesiones. Ciertamente puede decir que mucho fue lo que hubo contra él, pero lo mismo se puede contar de nosotros: sentencias, confiscaciones, inscripciones, despojo de los bienes, destitución de dignidades, negligencia de la gloria mundana, desdén por las alabanzas de gobernantes y de senadores, y oposición de éstos; sobrellevar amenazas, gritos, peligros, persecuciones, vida errante, apuros y todo tipo de opresiones fue lo que me aconteció bajo Decio y Sabino, y hasta ahora con Emiliano.

19. »Pero ¿dónde se manifestó Germán? ¿Qué escrito hay acerca de él? Pero acabo con esta locura de alabarme en la que he caído por culpa de los sucesos de Germán, y también por esto dejo de contar a los hermanos, que ya lo saben, el relato minucioso de lo sucedido».

20. También el mismo Dionisio, en la carta dirigida a Domecio y a Dídimo, hace mención de lo acontecido durante la persecución, con las siguientes palabras: «Es inútil, por ser muchos y conocidos, daros una lista de los nombres de los nuestros; no obstante, sabe que hubo hombres y mujeres, jóvenes y viejos, doncellas y ancianas, soldados y civiles, y de toda clase y toda edad, los cuales, siendo vencedores, unos por azotes y por fuego y otros por hierro, recibieron sus coronas.

21. »A otros, sin embargo, no les ha sido concedido suficiente tiempo como para mostrarse aceptables al Señor. Lo mismo que yo hasta ahora, según parece, por lo que me ha cuidado para el momento indicado, el mismo que dice: «En tiempo aceptable te oí, y en el día de salvación te ayudé» (Isaías 49:8 y 2 Corintios 6:2).

22. »Ya que preguntáis acerca de nuestra situación y queréis saber cómo vamos, ciertamente ya oísteis cómo nos llevaron cautivos un centurión y otros oficiales con los soldados y criados que los acompañaban, a mí, a Cayo, a Fausto, a Pedro y a Pablo; llegando algunos de Mareota, se los llevaron contra nuestra voluntad, y al no seguirlos nos arrastraban violentamente.

23. »Pero ahora yo, Cayo y Pedro, huérfanos de los demás hermanos, estamos encerrados en una región desértica y seca de Libia, alejados de Paretonio a tres días de camino».

24. Poco más abajo dice: «Pero en la ciudad están ocultos, visitando a los hermanos, por una parte, los ancianos Máximo, Dióscoro, Demetrio y Lucio (porque los más famosos en el mundo, Faustino y Aquilas, van errantes por Egipto), y por otra parte los diáconos que sobrevivieron a los que perecieron en la isla: Fausto Eusebio y Queremón. Eusebio, aquel a quien Dios desde el principio fortaleció y preparó para realizar fervorosamente el servicio de los confesores encarcelados y llevar a cabo, no sin peligro, el enterramiento de los cuerpos de los bienaventurados mártires.

25. »Porque incluso hasta ahora el gobernador no cesa de matar, como ya dije, a algunos de los que le son traídos, de consumir a otros en torturas y de aplastar a otros en cárceles y prisiones, mandando que nadie se les acerque, e investigando si aparece alguno. Y, a pesar de ello, Dios sigue aliviando a los oprimidos debido al ánimo y la persistencia de los hermanos».

26. Esto dice Dionisio. Pero hay que saber que Eusebio, al que llamó diácono, poco después fue nombrado obispo de Laodicea de Siria. Y Máximo, que entonces era anciano, se dice que sucedió al mismo Dionisio en el servicio de los hermanos en Alejandría. Pero Fausto,

quien entonces se distinguió con él en su confesión, ha sido guardado hasta la persecución de nuestro tiempo y, ciertamente envejecido y cargado de días, ha cumplido su martirio en nuestra época, decapitado. Esto es lo que aconteció a Dionisio en aquel tiempo.

12

Acerca de los que fueron martirizados en Cesarea de Palestina

1. Durante la aludida persecución de Valeriano, tres fueron notables en Cesarea de Palestina por su confesión de Cristo y se adornaron con el martirio divino, siendo arrojados como alimento a las fieras. De ellos, uno se llamaba Prisco; otro, Malco, y el tercero, Alejandro. Se dice que estos hombres vivían en el campo y que al principio se reprochaban entre ellos por su negligencia y cobardía al no procurar alcanzar los premios que la desatada persecución proporcionaba a los que luchaban por la fe con celestiales deseos, y por no apresurarse a obtener la corona del martirio. Dicen también que, tras discutir de este modo, fueron a Cesarea, se personaron ante el juez y alcanzaron el final previsto. Cuentan también que además de éstos, y en la misma persecución, una mujer mantuvo el mismo combate, mas una tradición asegura que ella era de la herejía de Marción.

13

Acerca de la paz en tiempo de Galieno

1. Pero al cabo de mucho tiempo, hecho prisionero Valeriano por los bárbaros y tras sufrir la esclavitud, reinó su hijo y llevó el gobierno con mayor sobriedad. Al punto acabó, por medio de edictos, con la persecución contra nosotros, y mandó por un decreto a los que ejercían el ministerio de la palabra que realizaran su labor con toda libertad. El edicto rectificador era como sigue: «El emperador César Publio Licinio Galieno Pío, Félix Augusto, a Dionisio, Pina, Demetrio y a los restantes obispos. He ordenado que la indulgencia de nuestro beneficio se extienda por el mundo entero, de modo que proteja los lugares de culto, y por ello también vosotros podáis hacer uso de mi réplica, de manera que nadie os moleste. Y que podáis volver a obtener vuestros derechos dentro de lo posible, puesto que hace ya mucho tiempo que consentí en ello⁶, por lo que Aurelio Cirinio, quien se encarga de los asuntos supremos, guardará las órdenes dadas por mí». Reste esto aquí; pero, para mayor claridad, diré

⁶ Parece que, aún en vida de su padre Valeriano, Galieno se había atrevido a dar a oficiales subalternos órdenes de tolerancia y buen sentido que paliaban las atrocidades ordenadas por su padre. Es de notar que este edicto general de tolerancia es tanto más valioso por hallarse Valeriano todavía en vida, aunque esclavo de los bárbaros del norte, pues en el caso de que recobrara su libertad —posibilidad que siempre existía— podían cambiarse las cosas, pero posiblemente Galieno sentía que la opinión pública y del ejército repudiaba la política opresora de su progenitor.

que se conserva traducido del latín. Del mismo emperador hubo otra orden dirigida a otros obispos y en la que concede la recuperación de los lugares llamados cementerios.

14

Los obispos que florecieron en aquel tiempo

1. Por entonces la iglesia de Roma todavía la regía Sixto, y Demetriano la de Antioquía, después de la muerte de Fabio. En el Ponto, Firmiliano presidía la de Cesarea de Capadocia. Además de éstos, regían las iglesias de Ponto Gregorio y su hermano Atenodoro, discípulos de Orígenes. En Cesarea de Palestina, tras partir Teoctisto de esta vida, le sucede en el episcopado Domno, pero como éste sobreviviera poco tiempo, fue nombrado sucesor Teocteno, contemporáneo nuestro, que también era de la escuela de Orígenes. En Jerusalén, muerto Mazabano, le sucede Himeneo en el trono, quien ha sido notable por muchísimos años en nuestro tiempo.

15

Cómo Marino fue martirizado en Cesarea

1. Por ese tiempo, aunque las iglesias estaban en paz en todo lugar, en Cesarea de Palestina, Marino, un funcionario militar ilustre por su familia y sus riquezas, fue decapitado por el testimonio de Cristo. El motivo fue como sigue:

2. Entre los romanos hay una insignia, la vara de lictor, de la cual dicen que quienes la obtienen se convierten en centuriones. Hallándose, pues, vacante una plaza, según el escalafón le correspondía a Marino esta promoción, y cuando ya iba a tomar tal dignidad, acudió otro ante el tribunal declarando que, de acuerdo con las leyes antiguas, Marino no podía participar de los cargos romanos porque era cristiano y no sacrificaba a los emperadores, y que el puesto le correspondía a él.

3. Ante esta situación se incomodó el juez (que se llamaba Aqueo) y primero preguntó a Marino cuál era su parecer, pero cuando se percató de que mantenía su confesión de ser cristiano, le dio un intervalo de tres horas para meditar.

4. Fuera del tribunal, fue a él Teocteno, obispo de aquel lugar, y acercándosele y tomándole de la mano, lo llevó a la iglesia. En el interior, situado delante del mismísimo santuario y alzándole un poco la clámide, le mostró su espada, que estaba colgada, al mismo tiempo que ponía al otro lado un rollo de la Sagrada Escritura que contenía los divinos Evangelios, y le pidió que eligiera entre los dos según su deseo. Él, sin dudar, extendió la diestra y cogió la divina Escritura. «Retén, pues (le dice Teocteno), retén a Dios, y ojalá consigas, fortalecido por Él, lo que has elegido. Ve en paz».

5. Saliendo inmediatamente de allí, se oyó llamado por un pregonero para que compareciera ante el tribunal, pues ya se había agotado el tiempo concedido. Al presentarse ante el juez y mostrar un mayor ánimo en su fe, al punto, y tal como estaba, fue ejecutado y coronado por el martirio.

16

Relato referente a Astirio

1. En el mismo lugar también hay un recuerdo de Astirio por su honradez, que agrada a Dios. Varón perteneciente al Senado romano, fue apreciado por los emperadores y conocido de todos por su nobleza y sus posesiones. Éste, pues, estaba presente cuando ejecutaban al mártir y, bajando su hombro, cargó el cadáver sobre su radiante y magnífica vestidura y se lo llevó para enterrarlo con gran opulencia y darle la sepultura merecida. Los conocidos de este hombre que han vivido hasta nosotros recuerdan otros muchos hechos suyos, incluida la siguiente maravilla.

17

Anulación milagrosa de un falso milagro⁷

1. En Cesarea de Filipo, llamada Paneas, dicen que en las fuentes que allí surgen al pie de la montaña denominada Paneion, de la que también nace el Jordán, en un día de fiesta se arroja una víctima, la cual, gracias al poder del demonio, se torna invisible de manera sorprendente. Ésta se convierte en un milagro notorio entre los circunstantes. Estaba, pues, presente Astirio, en cierta ocasión, durante la situación, viendo a los muchos impresionados por el hecho, y se compadeció de su extravío; alzando los ojos al cielo, suplicó por Cristo al Dios que está por encima de todas las cosas que refutara al demonio que confundía al pueblo, y pusiera fin al engaño de los hombres. Y se dice que, tras haber orado así, al punto la víctima flotó sobre las fuentes y de este modo se acabó para ellos la maravilla y ya nunca más tuvo efecto milagro alguno por aquel lugar.

⁷ El título de este capítulo no aparece en el índice de Eusebio, y ha sido dejado en blanco por el traductor para que lo ponga el editor. En relación con el contenido de esta sección, debemos tener en cuenta que la fe de los cristianos primitivos era tan firme que alguna vez podía confundirse con credulidad.

18

Acerca de las señales de la grandeza de nuestro Salvador que sucedieron en Paneas

1. Puesto que hemos mencionado esta ciudad, pienso que no es justo pasar por alto una narración digna de mención incluso para los que vienen después de nosotros. Así pues, la mujer con flujo de sangre que conocemos gracias a los Evangelios y que halló la curación de su enfermedad por nuestro Salvador, dicen que era natural de esta tierra y que en esta ciudad se muestra su casa, y que se conservan trofeos admirables de la buena obra llevada a cabo en ella por el Salvador⁸.

2. En efecto, en lo alto de una piedra hay erigida, ante las puertas de su casa, una estatua de bronce de una mujer, inclinada sobre una rodilla y con las manos tendidas hacia adelante en actitud suplicante. Frente a ella hay otra del mismo material, la figura de un hombre de pie, envuelto modestamente con un manto y la mano tendida hacia la mujer a sus pies; desde la misma columna nace una especie de planta rara que asciende hasta el borde del manto de bronce y viene a ser un antídoto contra todo tipo de enfermedades.

3. Se dice que esta estatua reproducía la figura de Jesús. Además se conserva hasta nuestros días, como comprobamos nosotros con nuestros propios ojos cuando pasamos por esta ciudad.

4. Y nada hay de sorprendente que hayan realizado tal cosa las gentes del tiempo pasado que experimentaron alguna buena obra de nuestro Salvador, puesto que hemos averiguado que también conservan, pintadas en cuadros, las figuras de sus apóstoles Pablo y Pedro, y hasta del propio Cristo; porque los antiguos acostumbraban honrar de este modo a sus héroes como a salvadores, de acuerdo con las costumbres paganas de su época.

19

Acerca del trono de Jacobo

1. Se conserva hasta hoy el trono de Jacobo, quien fue el primero en recibir del Salvador y de los apóstoles el episcopado de la iglesia de Jerusalén, y a quien los libros divinos llaman hermano de Cristo. Los hermanos de allí, rodeándolo de cuidados en cada generación, indican manifiestamente a todos cuán grande veneración guardan los antiguos, y también los de nuestros días, para con los santos varones, porque son amados de Dios. Esto es todo sobre el tema.

⁸ Se refiere a la curación de la mujer con flujo de sangre, relatada en Mateo 9:18, Marcos 2:1-12 y Lucas 5:17-25.

20

***Acercas de las cartas de Dionisio sobre festividades
donde se establece la regla pascual***

1. Las cartas de Dionisio llamadas festales, que aún se conservan, establecen con rotundas palabras la fiesta de la Pascua. Una de ellas va dirigida a Flavio; otra, a Domicio y Dídimo, y en ellas se expone un término de ocho años para el cambio de dicha fecha, sosteniendo que no se debe celebrar la Pascua sino después del equinoccio de primavera. Además de éstas escribió otra carta a sus copresbíteros de Alejandría y a otros ministros con argumentos distintos y las redactó cuando aún había persecución⁹.

21

Problemas espirituales y de orden natural de Alejandría

1. Apenas se acababa de conseguir la paz en la cristiandad cuando Dionisio regresó de Alejandría y estalló otra vez allí una discusión y guerra espiritual, de manera que no podía cuidar de todos los hermanos por hallarse éstos divididos en uno u otro partido.

2. Por esto les habló de nuevo sobre la fiesta de la Pascua, como si estuviera desterrado de Alejandría, entrando en contacto con ellos por medio de una carta. Escribiendo después a Hierarco, uno de los obispos de Egipto, otra carta festal, hace mención de la revuelta de los alejandrinos de su época con las siguientes palabras: «Pero yo ¿cómo he de sorprenderme de que me sea difícil mantenerme en contacto, incluso por carta, con los que viven más alejados, cuando hasta me resulta imposible dialogar conmigo mismo?»

3. «Ciertamente, para con los hermanos de mis entrañas que viven bajo el mismo techo, o sea, que tienen los mismos conceptos que yo, ciudadanos de la misma iglesia, necesito comunicarme con ellos por carta, y hasta para esto me encuentro incapacitado. Efectivamente, sería más fácil a alguien venir, no tan sólo de más allá de la frontera, sino incluso de Oriente a Occidente, que moverse por Alejandría partiendo de la misma Alejandría.

4. «Porque más vasta e intransitable es la calle más céntrica de la ciudad que aquel grande y no pisado desierto que Israel recorrió en dos generaciones, incluyendo el mar que hallaron

⁹ Aquí tenemos un ejemplo de cómo el prudente servidor del Señor practicaba las recomendaciones del apóstol Pablo en Romanos para no escandalizar a otros creyentes que sostenían otra opinión que la suya sobre el pueril asunto de la Pascua, tema del que el enemigo se valió para traer división a las iglesias que eran de una sola mente y espíritu en los grandes temas cristológicos y carismáticos, pero que diferían en un pequeño detalle en el que se habían entestado los cristianos del partido judaizante que había quedado en las iglesias del Asia Menor, desde los días del apóstol Pablo, que tuvo que pelear sobre esto en la Epístola a los Gálatas, poniendo ocho años de dilación en los cuales cada uno celebraba la Pascua a su manera, conforme entendía que se debía hacer: los unos el 14 de nisán, fuera cual fuera el día de la semana en que cayera, y los otros el domingo siguiente a dicha fecha. Así pacificó las iglesias, haciendo que unos comprendieran el punto de vista de los otros, exceptuando los más recalcitrantes, que salieron de Ponto y de Jerusalén y se mantuvieron en un cristianismo judaizante, no tan sólo en la Pascua, sino en otras prescripciones de la ley de Moisés, y fueron llamados «bionitas».

abierto y separado como por dos muros, vadeable para sus caballos, mientras que los egipcios se ahogaban por el mismo camino; pues tales cosas son representación de sus puertos, por lo común tranquilos y sin oleajes, pero a menudo, por las muertes que en ellos han tenido lugar, son semejantes a un mar Rojo.

5. »Pues el río que baña la ciudad, en ocasiones ha sido visto más seco que el desierto falto de agua, y más árido que aquel en que, al cruzarlo, Israel sufrió tanta sed que hizo clamar a Moisés y, gracias al único que hace milagros, brotó agua para ellos de una peña.

6. »Otras veces, en cambio, tanto se ha desbordado, que inundó todos los alrededores, tanto las calles como los campos, hasta amenazar con la llegada de las aguas de la época de Noé. Y con gran frecuencia fluye manchado de sangre pestilente por asesinatos y ahogamientos, como sucedió en tiempos de Moisés, cuando se convirtió en sangre para Faraón.

7. »¿Y qué olas podrían purificar el agua del río que todo lo purifica? ¿Quizás las del enorme océano, impenetrable para los hombres, habrían de precipitarse sobre este piélago amargo? ¿O bien tendría que ser el largo río que brota del Edén hasta el Guijón, uniendo en uno los cuatro brazos en los que se divide, para poder lavar la sangre impura aquí derramada?

8. »¿Y cuándo podría quedar puro el aire infestado por las miasmas procedentes de todas partes? Porque tales vapores exhala la tierra; tales vientos, el mar; tales efluvios vienen de los ríos, y tales exhalaciones, de los puertos, que su rocío parece ser el pus de cadáveres que se corrompen en todos los lugares mencionados.

9. »Y luego la gente se admira y pregunta de dónde provienen las continuas pestes y las grandes enfermedades; de dónde las corrupciones de toda especie, y la variada y reiterada mortandad de los hombres, y por qué causa la gran ciudad no sostiene ya, por sí misma, aquella tan grande muchedumbre de hombres que antes alimentaba, comenzando por los niños de pecho hasta los ancianos de extrema vejez, pasando por el gran número de “ancianos prematuros”, como se les llamaba, pues entonces los cuarentones, y hasta los sesentones, eran tan numerosos que ahora su número no llega a completarse, aunque estén inscritos para la ración pública de alimentos desde los catorce hasta los ochenta años, y los que aparentan ser más jóvenes parecen de la misma edad que los más viejos de entonces».

22

Acerca de la peste que tuvo lugar en Alejandría

1. Después de esto, cuando la peste interrumpió la guerra, y al aproximarse la fiesta¹⁰, de nuevo entró Dionisio en contacto con los hermanos por carta, explicándoles los padecimientos de esta calamidad, en los siguientes términos:

¹⁰ Se refiere a la fiesta de la Pascua que los cristianos se empeñaron en celebrar a pesar de la peste, considerando que no debían dejar de celebrar una festividad tan especial que se refería no sólo a la liberación de Egipto, sino a la gloriosa resurrección del Salvador del mundo.

2. «Ciertamente a los demás hombres no les parecerá que el presente sea tiempo de fiesta; para ellos no lo es, éste ni ningún otro, porque no me refiero ya a los tiempos tristes, ni tampoco a los que se pueden llamar muy felices (sino a los normales); en cambio, ahora todo son lamentos, todos lloran y la ciudad está colmada de gemidos, por la multitud de los que han muerto y van muriendo a diario.

3. »Efectivamente, del mismo modo que está escrito con referencia a los primogénitos de Egipto (Éxodo 12:29-31), así ahora ha habido un gran clamor, porque no hay casa donde no haya un muerto, y ojalá fuera sólo uno, porque son numerosos y horribles los acontecimientos que han ocurrido en estos últimos tiempos.

4. »En cuanto a nosotros, primero nos expulsaron, y somos los únicos que, siendo perseguidos por todos y entregados a muerte, celebramos la fiesta, y todo lugar de angustia, en cada familia, vino a ser para nosotros una asamblea festiva que tenía lugar en el campo, el desierto, el barco, el albergue, la prisión. Pero la fiesta más gozosa de todas es la que celebraron los mártires perfectos en el banquete del cielo.

5. »Y después de esto sobrevinieron la guerra y el hambre, que soportamos lo mismo que los paganos. Cargamos con los sufrimientos que nos proporcionaron, pero nos beneficiamos de lo que ellos se hacían unos contra otros y de lo que ellos sufrían, y de nuevo nos regocijamos en la paz de Cristo, la cual se nos dio sólo a nosotros.

6. »Un muy breve respiro habíamos conseguido, tanto ellos como nosotros, cuando sobrevino la enfermedad, la cual es para ellos algo más temible que todo temor y ciertamente más cruel que cualquier otra desgracia, como también anuncia uno de sus propios escritores: “Es el único asunto que ha rebasado toda previsión”. Pero para nosotros fue distinto, pues se trató más bien de un ejercicio y una prueba en nada inferiores a los demás. En verdad, en nada se apartó de nosotros a pesar de ocuparse mucho de los paganos».

7. A continuación sigue diciendo: «Por lo menos, la mayoría de nuestros hermanos, por su rebosante amor y afecto fraternal, olvidándose de ellos mismos y colaborando unos con otros, atendían sin precaución a los enfermos, les servían abundantemente, los cuidaban en Cristo y morían contentísimos con ellos, contagiados del mal de los demás, llevando sobre sí la enfermedad del prójimo y tomando de buen grado sus dolores, pues muchos que curaron y restablecieron a otros murieron, habiendo trasladado la muerte de aquéllos sobre ellos mismos; así llevaron a la práctica el dicho popular de simple cortesía cuando, al despedirse unos de otros, se llaman “Sus humildes siervos”.

8. »Así partieron de esta vida nuestros mejores hermanos. Algunos de ellos eran ancianos y diáconos, o sencillamente gente del pueblo, todos ellos muy apreciados y elogiados, pues este tipo de muerte, por la mucha piedad y poderosa fe que conlleva, en ningún aspecto parece inferior al martirio.

9. »Porque, tomando con sus manos los cuerpos de los santos y poniéndolos en sus regazos, les limpiaban los ojos, les cerraban la boca y los llevaban en hombros y los enterraban, aferrándose a ellos y abrazándolos, habiéndoles lavado y envuelto en sudarios. Al cabo de poco tiempo ellos recibían los mismos tratos, porque siempre los que quedaban seguían los pasos de quienes los precedieron.

10. »Pero entre los paganos era todo lo contrario: rechazaban a los que empezaban a enfermar, y apartaban incluso a los más queridos, y arrojaban a moribundos en las calles, y cadáveres insepultos a la basura, para evitar el contagio y la compañía de la muerte, la cual no era fácil de esquivar ni para los que se dedicaban a ello con todo ingenio».

11. Y después de esta carta, reinando ya la paz de nuevo en la ciudad, escribe una carta festal a los hermanos de Egipto, y tras ésta compuso otra. Se conservan también de él una *Sobre el sábado* y otra *Sobre el ejercicio*.

12. Entrando en contacto otra vez con Hermamón y los hermanos de Egipto por carta, declara muchas otras cosas acerca de la maldad de Decio y de sus sucesores, y hace mención de la paz en tiempos de Galieno.

23

Acerca del reinado de Galieno

1. Pero no hay nada mejor que escuchar de qué modo sucedieron las cosas. Aquél, pues¹¹, traicionando a uno de sus emperadores y atacando a otro, tuvo que desaparecer rápidamente con su botín, arrancado de raíz [de su posición y privilegio], y Galieno fue proclamado y aceptado por todos, ya que era al mismo tiempo el antiguo y el nuevo emperador, porque lo era antes y lo fue después.

2. Pues, según las palabras del profeta Isaías: «He aquí, se cumplieron las cosas primeras, y las nuevas» (Isaías 42:9 y 44:7), ocurrió que, del mismo modo que una nube se pone debajo los rayos del sol y lo oculta por poco tiempo y lo oscurece, pero luego, tras pasar de largo o disolverse la nube, sale el sol de nuevo o reaparece, así se puso a la cabeza Macriano y usurpó el imponente poder imperial de Galieno, pero ya no es porque tampoco era, mientras que el de Galieno fue igual que era.

3. Y el poder imperial, como si hubiera terminado con su vejez y se hubiera limpiado de su anterior maldad, ahora florece con mayor fuerza y se le ve y se le oye desde más lejos y se extiende por todas partes.

4. A continuación indica el tiempo en el que escribía esto, con las siguientes palabras: «También me ocupo de observar de nuevo los días de los años imperiales, porque veo que los más impíos, a pesar de su fama, poco tardan en pasar al anonimato, pero él, más santo y amado de Dios, tras pasar su séptimo año, ahora cumple el año noveno en el que celebramos la fiesta.

¹¹ Se refiere, sin duda, a Macriano el brujo, quien, después de haber estado persuadiendo al emperador Valeriano en contra de los cristianos, trató de derrotar a Galieno aprovechándose de que Valeriano se hallaba prisionero de los godos en el norte de Europa; pero no pudo permanecer, pues los soldados se sublevaron en contra de su traición y proclamaron a Galieno, por lo que el suplantador tuvo que abandonar su efímero reinado. Parece que habían pasado siete años del reinado de Galieno, más favorable a los cristianos, que celebraron con especial gozo tanto la permanencia de Galieno en el trono como el fin de la peste.

24

Acerca de Nepote y de su división

1. Además de todo esto redactó dos tratados *Sobre las promesas*, cuyo tema era Nepote, obispo de los de Egipto, el cual enseñaba que las promesas dichas a los santos en las divinas Escrituras han de aplicarse más bien al modo judío, y suponía que habría un milenio de comodidades corporales sobre este desierto humano.

2. Así pues, pensando que reforzaría su suposición con el Apocalipsis de Juan, escribió sobre él un tratado titulado *Refutación de los alegoristas*.

3. En contra de esta obra se levanta Dionisio en su primer libro *Sobre las promesas*, en el cual muestra su opinión sobre la doctrina, y en el segundo discute acerca del Apocalipsis de Juan. En él menciona a Nepote en el comienzo, y escribe lo siguiente acerca de él:

4. «Pero puesto que aducen cierta obra de Nepote¹², en el que se apoyan en exceso, como si mostrara de modo irrefutable que el reinado de Cristo ha de ser sobre la tierra, en otros puntos admito a Nepote y le amo por su fe, por su amor al trabajo, por su estudio de las Escrituras y por sus muchos himnos, con los que numerosos hermanos se regocijan hasta ahora, y mi respeto por este hombre es completo, y más cuando ya ha muerto. Como amó la verdad, y es lo más preferible de todo, es preciso loarlo y asentir con él libremente cuando habla correctamente; pero si lo que ha escrito no parece sano en algo, necesario es examinarlo y enmendarlo.

5. »Para quien está presente y puede hablar, sería suficiente un diálogo oral, que con preguntas y respuestas convence y reduce a los antagonistas, pero ya que hay un escrito, y según piensan algunos persuasivo en extremo, y puesto que algunos maestros, desestimando la ley y los profetas, dejando de seguir los Evangelios y despreciando las epístolas de los apóstoles, predicán la enseñanza de este escrito como un misterio grande y oculto, y no dejan que nuestros hermanos más sencillos piensen cosas elevadas y maravillosas sobre la revelación gloriosa y divina de nuestro Señor, ni sobre nuestra resurrección de entre los muertos y nuestra reunión y semejanza con Él, sino que los convencen para que esperen cosas pequeñas y mortales, como las de ahora, en el reino de Dios, es imprescindible que también nosotros razonemos con nuestro hermano Nepote como si estuviera presente».

6. Después de otras cosas añade lo siguiente: «Así pues, estando en Arsinoé, donde, como ya sabes, esta doctrina prevalecía desde hace mucho tiempo, de manera que se dieron divisiones y apostasías de iglesias enteras, hice reunir a los ancianos y maestros de los hermanos de las aldeas y, hallándose presentes los hermanos que así lo deseaban, los animé a hacer en público el examen de la doctrina.

¹² Nepote era el fallecido obispo de Alejandría, del que se guardaba un cariñoso recuerdo a pesar de haber escrito un libro titulado *Sobre las promesas*, del cual sólo quedan pequeños fragmentos recogidos por Celso y las citas de Eusebio en este capítulo y el próximo, en cuyo libro el fallecido obispo había hecho afirmaciones acerca del milenio que no eran del gusto de Dionisio. No obstante, observamos en este escrito la prudente táctica del piadoso Dionisio, que, a pesar de su diversidad de opinión, aduce en favor de su oponente ideológico todo lo bueno que puede citar acerca de él.

7. »Al serme presentado el libro como arma y muro inexpugnable, me quedé con ellos tres días seguidos, desde el alba hasta el atardecer, intentando enmendar lo escrito.

8. »Allí admiré el equilibrio, el amor por la verdad, la rapidez de comprensión y la inteligencia de los hermanos cuando, en orden y con equidad, se llevaban a cabo las preguntas, las objeciones y los acuerdos; por un lado, evitamos aferrarnos porque sí y obstinadamente a las decisiones tomadas una sola vez, por muy injusto que parezca, y por el otro lado, tampoco ocultábamos las objeciones, sino que, en cuanto era posible, intentábamos tratar los temas propuestos y dominarlos. Tampoco, si lo requería la lógica, nos daba vergüenza cambiar de idea y estar de acuerdo, sino que, con la mejor conciencia y sin hipocresías y con el corazón abierto a Dios, aceptábamos lo que quedaba establecido por las evidencias y las enseñanzas de las Santas Escrituras.

9. »Y, al final, el jefe e introductor de esta enseñanza, el llamado Coración, a oídos de todos los hermanos presentes, confesó y nos dio testimonio de que no se entregaría más a esto, ni disputaría sobre ello, ni lo mencionaría ni lo enseñaría, porque los argumentos expuestos eran suficientes. De los otros hermanos, unos se regocijaban por el coloquio y por la condescendencia y la buena disposición para con todos...».

25

Acerca del Apocalipsis de Juan

1. A continuación, poco después, dice lo siguiente acerca del Apocalipsis de Juan: «Así pues, algunos antecesores nuestros rechazaron y desacreditaron totalmente el libro, escudriñando cada capítulo y afirmando que era ininteligible e ilógico, y el título, falso.

2. »Dicen, pues, que no es de Juan, y que tampoco es una revelación por estar completamente velado con el espeso manto de la ignorancia, y que el autor de este escrito no sólo no fue un apóstol, ni siquiera un santo o uno de la Iglesia, sino Cerinto, el que también instituyó la herejía cerintia, llamada por su nombre, y quiso dar fama a su propia imaginación con un nombre digno de fe.

3. »Y, efectivamente, la doctrina de su enseñanza es como sigue: el reino de Cristo será sobre la tierra, y al ser él amador de su cuerpo y completamente carnal, soñaba que sería como él deseaba: harturas del vientre y de lo que se halla debajo del vientre, esto es, comidas, bebidas, relaciones sexuales y todo aquello con lo que le parecía que conseguiría estas cosas de un modo más altisonante: fiestas, sacrificios e inmolación de víctimas.

4. »Pero yo no osaba rechazar el libro, porque muchos hermanos lo consideran de gran importancia; pero puesto que el pensamiento que encierra es superior a mi entendimiento, supongo que cada porción está encubierta de alguna manera y es bastante admirable. Porque aunque no lo comprendo, por lo menos intuyo que las palabras encierran un sentido más profundo.

5. »No mido ni juzgo este asunto con mi propia opinión, sino que, incluso concediendo el nivel más alto de la fe, he decidido que esto es demasiado elevado para mí, y no rechazo lo que no he comprendido, sino que me maravillo más, porque no lo he visto».

6. Además de esto, y habiendo examinado todo el libro del Apocalipsis y demostrado que no se puede entender fácilmente, añade lo que sigue: «Tras terminar toda su (por decirlo de alguna manera) profecía, el profeta dice que son bienaventurados los que la guardan; y también se ensalza a sí mismo, porque dice: «Bienaventurado el que guarda las palabras de la profecía de este libro, y yo, Juan, soy quien vio y oyó estas cosas» (Apocalipsis 2:7 y 8).

7. »Así pues, no contradiré que se llamaba Juan y que este libro fuera de Juan, pues hasta estoy de acuerdo en que es escrito de un hombre santo e inspirado por Dios. Pero no asentiría con facilidad en que se trate del apóstol, hijo de Zebedeo y hermano de Jacobo, de quien es el «Evangelio» titulado «de Juan» y la «Epístola Universal».

8. »Pues, por el carácter de cada uno, por el estilo y por la llamada composición del libro, juzgo que no es el mismo. Efectivamente, el evangelista en ninguna parte escribe su nombre ni se anuncia a sí mismo, ni en el Evangelio ni en la Epístola».

9. A continuación, algo más abajo, dice de nuevo: «Pero Juan, de ningún modo, ni en primera ni en tercera persona. No obstante, el que escribió el “Apocalipsis”, al punto se pone en cabeza diciendo desde el principio: “La revelación de Jesucristo, que le dio para manifestarla prontamente a sus siervos; y la declaró enviándola por medio de su ángel a su siervo Juan, que ha dado testimonio de la Palabra de Dios, y de su testimonio de todas las cosas que ha visto”.

10. »Luego también escribe cartas (con su nombre): “Juan, a las siete iglesias que están en Asia: Gracia y paz a vosotros”, pero el evangelista ni siquiera al principio de su “epístola universal” consignó su nombre, sino que empezó sencillamente por el misterio mismo de la divina revelación: “Lo que es desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos”. Refiriéndose a esta revelación, el Señor también llamó bienaventurado a Pedro, diciendo: “Bienaventurado eres, Simón, hijo de Jonás, porque no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos”.

11. »Y ni siquiera en las que se tienen por “segunda” y “tercera” epístolas de Juan, por breves que sean, se halla el nombre de Juan, sino que está escrito “El anciano”, de un modo anónimo. Pero éste, por su parte, no consideró suficiente nombrarse una sola vez y continuar el relato, sino que vuelve a decir: “Yo, Juan, vuestro hermano y copártcipe en la tribulación, en el reino y la paciencia de Jesús, estaba en la isla llamada Patmos, por causa de la Palabra de Dios y el testimonio de Jesús”; y hacia el final también dice así: “Bienaventurado el que guarda las palabras de la profecía de este libro, y yo, Juan, soy quien vio y oyó estas cosas”.

12. »Así pues, que es Juan el que escribe estas cosas hay que creerlo, porque él lo afirma, pero no está claro quién sea él. En efecto, no dice, como a menudo en el Evangelio, que él es el discípulo amado del Señor, el que se recostó sobre su pecho, el hermano de Jacobo y que fue el testigo ocular y oyente directo del Señor.

13. »Porque si hubiera sido su deseo darse a conocer, claramente hubiera dicho algo de lo mencionado. Pero todo lo contrario, ya que se autodenomina hermano y compañero nuestro, testigo de Jesús y bienaventurado por haber contemplado y escuchado las revelaciones.

14. »A mí me parece que hubo muchos homónimos del apóstol Juan, los cuales, por causa de su amor por aquél, por admirarlo y apreciarlo, y por desear ser amados del Señor como él, buscaban este nombre, del mismo modo que entre los hijos de los fieles muchos se llaman Pablo y Pedro.

15. »Hay también otro Juan en los Hechos de los Apóstoles, de sobrenombre Marcos, a quien Bernabé y Pablo tomaron con ellos y acerca del cual, incluso, dice: “Tenían también a Juan de ayudante”. Pero yo no diría que éste fue quien lo escribiera, porque no está escrito que llegara a Asia con ellos, sino que dice: “Habiendo zarpado de Pafos, Pablo y sus compañeros arribaron a Perge de Panfilia; pero Juan, apartándose de ellos, volvió a Jerusalén”.

16. »Yo pienso que fue otro de los que se hallaron en Asia. También se dice que en Éfeso había dos tumbas y ambas se decía que eran de Juan.

17. »Y por las ideas, por las palabras y por su composición, se comprenderá lógicamente que uno es distinto del otro.

18. »En efecto, el Evangelio y la Epístola concuerdan entre sí, y ambos comienzan igual. El primero dice: “En el principio era el Verbo”; y la última: “Lo que era desde el principio”; aquél dice: “Y aquel Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre)”; y ésta, lo mismo, con una pequeña variación: “Lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado, y palpamos nuestras manos tocante al Verbo de vida, porque la vida fue manifestada...”.

19. »Esto hace las veces de prólogo, como a continuación a los que afirmaban que el Señor no había venido en carne; y por ello añade cuidadosamente: “y lo que hemos visto, lo testificamos, y os anunciamos; lo que hemos visto y oído, eso os anunciamos también a vosotros”.

20. »Se ajusta a sí mismo y no se separa de lo que se ha propuesto, sino que todo lo va desarrollando con los mismos principios y la misma nomenclatura, algunos ejemplos de la cual mencionaremos brevemente.

21. »La persona que se aplique a la lectura hallará en el uno y en la otra a menudo las expresiones “la vida”, “la luz”, “alejamiento de las tinieblas”; y continuamente “la verdad”, “la gracia”, “el gozo”, “la carne y la sangre del Señor”, “el juicio”, “el perdón de pecados”, “el amor de Dios para con nosotros”, “el mandamiento de amarnos los unos a los otros”, y que “hay que guardar todos los mandamientos”; los argumentos contra el mundo, el diablo y el anticristo, la promesa del Espíritu Santo, la adopción como hijos de Dios, la fe, la cual se nos exige perfectamente; el Padre y el Hijo, se hallan en todas partes. Y, en resumen: está claro que los que observan todas sus características ven que el Evangelio y la Epístola tienen uno y el mismo cariz.

22. »Todo lo contrario con el Apocalipsis, que es muy diferente y alejado de estas expresiones. No está unido ni emparentado con ninguna de ellas, y apenas, por decirlo de alguna manera, ni una sílaba tiene en común con ellas.

23. »Porque ni la Epístola (dejando el Evangelio) contiene mención alguna o pensamiento referente al Apocalipsis, ni el Apocalipsis lo tiene en referencia a la Epístola, mientras que Pablo hace ver algo en sus revelaciones por medio de sus epístolas, a pesar de que no escribió detalladamente acerca de ellas (2 Corintios 12).

24. »Pero hasta por el estilo se puede demostrar la diferencia del Evangelio y de la Epístola en comparación con el Apocalipsis.

25. »Porque éstos no sólo están escritos sin faltas en el griego, sino incluso con grandísima elocuencia, por sus términos, sus razonamientos y la composición de sus explicaciones. Ciertamente es imposible hallar en ellos una palabra extranjera, un solecismo o, en general, un vulgarismo, porque, según parece, el escritor disponía de las dos habilidades, por habérselas concedido ambas en gracia el Señor: la del conocimiento y la del lenguaje.

26. »El otro, por su parte, no contradiré que haya visto revelaciones y que haya recibido conocimiento y profecía, pero observo que su estilo y su lengua no son exactamente griegas, sino que hace uso de idiotismos extranjeros y, en ciertas ocasiones, incluso solecismos. No conviene ahora exponer una selección.

27. »Ya que no he dicho esto con el fin de ridiculizarlo (que nadie lo piense), sino simplemente para establecer la desigualdad de estos escritos».

26

Acerca de las cartas de Dionisio

1. Además de estas cartas se conservan muchas más de Dionisio, como la dirigida a Ammón, obispo de la iglesia de Bernice, contra Sabelio; y también las dirigidas a Telesforo, a Eufranor, y otra a Ammón y a Empuro contra Sabelio. Sobre el mismo asunto compuso otros cuatro escritos dirigidos a su homónimo de Roma, Dionisio.

2. Y además de éstas hay entre nosotros muchas cartas suyas, e incluso extensos tratados escritos en forma epistolar, como los dedicados a su hijo Timoteo *Sobre la Naturaleza* y otro *Sobre las tentaciones*, que también dedicó a Eufranor.

3. Aparte de estos escritos, escribiendo también a Basíides, obispo de la congregación de Pentápolis, dice él mismo que ha redactado un *Comentario sobre el principio de Ecclesiastés*. Y también ha dejado dirigidas a la misma persona varias cartas. Hasta aquí lo referente a Dionisio; pero, después de narrar la historia de estas cosas, permítasenos conocer también y dar a la posteridad cómo fue nuestra generación.

27

Acerca de Pablo de Samosata y de la herejía por él suscitada en Antioquía

1. A Sixto, quien estuvo al frente de la iglesia de Roma durante once años, le sucede Dionisio, homónimo de Dionisio de Alejandría. Por este tiempo también, al partir Demetriano de esta vida, en Antioquía, tomó el episcopado Pablo, el de Samosata.

2. Pero éste tenía pensamientos bajos y a ras del suelo acerca de Cristo, en contra de la enseñanza de la Iglesia, afirmando que por naturaleza fue un hombre común; y Dionisio de Alejandría, invitado a acudir al sínodo, pretextando su ancianidad y su debilidad corporal, excusa su presencia y, por medio de una carta, establece su opinión sobre el asunto discutido. No obstante, los restantes pastores de las iglesias, cada uno desde su lugar, se reunieron como contra una peste del rebaño de Cristo, y todos se apresuraban por ir a Antioquía.

28

Acerca de los obispos ilustres que eran famosos por aquel tiempo

1. De éstos, los más destacados fueron: Firmiliano, obispo de Cesarea de Capadocia; los hermanos Gregorio y Atenodoro, pastores de las congregaciones del Ponto; y, además de éstos, Heleno, de la congregación de Tarso, y Nicomas, de la de Iconio. Pero especialmente también Himeneo, de la iglesia de Jerusalén, y Teocteno, de la de Cesarea, vecina de ésta; además de éstos, Máximo, quien también dirigía muy brillantemente a los hermanos de Bostra. Tampoco resultaría muy difícil enumerar a muchísimos más reunidos con los ancianos y diáconos, por el mismo asunto, en la mencionada ciudad, pero de todos ellos los más destacados fueron, ciertamente los mencionados.

2. Así pues, todos se reunieron por la misma causa en diversas y repetidas ocasiones, y en cada sínodo se revolvían razonamientos y preguntas; los que estaban a favor del samosatense, tratando de encubrir todavía y consultar toda su heterodoxia, pero los demás, intentando arduamente desnudar y poner en evidencia su herejía y su blasfemia contra Cristo.

3. Por este tiempo murió Dionisio, en el año duodécimo del reinado de Galieno, tras haber estado al frente del episcopado de Alejandría durante diecisiete años. Le sucede Máximo.

4. Habiendo ostentado Galieno el poder durante quince años enteros, fue nombrado Claudio sucesor. Y éste, hacia el final de su segundo año, pasó el principado a Aureliano.

29

Cómo Pablo fue redargüido y excomulgado

1. En tiempos de Aureliano, al reunirse un último sínodo de muchísimos obispos, se puso en evidencia, y fue condenado manifiestamente por todos por heterodoxia, el jefe de la herejía de Antioquía, quien fue excomulgado de la Iglesia universal que está bajo el cielo.

2. Malquión, que fue quien más le corrigió su disimulo y le refutó, era varón elocuente y director de la clase de retórica de las escuelas griegas de Antioquía; pero no sólo esto, sino también tenido por digno del presbiterio de la congregación local, gracias a la nobilísima

autenticidad de su fe en Cristo. Éste había emprendido contra él, ayudado de taquígrafos que apuntaban la evidencia, una investigación (la cual sabemos que se ha conservado hasta ahora), de modo que él fue el único capaz de sorprender a aquel hombre en su error a pesar de su disimulo y engaño.

30

Acerca de la refutación que Malquión hace de la doctrina heterodoxa de Pablo

1. Así pues, los pastores reunidos allí para el mismo asunto escriben con un mismo sentir una sola carta dirigida personalmente a Dionisio, obispo de Roma, y a Máximo, de Alejandría, y la enviaron a todas las provincias, manifestando a todos su diligencia y la malvada heterodoxia de Pablo, juntamente con las pruebas y preguntas que plantearon contra él, e incluso describiendo toda la vida y conducta de aquel hombre. Estaría bien citar en esta obra las siguientes palabras suyas con el fin de recordarlas:

2. «A Dionisio, a Máximo, a todos nuestros compañeros en el servicio en todo el mundo habitado, obispos, ancianos y diáconos, y a toda la Iglesia universal que está bajo el cielo, Heleno, Himeneo, Teófilo, Teocteno, Máximo, Proclo, Nicomas, Eliano, Pablo, Bolano, Protógenes, Hierarco, Eutiquio, Teodoro, Malquión, Lucio y todos los demás que con nosotros viven en las ciudades y poblaciones cercanas, obispos, ancianos, diáconos y las iglesias de Dios: a los amados hermanos, salud en el Señor».

3. Al cabo de poco añade lo siguiente: «Escribíamos y exhortábamos conjuntamente a muchos, incluso a los obispos más alejados, para sanar esta mortífera enseñanza, así como también a los bienaventurados Dionisio de Alejandría y Firmiliano de Capadocia. De éstos, el primero escribió una carta a Antioquía, no teniendo al autor del error ni digno de un saludo ni de dirigirle la carta personalmente, sino que escribió a toda la congregación. De esta carta adjuntamos copia.

4. »Firmiliano, por su parte, quien acudió dos veces, condenó las innovaciones de aquél (como bien sabemos y damos testimonio de ello los que estábamos allí y son conscientes de ello también muchos más), pero como Pablo prometiera cambiar, él, creyendo y confiando en que el asunto se corregiría sin ultraje de la doctrina, lo iba aplazando, engañado por aquel que renegaba de su propio Dios y Señor y no guardaba la fe que antes tuviera él mismo.

5. »Pero ahora iba ya Firmiliano a pasar a Antioquía, y ya había llegado a Tarso, puesto que había experimentado la maldad negadora del Dios de Pablo de Samosata; pero entretanto, mientras estábamos nosotros reunidos llamándole y esperando su llegada, murió».

6. De nuevo, tras otros detalles, describen cuál fuera su conducta en los siguientes términos: «En cuanto ha apostatado de la regla y cambiado a enseñanzas falsas y corrompidas, no se deben juzgar los actos del que se halla fuera.

7. »Ni siquiera porque, habiendo sido pobre y mendigo y por no haber recibido de sus padres riqueza alguna ni haberla adquirido por ningún arte u oficio, ahora ha obtenido una

riqueza sobreabundante por injusticias, robos sacrílegos, por lo que pide y chupa de los hermanos, defraudando a los que han sido tratados injustamente y prometiendo ayuda por un soborno; de hecho, mentía a éstos y se aprovechaba inmerecidamente de la disposición a dar de los que se hallan en apuros para alejarse de los problemas, puesto que él tiene la religión como fuente de ganancia.

8. »Tampoco se le puede juzgar porque tiene ideas altivas y se cree superior por estar honrado con dignidades inferiores, prefiriendo ser llamado procurador antes que obispo, paseándose altaneramente por la plaza y leyendo y dictando cartas al mismo tiempo que caminaba en público, escoltado por guardas, unos delante y otros detrás; de este modo la fe es aborrecida y odiada por su pompa y por la altanería de su corazón.

9. »Ni tampoco hemos de juzgar los juegos de mano que practicaba en los sínodos eclesiásticos persiguiendo la gloria e impresionando y turbando con estas cosas las almas de los más sencillos. Se hizo preparar una tribuna y un trono elevado (no como un discípulo de Cristo), y tenía, como los dirigentes del mundo, un “secretum”¹³ (e incluso lo llamaba con este nombre). Con la mano se golpeaba el muslo y la tribuna la golpeaba con los pies. Y a aquellos que no le alababan ni agitaban sus pañuelos, como en los teatros, ni gritaban ni saltaban junto con sus seguidores, hombres y mujeres que le escuchaban en semejante desorden, es decir, a aquellos que escuchaban como en la casa de Dios, reverente y moderadamente, les reprochaba e insultaba. Y también injuriaba groseramente en público a los intérpretes de la Palabra que partieron de esta vida, hablando altaneramente acerca de sí mismo, no como un obispo, sino como un sofista y un encantador.

10. »Hizo parar los salmos dirigidos a nuestro Señor Jesucristo porque eran modernos y escritos por hombres modernos, pero, en cambio, preparó a unas mujeres para que le cantaran salmos a él mismo en medio de la iglesia en el gran día de la Pascua, con el fin de poderse estremecer al oírlos. ¡Y qué cosa permitía que dijeran en sus homilías al pueblo sus aduladores, los obispos y ancianos de los campos y ciudades vecinas!

11. »Así pues, él no quiere confesar con nosotros que el Hijo de Dios ha descendido del cielo (sirva esto para exponer anticipadamente algo de lo que escribiremos, y que no lo mencionaremos como simple palabra, sino que se demostrará con numerosas citas de los documentos que os enviamos, y principalmente donde dice que Jesucristo es de abajo), pero ellos, al cantarle salmos y alabarle ante el pueblo dicen que su perverso maestro ha descendido del cielo en forma de ángel. Y él no sólo lo permite, sino que el muy engreído está presente cuando lo dicen.

12. »Pero a sus mujeres subintroductas (como las llaman los antioquenos), y las de los ancianos y diáconos que le siguen, a los que encubre éste y los otros pecados incurables, a sabiendas y con pruebas para tenerlos bajo control, con el fin de que no se atrevan a acusarle de sus injusticias de palabra y de obra, a causa del miedo por su propia causa (y además los hizo ricos, por lo que le aman y admiran los que se esfuerzan por estas cosas), ¿por qué habríamos de escribirles estas cosas?

¹³ Dependencia interior del pretorio, asemejando su autoridad espiritual con la autoridad política de los magistrados civiles.

13. »Porque sabemos, amados, que los obispos y todo el sacerdocio debe ser para el pueblo dechado de toda buena obra, y tampoco desconocemos cuántos cayeron por haber introducido mujeres en sus estancias, y otros vinieron a ser sospechosos, hasta tal punto que, aunque concedamos que nada desenfrenado hacían, deberían haberse precavido de la sospecha que alimenta un asunto así, para no escandalizar a nadie e impedir que otros le imiten.

14. »Efectivamente, ¿cómo iba a reprender o amonestar a otro de no convivir ya más con una mujer de la misma casa, para no resbalar, como está escrito, él, quien ya expulsó a una, pero que tiene consigo a dos en plena juventud y de buen parecer, y que cuando va a algún lugar van con él, y además derrochando lujos?

15. »Por ello se lamentan y lloran todos en su interior, pero tanto temen su tiranía y soberanía que nadie osa acusarle.

16. »No obstante, como ya dijimos, podríamos corregir de esto a un varón que por lo menos dispusiera de una mentalidad universal y se contara entre nosotros, pero a uno que ha cambiado al misterio y se jacta de la perversa herejía de Artemas (pues ¿por qué no era preciso manifestar su padre?) pensamos que no debemos pedirle cuentas de estas cosas».

17. Luego, hacia el final de la carta, añaden lo siguiente: «Así pues, como que sigue oponiéndose a Dios y no cede, nos ha sido necesario excomulgarlo, estableciendo, confiados en la providencia de Dios, en su lugar en la Iglesia universal a otro obispo, Dommo, varón honrado con todas las cualidades convenientes a un obispo. Éste era hijo del bienaventurado Demetriano, quien presidiera antes de él la misma congregación con gran distinción. Esto os lo hemos indicado para que le escribáis y recibáis de él las cartas de comunión, y el otro escriba a Artemas y tengan comunión con él los que sean del pensar de Artemas»¹⁴.

18. Así pues, habiendo caído Pablo del episcopado y de la ortodoxia de su fe, como se ha dicho, le sucedió Dommo en el servicio de la iglesia en Antioquía.

19. Pero como fuera que Pablo no quería en modo alguno salir de la casa de la iglesia, el emperador Aureliano, a quien le fue solicitado, decidió lo que se debía hacer, ordenando que la cosa se asignara a aquellos que mantenían correspondencia con los obispos de la doctrina de Italia y de la ciudad de Roma. De este modo, el varón aludido fue expulsado de la iglesia con el poder mundano, con extrema vergüenza.

20. Tal era con nosotros Aureliano, por lo menos en aquella época. Pero, ya avanzado su reinado, cambió su opinión acerca de nosotros y se animaba por algunos consejos a que iniciara una persecución contra nosotros. Y era mucho lo que se hablaba sobre ello en todo lugar.

21. Pero cuando ya estaba a punto de llevarlo a la práctica y, por decirlo así, ya firmaba los decretos contra nosotros, le dio alcance la justicia divina, que le impidió poner manos a

¹⁴ Artemas fue otro cabecilla hereje del tercer siglo, probablemente monarquiano adopcionista. No creía en la divinidad esencial de Jesucristo, sino que, igual que los gnósticos, lo presentaba como un hombre común adoptado por Dios. Pretendía así congraciarse el cristianismo con las filosofías de Aristóteles, Euclides y otros filósofos griegos. Su doctrina fue refutada por el libro *El pequeño laberinto*, obra desaparecida de la que se conoce sólo el nombre por una cita de Eusebio. Luciano de Antioquía asocia al hereje Artemón con los gnósticos y con Pablo de Samosata.

la obra, casi atándolo de brazos. Así demostró claramente a todos que nunca los poderes de esta vida tendrían facultad contra las iglesias de Cristo, a no ser que la mano que combate por nosotros, por decisión divina y celestial, por causa de nuestra instrucción y nuestra conversión, consintiera en que esto se llevara a cabo en los tiempos que ella considera oportunos¹⁵.

22. Así pues, habiendo tenido el poder durante seis años Aureliano, le sucede Probo, y a éste, quien lo tuvo aproximadamente durante el mismo tiempo, Caro, juntamente con sus hijos Carino y Numeriano. Y de ellos, no habiendo durado ni tres años enteros, la hegemonía pasa a Diocleciano y a aquellos que fueron introducidos después de él, adoptándolos, en cuyo período se cumplió la persecución de nuestro tiempo y en ella, la destrucción de las iglesias¹⁶.

23. Pero poco tiempo antes de éstos Félix sucede en el servicio al obispo de Roma, Dionisio, que lo había mantenido durante nueve años.

31

Acerca del heterodoxo extravío de los maniqueos que empezaba precisamente entonces

1. Por aquel entonces el loco iniciador de la endemoniada herejía se armaba de los rodeos de la razón. El demonio, el mismísimo Satanás, que lucha contra Dios, disponía a aquel hombre para la desgracia de muchos. Puesto que era de costumbres bárbaras en su habla y su carácter, y demoníaco y demente por naturaleza, se dedicaba a hechos que concordaban con

¹⁵ El emperador Aureliano, tras un reinado de seis años, en medio del cual mostró su inclinación al paganismo ensalzando los ocho libros de las sibilas, que hizo reproducir y fijar en su palacio, así como en estelas públicas, se disponía a llevar a cabo las instrucciones de aquellos diabólicos escritos en contra de los cristianos cuando fue víctima de una conspiración palaciega. Su propio secretario y otros conjurados se le echaron encima a principios del año 275. Tras siete meses de deliberaciones entre el ejército y el Senado, este último eligió a Tácito, que sólo gobernó seis meses, y un mes después de la muerte de éste el ejército eligió al hijo de un tribuno militar llamado Probo, con la anuencia del Senado. Éste reinó otros seis años, hasta que el ejército de Iliria lo asesinó y las tropas eligieron a Caro, prefecto del pretorio, quien nombró césares a sus hijos Carino y Numeriano, y sólo gobernó dieciséis meses.

Durante estos breves reinados las iglesias no sufrieron persecuciones generales, pero sí de parte de magistrados, que, basándose en antiguos edictos, descargaron su odio pagano contra los cristianos.

¹⁶ El gobierno de Roma iba pasando de una mano a otra por conspiraciones del ejército. Numeriano, el hijo de Probo, fue asesinado por orden de Aper, suegro suyo, que aspiraba al gobierno; pero, indignadas las tropas, eligieron, el 17 de septiembre del año 281, a Diocles, que tomó el nombre de Diocleciano y empezó la más prolongada y sangrienta persecución, que duró veinte años.

El otro hijo de Probo murió asesinado por un tribuno cuya esposa el emperador había arrebatado cuando se preparaba para dar la batalla a Diocleciano, a quien Carino consideraba un usurpador. Reunidos, empero, los dos ejércitos rivales, ratificaron unánimemente el gobierno de Diocleciano, y éste, al verse como único emperador, nombró como asociado a un antiguo amigo de su niñez, Maximiano Hercúleo, que tenía un robusto cuerpo físico, pero no era tan inteligente como su protector, aunque no menos depravado que él, de quien solía servirse Diocleciano para atribuirle sus maldades.

Eusebio detiene aquí su pluma acerca de los avatares políticos de Roma para dar cuenta de los obispos y pastores de aquella desdichada época, y de la herejía de Manes, que introdujo en aquel tiempo las ideas del antiguo parxismo entre las iglesias del Señor.

todo esto, e intentaba tomar la apariencia de Cristo, ya sea anunciando que él era el Paraclete y Espíritu Santo en persona, ciertamente cegado por su demencia, ya sea escogiendo, como Cristo, doce discípulos copartícipes de su nueva idea.

2. De hecho, tras organizar unas falsas e impías creencias recogidas de muchísimas e impías herejías extinguidas ya desde antiguo, partiendo desde Persia las transmitió a modo de veneno mortífero hasta nuestra tierra habitada, a partir de lo cual el impío nombre de los maniqueos abunda entre muchos incluso hasta hoy. Así fue, pues, el fundamento de este falsamente llamado conocimiento, que nació en los tiempos aludidos¹⁷.

32

Acerca de los varones eclesiásticos que fueron notables en nuestro tiempo, y cuáles de ellos vivieron hasta el ataque contra las iglesias

1. Entonces, habiendo Félix estado al frente de la iglesia de Roma por cinco años, le sucede Eutiquiano. Pero éste, que no sobrevivió diez meses enteros, dejó el oficio a Cayo, contemporáneo nuestro; y después de que éste presidiera durante unos quince años, Marcelino es instituido sucesor, a quien también arrebatará la persecución.

2. Por el mismo tiempo regía el episcopado de Antioquía, después de Dommo, Timeo, a quien sucedió nuestro contemporáneo Cirilo. De su tiempo conocemos a Doroteo, hombre culto y juzgado digno del presbiterado de Antioquía. Éste fue amante de las cosas de Dios, y se interesó tanto por la lengua hebrea que podía leer y entender las Escrituras hebreas.

3. Éste tampoco estaba privado de los estudios más liberales ni de la instrucción introductoria de los griegos, y además era eunuco por naturaleza, hecho así desde su nacimiento, de modo que el emperador, por esto mismo, como un caso raro, le ofreció su amistad y le honró con la entrega de la tintorería de púrpura de Tiro.

¹⁷ Manes era un ciudadano de Persia que aceptó el cristianismo siendo esclavo, y tuvo el privilegio de que una viuda sin hijos le emancipara y le legara todos sus bienes. En lugar de sentirse agradecido al Señor por este providencial curso de su vida, se llenó de orgullo y, para hacer olvidar su origen, cambió su nombre de Cúrbico en el de Manes, cuando fue educado en todas las ciencias de los persas, y, mezclando las dos ideas, se imaginó ser un hombre poseído del Espíritu Santo que debía completar la fe del cristianismo.

Tuvo la osadía de decir que curaría al hijo del rey de Persia, y el impostor fue encarcelado, pero como era muy inteligente logró fugarse de la cárcel y salir del reino. Todos sus guardias fueron castigados con pena de muerte. Manes huyó a Mesopotamia, donde predicó su nuevo cristianismo, hablando de Cristo con gran devoción. Tuvo una conferencia pública con Arquelao, obispo de Cesarea, y con un piadoso cristiano llamado Trifón, pero el hereje no quedó convencido. Irritado el pueblo, intentó apedrearle, por lo cual se vio precisado a huir, pero al entrar en Persia cayó en las manos del rey, quien le hizo desollar vivo; su cuerpo fue arrojado a las fieras y el pellejo lo pusieron clavado en una de las puertas de la ciudad.

Sin embargo, la ponzoñosa semilla sembrada por Manes dio su fruto y ganó numerosos adeptos entre las iglesias cristianas del mundo romano. El mismo Agustín de Hipona cayó en sus redes, afligiendo a su madre, Mónica, que no cesaba de orar por él, hasta el punto de que Ambrosio de Milán dijo a esta santa mujer: «Un hijo de tanta oración no puede perderse»; y, efectivamente, Agustín recibió de labios de Ambrosio, obispo de Milán, un concepto más puro y evangélico de la fe cristiana.

4. A este mismo le hemos oído explicar las Escrituras con moderación en la iglesia. Y tras Cirilo recibió en sucesión el episcopado de la congregación de Antioquía Tirano, en el tiempo en que el ataque contra la iglesia alcanzó su cenit.

5. La congregación de Laodicea la dirigía, después de Sócrates, Eusebio, oriundo de la ciudad de Alejandría. La razón de su partida fue el tema concerniente a Pablo. Por su causa subió a Siria, y los que en ese lugar se aplicaban a las cosas de Dios le retuvieron y le impidieron su viaje de vuelta a casa. Para los de nuestro tiempo ha sido un ejemplo amado de religión, como también se observa fácilmente en las palabras de Dionisio ya citadas.

6. Anatolio fue nombrado su sucesor; como se dice, uno bueno sucede a otro bueno. También era de origen alejandrino, y por sus conocimientos, su instrucción griega y por su filosofía logró los primeros lugares entre los más ilustres de nuestro tiempo, porque fue hasta la cima de la aritmética, de la geometría, de la astronomía y de cualquier otra materia, de la dialéctica como de la física y de la retórica. Por ello, según sostiene una tradición, los ciudadanos del lugar le consideraban digno de constituir en Alejandría la escuela sucesoria del famoso Aristóteles.

7. De él se recuerdan innumerables proezas acontecidas durante el sitio de Piruquio, porque todas las autoridades lo consideraban digno del máximo cuidado; pero yo haré mención sólo de lo siguiente a modo de ejemplo:

8. Se dice que, escaseando el trigo a los sitiados, de modo que ya era más insoportable el hambre que los enemigos del exterior, este Anatolio, que estaba presente, actuó del siguiente modo: puesto que no estaba sitiada, Anatolio informó por carta a Eusebio (pues todavía estaba entonces allí, antes de partir para Siria), quien estaba entre los no sitiados y cuya gloria y fama habían llegado al general en jefe de los romanos, comunicándole acerca de los que padecían hambre durante el asedio.

9. Éste, cuando se enteró, suplicó al general romano, como una importantísima gracia, que concediera seguridad a los desertores del bando enemigo, y cuando recibió su petición lo notificó a Anatolio. Éste, al punto de recibir la promesa, reunió al consejo de los alejandrinos y les pidió que, primero, todos dieran su diestra a los romanos en son de amistad, pero como observara que se enfurecían por sus palabras, dijo: «Por lo menos en esto creo que no me vais a contradecir, si os aconsejo sacar fuera de las puertas a los superfluos y que nos son totalmente inútiles, ancianos, niños y ancianas, y que vayan donde deseen. ¿Por qué hemos de tenerlos entre nosotros en vano, si no es para morir? ¿Y para qué consumimos los escasos víveres para alimentar a los lisiados y maltrechos de cuerpo, cuando tanto necesitamos alimentar a los hombres y a los jóvenes, que son aptos para proteger la ciudad?».

10. Con estas razones persuadió a la asamblea y, alzándose el primero, propuso por votación sacar de la ciudad a todo aquel que no fuera apto para el ejército, hombre o mujer, porque no existía salvación alguna para los que permanecieran en la ciudad y vivieran allí inútilmente, pues habían de perecer de hambre.

11. Pero de este modo, cuando todos los restantes del consejo asintieron con el mismo voto, poco faltó para que se salvaran todos los sitiados. Tuvo cuidado de que primero huyeran los de la iglesia, pero después los otros ciudadanos sin distinción de edad. No únicamente los que eran afectados por el acuerdo, sino que, escudados en éstos, muchísimos otros, disfr-

zados de mujer y por el cuidado de aquél, salían de las puertas por la noche y se dirigían al ejército romano. Allí acogía a todos Eusebio, y a modo de padre y de médico, con toda providencia y género de cuidados, restauraba a los que sufrieron en el largo sitio.

12. De tales pastores fue digna la iglesia de Laodicea, donde los dos obispos se sucedieron, tras haber llegado allá, procedentes de la ciudad de Alejandría, por la previsión divina, una vez finalizada la guerra.

13. No son ciertamente muchas las obras compuestas por Anatolio, pero nos han llegado las suficientes como para poder observar a la vez su elocuencia y su extenso conocimiento. En ellas expone principalmente sus opiniones referentes a la Pascua, de las que tal vez sea necesario mencionar en la presente obra la siguiente, procedente de los *Cánones de Anatolio sobre la Pascua*.

14. «Tiene, pues, en el primer año, el novilunio del primer mes que es el principio de los diecinueve años, el 26 de famenoz según los egipcios, el 22 de distro según los meses de los macedonios y, como dirían los romanos, el undécimo antes de las calendas de abril.

15. »El sol se halla en el aludido día 26 de famenoz, no únicamente entrado el primer segmento, sino ya en el cuarto día de su paso por él. Es la costumbre llamar a este segmento el primer dodecatemorión, equinoccio, principio de los meses, cabeza del ciclo y vuelta del curso de los planetas; y el anterior es el último mes, el duodécimo siguiente, último dodecatemorión y final del curso de los planetas. Por eso afirmamos que se equivocan no poco y gravemente los que sitúan en él el primer mes y, en consecuencia, toman el decimocuarto día como el de la Pascua.

16. »Esta doctrina no es nuestra, sino que la conocían ya los judíos antiguos, incluso antes de Cristo, y la guardaban entre ellos con mucho cuidado. Se puede conocer a partir de lo dicho por Filón, Josefo y Museo, y no únicamente éstos, sino también los más antiguos, los dos Agatóbulos, de sobrenombre “maestros de Aristóbulo”, el ilustre varón que se hallaba entre los Setenta que tradujeron para Tolomeo Filadelfo y para su padre las santas y divinas Escrituras de los hebreos, y dedicó a los mismos reyes libros de comentario sobre la ley de Moisés.

17. »Ellos, al resolver las cuestiones sobre el Éxodo, dicen que es preciso que todos sacrifiquen la Pascua después del equinoccio de primavera, a mediados del primer mes, y que esto tiene lugar cuando el sol pasa por el primer segmento de la elíptica solar o (como la llaman algunos de ellos) del zodiaco. Pero Aristóbulo añade que durante la fiesta de Pascua es imprescindible que no sólo el sol, sino incluso la luna, atraviere el segmento equinoccial.

18. »Porque al ser dos los segmentos equinocciales (el de primavera y el de otoño) diametralmente opuestos entre sí, y ya que el día del sacrificio es el decimocuarto del mes, por la tarde, la luna se colocará en la posición diametralmente opuesta al sol, como ciertamente se observa en los plenilunios, y entonces el sol estará en el segmento equinoccial de primavera, y la luna necesariamente en el segmento equinoccial de otoño¹⁸.

¹⁸ Las disidencias entre cristianos promovidas desde el principio por el gran enemigo del pueblo de Dios, Satanás, versaban generalmente sobre las cuestiones más profundas de la fe, por ejemplo, el misterio de Dios o la persona de

19. «Soy consciente de que muchas otras cosas dijeron estos varones, algunas verosímiles, otras avanzadas, según pruebas rigurosas, por las que intentaban establecer que las fiestas de la Pascua y de los ácidos era preciso que se celebraran rigurosamente después del equinoccio. Pero yo no me detendré a demandar tales materiales de prueba a aquellos para los que el velo que cubría la ley de Moisés se halla descornado y ya pueden mirar como en un espejo, con el rostro descuberto, a Cristo, y las enseñanzas y sufrimientos de Cristo. Pero que entre los hebreos el primer mes está cerca del equinoccio lo sostienen incluso las enseñanzas del libro de Enoc».

20. El mismo autor dejó también unas *Introducciones aritméticas* en diez libros completos, y otras evidencias de su estudio y su extensa experiencia en las cosas de Dios.

21. El obispo de Cesarea de Palestina, Teocteno, fue el primero en imponerle las manos para el episcopado, buscando anticipadamente procurar un sucesor para su congregación, tras su muerte; y, de hecho, por un breve espacio de tiempo, ambos dirigieron la misma iglesia, pero al ser llamado a Antioquía para el sínodo referente a Pablo, cuando pasaba por la ciudad de Laodicea se apoderaron de él los hermanos de allí, por haber muerto Eusebio.

22. Pero, al partir Anatolio de esta vida, fue establecido Esteban, último obispo de aquella congregación antes de la persecución. Éste era admirado por muchos a causa de sus doctrinas filosóficas y toda su cultura griega, pero no estaba preparado del mismo modo para la fe divina, como lo demostró en el curso de la persecución, en la que se manifestó el astuto, cobarde y poco viril, más que el verdadero filósofo.

23. Sin embargo, la iglesia no iba a desfallecer, sino que el propio Dios, Salvador de todos, la corrigió tomando inmediatamente a Teodoto como obispo de aquella congregación, varón que con sus mismas obras cumplía lo que su nombre propio y el de obispo significaban. Porque, en primer lugar, fue notable en la ciencia que cura los cuerpos, pero en el cuidado de las almas no se puede hallar otro como él por su amor a los hombres, su nobleza, su misericordia y la diligencia para ser de utilidad a los que lo necesitaban. Y también se había ejercitado mucho sobre los estudios divinos.

24. Así era, pues, Teodoto. Y en Cesarea de Palestina, a Teocteno, quien había cumplido el episcopado con máxima solicitud, le sucede Agapio, quien nos consta que mucho se fatigó por la más noble providencia en la dirección del pueblo, cuidando de todos con mano generosa, principalmente de los pobres.

25. Por su época conocimos a Pánfilo, varón notabilísimo por su propia vida de verdadero filósofo y considerado digno del presbiterado de la congregación del lugar. No sería un tema insignificante demostrar quién era y de dónde venía, pero todo lo que se refiere a su vida y de la escuela que creó, y los combates que sostuvo en diversas confesiones durante la persecución, y la corona del martirio que se ciñó al cabo de todo, lo redactamos específicamente en la obra especial acerca de él.

Cristo y su relación con el Padre celestial; pero otras veces eran asuntos banales o personalistas a los que se daba una importancia exorbitada. Una de estas últimas fue, en el siglo II, la celebración de la Pascua, que para los cristianos era una fiesta más grande todavía que para los judíos, por el recuerdo de la muerte redentora y la resurrección de Jesucristo.

26. Así pues, éste fue el más admirable de este lugar. Pero entre nuestros contemporáneos sabemos de algunos extremadamente únicos: Pierio, anciano de Alejandría, y Melic, obispo de las iglesias del Ponto.

27. El primero ha sido aprobado por su vida pobre en extremo y por sus estudios filosóficos, habiéndose ejercitado sobremanera en teorías y comentarios referentes a las cosas de Dios y en homilias públicas en la iglesia. Melic, por su parte (las personas cultas le llamaban la miel de Ática), era exactamente como uno lo describía: el más completo por toda su doctrina. No es posible admirar hasta el punto que se merece la virtud de su retórica, pero sí se puede decir que disponía de ella por naturaleza. Y en lo que se refiere a su extensa experiencia en lo demás y a su enorme conocimiento, ¿quién es capaz de rebasar su perfección?

28. Si trataras con él una sola vez, dirías que se trata del hombre más diestro y más versado en todas las ciencias de la razón. Su conducta virtuosa también era semejante. Le hemos estado observando durante siete años enteros, cuando, por causa de la persecución, fue vagando fugitivo por las regiones de Palestina.

29. En la iglesia de Jerusalén, después de Himeneo, el obispo mencionado hace poco, recibe Zabdas el ministerio. Tras morir Zabdas, poco tiempo después le sucede Hermón en el trono apostólico, que pudo conservar hasta hoy, ya que fue el último obispo hasta la persecución de nuestro tiempo.

30. Y, en Alejandría, Teonas sucede a Máximo, quien había sido obispo durante dieciocho años después de la muerte de Dionisio. En tiempo de éste fue famoso en Alejandría Aquilas, considerado digno del presbiterado al mismo tiempo que Pierio. Dirigía la escuela de la santa fe y dio evidencias de una obra filosófica única, no inferior a la de ninguno, y de un comportamiento auténticamente evangélico.

31. A Teonas, quien prestó su servicio por diecinueve años, le sucede Pedro en el episcopado de los alejandrinos, quien también fue especialmente ilustre durante doce años completos. Habiendo pasado cerca de tres años anteriores a la persecución dirigiendo la iglesia, el resto del tiempo de su vida lo dedicó a un trabajo más difícil, pues, sin esconderse, se preocupaba del común provecho de las iglesias. Y de este modo, al ser decapitado durante el noveno año de la persecución, se honró con la corona del martirio.

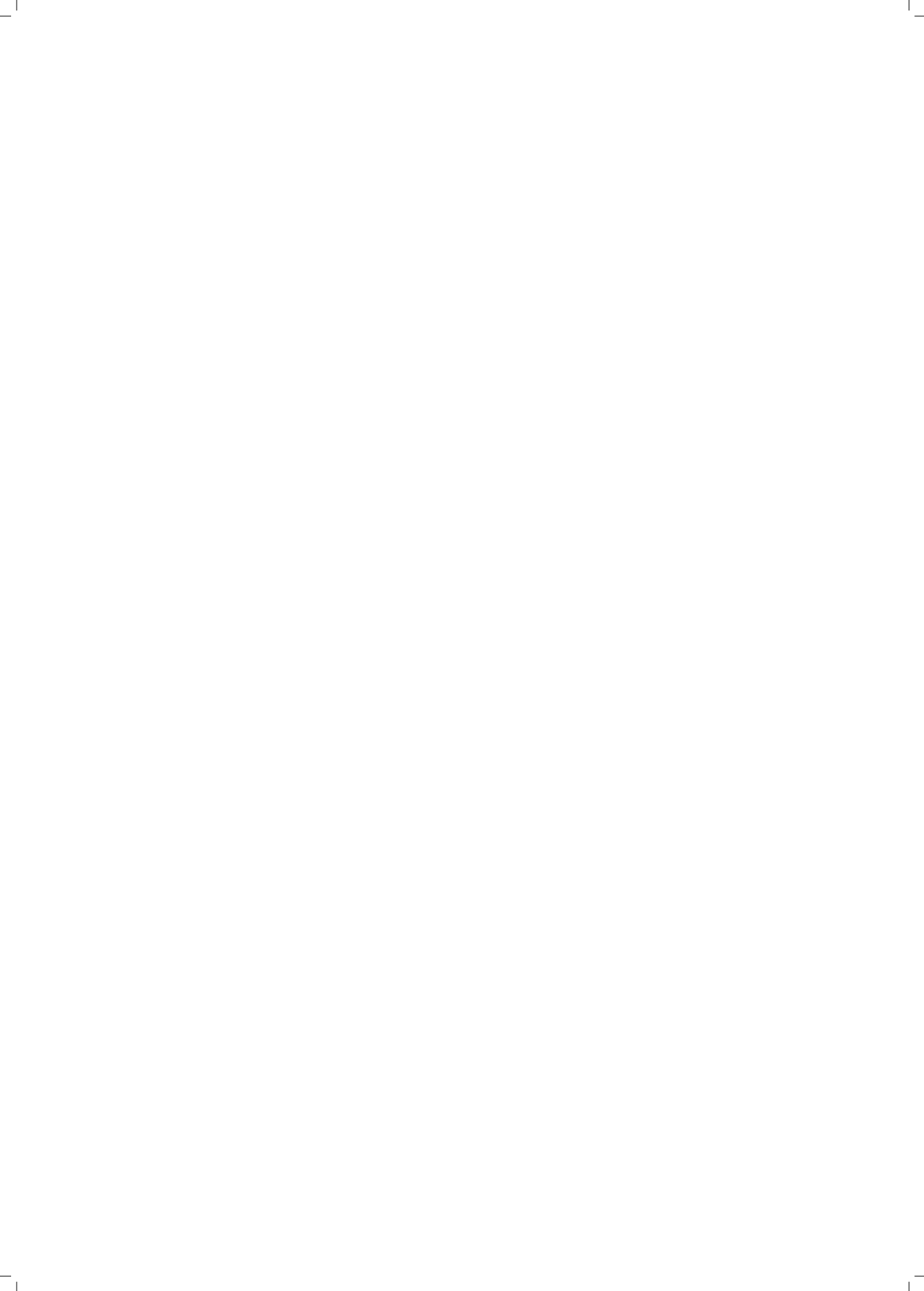
32. Después de haber descrito en estos libros el tema de las sucesiones, desde el nacimiento de nuestro Salvador hasta la destrucción de los oratorios, lo cual comprende un período de unos trescientos cinco años, vamos a consignar ahora por escrito, para que lleguen a saberlo los que serán después de nosotros, cuántos y cómo han sido los combates de aquellos que en nuestro tiempo se han portado varonilmente en defensa de la piedad.

HISTORIA ECLESIAÍSTICA: LIBRO OCTAVO

Contenido:

Prólogo

- 1 Acerca de los acontecimientos anteriores a la persecución de nuestro tiempo
- 2 Acerca de la destrucción de las iglesias
- 3 Cómo se comportaron los que combatieron en la persecución
- 4 Acerca de los mártires de Dios dignos de ser celebrados con cánticos porque colmaron todo lugar con su memoria tras ceñirse diversas coronas a causa de su piedad
- 5 Los mártires de Nicomedia
- 6 Acerca de los funcionarios cristianos en casas imperiales
- 7 Acerca de los mártires egipcios en Fenicia
- 8 Acerca de los mártires de Egipto
- 9 Acerca de los mártires de Tebaida
- 10 Relato escrito por el mártir Fileas acerca de lo que se llevó a cabo en Alejandría
- 11 Acerca de los mártires de Frigia
- 12 Acerca de muchos otros, hombres y mujeres, que lucharon de diversos modos
- 13 Acerca de los presidentes de las iglesias que con su sangre demostraron la sinceridad de la piedad de la que eran embajadores
- 14 Acerca del carácter de los enemigos de la piedad
- 15 Acerca de lo sucedido a los de fuera
- 16 Acerca del cambio positivo de las circunstancias
- 17 Acerca de la palinodia de los soberanos. Apéndice



Prólogo

Tras describir en siete libros completos la sucesión de los apóstoles, nos parece que es una de nuestras ineludibles obligaciones ofrecer en este octavo libro, para conocimiento también de los que vendrán después de nosotros, lo sucedido en nuestra época, porque es digno de una composición no improvisada. Nuestro discurso empezará a partir de aquí.

1

Acerca de los acontecimientos anteriores a la persecución de nuestro tiempo

1. Redactar adecuadamente cuáles y cuán grandes fueron, con anterioridad a la persecución de nuestros días, la gloria y la libertad con que fue honrada la doctrina de la piedad para con el Dios de todas las cosas, anunciada a los hombres por medio de Cristo, tanto entre los griegos como entre los extranjeros, es algo superior a nosotros.

2. No obstante, es buena prueba de ello la aceptación de parte de los soberanos con respecto a los maestros, a los cuales incluso encargaban el gobierno de las provincias, librándolos del deber de sacrificar, por el mucho aprecio que tenían para con nuestras creencias¹.

3. ¿Para qué hablar de los que se hallaban en los palacios imperiales y en todas las magistraturas? Ellos concedían que los de su casa (esposas², hijos y criados) actuaran manifiestamente con libertad de palabra y de conducta en lo referente a la doctrina divina, y faltaba poco para permitirles que se jactaran de la libertad de su fe. Los juzgaban dignos de mayores privilegios que sus demás servidores.

4. Así era con el famoso Doroteo³, el más patriota y más fiel de todos, y por esto fue distinguido con los mayores honores, aún más que los que desempeñaban cargos o gobiernos, así como también el ilustre Gorgonio y todos aquellos que fueron considerados dignos del mismo honor que sus magistrados, por causa de la Palabra de Dios.

5. Era digna de ver, también, la buena acogida que los procuradores y gobernadores otorgaban a los dirigentes de cada iglesia; y ¿quién podría describir aquellas reuniones de millares de personas, y aquellas multitudes de las congregaciones de cada ciudad que acudían a los cultos de oración? Por tal motivo, no sintiéndose satisfechos con los antiguos edificios, levantaron por todas las ciudades, y desde los cimientos, iglesias mucho más amplias.

¹ Era deber de los gobernadores de las provincias ofrecer sacrificios a los dioses paganos y también a los emperadores, que eran considerados como dioses. Por esta razón se abstenían muchos cristianos de admitir magistraturas, rechazando los gobiernos de las provincias que les ofrecían los emperadores.

² Se ha discutido si Eusebio está refiriéndose a las esposas, hijas y criados de sus altos empleados cristianos o si alude a la propia esposa del segundo Augusto, Galerio, que se llamaba Valeria, y su hija Prisca, de las cuales —según Lactancio en su escrito *De mort. pers.* 15:1— declara que eran cristianas, aunque se cree que no pasaban de catecúmenas.

³ Doroteo era jefe de la cámara imperial de Diocleciano y del César Calerio, acerca del cual escribe Metafrastes en *Actas de los mártires: Domine et Indes*: «También fueron lanzados los dardos de la calumnia contra Doroteo, insigne por su gloria y dignidad civil, pues era llamado prepósito por los italianos, pero era todavía más insigne por su piedad. Lo mismo ocurrió con Mardonio, Mignacio e Indes, así como con algunos otros».

6. Esta situación avanzaba con el tiempo y cada día aumentaba en tamaño e importancia, sin que ninguna envidia de los paganos los estorbara, ni que ningún demonio malvado fuera suficiente para desacreditarlos ni impedirlos con maquinaciones humanas, puesto que la mano celestial de Dios protegía y guardaba a su propio pueblo, porque ciertamente lo merecía.

7. Pero desde que nuestra conducta cambió, pasando de una mayor libertad al orgullo y la despreocupación, unos creyentes envidiaban e insultaban a otros, llegando casi a guerrear con armas entre nosotros mismos, si se diera el caso. Los dirigentes descargaban sus golpes contra los otros pastores con las lanzas de las palabras; los seguidores se alzaban unos contra otros, y una hipocresía y simulación monstruosas alcanzaron la cima de la maldad; por todo ello, el juicio de Dios, lentamente, como gusta de hacerlo el Señor, cuando todavía se congregaban las asambleas, se fue iniciando suave y comedidamente con la visita aflictiva, empezando la persecución por los hermanos que estaban en el ejército⁴.

8. Pero nosotros, insensibilizados, no nos preocupábamos de hacernos benévola y propicia la divinidad, sino que, al modo de algunos ateos que creen que nuestros actos no reciben atención ni inspección, añadimos unas maldades a otras, y los que parecían ser nuestros pastores rechazaban las normas de la religión, encendiéndose en disputas entre ellos, y sólo se dedicaban a ampliar las discordias, las amenazas, la envidia y el odio unos para con otros, y a propugnar ardientemente sus deseos, como si se tratara, el suyo, de un poder absoluto. Entonces fue cuando, de acuerdo con las palabras de Jeremías: «Oscureció el Señor en su furor a la hija de Sión, derribó del cielo a la tierra la hermosura de Israel, y no se acordó del estrado de sus pies en el día de su furor; sino que el Señor destruyó todas las moradas de Israel, y derribó todas sus fortalezas» (Lamentaciones 2:1-2).

9. Y, como dice también en los Salmos: «Rompiste el pacto de tu siervo, (y con la destrucción de las iglesias) has profanado sus santuarios hasta la tierra. Abriste brecha en todos sus vallados, has introducido la cobardía en sus fortalezas. Saquean a la multitud del pueblo todos los que pasan por el camino; y es oprobio a sus vecinos. Has exaltado la diestra de sus enemigos; has alegrado a todos sus adversarios. Embotaste, en cambio, el filo de su espada, y no lo sostuviste en la batalla. Hiciste cesar su gloria, y echaste su trono por tierra. Has acertado los días de su juventud; le has cubierto de afrenta» (Salmo 89:39-45)⁵.

⁴ Es muy comprensible que los que estaban sujetos al servicio militar fueran los primeros en sufrir cuando los edictos de Diocleciano dieron lugar a la persecución. No es que los soldados fueran peores o mejores que los otros cristianos, sino que eran más accesibles para el emperador, pues estaban bajo un mando militar.

⁵ Eusebio, en los siete primeros libros, aplica siempre este salmo a la destrucción de Jerusalén, como justo juicio de Dios sobre los judíos; lo mismo encontramos en su comentario a los Salmos. Aquí, en cambio, lo aplica a la persecución, como un justo juicio de Dios que recae sobre los cristianos a causa de sus querellas internas, más reprochables aún ante los ojos de Dios que las de los judíos, que sólo conocían al Dios del Antiguo Testamento, y que lamentablemente han sido una constante, en todos los siglos, en las iglesias cristianas.

2

Acerca de la destrucción de las iglesias

1. Todas estas cosas se han cumplido verdaderamente en nuestro tiempo, en el momento en que hemos visto con nuestros propios ojos las casas de oración derrumbadas, desde la cumbre hasta los cimientos, y las divinas y sagradas Escrituras entregadas al fuego en medio de las plazas públicas, y a los pastores de las iglesias escondiéndose por aquí y por allá vergonzosamente, o apresados indecorosamente y ultrajados por los enemigos cuando, de acuerdo con otra palabra profética: «Esparció menosprecio sobre los príncipes, y les hizo andar perdidos por lo intransitable y sin camino» (Salmo 107:40).

2. Pero no nos atañe a nosotros contar las tristes desgracias que finalmente sufrieron éstos, puesto que tampoco nos conviene entregar el recuerdo de sus disensiones mutuas y de absurdos anteriores a la persecución, por lo que decidimos narrar acerca de ellos únicamente aquello con lo que podemos justificar el juicio de Dios.

3. Así pues, no nos hemos propuesto hacer mención de los que fueron tentados por la persecución, o de los que fracasaron totalmente en su salvación y por su propia decisión se precipitaron en los abismos de las olas, sino que a la historia únicamente añadiremos lo que pueda ser de provecho, primeramente a nosotros mismos, y luego, también, a los que vengan después de nosotros. Vamos, pues; empecemos desde ahora a redactar brevemente los combates sagrados de los mártires por la Palabra divina.

4. Corría el año diecinueve del imperio de Diocleciano⁶, y el mes de distro (que entre los romanos se llamaría «marzo»), cuando, hallándose próxima la fiesta de la Pasión del Salva-

⁶ Diocleciano, cuyo nombre original era Diocles, procedía de una humilde condición. Dálmata de origen, hijo de un esclavo, habiendo empezado como simple soldado, llegó a comandante de la guardia imperial, y cónsul, en el año 283. Tras haber sido asesinado el emperador Numeriano por el prefecto del pretorio Afro, Diocleciano fue proclamado emperador en Nicomedia por el ejército, y envió a luchar contra los godos al general Maximiano, a quien como premio a sus victorias sobre los bagaudos en las Galias le elevó a la categoría de agosto, con lo que estableció una diarquía en la que Diocleciano se reservó el primer lugar y dio el segundo a su amigo Maximiano. En el año 291, reunidos en Milán los dos augustos, elevaron a césares a sus respectivos prefectos del pretorio; es decir: Diocleciano nombró César a Dacio Galerio, y Maximiano, a Constancio Cloro, con lo que quedó establecido el poder universal de Roma en manos de una tetrarquía, compuesta de cuatro jefes, dos augustos y dos césares. La tetrarquía quedaba fortalecida por el matrimonio de Galerio con Valeria, la hija de Diocleciano, y la unión de Constancio Cloro con Teodora, la hijastra de Maximiano.

A Constancio se le asignó el gobierno de Occidente, o sea, la Hispania y la Galia, bajo la tutela de su suegro, llamado pacificador de Occidente, con el encargo de que Constancio conquistara Bretaña. Galerio fijó su residencia en Sirmia, y Diocleciano, en Nicomedia. Las ambiciones de Diocleciano quedaron cumplidas con este arreglo, pues era un hombre listo y gran organizador que dejó grandes palacios y otras obras útiles a la posteridad, pero se enorgullecó sobremanera, porque contaba con 60 legiones bien organizadas, con un total de medio millón de soldados. Además, a los dos augustos se les elevó a la categoría de dioses, y nombraron a toda una organización sacerdotal y de jueces que fueron quienes persiguieron a los cristianos, usando y abusando de los decretos imperiales.

Diocleciano era un fanático del dios Júpiter, de quien él mismo se creyó una encarnación; pero, cansado de tanto poder, fue víctima de depresión nerviosa, que le llevó a la decisión de retirarse a la vida privada en su palacio y finca rústica en Salona, Dalmacia, aunque obligando antes a su colega, el otro agosto, Maximiano, a que hiciera lo mismo, lo que éste hizo de mala gana retirándose a Milán el primero de mayo del año 305. Les sucedieron con el título de Augustos los césares Galerio y Constancio Cloro, y se nombró césares a Severo y a Maximino Daza. Prácticamente, Constancio

dor, por todas partes abundaron edictos imperiales que ordenaban destruir hasta el suelo de las iglesias y hacer desaparecer las Escrituras por el fuego, declarando sin honores a los que disfrutaban de ellos, y que se privara de libertad a los particulares si perseveraban en su profesión del cristianismo.

5. Así era, pues, el primer edicto contra nosotros; pero, al cabo de no mucho tiempo, nos llegaron otros edictos por los que, en primer lugar, se ordenaba encerrar en prisiones a todos los pastores de las iglesias, en todas partes, y luego obligarles por todos los medios a sacrificar.

3

Cómo se comportaron los que combatieron en la persecución

1. Entonces, precisamente entonces, muchos dirigentes de las iglesias, luchando esforzadamente entre terribles agravios, ofrecieron, ciertamente, escenas de grandes luchas, pero también fueron muchos los que entorpecieron de antemano sus almas con la cobardía y se debilitaron desde el primer ataque. Los que resistieron fueron probados cada uno con diversos tipos de tormentos; uno fue atormentado con azotes; otro, castigado con los insostenibles garfios y con el potro, por lo cual algunos ya alcanzaron así un doloroso término a sus vidas.

2. Y otros pasaron la lucha de diversos modos. A uno, empujado por la fuerza, le acercaron a los malvados e impuros sacrificios y lo dejaban luego en libertad como si hubiera sacrificado, a pesar de no haberlo hecho. Otro, aunque no se hubiese acercado en absoluto ni hubiera tocado nada maldito, ya que los presentes afirmaban que había sacrificado, se iba en silencio, soportando la falsa acusación, y a otro lo alzaban medio moribundo y lo arrojaban como si fuera un cadáver.

3. Incluso se dio el caso de que alguien, tumbado en el suelo, fuera arrastrado larga distancia por los pies, y era contado entre los que habían sacrificado. Alguno gritaba con fuerte voz dando testimonio de su negativa a sacrificar; y otro clamaba a grandes voces que era cristiano, ufanándose de confesar el nombre del Salvador, sosteniendo que no había sacrificado y jamás sacrificaría.

4. No obstante, también éstos fueron echados violentamente, y, propinándoles los soldados que los custodiaban numerosos golpes en la boca, se les hacía callar a bofetadas en el rostro. Tal era la determinación que tenían los enemigos de la fe cristiana por aparentar que habían vencido; pero ni siquiera esto funcionaba contra los santos mártires. ¿Qué narración sería suficiente para dar un relato exacto acerca de todos ellos?

Cloro y Severo se quedaron con todo el Occidente, mientras que Galerio y Maximino Daza se apropiaron de todo el Oriente, incluyendo una parte del norte de África. El triunvirato estaba prácticamente disuelto, y las consecuencias de ello fueron desastrosas para el Imperio, como lo había sido su constitución para los cristianos, tal como Eusebio refiere en el curso de este Libro VIII.

4

Acerca de los mártires de Dios dignos de ser celebrados con cánticos porque colmaron todo lugar con su memoria tras ceñirse diversas coronas a causa de su piedad

1. Se podrían contar grandes cosas acerca de muchísimos que demostraron su admirable disposición en la piedad del Dios del universo, no solamente desde el momento en que surgió la persecución general, sino mucho antes, cuando reinaba la paz.

2. Efectivamente, muy pronto, tras empuñar el poder el dueño del Imperio, como despertando de un profundo sueño, atacó a las iglesias, todavía solapadamente y no a las claras, en el tiempo posterior a Decio y Valeriano; y no se lanzó contra todos nosotros de golpe, sino que lo intentó primero con los que estaban en el ejército, porque creía que de este modo podría arrestar más fácilmente al resto de los cristianos, si primero vencía en combate a aquellos que se hallaban bajo el régimen militar; pero pudo verse entonces a gran número de militares que aceptaban antes la vida civil que negar la fe en el Hacedor de todas las cosas.

3. Efectivamente, cuando cierto general del ejército⁷ emprendió la persecución contra las tropas y se dio a clarificar y depurar a los funcionarios militares, como diera a escoger entre seguir gozando de la graduación que les correspondía o verse privados de ella si se oponían a sus órdenes, muchísimos soldados del reino de Cristo prefirieron, sin vacilar, confesar a Jesucristo que gozar de la gloria aparente y el bienestar que poseían.

4. Al principio, rara vez recibían uno o dos de estos opositores no sólo el cese de su puesto, sino también la muerte como castigo de su piadosa resistencia, porque en aquel tiempo el autor de la maquinación aún se mantenía comedido y sólo se atrevía a algunos pocos derramamientos de sangre, pues al parecer tenía miedo de la multitud de fieles existentes y todavía le asustaba desatar una guerra contra todos los cristianos.

5. Pero cuando se lanzó al ataque más abiertamente, no es posible narrar con palabras la calidad y cantidad de los mártires de Dios que se ofrecían a padecer ante los ojos de todos los paganos que vivían en todas las ciudades y regiones.

5

Los mártires de Nicomedia

1. Tan pronto como se dio a conocer el edicto contra las iglesias de Nicomedia, un cristiano, que no era personaje oscuro⁸, sino uno de los más distinguidos según los conceptos

⁷ Este general se llamaba Veturio, del cual dice Eusebio en el *Cronión* describiendo el año 17 de Diocleciano: «Veturio, general de la milicia, persigue a los soldados cristianos, comenzando poco a poco, desde aquel tiempo, la persecución contra nosotros».

⁸ A este ciudadano distinguido se le llama Juan en el *Martirologio* de Usuardo, de Adón y de Norkero, así como también en el antiguo *Martirologio romano*, que celebra su fiesta el día 7 de septiembre.

de esta vida, animado por el celo de Dios, se lanzó con ardiente fe y retiró el edicto que estaba expuesto al público⁹, porque lo tenía por impío y contrario a la religión, y lo hizo pedazos a pesar de que se hallaban en la misma ciudad dos emperadores, el más antiguo de todos y, tras él, el que ocupaba el cuarto puesto en el poder imperial. Este cristiano fue el primero de los que se distinguieron por su fe, y, después de sufrir lo que era de esperar por tal osadía, mantuvo la calma y la tranquilidad hasta el momento de dar su último suspiro.

6

Acerca de los funcionarios cristianos en casas imperiales

1. Por encima de todos cuantos fueron celebrados¹⁰ como admirables y reconocidos por su valentía, tanto entre los griegos como entre los extranjeros, esta persecución hizo distinguir, entre los divinos y valientes mártires, a Doroteo y a otros siervos de la casa imperial que estaban con él, los cuales, a pesar de que sus amos los tenían por dignos del máximo honor y no los trataban con menor cuidado que a sus propios hijos, consideraron, con toda razón, que era mayor riqueza que la gloria y el bienestar de esta vida sufrir, a causa de su piedad, la vergüenza, los trabajos y los diversos tipos de muerte ideados por ellos. Únicamente haremos mención del fin de uno de ellos, dejando a los lectores que colijan con su ejemplo lo que sucedió a los demás.

2. En la ya mencionada ciudad de Nicomedia, un funcionario real fue denunciado y traído en público a presencia de los emperadores indicados, quienes le ordenaron sacrificar; y como él se opusiera, mandaron colgarlo desnudo y desgarrar todo su cuerpo con azotes, hasta que, rendido, realizara lo ordenado, aunque fuese involuntariamente.

3. Mas, como sea que él seguía tenaz aun sufriendo estas torturas, mezclaron vinagre y sal, cuando ya sus huesos aparecían a la vista, y los vertieron por las partes más castigadas de su cuerpo; pero como también despreciara estos dolores, le pusieron en medio unas parrillas y fuego, y, del mismo modo que se hace con la carne comestible, consumieron el resto de su cuerpo por el fuego, pero no de golpe, para que no muriera inmediatamente, sino lentamente. Los que le colocaron sobre el fuego recibieron orden de que no le soltaran hasta que por este sufrimiento consintiera en hacer lo ordenado.

4. Pero él, firme en su propósito, entregó vencedor su alma a Dios durante estos sufrimientos. Tal fue el testimonio de uno de aquellos siervos imperiales, ciertamente digno del nombre que llevaba, porque se llamaba Pedro¹¹.

⁹ Los edictos de los emperadores se escribían en unas láminas grandes llamadas *charta*, formadas de papiro y cola. Una vez firmada por el emperador, se le añadía el calificativo de «sacra», o sagrada, pues se confería a los augustos el atributo de divinidad.

¹⁰ El texto de Eusebio dice «cantados», que el traductor ha interpretado como celebrados, pues parece que los cristianos del segundo y tercer siglos tenían la costumbre de componer himnos a la memoria y honor de los mártires más importantes y conocidos en cada región.

¹¹ De san Pedro de Nicomedia, cuya fiesta se celebra el 12 de marzo, se refiere en el *Martirologio romano*: «El triunfo de san Pedro, mártir de Nicomedia, es que, siendo camarero del emperador Diocleciano, y habiéndose quejado

5. Aun cuando hubo otros que no sufrieron menos, teniendo en cuenta el tamaño de nuestra obra los omitiremos, contando solamente que Doroteo y Gorgonio, junto con otros muchos del servicio imperial, partieron de esta vida ahorcados, tras sufrir diversos tormentos, y obtuvieron el premio de la divina victoria.

6. Por entonces fue decapitado, por causa del testimonio de Cristo, el fiel Antimo¹², quien en aquel tiempo presidía la iglesia de Nicomedia, y con él un numeroso grupo de mártires, porque en aquellos mismos días, sin saber de qué manera, se prendió fuego al palacio imperial, y, por causa de la falsa sospecha y por correrse la voz de que había sido provocado por los cristianos, por indicación imperial todos los fieles del lugar, puestos juntos y apiñados, fueron, los unos, degollados a espada, y los otros, muertos por el fuego. Una tradición sostiene que en aquella ocasión hombres y mujeres saltaban al fuego con un fervor divino e inefable. Por otro lado, se vio también a muchos que eran atados en barcas y lanzados a las profundidades del mar.

7. Los servidores imperiales, después de su muerte, tenían derecho a ser entregados a la tierra con los honores correspondientes; pero los jefes superiores los hicieron exhumar de nuevo, declarando que también a éstos era preciso lanzarlos al mar con el fin de evitar que, si permanecían en los sepulcros, hubiera quienes los adoraran considerándolos como dioses. (Esto es lo que ellos pensaban). De este tipo fueron los sucesos al principio de la persecución en Nicomedia.

8. Y no mucho más tarde, intentando algunos ciudadanos de la región llamada Melitene, y otros en Siria, sublevarse y apoderarse del Imperio, surgió una orden imperial para que en todo lugar se encarcelase y encadenase a los pastores de las iglesias¹³.

públicamente de los tormentos que se daban a los mártires por orden de dicho emperador, fue conducido a su presencia, y primeramente, habiéndolo colgado, lo azotaron cruelmente. Luego de azotarlo le echaron en las llagas sal y vinagre, y finalmente, puesto en una parrilla, fue asado a fuego lento, haciéndose legítimo heredero de la fe y del nombre que llevaba, que era Pedro».

¹² El *Martirologio romano* cuenta el martirio de Antimo con las siguientes palabras: «El tránsito de san Antimo, obispo y mártir de Nicomedia, el cual en la persecución de Diocleciano, por la confesión de Jesucristo, siendo degollado, alcanzó la corona del martirio. Siguió su ejemplo la mayor parte de su rebaño, los cuales, por sentencia del juez, unos fueron degollados, otros quemados y otros, siendo metidos en barcos viejos e inservibles, fueron sumergidos en el mar».

¹³ Se refiere a un general llamado Eugenio, que durante breve tiempo ejerció la tiranía en Siria y Líbano. Cuenta el *Oratio ad Theodosio*, pág. 411, y en *Anthiochius*, págs. 363-399, que había un tribuno en Seleucia, de nombre Eugenio, que estaba al mando de quinientos soldados, a quienes había ordenado que excavasen la boca y entrada del puerto. Habiendo trabajado los soldados sin interrupción día y noche, y sintiéndose indignados contra tal orden superior transmitida por su jefe, incitaron a éste a que se apoderase del Imperio, amenazándole con la muerte si no les daba gusto. Coaccionado el tribuno de esta manera, lo proclamaron emperador y le colocaron la púrpura que arrebataron a la estatua de un dios; luego, confiados en que podría apoderarse de la ciudad de Antioquía, pues estaba desprovista de guarnición, marchó hacia ella y la ocupó antes de la caída del sol. Pero los soldados, dando rienda suelta a su acostumbrada lascivia, devastaron los campos y se dieron a comer y beber con exceso. Sabido esto por los habitantes de la ciudad, y despreciando el corto número y la embriaguez de los soldados, arrojaron piedras y toda clase de proyectiles, y dieron muerte, no sólo al tirano que se dirigía a palacio, sino a los soldados, de modo que no sobrevivió ni uno. El emperador de aquella provincia, que debía mostrar su gratitud a los antioquenos, hizo al revés, por cuanto envió a sus legiones e hizo una matanza de aquellos que habían defendido el Imperio. En ella pereció el abuelo de Libanio, que es quien refirió el caso al emperador Teodosio. Esto ocurrió durante el consulado decimotercero de Diocleciano y séptimo de Maximiano.

9. El espectáculo que tuvo lugar con todo esto excede a todo relato. En todo lugar se encerraba a innumerables creyentes, y por todas partes las cárceles, preparadas de antiguo para asesinos y profanadores de tumbas, estaban entonces repletas de obispos, ancianos, diáconos, lectores y exorcistas, hasta el punto de no quedar en ellas lugar para los condenados por sus fechorías.

10. Pero, al primer¹⁴ edicto, siguió otro, en el que se ordenaba dejar partir en libertad a los presos que hubiesen sacrificado, y la orden de hacer pasar por los innumerables tormentos a los que se opusieran a ello. ¿De qué modo, insisto, podría uno enumerar, en este caso, la multitud de mártires de cada provincia, principalmente de África, Mauritania, Tebaida y Egipto? Algunos que habían partido de Egipto hacia otras ciudades y provincias fueron detenidos y se destacaron por sus fieles testimonios en los martirios que sufrieron.

7

Acerca de los mártires egipcios en Fenicia

1. De éstos conocemos, por ejemplo, a los que brillaron en Palestina y también a los que fueron notables en Tiro de Cilicia. ¿Quién no ha de quedarse atónito, al contemplarlos, por los innumerables azotes y por la resistencia a estos tormentos que sufrieron los verdaderamente admirables atletas de la fe? Pues tras los azotes venía el combate con las fieras devoradoras de hombres, los ataques de leopardos, de osos diversos, de jabalíes y de toros incitados por banderillas de hierro caliente, y la maravillosa paciencia de aquellas valerosas personas ante cada una de tales fieras.

2. Nosotros presenciemos estos sucesos, y conocimos cómo el poder divino del propio Jesucristo, Salvador nuestro, por amor del cual eran martirizados, se hallaba presente y se mostraba visiblemente a los mártires. Muchas veces, las bestias devoradoras de hombres no osaban, por mucho tiempo, tocar, ni siquiera acercarse, a las personas amigas de Dios, sino que se dirigían contra los otros, los que las azuzaban desde fuera del estadio; mas a los santos atletas no osaban tocar, por más que se hallaban de pie, desnudos y que les hicieran señales con las manos atrayéndolas hacia sí, pues esto se les ordenaba que hicieran los mártires, y cuando por fin se lanzaban contra ellos, retrocedían de nuevo, como empujadas atrás por una fuerza divina.

¹⁴ Éste fue el tercer edicto contra los cristianos. En el primero ordenaba el emperador destruir las iglesias y quemar sus bibliotecas, y que las personas que tuvieran cargos honoríficos fuesen privadas de su dignidad si rehusaban sacrificar, y la plebe, que perdiese la libertad, como se refiere en el capítulo 2. Poco después siguió el segundo edicto, en el que se ordenaba que los obispos, presbíteros y diáconos fuesen encarcelados y se les obligase por todos los medios posibles a sacrificar. El tercer edicto comprende a todos los cristianos de cualquier clase, tanto presbíteros como laicos, y refiere Eusebio en su escrito *De Martyribus Palaestinae*, cap. 3, que fue promulgado el segundo año de haberse iniciado la persecución, pero debe de ser el cuarto, ya que antes se publicaron los otros dos referidos.

3. La prolongación de este espectáculo producía sorpresa a los espectadores al ver que, ante la ineficacia de la primera fiera, tenía que ser soltada una segunda, y una tercera, contra un mismo mártir.

4. Era para quedarse pasmado, ante la intrépida perseverancia de aquellos santos y por la inflexible resistencia de sus jóvenes cuerpos. Por ejemplo, se podía ver a un joven de veinte años no cumplidos, de pie, sin cadenas y con las manos extendidas a modo de cruz, que, con la mente libre de miedo o consternación, se entregaba con plena tranquilidad a las súplicas a Dios, sin moverse en absoluto ni apartarse del lugar donde estaba, a pesar de que osos y leopardos, respirando ira y muerte, tocaran ya su carne; pero no sé de qué modo, por un poder inefable y divino que cerraba sus fauces, retrocedían corriendo hacia atrás, sin devorar al joven.

5. Hubieras podido ver también a otros (cinco en total) que fueron lanzados a un toro bravo, el cual con sus cuernos despedazaba y lanzaba por los aires a los de fuera que se acercaban a él, dejándolos malheridos y con necesidad de ser retirados; pero cuando se lanzaba enardecido y con aspecto amenazador contra alguno de los mártires, no era capaz ni de acercarse a ellos; a pesar de golpear por aquí y por allá el suelo con sus patas y sus cuernos y de respirar airado y amenazador, al ser azuzado con hierros calentados al rojo vivo, se le veía que era arrastrado hacia atrás por la santa Providencia; y como que este animal no les hizo mal alguno, tuvieron que soltarles otras fieras.

6. Finalmente, tras terribles y diversas embestidas de las fieras, todos ellos fueron degollados a espada y entregados a las olas del mar en vez de ser sepultados en tierra.

8

Acerca de los mártires de Egipto

1. Del mismo modo fue la suerte de los egipcios que lucharon en Tiro, por causa de la piedad, y son también de admirar los que dieron testimonio en su propia patria, donde innumerables hombres, mujeres y niños, por causa de la enseñanza de nuestro Salvador, despreciaron la vida pasajera y soportaron diversos tipos de muerte. Algunos fueron lanzados al fuego después de sufrir los tormentos de los garfios, los potros y los crueles azotes, así como muchísimos otros y diversos tormentos que hacen estremecerse al oírlos; otros fueron arrojados al mar, y había otros que tendían confiadamente sus propias cabezas a los verdugos encargados de cortárselas, mientras que otros morían durante los tormentos; algunos perecieron de hambre y otros fueron crucificados, según la costumbre que se emplea con los malhechores, y algunos de ellos fueron clavados cabeza abajo y abandonados vivos hasta que morían de hambre sobre el mismo madero.

9

Acerca de los mártires de Tebaida

1. Rebasan los límites de cualquier relato los agravios y dolores que soportaron los mártires de Tebaida. Sabemos que les desgarraban todo el cuerpo con conchas en lugar de garfios, hasta que morían; a las mujeres las ataban de un pie y las colgaban en alto, la cabeza hacia abajo, y el cuerpo completamente desnudo y sin protección, proporcionando a todos los mirones el espectáculo más vergonzoso, más duro y el más inhumano de todos.

2. Otros morían atados a árboles. El procedimiento era así: tiraban hacia sí, con máquinas de torno, las ramas más fuertes y ataban a cada rama las piernas de los mártires; luego dejaban que las ramas volvieran a su posición natural. De este modo inventaron el descuartizamiento inmediato de los condenados a este suplicio.

3. Y todas estas cosas prosiguieron, no por pocos días, sino por un largo espacio de años enteros, pereciendo, en ocasiones, más de diez personas, en otras más de veinte, y otras veces no menos de treinta. Incluso cerca de setenta. Hubo alguna vez que en un solo día cien hombres, acompañados de sus hijitos y sus mujeres, fueron castigados con diversos y sucesivos suplicios.

4. Nosotros mismos, estando presentes en aquel lugar donde se ejecutaban los tormentos, vimos en un solo día a muchos que fueron decapitados y otros, martirizados con hierros candentes, hasta el punto de que el hierro llegó a embotarse de tanto matar y a partirse desgastado, mientras que los asesinos se sucedían unos a otros alternativamente debido al cansancio.

5. Entonces presenciábamos el maravilloso ardor, la fuerza y el fervor divino de aquellos que de verdad son creyentes en el Cristo de Dios, pues apenas se había ejecutado la sentencia contra el primer grupo, ya otros, procedentes de otras partes, corrían al tribunal confesando delante del juez ser cristianos, sin pensar en los terribles y diversos tipos de tortura que iban a padecer, antes bien, anunciaban abiertamente, con toda paz, su fidelidad para con el Dios del universo y recibían de buen grado, con gozo y alegría, la máxima sentencia de muerte, cantando salmos, himnos y dando acciones de gracias al Dios del universo, hasta el mismo momento de exhalar el último suspiro.

6. Éstos fueron admirables; pero lo eran de un modo más excepcional aquellos que, destacando por su rica alcurnia y su gloria por sus conocimientos y elocuencia, no obstante lo pusieron todo en lugar secundario y dieron la primacía a la verdadera piedad y a la fe en nuestro Salvador y Señor Jesucristo.

7. De éstos fueron Filóromo, que ocupaba un rango importante en la administración imperial de Alejandría, el cual, por causa de su categoría como magistrado romano, participaba cada día en actos oficiales con una escolta de soldados. También fue así con el obispo de la iglesia de Tmuis, varón ilustre tanto por su vida política y sus servicios en favor de su patria como por sus conocimientos filosóficos.

8. Ellos, a pesar de que innumerables familiares y amigos, así como los mismos magistrados, les suplicaban apiadarse de sí mismos y tener consideración de sus propios hijos y esposa, de

ningún modo se dejaron conmover por tan importantes razones para elegir el amor a la vida y menospreciar las superiores razones que los inducían a una valiente confesión de su fe y a no negar al Salvador, sino que, soportando todas las amenazas y todos los insultos del juez, y sus persuasivos razonamientos filosóficos, con el alma llena de piedad y de amor a Dios, ambos fueron decapitados.

10

Relato escrito por el mártir Fileas acerca de lo que se llevó a cabo en Alejandría

1. Ya que mencionamos que Fileas fue digno de mucha fama por causa de sus conocimientos seculares, que presente él mismo su propio testimonio, explicándonos quién era, y también relate, más exactamente de lo que nosotros podríamos hacer, los martirios que tuvieron lugar en Alejandría en su tiempo. Éstas son sus palabras, copiadas de la carta de Fileas a los tmuitas:

2. «Puesto que hay en las divinas y santas Escrituras todos estos ejemplos y hermosos indicios de la verdad, los bienaventurados mártires que se hallaban con nosotros, sin dudar un instante, fijando el ojo del alma en el Dios del universo y asiéndose con su mente a la muerte por causa de la piedad, mantenían su llamamiento con vehemencia, porque habían encontrado que nuestro Señor Jesucristo se hizo hombre por nosotros con el fin de suprimir todo pecado y proveernos de recursos para entrar en la vida eterna, porque *no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, y estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo hasta la muerte, y muerte de cruz* (Filipenses 2:6-8).

3. »Por lo cual los mártires, portadores de Cristo, deseando los dones mayores, soportaron toda fatiga y todo tipo de invención de tormentos, no sólo una vez, sino que algunos dos o más veces, y por mucho que los guardias se empeñasen en sus amenazas contra ellos, no sólo de palabra, sino también de hecho, no cedieron en su resolución, ya que *el perfecto amor echa fuera al temor* (1 Juan 4:18).

4. »¿Qué discurso sería suficiente para explicar su nobleza y su valor en cada tortura? Porque como todo el que lo deseara disponía de licencia para ultrajarlos, unos los azotaban con garrotes; otros, con varas; otros, con látigos; otros, con correas, y otros, con cuerdas.

5. »El espectáculo de las torturas era variado y lleno de maldad. A unos los sujetaban al potro con las manos atadas a la espalda, y con una manivela distendían todos sus miembros; luego, en esta situación, los verdugos, a una orden, atacaban todo su cuerpo, no sólo los costados como a los asesinos, sino que les herían también el vientre, las piernas y las mejillas con sus armas de defensa¹⁵. A otros los colgaban del pórtico atados a una sola mano, con lo que

¹⁵ Esta descripción de los martirios que sufrían las víctimas sujetadas al potro significa, probablemente, que les daban coces en todas las partes del cuerpo, pues también las botas eran armas de defensa para los soldados, o también que les daban golpes con los escudos, lo que todavía habría sido más doloroso por la pesadez y balanceo del instrumento.

sufrían terriblemente, por la tensión de las articulaciones y de los músculos, más que cualquier otro dolor. A otros los amarraban a las columnas cara con cara y sin tocar al suelo con los pies, de modo que con el peso del cuerpo las ataduras se apretaban y tensaban con fuerza.

6. »Y estas cosas las aguantaban, no únicamente cuando el gobernador dialogaba y se dedicaba a ellos, sino durante casi todo el día, cuando éste paseaba y daba el encargo a otros para que vigilaran a los condenados, por si alguno parecía entregarse, derrotado por los tormentos, y mandaba, cruelmente, que tensaran las ataduras y que bajaran a los que después de todo esto expirasen, arrastrándolos por el suelo¹⁶.

7. »En efecto, no tenían con nosotros el más mínimo respeto, sino que obraban como si no fuéramos personas. Éste era el segundo tormento que inventaron nuestros adversarios, además del de los golpes.

8. »Los había que, después de las torturas, todavía se les dejaba tendidos en el cepo con ambos pies separados hasta el cuarto agujero, de modo que tenían que estar necesariamente boca arriba, impotentes, por tener recientes las heridas de los golpes que habían recibido en las espaldas y por todo el cuerpo. Otros yacían echados por el suelo por causa de los tormentos aplicados, proporcionando a los que miraban un espectáculo más horrible que el de los mismos tormentos, porque llevaban en sus cuerpos las señales de las numerosas y diversas torturas ideadas.

9. »En esta situación, unos morían durante las torturas, avergonzando al enemigo con su resistencia; otros presos, moribundos en la cárcel, morían tras pocos días, atormentados por los dolores, y los restantes que alcanzaron la recuperación por causa de los cuidados¹⁷, con el tiempo y la estancia en la prisión se volvieron aún más animosos.

10. »Así que, en el momento en que se les proponía escoger entre no ser molestados y conseguir de ellos la maldita libertad, o bien no sacrificar y recibir la sentencia de muerte, sin titubear se dirigían gozosos hacia la muerte, porque conocían lo que prescriben las Santas Escrituras: *El que ofreciere sacrificios a otros dioses, será muerto*, y *No tendrás dioses ajenos delante de mí*» (Éxodo 20:3 y 22:20).

11. Tales son las palabras que el mártir, como auténtico filósofo y también como amigo de Dios, escribió antes de su sentencia final, mientras estaba en la cárcel, a los hermanos de su congregación explicándoles su situación y animándolos a aferrarse fuertemente a la piedad para con Cristo, aun a pesar de su inminente muerte.

12. Pero ¿qué necesidad hay de extenderse en los combates más recientes librados por los santos mártires en toda la tierra, sobre todo por aquellos que no eran perseguidos según una ley común, sino con todo lo irregular de una guerra?¹⁸.

¹⁶ Se refiere aquí Eusebio a lo que los romanos llamaban «el arrastro». El primer tormento eran azotes; el segundo, heridas por medio de garfios; y el tercero consistía en colocarlos en el suelo, sobre el cual eran arrastrados a la cárcel.

¹⁷ Tales cuidados eran proporcionados por los propios empleados del Gobierno, pues en la legislación romana había leyes que ordenaban que a los castigados por los jueces se les atendiera tras el suplicio, para que no murieran hasta que declararan denunciando a sus colegas o practicaran lo que la autoridad exigía. En el libro de Lactancio *Instituciones Divinas*, 5:11, leemos: «Nihil aliud devitant quam me torti moriantur» («Aliviad debidamente cuando no haya muerto el torturado»).

¹⁸ Significa que la persecución no era resultado de alguna falta o negligencia que los cristianos cometiesen contra las leyes del país, sino que dependía de factores imprevisibles, a veces del criterio de un juez, o de una caprichosa mala voluntad de sus vecinos paganos; o sea, como en una guerra en la que cae quien cae.

11

Acerca de los mártires de Frigia

1. En Frigia hubo unos soldados que cercaron toda una pequeña ciudad de cristianos, con todos sus hombres, mujeres y niños, y, encendiendo fuego, los quemaron a todos juntos, mientras ellos invocaban al Dios del universo con grandes gritos. La razón es que todos los que habitaban en aquella ciudad, incluso el propio inspector imperial, los diunviros, los magistrados y todo el pueblo, se habían confesado cristianos y no obedecían de ningún modo a los que les ordenaban adorar a los ídolos¹⁹.

2. También hubo otro mártir, llamado Aداucto²⁰, poseedor de una dignidad romana y miembro de una familia ilustre de Italia, que había obtenido todos los honores ante los emperadores, hasta el punto de haber alcanzado sin reproche el título de administrador general, o sea, lo que entre ellos se llama director superior e intendente general. Este ilustre sujeto, después de haber sobresalido en todas estas cosas, también se distinguió por sus buenas acciones en la piedad para con Dios, y sus confesiones del Cristo de Dios, y fue coronado con la diadema del martirio al sostener el combate por la piedad en el ejercicio mismo de su oficio de intendente general.

12

Acerca de muchos otros, hombres y mujeres, que lucharon de diversos modos

1. ¿Por qué tengo ahora que recordar por sus nombres a los restantes mártires, que eran multitud de hombres y mujeres, o describir las variadas torturas que sufrieron aquellos admirables mártires? Unos fueron muertos a hachazos, como sucedió a los de Arabia; a otros les quemaron las piernas, como ocurrió a los de Capadocia. A veces les colgaban en el aire por los pies y encendían debajo un fuego lento, y el humo que desprendía la leña al arder los asfixió, como sucedió a los de Mesopotamia. Otras veces les cortaban la nariz, las orejas y las manos, y troceaban los restantes miembros y partes de sus cuerpos, como sucedió en Alejandría.

¹⁹ Lactancio narra también este hecho en *Instituciones Divinas*, Lib. V, cap. 2, donde trata de la injusticia de los jueces o gobernadores de las provincias que atormentaron a los cristianos con la excusa de incumplir los decretos de los emperadores, acerca de los cuales no tenían estricta obligación si no eran requeridos por alguna autoridad superior; pero había quienes se hacían voluntariamente celosos a tal respecto, creyendo aumentar así su prestigio ante las autoridades. En este relato añade acerca de los mártires: «Algunos se precipitaban al arte de matar, como uno en Frigia que quemó todo un pueblo, juntamente con sus gobernadores locales y el mismo magistrado de la ciudad».

²⁰ El *Martirologio romano* menciona a un Aداuco y un Aداucto. Acerca del primero, cuya fiesta era el 7 de febrero, dice: «San Aداuco mártir, noble italiano en Frigia, el cual, tras haber sido ensalzado por los emperadores romanos casi a todas las dignidades, siendo últimamente tesorero general, por defender la fe cristiana alcanzó la corona del martirio. Hubo otro, Aداucto, mártir en Roma».

2. ¿Por qué hemos de reavivar el recuerdo de los de Antioquía que fueron quemados en braseros, no con el fin de que murieran, sino para prolongar su justicia, y de otros que decidían poner su diestra en el fuego antes que tocar el sacrificio maldito? Algunos, huyendo de la prueba, antes de ser detenidos y de caer en manos de los enemigos de su fe, se lanzaban ellos mismos desde lo alto de sus casas, considerando la muerte como un escape de la maldad de los impíos.

3. Una persona santa y admirable por la nobleza de su alma, y como mujer por la de su cuerpo, y famosa, además, en Antioquía por su linaje, riqueza y buen nombre, había criado a sus hijas, un par de doncellas que se distinguían tanto por la hermosura y lozanía de su cuerpo como por su piedad. Cuando surgió la persecución eran buscadas por todos los medios. Su madre, sabiendo que estaban en otras tierras, las llamó para que viniesen a Antioquía con el propósito de esconderlas, pero cayeron dentro de las redes de la policía local. Al verse la madre envuelta ella misma y sus hijas en semejante apuro, les expuso las maldades que les vendrían de los hombres, incluyendo el más insoportable de todos los males, la violación, recomendándose a sí misma y a sus hijas no permitir que les tocaran ni siquiera las orejas, y afirmando que entregar el alma a la esclavitud de los demonios era mucho peor que todas las muertes. Así las convenció de que la única salida de todas estas cosas era la huida hacia el Señor.

4. Y a continuación, puestas de acuerdo, dispusieron decentemente los vestidos alrededor de sus cuerpos y, cuando estaban a la mitad del camino, suplicaron a los guardas un momento para retirarse, y se tiraron al río que pasaba por allí al lado²¹.

5. Éstas se arrojaron ellas mismas, pero en la misma ciudad de Antioquía a una pareja de doncellas, en todo dignas de Dios y verdaderas hermanas, notables por su linaje, ilustres por su conducta, jóvenes por su edad, bellas de cuerpo, honrosas de alma, piadosas de carácter y admirables por su diligencia, los servidores de los demonios ordenaron lanzarlas al mar, como si la tierra no pudiera sostener semejante grandeza. Esto es lo que sucedió a éstas.

6. Otros, en el Ponto, sufrieron penalidades que estremecen sólo de oírlos; les traspasaban los dedos de las manos con cañas afiladas, clavadas por la punta de las uñas; y a otros, tras fundir plomo con el fuego, se lo derramaban, hirviendo, sobre la espalda, y abrasaban otras partes necesarias de sus cuerpos.

7. Otros soportaron en sus partes íntimas y en sus entrañas sufrimientos vergonzosos, despiadados e imposibles de explicar con palabras, los cuales los nobles y legítimos jueces ideaban con gran afición, señalando su crueldad como una virtud de sabiduría, y se esforzaban por superarse unos a otros en su búsqueda de tormentos cada vez más nuevos, del mismo modo que en una competición con premios.

8. Pero la cumbre de estas desgracias tuvo lugar cuando, agotados de la exageración de males, cansados de matar y hartos y saciados del derramamiento de sangre, se dedicaron a lo

²¹ La madre se llamaba Dómina, y las hijas, Berenice y Presdocé. San Juan Crisóstomo, sin mencionarlas, les dedica una bellísima homilía en la que ofrece todos los detalles de este suceso (P.G. 50, 629-640). En la versión de Avilmart *Le souvenir d'Eusebe d'Emesa. Un discours à l'honneur des saintes d'Antioche Bernice, Presdocé et Dominé* (A. B., 38) encontramos sus nombres.

que ellos consideraban más humano que la muerte, de modo que ya parecía que nada malo se había de realizar contra nosotros.

9. Pues se afirmaba que no convenía manchar las ciudades con sangre de los ciudadanos, ni que se pudiera acusar de crueldad implacable al poder supremo de los gobernantes, que siempre es favorable para todos los ciudadanos, sino que era preciso extender para todos el beneficio del poder imperial y no castigar ya más a los cristianos con la muerte. Así que el castigo de muerte era suprimido contra nosotros debido a la *humanidad* de los gobernantes.

10. Sin embargo, se ordenó castigarnos sacándonos uno de los dos ojos, o bien lisiando una de las piernas, porque según ellos esto era una pena más leve, de modo que, debido a esta clase de *humanidad* de los impíos, no es posible referir la multitud de los afectados. A algunos les sacaron el ojo derecho con la espada, y luego les fue cauterizado²²; a otros se les inutilizó el pie izquierdo, cauterizándoles las articulaciones, y después de esto los condenaron a servir en las minas de cobre de cada provincia, no tanto por el valor de su trabajo como para continuar sus sufrimientos. Además de todos éstos así castigados, perecieron muchos en diversos martirios que no se pueden enumerar, puesto que sus proezas sobrepasan toda palabra.

11. En dichos combates, los nobles mártires de Cristo, brillando en toda la tierra habitada, maravillaban, como es lógico, a los testigos oculares de su valentía, y a través de ellos mismos aportaban la evidencia manifiesta del poder verdaderamente divino e inexpressable de nuestro Salvador. Pero sería largo, si no imposible, mencionar a cada uno por su nombre.

13

Acerca de los presidentes de las iglesias que con su sangre demostraron la sinceridad de la piedad de la que eran embajadores

1. Entre los presidentes de las iglesias martirizados, el primero que debemos citar como mártir, por constar su nombre en los monumentos erigidos a los santos del reino de Cristo, es Antimo, obispo de la ciudad de Nicomedia, quien fue decapitado.

2. De los mártires de Antioquía es Luciano, fiel anciano de la congregación de aquella ciudad durante toda su vida, quien en la ciudad de Nicomedia anunció, ante el emperador, el reino celestial de Cristo, primero de palabra, también mediante una apología escrita, y luego por sus obras.

3. De los mártires de Fenicia, los más distinguidos son los pastores del rebaño espiritual de Cristo, amados por Dios en todo, a saber, Tiranión, obispo de la iglesia de Tiro; Zenobio, anciano de la de Sidón, y Silvano, obispo de las iglesias de la región de Emesa.

²² No dice el texto de Eusebio cómo era practicada la cauterización, si lo era con alguna droga hoy desconocida, o por algún hierro calentado al rojo, para evitar que la herida se infectara y produjera la muerte; pero, sea cual fuera el sistema, era, sin duda, horrible lo que se sufriría, ya que se trataba de una llaga reciente producida por la espada en un órgano tan delicado como es el ojo.

4. Este último, junto con otros, fue pasto de las fieras en la misma Emesa y recibido así en los coros de los mártires. Otros dos glorificaron al Verbo de Dios en Antioquía por su resistencia hasta la muerte, y también Zenobio, el médico más excelente de toda aquella comarca. El obispo fue arrojado al mar²³ y Zenobio murió valientemente a causa de las torturas que le aplicaron en los costados²⁴.

5. De los mártires de Palestina²⁵, Silvano, obispo de las iglesias de la región de Gaza, fue decapitado con otros treinta y nueve en las minas de cobre de Feno. En el mismo lugar encontraron su fin por medio del fuego, junto con otros, los obispos egipcios Peleo y Nilo.

6. Recordemos también entre éstos a la gloria de la congregación de Cesarea, el anciano Pánfilo, el más admirable de nuestros contemporáneos. A su debido tiempo ya describiremos la nobleza de sus hazañas²⁶.

7. Entre los que fueron consumados brillantemente en Alejandría, en todo Egipto y en la Tebaida, nombraremos primero a Pedro, obispo de la propia Alejandría, dechado divino de los maestros de la piedad para con Dios en Cristo. Y a los cristianos que se hallaban con él, Fausto, Dío y Ammonio, mártires consumados de Cristo, e incluso a Fileas, Hesiquio, Paquimio y Teodoro²⁷, obispos de las iglesias de Egipto, y, además de éstos, a muchísimos más, ilustres todos ellos, a los que recuerdan las iglesias en cada región y cada lugar. No nos incumbe a nosotros exponer por escrito las luchas de los que combatieron por causa de la piedad divina en toda la tierra habitada, ni redactar con exactitud todo cuanto les sucedió; pero podrían ocuparse de ello los que observaron los hechos con sus propios ojos. Así, lo que yo presencié lo manifestaré a los que han de ser después de nosotros, por medio de otro escrito.

8. En este tratado, además de lo que ya hemos contado, añadiré la palinodia cantada sobre las cosas que se llevaron a cabo contra nosotros desde el principio de la persecución, la cual será de extremo provecho para los lectores.

9. Así pues, ¿qué palabras bastarían para redactar la gran cantidad de bienes y la prosperidad de las que fue digno el Gobierno romano antes de su guerra contra nosotros, durante el

²³ El obispo fue arrojado al mar: esto dice simplemente el códice del cual traducimos esta versión del libro de Eusebio, mientras que la versión de AA. SS., *Decem. Popy Laerum*, pág. 120, añade el nombre del obispo, que se llamaba Tiranión, y señala que su martirio tuvo lugar, no en la Antioquía de Siria (Hechos 13:1), sino en la costa sur de Antioquía de Pisidia, entre Seleucia y Posidio, ya que la misma ciudad de Antioquía está un tanto separada del mar (Hechos 13:14).

²⁴ Es curioso este detalle de que Zenobio era el médico más excelente de toda la comarca, y muestra cómo el odio hacia los cristianos era superior a toda consideración que la cultura romana debía tener en cuenta en favor de un hombre de ciencia bienhechor de la sociedad de sus días.

²⁵ Se sabe que Eusebio permaneció en Palestina siete años completos de persecución —según nos dice en *supra*, VII. 32-20—, y lo más probable es que su estancia en Egipto no tuviera lugar hasta el 311; teniendo en cuenta el período de calma que siguió a Galerio, los hechos de que fue testigo debieron de ocurrir después del mes de noviembre del año 311, muy posiblemente, quizás, en 312, con el recrudecimiento de la persecución bajo Maximino (véase *infra*, IX. 2 y 4).

²⁶ La historia de Pánfilo, el gran amigo de Eusebio y de Orígenes que tomó parte en el Concilio de Nicea, está ampliamente relatada en el Libro VII.

²⁷ Estos ancianos o presbíteros encarcelados con Fileas escribieron desde la cárcel de Alejandría una carta a Melecio, obispo de Licópolis, carta que se conserva y puede verse todavía en P.G. 10-1565; de E. Schwartz, *Zur Geschichte des Athanasius: Nachrichten von der Konigl. Gessellsch. der Wise. z. Göttingen* (1905), 175 ss.

tiempo en que los gobernantes eran amables y pacíficos para con nosotros? Entonces fue cuando los que regían el Imperio universal cumplían el décimo y el vigésimo aniversario de su poder y vivían en plena y segura paz entre fiestas, espectáculos y alegres celebraciones y placeres.

10. Pero cuando su poder iba incrementando y engrandeciéndose a diario y libremente, de pronto cambiaron su actitud pacífica para con nosotros y empezaron una guerra sin cuartel. Pero no se habían cumplido todavía dos años de tal agitación, y ya sucedió por todo el Imperio algo nuevo que trastornó todas las cosas.

11. En efecto, tras caer sobre el jefe de los que hemos mencionado una enfermedad nada grata que extravió su mente hasta la locura, se retiró a la vida privada junto con el que ocupaba el segundo lugar en los honores del Imperio. Pero todavía no se había llevado esto a cabo, cuando todo el Imperio quedó partido en dos, cosa inaudita de la que no se recuerda que jamás hubiese sucedido²⁸.

12. Pero poco después, al morir, como es ley común de la naturaleza, el emperador Constancio, quien toda su vida había mostrado una disposición para sus súbditos llena de gran suavidad y bondad, y para la palabra divina una extrema amistad, dejó a su hijo legítimo Constantino como emperador y augusto en su lugar. Constancio fue el primero al que entre los emperadores contemporáneos proclamaron dios, porque le consideraban digno de todos los honores que se deben a un emperador después de su muerte, puesto que él había sido el más bondadoso y el más benigno de los emperadores²⁹.

13. Él solo, entre nuestros contemporáneos, fue quien se condujo de una manera digna en el Imperio durante todo el tiempo que duró su poder, y en lo demás fue el más favorable y bondadoso para con todos, sin participar en ninguna guerra contra nosotros, sino que incluso guardó ilesos y sin malos tratos a los fieles súbditos suyos. Tampoco derribó los edificios de las iglesias ni realizó violencia alguna contra nosotros, y obtuvo un final de su vida feliz

²⁸ Diocleciano se retiró a Spalato —tras obligar a Maximiano Hercúleo, el segundo Augusto, a abdicar juntamente con él —el primero de mayo del año 305, y le sucedieron en el título de augustos Galerio y Constancio Cloro; y se nombró césares a Severo y a Maximino Daza o Daya. Prácticamente, Constancio Cloro y Severo se quedaron con todo el Occidente —Francia, España, Gran Bretaña e Irlanda—, mientras que Valerio y Maximino Daza se apropiaron el Oriente, o sea, el Asia Menor, Palestina y el norte de África. En las naciones de Occidente apenas se notó la persecución, pero en Oriente se agudizó cruelmente.

²⁹ Constancio, el padre de Constantino, murió en Eboracum, la ciudad hoy conocido como York (Inglaterra), el 25 de junio del año 306. Lactancio coincide con Eusebio en afirmar que Constancio designó a su hijo Constantino como sucesor, recomendándolo a sus soldados, quienes, efectivamente, le proclamaron emperador con el título de augusto, a pesar de que existía una ley romana que excluía los lazos de sangre en los sucesores al diunviro del Imperio; en este caso, la tetarquía. El conflicto no se hizo esperar. Galerio no aceptó a Constantino como augusto, y en su lugar nombró a Severo, dejando a Constantino sólo el título de César. Pero Majencio, el hijo de Maximino Daza, imitando a Constancio, se proclamó a sí mismo augusto en Roma. Su padre, Maximino, que había abdicado contra su voluntad, volvió al poder. El resultado fue cinco augustos y un César. Muerto Severo al tratar de eliminar a Majencio por orden de Galerio, se reunió en Carnuntum, en noviembre del 307, con Diocleciano y Maximino, y lo sustituyeron por Licinio con el título de augusto. A partir de este momento hubo seis emperadores y ningún César, pero Maximino, que hasta este momento todavía seguía para todos con el único título de César, estaba furioso contra Constantino, y se dice que finalmente tramó una conspiración contra él para hacerle asesinar. Constantino lo apresó en Marsella en el año 309, y en 310 se cree que le ordenó suicidarse —o lo hizo asesinar—, a pesar de que era su suegro.

y triplemente dichoso, siendo el único que falleció apreciado y glorioso en su propio reino, junto a su sucesor, hijo legítimo, en todo prudente y piadoso en extremo.

14. Su hijo Constantino, anunciado públicamente desde el mismo principio como emperador absoluto y augusto por el ejército, y, mucho antes que éste, por Dios mismo, como emperador universal, se mostró a sí mismo como partidario de su padre en la piedad para con nuestra doctrina. Así era él; pero además fue proclamado Licinio emperador augusto por voto común de los demás emperadores.

15. Esto disgustó terriblemente a Maximino, quien hasta entonces todavía era para todos el único que mantenía el título de César. Él, pues, como era un gran tirano, se apoderó ilegítimamente de la dignidad y se proclamó augusto a sí mismo. Por esta época también se le sorprendió urdiendo un complot de muerte contra Constantino, después de retomar el puesto de augusto, mas pereció con vergonzosa muerte. Este emperador fue el primero de quien fueron destruidas las inscripciones honoríficas, las estatuas y todo cuanto se acostumbraba dedicar a los augustos, por ser considerado como persona sacrílega e impía³⁰.

14

Acerca del carácter de los enemigos de la piedad

1. Su hijo Majencio³¹, que se había hecho tirano en Roma, empezó simulando nuestra fe con el fin de agradar y lisonjear al pueblo romano, y por ello mandó a sus súbditos poner fin a la persecución contra los cristianos, aparentando piedad y con la intención de parecer favorable y mucho más pacífico que sus predecesores.

2. Pero en sus obras no se mostró como era de esperar, sino que, viniendo a dar con toda clase de sacrilegios, no se olvidó de ninguna práctica infame ni desenfrenada, cometiendo adulterios y todo tipo de disolución. Separaba de sus maridos a las esposas casadas según la ley, las ultrajaba con el mayor deshonor y de nuevo las devolvía a sus maridos. Y no ejecutaba estas cosas con personas sencillas, sino que se cebaba en las más distinguidas, de aquellos que habían logrado los primeros cargos en el Senado romano.

3. Todos cuantos se hallaban bajo su poder, el pueblo, los magistrados más famosos y la gente vulgar, estaban cansados de esta horrible tiranía, y a pesar de mantenerse quietos y de sobrellevar su amarga esclavitud, la asesina crueldad del tirano seguía inmutable. En ocasiones,

³⁰ Cuatro augustos administraban por aquel tiempo el Imperio romano, a saber: Galerio, Constantino, Majencio y Licinio. Maximino había sido hecho César por Galerio y permaneció en esta dignidad hasta su muerte, por lo cual es muy verdadero lo que aquí dice Eusebio, a saber, que Maximino se quejaba de ser el único César entre tantos augustos, siendo que él había recibido la dignidad de César antes que aquellos que habían venido después. Los Césares eran colaboradores de los augustos, con derecho a sucederles en caso de muerte, pero Maximino no ostentó el título de augusto, ya que había uno superior a él, Galerio.

³¹ La persecución empezó el año 303, siendo Diocleciano cónsul por octava vez, y Maximino por séptima, y acabó el año 312, cuando Constantino, una vez vencido Majencio, envió cartas a Maximino, emperador de Oriente, en favor de la libertad de los cristianos; así que la persecución diocleciana duró más de un decenio.

por una razón insignificante, permitía a su cuerpo de guardia realizar una matanza entre el pueblo; así, fueron asesinadas multitudes del pueblo romano en medio de la ciudad, no con las lanzas y las armas de escitas o bárbaros, sino con las de los mismos conciudadanos.

4. No se puede contar el número de senadores asesinados con la intención de tomar sus posesiones, porque muchísimos perecieron en diversos momentos y por variados motivos, siempre calumniosos.

5. El extremo de su maldad arrastró al tirano a la magia. Entonces, para cumplir los requisitos de la magia, hacía abrir en canal a mujeres preñadas, y en otras ocasiones hacía escudriñar las entrañas de niños recién nacidos, o bien degollar leones; y compuso abominables invocaciones a demonios, y un sacrificio conjurador de la guerra, porque tenía puesta toda su confianza en estos métodos para obtener la victoria.

6. Durante el tiempo de su tiranía sobre Roma, es imposible decir todo lo que llevó a cabo para esclavizar a sus súbditos, de modo que los alimentos más imprescindibles llegaron a una escasez y carencia tal que no recuerdan nuestros contemporáneos que hubiera tenido lugar en Roma ni en ninguna otra parte.

7. En cuanto al tirano de Oriente, Maximino, habiendo pactado ocultamente la paz con el de Roma, como un hermano en la maldad, procuró por largo tiempo esconder sus fechorías, pero al fin todo fue descubierto y recibió el castigo merecido.

8. Era sorprendente observar de qué modo alcanzó la unión y la hermandad, y, todavía más, la primera posición en la maldad y perversidad el tirano de Roma. En efecto, a los principales encantadores y magos los consideraba dignos de sus más altos honores, por lo miedoso y extremadamente supersticioso que era y por la importancia que concedía al extrañarse en asuntos de ídolos y demonios, pues no osaba, por así decirlo, ni siquiera mover un dedo sin antes consultar adivinos y oráculos.

9. Por esta razón se aplicó a la persecución contra nosotros con mayor violencia y crueldad que los anteriores. Ordenó alzar templos paganos en todas las ciudades y renovar celosamente los santuarios arruinados por el paso del tiempo, y estableció en todo lugar sacerdotes de ídolos, y por encima de ellos nombrar sumo sacerdote de cada provincia, con escolta y guardia militar, a uno de los magistrados que más manifiestamente se había distinguido en los cargos públicos, de modo que entregó libremente el poder y los honores más importantes a todos los encantadores, como a personas piadosas y amigas de los dioses³².

10. Partiendo de estos torcidos principios, oprimía y consumía no sólo a una ciudad ni a una nación, sino a todas las provincias sometidas a él, con exacciones de oro, plata y posesiones innumerables, y con gravísimas calumnias y diversas perversidades, según se diera el caso. Despojando a los ricos de las posesiones acumuladas por sus antepasados, daba grandes riquezas y montones de dinero a los aduladores que se hallaban a su alrededor.

³² Eran llamados sacerdotes del culto pagano los que tenían a su cargo los templos y capillas paganas de toda una provincia. *Flamines*, los que estaban al frente de una ciudad o municipio. Los sacerdotes del culto pagano eran nombrados de entre aquellos que habían desempeñado con acierto todos los cargos políticos. Era tenida esa dignidad en tanta estima que se consideraban superiores a los mismos magistrados o diunviros. Estos sacerdotes tenían derecho a entrar en cualquier tribunal de los jueces y sentarse con ellos, como se comprueba por las actas del mártir Teodoro, del 9 de noviembre.

11. Así pues, llegaba a tales excesos de bebida y de embriaguez que, de tanto beber, enloquecía y perdía la razón, y estando ebrio daba unas órdenes tales que, cuando se recobraba al día siguiente, había de arrepentirse. No permitía ser aventajado por nadie en borrachera y desenfreno, estableciéndose él mismo como maestro de maldad para los que le rodeaban, gobernantes y gobernados. Instaba al ejército a enervarse con todo libertinaje y desenfreno y provocaba a los gobernantes y comandantes militares a caer sobre sus súbditos con saqueo y avaricia, considerándolos casi como compañeros de tiranía.

12. ¿Por qué hemos de recordar las obscenidades pasionales de ese hombre o contar la multitud de mujeres con las que adulteró? Porque no pasaba por una ciudad sin corromper continuamente y raptar doncellas.

13. En todo esto tenía éxito con todos, exceptuando sólo los cristianos, quienes, menospreciando la muerte, consideraban en nada semejante tiranía. Los hombres sufrían el fuego, el hierro, la crucifixión, las fieras y las profundidades del mar; que se les amputaran y quemaran los miembros, que les pincharan los ojos y se los arrancaran, y la mutilación de todo el cuerpo, y además el hambre, las minas y las cadenas, demostrando en todas estas cosas que estaban dispuestos a sufrir por la religión antes que rendir culto a los ídolos en lugar de a Dios.

14. Las mujeres, a su vez, no menos fortalecidas que los hombres por la enseñanza de la Palabra divina, las unas soportaron las mismas luchas que los hombres y consiguieron los mismos premios por su nobleza; las otras, encarceladas para el deshonor, entregaron antes su alma a la muerte que el cuerpo a la deshonra.

15. Ciertamente, de cuantas fueron deshonradas por el tirano, sólo una, cristiana y de lo más noble e ilustre de Alejandría, venció con su resolución, más que varonil, el alma apasionada y desenfrenada de Maximino. A pesar de ser en lo demás famosa por su riqueza, su origen y su educación, todo lo consideraba en segundo lugar ante la virtud de la pureza. Él insistía mucho, pero no osaba matar a quien ya estaba dispuesta a morir, porque la pasión de Maximino era más poderosa que su ira. Finalmente, fue desterrada y se le confiscaron sus posesiones.

16. Y otras muchas mujeres, que no soportaban ni el escuchar las amenazas de violación, sufrieron de mano de los gobernadores de las provincias todo tipo de tormentos, de torturas y de castigos mortales. Éstas ciertamente fueron admirables, pero la más extraordinariamente admirable fue aquella de Roma. Era la mujer más noble y la más casta de todas aquellas de las que el tirano del lugar, Majencio, trató de abusar actuando del mismo modo que Maximino.

17. Así pues, cuando supo que habían entrado en su casa los que servían al tirano en tales asuntos (porque ella era también cristiana), y que su marido, a pesar de ser gobernador de los romanos, por causa del temor, lo había permitido, suplicó que le concedieran un momento como para arreglarse, y, entrando en su habitación, ella misma se clavó una espada y murió inmediatamente. Dejó el cadáver a los que habían de llevársela, pero a todos los hombres, sus contemporáneos y a los que habían de venir, les demostró con sus obras, que hablan mejor que toda voz, que la única cosa invencible e indestructible de los cristianos es la virtud.

18. Tal fecundidad de maldad se dio en un solo y mismo tiempo por obra de los dos tiranos que habían recibido Oriente y Occidente. ¿Y qué persona que investigue la causa de tantos males puede vacilar en afirmar que fue la persecución contra nosotros? Porque,

efectivamente, la confusión no acabó, en modo alguno, antes de que los cristianos lograran la libertad.

15

Acerca de lo sucedido a los de fuera

1. Durante todo el decenio de la persecución³³ no cesaron de conspirar y de guerrear los emperadores uno contra otro. Los mares eran innavegables, y los que desembarcaban, fuera cual fuera su procedencia, no lograban esquivar el ser sometidos a todo tipo de agravios: los retorcían y les desgarraban los costados, interrogándoles entre tormentos de toda especie si venían del bando enemigo, y finalmente los sometían a la tortura de la cruz o del fuego.

2. Además de todo esto, en todo lugar se fabricaban y se preparaban escudos, corazas, proyectiles, lanzas y otros preparativos para la guerra, e incluso trirremes y armas navales. Nadie podía ya tener otra expectativa, a diario, que el ataque de los enemigos. Y, por encima de todo esto, también los agobiaron el hambre y la peste, acerca de lo cual ya hablaremos a su debido tiempo.

16

Acerca del cambio positivo de las circunstancias

1. Así fueron las cosas durante toda la persecución, la cual, por la gracia de Dios, finalizó completamente en el décimo año, a pesar de que tras el octavo ya empezaba a retroceder. Porque cuando la gracia divina y celestial mostró un cuidado bondadoso y propicio para con nosotros, entonces también nuestros gobernantes, precisamente los mismos que habían peleado contra nosotros, cambiando sorprendentemente de opinión, entonaron la *palinodia*³⁴, sofocando por medio de edictos propicios y de órdenes extremadamente pacíficas la hoguera de la persecución, que se había inflamado tan grandemente.

2. No obstante, el motivo de este cambio no fue típico de hombres, ni, como algunos dirían, la compasión o la humanidad de los gobernantes; nada más lejos de la realidad, porque

³³ Descontento el pueblo romano por no ser ya su ciudad residencia de los emperadores de Occidente, pues se habían establecido en Milán, aprovecharon la ocasión los pretorianos de la ciudad para proclamar emperador a Majencio, hijo de Maximino y yerno de Galerio; pero les resultó muy perjudicial, ya que su tiranía se hizo insoportable, no sólo contra los cristianos, sino también a causa de su lascivia con las matronas de la ciudad.

³⁴ *Palinodia* es una palabra griega que, como muchas otras, ha pasado del griego al castellano; significa lamentación o arrepentimiento, pero en el sentido peyorativo de hipocresía. Así fue, verdaderamente, con los emperadores de Oriente, cuyas terribles crueldades ha venido Eusebio relatando en los capítulos anteriores. Puede notarse en el texto del decreto que, aunque menciona a todos los emperadores, la redacción es de Galerio, que se pone en primer lugar.

ellos desde el principio hasta ese momento ideaban más y peores tormentos, innovando a cada momento, de diversos modos, y según la ocasión, peores suplicios contra nosotros. Fue una evidente visita de la misma providencia divina quien reconcilió al pueblo consigo, atacó al autor de nuestras desgracias y echó toda su ira sobre el jefe de la maldad de toda la persecución.

3. Porque esto había de suceder por el juicio de Dios, ya que la Escritura dice: *¡Ay de aquel por quien viene el tropiezo!* Así pues, le dio alcance al gran tirano un castigo de origen divino que, empezando por su carne, alcanzó hasta su alma.

4. En efecto, de pronto le salió al emperador un absceso en medio de las partes íntimas del cuerpo, luego una profunda llaga fistulosa e incurable que le fue corroyendo hasta lo más interno de sus entrañas. De ella surgía una gran cantidad de gusanos y despedía un hedor mortal, porque todo el grosor de sus carnes, originado por la abundancia de alimento y convertido ya antes de la enfermedad en una cantidad exagerada de grasa, cuando se pudría, ofrecía la visión más insoportable y espantosa a los que se le acercaban.

5. Los médicos, unos eran degollados en castigo por no poder en modo alguno soportar el extremado mal olor, y otros, no pudiendo socorrerle en nada por hallarse hinchada toda la masa y sin ninguna esperanza de salvación, eran también asesinados sin piedad³⁵.

17

Acerca de la palinodia de los soberanos

1. Al ser vencido por tan grandes males, comprendió todo lo que había osado hacer contra los adoradores de Dios; por ello, reflexionando en su interior, primero reconoció que sus males venían del Dios del universo, y luego, convocando a los suyos, ordenó que sin demora se pusiera fin a la persecución contra los cristianos y que, por medio de una ley

³⁵ Galerio es el emperador a que se refiere Eusebio en esta asquerosa descripción de su enfermedad. Su nombre completo es Galerius Valerius Maximianus, nacido en Dacia, de origen también humilde, pues fue primero pastor y después soldado, y llegó a general a causa de su valentía. Protegido por Diocleciano, que le dio su hija en matrimonio, fue nombrado César el año 292. A sus intrigas o amenazas se debió, en parte, la renuncia de su protector Diocleciano y del colega de éste, Maximiano, a quienes empujó para que dimitiesen, aprovechándose de la enfermedad mental que sobrevino al primero. Galerio era simple César, y fue el padre de Majencio, el tirano de Roma, y con su colaboración volvió nuevamente a ser emperador y agosto, cuyo título se dio él mismo.

Galerio fue, después de Diocleciano y Maximiano, el principal promotor de las persecuciones contra los cristianos, hasta que su maligna enfermedad le llevó a «cantar lo que Eusebio llama “Palinodia”», o sea, atribuirse a sí mismo las intenciones manifestadas por Constantino y Licinio en el edicto de Milán para venir a pedir a los cristianos que intercedieran a su dios que le librara de su terrible enfermedad, tan parecida a la que terminó con la vida de Herodes Agripa (Hechos 12:23).

Conviene no confundir a Maximiano Hercúleo, colega de Diocleciano, con Maximino Daza, hijo de un aldeano de Dacia, que no fue menos tirano-perseguidor que los anteriores, quien para disimular su odio y persecuciones fingió haber recibido peticiones de sus súbditos paganos contra los cristianos, y publicó falsas actas del proceso de Jesucristo, para desacreditar y hundir el cristianismo.

y unos decretos imperiales, se les urgiera a construir sus iglesias y practicar sus costumbres, haciendo súplicas por el emperador.

2. Al punto, pues, los hechos siguieron a las palabras, y por todas las ciudades se divulgó un edicto imperial que contenía la palinodia de lo que se había hecho contra nosotros, como sigue:

3. «El emperador, César Galerio Valerio Maximiano, Augusto Pontificio Máximo, Germánico Máximo, Egipcio Máximo, Tebeo Máximo, Sárмата Máximo cinco veces, Persa Máximo dos veces, Carpo Máximo seis veces, Armenio Máximo, Medo Máximo, Adiabeno Máximo, Tribuno de la plebe veinte veces, Imperátor diecinueve veces, Cónsul ocho veces, Padre de la patria, Procónsul;

4. »Y el emperador César Flavio Valerio Constantino, Pío Félix Invicto, Augusto, Pontífice Máximo, Tribuno de la plebe, Imperátor cinco veces, Cónsul, Padre de la patria, Procónsul;

5. »Y el emperador César Valerio Liciano, Licinio Pío Félix, Invicto Augusto, Pontífice Máximo, Tribuno de la plebe cuatro veces, Imperátor tres veces, Cónsul, Padre de la patria, Procónsul: A los habitantes de sus propias provincias, salud:

6. »Entre las otras resoluciones que hemos tomado para la utilidad y el provecho del Estado, ya con anterioridad fue nuestra intención enderezar todos los asuntos de acuerdo con las antiguas leyes y el orden público de los romanos y hacer previsión con el fin de que incluso los cristianos, quienes habían abandonado la religión de sus antepasados, volvieran a la buena disposición³⁶.

7. »Puesto que, en verdad, por algún razonamiento es tal la ambición que los sujeta y la demencia que se apodera de ellos, que no siguen las instrucciones de los antiguos, las mismas que sus propios progenitores establecieron anteriormente, sino que, de acuerdo con su propósito y según cada uno quiso, se hicieron sus propias leyes y las guardan, habiendo reunido diversas multitudes³⁷ en diversos lugares.

8. »Por ello, cuando a esto siguió un edicto nuestro para que cambiaran a lo instituido por los antiguos, muchos cayeron en peligro, y otros muchos fueron trastornados y sufrieron todo tipo de muertes.

9. »Pero como fuera que la mayoría se mantuviera en esta locura y observáramos que ni rendían el culto debido a los dioses celestes ni se ocupaban del de los cristianos, debido a nuestra humanidad y nuestra continua costumbre de otorgar perdón a todos los hombres, nos pareció preciso extender también de buen grado en este asunto nuestra indulgencia, con el fin de que otra vez haya cristianos y reconstruyan las casas en las que se reúnen, de modo

³⁶ Buena disposición llama el emperador Galerio a la apostasía de la fe cristiana, promovida y procurada por medio de toda clase de injustos tormentos y castigos. Siempre los malvados han encontrado excusas con que cubrir sus maldades, pero la justicia divina se inclinaba por lo contrario al herir a aquel hombre de la enfermedad repugnante que refiere Eusebio; y esto no sería el todo con que le castigó el Todopoderoso, sino el juicio del cual nos habla la Sagrada Escritura al declarar: «Y fueron juzgados los muertos por las cosas que estaban escritas en los libros, según sus obras» (Apocalipsis 20:12).

³⁷ Esta frase del hipócrita perseguidor nos revela el éxito de la predicación del Evangelio en los días de mayor persecución; así había venido cumpliéndose desde la misma edad apostólica, tal como pudo declarar el eminente escritor Tertuliano: «La sangre de los mártires es semilla de la Iglesia».

que no practiquen nada contrario al orden público. A través de otra carta comunicaré a los jueces lo que deberán observar.

10. «Por esta causa, en pago a esta indulgencia nuestra, tendrán que suplicar a su Dios por nuestra salvación, por la del Estado y por la de ellos mismos, para que, de todas maneras, el Estado se mantenga sano y les sea a ellos posible vivir libres de preocupaciones en sus hogares».

11. Éste era el cariz del edicto escrito en latín y traducido en lo posible al griego. Ahora es el momento de considerar lo que sucedió después de esto.

Apéndice³⁸

1. El autor de este escrito, después de esta confesión, al punto, pero no por largo tiempo, fue librado de sus dolores y partió pronto de esta vida. Una tradición sostiene que éste fue el primer causante de la desgracia de la persecución. Ya antiguamente, antes de que los otros emperadores actuaran, él ya había obligado a cambiar a los cristianos que se hallaban en el ejército, empezando ciertamente por los de su propia casa. A unos los destituyó de su cargo militar; a otros los ultrajó del modo más deshonoroso, y a otros hasta los amenazó con la muerte, y, finalmente, impulsó a sus asociados en el poder a llevar a cabo la persecución contra todos. No es justo mantener en silencio el final que todos ellos tuvieron.

2. A pesar de ser cuatro los que se habían distribuido el mando supremo, los que por el tiempo y por su dignidad estaban en cabeza, como ya mencionamos anteriormente, cuando todavía no habían pasado dos años enteros desde el comienzo de la persecución, se retiraron del gobierno y, tras pasar el resto de sus vidas de un modo privado, fenecieron como sigue:

3. El que por su dignidad y por el tiempo ocupaba el primer puesto murió por causa de una larga y terrible enfermedad física; después de él, el segundo puso fin a su vida ahorcándose, y esto le sucedió, según una profecía divina, por los muchos crímenes a los que se había atrevido.

4. De los dos siguientes, el último, acerca del cual afirmamos que fue iniciador de toda la persecución, sufrió males tan graves como los ya mencionados; pero el que era anterior a éste, el compasivo en extremo y bondadosísimo emperador Constancio, quien pasó todo el tiempo de su poder de un modo digno del trono y que, en los demás asuntos, fue el más favorable y el más bienhechor para con todos, y sin haber tomado parte en la guerra contra nosotros, guardando ilesos y sin ultrajes a los piadosos que eran súbditos suyos, y no habiendo destruido las casas de las iglesias ni practicado nada en absoluto contra nosotros, obtuvo un final feliz y tres veces bienaventurado de su vida. Fue el único en morir cómoda y gloriosamente, y dejó como sucesor en el mando a su hijo legítimo, prudentísimo y piadosísimo en todo.

³⁸ Según Lactancio (*a. c.* 35), Galerio hizo publicar este edicto en Nicomedia el 30 de abril del año 311, y murió a los pocos días, el 5 de mayo, en Sárdica, habiéndonos conservado el mismo Lactancio el texto latino del edicto.

5. Éste, al ser prestamente proclamado emperador absoluto y augusto, por obra del ejército se constituyó en emulador de la piedad paterna para con nuestra doctrina³⁹. Así, pues, partieron de esta vida en diferentes ocasiones los cuatro mencionados.

6. De ellos, el único que quedaba en vida, el mencionado hace poco, juntamente con los que después de estas cosas fueron instituidos en el poder, estableció públicamente, ante todos, la aludida confesión por medio del edicto citado⁴⁰.

³⁹ El texto original griego dice «Palabra», refiriéndose a la Sagrada Escritura que los cristianos habían adoptado como modelo y fundamento de su fe cristiana, mostrando con ello el profundo respeto que sentían para con los escritores apostólicos y proféticos, que mantenían vivos en su corazón y en su mente, como observaremos en el comentario que nos da Eusebio en el próximo libro de su obra al referirse a la reconstruida iglesia de Tiro por orden del nuevo emperador Constantino.

⁴⁰ Constantino fue el único emperador que hizo honor al texto de este edicto; los tres restantes fueron unos desalmados hipócritas, pues sólo él fue quien cambió el curso de la historia político-religiosa del Imperio romano de sus tiempos.



HISTORIA ECLESIAÍSTICA: LIBRO NOVENO

Contenido:

- 1 Acerca de la fingida distensión
- 2 Acerca del empeoramiento posterior
- 3 Acerca de la escultura recién construida en Antioquía
- 4 Acerca de los decretos contra nosotros
- 5 Acerca de las falsas memorias
- 6 Acerca de los que fueron martirizados en este tiempo
- 7 Acerca del escrito contra nosotros fijado en las columnas
- 8 Acerca de los sucesos acontecidos después de esto: hambre, peste y guerras
- 9 Acerca del fin de los tiranos y palabras que dijeron antes de su muerte
- 10 Acerca de la victoria de los emperadores amigos de Dios
- 11 Acerca de la perdición final de los enemigos de la religión



1

Acerca de la fingida distensión

1. La palinodia de la decisión imperial antes citada se extendió por todas partes en toda Asia y en las provincias vecinas. Llevando esto a cabo, Maximino¹, el tirano de Oriente, el más impío de todos y el peor enemigo de la piedad para con el Dios del universo, no dándose por satisfecho con lo escrito², ordenó oralmente, además del mencionado documento, a los gobernantes bajo su mando que moderaran la guerra contra nosotros; pues, como no le era posible contradecir abiertamente la decisión de los más poderosos ocultando la mencionada ley y preocupándose de que en las regiones bajo su dominio no fuera puesta en circulación, ordena a los gobernantes bajo su mando, por medio de una orden no escrita, que moderen la persecución contra nosotros. Pero las instrucciones de la orden les eran indicadas por escrito particular.

2. Por ello Sabino, honrado entre ellos con la dignidad de los cargos más distinguidos, manifiesta la intención del emperador a los gobernadores de cada provincia por medio de una carta en latín. Su traducción es como sigue:

3. «Con el más espléndido y puro celo, ya desde antiguo la divinidad de nuestros señores, santísimos emperadores, decidió conducir las mentes de todos los hombres al santo y recto camino de la vida, con el fin de que, incluso los que parecían cumplir una costumbre ajena a la de los romanos, rindieran el culto debido a los dioses inmortales.

4. »Pero la resistencia y la dura voluntad de algunos llegó a tal punto que ni con la justa lógica del edicto se les podía separar de su idea particular, ni les causaba temor el castigo que los amenazaba.

5. »Así, como sucediera que, por estas circunstancias, muchos se pusieron en peligro, la divinidad de nuestros señores, los poderosísimos emperadores, por causa de la gran autenticidad de su piedad, consideraron que era ajeno a su propia divinísima disposición

¹ Maximino Daza era un sobrino del emperador Galerio a quien su tío hizo nombrar César por Maximiano Hérculeo y Diocleciano antes de que estos dos augustos dimitieran. Este sobrino, que era un simple soldado y que antes había ejercido el humilde oficio de pastor de ovejas, igual que su padre, se enorgulleció rápidamente y, siguiendo el ejemplo de sus antecesores, dimitió de emperador y partió el Imperio en tres —Constantino hijo de Constancio en el occidente, y Licinio al oriente de Italia—; pero no tardó en reñir con sus colegas y se alió con Majencio en contra de ellos, trasladándose a Italia, mas fue derrotado por Licinio en Andrinópolis y se vio obligado a huir. Poco después se envenenó estando en la ciudad de Tarso de Cilicia, en el año 313. Muy dado a la bebida, tuvo la prudente precaución durante su vida pública de ordenar que sus disposiciones como Augusto, a cuyo cargo fue elevado dos años después de haber sido nombrado César, se ejecutasen el día siguiente de haberlas dado, ya que la mayoría de ellas eran sentencias de muerte y le convenía que sus víctimas no estuvieran ya en el otro mundo por si era necesario rectificar algún error cometido durante sus borracheras. Así que no gobernó más que ocho años como César y seis como Augusto, pero fueron suficientes para hacer ejecutar a muchos mártires por todas partes del Imperio donde tuvo autoridad.

² A este tirano y perseguidor de los cristianos no le era posible contradecir el decreto conjunto de los tres emperadores, y por ello tuvo que buscar excusas que justificaran su actitud perseguidora, una de las cuales era hacer que los habitantes de una ciudad le mandaran emisarios rogándole que persiguiera, o limitara, las actividades de los cristianos, por ser enemigos de los dioses del Imperio romano.

estar sometiendo a los hombres a tal peligro por semejante razón, y mandaron escribir a tu inteligencia, a través de mi devoción, para que, si algún cristiano fuese hallado participando del culto de su propio pueblo, lo alejes del peligro de persecución y no creas que alguien ha de ser castigado por esta causa, puesto que tras tanto tiempo se ha demostrado que de ningún modo es posible convencerlos para que se separen de semejante rebeldía.

6. »En consecuencia, debes escribir solícitamente a los jueces de cuentas, a los gobernadores y a los prepósitos de los distritos rurales de cada ciudad para que sepan que, en adelante, no les conviene preocuparse del edicto³.

7. »Tras estas cosas, los de cada provincia, convencidos de que la resolución de lo que se les escribía era la realidad, informaron por escrito acerca del designio imperial a los jueces de cuentas, a los gobernadores y a los prepósitos rurales. Y no sólo lo pusieron en marcha por escrito, sino que también, y mucho antes⁴, con hechos, y, con el fin de llevar a la práctica la decisión imperial, sacaban públicamente en libertad a cuantos tenían recluidos en las prisiones por su confesión de la divinidad, y también soltaban a los que estaban castigados en las minas. Porque, aunque se equivocaban, ellos pensaban que esto era ciertamente lo que creía el emperador.

8. »Y al llevarse a cabo las cosas de este modo, de pronto, como una luz que reluce en la oscuridad de la noche, aparecieron a la vista en toda ciudad iglesias congregadas, sínodos repletos y, además de todo esto, los actos celebrados como de costumbre. Y todo pagano infiel se quedaba no poco perplejo ante estas cosas y se maravillaba de un cambio tan sorprendente, y aclamaba como grande y único verdadero al Dios de los cristianos.

9. »En cuanto a los nuestros, los que habían mantenido valerosa y fielmente el combate de las persecuciones, se apresuraban a volver a la libertad delante de todos, mientras que cuantos, enfermos en la fe, finalmente naufragaron en sus almas, se afanaban alegremente en pos de su curación y suplicaban a Dios que les fuera propicio⁵.

10. »Entonces, los genuinos atletas de la religión, liberados de las penalidades de las minas, volvían a sus casas pasando por toda la ciudad orgullosos y alegres y llenos de un gozo inefable, que no se puede expresar con palabras, con motivo de su libertad.

11. »Así pues, por los caminos y por las plazas, multitudes en masa hacían su viaje loando a Dios con cantos y salmos, y a los que poco antes se hallaban presos con terribles castigos y desterrados de sus patrias, tendrías que verlos recobrando sus casas gozosos y con el rostro alegre, hasta tal punto que los paganos que antes daban voces contra nosotros, al contemplar un prodigio tan diferente de todo lo que se podía esperar, se gozaban juntamente con nosotros por lo acontecido.

³ Se refiere, sin duda, a algún edicto persecutorio anterior, ya que con la lentitud con que circulaban en aquel tiempo las comunicaciones oficiales podían darse muchas órdenes contradictorias.

⁴ La expresión «mucho antes» significa que antes de que recibiera la orden por escrito se extendió el rumor de la decisión de los emperadores de Occidente, y como estaban cansados los ciudadanos romanos de ver perseguir a personas inocentes, se adelantaron las autoridades subalternas a dar cumplimiento al decreto imperial de tolerancia religiosa firmado en Milán.

⁵ Se refiere a los que negaron la fe o sacrificaron a los ídolos ante los tormentos y la muerte, quienes volvían a las iglesias suplicando a los obispos o pastores ser readmitidos en la comunión.

2

Acerca del empeoramiento posterior

1. »Pero el tirano, quien, como ya dijimos, gobernaba las regiones del Oriente, puesto que odiaba el bien y conspiraba contra todos los buenos, no soportó ni siquiera seis meses enteros que se actuara de este modo, y se puso a idear medios para la destrucción de la paz. En primer lugar intentó obstaculizarnos con alguna excusa la reunión en los cementerios; después, por medio de algunos hombres perversos, él mismo envió una embajada contra nosotros, animando a los ciudadanos de Antioquía a que pidieran obtener de él, como el mayor favor, el que no se permitiera en absoluto a un cristiano vivir en su ciudad, y que surgieran a otros ciudadanos que solicitaran lo mismo. En la misma Antioquía, el promotor de estas instrucciones fue Teocteno, hombre temible, charlatán, perverso y totalmente distinto a su nombre⁶; parece ser que se trataba del juez de cuentas de la ciudad.

3

Acerca de la escultura recién construida en Antioquía

1. »Éste, pues, nos hizo la guerra cuanto pudo y se preocupó diligentemente para que los nuestros fueran cazados sacándolos de sus escondrijos como ladrones sacrílegos, y todo lo ideó basándose en acusaciones calumniosas contra nosotros, con lo que vino a ser culpable de la muerte de muchísimos. Finalmente construyó una estatua de Zeus Filios⁷, acompañada de ciertas prácticas de magia y de encantamiento⁸. Para ello ideó ceremonias impuras, iniciaciones de malos auspicios y purificaciones malditas, e incluso mostró ante el emperador sus portentos por medio de lo que él consideraba oráculos. Y ciertamente también, con el fin de halagar a su señor en lo que le complacía, excitó al demonio contra los cristianos y afirmaba que el dios mandaba expulsar a los cristianos fuera de los límites de la ciudad y de los campos que la rodean por ser enemigos suyos.

⁶ Teocteno significa «hijo de Dios», pero este magistrado actuaba como hijo del diablo. (*Nota del T.*)

⁷ Como los paganos oían a los cristianos proclamar a Cristo como Hijo de Dios, Teocteno quiso contrarrestarlos mediante la consagración de esa estatua dedicada a un imaginario hijo de Zeus, llamado también Júpiter, el falso dios de los romanos. Es curioso observar que la dedicación de las estatuas a los dioses era celebrada con distintas ceremonias. Las imágenes que tenían en los hogares eran consagradas mediante ofrendas vegetales, como las de gachas y legumbres cocidas. Si querían honrar más ampliamente a su divinidad, lo hacían matando a una víctima. En el caso de la consagración de esa estatua de *Zeus y su hijo*, se nos dice que lo hicieron de esta última manera, quizás teniendo en cuenta la costumbre judía de sacrificar víctimas al Dios invisible, al Jehová del pueblo hebreo.

⁸ Mediante prácticas ocultistas era muy fácil convencer a los paganos de que los falsos dioses de su religión eran seres vivos, enemigos de los cristianos, a causa de la ignorancia en que estaba el pueblo acerca de los fenómenos parapsicológicos, que aun hoy día son un misterio para la ciencia, pero que los cristianos reconocían, y reconocemos, como facultades reservadas al gran enemigo de Dios: el diablo y sus agentes; ángeles caídos y rebeldes, que llamamos demonios (1 Corintios 10:19, 20).

4

Acerca de los decretos contra nosotros

1. »Este empleado oficial fue el primero que tuvo éxito, y entonces todos los demás oficiales que vivían en las ciudades sometidas al mismo gobierno se precipitaron a hacer decretos semejantes, y los gobernadores de provincia, viendo que esto era agradable al emperador, procuraban que sus subalternos hicieran lo mismo.

2. »Así que cuando el tirano asintió contentísimo a estos decretos por medio de una respuesta escrita, de nuevo se volvió a inflamar la persecución contra nosotros. El propio Maximino estableció en cada ciudad sacerdotes de las imágenes, y, sobre ellas, como sumos sacerdotes, a aquellos que habían sobresalido en los cargos políticos y que habían adquirido fama en tales servicios, y ellos actuaron con gran diligencia en lo que se refería al culto de los falsos dioses a quienes atendían.

3. »En pocas palabras, la ilógica superstición del soberano impulsaba a todos sus súbditos, gobernantes y gobernados, a actuar en todo contra nosotros con el fin de agradarle y, a cambio de los favores que pensaban obtener de él, le hacían este máximo favor: ordenar nuestra muerte y sacar a luz nuevas maldades contra nosotros.

5

Acerca de las falsas memorias

1. »Habiendo forjado lo que parece increíble, pero es así, unas *Memorias de Pilato* y de *Nuestro Salvador*, totalmente llenas de blasfemias contra Cristo, por encargo expreso del soberano las enviaron por todos sus dominios, ordenando por escrito que en todo lugar, tanto en los campos como en las ciudades, se expusieran públicamente, y que los maestros de escuela se ocuparan de enseñarlas a los niños en lugar de sus asignaturas y se las hicieran memorizar⁹.

⁹ La literatura apócrifa acerca del proceso de Cristo es variada y abundante. Han llegado hasta nosotros los escritos *Anaphora Pilati*, *Paradosis Pilati*, *Acta Pilati* y *Mors Pilati*. Seguramente las actas falsas propagadas por Maximino eran uno de los tres últimos, ya que el autor de *Anaphora Pilati* se supone que sería un cristiano, pues en los capítulos 1 al 11 narra el proceso de Jesús ante Pilato con el propósito de demostrar que éste estaba convencido de la inocencia de Jesús. Del capítulo 12 al 16 refiere un debate que tuvo lugar en el Sanedrín después de la resurrección. En los capítulos siguientes describe el descenso de Jesús al Hades y la liberación de los justos que ascendieron en espíritu a la casa del Padre, y éste es un suceso misterioso del que no tenemos otra referencia que la de 1 Pedro 3:18-21 y Efesios 4:8-12.

Los cristianos primitivos, siempre atentos a no admitir sino lo que fueran verdaderas memorias de los apóstoles, no estaban seguros de si tales detalles eran de inspiración divina o bien imaginación de un autor humano.

Es evidente que ni los cristianos piadosos de aquellos días ni muchos paganos honrados aceptaron aquel engaño del emperador proclamado en las estelas públicas, porque hacía ya dos siglos que existían los auténticos Evangelios, los cuales eran leídos y comentados en las asambleas cristianas, y la tenacidad de miles de cristianos ante los suplicios y la muerte daban buena fe de lo contrario de lo que pretendía el emperador; pero en aquel tiempo, cuando las copias eran

2. »Mientras esto sucedía, un jefe militar, que los romanos llaman *dux*¹⁰, hizo sacar violentamente de la plaza pública de Damasco de Fenicia a unas despreciables mujercitas y, bajo la amenaza de torturarlas, las obligó a afirmar por escrito que en alguna ocasión habían sido cristianas, y que habían visto entre los cristianos actos criminales, que éstos realizaban prácticas desenfrenadas en las casas del Señor, y todas las calumnias que deseaban que ellas dijeran de nuestra creencia las puso por escrito en unas falsas memorias dirigidas al emperador, el cual ordenó que se publicaran en pueblos y ciudades¹¹.

6

Acerca de los que fueron martirizados en este tiempo

1. »Este jefe militar no tardó en recibir el castigo de su maldad suicidándose¹². Pero, en lo que se refiere a nosotros, otra vez despertaron los destierros y las graves persecuciones, y de nuevo los gobernantes de las provincias se alzaron violentamente contra nosotros, de modo que algunos de los más destacados en la palabra divina fueron apresados y muchos recibieron sentencia inapelable de muerte¹³. De éstos, tres en Emesa, ciudad de Fenicia, se confesaron

tan pocas (pues tenían que ser escritas a mano), no es extraño que logran engañar a la plebe pagana e ignorante, con lo que contribuían a desatar nuevas persecuciones.

¹⁰ La palabra *dux* o *duce* quedó en el vocabulario latino referente a los magistrados, y la hallamos ampliamente usada para referirse a los gobernantes de las provincias de Italia, hasta los mismos días de Mussolini, el aliado de Hitler, que se hacía llamar *Duce*.

¹¹ Las actas del proceso en las que figuraban las falsas acusaciones de estas prostitutas sobornadas eran un medio para engañar a las poblaciones de donde el emperador deseaba obtener peticiones persecutorias contra los cristianos.

¹² No sabemos por qué motivo este jefe militar se suicidó; los historiadores llegaron a suponer que fue víctima de un remordimiento acentuado por los crímenes que había cometido contra personas inocentes por el solo delito de ser cristianos, ya que las clases cultas eran educadas en los principios de los grandes filósofos que florecieron en aquel tiempo en el mundo grecorromano, en los que figuraban notables fundamentos éticos.

¹³ Por varios años las sentencias contra los cristianos ya no eran de muerte, sino más bien de castigo por su supuesta terquedad de negarse a adorar a los «dioses», y consistían en la mutilación de un pie o vaciamiento de un ojo, para evitar las pérdidas de vidas; pero al tirano de Oriente, Maximino, no le pareció suficiente este castigo y se volvió en algunos casos a las penas de muerte.

Al llegar aquí, creemos que será iluminador para los lectores conocer la historia política de este período: Diocleciano había organizado el Imperio en una tetarquía, ya que él se veía incapaz de atender los asuntos de un Imperio tan vasto que se extendía desde el Asia hasta la península Ibérica. Dos emperadores compartían el título de augusto: Diocleciano en Oriente y Maximiano en Occidente.

Al lado de cada uno había otro emperador con el título de César: Galerio bajo Diocleciano, y Constancio Cloro bajo Maximiano. Cada César debería suceder a su Augusto, y entonces los emperadores restantes nombrarían un nuevo César.

Era una época pacífica, y los conflictos contra los cristianos parecen haber comenzado en el ejército. Galerio convenció a Diocleciano de que era necesario expulsar del ejército a quienes no adorasen a los dioses. El edicto de Diocleciano no decretaba de momento la pena de muerte, pero en algunos lugares el excesivo celo de los oficiales se pasó y hubo algunas ejecuciones, sobre todo en el ejército del Danubio, que estaba bajo las órdenes de Galerio. El próximo paso en este edicto de Diocleciano fue que los edificios de culto cristiano y los libros sagrados fueran destruidos, y a los cristianos se les privara de sus dignidades. Muchos de los fieles se negaban a entregar los libros sagrados, y entonces se les torturaba o se les condenaba a muerte.

cristianos y fueron entregados como pasto de las fieras. Entre ellos se hallaba el obispo Silvano, muy anciano, que había ejercido su ministerio durante cuarenta años completos.

2. »Por este tiempo, también Pedro, quien presidía distinguidamente las congregaciones de Alejandría (ejemplo divino a los obispos por la nobleza de su conducta y por su inteligencia en las Santas Escrituras), fue apresado de repente, sin causa alguna y fuera de toda razón o previsión, y, como si fuera ordenado por Maximino, fue decapitado. Juntamente con él sufrieron del mismo modo muchos otros obispos de Egipto.

3. »También Luciano, varón excelente, mercedor de todo aplauso por su conducta, su continencia y sus conocimientos sagrados, anciano de la congregación de Antioquía, fue

En aquel entonces hubo dos incendios en el palacio imperial. Galerio acusó a los cristianos de haberlos provocado, diciendo que era en venganza por haber perdido sus lugares de culto; pero otros historiadores insinúan que fue el propio Galerio quien ordenó los incendios. Diocleciano, enfurecido, ordenó que todos los cristianos de la corte tenían que ofrecer sacrificios a los dioses; su propia esposa Prisca y su hija Valeria sacrificaron, pero el primer mayordomo de la corte, Doroteo, se negó y sufrió el martirio.

El tercer paso fue que Diocleciano decretó que todos los cristianos en todo el Imperio tenían que sacrificar ante los ídolos. Eusebio ve en esta orden un castigo de parte del Señor para probar a los suyos (por su frialdad espiritual, Ap. 2:10). Muchos cristianos sucumbieron ante las amenazas de los jueces. Otros se ocultaron, algunos llevando consigo los libros sagrados, y hasta hubo quienes cruzaron las fronteras y se refugiaron en territorios colindantes, como Persia, etc. Galerio trataba de hacerse dueño único del Imperio, y cuando en el año 304 Diocleciano enfermó, Galerio se apresuró a ir a su lado y, primero con dulzura y después con amenazas, le obligó a abdicar. También trató de convencer a Maximiano para que abdicara, amenazándolo con invadir sus territorios, y logró que abdicaran ambos augustos en el año 305. Según se había estipulado anteriormente, Constancio Cloro sucedió a Maximiano, y Galerio, a Diocleciano, pero Galerio, que no había olvidado su sueño de poder único, obligó a Diocleciano a nombrar a dos guerreros que le eran adictos: Severo bajo Constancio Cloro, y Maximino Daza bajo el propio Galerio. Esta decisión no agradó a los soldados, que apreciaban a los hijos de sus emperadores Constantino y Majencio, respectivamente.

Constantino huyó de la corte de Galerio y se unió a su padre en las Galias (Francia e Iberia), y tras la muerte de Constancio Cloro le proclamaron augustus. Majencio se apoderó de Roma y Severo se vio obligado a suicidarse. Maximiano salió de su retiro y se unió a su hijo Majencio en una breve alianza, porque sus tropas comenzaron a pasarse al bando enemigo y tuvo que abandonar la campaña. Galerio tuvo que acudir a la corte de Diocleciano, que se había retirado al norte de África y cultivaba legumbres, incitándole a que volviera al poder, pero Diocleciano se negó y, tras una serie de negociaciones, nombró como augustos a Galerio y Licinio, y bajo ellos a dos césares, Constantino en el Occidente y Maximino Daza en el Oriente. Constantino prosiguió la política de su padre de no perseguir a los cristianos; en cambio, Maximino hizo lo opuesto, siguiendo los consejos de Galerio. Fue entonces cuando Maximino cambió la sentencia de pena de muerte por la de castigar a los cristianos vaciándoles un ojo, o cortándoles un pie y enviándolos a trabajos forzados a las canteras, pero aun así muchos formaron allí nuevas iglesias.

Por fin, cuando los cristianos comenzaban a desesperar, se detuvo la tormenta. Galerio estaba enfermo de muerte, y el 30 de abril de 311 promulgó su famoso edicto de forzada tolerancia, rogando a los cristianos que intercedieran por él a su propio Dios como uno más entre los demás dioses.

El Imperio quedó así en manos de cuatro emperadores: Licinio, Maximino Daza, Constantino y Majencio. Los tres primeros se reconocían entre sí y consideraban a Majencio como usurpador, ya que se apoderó de Italia y gobernaba despóticamente. Constantino, que hasta entonces se había limitado a intervenir en favor de la tolerancia con consejos a sus colegas, se lanzó a invadir Italia, y marchó sobre Roma contra Majencio. Según dos historiadores cristianos, en vísperas de la batalla del puente Milvio, Constantino tuvo una revelación divina: vio el *labaro* en las nubes, que es una X y una P puestas una sobre otra, con la promesa «Con este signo vencerás».

Tras la batalla del puente Milvio, Constantino se reunió en Milán con Licinio, con quien selló una alianza con la promesa de que la persecución de los cristianos en Oriente cesaría, así como en Occidente. El edicto de los dos augustos fue enviado a todos los cónsules para completar el insuficiente edicto de tolerancia de Maximino, pero éste se lo atribuyó a sí mismo y continuó persiguiendo a los cristianos con la excusa de que se veía instigado y obligado a ello en ciertas ciudades por peticiones de sus propios súbditos, y ésta es la historia que aparece en el presente capítulo y el siguiente del libro de Eusebio.

llevado a la ciudad de Nicomedia, donde por casualidad se encontraba por aquel tiempo el emperador. Tras presentar ante el soberano la defensa de la doctrina por causa de la cual había sido llevado allí, fue encarcelado y ejecutado.

4. «En verdad, dispuso tantas cosas en tan breve tiempo contra nosotros aquel enemigo del bien, Maximino, que nos pareció que había iniciado una persecución mucho más terrible que la primera».

7

Acerca del escrito contra nosotros fijado en las columnas

1. En medio de las ciudades (algo que jamás había sucedido) se grababan en estelas de bronce y se ponían en público las decisiones votadas por las ciudades contra nosotros, y los escritos con las disposiciones imperiales sobre el tema, y los niños de la escuela, cada día tenían en su boca a Jesús y a Pilato, y las «Memorias» inventadas para deshorrar la fe cristiana.

2. Ahora me parece necesario incluir el mismo escrito de Maximino, lo expuesto en las tablas de bronce, de modo que se manifieste simultáneamente el orgullo vanidoso e insolente del odio de aquel hombre contra Dios y también el odio al mal, por parte de la justicia divina, que vela continuamente contra los impíos, la cual les seguía de cerca, y poco después, impulsado por ella, decidió todo lo contrario acerca de nosotros y lo decretó en leyes escritas.

Copia de la traducción del escrito de Maximino sobre las decisiones votadas contra nosotros, tomada de la estela de Tiro.

3. «Ahora ya, la débil osadía de la mente humana ha recobrado fuerzas tras haber derribado y destruido toda sombra y oscuridad de error (que anteriormente atormentaba con las terribles tinieblas de la ignorancia) de las conciencias de unos hombres no tan impíos como infelices, y declara que la tal justicia es gobernada y fortalecida por la bondadosa providencia de los dioses inmortales.

4. «Es ciertamente increíble expresar cuán grato, agradable y afectuoso fue para nosotros que nos hayáis concedido la evidencia de vuestra disposición de amor para con los dioses cuando, incluso antes, nadie desconocía vuestra gran atención y piedad para con los dioses inmortales, puesto que vuestra fe no se conocía como una fe de palabras vacías y nuevas, sino principalmente por sus excelentes obras.

5. «Por ello, vuestra ciudad merece ser llamada templo y morada de los dioses inmortales. En efecto, es evidente, por numerosos indicios, que ahora está en apogeo por habitar en ella los dioses del cielo¹⁴.

¹⁴ Los paganos creían que los falsos dioses a quienes adoraban visitaban periódicamente ciertas ciudades. Virgilio habla con frecuencia de tales hechos, y asimismo lo menciona Aristides en su *Panatheaios* para refutarlo, lo cual concierne con el relato de Hechos 14:13, 14.

6. »Observad, pues, que vuestra ciudad, olvidando todos los intereses privados que le atañían y pasando por alto las solicitudes anteriores sobre asuntos que os preocupaban, cuando de nuevo vio que empezaban a introducirse los seguidores de esta maldita insensatez, y que como una hoguera abandonada y adormecida al reavivarse las brasas produce los mayores incendios, al punto acudió sin dilación alguna a nuestra piedad, como a la metrópoli de todas las religiones, solicitando algún remedio y socorro.

7. »Está claro que esta saludable idea os la sugirieron los dioses por la fe de vuestra religión. Fue precisamente él, el dios Zeus, que preside vuestra ilustre ciudad y protege a vuestros dioses patrios, a vuestras mujeres, a vuestros hijos y vuestros hogares de toda funesta destrucción, quien inspiró en vuestras almas este deseo salvador, demostrando y manifestando cuán noble, espléndido y saludable es acudir con la debida veneración al culto y a las ceremonias sagradas de los dioses inmortales.

8. »Efectivamente, ¿quién podría ser tan necio y estar tan fuera de toda razón que no pueda ver que es gracias al cuidado bondadoso de los dioses que la tierra no niegue las semillas a ella entregadas, no frustrando las esperanzas de los campesinos; que tampoco aparezca sobre la tierra el espectro de una guerra impía o que la muerte no arrastre los cuerpos secos al elevarse con exceso la temperatura del cielo; que el mar enfurecido, con los soplos de los vientos desmedidos, no se alce, y los huracanes, rompiendo inesperadamente, no originen terrible tempestad; incluso que la tierra, madre y nodriza de todos, no se hunda con un temblor espantoso en sus propios abismos más profundos, ni las montañas que se hallan por encima se derriben en las simas abiertas? Nadie ignora que todas estas desgracias, y aún peores, han sucedido a menudo anteriormente¹⁵.

9. »Y todas ellas tuvieron lugar debido al terrible error de la insensatez vana de aquellos hombres inicuos, mientras prevalecía en su alma, y casi se podría decir que abrumaba con sus deshonras todo el mundo habitado».

10. A estas palabras, tras otros denuestos, añade: «Observen cómo en las amplias llanuras florecen las mieses ondulantes de espigas, y cómo los prados resplandecen con las plantas y flores por obra de la lluvia propicia, y cómo el cielo se ha cambiado

11. »en un clima moderado y suavísimo. Gócense todos en adelante, porque debido a nuestra piedad, nuestros sacrificios rituales, nuestro culto, el aire poderosísimo y agitado en extremo se ha apaciguado, y por la misma razón se complazcan en aprovechar la paz segura y reposadamente. Y en cuanto a todos los que salieron de aquel ciego error y extravío para volver a la recta y hermosa opinión, gócense más como salvados de una inesperada tempestad o de una grave dolencia y como si hubieran cosechado para el futuro el dulce disfrute de la vida.

¹⁵ Los expertos creen que se refiere a un terremoto que asoló a Tiro y Sidón en el año 304, poco antes de la persecución, según refiere el propio Eusebio en su escrito llamado *Chronik ad annum*.

Hasta aquí llega la estela latina de Tiro, que fue traducida, según se cree, por Rufino al haberse extraviado el original de Eusebio. Pero que Eusebio deseaba transcribir el texto íntegro de semejante proclama de difamación del cristianismo, aparece en los párrafos anteriores a este mismo capítulo.

12. »Pero si continuaran en su maldita insensatez, sean expulsados apartándolos muy lejos de vuestra ciudad y de sus alrededores, de acuerdo con vuestra súplica, para que de este modo vuestra ciudad, separada de toda mancha y toda impiedad, según vuestra laudable inclinación en este asunto y vuestra natural disposición, sirva con la debida reverencia en los sacrificios a los dioses inmortales.

13. »Y con el fin de que veáis hasta qué punto nos ha sido agradable vuestra petición al respecto y cómo está dispuesta nuestra alma al amor del bien, voluntariamente, sin decreto y sin petición, concedemos a vuestra devoción solicitar el mayor regalo que deseáis a cambio de esta vuestra religiosa disposición.

14. »Y ahora consentid en hacer y tomar esto porque lo alcanzaréis sin demora alguna. Este premio concedido a vuestra ciudad ofrecerá el testimonio por todos los siglos de vuestra religiosa piedad para con los dioses inmortales, y mostrará a vuestros hijos y descendientes que habéis alcanzado de nuestra bondad dignas recompensas por causa de esta vuestra conducta».

15. Estos hechos contra nosotros se publicaron por todas las provincias, excluyendo para nuestras cosas toda buena esperanza, por lo menos al nivel humano, de modo que se cumpla aquel oráculo divino: «si fuera posible, aun los escogidos podrían tropezar en estas circunstancias» (Mateo 24:24).

16. Pero cuando para muchos era perdida toda esperanza, de repente, estando todavía en el camino, en algunas regiones, los servidores del aludido edicto contra nosotros, Dios, el defensor de su propia Iglesia, de algún modo acalló el orgullo del tirano contra nosotros y demostró que el cielo era un aliado de nuestra parte.

8

Acerca de los sucesos acontecidos después de esto: hambre, peste y guerras

1. Por consiguiente, los acostumbrados aguaceros y las lluvias detuvieron su habitual tributo a la tierra, a pesar de ser la estación invernal, y apareció un hambre inesperada, y, además de esto, la peste y aun otra dolencia: una llaga que, debido a su inflamación, se llamaba ántrax, la cual, metiéndose por todo el cuerpo, causaba a los pacientes graves perjuicios, y que, atacando mayormente los ojos, dejaba ciegos a muchísimos hombres, mujeres y niños.

2. A estas cosas se le añadió al tirano la guerra contra los armenios, antiguos amigos y aliados de los romanos, y puesto que ellos también habían aceptado el cristianismo y se ocupaban diligentemente de la piedad para con la divinidad, el que odiaba a Dios intentó forzarlos a sacrificar a los ídolos y demonios, y de amigos los convirtió en adversarios; y de aliados, en enemigos.

3. El hecho de que esto sucediera de pronto y a un mismo tiempo consiguió contrarrestar el orgullo del osado tirano contra Dios, porque se jactaba de que, debido a su celo por los ídolos y a su ataque contra nosotros, ni el hambre, ni la peste, ni siquiera la guerra acon-

tecerían en su tiempo. Así pues, al llegar estas cosas juntas y a un mismo tiempo, fueron el preludio de su ruina.

4. Mientras él se fatigaba con su ejército en la guerra contra los armenios, el hambre, junto con la peste, consumían terriblemente a los habitantes de las ciudades bajo su mando, a tal punto que se pagaban hasta dos mil quinientas dracmas áticas por una medida de trigo.

5. Muchos, pues, morían en las ciudades, pero todavía más en los campos y las aldeas, de modo que poco faltó para que los antiguos censos, colmados de campesinos, fueran borrados, al morir casi todos a la vez por falta de alimentos y por enfermedad pestilencial.

6. Por ello, algunos decidieron vender sus bienes más queridos a los más ricos por unos mendrugos de alimento; otros, vendiendo sus posesiones lentamente, llegaron a la más extrema necesidad, y otros, tras masticar briznas de hierba y tomar plantas venenosas por ignorancia, perjudicaron su salud y perecieron.

7. Algunas mujeres nobles de las ciudades, impulsadas por la escasez, salían a las plazas a mendigar, y sólo mostraban evidencias de su antigua crianza por el rubor que subía a su rostro y la decencia de sus vestidos.

8. Y algunos, secos como cadáveres, luchando con la muerte y deambulando de aquí para allá, resbalando se desplomaban por no poderse tener en pie. Tumbados boca abajo en medio de las plazas, suplicaban que se les alargara un mendrugo de pan, y, con el alma ya en los últimos suspiros, clamaban que estaban hambrientos, restándoles fuerzas para este único grito de angustia.

9. Pero otros, los que parecían ser más ricos, sorprendidos por la multitud de mendigos, tras haber provisto para muchos, adoptaron en adelante una posición cruel e insensible, esperando no sufrir también ellos las mismas cosas que los mendigos. De modo que en medio de las plazas y de las calles ofrecían un espectáculo lamentable en extremo los cadáveres desnudos que estaban insepultos por muchos días.

10. Algunos ya eran pasto de los perros, y por esta razón, principalmente, los vivos se dedicaron a matar perros, temiendo que rabiaran y empezaran a devorar hombres.

11. Pero la peste no atacaba menos en todas las casas, mayormente en aquellas a las que no llegaba el hambre por poseer reservas de alimentos, los cuales parecían dejados ex profeso para la peste. En efecto, los ricos, magistrados, gobernadores e innumerables funcionarios no afectados por el hambre eran deliberadamente dejados para la enfermedad pestilencial y también sufrieron un final pronto y rápido. Así, todo estaba colmado de gemidos, y por todas las calles, plazas y avenidas no se oía más que lamentos junto con el acostumbrado ruido de flautas y golpes de tambor¹⁶.

12. De este modo, la muerte, guerreando con las dos armas mencionadas, la peste y el hambre, devoró en poco tiempo familias enteras, de manera que se podía ver llevar los cuerpos de dos y de tres muertos en un solo entierro.

¹⁶ Los romanos enterraban a las personas pudientes mediante una procesión fúnebre acompañada de flautas y tambores.

13. Tales cosas eran el salario del orgullo de Maximino y de las decisiones de las ciudades contra nosotros, puesto que fue evidente a todos los gentiles la prueba de la diligencia y piedad de los cristianos en toda la tragedia.

14. En efecto, ellos eran los únicos que en tal situación de desgracia demostraban con sus obras la compasión y el amor a los hombres. Unos se ocupaban, infatigablemente, durante todo el día del cuidado y sepultura de los muertos (pues eran muchísimos los que eran descuidados), y otros, reuniendo en un mismo sitio la multitud de los que por toda la ciudad estaban agobiados por el hambre, distribuían pan para todos, de modo que al ser el hecho conocido por todos los ciudadanos, glorificaban al Dios de los cristianos y, convencidos por los mismos hechos, confesaban que éstos eran los únicos verdaderamente piadosos y temerosos de Dios.

15. Tras cumplirse todo esto como se ha dicho, Dios, el grande y celestial defensor de los cristianos, habiendo demostrado del modo indicado su amenaza y su irritación contra todos los hombres, de nuevo nos restituyó la luz propicia y resplandeciente de su providencia para con nosotros, en contrapartida de los excesos cometidos contra nosotros. Como tras una profunda oscuridad fuimos iluminados de un modo en extremo sorprendente con la luz de su paz; y así fue a todos manifiesto que Dios mismo es el controlador de todos nuestros asuntos, quien azota a su pueblo según las circunstancias de cada momento, pero, una vez reconvertido y aprendida su lección más o menos fuerte, se muestra misericordioso y propicio para con los que en Él esperan.

9

Acerca del fin de los tiranos y palabras que dijeron antes de su muerte

1. Así, a Constantino, quien, como ya dijimos, es emperador, hijo de emperador, y piadoso, hijo de un padre piadosísimo y prudente en todas las cosas, el emperador supremo, Dios y Salvador del universo, al prepararse para la lucha según la ley de la guerra, se puso Dios a batallar junto a él, del modo más sorprendente, y Majencio cayó en Roma bajo Constantino, pero el otro emperador que vivía más lejos en el Oriente, y le sobrevivió, también pereció de la más vergonzosa muerte, por obra de Licinio, quien hasta entonces todavía no había enloquecido.

2. Fue ciertamente Constantino el primero (primero también en honor y dignidad imperiales) en tomar consideración con los oprimidos por los tiranos de Roma. Tras invocar por medio de sus súplicas al Dios del cielo como su aliado, y a su Verbo el mismo Salvador de todos, Jesucristo, avanzó con todo el ejército, tratando de conseguir para los romanos la libertad de sus antepasados.

3. Majencio confiaba más en las artes mágicas que en el afecto de sus súbditos y no osaba avanzar fuera de las puertas de la ciudad por mucho que, con innumerable multitud de guardias personales y compañías de soldados, ocupaba todo lugar, toda región y toda ciudad que estaba

alrededor de Roma y en toda Italia esclavizadas a él. El emperador Constantino, fiel a su alianza con Dios, atacó al primero, al segundo y al tercer ejército del tirano y los derrotó con gran facilidad, y, avanzando todo lo posible por Italia, ya se hallaba próximo a la propia Roma¹⁷.

4. A continuación, para que no fuera obligado a luchar contra los romanos por culpa del tirano, Dios mismo arrastró a éste, como atado con cadenas invisibles, lejos de sus puertas, y lo que ya antiguamente se halla registrado en los santos libros contra los impíos, increíble para muchos como si fueran relatos legendarios, pero ciertamente creíble para los creyentes, en virtud de su evidencia, por decirlo con sencillez, se tornó verosímil para los que lo vieron con sus propios ojos y fue una maravilla tanto para los creyentes como para los incrédulos.

5. Igual que en el tiempo de Moisés y de la antigua nación religiosa de los hebreos: «Eché en el mar los carros de Faraón y su ejército; y sus capitanes escogidos fueron hundidos en el mar Rojo, y el mar los cubrió» (Éxodo 15:4 y 5). Del mismo modo, Majencio y los guardias y lanceros que le seguían, «descendieron a las profundidades como piedra» (Éxodo 15:5), cuando, dando la espalda al poder de Dios y huyendo de Constantino, atravesaron el río que se hallaba en el camino, río que él mismo había unido y ponteadado con barcos, componiendo una máquina de destrucción contra sí mismo.

6. Se podrá decir de él: «Pozo ha cavado, y lo ha ahondado; y en el hoyo que hizo caerá. Su iniquidad se volverá sobre su cabeza, y su agravio caerá sobre su propia coronilla» (Salmo 7:15, 16).

7. De esta manera, pues, al destrozarse el puente sobre el río, el paso artificial se hunde y las barcas se sumergen de repente en el abismo con todos sus hombres; y el mismo tirano, el más impío, es el primero en perecer. A continuación, los escuderos que estaban a su alrededor «se hundieron también como plomo (Éxodo 15:10) en las impetuosas aguas», tal como ya lo predecía el oráculo divino.

8. De modo que, si no de palabra, como es lógico, sí por lo menos con las obras, los que gracias a Dios se habían alzado con la victoria, lo mismo que los seguidores del gran siervo de Dios Moisés, podían cantar el mismo himno contra el impío tirano de entonces y decir: «Cantemos al Señor, porque se ha glorificado gloriosamente. Ha echado en el mar al caballo y al jinete. El Señor es mi ayuda y protección, y ha sido mi salvación» y «¿Quién como tú, oh Señor, entre los dioses? ¿Quién como tú, magnificado en los santos, admirable en la gloria, hacedor de prodigios?» (Éxodo 15:11).

9. Éstas y muchas más cosas cantó Constantino con sus obras, realizadas para la gloria del Dios soberano que le otorgó la victoria, entrando en Roma triunfalmente, y todos a una, con sus niños, mujeres y los más distinguidos senadores con todo el pueblo romano, le recibieron alegres, de todo corazón, como libertador, salvador y bienhechor, con aclamaciones de gozo inponderable.

¹⁷ Constantino era emperador de las Galias (Francia), por lo cual es natural que invadiera Italia por el norte —tal como hizo muchos siglos atrás el general cartaginés Aníbal—, y así fue venciendo a las fuerzas de Majencio hasta llegar cerca de Roma, a la vía Flaminia, que, saliendo de la ciudad, atravesaba el río Tíber. Majencio, primero pensó impedir el paso del ejército de Constantino derribando el puente de piedra, pero después se arrepintió y construyó rápidamente un nuevo puente de barcazas para esperar a Constantino al otro lado, con sus cónsules e incondicionales de su diezmado ejército; pero el débil puente no resistió el peso de los soldados y el armamento que intentó hacer pasar sobre él, y apenas sin lucha se hundió en las aguas y Constantino entró triunfante en Roma como libertador.

10. Él, por su parte, que poseía la piedad para con Dios por naturaleza, no se agitó en lo más mínimo por las aclamaciones ni se enorgulleció por las alabanzas, sino que, sabiendo perfectamente que el socorro provenía de Dios, al punto ordenó que se colocara en la mano de su propia estatua el trofeo de la Pasión del Salvador, y que fuese erigido en el lugar más público de Roma, sosteniendo en su mano derecha el símbolo salvador, y ordenó que se grabase esta inscripción en latín, con sus propias palabras:

11. «Por este símbolo salvador, la verdadera demostración del valor, salvé y libré vuestra ciudad del yugo del tirano y, aún más, la libré y restablecí al Senado y al pueblo romanos a su antigua fama y gloria».

12. Después de todo esto, el propio Constantino, y junto con él Licinio (quien entonces todavía no se había desviado hacia la locura en la que cayó más tarde), habiéndose conciliado con Dios, la causa de todos sus bienes, ambos, por decisión y acuerdo común, redactan una ley perfectísima y completísima en favor de los cristianos, y cuentan a Maximino las maravillas realizadas por Dios en favor de ellos (la victoria contra el tirano), pues este emperador aún tenía legalmente el poder en los pueblos de Oriente y simulaba amistad con ellos.

13. Pero él, como tirano que era, se entristeció grandemente al saber esto, y entonces, no deseando parecer que cedía ante los otros ni que suprimía lo mandado, por amor a los que lo ordenaban se vio forzado a escribir en favor de los cristianos a los gobernantes bajo su mando, como si fuera su propia orden, una carta en la que falsamente se atribuye a sí mismo hechos que jamás llevara a cabo¹⁸.

Copia de la traducción de la carta del tirano

1. «Jovio Maximino Augusto, a Sabino: Estoy convencido de que, tanto para tu estabilidad como para todos los hombres, es manifiesto que nuestros señores Diocleciano y Maximino, nuestros padres, en el momento en que vieron que casi todos los hombres, dejando el culto de los dioses, se mezclaban con el pueblo de los cristianos, dispusieron correctamente que todos los hombres que se habían apartado del culto de sus propios dioses inmortales fueran llamados de nuevo al culto de los dioses con castigo y pena en público.

2. »No obstante, cuando yo llegué por primera vez a Oriente con ánimo favorable y supe que en ciertos lugares muchos que podían ser de provecho para el Estado habían sido desterrados por los jueces debido al motivo mencionado, encargué a cada juez que en adelante ninguno de ellos se comportara cruelmente con los habitantes de las provincias, antes bien, que los volvieran a llamar al culto de los dioses con lisonjas y exhortaciones.

3. »Por ello, pues, cuando los jueces, de acuerdo con mi orden, observaban lo mandado, sucedía que nadie en las regiones de Oriente era desterrado ni agraviado, sino que, al no ocurrir nada grave contra ellos, volvían al culto de los dioses.

¹⁸ Este decreto es conocido en la Historia universal como el «Edicto de Milán», pues lo redactaron conjuntamente Constantino y Licinio reunidos en dicha ciudad; pero, como notarán los lectores, Maximino se lo atribuyó a sí mismo y trató de disimular su persecución anterior diciendo que a ello le obligaron las peticiones del pueblo pagano, cuando lo cierto es que él mismo provocaba tales peticiones por medio de sus enviados.

4. »Después de estas cosas, cuando el año pasado vine con actitud favorable a Nicomedia y allí me detuve por un tiempo, acudieron a mí ciudadanos de la misma ciudad con estatuillas de sus dioses, rogándome insistentemente que en modo alguno permitiera que tal pueblo habitara en ninguna parte de su patria.

5. »Pero cuando supe que muchísimos hombres de este culto habitaban en aquellas regiones, como réplica les dije que recibía gozoso su petición, pero que observaba que no era la súplica de todos. Por ello, si hubiera algunos que permanecieran en esta superstición, que cada cual escogiera según su deseo y, si quisieran, reconocieran el culto de los dioses.

6. »De todos modos, a los de Nicomedia y de las restantes ciudades que tan diligentemente me habían formulado la misma solicitud, a saber, que ningún cristiano habitara en las ciudades, me fue preciso responderles con amabilidad, porque también esto mismo guardaron todos los antiguos emperadores, y a los propios dioses (por los cuales todos los hombres y la misma constitución del Estado subsisten) les agradó que yo consolidara una tal petición que traían en favor del culto a su divinidad.

7. »Por tanto, a pesar de que antes de ahora hayamos escrito a tu devoción y también se te hayan mandado órdenes con el fin de que no fueras áspero con los habitantes de las provincias que guardaren esta costumbre, sino que cuidaras de ellos pacientemente y con suavidad, para que no sufran insultos ni violencias en manos de los beneficiarios¹⁹ u otros, me pareció oportuno sugerir a tu gravedad²⁰, por medio de este escrito, que mejor hagas a nuestras provincias reconocer el culto a los dioses mediante lisonjas y exhortaciones.

8. »En consecuencia, si alguien escogiera voluntariamente reconocer el culto a los dioses, a los tales conviene recibir; pero si algunos desearan seguir su culto particular, se podrían dejar libres.

9. »Por esta causa, tu devoción ha de observar lo que se te ha encomendado, y que nadie reciba licencia para animar a los habitantes de nuestras provincias con insultos y violencia. Tal como escribíamos anteriormente, es preferible llamar de nuevo a los habitantes de nuestras provincias al culto de los dioses con exhortaciones y lisonjas. Y, a fin de que esta orden nuestra alcance el conocimiento de todos los habitantes de nuestras provincias, has de manifestarlo mediante un mandato que tú dispondrás²¹.

10. Habiendo dado estas órdenes obligado por la necesidad y no de su propia decisión, ya no se le consideró cierto ni digno de confianza debido a sus ideas engañosas y mentirosas, como antes sucediera con otra concesión parecida.

¹⁹ *Beneficiario* hace referencia a soldados rasos que por su valerosa conducta recibían el beneficio de un cargo público de magistrados de poca categoría, pero que muchas veces abusaban de su posición oficial.

²⁰ La locución «tu gravedad» es una frase clásica de la literatura griega que aparece en todos los textos que poseemos de la *Historia* de Eusebio, pero que puede ser traducida y comprendida hoy día por la expresión «tu *buen criterio*».

²¹ Hasta aquí llega la hipocresía maléfica del tirano Galerio, quien, mientras pudo, estuvo haciendo al revés de lo que indica este escrito; pero el edicto de Milán, firmado por Constantino y Licinio, le obligaba a este cambio de táctica, por más que sus edictos, que él mismo había hecho fijar sobre estelas en plazas públicas, como aparece reflejado en capítulos anteriores, demuestran su hipocresía; pero aún hay otro motivo mayor que los de carácter político, y fue la terrible enfermedad que sus excesos y la providencia divina hicieron producirse en su miserable cuerpo.

11. Así, de los nuestros, nadie osaba disponer una reunión ni presentarse en público, porque no lo determinaba así el edicto, sino que sólo prescribía guardarse de insultarnos y no nos exhortaba a hacer reuniones ni a construir edificios para iglesias ni nada más de lo que tenemos costumbre de practicar.

12. No obstante, los que hablaban en favor de la paz y de la piedad le habían escrito para que lo permitiera, y ellos se lo habían concedido a todos sus súbditos con edictos y leyes. Ciertamente, el más impío de todos escogió no ceder en este asunto hasta que, finalmente, perseguido por la justicia divina, aun de mala gana, fue llevado a hacerlo.

10

Acerca de la victoria de los emperadores amigos de Dios

1. Por esta causa llegó a cambiar. Él era incapaz de sobrellevar la magnitud del poder que se le había confiado inmerecidamente, y, por su falta de reconocimientos sensatos y propios de un emperador, cuidaba de estos asuntos inexpertamente y, ante todo, adoptaba ilógicamente en su alma una orgullosa arrogancia incluso para con sus compañeros del Imperio, los cuales eran superiores a él en todo, en linaje, en cultura, en instrucción, en honor y en inteligencia, y, lo que es más importante de todo, en prudencia y en piedad para con el Dios verdadero. Comenzó con el descaro de envalentonarse y de proclamarse a sí mismo como el primero en los honores.

2. Acrecentando hasta la locura sus acciones, traicionó los acuerdos pactados con Licinio y comenzó una guerra sin cuartel. Al poco tiempo, conmoviéndolo todo y alborotada toda la ciudad, habiendo reunido todo el ejército, una multitud de innumerables millares, salió en orden de batalla contra él con espíritu exaltado por las esperanzas depositadas en los demonios, a los que él consideraba dioses, y en los millares de sus escuderos.

3. Mas, al venir a las manos, se vio falto del cuidado de Dios por serle concedida la victoria al que tenía el poder del único Dios de todas las cosas.

4. Primero, pierde el cuerpo de escuderos en el que él confiaba; los lanceros de su compañía le dejan desnudo y desprovisto de todo y huyen al bando del vencedor. El miserable, sacándose inmediatamente los adornos imperiales, que no le correspondían, se introduce entre la multitud, triste, vil y cobardemente. Luego huye y, escapando a duras penas de las manos de sus enemigos por los campos y aldeas, salió procurando su salvación y evidenciando con los mismos hechos la fidelidad y la veracidad de los divinos oráculos en los que se dice:

5. «El rey no se salva por la multitud del ejército, ni escapa el gigante por la mucha fuerza. Vano para salvarse es el caballo; la grandeza de su fuerza a nadie podrá librar. He aquí los ojos del Señor sobre los que le temen, sobre los que esperan en su misericordia, para librar sus almas de la muerte» (Salmo 33:16-19).

6. De este modo, pues, el tirano, lleno de vergüenza, llegó a su propia región. En primer lugar, enloquecido, dio muerte a muchos sacerdotes y profetas de los dioses que él admirara

anteriormente y cuyos oráculos le impulsaron a empezar la guerra, tratándolos de farsantes, engañadores y, sobre todo, acusándolos de haber sido traidores de su salvación. Después dio gloria al Dios de los cristianos y, tras establecer una perfecta y completísima ley en favor de la libertad de ellos, al punto murió con una muerte penosa y sin habersele concedido ningún plazo de tiempo. La ley por él enviada era como sigue:

Copia de la traducción de la disposición del tirano en favor de los cristianos, traducida de la lengua latina a la griega

7. «El emperador César Cayo, Valerio Maximino, Germánico Sermático, Augusto Pío Félix Invicto: Que en todos los aspectos nosotros continuamente nos preocupamos del provecho de los habitantes de nuestras provincias y que deseamos proporcionarles lo que más adecuado es a la conveniencia de todos y cuantas cosas son ventajosas y útiles para la comunidad (todo lo que corresponde a la utilidad pública y resulta agradable a la opinión de cada uno), creemos que nadie lo desconoce sino que cada uno se basa en lo realizado y es sabedor de la evidencia que hay en ello.

8. »En consecuencia, cuando antes de esto fue evidente a nuestro conocimiento que, con la excusa esta de que los divinos Diocleciano y Maximiano, nuestros padres, habían ordenado destruir las reuniones de los cristianos, que habían tenido lugar muchos malos tratos y expoliaciones por obra de los oficiales y que, a continuación, esta misma se había extendido contra los habitantes de nuestras provincias (por cuyo merecido cuidado nos esforzamos en gran manera), siendo perdidas las haciendas de los particulares, el pasado año mandamos cartas a los gobernadores de cada provincia y ordenamos que, si alguno deseara aplicarse a una costumbre así o a la observancia del culto, no se le pusiera tropiezo en su disposición y que nadie le hiciera tropezar ni se lo impidiera, y que ellos disfrutaran de toda facilidad para realizar sin miedo ni sospecha las prácticas religiosas que fueran de su agrado.

9. »Pero ahora no se nos ha podido ocultar que algunos jueces desechaban nuestras órdenes, hacían dudar a nuestros hombres acerca de lo encargado por nosotros y los impulsaban a que se acercaran más temerosos al tipo de culto que les fuera más agradable.

10. »Así, con el fin de que en adelante desaparezca toda sospecha y ambigüedad que engendran temor, hemos ordenado que se publique este mandato, para que quede claro a todos que, gracias a nuestro regalo, a cuantos deseen participar en esta secta y este culto, se les permite acudir, como cada uno quiera o le plazca, al culto que haya escogido practicar regularmente. También se les ha concedido edificar las casas del Señor.

11. »No obstante, para que nuestra gracia fuera incluso mayor, nos pareció justo ordenar que, si alguna casa o tierra que poseyeran anteriormente los cristianos por derecho hubiese caído en posesión legal del fisco por orden de los nuestros, o se hubiese apoderado de ellas alguna ciudad, ya sea en subasta pública o por ser regaladas a alguien, mandamos que todo sea devuelto al antiguo derecho de propiedad de los cristianos, de suerte que, hasta en esto, todos tengan conocimiento de nuestra piedad y providencia»²².

²² Este decreto del tirano Maximino es llamado por Eusebio con toda razón «palinodia», pues pone en evidencia, con un documento que quedó escrito en ciertas plazas de Egipto, la inmensa hipocresía del tirano, que no hacía sino

12. Éstas fueron las palabras del tirano, que se retrasaron casi un año entero a los edictos que él mismo había hecho fijar en estelas contra los cristianos. Aquel que poco antes nos consideraba impíos, ateos y malditos por toda la vida, de modo que no se nos permitía habitar en ciudad ni en región alguna, luego él mismo formula órdenes y leyes para los cristianos. Y a aquellos que hacía poco parecían a fuego y espada y como pasto de las fieras y aves rapaces y sufrían todo tipo de castigo y de pena de horribles muertes, a estos mismos ahora los declara, personalmente, observantes de un culto legal y les permite restaurar casas del Señor. Y el tirano en persona confiesa que son participantes de algunos derechos.

13. Una vez hubo confesado todo esto, obligado, sin duda, por algún padecimiento menor que el que se merecía, muere en el segundo encuentro de la guerra, herido de súbito por el azote de Dios.

14. Pero su caída no fue la que acontece a los generales de guerra, los cuales, esforzándose una y otra vez por la virtud y por los amigos, aceptan valerosamente un final glorioso en el combate, sino que él, como impío y enemigo de Dios, encontró el pago merecido cuando estaba en su casa y escondiéndose, mientras su ejército todavía se hallaba en la llanura luchando por él. Golpeado de súbito en todo su cuerpo por el azote de Dios, cayó de cabeza como propulsado por terribles dolores y por intensos sufrimientos, consumido por el hambre y quemada su carne completamente por un fuego invisible enviado de Dios. Todo el aspecto de su antigua forma fue borrado como destrozado y sólo quedaron los huesos secos, como un espectro desde mucho tiempo reducido a esqueleto. De este modo los que se hallaban presentes no podían pensar otra cosa sino que el cuerpo se le había convertido en tumba del alma, enterrada ya en un cadáver en plena descomposición.

15. Pero al quemarle mucho más intensamente el calor desde el fondo de los tuétanos, se le saltaron los ojos y, cayendo fuera de sus propias cuencas, le dejaron ciego. Con todo esto él, todavía vivo, confesando al Señor llamaba a la muerte. Y, tras confesar que esto lo sufría justamente gracias a su locura contra Cristo, entregó su alma²³.

11

Acerca de la perdición final de los enemigos de la religión

1. Al partir de este modo Maximino, el único enemigo de la religión que quedaba, y que demostró ser el peor, empezó, por la gracia de Dios, la reconstrucción de las iglesias desde los cimientos, y la Palabra de Cristo, resplandeciendo para la gloria del Dios del universo, alcanzaba una libertad mayor que antes, mientras que los impíos, enemigos de la religión, se llenaban de gran vergüenza y deshonor.

copiar su orden de las instrucciones de los más poderosos emperadores de su época, tal como indica Eusebio en el párrafo que sigue.

²³ Muchos comentaristas creen ver en el relato una exageración de Eusebio, y sostienen que Maximino simplemente sufrió una fuerte calentura y se volvió ciego.

2. En efecto, Maximino fue el primero en ser proclamado enemigo común de todos por los emperadores. Se le rechazó con edictos públicos como tirano, grandemente impío y abominable y enemigo de Dios. Las pinturas que había dedicado a cada ciudad en honor suyo y de sus hijos, unas se hicieron pedazos al ser lanzadas al suelo desde gran altura, y otras, ennegrecidos los rostros con colores oscuros, fueron inutilizadas. Lo mismo con las estatuas que habían sido levantadas en su honor: fueron derribadas y hechas pedazos, y quedaron para la risa y burla de los que deseaban ultrajarlas e insultarlas.

3. Y luego, también, a los demás enemigos de la religión se les fue despojando de todos sus honores, e incluso se mataba a los secuaces de Maximino, principalmente a los que, honrados por él con cargos del Gobierno, para complacerle se habían ensañado con violencia contra nuestra doctrina.

4. Uno de ellos era Peucetio, según todos el más honrado por Maximino y su amigo más íntimo. Había sido instituido cónsul dos o tres veces, y prefecto de todas las cuentas. Igualmente Culciano, quien había pasado por todos los puestos del Gobierno, y quien se jactaba de muchísimas matanzas de cristianos en Egipto. Y además de éstos había no pocos por los que principalmente se había consolidado y aumentado la tiranía de Maximino.

5. También a Teocteno le perseguía la justicia de Dios, a la que en ningún modo se le escapaba lo que él había realizado contra los cristianos, porque, habiendo levantado un ídolo en Antioquía, creía que sus días serían favorables, y hasta Maximino le había tenido por digno de un cargo del Gobierno.

6. Pero Licinio fue a la ciudad de Antioquía e hizo pesquisas acerca de los engañadores y torturó a profetas y sacerdotes del ídolo recién levantado, intentando descubrir la causa del engaño. Y puesto que, agobiados por los tormentos, no les era posible ocultarlo más, manifestaron que todo el misterio era un engaño maquinado por arte de Teocteno. A todos dio el castigo merecido, y dio muerte primeramente a Teocteno, y después, al cabo de muchos suplicios, a sus compañeros en el engaño²⁴.

7. A todos ellos se añadió también a los hijos de Maximino, a los cuales él ya había hecho partícipes del honor imperial con la dedicación de retratos y pinturas. Y los que antes se gloriaran de su parentesco con el tirano y osaran gobernar a todos los hombres, sufrieron, junto con el más extremo deshonor, los mismos tormentos que los ya mencionados, puesto que no habían aprendido la lección ni la entendían²⁵.

²⁴ Aquí añade Eusebio a las atrocidades de Galerio y Maximiano las de algunos procónsules y magistrados que actuaron con gran crueldad en contra de los cristianos, al referir el cambio que tuvo lugar cuando los favorables a la fe cristiana invadieron los territorios de aquéllos.

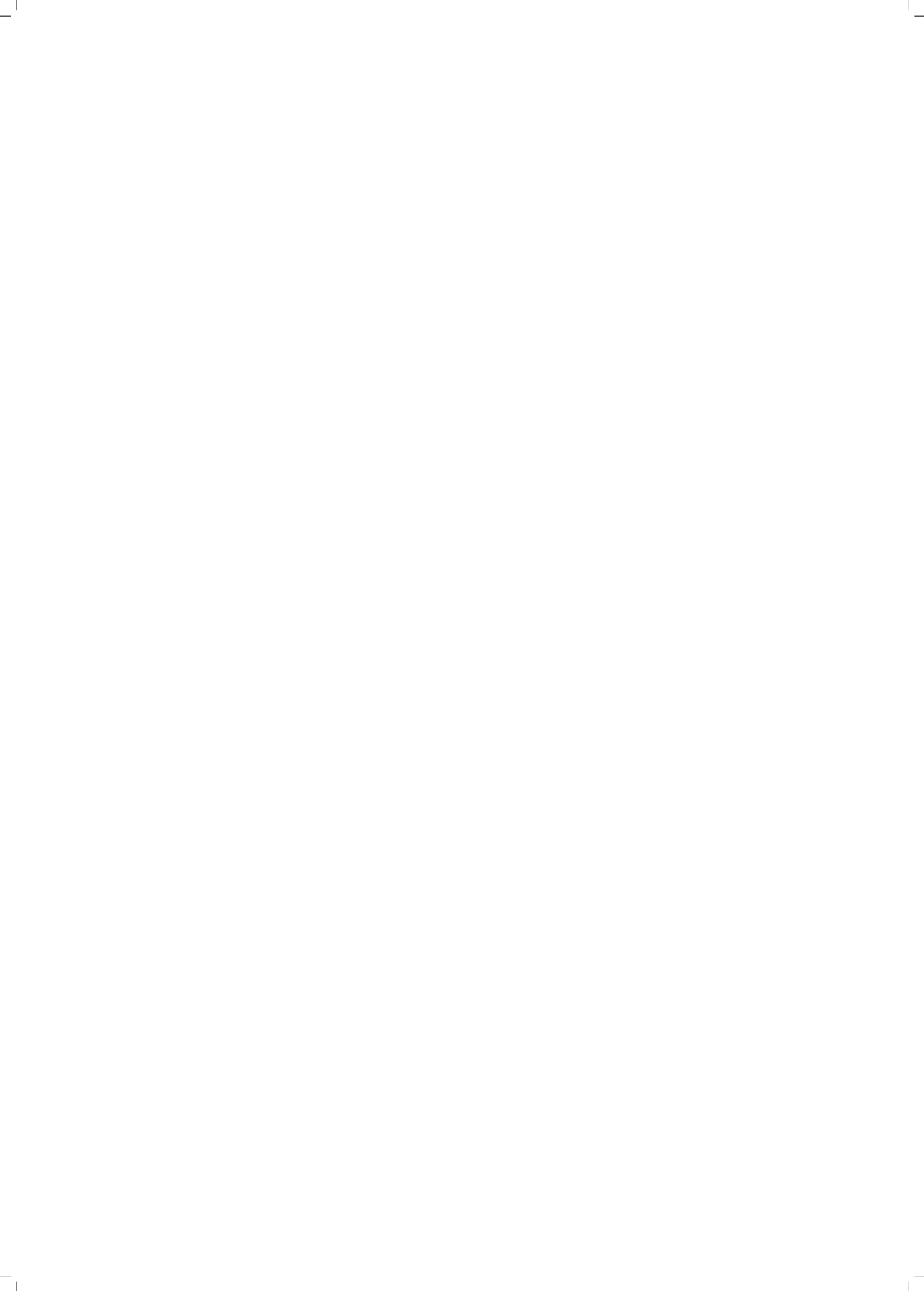
²⁵ Fue éste un período de desgobierno en el que el pueblo tomó parte y las tropas del emperador Licinio, quien había firmado el edicto de Milán más bien por política que por convicción religiosa, contribuyeron al desorden y reacción en favor de los cristianos y contra los antiguos perseguidores. Parece que Maximino había hecho césares a sus hijos, que serían más de uno, y que fue un tiempo de guerra civil. Lactancio dice que Licinio dio muerte a un hijo de Maximino de ocho años y a una hija de siete. Luego da los nombres de los principales que perdieron la vida por causa de esta reacción, y añade los nombres de Caudidiano, hijo de Galerio; Severiano, hijo de Severo; e incluso de Prisca, la viuda de Diocleciano, y Valeria, su hija, que era viuda de Galerio, todos los cuales fueron muertos en los tiempos de esta reacción política en favor de los cristianos. Nótese que sufrieron igualmente los principales oficiales de los antiguos césares y augustos perseguidores, como Teocteno, de quien se ha hablado antes. Pero finalmente Constantino y Licinio llegaron a luchar entre sí, tal como explica Eusebio en el libro siguiente.

8. La exhortación de las Santas Escrituras afirma: «No confiéis en los príncipes, ni en hijos de hombres, porque no hay en ellos salvación, pues sale su aliento, y vuelve a la tierra; en ese mismo día perecen sus pensamientos» (Salmo 146:3 y 4).

Gracias sean dadas en todo a Dios Todopoderoso, rey del universo, y también sean abundantes para el Salvador y Redentor de nuestras almas, Jesucristo, por medio del cual continuamente suplicamos que nos conserve segura e inquebrantable la paz, libre tanto de las perturbaciones exteriores como de las de la mente²⁶.

Eliminados de este modo los impíos, Constantino y Licinio conservaron para ellos solos, firme e indiscutido, el Imperio que les correspondía. Ellos, ante todo, tras purificar el mundo de la enemistad contra Dios, conscientes de los bienes que Dios les había concedido, dieron muestras de su amor a la virtud por su piedad y de gratitud a Dios, por sus leyes a favor de los cristianos.

²⁶ Se refiere a que la conducta de aquellos últimos emperadores paganos fue tan confusa que parecían de cierto enajenados mentales, y la súplica de Eusebio era que Dios conservara a los cristianos una claridad mental tal como la que estaba demostrando en aquellos días el emperador Constantino con sus aciertos tácticos, que le conducían de victoria en victoria.



HISTORIA ECLESIAÍSTICA: LIBRO DÉCIMO

Contenido:

- 1 Acerca de la paz que nos fue concedida por Dios
- 2 Acerca de la restauración de las iglesias
- 3 Acerca de las fiestas de dedicación en todo lugar
- 4 Panegírico por el feliz estado de las cosas
- 5 Copias de las leyes imperiales referentes a los cristianos
- 6 Copia de una carta imperial por la que se hace donación de dinero a las iglesias del norte de África
- 7 Acerca de la inmunidad de los clérigos
- 8 Acerca de la maldad final de Licinio y de su destrucción
- 9 Acerca de la victoria de Constantino y de lo que éste procuró para los súbditos del Imperio romano



1

Acerca de la paz que nos fue concedida por Dios

1. Gracias sean dadas a Dios Todopoderoso y rey del universo, y también sean abundantes al Salvador y Redentor de nuestras almas, Jesucristo, por medio del cual continuamente suplicamos que nos conserve segura e inquebrantable la paz, libre tanto de las molestias exteriores como de las de la mente.

2. Añadiendo aquí, junto con mis ruegos, el libro décimo de la *Historia eclesiástica* a los que le preceden, te lo dedicaremos a ti, Paulino, un santo varón de Dios para mí, reconociéndote como un sello de toda la obra.

3. Es lógico que, tratándose de un número perfecto, adjuntemos aquí el perfecto discurso y panegírico de la reconstrucción de las iglesias, obedeciendo al Espíritu divino, que nos encarga como sigue: «Cantad al Señor cántico nuevo, porque ha hecho maravillas; su diestra lo ha salvado, y su santo brazo. El Señor ha hecho notoria su salvación; a vista de las naciones ha descubierto su justicia»¹.

4. Y, de acuerdo con la palabra que lo ordenó, entonemos el nuevo cántico, tras aquellos espectáculos y narraciones terribles y oscuros, ahora que se nos ha tenido por dignos de ver tan grandes cosas y de cantarlas, las cuales muchos que fueron antes que nosotros, aunque eran justos y mártires de Dios, desearon ver sobre la tierra, y no vieron; oír, y no oyeron.

5. Mas ellos, afanándose rápidamente, obtuvieron bendiciones mucho mayores, arrebatados hasta los cielos y el paraíso del bienestar divino. Pero nosotros, confesando que lo que nos ha acontecido es mejor de lo que merecemos, nos sorprendemos de la gracia y la generosidad de su autor, y le admiramos, como es lógico, con toda la fuerza de nuestra alma, honrando y atestiguando la autenticidad de las profecías de la Escritura, por las que dice:

6. «Venid, ved las obras del Señor. Las señales que hizo sobre la tierra, haciendo cesar las guerras hasta los fines de la tierra. Quebrará el arco, cortará la lanza y quebrará el escudo en el fuego»². Prosigamos, pues, nuestro discurso, gozándonos por estas cosas manifiestamente realizadas por causa nuestra.

7. Desapareció, como indicamos, toda la raza de los que odiaban a Dios y partieron de súbito de la vista de los hombres, de modo que de nuevo la palabra divina alcanzaba su cumplimiento al decir: «Vi a un impío enaltecido y elevado como los cedros del Líbano, pero pasé y he aquí que ya no estaba; y busqué su lugar, y no fue hallado»³.

8. Y en adelante, un día sereno y claro, sin nube alguna que lo ensombreciera, alumbraba a las iglesias de toda la tierra con los rayos de luz celestial, y ni a los de fuera de nuestra compañía había quien los detuviera, con saña o envidia, de participar, si no de las mismas bendiciones, sí por lo menos de la luz y provecho que Dios nos había concedido a nosotros.

¹ Salmo 98:1, 2.

² Salmo 46:8, 9.

³ Salmo 37:35, 36.

2

Acerca de la restauración de las iglesias

1. Así, todos los hombres que fueron librados de la opresión de los tiranos y librados del temor a los tormentos, confesaban de diversos modos como único Dios verdadero al que había contestado en defensa de los piadosos. Pero mucho más nosotros, los que habíamos depositado nuestras esperanzas en el Cristo de Dios, rebosábamos de un gozo indecible, y para todos florecía una alegría divina en aquellos lugares donde poco antes nos hallábamos abatidos por causa de las impiedades de los tiranos, y recobrábamos la vida tras una larga y mortífera ruina. Los templos se erigían de nuevo desde los cimientos hasta una altura mucho mayor, y estaban dotados de una belleza superior a la de los que fueron destruidos anteriormente.

2. Pero también los supremos emperadores, con sus constantes normativas en favor de los cristianos, reforzaban los dones de la generosidad de Dios, ampliándolos y aumentándolos. Y también abundaban, dirigidas a los obispos, cartas del emperador, honores y donativos en dinero. No estará fuera de lugar registrar en este libro en el momento adecuado, como en una estela sagrada, sus escritos traducidos del latín al griego, para que queden en la memoria de todos los que vengan después de nosotros.

3

Acerca de las fiestas de dedicación en todo lugar

1. Además de estas cosas, se podía contemplar la escena tan suplicada y deseada por todos nosotros: fiestas de dedicación en las ciudades, consagraciones de los oratorios recién construidos, reuniones de obispos con el mismo fin, concurrencia de gente de lejanas tierras, relaciones amistosas entre los pueblos y la reunión de los miembros del cuerpo de Cristo para una armonía completa.

2. De acuerdo con la predicación profética que misteriosamente señalaba el futuro de antemano, se unían hueso con hueso, encaje con encaje, y avanzaba, sin engaño, todo cuanto el oráculo anunciaba por medio de enigmas.

3. Un solo poder del Espíritu divino se extendía por todos los miembros: el alma de todos era una sola y uno solo el anhelo de la fe, y también era uno el himno a la divinidad que todos entonaban. Sí, también se daban ceremonias completas de los dirigentes, ejercicios de los *sacerdotes* y ritos de la iglesia dignos de Dios. En un lugar se celebraban cultos con salmodias y santas lecturas de las palabras de origen divino que nos han sido entregadas, y en otro se practicaban reuniones de oración con gran fervor místico; y también se cumplían los símbolos inefables de la pasión salvadora.

4. Al mismo tiempo, personas de todas las edades, varones y hembras, con todo el poder de su entendimiento y con la mente y alma gozosas, alababan a Dios, causa de todos los bienes, por medio de invocaciones y acciones de gracias. Todos los dirigentes que se hallaban presentes pronunciaban discursos panegíricos, cada cual según sus facultades, profetizando a la asamblea.

4

Panegírico por el feliz estado de las cosas

1. Apareció uno⁴ en el centro, uno de los limitadamente ilustres, que tenía redactado un discurso, y en una iglesia repleta, y estando presentes muchos pastores que prestaban atención en silencio y orden, presentó este discurso, dirigido personalmente a un solo obispo, amigo de Dios y el mejor de todos, por cuyo esfuerzo se había construido en Tiro el templo más destacado de Fenicia y alrededores.

⁴ Todos los comentaristas de la *Historia eclesiástica* de Eusebio están de acuerdo en que este orador anónimo es el propio Eusebio, que por estas fechas debía de ser ya obispo de Cesarea; solamente hay alguna duda acerca de la fecha en que tuvo lugar esta famosa inauguración de un templo en la ciudad de Tiro de tales proporciones. Por el hecho de que se menciona a los emperadores en plural, y teniendo en cuenta que Licinio renovó la persecución en el año 319, se ha considerado que la fecha más propia para este acontecimiento fue entre los años 317 y 318. Es evidente que el orador era un obispo de renombrada autoridad, y es lógico que el orador fuera el propio Eusebio, que omite su nombre por modestia.

Se supone que Paulino fue un riquísimo mecenas de Eusebio y que le animó para que escribiese su *Historia eclesiástica*, lo cual hizo con la valiosa colaboración literaria de Pánfilo, con ayuda de la gran biblioteca de Cesarea, en la que figuraban las obras de Orígenes. Eusebio tenía, pues, muchos motivos de gratitud y afecto para con Paulino, y no es extraño que le elogie tan profundamente en este largo sermón de inauguración de la reconstruida iglesia de Tiro, en el cual aparece una curiosísima comparación de dicho edificio con la iglesia espiritual del Señor, tal como se sugiere en 1 Pedro 2:4-8 y Efesios 2:20-22.

Paulino fue primero un presbítero de la iglesia de Antioquía, y había sido solicitado por los miembros de Tiro —una congregación mucho más importante— para ser su pastor en el año 313. Esta asamblea había sufrido en la época de Diocleciano que su edificio congregacional fuera derribado enteramente.

A este pastor Paulino, cuando todavía era presbítero de la iglesia de Antioquía, había dedicado Eusebio dos libros. El primero, llamado *Onomástico*, contenía una descripción detallada de la ciudad de Jerusalén y de otras ciudades notables de Israel. Lamentablemente este libro se ha perdido y sólo lo conocemos por el nombre. El segundo continuó con el mismo tema y contiene, además, una epístola de Eusebio al propio Paulino.

Pero, contra todo lo que era de esperar, Paulino no ejerció un largo pastorado en Tiro, pues hubo un conflicto en la antigua iglesia antioqueña que hizo abdicar a Eustacio, y los fieles de Antioquía llamaron desesperadamente al antiguo presbítero que había estado con ellos años atrás, para atender su necesidad espiritual de un capacitado pastor, y allí falleció Paulino a los seis meses de pastorado de aquella iglesia, como cuenta el propio Eusebio en su libro *Contra Marvellu*, cap. 4, escrito en el año 328. Ciertamente, los planes del supremo estratega de los cielos pueden ser, muchas veces, del todo diferentes a los que nosotros nos imaginamos desde la tierra. Sin duda, Eusebio pensaba que su admirado obispo Paulino regentaría la iglesia de Tiro por muchos años, pero no pudo ser así.

Panegírico por la construcción de las iglesias, dirigido a Paulino, obispo de Tiro

2. «Amigos de Dios y presbíteros investidos con la santa túnica talar, con la corona celestial de la gloria, con la unción divina y con la vestidura sacerdotal del Espíritu Santo, a ti, joven orgullo del santo templo de Dios, ciertamente honrado por Dios con una sabiduría de anciano, aunque también has dado muestras de obras y prácticas perfectas evidenciando una virtud nueva y lozana; tú, a quien el Dios que sostiene todo el mundo te ha obsequiado con el honor extraordinario de edificar su casa sobre la tierra y restaurarla para Cristo, su Verbo unigénito y primogénito, y para su santa y divina esposa.

3. »Uno te llamaría nuevo Bezaleel, arquitecto de un tabernáculo divino; o Salomón, rey de una Jerusalén nueva y mucho mejor; o también nuevo Zorobabel, que circunda el templo de Dios con una gloria mucho mejor que la primera⁵.

4. »Pero vosotros, criaturas del sagrado rebaño de Cristo, sois sede de buenas doctrinas, escuela de prudencia y auditorio de la piedad, venerado y amado de Dios.

5. »Antiguamente, cuando recibimos los maravillosos milagros y los sorprendentes beneficios del Señor para con los hombres que escuchan prestando atención a las lecturas divinas, educados en esta fe, podíamos dedicar himnos a Dios y decir: «¡Oh Dios, con nuestros oídos hemos oído, nuestros padres nos han contado, la obra que hiciste en sus días, en los tiempos antiguos!»⁶.

6. »Mas ahora ya no recibimos de oídas ni por el sonido de las palabras el conocimiento del elevado brazo y la diestra celestial de nuestro Dios, todo bondad y soberano universal, sino que, por decirlo así, al observar las obras presentes con nuestros propios ojos constatamos que las cosas antiguas depositadas en el recuerdo son fidedignas y verdaderas: por ello podemos cantar un segundo himno victorioso, alzar la voz manifiestamente y decir: «Como lo oímos, así lo hemos visto en la ciudad del Señor de los ejércitos, en la Ciudad de nuestro Dios»⁷.

7. »Y ¿en qué otra ciudad fuera de ésta, recién fundada y edificada por Dios? Ésta, que es la iglesia del Dios viviente, «columna y baluarte de la verdad»⁸ sobre la que otro oráculo divino anuncia esta buena noticia: «Cosas gloriosas se han dicho de ti, Ciudad de Dios»⁹. Ya que en ella nos ha reunido el Dios santísimo por medio de la gracia de su unigénito, cada uno de los congregados cante himno e incluso a gritos diga: «Yo me alegré con los que me decían: A la casa del Señor iremos»¹⁰; y «Señor, la habitación de tu casa he amado, y el lugar de la morada de tu gloria»¹¹.

8. »Y no sólo uno a uno, sino todos a una con un solo espíritu y una sola alma, alcemos nuestras voces honrándole como sigue: «Grande es el Señor, y digno de ser en gran manera

⁵ Hageo 2:4-10.

⁶ Salmo 44:1.

⁷ Salmo 48:8, 9.

⁸ 1 Timoteo 3:15.

⁹ Salmo 87:3.

¹⁰ Salmo 122:1.

¹¹ Salmo 26:8.

alabado en la Ciudad de nuestro Dios, en su monte santo”¹². Pues ciertamente grande es en verdad, grande es su casa, alta y espaciosa, y lozana y hermosa más que los hijos de los hombres. Grande es el Señor, “el único que hace maravillas”¹³; grande es “el que hace cosas grandes e incomprensibles, gloriosas y maravillosas sin número”¹⁴; grande es “el que muda los tiempos y las edades; quita reyes y pone reyes sólo”¹⁵; “el que levantó del polvo al pobre, y al menesteroso alzó del muladar; quitó de los tronos a los poderosos y exaltó a los humildes. A los hambrientos colmó de bienes”, “y el brazo enaltecido quebrantó”¹⁶.

9. «Así Él ratificó el testimonio de los relatos antiguos, tanto ante los creyentes como ante los incrédulos; Él mismo, el autor de maravillas, el autor de grandezas, el Señor de todo, el hacedor de todo el universo, el todopoderoso y enteramente bueno, el único y solo Dios. Para Él entonemos el nuevo cántico en respuesta a “el único que hace grandes maravillas, porque para siempre es su misericordia...; el que hirió a grandes reyes y mató a reyes poderosos, porque para siempre es su misericordia...; porque en nuestro abatimiento se acordó de nosotros... y nos rescató de nuestros enemigos”¹⁷.

10. «No dejemos jamás de aclamar así al Padre del universo. Pero a la causa segunda de nuestros bienes, al introductor del conocimiento de Dios, al maestro de la verdadera piedad para con Dios, al destructor de los impíos, al que mata a los tiranos y al restaurador de la vida, al salvador de los que estábamos desesperados, a Jesús, llevándolo a nuestros labios, venerémosle.

11. «Porque solamente Él, como único y santísimo Hijo del santísimo Padre, por decisión del amor del Padre para con los hombres, se revistió voluntariamente con nuestra naturaleza de hombres que estábamos en la más profunda perdición y, como el mejor de los médicos, por la salud de los enfermos, observa dolores terribles, toca llagas desagradables y cosecha aflicciones propias en las desgracias de los demás, porque no sólo nos salvó estando nosotros enfermos o afligidos con terribles llagas y heridas ya putrefactas, sino que, hasta a aquellos de nosotros que yacían entre los muertos, Él mismo nos salvó para sí de los propios abismos de la muerte, pues ningún otro en el cielo tiene tanto poder como para obtener la salud de tantos, sin menoscabo de su parte.

12. «Así pues, Él tocó nuestra propia y gravísima corrupción, Él soportó nuestros propios trabajos y puso sobre sí el castigo de nuestras iniquidades. Pero no nos alzó cuando nosotros estábamos medio muertos, sino ya totalmente abominables y ya putrefactos en sepulcros y tumbas. Y nos salvó, tanto antes como ahora, por el celo de su amor para con los hombres, más allá de toda esperanza, es decir, de la nuestra también, y nos da parte en la abundancia de los bienes del Padre, Él, el autor de la vida, el que trajo la luz, nuestro gran médico, rey y Señor, el Cristo de Dios.

¹² Salmo 48:1.

¹³ Salmo 72:18.

¹⁴ Job 9:10.

¹⁵ Daniel 2:21.

¹⁶ Lucas 1:52, 53; Job 38:15.

¹⁷ Salmo 136:4, 17, 18, 23, 24.

13. »Sin embargo, viendo que toda la raza humana se hallaba en sombría noche y profundas tinieblas, por el extravío de demonios malvados y por la obra de espíritus que odian a Dios, apareció una sola vez, y soltó las numerosas y apreciadas cadenas de nuestras iniquidades como se derrite la cera con los rayos de su luz.

14. »Pero ahora, ante tamaña gracia y beneficio tan grande, estalló, por así decirlo, la envidia del demonio, que odia el bien y ama el mal, y salió contra nosotros con todas sus huestes mortíferas. En primer lugar, a semejanza de un perro rabioso que quiebra sus dientes en las piedras que le arrojan y enardeciendo con furor con los que le rechazan, dirigió su furiosa demencia contra las piedras de los oratorios y los materiales inanimados de los edificios, con el fin (esto es lo que él se proponía) de convertir la iglesia en un desierto. En segundo lugar, soltó sus horribles silbidos y gritos de serpiente con las amenazas de impíos tiranos o con edictos blasfemos de gobernantes impíos, vomitó su muerte y envenenó con nocivas ponzoñas las almas por él apresadas, y estuvo a punto de hacerlas morir, forzándolas a ofrecer sacrificios a ídolos muertos; azuzó también contra nosotros todo el poder de los hombres y de animales salvajes de toda especie.

15. »Pero, por su parte, el ángel del gran consejo —el gran generalísimo de Dios—, tras el suficiente entrenamiento que los mayores soldados de su reino habían mostrado por medio de su paciencia y su resistencia en todo, de súbito hizo su aparición y destruyó y aniquiló a adversarios y enemigos, de modo que parecía que jamás hubieran tenido nombre, pero a sus amados y familiares los condujo más allá de la gloria delante de todos, no sólo ante los hombres, sino también de las huestes celestiales, del sol, de la luna y de las estrellas, de todo el cielo y del mundo.

16. »De modo que ya (lo nunca jamás visto) los supremos emperadores¹⁸, conscientes del honor que habían recibido de Él, escupían al rostro de los ídolos muertos, pisoteaban las impías prácticas de los demonios y se reían del antiguo error heredado de sus mayores, al tiempo que reconocían a un único y mismo Dios, bienhechor común de todos y de ellos mismos, confesaban a Cristo como Hijo de Dios, rey soberano del universo, y anunciaban en estelas grabadas al Salvador, para que fueran recuerdo imborrable, en caracteres imperiales, en medio de la ciudad que impera sobre las demás en la tierra, sus felices éxitos y sus victorias contra los impíos. De manera que Jesucristo, nuestro Salvador, es el único, de los que han sido desde los siglos, que fue confesado por los mismos supremos de la tierra, no como emperador común, procedente de los hombres, sino como genuino Hijo del Dios del universo y le adoran como a Dios.

17. »Y lógicamente, porque ¿qué rey, ordenando leyes tan piadosas y prudentes, tuvo suficiente poder para que fuera conocido a los oídos de todos los hombres, desde un extremo al otro de la tierra, dentro de los límites del mundo habitado?

18. »¿Quién, con sus leyes cultas y benignas, abrogó las bárbaras e incultas costumbres de pueblos salvajes? ¿Quién demostró un valor sobrehumano, a pesar de ser combatido por

¹⁸ Se refiere en este a los siguientes párrafos a los emperadores Constantino y Licinio, a quienes considera protegidos por Dios para realizar las maravillas que cantan los antiguos salmos y que Eusebio juzga como aplicables a la «Iglesia de Dios», tal como lo hace prever la declaración del apóstol pablo (Gálatas 6:7 y Romanos 9:8).

todos durante siglos completos, de manera que florecía cada día y rejuvenecía durante toda su vida?

19. »¿Quién fundó un pueblo del que no se había oído nada jamás, y no lo tenía escondido en un rincón de la tierra, sino que lo extendió por todo lugar bajo el sol? ¿Quién fortaleció a sus soldados con armas de piedad, hasta tal punto que sus almas, en las luchas contra sus adversarios, parecían ser más resistentes que el diamante?

20. »¿Qué rey es tan fuerte que conduce un ejército después de su muerte, erige trofeos contra los enemigos en todo lugar, de toda religión y en todas las ciudades, griegas o extranjeras, las colma con dedicaciones de sus palacios reales y de templos divinos, tales como estos bellos ornamentos y ofrendas que hay en este templo? Estas cosas son verdaderamente respetables e importantes, dignas de veneración y de admiración, como claras evidencias que son de la soberanía de nuestro Salvador. Porque también ahora “Él dijo, y fue hecho; Él mandó, y fue creado”¹⁹. (Porque ¿quién iba a resistirse a la decisión del soberano y jefe de todo y del mismo Verbo de Dios?). Para una exposición y una interpretación acertadas de esto se precisaría toda una vida dedicada a ello y una obra exclusiva.

21. »No obstante, la magnitud y la calidad del celo de los que han trabajado no son juzgadas por Aquel a quien llamamos Dios en tan alto grado cuando dirige su mirada al templo material como al templo animado que sois todos vosotros, y cuida con solicitud de la casa de piedras vivas y firmes, erigida sólidamente “sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo la principal piedra del ángulo Jesucristo”²⁰, quien fue rechazado, no sólo por los arquitectos de aquella antigua construcción que ya no es válida, sino incluso los de la construcción de numerosos hombres que sigue hasta hoy, los cuales son malos constructores de malas prácticas. Pero el Padre, tras probarla, la asentó, tanto entonces como ahora, como cabeza angular de esta nuestra común Iglesia.

22. »Por ello, ¿quién que lo observara osaría describir el templo vivo del Dios vivo, hecho con vosotros mismos? Me refiero al santuario más grande y digno de Dios en toda la extensión de la palabra, cuya parte más interna es invisible a muchos, porque es santa, y santa de las santas. ¿Quién podrá agacharse para contemplar el interior de las piedras que le envuelven, si no es únicamente el gran Sumo Sacerdote de todos, el único que tiene licencia para examinar los secretos de toda alma racional?

23. »Pero a veces se concede a otro ser el segundo tras Él, un constructor que es único entre iguales, quien ha sido instituido jefe de este ejército, a quien el primero y gran Sumo Sacerdote, tras honrarlo con el segundo puesto en el ministerio de este lugar, lo ha elegido pastor de vuestra divina grey, y a quien correspondió a vuestro pueblo, por elección y juicio del Padre, instituirlo como su servidor y su intérprete: nuevo Aarón o Melquisedec, hecho semejante al Hijo de Dios, que permanece y que Dios guarda continuamente por las comunes oraciones de todos nosotros.

¹⁹ Salmos 33:9 y 148:5.

²⁰ Efesios 2:20.

24. »A éste, pues, y sólo a él se le permita, después del primero y gran Sumo Sacerdote (si no en el primer lugar, por lo menos en el segundo), observar y vigilar los más escondidos aspectos de vuestras almas. Porque, por su experiencia por largo tiempo, os conoce a cada uno con exactitud y por su celo y cuidado os ha establecido a todos en el orden y la doctrina de la piedad; y puede, más que ningún otro, exponer, con palabras que compiten con sus obras, todo cuanto él mismo ha realizado por el poder de Dios.

25. »Así pues, nuestro primer y gran Sumo Sacerdote dice así: “Lo que ve hacer al Padre... también lo hace el Hijo igualmente”²¹. Éste también, del mismo modo, como si viera con ojos puros de su mente al primer Maestro, lo que le ve hacer lo lleva a cabo, y usándolo como arquetipo y modelo, *ha hecho sus imágenes* con la mayor similitud posible, sin quedarse en ningún aspecto rezagado ante aquel Bezaleel a quien Dios mismo colmó del espíritu de sabiduría, de inteligencia y de otros conocimientos técnicos y prácticos, nombrándole artífice en la construcción del templo, según un modelo celestial cuyos detalles tenían un gran significado simbólico.

26. »Del mismo modo, pues, éste, teniendo grabado en su propia alma a Cristo entero, el Verbo, la sabiduría y la luz, no se puede expresar con qué grandes sentimientos y deseos y con qué mano abundante de propósitos y con qué emulación de todos vosotros (que estabais orgullosos por la cuantía de vuestras aportaciones, no quedando rezagado tras vuestros deseos) construyó este gran templo del Dios altísimo, parecido en su naturaleza física al modelo mejor que está en vuestras almas, dentro de lo que puede serlo lo visible de lo invisible. Este lugar, que es digno de ser llamado el mejor de todos a pesar de haber estado cubierto de montones de todo tipo de impureza por las maquinaciones de los enemigos, así y todo él no lo despreció ni retrocedió ante la maldad de los impíos, aunque le era posible ir a otro lugar (porque abundaban muchos otros en la ciudad) donde podría encontrar más facilidades para el trabajo y hallarse más alejado de problemas.

27. »Él mismo fue el primero en poner manos a la obra, y luego, con su disposición entusiasta, animó a todo el pueblo y sostuvo esta primera batalla, uniendo a todos con una sola mano. Su idea era que esta iglesia, más que otra, que había sido destruida por los enemigos, que había sufrido antes y había soportado las mismas persecuciones que nosotros y aun antes que nosotros, y que, a semejanza de una madre, se había visto privada de sus hijos, tenía que gozar también del gran don del Dios santísimo.

28. »Porque al gran pastor, tras ahuyentar a las fieras, a los lobos y a toda especie de animales crueles y salvajes, habiendo quebrado las muelas de los leones, como dicen las divinas Escrituras²², le pareció digno de reunir a sus hijos en el mismo lugar, y con toda justicia alzó la majada de su rebaño para avergonzar al enemigo y al vengativo²³ y a modo de respuesta a las osadías de los impíos en su lucha contra Dios.

29. »Y ahora aquellos odiadores de Dios ya no existen, porque tampoco existieron²⁷. Tras provocar y sufrir agitaciones por breve espacio de tiempo, y después de sufrir el justo castigo,

²¹ Juan 5:19.

²² Salmo 35:17.

²³ Salmo 18:2.

irreprochable en justicia, sucumbieron en la total destrucción de sí mismos y de sus amigos y familiares, de modo que las maldiciones grabadas antes en estelas eran reconocidas como fidedignas contra ellos mismos por causa de los acontecimientos. Mediante estos hechos la Palabra de Dios confirma las otras cosas, pero también lo que declara acerca de ellas.

30. »«Los impíos desenvainan la espada y tensan su arco para derribar al pobre y al menesteroso, para matar a los de recto proceder»²⁴; y otra vez: “Su memoria pereció con el eco, y borraste el nombre de ellos eternamente y para siempre”²⁵, pues ciertamente, encontrándose entre males: “Clamaron, y no hubo quien los salvase; aun al Señor invocaron, pero no les oyó”²⁶; “ellos flaquean y caen, mas nosotros nos levantamos, y estamos en pie”²⁷. Y se manifiesta como verdadero ante los ojos de todos lo que se predecía así: “Señor, en tu ciudad aniquilarás su imagen”²⁸.

31. »Los que entablaron una guerra contra Dios, semejante a la de los gigantes, han alcanzado la misma destrucción de su vida, pero el final de la iglesia, desierta y desestimada de los hombres, fue tal como fue visto por la paciencia permisiva de Dios, como anuncia la profecía de Isaías en los siguientes términos:

32. »«Se alegrará el desierto sediento; el yermo se gozará y florecerá como lirio. Florecerá profusamente, y también se alegrará. Fortaleced las manos cansadas, afirmad las rodillas endebles. Consolaos los de corazón apocado; esforzaos, no temáis; he aquí que vuestro Dios viene con retribución y pago; Él mismo vendrá y os salvará; aguas serán cavadas en el desierto, y torrentes en la soledad. El lugar seco se convertirá en estanque, y el sequedal en manaderos de agua»²⁹.

33. »Esto, anunciado de antemano antiguamente, se encuentra en los libros sagrados, pero su realidad no se nos ha concedido de oídas, sino con los hechos. Ésta, la desierta, la seca, la viuda, la indefensa, cuyas puertas habían talado con hachas como bosque de leña, la que destruyeron con segur y martillo, cuyos libros destruyeron —“han puesto a fuego el santuario de Dios, han profanado el tabernáculo de tu nombre, echándolo a tierra”³⁰—; ésta, “la que vendimian todos los que pasan por el camino, tras aportillar el vallado, la que destroza el puerco montés, y la solitaria bestia del campo la devora”³¹, ahora, gracias al maravilloso poder de Cristo, cuando Él quiso ha llegado a ser como lirio, pues también entonces, por su voluntad, la disciplinaba como un padre cuidadoso, “porque el Señor al que ama, disciplina, y azota a todo aquel que recibe por hijo”³².

²⁴ Salmo 37:14, 15.

²⁵ Salmo 9:5, 6.

²⁶ Salmo 18:41.

²⁷ Salmo 20:8.

²⁸ Salmo 73:20.

²⁹ Isaías 35:14 y 6, 7.

³⁰ Salmo 74:7.

³¹ Salmo 80: 12, 13.

³² Hebreos 12:6. Es estimulante para los lectores de nuestro siglo observar cuán profundamente conocía Eusebio los versículos del Antiguo Testamento que aplicaba a la Iglesia, considerándola el cumplimiento del plan de Dios. Sin embargo, es curioso observar aquí que el escritor cita también del Nuevo Testamento el libro de los Hebreos, que todavía no había sido aceptado oficialmente en el canon del Nuevo Testamento, pero que los cristianos utilizaban ya en aquellos días, juntamente con las epístolas y los Evangelios; la mayoría de las iglesias aceptaron esta epístola como original de san Pablo.

34. »Así, tras ser enderezada en la debida medida, de nuevo se la manda desde arriba regocijarse, y florece como lirio y exhala para todos los hombres el buen olor divino, porque, dice, “aguas serán cavadas en el desierto”, el manantial de la divina regeneración del baño salvador. Y ahora la que poco ha “era desierto se ha convertido en estanque, y el sequedal en manaderos de aguas vivas”³³; y las manos antes cansadas se han fortalecido, en verdad, y estas obras son las pruebas grandes y evidentes del poder de estas manos. Pero también las rodillas, anteriormente inútiles y débiles, volviendo a tomar su resistencia habitual, avanzan rectas por el camino del conocimiento de Dios y se apresuran hacia la familiar grey del pastor santísimo.

35. »Y, aunque por las amenazas de los tiranos, algunos tenían el alma embotada, el Verbo salvador tampoco a éstos los descuida, sino que también a ellos los cura y los anima al consuelo de Dios, diciendo:

36. »“Consolaos los de corazón apocado; esforzaos, no temáis”³⁴. La palabra que profetizaba que la que había quedado desierta por causa de Dios tendría que disfrutar de estas cosas, la escuchó con el fino oído de su mente este nuestro nuevo y magnífico Zorobabel, tras aquella amarga cautividad y la abominación de la desolación. No despreció la ruina de muerte. Ante todo, con peticiones y súplicas, y con la unanimidad de todos vosotros, obtiene el favor del Padre y, tomando como aliado y colaborador al único que puede dar vida a los muertos, alzó a la que había caído, tras haberla limpiado y curado, y no la envolvió con la vieja ropa, sino con una hermosa ropa nueva, tal como predicán los oráculos divinos, cuando dicen claramente: “Y la gloria postrera de esta casa será mejor que la primera”³⁵.

37. »Así pues, todo el espacio que tomó era mucho mayor que antes; por la parte exterior fortificó el recinto con una muralla que lo rodeaba completamente, a fin de que fuera una protección segurísima de todo el terreno.

38. »Abrió un atrio grande y elevado, orientado a los mismos rayos del sol naciente, e incluso a aquellos que estaban fuera, lejos de los muros sagrados, les proporcionaba una amplia visión del interior, haciendo, de algún modo, volver la mirada a los ajenos a la fe hacia sus primeras entradas, de modo que nadie pudiera pasar sin que su alma quedara compungida por la memoria de la primera desolación y por la perplejidad causada por la maravilla actual. Tal vez confiaba que alguno, compungido, se dejara llevar y por su propio querer avanzara hacia la entrada.

39. »Mas al que ya ha entrado dentro de las puertas no le permite pisar al punto con pies impuros y sucios los espacios santos del interior, sino que, separando al máximo la parte intermedia entre el templo y las primeras entradas, lo adornó todo alrededor con cuatro galerías transversales, con lo que cercó de este modo el lugar en una forma aproximadamente cuadrangular, con columnas alzadas de todas partes, cuyos intermedios se cierran con tabiques de madera en forma de red a la altura adecuada. El centro del atrio lo dejó descubierto para que se viera el cielo, proveyendo con ello aire puro y una abertura a los rayos del sol.

³³ Isaías 35:6, 7.

³⁴ Isaías 35:4.

³⁵ Hageo 2:9.

40. «Allí puso emblemas de las purificaciones sagradas. Dispuso fuentes ante la fachada del templo, cuyas abundantes aguas facilitaban la limpieza de los que se introducen en los recintos sagrados. Y ésta es la primera estancia de los que entran. Así se proporciona a todos belleza y gloria, y a los que todavía precisan de las primeras iniciaciones, una morada agradable y adecuada.

41. «Pero, superando incluso el espectáculo de todo esto, hizo las entradas al templo mucho más abiertas, con abundantes vestíbulos interiores; a un lado (de nuevo el que está orientado hacia los rayos del sol), puso tres puertas, de las cuales le agradó que la central fuera superior a las otras dos en altura y anchura, y la distinguió con claridad mediante unas planchas de bronce, fijadas con hierros, y por medio de variados grabados; y las otras dos las sometió a ella como a una reina.

42. «Del mismo modo distribuyó también para los pórticos de ambos lados del templo el número de vestíbulos. Y, para conseguir más luz desde arriba, planeó diversas aberturas sobre el edificio, que adornó con variados trabajos de madera. Y el edificio basilical lo fortificaba con materiales ya más caros y abundantes, gastando con generosa liberalidad.

43. «Me parece excesivo describir aquí la longitud y la anchura del edificio, esta radiante belleza y su magnitud mayor que las palabras, el aspecto reluciente de las obras; su altura hasta el cielo, y los magníficos cedros del Líbano colocados por encima, acerca de los cuales ni siquiera el oráculo divino calla su mención, cuando dice: “Se alegran los árboles del Señor, los cedros del Líbano que él plantó”³⁶.

44. «¿Para qué tengo que dar ahora una descripción exacta de la inteligente y arquitectónica composición y de la sublime hermosura de cada una de las partes, cuando el testimonio de los ojos excluye la enseñanza de los oídos? Pero, incluso tras haber finalizado el templo de este modo, lo adornó con tronos altos en honor a los que presiden, y además, como debe ser, con asientos en orden para los restantes, y tras todo esto, puso en medio del altar el santo de los santos. Pero para que fuera resguardado del público lo rodeó de enrejados de madera adornados con trabajos de arte hasta la parte superior, de manera que proporcionan un magnífico espectáculo a los que lo contemplan.

45. «Y, como es lógico, no olvidó el pavimento, el cual hizo resplandeciente, con todo tipo de adornos de piedra de mármol. Y, finalmente, en las afueras del templo, construyó dependencias grandes a cada lado, hábilmente adosadas a los lados del edificio central, al que se halla unido por pasillos. Y estas cosas las realizó nuestro pacífico Salomón, quien edificó así el templo de Dios para aquellos que aún necesitan las aspersiones por medio del agua y del Espíritu Santo, de manera que ya no es únicamente palabra la profecía leída anteriormente, sino que ha venido a ser una realidad en nuestros días.

46. «Pues ahora sucede ciertamente que “la gloria postrera de esta casa es mayor que la primera”. Porque era preciso y conveniente, una vez que su Pastor y Señor hubo sufrido la muerte por ella una vez por todas, y que después de que su pasión hubo cambiado el maltratado cuerpo con el que se había revestido por causa de ella por uno brillante y glorioso, y una vez que hubo llevado la misma carne corruptible a la incorrupción, era

³⁶ Salmo 104:16.

preciso y conveniente, digo, que también ella disfrutara del mismo modo del provecho de la dispensación del Salvador. Y como que ciertamente ella recibió de Él una promesa muy superior a estos hechos, anhela recibir suficientemente y por los siglos venideros la gloria mucho mayor del nuevo nacimiento en la resurrección de un cuerpo incorruptible, junto al coro de los ángeles de luz en las mansiones de Dios, más allá de los cielos, con el propio Cristo Jesús, su supremo bienhechor y Salvador.

47. »No obstante, mientras tanto, la que fuera viuda y desamparada, tras ser revestida de flores por Dios, ha llegado a ser un lirio, como afirma la profecía, y habiendo tomado de nuevo el atavío nupcial y ciñéndose la corona de belleza, aprende, según dice Isaías, a danzar tributando sus acciones de gracias a su Rey y Dios con cantos de alabanzas. Escuchemos lo que dice:

48. »«Mi alma se alegrará en el Señor; porque me vistió con vestiduras de salvación y con manto de justicia, como a novio me atavió; y como la tierra produce su flor, y como el huerto hace brotar la semilla, así el Señor hizo brotar la justicia y el regocijo delante de todas las naciones»³⁷.

49. »Ella, pues, danza al son de estas palabras. Pero ¿cómo le responde el esposo, el Verbo celestial, el propio Cristo? Escucha al Señor diciendo: «No temas por haber sido confundida, y no te avergüences por haber sido afrentada. Porque olvidarás la vergüenza y la afrenta de tu viudez. Porque no te llamó el Señor como a mujer abandonada y triste de espíritu, ni como a la esposa de la juventud que es repudiada, dijo el Dios tuyo. Por un breve tiempo te abandono, pero en mi gran misericordia tendré misericordia de ti. Con un poco de ira escondí mi rostro de ti³⁸; pero con misericordia eterna tendré misericordia de ti, dijo el Señor tu Redentor».

50. »«Despierta, despierta, tú que bebiste de la mano del Señor el cáliz de la ira; porque el cáliz de aturdimiento bebiste, y hasta los sedimentos lo bebiste. De todos los hijos que diste a luz, no había quien te consolara; ni quien te tomara de la mano. He aquí que he quitado de tu mano el cáliz del aturdimiento, el cáliz de mi ira; nunca más lo beberás. Y lo pondré en mano de tus angustiadores, de los que te humillaron.

51. »»Despierta, despierta, vístete de poder, vístete de tu gloria; sacúdete el polvo, levántate y siéntate; desata las ataduras de tu cuello. Alza tus ojos alrededor, mira a todos tus hijos reunidos, ve como se han juntado y han venido a ti. Vivo yo, dice el Señor, que de todos, como de vestidura serás vestida; y de ellos serás ceñida como novia. Porque tu tierra devastada, arruinada y desierta, ahora será estrecha para sus moradores, y tus destruidores serán apartados lejos de ti.

52. »»Aun los hijos de tu orfandad dirán a tus oídos: Estrecho es para mí este lugar; apártate para que yo more. Y dirás en tu corazón: ¿Quién me engendró éstos? Porque yo había sido privada de hijos y estaba sola; ¿quién, pues, parió éstos? He aquí que yo había sido dejada sola. ¿Dónde estaban éstos?»³⁹.

³⁷ Isaías 61:10, 11.

³⁸ Isaías 54:4-8.

³⁹ Isaías 49:8-21.

53. »Estas cosas las profetizó Isaías. Para nosotros estaba consignado desde antiguo en los libros sagrados, pero era necesario ya experimentar en la práctica la infalibilidad de estas predicciones.

54. »Pero puesto que el esposo, el Verbo, se dirige así a su esposa, la sagrada y santa Iglesia, era lógico que el padrino aquí presente con las oraciones comunes de todos nosotros, y tras ofrecer a Dios la actitud de nuestras propias manos, despertara a la desierta, la que yacía en la desgracia, la que no tenía esperanza en los hombres; la pusiera en pie por la voluntad de Dios y la manifestación del poder de Jesucristo, y, tras resucitarla, la dispusiera del modo que manifestaba la descripción de los santos oráculos.

55. »Ciertamente es una gran maravilla y sobrepasa toda admiración. Principalmente para los que sólo prestan atención a la apariencia de lo exterior, pero mayor maravilla es que estas cosas materiales son el prototipo y figura de verdades espirituales; me refiero a la reconstrucción del edificio divino y racional en las almas.

56. »Este edificio espiritual lo hizo el mismo Hijo de Dios a su propia imagen y le otorgó el ser parecido a Dios en todo y por todo: lo dotó de naturaleza incorruptible, incorpórea, ajena a toda sustancia terrena y con una esencia espiritual propia. Una vez que la hubo formado del no ser al ser, la convirtió en la esposa santa y en un templo sacratísimo para Él mismo y para el Padre. Esto lo demuestra claramente cuando declara lo siguiente: “Habitaré, andaré con ellos, seré su Dios, y ellos serán mi pueblo”⁴⁰. Y son las almas purificadas por Él las que son hechas así como eran desde el principio, portando en sí mismas la imagen del Verbo celestial.

57. »Mas cuando, por envidia y celos del demonio, que ama el mal, se transformó en sensual y amante del mal por su propia decisión, tuvo que apartarse de ella la divinidad y se vio la Iglesia privada de protector, quedó como presa fácil a merced de las maquinaciones de los que desde hacía largo tiempo tenían celos de ella. Derribada por el asedio y las maquinaciones de los adversarios visibles, instruidos de los enemigos espirituales, se precipitó con una caída fatal de manera que no quedó en ella piedra sobre piedra de su virtud, sino que yacía en el suelo, toda ella completamente muerta y totalmente alejada de sus naturales pensamientos acerca de Dios.

58. »Así pues, en esta caída “no la destruya el puerco del monte”⁴¹ que nosotros podemos ver, sino que el demonio, autor del mal, y salvajes fieras espirituales, los cuales, tras encenderla con pasiones como con dardos enardecidos de su maldad, “pusieron fuego al santuario divino y profanaron el tabernáculo”⁴² de su nombre, echándolo en tierra, y después entierra a la desgraciada bajo montones de tierra, con el fin de quitarle toda esperanza de salvación.

59. »Pero su protector, el Verbo, el que resplandece con luz divina, el Salvador, cuando ella ya había sufrido el castigo justo de sus pecados, la volvió a recoger, en obediencia al Padre, todo bondad para con los hombres.

⁴⁰ 2 Corintios 6:16.

⁴¹ Salmo 80:13.

⁴² Salmo 74:7.

60. »Efectivamente, habiendo escogido primero las almas de los emperadores supremos, por medio de ellos, que amaban a Dios en gran manera, purificó toda la tierra habitada de todas las personas impías y salvadas, incluyendo a los mismos tiranos odiadores de Dios. A continuación, hizo salir en público a los hombres que Él bien conocía, los cuales anteriormente habían consagrado sus vidas a Él, pero se hallaban ocultos, como en una tormenta de maldades, bajo su cuidado protector, y los honró dignamente con la generosidad de un Padre. Mediante éstos, a su vez, purificó y limpió las almas, que poco antes estaban sucias y cubiertas de todo tipo de impiedad y de montones de tierras yermas y con las azadas y los azadones de las admirables enseñanzas de sus lecciones doctrinales.

61. »Y una vez que hubo cumplido su trabajo de dejar limpio y claro el solar de vuestras mentes, os confió para el futuro a este estadio conductor, amado de Dios, quien era además capacitado y sensato para juzgar y discernir bien el pensamiento de las almas que le había tocado en suerte pastorear, edificando, por así decirlo, desde el primer día el templo espiritual; y aún no se ha detenido aquí, porque todavía sigue adaptando en todos vosotros el oro reluciente de la fe y la plata acrisolada y pura de las virtudes cristianas, ornándolo todo con las piedras preciosas del amor, de modo que cumple por su labor en vosotros la sagrada profecía que dice: «He aquí que yo te cimentaré sobre piedras de carbunco, y sobre zafiros te fundaré; tus almenas haré de jaspe, tus puertas de piedras de turquesa, y toda la muralla de piedras preciosas. Y todos tus hijos serán enseñados por Dios, y multiplicaré la paz de tus hijos. Y serás edificado en la justicia»⁴³.

62. »Así pues, al edificar en la justicia, Él dividió las fuerzas de todo el pueblo de acuerdo con las facultades de cada uno. A unos los emplea simplemente como un muro exterior, fortificados con la fe libre de error (porque grande y numeroso es el pueblo que no puede soportar una instrucción más fuerte); a otros, encargándoles las entradas de la casa, les manda cuidar de las puertas y guiar a los que entran (no es sin razón que los coloque en los vestíbulos del templo); a otros los utiliza como columnas del exterior, que rodean el atrio por los cuatro costados, guiándolos para que enseñen en sus primeros contactos los escritos de los cuatro Evangelios. Pero a otros los va colocando a ambos lados del interior del templo, porque se hallan en la etapa de crecimiento y de progreso, aunque no muy alejados ni apartados de los fieles que disfrutaban de la visión de lo más interior⁴⁴.

63. »Toma de entre éstos a las almas más puras, que, como el oro, fueron santificadas por el baño divino⁴⁵, y a algunos de ellos los convierte en columnas mucho más fuertes que las del exterior, instruyéndoles en las doctrinas íntimas de la Sagrada Escritura, y a las demás las ilumina con ventanales orientados hacia la luz.

⁴³ Isaías 54:11-15.

⁴⁴ Se refiere a las doctrinas más sublimes reveladas a los apóstoles, particularmente al apóstol Pablo, que completan la enseñanza de los Evangelios, como es la nueva vida en Cristo, que ya aparece en la conversación de Jesús con Nicodemo (Juan 3:1-35), pero que los apóstoles Pablo y Pedro desarrollaron con figuras de lenguaje y en exhortaciones prácticas acerca de la conducta cristiana.

⁴⁵ Hechos 2:3.

64. »Y al templo entero lo adorna con el único y gran vestíbulo de la gloria al único y solo Dios, rey universal, mientras que manifiesta a ambos lados el poder soberano del Padre y presenta los segundos rayos de luz, que son Jesucristo y el Espíritu Santo. Respecto a los restantes, los ilumina por todo el edificio con abundancia y diversidad de claridades, y el resplandor de la verdad, escogiendo cada lugar y por todas partes las piedras vivas, firmes y sólidas de las almas regeneradas, para con todas ellas construir la grande y regia casa, radiante y llena de luz por dentro y por fuera, porque no sólo sus almas y sus mentes, sino incluso sus cuerpos se iluminan con el radiado y florido ornato de la pureza y de la sobriedad.

65. »En el interior de este santuario se hallan también los tronos y numerosos escaños y asientos. Todos ellos son almas en las que se asientan los dones del Espíritu divino, como los contemplaron antiguamente los santos apóstoles y las personas que los rodeaban, cuando les aparecieron lenguas repartidas como de fuego que se posaron sobre cada uno de ellos⁴⁶.

66. »Pero en el que está por encima de todos se asienta lógicamente el propio Cristo entero, mientras que sobre los que se hallan después de él, únicamente algunas porciones del poder de Cristo y del Espíritu Santo, en proporción con el puesto que cada uno ocupa. Podrían ser algunos creyentes como los escaños de ángeles, aquellos a los cuales fueron encargados cada uno como instructores y cuidadores de todos.

67. »Pero el venerable, grande y único altar ¿quién habría de ser sino el santo, puro y *perfecto sacerdote de todos*? En pie a la derecha, el gran sumo *sacerdote* del universo, Jesús, el unigénito de Dios, con gozosa mirada y manos extendidas, va recogiendo el incienso aromático y los *sacrificios incruentos* e inmateriales que le son ofrecidos a través de las oraciones y las envía al Padre celestial, el Dios del universo. Él mismo es el primero en adorar y rendir al Padre la adoración que le corresponde, y luego le suplica que permanezca perpetuamente propicio y favorable para con todos nosotros.

68. »Tal es el gran templo que el Verbo, el gran creador del universo, construye por toda la tierra habitada bajo el sol, siendo Él mismo quien formó sobre la tierra esta imagen espiritual de las cosas que hay más allá de las bóvedas celestiales, a fin de que su Padre fuera honrado y venerado por toda la creación y por todos los seres vivos y racionales que hay sobre la tierra.

69. »No obstante, en la región de sobre los cielos se encuentran los modelos de las cosas de aquí, en la llamada Jerusalén de arriba, o monte de Sión; sobre los cielos de Dios está la ciudad del Dios vivo, en la que muchísimos ángeles reunidos y la iglesia de primogénitos inscritos en los cielos están honrando con sus teologías inefables e inimaginables para nosotros a su Hacedor y supremo Señor del universo. Ningún mortal podría cantarlo como se merece, porque ciertamente “cosas que ojo no vio ni oído oyó, ni han subido en corazón de hombre, son las que Dios ha preparado para los que le aman”.

70. »Ya que se nos ha tenido por dignos de participar de estas cosas, todos juntos, hombres y mujeres, pequeños y mayores, todos a una en un espíritu y un alma confesamos sin cesar y aclamamos al causante de tantos bienes para con nosotros. “El que perdona todas nuestras iniquidades, el que sana todas nuestras dolencias, el que rescata del hoyo nuestras vidas, el que nos corona de favores y misericordias, el que sacia de bien nuestro deseo. Porque no ha hecho con nosotros conforme a nuestras iniquidades, ni nos ha pagado conforme a nuestros

⁴⁶ Hechos 2:3.

pecados, sino que cuanto está lejos el oriente del occidente, hizo alejar de nosotros nuestras rebeliones, pues como el padre se compadece de los hijos, se compadece el Señor de los que le temen”.

71. «Reavivemos el recuerdo de todas estas cosas tanto ahora como para lo sucesivo, pero mantengamos en la mente, de noche y de día, a todas horas y, por así decirlo, a cada respiro, al autor y director de esta asamblea y de este día alegre y espléndido, amándole y venerándole con toda la fuerza de nuestra alma. Y ahora, pongámonos en pie y supliquemos en voz alta y resuelta que, abrigados hasta el final bajo su aprisco, nos salve y nos recompense con la inquebrantable y eterna paz en Cristo Jesús, nuestro Salvador, al cual sea la gloria, y al Padre por los siglos de los siglos. Amén».

5

Copias de las leyes imperiales referentes a los cristianos

1. Bien, y a continuación citemos también las órdenes imperiales de Constantino y de Licinio, traducidas del latín.

Copia de las órdenes imperiales traducidas del latín.

2. «Observando, ya desde hace tiempo, que la libertad de culto no debe ser negada, sino que hay que dar al pensar y a la voluntad de cada uno licencia para atender los asuntos divinos según la libre elección de cada uno, estaba ordenado por nosotros que los cristianos observaran la fe de su elección y de su culto.

3. «Pero como que en aquel escrito en el que se les concedía tal libertad parecía que se añadían claramente muchas y variadas condiciones, se dio poco después que algunos de ellos fueron apartados violentamente de semejante observancia.

4. «Cuando yo, Constantino Augusto, y yo, Licinio Augusto, llegamos felizmente a Milán y nos pusimos a discutir los asuntos referentes al provecho y utilidad públicas en general, entre todas las demás cosas que nos parecían útiles en muchos aspectos, acordamos ante todo decretar en primer lugar órdenes por las que se aseguraran el respeto y el culto a la divinidad, es decir, con el fin de que se concediera, tanto a los cristianos como a todos los demás, libre decisión para seguir el culto que desearan, de modo que puedan sernos propicios, a nosotros y a todos los que vivan bajo nuestro poder, todos los poderes divinos y celestiales que existan.

5. «Así pues, por este razonamiento saludable y correctísimo decretamos esta resolución nuestra: que a nadie se le niegue en modo alguno la libertad de seguir y de escoger la observancia del culto cristiano, y que cada cual reciba la libertad de entregar su mente a aquel culto que él crea que se ajusta a sí mismo, de manera que la divinidad nos pueda proporcionar en todo su habitual cuidado y benevolencia.

6. »Así, era lógico que escribiéramos lo que nos satisface: que, abolidas totalmente las condiciones que se encuentran registradas en nuestras primeras cartas, según nuestro justo criterio referente a los cristianos, también hay que abolir todo lo que nos parece siniestro e impropio de nuestra mansedumbre, y que ahora, suprimido todo ello, cada uno de los cristianos practique su religión libremente y sin molestia alguna.

7. »Todo esto decidimos exponerlo del modo más completo a tu solicitud, a fin de que sepas que nosotros hemos concedido a los cristianos libre y completa licencia para cuidar de su culto.

8. »Puesto que puedes ver lo que nosotros les hemos concedido libremente, tu Excelencia entenderá que también a otros religiosos que lo deseen se les concede la licencia para continuar con sus observancias y su culto (lo cual es evidente que es precisamente lo apropiado a la paz de nuestros tiempos); que cada cual disponga de la libertad de elegir y atender a la divinidad que quiera. Esto es, pues, lo que hemos hecho nosotros para que no parezca que menospreciamos ningún honor ni ningún culto.

9. »También hemos decidido lo siguiente con respecto a los cristianos y relativo a sus lugares, en los que anteriormente tenían la costumbre de reunirse y sobre los que ya daba yo en el escrito anterior dirigido a tu Excelencia otra normativa impuesta para el tiempo anterior: si resulta que alguien ha comprado dichos lugares, ya sea nuestro tesoro público o cualquier otro, que se los restituyan a los propios cristianos, sin reclamar dinero ni compensación alguna, dejando toda negligencia y toda perplejidad al respecto. Y si alguien los recibió como donativo, que estos mismos lugares sean restituidos lo antes posible a los propios cristianos.

10. »De modo que tanto los que hubiesen adquirido estos lugares como los que los recibieron como donativo, si solicitan algo de nuestra bondad, que vayan al magistrado que juzga en cada lugar, a fin de que también haya algo para ellos, gracias a nuestro amable cuidado. Todo esto se deberá conceder a los cristianos, por estas mismas razones, a través de tu solicitud y sin demora alguna.

11. »Y puesto que los cristianos no sólo poseen aquellos lugares en los cuales tenían la costumbre de congregarse, sino que se sabe que tienen otros varios lugares que no son propiedad particular de alguno de ellos, sino que pertenecen al derecho de su corporación en grupo en virtud de la ley mencionada, ordenarás que sean restituidos sin discusión alguna a los mismos cristianos, es decir, a su corporación y a cada una de sus asambleas, teniendo en cuenta, como es lógico, la condición anteriormente mencionada, que, como dijimos, aquellos a quienes se les devuelvan sin precio, esperen de nuestra bondad lo que se merecen.

12. »Deberás, pues, proporcionar a las referidas congregaciones de cristianos todo ello con tu más eficaz diligencia, a fin de que nuestra orden se cumpla cuanto antes y para que incluso en esto, por medio de nuestra benevolencia, haya provisión para la común y pública tranquilidad.

13. »Para que por esta razón, como ya mencionamos, la divina providencia para con nosotros, que ya hemos experimentado en numerosos asuntos, permanezca firme todo el tiempo.

14. »Y a fin de que la exención de esta ley y benevolencia nuestras puedan llegar a conocimiento de todos, es necesario que lo que hemos escrito sea expuesto y publicado por

orden tuya en todo lugar y sea manifestado al conocimiento de todos, para que nadie pase por alto esta legislación producto de nuestra benevolencia».

Copia de otra disposición imperial que también hizo él, en la que indicaba que la donación se concedió únicamente a la Iglesia cristiana universal

15. «Salud, veneradísimo nuestro. Es costumbre de nuestra bondad que lo que pertenece a otro por derecho no sea perturbado, sino que incluso se restituya, honradísimo Anulino.

16. »Por ello, queremos que cuando recibas esta carta, si algunas de estas cosas pertenecían a la Iglesia cristiana universal en cada ciudad o en cualquier otro lugar y ahora están en poder de ciudadanos o de algún otro, harás que sean restituidas al punto a las mismas iglesias, porque hemos decidido que todo aquello que las mismas iglesias tenían con anterioridad sea restituido a su derecho.

17. »Así, puesto que tu prudencia comprende que la disposición de nuestra orden es evidentísima, ocúpate de que todo, se trate de huertos, casas o cualquier otra cosa que pertenezca a estas iglesias por derecho, les sea restituido cuanto antes, de modo que llegue a nuestro conocimiento que has prestado a esta orden nuestra la más cuidadosa obediencia. Pásalo bien, Anulino, honradísimo y amadísimo nuestro».

Copia de una carta imperial por la que ordena que se haga un sínodo de obispos en Roma acerca de la unidad y unanimidad de las iglesias

18. «Constantino Augusto a Milciades, obispo de los romanos, y a Marcos. Puesto que recibí de Anulino, ilustrísimo procónsul de África, muchos e importantes documentos en los que se relata que Ceciliano, obispo de la ciudad de los cartagineses, es acusado en muchos aspectos por algunos de sus colegas de África, y a mí me parece muy grave que en estas provincias, que la divina providencia depositó voluntariamente a mi cargo y en las que hay muchos habitantes, se encuentren personas que permanecen en un grave mal por hallarse en disensión, y con diferencias entre los mismos obispos,

19. »decidí que el propio Ceciliano, junto con diez obispos de los que parecen acusarlo y otros diez que él mismo considera necesarios para su propia defensa, vayan por mar a Roma, para que allí, ante nuestra presencia, pero también ante Reticio, Materno y Marino, nuestros compañeros, a los que ordené que se apresuraran ir a Roma, con el mismo fin se le pueda escuchar, cosa que, como ya sabes, está de acuerdo con la ley de los Augustos.

20. »No obstante, con el fin de que podáis tener conocimiento perfecto de todo este asunto, he adjuntado a mi carta las copias de los escritos que me envió Anulino y los he mandado a tus mencionados compañeros. Al leerlos, tened la seguridad de que sabréis de qué modo será necesario juzgar con el máximo cuidado el mencionado asunto y con justicia, porque no escape a vuestro buen criterio que mi respeto para con la legítima Iglesia cristiana universal es tal que no quiero que en modo alguno vosotros permitáis cisma o separación alguna en ningún lugar. Que la divinidad del gran Dios os guarde por muchos años, veneradísimo».

Copia de una carta imperial por la que ordena que haya un segundo sínodo acerca de la supresión de toda diferencia entre obispos

21. «Constantino Augusto a Cresto, obispo de los de Siracusa. Ya antes, cuando algunos maligna y perseverantemente empezaron a dividirse por causa de discusiones sobre el culto del santo y celestial poder y sobre la religión universal, siendo mi deseo cortar con semejantes rivalidades, dispuse lo siguiente: que se enviaran algunos obispos de la Galia, e incluso que algunos procedentes de las dos partes opuestas que luchaban entre sí obstinada y ferozmente fueran llamados desde África, y que, hallándose presente el obispo de Roma, lo que parecía haberse suscitado pudiera solucionarse por su presencia y por su cuidadoso examen.

22. »Pero sucede que algunos han olvidado su propia salvación y la veneración que se debe a la santísima religión, incluso ahora no cesan de halagar sus mismas enemistades; no desean someterse a la sentencia ya dictada y declaran que de hecho unos pocos fueron los que manifestaron sus propias opiniones y afirmaciones, o incluso que, antes de juzgar detalladamente lo que se había de juzgar, se apresuraron a manifestar la sentencia con toda prisa y precipitación. Por todo ello, ocurre que aquellos que deberían disponer de una armonía fraterna y unánime se hallan separados entre ellos vergonzosamente, y aún más, abominablemente, y dan motivo de burla a los hombres que tienen su alma alejada del culto santísimo. Debido a esto tuve que precaverme de modo que aquello precisamente que debería haber cesado con la sentencia ya determinada por un acatamiento voluntario, pueda acabarse por lo menos ahora, ya que se hallaban presentes muchos más creyentes.

23. »Así, puesto que hemos mandado a muchísimos obispos de diversos e innumerables lugares que se reúnan en la ciudad de Arles por las calendas de agosto, decidimos escribirte también a ti, a fin de que tome el gobernador de Sicilia, el ilustrísimo Latroniano, un vehículo público, lleves contigo a dos de los del segundo orden, los que a ti te parezca bien escoger y, tras tomar contigo a tres criados que puedan servirte por el camino, acudas en ese mismo día al lugar mencionado.

24. »De este modo, por tu firmeza y por la comprensión del mismo sentir y la misma opinión de los otros congregados, al oír todo lo que han de decir los que están divididos (a los que también he ordenado que acudan), lo que precisamente hasta este momento se ha mantenido negligentemente por causa de una vergonzosa guerra entre compañeros, podrá, aunque lentamente, ser llamado de nuevo al culto debido a la fe y a la unanimidad fraternal.

»Que el Dios todopoderoso te guarde en salud por muchos años».

6

***Copia de una carta imperial por la que se hace donación de dinero
a las iglesias del norte de África***

1. «Constantino Augusto a Ceciliano, obispo de Cartago. Puesto que en todas las provincias, principalmente en las africanas, las numidias y las mauritanas, me agradó que se suministrara algo para sus gastos a determinados siervos del legítimo y santísimo culto universal, envíe una carta al perfectísimo Urso, director general de las finanzas de África, y le indique que se ocupara de abonar a tu gravedad tres mil *follis*⁴⁷.

2. »Tú, pues, cuando hagas acuse de recibo de la mencionada suma de dinero, manda que este dinero se entregue a todos los aludidos, según el documento que te ha enviado Osio⁴⁸.

3. »Pero por si acaso te enteras de que falta algo para el cumplimiento de este designio mío referente a todos ellos, deberás pedir sin dudar a Heráclides, el administrador de nuestras posesiones, lo que consideres necesario. Porque, estando él presente, le ordené que si algún dinero le pedía tu eminencia se preocupe de pagártelo sin vacilar.

4. »Y puesto que tengo entendido que algunos hombres de ánimo inconstante quieren alejar al pueblo de la santísima y universal Iglesia con argumentos perversos, sabed que he dado encargos semejantes al procónsul Anulino y también al vicario de los prefectos, Patricio, que estaba presente, con el fin de que, entre todos los demás, también a esto presten la debida atención y no se permitan un descuido en tal asunto.

5. »Por lo que, si observas que algunos hombres de este tipo permanecen en esta demencia, acude sin dilación alguna a los mencionados jueces y exponles esta causa, de modo que ellos, de acuerdo con lo que les ordené cuando estaban presentes, los corrijan.

»Que la divinidad del gran Dios te guarde por muchos años.»

⁴⁷ *Follis* era el nombre que se daba a una bolsa que al principio solían llevar los pobres para guardar su calderilla, pero poco a poco se llegó a dar este nombre a una bolsa precintada y sellada que contenía cantidades importantes de dinero. Durante el reinado de Diocleciano se dio el mismo nombre a una moneda grande de bronce plateada, de valor desconocido.

⁴⁸ Esta mención de Osio, obispo de Córdoba y gran amigo del emperador, que tomó una parte prominente en el Concilio de Nicea y era el obispo español que presidió en el año 256 el concilio independiente de Elvira, ha dado a pensar si el donativo del emperador a las iglesias del norte de África era no sólo para Ceciliano, sino también para todas las iglesias de aquella región, incluyendo las donatistas, con las cuales el emperador deseaba congraciarse al principio del cisma, antes de empezar a perseguirlos. Lo mismo se observa en la actitud de Melquiades, obispo de Roma. Pero los donatistas eran «rigoristas», como los califican los historiadores seculares, mientras que Melquiades y el emperador sólo pensaban en la unidad política de la Iglesia cristiana universal, más que en los principios de conducta y de vida.

7

*Acerca de la inmunidad de los clérigos***Copia de una carta imperial por la que se ordena que los dirigentes de las iglesias sean eximidos de todo servicio público**

1. «Salud, Anulino, veneradísimo nuestro. Puesto que, por numerosos detalles, parece que el despreciar la religión, en la que se guarda el supremo respeto al santísimo poder del cielo, ha causado grandes peligros a los asuntos públicos, y que el admitirla y protegerla oficialmente ha proporcionado al nombre romano la mayor fortuna y a todos los asuntos de los hombres un bienestar extraordinario (cosa que es obra de los beneficios divinos), decidí, honradísimo Anulino, que aquellos varones que, con la debida santidad y con el cumplimiento de esta ley, prestan sus servicios al cuidado del culto divino, reciban el pago de sus propios trabajos.

2. »Por ello, aquellos que en la provincia a ti confiada en la Iglesia universal, sobre la que preside Ceciliano, ofrecen su servicio a este santo culto, a los que se acostumbran a llamar clérigos, quiero que, de una vez por todas, sean eximidos de todo servicio público, para que nunca por algún error o un desliz sacrílego sean arrastrados fuera del culto, debido a la divinidad, sino que, más bien, sin turbación alguna, atiendan a su propia ley, puesto que, al rendir ellos la mayor adoración a la divinidad, parece que aportarán muchísimos bienes a los asuntos comunes. Que lo pases bien, honradísimo y amadísimo Anulino nuestro».

8

Acerca de la maldad final de Licinio y de su destrucción

1. Con tales cosas, pues, nos regalaba la divina y celestial gracia de la manifestación de nuestro Salvador, y tal era la abundancia de los bienes que se concedían a todos los hombres por medio de nuestra paz. Y, así, lo que nos acontecía a nosotros se celebraba con alegría y con fiestas solemnes.

2. Pero el espectáculo que se contemplaba no era soportable ni para la envidia enemiga del bien ni para el demonio, que ama el mal, así como tampoco a Licinio le fue suficiente para un cálculo prudente lo acontecido a los tiranos mencionados anteriormente. El que había sido estimado digno de un gobierno próspero, digno del honor del segundo lugar después del gran emperador Constantino y digno del parentesco y la participación de la familia más sublime, se apartaba de la imitación de los buenos e imitaba la perversidad y la maldad de los impíos. Y a pesar de ver con sus propios ojos la muerte funesta de ellos, escogió ir tras ellos en mente antes que permanecer en la amistad y buena disposición de su superior.

3. Lleno de celos del benefactor universal, levanta contra él una guerra horrenda y terrible, sin respetar las leyes de la naturaleza y sin tener en cuenta el recuerdo de los juramentos, de la sangre y de los pactos.

4. Porque, efectivamente, el bondadosísimo emperador le había dado muestras de verdadera benevolencia. No le denegó su parentesco ni le negó la participación en la espléndida boda con su hermana, sino que incluso le consideró merecedor de tener parte en su nobleza, que le llegaba de sus padres, y en su sangre ancestral, y también le permitió la posibilidad de disfrutar del Imperio supremo como cuñado y coemperador, encargándole de una parte no menor de los pueblos romanos para que los gobernara y administrara.

5. Pero él, en cambio, actuaba en sentido opuesto y cada día planeaba complots contra su superior e ideaba todo tipo de conspiraciones, como respondiendo con males a su benefactor. Primero intentaba esconder sus preparativos simulando ser su amigo, y esperaba conseguir fácilmente lo que deseaba dedicándose muy frecuentemente a la astucia y el error.

6. Ahora bien, Constantino tenía como amigo, protector y guardador a Dios, el cual, sacando a luz las maquinaciones ideadas contra él en secreto y en tinieblas, las confundía. Tal es el poder del arma de la virtud y la piedad de Dios para expulsar a los enemigos y preservar la salvación de los suyos. Fortificado con ella nuestro emperador, amadísimo de Dios, iba escapando a las maquinaciones del infame taimado.

7. Y él, al ver que sus preparativos ocultos no salían en absoluto como él deseaba, porque Dios revelaba a su amado emperador toda astucia y maldad, y sin poder ocultarse ya más, declaró la guerra directamente.

8. Decidido, pues, a sostener la guerra contra Constantino, ya se disponía a formar un ejército contra el Dios de todo, a quien sabía que Constantino veneraba, y al punto emprendió el ataque, suave y silenciosamente al principio, contra los súbditos suyos que veneraban a Dios, los cuales nunca habían ocasionado molestia alguna a su gobierno. Y actuaba así porque su maldad natural le inducía a una terrible ceguera.

9. Ciertamente no había ante sus ojos el recuerdo de los que habían perseguido a los cristianos antes que él, ni el de los que él personalmente había aniquilado y castigado por las impiedades en que habían participado. Antes bien, apartándose de un razonamiento prudente, es decir, con su mente fuera de sí, concibió guerrear contra el mismo Dios, protector de Constantino, en lugar de contra el protegido.

10. Primero echó de su casa a todos los que eran cristianos, con lo que se despojó a sí mismo, el desgraciado, de la oración de ellos por él, la cual se hace por todos, de acuerdo con la antigua enseñanza; y luego ordenaba que en toda ciudad se excluyera y degradase a los soldados que no admitieran sacrificar a los demonios. Pero aun esto era poco al compararlo con las disposiciones mayores.

11. ¿Para qué hemos de mencionar todas y cada una de las cosas que este enemigo de Dios realizó, y cómo siendo el mayor violador de las leyes inventó leyes ilegales? Por ejemplo, decretó que nadie por humanidad trajese alimentos a los que pagaban sus culpas en las cárceles, o sea, que nadie tuviera misericordia de los que morían de hambre en las prisiones; y, en suma, que nadie fuera bueno ni hiciera nada bueno, incluso aquellos que son llevados por su propia naturaleza a la compasión por sus prójimos. Esta ley era claramente la más despiadada y cruel, porque iba más allá de toda naturaleza humana, puesto que ordenaba que los compasivos sufrieran las mismas penas que trataban de aliviar, o sea, que fueran

encarcelados y encadenados los que sirvieran humanitariamente a otros, haciéndoles sufrir el mismo castigo que los condenados. Tales eran las órdenes de Licinio.

12. ¿Para qué hemos de contar innovaciones en cuanto a las bodas, o sus cambios revolucionarios referentes a los fallecidos atreviéndose a abolir las antiguas leyes romanas, establecidas recta y sabiamente, e introduciendo en su lugar ciertas leyes bárbaras e incivilizadas, ciertamente ilegales y contrarias a las leyes? Ideaba, además, innumerables acusaciones contra las naciones sometidas a las que acosaba con todo tipo de exacciones de oro o de plata; nuevos catastros y lucrativas multas a hombres que ya no se hallaban trabajando en los campos, sino que habían muerto hacía tiempo.

13. Y, además, los destierros que inventó este enemigo de los hombres contra aquellos que nada malo habían hecho; las detenciones de personas nobles e ilustres, a cuyas esposas legítimas separaba y las entregaba a algunos infames criados lascivos para que las ultrajaran con sus prácticas; y a cuántas mujeres casadas y doncellas no vejó él mismo, un vejestorio, para saciar la pasión sin límite de su alma. ¿Para qué hemos de seguir, si la exageración de sus posteriores acciones muestra las primeras como pequeñas y reducidas a casi nada?

14. Por ejemplo, al final de su demencia atacó a los obispos, considerando que ellos, como servidores del Dios que está sobre todas las cosas, estarán ya en oposición contra sus actos, y se preparaba, aún no públicamente por miedo al superior, pero otra vez de un modo oculto y con alevosía, y de ellos iba eliminando a los más apreciados por medio de complots de gobernadores. Y su modo de asesinarlos era muy extraño e inaudito hasta el momento.

15. Lo que se hizo en torno de Amasia y en las demás ciudades del Ponto, por ejemplo, superó con creces cualquier exceso de crueldad. Allí algunas iglesias de Dios habían sido arrasadas totalmente de nuevo, y otras fueron cerradas, a fin de que nadie acudiera a ellas según se acostumbraba ni se ofreciera a Dios la adoración debida.

16. Efectivamente, él suponía con su mala conciencia que ya no se hacían oraciones por él, sino que estaba convencido de que todas nuestras plegarias las aplicábamos en favor del emperador amigo de Dios, y desde entonces procuró hacer caer su ira sobre nosotros.

17. Pues los gobernadores aduladores, convencidos de que actuaban de acuerdo con el gusto del malvado, aplicaban a los obispos los castigos reservados normalmente a los malhechores, deteniendo y castigando sin causa alguna, como a homicidas, a los que ningún mal habían hecho. Algunos sufrieron una muerte nueva: despedazados sus cuerpos en muchos pedazos, tras este espectáculo cruel y escalofriante, eran arrojados al mar como alimento para los peces.

18. Ante estos hechos se renovaron las huidas de hombres piadosos y otra vez los campos, los valles desiertos y los montes comenzaron a recibir a los siervos de Cristo. Y como que al impío le iba bien con esto, le vino a la mente la idea de empezar la persecución contra todos los demás cristianos.

19. Su decisión iba fortaleciéndose y ningún obstáculo tenía para ponerla en práctica, si Dios, que lucha en defensa de las almas de los suyos, previendo lo que iba a acontecer, al punto no hubiera hecho brillar, como en profundas tinieblas y noche oscurísima, una gran luz y proveyó un salvador para todos en su siervo Constantino, a quien condujo para esta empresa tomado de la mano con el brazo en alto.

9

***Acerca de la victoria de Constantino y de lo que éste procuró
para los súbdito del Imperio romano***

1. A éste, pues, fue a quien Dios concedió, desde el cielo, como fruto digno de su piedad, los trofeos de la victoria contra los impíos, pero al culpable lo derrumbó con todos sus consejeros y amigos a los pies de Constantino.

2. Porque, al llevar él su demencia hasta tal extremo, el emperador amigo de Dios, pensando que ya era insoportable, reuniendo su cálculo prudente y mezclando el carácter firme del juez con su humanidad, decide ayudar a los que sufrían bajo el tirano, y se desembarazó de algunas breves plagas⁴⁹ para salvar el resto de la raza humana.

3. Hasta ese momento sólo había usado humanidad con él y había tenido misericordia de quien no merecía compasión, pero nada se consiguió con ello, puesto que Licinio no se apartaba de su perversidad, sino que aumentaba más su furor contra los pueblos sometidos y no quedaba ya ninguna esperanza de salvación para los maltratados, tiranizados por esta horrible bestia.

4. Por tal razón, juntando su amor al bien con su odio al mal, el protector de los buenos avanzaba juntamente con su hijo Crispo, humanísimo emperador, con su diestra salvadora extendida a todos los que estaban siendo aniquilados. Luego, usando como guías y aliados al Dios soberano y al Hijo de Dios, Salvador de todos, padre e hijo, separando al mismo tiempo su ejército, envolvieron a los enemigos de Dios y consiguieron una victoria fácil, porque, en el encuentro, todo les fue proporcionado por Dios según el plan que ellos tenían.

5. En efecto, de pronto y más rápido de lo que se dice, aquellos que ayer y anteayer respiraban muerte y amenaza, ya no existían, ni había recuerdo de sus nombres; sus imágenes y honores recibían la merecida vergüenza, y las cosas que antaño Licinio había visto suceder a los tiranos impíos, estas mismas también las sufrió él personalmente, porque no escarmentó ni se corrigió recordando los golpes recibidos por sus vecinos, sino que, tras seguir el mismo camino de impiedad, cayó, como es justo, en el mismo precipicio de ellos.

6. Pero, mientras él yacía caído de este modo, Constantino, el máximo vencedor, que destacaba en toda virtud religiosa, junto con su hijo Crispo⁵⁰, un emperador amadísimo de Dios

⁴⁹ Eusebio da el nombre de *plagas* a personas molestas y malas de su ejército, o de sus cortesanos, que se quitaban seguramente de en medio mediante sentencias de muerte. Debemos tener en cuenta que en aquellos tiempos no existían los «derechos humanos» y tales sentencias se daban con gran facilidad.

Este mismo proceder aparece en los antiguos reyes y aun profetas de Israel (1 Samuel 15:33; 2 Samuel 1:14 y 11:25-27). Pero el Dios Todopoderoso de Israel es el mismo tanto en aquellos días de escasa cultura como en todos los tiempos. En los tiempos de Constantino no era tan grave el quitar la vida a personas molestas, o que se suponía le eran enemigos, aun dentro de su misma familia, como veremos más adelante.

⁵⁰ Efectivamente, en aquella lucha del emperador Constantino en contra de su traidor amigo Licinio le ayudó muy eficazmente su hijo Crispo, quien mandaba la armada que puso en derrota a las huestes de Licinio desde el mar: se puso de manifiesto la mejor comunión y confianza familiar entre padre e hijo, hasta que las calumnias de su madrastra, Fausta, rompieron tal armonía.

Derrotado Licinio, tuvo que huir a Tarso de Cilicia, donde murió, o fue condenado por Constantino a suicidarse, según algunos historiadores.

e igual a su padre en todo, recuperaba el familiar oriente y presentaba reunido en uno, como antiguamente, el Imperio romano, conduciendo bajo la paz de ambos toda la tierra, desde el sol naciente, en círculo en una y otra dirección, por el norte y por el sur, hasta el límite extremo del occidente.

7. Así pues, se eliminaba de entre los hombres todo temor a los que antes los pisoteaban, y se celebraban brillantes y concurridos festejos. Todo estaba lleno de luz, y los que antes estaban abatidos se miraban unos a otros con rostros risueños y ojos radiantes, y tanto en las ciudades como en los campos las *danzas*⁵¹ y los himnos honraban en primerísimo lugar al Dios soberano (porque esto habían aprendido), al piadoso emperador y a los hijos amados de Dios.

8. Había amnistía de los males anteriores y olvido de toda impiedad, y había gozo por las riquezas presentes y esperanzas por las venideras. Así se extendían por todo lugar órdenes del emperador victorioso, colmadas de humanidad, y leyes que tenían la distinción de su generosidad y verdadera piedad.

9. Expurgada, pues, en verdad toda tiranía, el Imperio que les correspondía se conservaba seguro e indiscutible sólo para Constantino y sus hijos⁵², los cuales, tras eliminar del mundo antes que nada el odio contra Dios, y conscientes de los bienes que Dios les concediera, manifestaron su amor a la virtud y su amor, piedad y gratitud para con Dios, por medio de toda las obras que realizaban públicamente a la vista de todos los hombres.

⁵¹ Esta expresión desagradó a Nicéforo, que procuró sustituirla por la palabra *paianes* (himnos). Puede, sin embargo que tenga razón la versión original de Eusebio, porque los cristianos solían bailar en las festividades de los mártires para celebrar sus victorias de carácter espiritual y las dichas de que gozaban sus espíritus en el cielo.

⁵² Sin duda, cuando Eusebio escribió estas líneas no había tenido lugar todavía el terrible drama familiar que causó la muerte de Crispo y de Fausta, y Eusebio juzgaba las cosas solamente desde el punto de vista de la victoria de Constantino sobre Licinio; pero la *Historia eclesiástica*, aunque es el más importante de los libros de Eusebio de Cesarea, no es el único que escribió aquel prolífico autor. Suyos son también muchos otros, como *Vida de Paulino*, de la cual queda tan sólo un pequeño fragmento; *Historia de los mártires de Palestina en tiempos de Diocleciano*, el *Cronicón*, o *Historia de todos los tiempos*, además de muchas otras obras apologéticas y comentarios bíblicos que todavía se conservan; finalmente, Eusebio escribió su *Vita Constantini*, un libro lleno de elogios para su idolatrado amigo y benefactor de la fe cristiana. Era natural que en esta obra, que fue escrita tras la muerte del gran emperador, Eusebio explicara algo acerca de los últimos años de Constantino: los que pasó por alto.



ÍNDICE DE NOMBRES MENCIONADOS

A

- Aarón 68, 325.
Abdón de Edesa 59.
Abgaro 57-64.
Abilio, obispo de Alejandría 89, 104, 106.
Abraham 11, 12, 13, 37, 40, 45, 46.
Acacio, discípulo de Eusebio 27.
Acaya, región de 22.
Accio, ciudad de 208.
Adán 50, 154.
Adaucto, mártir en Frigia 281.
Adiabene, antiguo reino en Mesopotamia 61, 74.
Adriano, emperador 125, 128, 129, 130, 132, 133, 135, 152, 171, 176.
África 20, 22, 227, 228, 238, 241, 272, 276, 285, 302, 317, 336, 337, 338.
Africano, historiador Sexto Julio (véase Julio Africano) 17, 47, 49, 51, 57, 194, 218.
Agabo, profeta 67, 71, 181.
Agapio, obispo de Cesarea 15, 16, 265.
Agatóbulos, los dos 264.
Agatónica, mártir de Pérgamo 143.
Agripa, véase Herodes.
Agripa Cástor, escritor 131.
Agripino, obispo de Alejandría 147, 174.
Agustín de Hipona 14, 16, 209, 210, 262.
Ainón, lugar cerca de Salem 110.
Albino, gobernador de Judea 86.
Alburno, ídolo 66.
Alce 142.
Alcibiades, mártir de Lyon 169.
Alejandría 15, 68, 69, 77, 78, 125, 127, 128, 134, 145, 147, 173, 175, 189, 193, 194, 195, 197, 201, 207, 211, 212, 214, 218, 223, 231, 233, 243, 248, 249, 263, 266, 267, 279, 281, 284 .
Alejandro, discípulo de Montano 182.
Alejandro, emperador 213, 217.
Alejandro, mártir de Alejandría 225.
Alejandro, mártir de Cesarea de Palestina 244.
Alejandro, mártir de Lyon 165.
Alejandro, obispo de Jerusalén 201, 203-205, 207, 211-217, 222, 225, 231.
Alejandro, obispo de Roma 20, 127-128, 171.
Alejandro, obispo de Tiro 171.
Alejandro el alabarca 68.
Alejandro de Eumenia 180.
Amasia del Ponto 341.
Amastris 149.
Ambrosio, compañero de Orígenes 209, 213, 217.
Ambrosio de Milán 14.
Amias 181.
Ammón, mártir 226.
Ammón, obispo de Bernice 256.

- Ammonaria, vírgen mártir 225.
- Ammonio, presbítero de Alejandría 29, 284.
- Ammonio Saccas 210-211.
- Anacleto, obispo de Roma. 89, 103, 104, 106, 171.
- Anamías, Jesús de 100
- Ananías, correo de Abgaro 58.
- Ananos el Joven, sumo sacerdote 87.
- Anás, sumo sacerdote 54.
- Anatolio de Laodicea 263-265.
- Ancira. Ciudad de Galacia 16, 22, 29, 178.
- Andrés, apóstol 91, 112, 122.
- Aniano, obispo de Alejandría 87, 104, 106, 133.
- Aniceto, obispo de Roma 134-137, 147-148, 171, 188.
- Anquialo 183.
- Antero, obispo de Roma 217.
- Antimo, obispo de Nicomedia 275, 283.
- Antínoo, siervo favorito de Adriano 132.
- Antioquía 15, 16, 20, 22, 56, 64, 67, 71, 74, 89, 92, 107, 112, 119, 120, 125, 130, 147, 150, 151, 183, 196, 203, 204, 212, 213, 128, 222-224, 227, 230, 231, 234, 236, 245, 256-258, 260, 262, 263, 265, 275, 282-284, 295, 299, 302, 314, 321.
- Antípatro, padre de Herodes el Grande 47, 50.
- Antonino Pío 139, 135, 136, 146.
- Antonio, Marco 46, 50, 74, 159.
- Anulino, procónsul de África 336, 338-339.
- Apamea 180.
- Apeles, marcionita 176-177.
- Apión, escritor cristiano 189.
- Apión, gramático alejandrino 68, 101.
- Apión, interlocutor de Pedro 121.
- Apoliníades, 191.
- Apolinar de Hierápolis 126, 147, 151, 153, 170, 178, 183.
- Apolo 47, 50, 170.
- Apolófanes, filósofo 210.
- Apolonia, mártir en Alejandría 224.
- Apolonio, mago y filósofo de Tiana 29.
- Apolonio, escritor y mártir en Roma, 181, 183, 185.
- Aqueo, gobernador de Palestina 245.
- Aquila, gobernador de Alejandría 197, 199.
- Aquila, marido de Priscila 82.
- Aquila del Ponto 173, 208.
- Aquilas, presbítero alejandrino 243, 266.
- Aquior el Ammonita 50.
- Arabia 194, 211, 219, 221, 227, 236, 281.
- Arabiano, escritor cristiano 189.
- Ardabán 178.
- Areópago 93.
- Aretas, rey de Petra 55.
- Aristarco, compañero de Pablo 83.
- Aristides, escritor apologista 49, 128, 130, 218, 303.
- Aristides de Pella, 130.
- Aristión, discípulo del Señor 122-123.
- Aristóbulo, escritor judío, uno de los Setenta 205, 264.
- Aristóbulo, rey judío 48, 50.
- Aristóteles 191, 260, 263.
- Arles 337.
- Armenia 130, 321.
- Arquelao, sucesor de Herodes el Grande 46, 48, 53.
- Arquelao, obispo de Cesarea 26.
- Arrio 16, 17, 20-25.
- Arsinoé 252.
- Artajerjes 102, 174.
- Artemas 260.
- Artemón (=Artemas) 158, 190, 260.
- Ascalón (o Escolán) 50.
- Asclepiades, 191.
- Asclepiades, obispo de Antioquía 203, 212.
- Asclepiodoto, 191.
- Asfalto (Mar del) 52.
- Asia 20-22, 81, 91, 92, 107, 115, 116, 118, 119, 121, 122, 125, 133, 135-138, 141, 143, 151, 152, 157, 159, 160, 169, 173,

177-179, 182, 183, 184,
186, 187, 206, 248, 254,
255, 285, 297 301.
Asiria 175.
Asterio Urbano, montanista
181.
Astirio, senador romano
233, 246.
Atalo, mártir en Lyon 161,
165, 166, 169.
Atanasio 14, 16, 21, 22,
25.
Atenas 93, 130, 149, 219.
Atenodoro, hermano de
Gregorio Taumaturgo
218, 245, 257.
Ater, mártir en Alejandría
226.
Ática 266.
Ático, gobernador de Judea
116-117.
Ático, obispo de Sínade
212.
Augusto César, 135.
Augusto, título de
285-286.
Augusto = Octavio César
25, 46-48, 50, 53, 68,
152, 153.
Aureliano, emperador 257,
260-262.
Aurelio Cirinio, legado de
Siria 244.
Aurelio Cirinio, mártir 183.
Aurelio, Marco 136, 138,
157, 170.
Ausé (Josué) 41.
Autólico 150.
Avircio Marcelo (véase
Marcelo Aviricio) 178,
241.
Aznar, Luis de 31.

B
Babilas, obispo de
Antioquía 218, 222.
Babilonia 47, 48, 77.
Bacquio, abuelo de Justino
135.
Baquilides 149.
Baquilo, obispo de Corinto
186.
Barcabas 131.
Barcof 131.
Bardesanes, el sirio
155.
Barkokebas 129, 132.
Barsabás, sobrenombre de
Justo 122-123.
Bartolomé, apóstol 175.
Basas, en Alejandría
225.
Basílico, hereje junto con
Marción 176.
Basíldes, hereje 130-131.
Basíldes, mártir 199.
Basíldes, obispo de
Pentápolis 256.
Batezor «casa de hisopo»
97.
Beda el Venerable 14.
Benjamín, obispo de
Jerusalén 129.
Berilo, obispo de Bostra
194, 212, 219.
Berito, actual Beirut 15.
Benabé, discípulo del Señor
56, 63, 67, 71, 74, 111,
205, 206, 255.
Bernice 256, 282.
Belén 12, 37, 46, 51, 53.
Betera 129.
Bezaleel 322, 326.
Bíblida, mártir de Lyon 162.

Bitinia 21, 22, 29, 91, 92,
236.
Blandina, mártir de Lyon
161, 162, 164, 166 .
Blasto, montanista 157, 177,
184.
Bolano, obispo 258.
Bostra 212, 219, 257.
C
Cádiz, Luis M. de 31.
Caifás, sumo sacerdote
54.
Calígula (véase Cayo) 68.
Calirroo 52.
Calistión 177.
Calixto, obispo de Roma
212.
Cándido, escritor 189.
Capadocia 22, 91, 92, 203,
216, 231, 236, 245, 257,
258, 281.
Capadocios, padres 14.
Caparatea 112.
Capitón, obispo de
Jerusalén 176.
Caracalla 155.
Carico, varón eclesiástico
183, 204.
Carino, emperador 261.
Caro, emperador 261.
Carpo, mártir en Pérgamo
143.
Carpo Máximo 291.
Carpócrates, hereje 131.
Cartago 235, 338.
Casiano, escritor 205.
Casiano, obispo de
Jerusalén 176.
Casio, obispo de Tiro
189.

- Cayo (=Calígula), emperador 68-73, 81, 87.
- Cayo, compañero de Dionisio de Alejandría 232, 243.
- Cayo, mártir en Apamea 180.
- Cayo, obispo de Jerusalén 176.
- Cayo, presidente de la Iglesia en Roma 262.
- Cayo, varón eclesiástico 87, 113, 116, 212.
- Ceciliano, obispo de Cartago 336, 338, 339.
- Cefas 56.
- Cefró 242-242.
- Celadión, obispo de Alejandría 147.
- Celerino, mártir 228.
- Celesiria, región de 175.
- Celso, escritor pagano 220.
- Celso, obispo de Iconio 212.
- Cerdón, hereje 134.
- Cerdón, obispo de Alejandría 89, 106.
- Cerinto, hereje 113-114, 137, 253.
- César Augusto 53, 135.
- Cesarea de Capadocia 22, 245, 257.
- Cesarea de Filipo 15, 246.
- Cesarea de Palestina 15, 67, 186, 194, 211, 213, 216-219, 222, 233, 236, 244, 245, 265, 284, 321.
- Chipre 64.
- Cicerón 19.
- Cilicia 231, 236, 276, 297, 324.
- Cipriano de Cartago 228, 233, 235.
- Cirene 127.
- Cirenio 46.
- Cirilo de Alejandría 14.
- Cirilo de Antioquía 262-263.
- Cirilo de Jerusalén, 14.
- Claro, obispo de Tolemaida 189.
- Claudio Apolinar, obispo de Hierápolis, 183.
- Claudio, emperador 61, 71, 73, 74, 76, 77, 81, 257.
- Clemente de Alejandría 56, 107, 114, 152, 155, 157, 175, 193, 200, 204-205, 206-207.
- Clemente de Roma 71, 89, 90, 93, 104-106, 118, 121, 148, 150, 171, 190, 205, 216.
- Cleobio, hereje 148.
- Cleopatra 46.
- Clopás, padre de Simeón 103, 116, 117, 148.
- Colón, obispo de Hermápolis 231.
- Colución, región de 242.
- Cómodo, emperador 157, 174, 185, 189, 200, 206.
- Constancia, emperatriz 21, 29.
- Constancio Cloro, emperador 271, 285, 301-302.
- Constantino, emperador 11, 14-16, 21-27, 29-30, 74, 285, 286, 290, 291, 293, 297, 302, 307-310, 314, 315, 317, 324, 334, 336-343.
- Constantinopla 21, 29.
- Coración, hereje 253.
- Córdoba 22, 338.
- Corinto 74, 88, 93, 104, 121, 125, 148-149, 171, 186.
- Cornelio, centurión 15, 67.
- Cornelio, obispo de Antioquía 147.
- Cornelio, obispo de Roma 222, 227-231, 235.
- Cornuto, filósofo 210.
- Crescente, discípulo de Pablo 93.
- Crescente, filósofo 143-144.
- Cresto, obispo de Siracusa 337.
- Creta 92, 149.
- Crisófora, una hermana muy fiel 150.
- Crispo, hijo de Constantino 342-343.
- Cronio, filósofo 210.
- Cronión (=Eunús), mártir en Alejandría 225.
- Cuadrato, apologista 128, 199.
- Cuadrato, supuesto obispo de Atenas 149.
- Cuadrato, profeta 120, 128, 181.
- Culciano, prefecto de Egipto 314.
- Cumana 180.

D

- Damas, obispo de Magnesia 119.
- Damasco 12, 301.
- Dameo, 112.

- Daniel, profeta 27, 40, 48, 153, 167, 200, 215, 218, 323.
- David, rey de Israel 26, 42-43, 47, 49, 85, 89, 103, 105-106, 116, 153, 215.
- Decio, emperador 44, 64, 152, 194, 200, 222-225, 233, 235, 243, 251, 273.
- Demetriano, obispo de Antioquía 236, 245, 256, 260.
- Demetrio, escritor 205.
- Demetrio, obispo de Alejandría 185, 195, 197-198, 201, 207, 211-212, 217-218, 243.
- Demetrio, obispo 244.
- Demetrio, presbítero en Alejandría 243.
- Develto 183.
- Dídimo, citado por Dionisio, 243, 248.
- Diocleciano, emperador 14, 16, 28, 64, 152, 261, 269-271, 273-275, 285-286, 290, 297, 301-302, 309, 312, 314, 321, 333, 343.
- Dionisia, mártir en Alejandría 225.
- Dionisio Areopagita 93, 149.
- Dionisio de Alejandría 113-114, 149-151, 194, 218, 220, 222-223, 226-227, 230, 231, 233-238, 240-244, 248-249, 252, 256, 258, 263, 266.
- Dionisio, obispo de Corinto 88, 93, 125, 147, 243, 246, 248, 250.
- Dionisio de Roma 236, 238-239, 256, 258, 261.
- Dío, presbítero de Alejandría 284.
- Dios, (Theo) obispo de Jerusalén 203.
- Dióscoro, joven mártir en Alejandría 226.
- Dióscoro, anciano de Alejandría 243.
- Doliquiano, obispo de Jerusalén 176.
- Domecio, mencionado en carta de Dionisio de A. 243, 248.
- Domiciano, emperador 98, 103-107, 116-117, 173.
- Domno, apóstata prosélito judío 204.
- Domno, obispo de Antioquía 260, 262.
- Domno, obispo de Cesarea de Palestina 245.
- Doroteo, mártir del palacio imperial 269, 274-275, 302.
- Doroteo, presbítero de Alejandría 15, 262.
- Drobner, Hubertus R. 17.
- E**
- Edén 33, 37.
- Edesa 54, 57-58, 64.
- Éfeso 91-92, 106-108, 115, 119, 122, 136-137, 146, 173, 182-183, 186-187, 255.
- Efrén, obispo de Jerusalén 129.
- Egipcio, el, seudónimo de un profeta 82-83.
- Egipto 16, 20, 22, 25, 46, 51, 53, 61, 74, 77-78, 99, 127, 130, 175, 195, 211, 214, 231, 233, 239, 241-243, 248-252, 267, 276-277, 284, 302, 312, 314.
- Eleazar, judío padre de María 97.
- Eleazar, sumo sacerdote 54.
- Elena, compañera de Simón el mago 75.
- Elena, reina de Adiabene 61,74.
- Eleuterio, obispo de Roma 134, 148, 159, 169, 171, 185, 206.
- Elí 49-51.
- Elia (= Jerusalén) 74, 130, 212, 236.
- Eliano, obispo 258.
- Elio Adriano (véase Adriano) 128, 130.
- Elio Publio Julio, obispo de Develto 183.
- Elpisto 149.
- Emesa 534, 552.
- Emiliano, gobernador de Egipto 241-243.
- Emilio (=Marco Emilio) 66.
- Emilio Frontino, procónsul de Éfeso 182.
- Empuro, citado por Dionisio en sus cartas 256.
- Epímaco, mártir en Alejandría 225.
- Epiro, región de 22.
- Eros, obispo de Antioquía 147.
- Esbón, Torre de 72
- Escolán (véase Ascalón) 50.
- Escitia 91.

Esdras 153, 174, 215.
 Esmirna 118, 119, 125,
 137-138, 140-143, 187,
 206.
 Esteban, diácono y mártir
 93, 114, 168.
 Esteban, obispo de
 Laodicea 265.
 Esteban, obispo de Roma
 235-236.
 Estratón, Torre de (véase
 Esbón).
 Etiopía 65.
 Euclides 191, 260.
 Eufnanor, citado por
 Dionisio de Alejandría
 256.
 Éufrates, río 57.
 Eumenes, obispo de
 Alejandría 129, 134.
 Eumenia 187.
 Eunús (sobrenombre de
 Cronión) 225.
 Eupólemo, escritor judío
 205.
 Eusebio, obispo de
 Laodicea 241-243,
 263-265.
 Eusebio de Nicomedia
 21-24.
 Eustacio de Antioquía 22,
 321.
 Eutiquiano, obispo de
 Roma 262.
 Eutiquio, obispo 258.
 Evaristo, obispo de
 Roma 90, 118, 127, 171.
 Evelpis 212.
 Evodio, obispo de
 Antioquía 107.
 Ezequiel, profeta 153, 213,
 219.

F

Fabián, obispo de Roma
 194, 217, 221, 222.
 Fabio, padre del sumo
 sacerdote Israel, 54.
 Fabio, obispo de Antioquía
 222, 223, 227, 230, 245.
 Fado, procurador de Judea
 73.
 Faustino, presbítero de
 Alejandría 243.
 Fausto, diácono alejandrino
 223, 241, 243.
 Fausto, pbro. alejandrino
 284.
 Felipe, apóstol 115-116.
 Felipe, el asiarca 141.
 Felipe, diácono 115-116,
 125, 120-122, 181.
 Felipe, emperador 194,
 220-224.
 Felipe, hijo de Felipe
 emperador 220.
 Felipe, obispo de Gortina
 147, 149, 151.
 Felipe, obispo de Jerusalén
 129.
 Felipe, tetrarca 53-54, 67,
 73.
 Félix Augusto 244, 291.
 Félix, gobernador 81-83.
 Félix, obispo de Roma
 261-262.
 Fenicia 64, 75, 267, 276,
 283, 301, 321.
 Feno 284.
 Festo, gobernador 83-84,
 86.
 Filadelfia 119, 143, 181.
 Fileas de Tmuis, mártir 267,
 279, 284.

Filemón, presbítero de
 Roma 236-237.
 Fileto, obispo de Antioquía
 212-213.
 Filomelio 138.
 Filomena, virgen marcionita
 176.
 Filón de Alejandría 68-69,
 77-81, 205, 264.
 Filoromo, mártir en
 Alejandría 278.
 Firmiliano, obispo de
 Cesarea de Capadocia
 216, 231, 236, 245,
 257-258.
 Flavia Domitila 105.
 Flavia Neápolis 135.
 Flavio, mencionado por
 Dionisio de Alejandría
 248.
 Flavio Clemente, cónsul
 105, 205.
 Flavio Josefo, historiador
 (véase Josefo) 31, 46.
 Florino, hereje romano 177,
 184.
 Floro, gobernador 88.
 Frigia 22, 138, 159-160,
 169, 177-178, 181, 267,
 281.

G

Galacia 22, 91, 92, 178,
 236.
 Galasso, Giuseppe, 12.
 Galba, emperador 93.
 Galeno, médico-filósofo
 191.
 Galerio, emperador 16,
 240, 269, 271-272,
 284-286, 289, 290-292,

297, 301-302, 310, 314.
 Galia 24, 559, 93, 157, 159, 160, 165, 169, 171, 186, 188, 271, 303, 308, 337.
 Galieno, emperador 233-234, 244, 251, 257.
 Galilea 53, 81, 110.
 Galo, emperador 233, 235, 239.
 Gamaliel 73.
 Gaula 47.
 Gaza 284.
 Germán, obispo 421, 243.
 Germania 171.
 Germánico, mártir en Esmirna 138.
 Germánico, emperador (=Maximino) 312.
 Germanión, obispo de Jerusalén 203.
 Gibón 74.
 Gibbon, Edward 17, 19.
 Giordano, emperador 217, 220.
 Gombrich, Ernst H. 17.
 Gordio, obispo de Jerusalén 203.
 Gorgonio, mártir 269, 275.
 Gorteo, hereje 148.
 Gortina (en Creta) 149, 151.
 Grato, gobernador romano 54.
 Grayling, George P. 31.
 Grecia 175, 186, 213.

Grecia (Magna) 175.
 Gregorio (Taumaturgo) 218, 245, 257.
 Guijón (=Nilo) 249.
 Gurruchaga, Martín 27.
H
 Hegesipo 84, 86, 103-106, 116, 125, 132, 134, 147-148.
 Heleno, obispo de Tarso 231, 236, 257, 258.
 Heliogábalo 155.
 Heliodoro, obispo de Laodicea 236.
 Heraclas, obispo de Alejandría 193-194, 197, 207-208, 211, 217-218, 220, 237-238.
 Heráclides, mártir en Alejandría 199.
 Heráclides, administrador 338.
 Heráclito, escritor 189.
 Harnack, A von 30.
 Herais, mártir 199.
 Hermamón, citado en las cartas de Dionisio 235, 239, 251.
 Hermas, autor de *El Pastor* 92, 166.
 Hermófilo, escritor 191.
 Hermógenes, hereje 150.
 Hermón, obispo de Jerusalén 266.
 Hermápolis 231.
 Herodes Agripa I 67, 71, 81.
 Herodes Agripa II 81, 86, 102.

Herodes de Ascalón 47, 50.
 Herodes el Grande 15, 33, 44, 47-48, 50-55, 67, 105.
 Herodes el Joven 50, 53-56, 46, 48-50, 71, 81, 110.
 Herodes, tetrarca 139, 142.
 Herodíades, esposa de Herodes 55.
 Herón, discípulo de Orígenes y mártir 199.
 Herón, mártir en Egipto 226.
 Herón, obispo de Antioquía 147.
 Hesiquio, obispo de Egipto 284.
 Hierarco, obispo de Egipto 248, 258.
 Hierápolis 77, 115-116, 119, 122, 151, 178, 183, 187.
 Higino, obispo de Roma 133-134, 171, 188.
 Himeneo, obispo de Jerusalén 245, 257-258, 266.
 Hipólito, escritor 192, 212-213.
 Hipólito, correo de Dionisio de Alejandría 231.
 Hircano, sumo pontífice 47-48, 50.
I
 Iconio 212, 238, 257.
 Ignacio de Antioquía 89, 90, 107, 118-121, 173, 204.
 Illia, ciudad de exilio de Arrio 21.

Ilírico 81, 91-92, 215.
 India 175.
 Ingenes, soldado mártir 226.
 Ireneo de Lyon 75, 105, 107, 112, 114, 120, 121-123, 130-131, 133-134, 137-138, 147-149, 151, 154, 157-158, 169, 171-174, 184-186, 188-190, 206.
 Isaac, patriarca 45.
 Isaías, profeta 12, 30, 36, 43-44, 58, 85, 153, 219, 240, 243, 251, 327-328, 330-332.
 Isidoro de Sevilla 14.
 Isidoro, mártir en Egipto 226.
 Isquirón, mártir en Egipto 226.
 Israel, sumo sacerdote hijo de Fabio 54.
 Israel, pueblo de 11, 26, 38, 41, 45, 49, 248-249, 270, 321, 330.
 Italia 88, 227-228, 260, 281, 297, 302-302, 308.

J

Jacob, patriarca, 37-38.
 Jacob, padre de San José 49-51, 84-86.
 Jacobo, hermano del Señor (véase Santiago) 57, 62, 63-64, 99, 129, 148, 247.
 Jacobo, hermano de Juan (véase Santiago) 71, 93, 254.
 Jeremías, profeta 42, 85, 153, 270.

Jericó 38, 52, 208.
 Jerjes, rey de los persas 143.
 Jerusalén 83-84, 86, 88, 89-94, 97, 99-101, 103, 107, 113, 116, 118, 125, 128-130, 140, 146, 157, 174, 176, 181, 183, 186, 193, 201, 203, 211, 215, 216, 222.
 Jesús, hijo de Ananías 100.
 Jesús, hijo de Dameo 86.
 Jesús, hijo de Yahvé 41.
 Jonathan, sumo sacerdote 82.
 Jordán, río 52, 73, 94, 97, 246.
 José (=Caifás) 54.
 José (=Barsabás) 123.
 José, esposo de María 50-51, 53, 63, 103, 173, 208.
 José, obispo de Jerusalén 129.
 Josefo, (véase Flavio Josefo) 31, 46-48, 52-56, 62, 67-69, 72-74, 82-83, 86, 88-89, 94-96, 98, 100-103, 205, 264.
 Josué 38, 41, 47.
 Juan, apóstol 11, 20, 36-37, 57-58, 63, 68, 70-71, 89, 91, 93, 105-112, 114-116, 122-123, 137, 147, 150-151, 161, 173-175, 183-184, 187-188, 206-207, 214-217, 219, 234, 239, 252-255, 279, 326, 332.
 Juan Bautista 54-56, 110.
 Juan Crisóstomo, 14, 16, 282.
 Juan Marcos 255.

Juan, obispo de Jerusalén 129.
 Judá, tribu de 46-48, 148.
 Judas (=Tomás) 58, 86.
 Judas, compañero de Pablo 121.
 Judas, escritor 200.
 Judas Galileo 46-47.
 Judas Iscariote 56, 93, 123.
 Judas, hermano del Señor 105, 116-117, 205-206.
 Judea 50-54, 57, 61, 64, 69-74, 76, 82, 83-84, 86, 88, 93-94, 110, 116, 129, 216.
 Juliana 209.
 Juliano, emperador apóstata 14.
 Juliano, mártir en Alejandría 225.
 Juliano, obispo de Alejandría 128.
 Juliano, obispo de Apamea 180.
 Juliano I, obispo de Jerusalén 176.
 Juliano II, obispo de Jerusalén 176.
 Julio Africano (véase Africano) 27.
 Julio, Elio Publio, obispo de Develto 183.
 Justino Mártir, 74-75, 112, 125, 132-133, 135, 143-144, 146-147, 154, 173, 190.
 Justo (=Barsabás) 123.
 Justo (=Santiago) 63-64, 85.
 Justo de Tiberíades 102.
 Justo, obispo de Alejandría 128.

Justo, obispo de Jerusalén
118, 129.

K

Knosos 149.

L

Lactancio, 25, 269, 280,
281, 285, 292, 314.

Lagos, padre de Tolomeo
173.

Laodicea de Frigia 151, 187.

Laodicea de Siria 231, 236,
243, 263-265.

Laranda 212.

Latroniano, gobernador de
Sicilia 337.

Lavisa 152.

Leoncio de Cesarea 22.

Leónidas, padre de
Orígenes 195.

Leto, gobernador de Egipto
195.

Leví (tribu de) 174.

Leví, obispo de Jerusalén
129.

Líbano 275, 319, 329.

Libia 20, 22, 242-243.

Licinio, emperador 28-29,
244, 285-286, 290-291,
297, 302, 307, 309-311,
314-315, 317, 321, 324,
334, 339, 341-342, 343.

Lino, obispo de Roma 91,
93, 103, 106, 171.

Lisantias, tetrarca 53-54, 67.

Longino, filósofo 210.

Lucas, evangelista 19, 30,
46-50, 54-55, 70-71, 73,
83-84, 86, 92-94, 99,

110-111, 116, 121, 160,
173, 206, 215-216, 218,
247, 323.

Luciano 239.

Luciano, mártir en
Antioquía 20, 260, 283,
302.

Lucio Aurelio Véaseo,
emperador 135, 138.

Lucio, mártir 145-146.

Lucio, obispo 258.

Lucio, obispo de Roma 235.

Lucio, anciano de
Alejandría 243.

Lucúa, caudillo judío 127.

Lupo, gobernador de
Egipto 127.

Lusio Quieto, gobernador
de Judea 127.

Lutero, Martín 12.

Lyon 159-160, 163, 169,
171, 206.

M

Macabeos 102, 215.

Mácar, mártir en Alejandría
225.

Macario de Jerusalén, 22.

Macedonia 22.

Macriano, mago y
conspirador 240, 251.

Macrino, emperador
212.

Magnesia, ciudad en Asia
Menor 119.

Maier, Paul L. 31.

Majencio, emperador 30,
285-286, 288, 290, 297,
302, 307-308.

Malco, mártir en Cesarea de
Palestina 244.

Malquión, presbítero de
Alejandría 257, 258.

Mambré 37.

Mamea, madre piadosa del
emperador Alejandro
Severo 213.

Manes, maniqueo 261-262.

Maqueronte, fortaleza de
55.

Marcela, mártir madre de
Pontamiena 199.

Marcelino, obispo de Roma
262.

Marcelo de Ancira, 16, 22,
29.

Marcelo Aviricio (véase
Avircio Marcelo) 178,
241.

Marciano, hermano de
Ireneo 189.

Marción del Ponto, hereje
134-135, 137, 143, 147,
151, 154, 173, 176, 180,
204, 213, 244.

Marcio Turbón 127.

Marco Aurelio, emperador
136, 138, 157, 170.

Marco Emilio 66.

Marcos, citado en carta
imperial 336.

Marcos, evangelista 61-62,
76-77, 87, 94, 110-111,
123, 173, 207, 215, 247,
255.

Marcos, maestro religioso
hereje 134.

Marcos, pastor de
Alejandría 134.

Marcos, obispo de Elia
(Jerusalén) 130, 176.

Marcos, sobrenombre de
Juan 255.

- Mareota, ciudad de 242-243.
- Mareya, lago 78.
- María, hija de Eleazar 97.
- María, madre de Jesús 51, 113, 208.
- María, mujer de Clopás 116.
- Marino, soldado mártir 245.
- Marino, obispo de Arles 336.
- Marino, obispo de Tiro 236.
- Mar Rojo 248-249, 308.
- Matán, de la línea geneológica de Jesús 49, 51.
- Mateo, apóstol 43, 48-51, 55, 58, 70, 75, 94, 98, 109-110, 114, 122-123, 173, 175, 182, 201, 209, 215-216, 218, 220, 225, 247, 305.
- Materno, obispo de Trévaseis 336.
- Matías, apóstol, 56, 63, 112, 115, 122-123.
- Matías, obispo de Jerusalén 129.
- Matías, padre de Josefo 101.
- Maturo, mártir de Lyon 161, 164.
- Mauritania 276.
- Maximiano Hercúleo, emperador 261, 285, 290, 297.
- Maximila, profetisa montanista 177, 179-181, 183.
- Maximino Daza, emperador 217, 271-272, 284-290, 297, 300-303, 307 309, 312-314.
- Maximino, obispo de Antioquía 151, 183.
- Maximino Tracio, emperador 217.
- Máximo, escritor 184.
- Máximo, obispo de Alejandría 241, 243, 257-258, 266.
- Máximo, obispo de Bostra 217-216.
- Máximo, obispo de Jerusalén 176.
- Máximo, presbítero de Roma 328.
- Mazabanes, obispo de Jerusalén (Elia) 222, 236, 245.
- Meandro 119, 180.
- Melic, obispo del Ponto 266.
- Melitene 170, 275.
- Melitón de Sardis 125, 136, 151-153, 187, 190, 206.
- Melquí, ascendiente de Jesús 35, 36, 38.
- Melquisedec 43, 325.
- Menandro, hereje 89, 112, 130.
- Mercuria, anciana mártir en Alejandría 225.
- Meruzanes, obispo de Armenia 231.
- Mesopotamia 22, 127, 255, 236, 281.
- Metrodoro, mártir marcionita 143.
- Milán 209, 262, 271, 289-290, 298, 302, 309-310, 314, 334.
- Milciades, escritor antimontanista 157, 180-181, 190.
- Milciades, obispo de Roma 336.
- Minucio Fundano, procónsul de Asia 133, 152.
- Miqueas, profeta 37, 51.
- Misia, aldea de Frigia 178.
- Moderato, filósofo 210.
- Modesto, autor antimarcionita 125, 148, 151.
- Möhle, A. 30.
- Moisés 11, 26, 29, 36-38, 40-41, 45-47, 51, 80, 102, 153-154, 174, 177, 205, 210-211, 248-249, 264-265, 308.
- Moisés, mártir en Roma 230.
- Montano, promotor de herejía 153, 157, 169, 177-181, 183.
- Musano, escritor antiencratita 147, 153.
- Museo, escritor judío 264.

N

- Nabucodonosor 174.
- Narciso, obispo de Jerusalén 176, 186, 189, 193, 201, 202-203.
- Natalio, hereje arrepentido 191.
- Natán, de la línea geneológica de Jesús 49, 51.
- Nazaret 19, 24, 50, 67.
- Nemesión, mártir en Egipto 226.
- Neón, obispo de Laranda 212.

Nepote, obispo en Egipto 234, 252.
 Nerón, emperador 61-62, 67, 81-84, 87-88.
 Nerva, emperador 152, 153.
 Netras, mártir alejandrino 411.
 Newman, John H. 17.
 Nicea, concilio de 11, 16, 17, 21-29, 30, 37, 43-44, 284, 338.
 Nicea de Bitinia 21-22.
 Nicetas de Heraclea, 30.
 Nicetas, padre del irenarca Herodes 225, 231, 91, 93, 104, 106, 116, 152.
 Nicolás, promotor de herejía 90, 114.
 Nicómano, filósofo 210.
 Nicomas, obispo de Iconio 257-258.
 Nicomedia 16, 21, 22-24, 267, 271, 273-275, 283, 292, 303, 310.
 Nicópolis 208.
 Nilo, obispo de Egipto 284.
 Nilópolis 227.
 Nitria, monasterio en Egipto 29.
 Noé 45, 249.
 Novaciano (véase Novato) 231, 228, 230-233, 236.
 Novato (=Novaciano) 194, 227-228, 238.
 Numenio, filósofo 210.
 Numeriano, emperador 261, 271.

O

Oblías, sobrenombre de Santiago 85.

Olivos (Monte de los) 82.
 Onésimo 153.
 Onésimo, obispo de Éfeso 119.
 Orígenes 15-17, 20, 29-30, 91, 193-197, 199-201, 205, 207-211, 213-214, 216-222, 231, 235, 245, 284, 321.
 Osio, obispo de Córdoba 22, 338.
 Osroene, reino de 64, 186.
 Ostia, ciudad de 87.
 Otón, emperador 93.
 Otrero 178.

P

Pablo, apóstol 12, 24, 56-57, 61-62, 64-65, 67, 71, 74, 79, 81, 83-84, 86-88, 91-93, 104, 106-107, 109, 111, 113, 115, 117, 120, 121, 127, 137, 149, 154, 170, 171, 173, 175, 206-207, 215, 216, 224, 228, 231, 243, 247-248, 255, 327, 332.
 Pablo, compañero de Dionisio alejandrino 223, 243.
 Pablo de Samosata 16, 20, 29, 190, 234, 256, 260, 263, 265.
 Pablo, hereje de Alejandría 197, 257, 258.
 Pablo, obispo 258.
 Pablo Servilio, gobernador de Asia 151.
 Pafos 255.
 Palestina 15, 18, 21-22, 28, 50, 65-67, 135, 175, 186,

189, 211, 213, 219, 194, 201, 211, 213, 219, 222, 231, 233, 244-245, 265-266, 276, 284-285, 343.
 Palmas, obispo de Amastris 186.
 Paneas 19, 246, 247.
 Paneión, montaña de Cesarea 246.
 Pánfilo, presbítero de Cesarea de Palestina 15, 16, 28, 29, 219, 220, 265, 284, 321.
 Panteno, maestro alejandrino 157, 174-175, 200, 205, 207, 211.
 Papías de Hierápolis 77, 90, 119, 212, 121-123.
 Papilo, mártir en Pérgamo 143.
 Papirio, 187.
 Paquimio, obispo en Egipto 284.
 Paretonio 243.
 Partia 91.
 Patmos 105, 107, 254.
 Patricio, vicario de los prefectos 338.
 Paulino, predicador laico 212.
 Paulino, obispo de Tiro 30, 319, 321-322, 343.
 Pedro, apóstol 12, 15, 56, 61, 62-63, 65, 67, 71, 75, 76-77, 87-88, 91-93, 106, 111-112, 115, 119, 121-123, 127, 138, 173, 175, 190, 204, 206-207, 215-216, 247, 254-255, 300, 321-322.

- Pedro, compañero de
Dionisio de Alejandría
223, 243.
- Pedro, mártir de Nicomedia
274.
- Pedro, obispo de Alejandría,
266, 284, 302.
- Peleo, obispo en Egipto
284.
- Pella 94, 130.
- Pentápolis 237, 256.
- Pepuza 181, 183.
- Perea 81, 94, 97.
- Perennio, juez romano 185.
- Pérgamo 143, 161.
- Perge de Panfilia 255.
- Persia 262, 302.
- Pertinax, emperador 189.
- Petra 55.
- Peucetio, cónsul y prefecto
314.
- Pfättisch J. M. 30.
- Pierio, pbro. alejandrino
266.
- Pilato, Poncio, gobernador
de Judea 12, 22, 53-54,
56, 61, 65, 69-70, 140,
172, 300, 303.
- Pina, obispo 244.
- Pinito, obispo en Creta 147,
149-150.
- Pío (=Antonino Pío) 130,
133-136, 138, 145-146,
171.
- Pío, obispo de Roma
133-134, 171, 188.
- Piriquio, barrio de
Alejandría 263.
- Pitágoras, filósofo 67,
131.
- Platón, filósofo 30, 67-68,
132, 210.
- Plinio (El Joven),
gobernador 117-118,
152.
- Plutarco, mártir en
Alejandría 197, 199.
- Polibio, obispo de Trales
19, 119.
- Policarpo de Esmirna 114,
118-122, 125, 137-141,
143, 171, 184, 187-188,
206.
- Polícrates, obispo de Éfeso
115, 186-187.
- Pompeyo, general romano
48, 50.
- Ponciano, obispo de Roma
213-217.
- Poncio Pilato (véase Pilato).
- Poncio, varón eclesiástico
183, 204.
- Pontia 105.
- Póntico, mártir de Lyon
166.
- Ponto 22, 91-92, 135, 138,
149, 173, 186, 218, 236,
245, 248, 257, 266, 282,
341.
- Porfirio, filósofo
neoplatónico 29,
210-211.
- Potamiena, mártir en
Alejandría 192,
199-200.
- Potino, obispo de Lyon 163,
171, 206.
- Potito, hereje 176.
- Primo, obispo de Alejandría
127-128.
- Primo, obispo de Corinto
148.
- Priscila, esposa de Aquila
81.
- Priscila, profetisa
montanista 177, 181,
183.
- Prisco, mártir de Cesarea de
Palestina 244.
- Prisco, padre de Justino
135.
- Probo, emperador 261.
- Proclo, hereje 87, 116,
212.
- Proclo, obispo 258.
- Próspero de Aquitania,
historiador cristiano 14.
- Protocteco, presbítero de
Cesarea 217.
- Protógenes, obispo 258.
- Publio, obispo mártir de
Atenas 149.
- Publio, obispo de Jerusalén
176.
- Publio, Elio, obispo de
Develto 183.

Q

- Queremón, diácono
alejandrino 241, 243.
- Queremón el Estoico 210.
- Queremón, obispo de
Nilópolis 227.
- Quinta, mártir en Alejandría
224.
- Quinto, apóstata de Frigia
138.

R

- Recab, sacerdote judío 85.
- Recabín, padre de Recab 85.
- Reticio, obispo 336.
- Ródano, río 159, 167.
- Rodón, escritor 157,
176-177.

- Roma 14, 22, 26, 30, 46, 48, 61, 65-66, 68-69, 71, 74-77, 81, 83-84, 87, 89-93, 101, 103-105, 115, 118-119, 121, 125, 127-128, 133-135, 137, 143, 147-148, 155, 157, 159, 166, 169-171, 173, 175-177, 184-188, 190, 194, 206-207, 212-213, 217, 221-222, 227-228, 230-231, 233, 235, 237, 238-239, 241, 245, 248, 256, 258, 260-262, 271, 281, 285-288, 290, 302, 307-309, 324, 336-338.
- Rosos 204.
- Rufino, historiador cristiano, 14, 15, 28, 304.
- Rufo, gobernador de Judea 129.
- Rufo, mártir 120.
- Rut, moabita 50, 153.
- S**
- Sabelio, hereje 20, 29, 233, 237, 256.
- Sabino, prefecto de Egipto 222, 243.
- Sabino, prefecto pretoriano 297, 309.
- Schwartz, Eduard 30, 31.
- Sadoc, fariseo amigo de Judas Galileo 47.
- Sagaris, mártir 151, 187.
- Salustio 19.
- Salem 110.
- Salomé, hermana de Herodes 52.
- Salomón, rey de Israel 38, 49, 51, 69, 149, 153, 173, 189, 205, 322, 329.
- Samaria 64, 81.
- Samosata 16, 20, 29, 190, 234, 256, 258, 260.
- Santiago, hermano del Señor (véase Jacobo) 63, 64, 71, 84, 86, 111.
- Santiago, hijo del Zebedeo (véase Jacobo) 64.
- Santos, mártir de Viena 161, 162, 164.
- Sardes 187.
- Sardis 136, 151, 206.
- Saturnino, difusor de herejías 130, 154.
- Saúl, rey de Israel 47.
- Secundo de Tolemaída 24.
- Sejano, prefecto romano 69.
- Séneca, obispo de Jerusalén 129.
- Serapión, apóstata arrepentido 230.
- Serapión, mártir en Alejandría 224.
- Serapión, obispo de Antioquía 157, 183, 186, 193-194, 203-203.
- Serenio Graniano, gobernador romano 133.
- Sereno, segundo discípulo de Orígenes mártir 199.
- Servilio Pablo, procónsul 151.
- Severa, esposa de Felipe 221.
- Severo, emperador 189, 190, 193, 195, 199-201, 208, 213, 271-272, 285, 302.
- Severo, hereje 154.
- Sexto, escritor 189.
- Shortwell, James T. 19.
- Sicilia 39, 210, 337.
- Sidón 283, 304.
- Sidonio, hereje novaciano arrepentido 228.
- Silas, profeta del N. T. 181.
- Silvano, obispo de Emesa 283.
- Silvano, obispo de Gaza 284.
- Símaco, obispo de Jerusalén 176.
- Símaco, traductor de la Biblia 193, 209-209.
- Simeón, obispo de Jerusalén 89, 90, 103, 107, 116, 118, 129, 148.
- Simón, hijo de Clopas (=Simeón obispo de Jerusalén) 116-117.
- Simón, hijo de Camilo 54.
- Simón el mago 61, 64-65, 73-76, 112, 130-131, 134, 148.
- Sínade 212, 238.
- Sinaí 11.
- Sinero, hereje marcionita 176.
- Sión 270, 333.
- Siracusa 337.
- Siria 21, 46, 88, 119-120, 130, 135, 243, 263, 275, 284.
- Sixto (I), obispo de Roma 128-129, 171, 188, 236.
- Sixto (II), obispo de Roma 236, 238-239, 245.
- Sócrates, filósofo 144.
- Sócrates, historiador cristiano 14.

- Sócrates, obispo de Laodicea 263.
- Sozomeno, historiador cristiano 14, 20, 22.
- Sodoma 39, 97, 191.
- Sóstenes, uno de los setenta discípulos del Señor 56.
- Sotas de Anquialo 183.
- Sotero, obispo de Roma 147-148, 150, 155, 159, 171, 188.
- Sulpicio Severo, historiador cristiano, 14.
- Susana, citada en el libro de Daniel 218.
- T**
- Taciano 126, 144, 154, 176, 177, 190, 205.
- Tácito, 19.
- Tadeo, discípulo 56-60, 64.
- Taposiris 223.
- Tarso 231, 236, 257-258, 297, 342.
- Tebaida 16, 195, 267, 278, 284.
- Tibutis, hereje 148.
- Telesforo, destinatario de las cartas de Dionisio 256.
- Telesforo, obispo de Roma 129, 133, 171, 188.
- Telimidro, obispo de Laodicea 231, 236.
- Temisión, hereje montanista 180.
- Teoctisto, obispo de Cesarea de Palestina 216, 231, 236, 245.
- Teodoción, traductor de la Biblia 173, 208.
- Teodoreto de Giro, historiador cristiano 14.
- Teodoro (=Gregorio Taumaturgo) 218.
- Teodoro, laico predicador 212.
- Teodoro, obispo 258.
- Teodoro, obispo y mártir en Egipto 284, 287.
- Teodoto, administrador montanista 169, 179.
- Teodoto, cambista 191.
- Teodoto, obispo de Laodicea 265.
- Teodoto el zapatero 190.
- Teófilo, mártir en Egipto 226.
- Teófilo, obispo 258.
- Teófilo, obispo de Antioquía 125, 147, 150-151.
- Teófilo, obispo de Cesarea de Palestina 186, 189.
- Teognis de Nicea 24.
- Teofrasto, artemonita 191.
- Teonás de Marmarica 24.
- Teonas, obispo de Alejandría 266.
- Teocteno, charlatán de Alejandría 299, 314.
- Teocteno, obispo de Cesarea 245, 257-258, 265.
- Tertuliano 23, 44, 62, 66, 87, 106, 118, 170-171, 291.
- Teudas, impostor judío 73.
- Tíber, río 75.
- Tiberio, emperador 44-46, 67, 71, 73, 75.
- Timeo, obispo de Antioquía 495.
- Timio 318.
- Timoteo, compañero de Dionisio alejandrino 409 410.
- Timoteo, compañero de Pablo 104, 105, 120, 124, 292.
- Timoteo, hijo de Dionisio alejandrino 482.
- Tionio, mártir famoso 143.
- Tiranión, obispo de Tiro 283-284.
- Tirano, obispo de Antioquía 263.
- Tiro 16-17, 21, 30, 75, 189, 236, 262, 276, 277, 283, 293, 303-304, 321-322.
- Tito, emperador 19, 74, 92-93, 96, 102-102, 135, 152, 205.
- Tmuis, ciudad al este de Alejandría 278.
- Tobías, judío de Edesa 58-59.
- Tobías, obispo de Jerusalén 129.
- Tolemaida, ciudad de Siria 189.
- Tolemaida de Pentápolis 237.
- Tolomeo Filadelfo 264.
- Tolomeo Lagos 173.
- Tolomeo, mártir 145.
- Tolomeo, soldado mártir 226.
- Tolomeos (Dinastía de los) 46.
- Tomás, apóstol 57-58, 64, 91, 112, 122.

Torre de Esbón (=Cesarea de Palestina) 72.
 Tracia 22, 183.
 Trajano, emperador 90, 106-107, 117-118, 125, 127-128, 152, 159, 171.
 Trales 119.
 Traseas, obispo y mártir en Eumenia 183, 187.
 Trifón, judío ilustre con quien polemizó Justino 146, 147, 262.
 Tróades, región de Asia Menor 119.

U

Ucama, sobrenombre de Abgar, rey de Edesa 58.
 Urbano, novaciano arrepentido 228.
 Urbano, obispo de Roma 212-213.
 Urbicio, prefecto romano 145.
 Urso, director de finanzas imperiales en África 338.

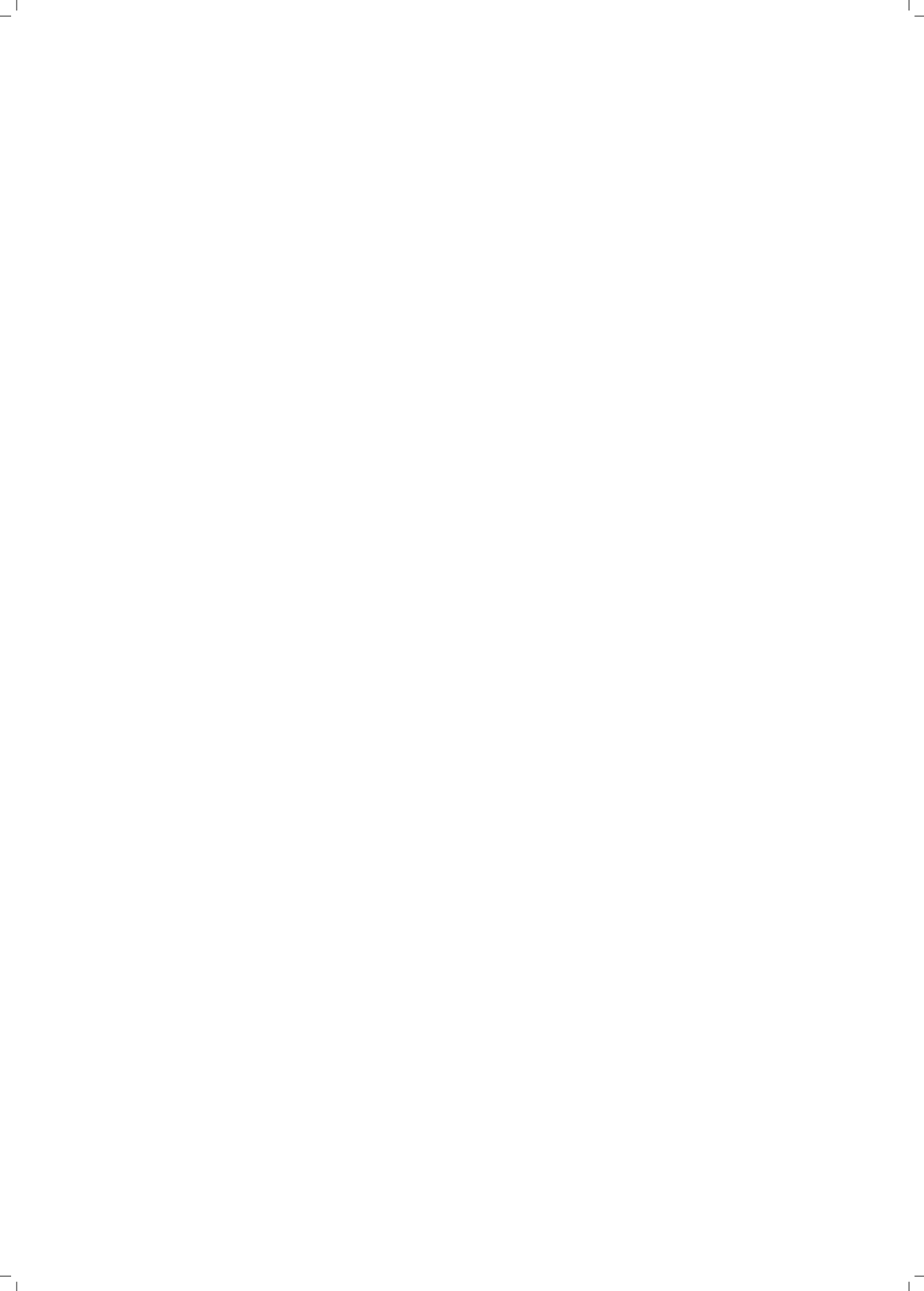
V

Valente, obispo de Jerusalén 176.
 Valentín, hereje 134, 137, 154-155, 184.
 Valeriano, emperador 233, 239-241, 244, 251, 273.
 Valerio Grato, gobernador de Judea 54.
 Valois, Henri de 31.
 Vaticano 87.
 Velasco Delgado, Argimiro 15, 31.
 Véaseisimo (=Marco Aurelio, véase Antonino) 215.
 Véaseo, Antonio (=Marco Aurelio, véase Antonino) 125, 136, 138, 146, 147, 157, 159-160.
 Vespasiano, emperador 70, 86, 89, 93, 96, 99, 101, 103-104, 152, 171.
 Vetio Epágato, mártir en Lyon 160-161.
 Víctor, obispo de Roma 115, 185-186, 191, 206.

Viena, ciudad de la Galia 55, 159-161, 206.
 Vito, presbítero de Roma 22.
 Vicente, presbítero de Roma 22.

Z

Zabdas, obispo de Jerusalén 266.
 Zacarías, padre de Juan el Bautista 160-161.
 Zaqueo, obispo de Jerusalén 129.
 Zebedeo, padre de Santiago y Juan 93, 254.
 Zebeno, obispo de Antioquía 213, 218.
 Zeferino, obispo de Roma 87, 190-191, 207, 212.
 Zenobio, anciano y mártir de Sidón 283-284.
 Zenón, soldado mártir 226.
 Zeus Epífano (=Cayo=Calígula) 69.
 Zeus Filios, estatua de 299.
 Zorobabel 322, 328.
 Zósimo, mártir 120.
 Zótico, coanciano de Cumana 178, 180, 183.



ÍNDICE DE TEXTOS Y ESCRITOS DE LOS PADRES DE LA IGLESIA Y OTROS AUTORES DE LA ANTIGÜEDAD CITADOS POR EUSEBIO EN SU HISTORIA ECLESIAÍSTICA

A

Africano (Sexto Julio)

- Carta a Arístides (VI 31, 3) 218.
- Carta a Orígenes (VI 31, 1) 218.
- Cronografías (VI 31, 2) 218.
- Kestoi (VI 31, 1) 218.

Agripa Castor

- Respuesta contra Basíledes (IV 7, 6) 131.

Alejandro (obispo de Jerusalén)

- Carta a los antoninos (VI 11, 3) 203.
- Carta a los de Antioquía (VI 11, 5) 207.
- Carta a Demetrio (VI 19, 17) 211.
- Carta a Orígenes (VI 14, 8) 207.

Ammonio

- Acerca de la armonía entre Moisés y Jesús (VI 19, 10) 211.

Anatolio (obispo de Laodicea)

- Cánones de Anatolio sobre la Pascua (VII 32, 13) 264.
- Introducciones aritméticas (VII 32, 20) 265.

Anónimos y apócrifos

- Actas de Carpo, Papilo y Agatónice (IV 15, 48) 143.
- Actas de Pionio (IV 15, 47) 143.
- Anónimo antimontanista (V 16, 2) 178.
- Apocalipsis de Pedro (III 3, 2; III 25, 4; VI 14, 1) 91, 111, 206.
- Carta de Jesús a Abgaro (I 13, 10) 58.
- Carta de la iglesia de Esmirna a la de Filomelio y otras asambleas (IV 15, 2, 3) 138.
- Carta de las iglesias de la Galia sobre la Pascua (V 23, 3) 186.
- Carta de las iglesias de Lyon y Viena a las de Asia y Frigia (V 1, 3) 160.
- Carta de las iglesias de Osroene sobre la Pascua (V 23, 4) 186.
- Carta del concilio de Antioquía a Dionisio de Roma, Máximo de Alejandría y a todos los obispos, presbíteros y diáconos (VII 30, 2) 258.
- Carta de los mártires de Lyon al obispo de Roma Eleuterio (V 4, 2) 169.
- Carta de los obispos del Ponto sobre la Pascua (V 23, 3) 186.

Carta de los obispos reunidos en Palestina sobre la Pascua (V 23, 3; V 25, 1) 186, 189.

Carta de los obispos reunidos en Roma sobre la Pascua (V 23, 3) 186.

Carta del rey Abgaro a Jesús (I 13, 6) 58.

Contra la herejía de Artemón (V 28, 1) 190.

Enseñanza de los apóstoles (V 25, 4) 111.

Evangelio de los Hebreos (III 25, 5; III 27, 4; III 39, 17; IV 22, 8) 111, 113, 123, 149.

Evangelio de Matías (III 25, 6) 112.

Evangelio de Pedro (III 3, 2; III 26, 6; V 12, 2) 91, 111, 204.

Evangelio de Tomás (VI 25, 6) 112.

Evangelio siríaco (IV 22, 8) 149.

Hechos de Andrés (III 25, 6) 112.

Hechos de Juan (III 25, 6) 112.

Hechos de Pablo (III 3, 5; III 25, 4) 92, 111.

Hechos de Pedro (III 3, 2) 191.

Libro de Enoc (VII 32, 19) 265.

Libro de los días (I 7, 14) 50.

Martirio de Policarpo (IV 15, 3) 138.

Explicaciones de las divinas Escrituras (V 8, 8) 173.

Relato siríaco de la predicación de Tadeo (I 13, 11-21) 58-60.

Innumerables tratados diversos (V 27, 1) 190.

Apión

Sobre el Hexámeron (V 27, 1) 189.

Apolinar de Hierápolis

Carta apologética al Emperador (IV 26, 1) 151.

Contra la herejía de los frigios (IV 27, 1) 153.

Contra los griegos (IV 27, 1) 153.

Contra los judíos (IV 27, 1) 153.

Discurso al emperador (IV 27, 1) 153.

Sobre la verdad (IV 27, 1) 153.

Apolonio

Contra la herejía catafriga (V 18, 1) 181.

Arístides

Apología (IV 3, 3) 128.

Asterio Urbano

Compilación de los oráculos proféticos de Maximila (V 16, 17) 180.

B

Baquilo (obispo de Corinto)

Carta sobre la Pascua (V 23, 4) 186.

Bardesanes

Diálogo contra los marcionitas y otros cabecillas herejes (IV 30, 1) 155.

Diálogo sobre el destino (IV 30, 2) 155.

Basíledes

Sobre el Evangelio (IV 7, 7) 131.

Berilo de Bostra

Cartas y otros escritos (VI 20, 2) 212.

Bernabé

Carta de Bernabé (III 25, 4; VI 13, 6; III 14, 1) 111, 205-206.

C

Cándido

Sobre el Hexámeron (V 27, 1) 189.

Casiano

Cronografía (VI 12, 7) 205.

Cayo

Diálogo contra Proclo (II 25, 6; III 28, 2; III 31, 4; VI 20, 3) 87, 113, 116, 212.

Celso

Palabra verdadera (VI 36, 2) 220.

Clemente de Alejandría

Canon eclesiástico o A los judaizantes (VI 13, 3) 205.

Comentario del Génesis (VI 13, 8) 206.

El Pedagogo (VI 13, 3) 205.

El Protréptico, discurso a los griegos (VI 13, 3) 205.

Exhortaciones a la paciencia o A los recién bautizados (VI 13, 3) 205.

Hypotyposesis (I 1, 3; II 9, 1; II 15, 2; V 11, 2; VI 13, 2; VI 14, 1) 63, 71, 77, 175, 205, 206.

¿Qué rico se salva? (III 23, 5; VI 13, 3) 107, 205.

Sobre el ayuno (VI 13, 3) 205.

Sobre la calumnia (VI 13, 3) 205.

Sobre la Pascua (VI 13, 3, 9) 205-206.

Stromateis de las memorias gnósticas según la verdadera filosofía (III 29, 1; III 30, 2; V 11, 2; VI 6, 1; VI 13, 1) 114-115, 175, 200, 205.

Clemente de Roma

Carta a los Corintios (III 16, 1; III 38, 1; III 38, 3; IV 22, 1; IV 23, 11; VI 13, 6) 104, 121, 148, 150, 205.

Segunda Carta de Clemente (III 38, 4) 121.

Diálogos entre Pedro y Apión (III 38, 5) 121.

Cornelio (obispo de Roma)

Carta a Dionisio de Alejandría contra Novaciano (VI 46, 3) 231.

Carta acerca del ministerio a Dionisio (VI 46, 5) 231.

Carta a Fabio, obispo de Antioquía (VI 43, 3) 227.

Carta sobre las actuaciones de Novato (VI 43, 4) 228.

Carta sobre las decisiones del concilio contra Novato (VI 43, 4) 228.

Cuadrato

Apología (IV 3, 1) 128.

D

Dionisio de Alejandría

Carta a Cornelio de Roma (VI 46, 3) 231.

Carta a Dionisio de Roma, (4ª) sobre el bautismo (VII 7, 6) 238.

Carta a Dionisio de Roma, sobre Luciano (VII 9, 6) 239.

Carta a Dionisio de Roma, contra Sabelio (VII 26, 1) 256.

Carta a Empuro, contra Sabelio (VII 26, 1) 256.

Carta a Domicio y Dídimo (VII 20, 1) 248.

Carta a Esteban, sobre el bautismo (VII 2, 1; VII 5, 1) 235-236.

Carta a Eufanor (VII 26, 1) 256.

Carta a Fabio de Antioquía (VII 41, 1; VI 44, 1) 223, 230.

Carta a Filemón, (3ª) sobre el bautismo (VII 7, 1) 237.

Carta a los de Armenia, sobre el arrepentimiento (VI 46, 2) 231.

Carta a los de Egipto, sobre la penitencia (VI 46, 1) 231.

Carta a los de Laodicea, sobre el arrepentimiento (VI 46, 2) 231.

Carta a los de Roma, sobre la paz (VI 46, 5) 231.

Carta a los de Roma, sobre el arrepentimiento (VI 46, 5) 231.

Carta a Novaciano (VI 45, 1) 231.

Carta a Orígenes, sobre el martirio (VI 46, 2) 231.

Carta a Sixto, (2ª) sobre el bautismo (VII 5, 3) 236.

Carta a Sixto, (5ª) sobre el bautismo (VII 9, 1) 238.

Carta a Sixto y a la iglesia de Roma (VII 9, 6) 239.

Carta a Telesforo (VII 26, 1) 256.

Carta al obispo Ammón (1ª y 2ª) contra Sabelio (VII 26, 1) 256.

Carta al obispo Colón, sobre el arrepentimiento (VI 46, 2) 231.

Carta al Concilio de Antioquía excusando su asistencia (VII 27, 2) 257.

Carta de reprensión a su grey en Alejandría (VI 46, 2) 231.

Carta contra Germán (VI 40, 1; VII 11, 1) 222, 241.

Carta acerca del ministerio por medio de Hipólito a los de Roma (VI 46, 5) 231.

Carta sobre festividades a Domicio y Dídimo (VII 20, 1) 248.

Carta sobre festividades a Flavio (VII 20, 1) 248.

Carta sobre festividades a Hermamón (VII 1, 1; VII 10, 2; VII 22, 12) 235, 239, 251.

Carta sobre festividades a Hieraco (VII 21, 2) 248.

Carta sobre festividades a los hermanos de Egipto (VII 22, 11) 251.

Carta sobre festividades a los copresbíteros de Alejandría (VII 20, 1) 248.

Carta sobre la Pascua a los hermanos de Alejandría (VII 21, 2) 248.

Carta sobre las calamidades a los hermanos de Alejandría (VII 22, 1) 249.

Cartas a Basíldes (VII 26, 3) 256.

Cartas a los confesores de Roma (VII 46, 5) 232.

Cartas sobre el ejercicio (VII 22, 11) 251.

Carta sobre el sábado (VII 22, 11) 251.

Comentario del comienzo del Eclesiastés (VII 26, 3) 256.

A su hijo Timoteo sobre la naturaleza (VII 26, 2) 256.

Sobre las promesas (III 28, 3; VII 24, 1) 113, 252.

A su hijo Timoteo sobre las tentaciones (VII 26, 2) 256.

Contra Sabelio, a Dionisio de Roma (VII 26, 2) 256.

Dionisio de Corinto

Carta a Crisófora (IV 23, 13) 150.

Carta a la iglesia de Amastris (IV 23, 6) 149.

Carta a las iglesias del Ponto (IV 23, 6) 149.

Carta a los atenienses (IV 23, 2) 149.

Carta a los de Gortina (IV 23, 5) 149.

Carta a los de Knosos (IV 23, 7) 149.

Carta a los nicomedas (IV 23, 4) 149.

Carta a los lacedemonios (IV 23, 2) 149.

Carta a los romanos (IV 23, 9) 150.

E

Eusebio de Cesarea

Cánones cronológicos (I 1, 6) 35.

Comentarios y otras obras, posiblemente su Introducción general elemental (I 2, 27; I 6, 11) 41, 48.

Recopilación de los antiguos martirios (IV 15, 47; V Pref. 2; V 4, 3; V 21, 5) 143, 159, 170, 185.

Vida de Pánfilo (VI 32, 3; VII 32, 25) 219, 265.

Eusebio de Cesarea y Pánfilo

Apología de Orígenes (VI 23, 4; VI 33, 4; VI 36, 4) 213, 220, 221.

F

Felipe de Gortina

Contra Marción (IV 25, 1) 151.

Fileas de Tmuis

Carta a los tmuitas (VIII 10, 1) 279.

Filemón (presbítero romano)

Carta a Dionisio de Alejandría (VII 5, 6) 236.

Filón de Alejandría

Alegorías de las leyes sagradas (II 18, 1) 80.

Alejandro o De cómo los animales irracionales tienen razón (II 18, 6) 81.

De cómo según Moisés es Dios quien envía los sueños (II 18, 4) 80.

De cómo todo hombre bueno es libre (II 18, 6) 81.

De cómo todo hombre malo es esclavo (II 18, 6) 81.

De la vida contemplativa o Suplicantes (II 17, 3; II 18, 6) 77, 81.

El político (II 18, 6) 81.

Embajada (II 5, 6) 68.

Interpretaciones de los nombres hebreos que se encuentran en la ley y en los profetas (II 18, 6) 81.

Problemas y soluciones I y V (II 18, 5) 81.

Problemas y soluciones sobre el Génesis (II 18, 1) 81.

Sobre el Tabernáculo (II 18, 5) 81.

Sobre las leyes principales de los diez mandamientos I y V (II 18, 5) 81.

Sobre la recompensa de los buenos y castigos de los malos bajo la Ley (II 18, 5) 81.

Sobre la agricultura (II 18, 2) 80.

Sobre la agrupación para la instrucción (II 18, 2) 80.

Sobre la confusión de las lenguas (II 18, 2) 80.

Sobre la embriaguez (II 18, 52) 80.

Sobre la emigración y vida del sabio perfecto según la justicia o Sobre las leyes no escritas (II 18, 4) 80.

Sobre la fuga y la invención (II 18, 2) 80.

Sobre la providencia (II 18, 2) 81.

Sobre las cosas que el sobrio entendimiento desea y repudia (II 18, 2) 80.

Sobre las leyes no escritas (II 18, 4) 80.

Sobre las virtudes (II 6, 3; II 18, 8) 69, 81.

Sobre las tres virtudes que Moisés describió junto con otras (II 18, 2) 80.

Sobre los animales de los sacrificios y tipos de sacrificios I y V (II 18, 5) 81.

Sobre los cambios de nombre y el porqué de esos cambios (II 18, 3) 80.

Sobre los diez mandamientos (II 18, 5) 81.

Sobre los gigantes o Sobre la inmortalidad de Dios (II 18, 4) 80.

Sobre los judíos (II 18, 6) 81.

Sobre quién es el heredero de las cosas divinas (II 18, 2) 80.

Sobre las partes iguales y opuestas (II 18, 2) 80.

Sobre los testamentos (II 18, 3) 80.

H

Hegesipo

Memorias (II 23, 3; III 32, 2-8; IV 8, 1; IV 22, 1) 84, 116-117, 132, 148.

Sobre el Apóstol 338.

Hermas

Pastor (III 3, 6; III 25, 4; V 8, 7) 92, 111, 173.

Hipólito

Contra Marción (VI 22, 1) 213.

Contra las herejías (VI 22, 1) 213.

Sobre el Cantar de los Cantares (VI 22, 1) 213.

Sobre el Hexámeron (VI 22, 1) 213.

Sobre la Pascua (VI 22, 1) 213.

Sobre porciones de Ezequiel (VI 22, 1) 213.

I

Ignacio de Antioquía

Carta a la iglesia de Éfeso (III 36, 5) 119.

Carta a la iglesia de Esmima (III 36, 10) 119.

Carta a la iglesia de Filadelfia (III 36, 10) 119.

Carta a la iglesia de Magnesia (III 36, 5) 119.

Carta a la iglesia de Roma (III 36, 6) 119.

Carta a la iglesia de Trales (III 36, 5) 119.

Carta a Policarpo (III 36, 10) 119.

Ireneo de Lyon

Carta a Blasto sobre el cisma (V 20, 1) 184.

Carta a Florino, sobre la monarquía o sobre que Dios no es autor de los males (V 20, 1) 184.

Carta a Víctor, obispo de Roma (V 24, 11) 188.

Contra las herejías (II 3, 5; III 18, 2; III 23, 3; III 28, 6; III 36, 12; III 39, 1; IV 11, 2; IV 14, 3-8; IV 18, 9; IV 29, 1; V 5, 9; V 7, 1; V 8, 1) 75, 105, 107, 114, 120, 121, 134, 137, 147, 171, 172-173.

Contra Marción (IV 25, 1; V 8, 9) 151, 173.

Demostración de la predicación apostólica (V 26, 1) 189.

Disertaciones diversas (V 26, 1) 189.

Sobre la ciencia (V 26, 1) 189.

Sobre la Ogdoada (V 20, 1) 184.

J

Josefo (Flavio)

Antigüedades de los judíos (I 5, 4; I 8, 5; I 9, 2; I 10, 4; I 11, 4; II 5, 2; II 10, 2; II 20, 1; II 23, 21; III 9, 3; III 10, 7-8; III 10, 8) 46, 52, 53, 54, 55, 68, 72, 82, 86, 101, 102.

Contra Apión (III 9, 4) 101.

Guerras de los judíos (I 5, 6; II 6, 4; II 21, 3; III 6, 1; III 8, 1; III 9, 3) 47, 69, 83, 95, 100, 101.

Sobre la supremacía de la razón o Macabeos (III 10, 6) 102.

Judas

Comentario a las setenta semanas de Daniel (VI 7, 1) 200.

Justino Mártir

A los griegos (IV 18, 3) 146.

Apología I (II 13, 2; IV 8, 3; IV 11, 11; IV 18, 2) 74, 132, 134, 146.

Apología II (IV 16, 1; IV 17, 1) 143, 144.

Contra Marción (IV 11, 8; IV 18, 9) 135, 147.

Contra las herejías (IV 11, 10) 135.

Diálogo con Trifón contra los judíos (IV 18, 6) 146.

Psattes (IV 18, 5) 146.

Refutación a los griegos (IV 18, 4) 146.

Sobre el alma Psattes (IV 18, 5) 146.

Sobre la monarquía de Dios (IV 18, 4) 146.

M

Máximo

Acerca de la existencia de la creación de la materia (V 27, 1) 189.

Sobre el problema del origen del mal (V 27, 1) 189.

Melitón de Sardis

A Antonino (IV 13, 8; IV 26, 2) 136, 151.

Escrito al Emperador (IV 26, 4) 151.

Extractos (IV 26, 14) 153.

La llave (IV 26, 2) 151.

Sobre el alma y el cuerpo (IV 26, 2) 151.

Sobre el Apocalipsis de Juan (IV 26, 2) 151.

Sobre el bautismo (IV 26, 2) 151.

Sobre la conducta (IV 26, 2) 151.

Sobre la creación (IV 26, 2) 151.

Sobre el diablo (IV 26, 2) 151.

Sobre el domingo (IV 26, 2) 151.

Sobre la fe (IV 26, 2) 151.

Sobre la fe del hombre (IV 26, 2) 151.

Sobre la hospitalidad (IV 26, 2) 151.

Sobre la Iglesia (IV 26, 2) 151.

Sobre el nacimiento de Cristo (IV 26, 2) 151.

Sobre la obediencia de los sentidos a la fe (IV 26, 2) 151.

Sobre la Pascua (IV 26, 2) 151.

Sobre los profetas (IV 26, 2) 151.

Sobre su profecía (IV 26, 2) 151.

Sobre la verdad (IV 26, 2) 151.

Milciades

Apología (V 17, 5) 181.

Contra los griegos (V 17, 5) 181.

Contra los judíos (V 17, 5) 181.

Modesto

Tratado contra Marción (IV 25, 1) 153.

Musano

Contra los encratitas (IV 28, 1) 258.

N

Nepote

Himnos (VII 24, 4) 252.

Refutación de los alegoristas (VII 24, 2) 252.

O

Orígenes

Carta a Fabián, obispo de Roma (VII 36, 4) 221.

Carta a Severa, emperatriz (VII 36, 3) 221.

Carta al emperador Felipe (VII 36, 4) 221.

Carta a Julio Africano (VI 31, 1) 218.

Comentario al salmo I (VI 25, 1) 214.

Comentarios a Ezequiel (VI 32, 1) 219.

Comentarios a Isaías (VI 32, 1) 219.

Comentarios a las Lamentaciones (VI 24, 2) 214.

Comentarios al Cantar de los Cantares (VI 32, 2) 219.

Comentarios al Evangelio de Juan (VI 25, 7; VI 28, 1) 397.

Comentarios al Evangelio según Mateo (VI 25, 4; VI 36, 2) 215, 220.

Comentarios al Génesis (III 1, 3; VI 24, 2) 91, 214.

Comentarios a los primeros 25 salmos (VI 24, 2) 214.

Contra Celso (VI 36, 2) 220.

Hexaplas (VI 16, 3) 208.

Homilía sobre el salmo 82 (VI 38, 1) 221.

Homilías sobre la Carta a los Hebreos (VI 25, 11) 216.

Sobre el martirio (VI 28, 1) 217.

Sobre la resurrección (VI 24, 2) 214.

Sobre los doce profetas (VI 36, 2) 220.

Sobre los principios (VI 24, 3) 214.

Stromateis (VI 24, 3) 214.

Tetraplas (VI 16, 4) 377.

R

Rodón

Comentario sobre el Hexámeron (V 13, 8) 177.

Contra Marción (V 13, 2) 176.

Soluciones a los problemas propuestos por Taciano (V 13, 8) 177.

S

Serapión de Antioquía

Acerca del llamado Evangelio de Pedro (VI 12, 2) 204.

A Dommo (VI 12, 1) 204.

A Poncio y Carico (V 19, 1; VI 12, 1) 183, 204.

Cartas diversas a otras personas (VI 12, 1) 204.

Sexto

Sobre la resurrección (V 27, 1) 189.

Símaco

Comentarios al Evangelio según Mateo (VI 17, 1) 208.

Sotero

Carta a los Corintios (IV 23, 11) 150.

T

Taciano

Diatessarón (IV 29, 6) 154.

Discurso contra los griegos (IV 16, 7; IV 29, 7; VI 13, 7) 144, 154, 371.

Problemas (V 13, 8) 177.

Temisón

Carta universal (V 18, 5) 320.

Teoctisto de Cesarea y Alejandro de Jerusalén

Carta a Demetrio (VI 19, 17) 182.

Teófilo de Antioquía

A Autólico (IV 24, 1) 150.

Contra la herejía de Hermógenes (IV 24, 1) 150.

Contra Marción (IV 24, 1) 151.

Libros de catequesis (IV 24, 1) 150.

Tertuliano

Apología por los cristianos (II 2, 4; III 33, 3; V 5, 5) 66, 118, 170.

ÍNDICE DE TEMAS

A

- Actitud de los cristianos 307.
- Acusadores de los cristianos, riesgos de los 185.
- Adivinos 52, 287.
- Adopción, doctrina de la 255, 260.
- Adulteración herética de las Escrituras 191.
- Alegorías 78, 79.
- Ammonita 50.
- Anciano, ancianos por cargo en la Iglesia 74, 91-92, 107, 122-123, 143, 172-173, 174, 178, 184, 188, 204, 207, 217, 220, 227-229, 230, 237, 243, 250, 252, 258-259, 266, 276, 283-284, 302.
por edad 20, 57, 88, 95-96, 108, 122-123, 137, 139, 143, 150, 160, 174-176, 224-226, 230, 249, 263, 322.
- Anfiteatro, lugar de martirio 164-169.
- Ángeles 38, 40, 94, 112, 113, 141, 191, 299, 330, 333.
- Anticristo 105, 173, 200, 255.
- Antiguo Testamento 27, 28, 54, 101, 153, 166, 172, 181, 208, 214, 219, 221, 327.
- Antinoítas (véase antoninos).
- Antoninos 203.
- Apariciones de mártires 200.
- Apócrifos del N. T. 11-112, 149.
- Apostasía, apostatar, apóstatas 131, 113, 149, 162, 164-165, 225-226, 258.
- Apóstoles 35, 44, 55-58, 61, 63-64, 66, 72-76, 78-80, 84, 87, 89-94, 99, 101, 103, 107, 109, 112-123, 125, 127, 129, 132, 134, 137, 147-148, 150, 154, 159, 166, 171, 175-176, 182-184, 187-190, 204, 106, 215-216, 221, 247, 252, 269, 300, 325, 332-333.
- Apóstoles, matrimonio de 115.
- Archivos 50, 58, 182.
- Aristocracia romana, conversiones entre la 185.
- Aritmética 209, 263, 265.
- Armenios 305-306.
- Arrepentimiento 109, 175, 220, 226-227, 230, 231, 289.
- Ascensión del Señor 57, 58, 61, 63, 65, 74, 93, 114, 122.
- Ascetas 61, 77.
- Asedio de Jerusalén 48, 70, 94, 86-101.
- Asiarca 141.
- Astronomía 263.
- Automutilación de Orígenes 201.
- Ayuno 79, 109, 110, 181, 186, 188, 198, 105.

B

Banquetes 77, 139, 161, 166, 182, 223, 250.
 Baños romanos, casas de 114, 137, 141, 160.
 Bautismo (véase Sello del Señor)
 de fuego 199.
 de herejes 235-236, 238.
 falso 238-239.
 por aspersion 229.
 Bibliotecas 15,18, 81, 101, 173, 212, 219, 276, 321.
 Bondad, bondadoso 51, 227, 241, 285, 292, 335-336, 340.
 Bondad de los dioses paganos 303, 304.
 Borrado de la memoria histórica 106, 286, 314, 342.

C

Caligrafía 213.
 Calumnias contra los cristianos 131-132, 146, 152, 161-162, 299, 301.
 Canon del Nuevo Testamento 327.
 Canon eclesiástico 205.
 Cánones cronológicos 35.
 Cánones de Anatolio sobre la Pascua 264.
 Cánones evangélicos 29.
 Cargos civiles ejercidos por un obispo 259.
 Cargos eclesiásticos 80.
 Cargos públicos ejercidos por cristianos 269, 278, 281.

Carpocratianos 148.
 Cartas de comunión 260.
 Cartas de los obispos 189.
 Castidad 79, 114.
 Catáfrigas (profetas montanistas) 157, 177, 181.
 Catecumenado 236.
 Catecúmenos 199.
 Catequesis 218.
 Cementerios 87, 242, 245, 299.
 Censo 46-47, 306.
 Centurión 15, 142, 145, 243, 245.
 Cerintianos 113-114, 253.
 Circuncisión 45, 92, 118, 129, 130, 148, 176.
 Cisma novaciano 227-232, 236-238.
 Cleobinos 148.
 Clero cristiano 191, 229.
 Concilio contra Novato 227.
 Concilio, como edicto imperial 336.
 Concilio de Asia 136, 141.
 Concilio (véase Sínodo) 11, 14, 17, 21-26, 30, 36-37, 43-44, 136, 141, 205, 284, 338.
 Concilios: véase Sínodos.
 Condenación 147, 165.
 Confesión de fe 11, 23, 45.
 Confesión de fe de los mártires 143, 161-162, 164-165, 168, 201, 203, 217, 222, 228, 243-245, 265, 279, 281, 298.
 Confesión pública 134, 165.
 Confirmación por el Obispo 229.

Confiscación de bienes 288, 312.
 Consejo alejandrino 263, 264.
 Continencia 79, 114, 302.
 Controversia sobre la Pascua 186.
 Conversión 15, 74, 132, 227, 261.
 Copistas 213.
 Corbán 70.
 Costumbres, reglas y doctrinas de la Iglesia primitiva 77, 191, 197, 219.
 Cristianos 13, 14, 16, 18, 23, 25-26, 28, 35-36, 56-57, 75, 78, 90, 94, 112, 125, 128, 131, 136-136, 138-141, 147, 151, 159-166, 170-175, 200, 205, 210-211, 224-226, 239-241, 246, 248, 251, 261, 264-265, 269-276, 278, 280-281, 283-284, 286, 288-293, 297-302, 307, 309, 312-315, 317, 320, 327, 334-335, 340-342.
 Cristianos
 de Antioquía 224.
 de Arabia 194, 221.
 de Asia 138.
 de Edesa 57, 64.
 de Egipto 233, 241.
 de Esmirna 125.
 de Jerusalén 94.
 del Norte de África 241.
 Cristianos
 empleados 269.
 escritores 44, 205.
 funcionarios 267, 274.

historiadores 302.
 intelectuales 14.
 soldados 273.
 Cristianos, nombre de
 (véase, Nombre de
 cristianos)
 Cristianos, principios de los
 26.
 Cristianos, tribu de los
 117-118.
 Cristo sufre con los
 mártires 162.
 Cruz 23, 30-31, 52, 56, 119,
 164, 204, 277, 279, 289,
 302.
 Culto al emperador 68-69,
 159, 241, 425.
 Culto a los mártires,
 (supuesto) 142, 275.

D

Dádivas imperiales a los
 obispos 338.
Damnatio memoriae (véase
 Borrado de la memoria
 histórica).
 Decisiones de las ciudades
 contra los cristianos 303.
 Decretos
 del senado 185.
 eclesiásticos de los
 sínodos 186, 189,
 227-228, 237-238.
 imperiales 152, 271,
 281, 300.
 Dedicación de iglesias 320-
 334.
 Demandas de las ciudades
 contra los cristianos
 299-301, 304-305, 307,
 310.

Demonio, demonios 58, 74,
 112-113, 130-131, 135,
 146, 159, 182, 183, 185,
 222, 240, 246, 261, 270,
 282, 187, 299, 205, 324,
 331, 339, 340.
 Demonio,
 asociado a las
 herejías 112, 130-131,
 135, 193, 246, 261.
 asociado a las
 persecuciones 142,
 159-167, 185, 222,
 239-240, 299-300.
 Descendientes de David
 103-106, 116.
 Desgracias y calamidades
 públicas atribuidas a los
 cristianos 304.
 Destierro 11, 24, 61, 67,
 104-107, 301, 341.
 Destrucción de Escrituras y
 libros sagrados 272, 276,
 327.
 Destrucción del templo de
 Jerusalén 93, 129.
 Destrucción y arrasamiento
 de iglesias 272, 276.
 Diáconos 13, 21-22, 114,
 148, 161, 202, 212, 227,
 229, 241, 243, 250,
 257-259, 276.
 Diezmos 82.
 Dimisión de un obispo 202.
 Diocleciano, abdicación de
 285.
 Dios,
 bondad de 227, 238,
 289, 322, 331,
 creador 11, 36-37,
 66, 75, 135, 147, 241,
 333.

inefable en sus
 designios 36, 44, 109, 277.
 juez de vivos y
 muertos 40.
 justo en sus juicios
 270.
 presciencia de 99.
 Disciplinas filosóficas
 209-210, 265.
 Discípulos de Jesús 55-59,
 64-67, 74, 91, 99, 103,
 109, 122, 172.
 Disposiciones imperiales
 procristianas 312.
 Divinización en el concepto
 romano 65, 285.
 División del Imperio 285.
 Docetas 204-205.
*Dodecatemorió*n 186.
 Domingo 113, 206, 248.
 Dominio propio 79.
 Don de lenguas de los
 montanistas 178-179.
 Don de profecía (véase
 Profecía, don de).
 Dones del Espíritu 333.
 Dracma ática 97, 306.

E

Ebionitas 113, 173, 208,
 248.
 Edicto de Milán 290,
 309-310, 314, 334.
 Edicto de tolerancia de
 Galerio 16, 290-293.
 Edictos imperiales
 anticristianos 152,
 224-225, 225, 244, 261,
 270, 272-274, 276, 276,
 297-298, 301, 305, 313,
 324.

- Efigies imperiales en
Jerusalén 69.
- Elección de un obispo 203,
217.
- Emigración cristiana de
Jerusalén 94-95.
- Empadronamiento (véase
Censo).
- Emperadores
supuestamente llamados
cristianos 239.
- Encarnación del Verbo 21,
29, 40, 44, 205, 271.
- Encratitas 153-154.
- Envidia 50, 142, 270, 319,
324, 331, 339.
- Epimeletés* 59.
- Escribas 85, 100.
- Escritores eclesiásticos 91,
112, 123, 125, 132, 147.
- Escritura: Nuevo
Testamento 13, 19, 24,
36, 44, 64, 67, 92, 108,
111, 123, 172, 178, 181,
215, 237, 327.
- Escuela aristotélica
alejandrina 263.
- Escuela de Alejandría
174-175, 197, 207, 217.
- Escuela de Cesarea de
Palestina 217.
- Escuela herética de Taciano
154.
- Escuela herética de Valentín
155.
- Escuelas griegas de
Antioquía 257.
- Esenios 148.
- Espíritu Santo 12, 13, 24, 36,
40-44, 63, 77, 107, 109,
113, 115, 121, 141-142,
169, 172, 179, 187, 192,
207, 215, 229, 217, 229,
237-238, 255, 262,
319-320, 322, 329, 333.
- Establecimiento de obispos
107.
- Estoicos 174, 210.
- Eucaristía 188, 230, 239.
- Eunuco 187, 201, 262.
- Evangelios 24, 29-30, 33,
48-49, 55-57, 63, 69, 79,
89, 94, 109-112, 116,
120, 154, 166, 173, 207,
215, 221, 245, 247, 252,
300, 327, 332.
- Evangelios Apócrifos
(véase Apócrifos del
N. T.).
- Evangelistas 57, 66, 90, 99,
110, 120, 218.
- Evocato 105.
- Excomuni3n 16, 228, 237,
257, 260.
- Excomuni3n de iglesias
heréticas 187, 236.
- Exorcistas 229, 276.
- Expulsi3n de los judíos de
Roma 81.
- F**
- Fábulas 155.
- Falsificaci3n de cartas
150.
- Familiares de Jes3s 102,
105-106.
- Fariseos 73, 85, 148.
- Filosofía cristiana 75, 131,
205, 208, 221.
- Filosofía cristiana de vida
78-79.
- Filósofos contemporáneos
de Orígenes 209-210.
- Firmas autógrafas de
obispos 183.
- Fisco 312.
- Flujo de sangre, mujer con
247.
- G**
- Galileos 46, 148.
- Genealogía de Cristo 48-51,
110, 207, 218.
- Geometría 191, 209,
263.
- Geyoras 50.
- Gnosis falsa 117.
- Gnosticismo, gnósticos 12,
16, 131, 148, 197,
205-206, 260.
- Gobernadores romanos 54,
65, 117, 136, 170, 269,
281, 288, 297-298, 300,
306, 312, 341.
- Goratenos 148.
- Gramática 196, 198.
- Griegas,
ciencias 211.
ciudades 325.
creencias 210.
escuelas 257.
filosofías 218.
sacerdotisas 79.
- Griegos 43, 50, 68, 70, 97,
127, 132, 135, 144, 146,
152, 173, 197, 205-206,
210-211, 218, 262, 274.
- Guerra civil 224, 314.
- H**
- Hades 59, 216, 300.
- Hambre 39, 63, 61, 67, 71,
73-74, 94-98, 129, 226,

250, 263, 277, 288-289, 305-307, 313, 340.
 Hebreos 27, 37, 40, 42-43, 45, 50, 56, 77, 92, 101-102, 110-111, 113, 121, 129, 146, 173, 189, 206-207, 214, 265, 308.
 Helcesaitas 194, 221.
 Hemerobautistas 148.
 Herejes, herejías 13, 17, 19, 20-25, 28-29, 65, 75, 105, 112-113-114, 116, 119, 126, 130-313, 134, 135, 137, 148-150, 153-155, 157-158, 171, 176-181, 183-184, 189-191, 194, 196-197, 204, 208-209, 211-213, 221, 227-228, 235-239, 244, 253, 257, 260-262.
 Herejía cerintia (véase cerintianos).
 Hermanos de Jesús 62-64, 84, 86, 99, 117, 129.
 Hieródulo 47-48.
 Hijas del diácono Felipe 116, 120, 181.
 Himnos 37, 78-80, 102, 117-118, 190, 252, 274, 278, 322, 342-343.
 Hipódromo 52.
 Historia eclesiástica 14, 17-18, 27-28, 31, 36, 57, 63, 91, 321.
 Hospitalidad, hospedaje, 242-243.
 Huida ante la persecución 222-223.

I

Idolatría,
 practicada por los paganos 66, 75, 132, 167, 287.
 rechazada por los cristianos 118, 131, 166, 224-225, 231, 242, 281, 288, 298, 302, 305, 324.
 Iglesia, edificios de 78, 269, 272, 285, 301, 311-313, 320-324.
 Iglesia universal o católica 24, 138, 139, 142, 179, 228-229, 240, 257-258, 260, 339.
 Imágenes y estatuas 68-69, 75-76, 101, 247, 275, 299, 309, 314.
 Imposición de manos 59, 63, 172, 201, 203, 213, 235.
 Incendio, como castigo divino 202.
 Incendio, del palacio imperial 275, 302.
 Incesto, los cristianos acusados de 131.
 Infierno 163.
 Informe de Pilato a Tiberio 65-66.
 Inmortal, sacerdocio 43.
 Inmortalidad del alma 112.
 Insignia, de centurión 245.
 Insignia, de los sumos sacerdotes 115.

J

Josefo, testimonio de (acerca de Juan y de Cristo) 55-56.
 Judíos 37, 41-43, 47-48, 50-53, 55, 58-59, 64, 67-71, 74, 77, 81-82, 84-86, 88, 91, 93-96, 98, 100-103, 116, 125, 127, 129, 132, 141-142, 146-247, 152-153, 171-172, 174, 176, 179, 181, 186, 206, 208, 210, 215, 219, 264-265, 270.
 Juegos 165.
 Juegos, antinoeos 132.
 Juegos de mano 259.
 Juegos, en los coliseos 141.
 Juicios contra los cristianos 160, 197.

L

Laicos 191, 211, 228, 229, 276.
 Lectores, cargo en la Iglesia 229, 276.
 Lectores, de la obra de Eusebio 35, 169, 274, 284, 301, 309, 327.
 Lectura 20, 31, 216, 255, 320, 322.
 Lectura de las cartas en las iglesias 150.
 Legión de Melitene 170.
 Legiones romanas 271, 275.
 Libaciones 75.
 Libertad de los cristianos 269, 308-309, 313-315.

Libros, quema de (véase destrucción de Escrituras).

Lista

de las Escrituras del

A. T. 214, 243.

de las Escrituras del

N. T. 111, 153.

de los profetas del

N. T. 181.

de mártires 169.

de obispos 129, 171,

230, 176, 188.

de obras de Orígenes

219.

de sectas heréticas

148.

de sectas judías 148.

Listas de los Apóstoles 56,

115, 122, 129.

Lucha contra la herejía

150-151.

Lugares de culto,

construcción y

restitución de 244, 160,

312, 335-336, 338.

Lunas de la Pascua 186-187,

264.

Lluvia milagrosa en favor

de Marco Aurelio 170.

Lluvia propicia 304.

M

Macedonios 173-174, 264.

Magia 29, 64, 74, 112, 134,

228, 239-240, 287, 299.

Magistrados romanos 101,

105, 160, 259, 261, 269,

278, 286-287, 301, 306,

310, 314.

Maniqueísmo 16, 261-262.

Marcianistas 148.

Marcionitas 134-135, 143,

154-155, 157, 176, 180,

204, 244.

Mártir, mártires, martirio

13, 15, 16, 18, 20, 28,

35, 44, 63-64, 71, 83-84,

86-88, 90-91, 103, 105,

115-120, 134, 138-139,

141-144, 148-149, 151,

154, 157, 159-171, 173,

180, 182, 183, 185, 187,

195-200, 217, 219-220,

222-223, 226-227,

230-231, 243-246, 250,

266, 269, 271-281,

283-284, 287, 291, 295,

297, 301-302, 319,

342-343.

Mártires heréticos

180, 182.

Martirologio romano

274-275.

Masboteos 148.

Matanza de inocentes en

Belén 51-53.

Matrimonio 51, 80, 115,

134, 145, 149, 154.

Matrimonio de los

apóstoles 115.

Milagros 64-66, 71, 74, 89,

94, 99, 109-110, 113,

121-122, 157, 172, 184,

193, 194, 197, 202, 217,

223, 246, 249, 308, 322.

Milagros y señales de poder

172.

Milenarismo, milenio 114,

123, 252.

Monasterio 29, 78.

Montanismo 169, 177, 179,

181-183, 206.

Montanistas, profetas (véase Catáfrigas).

N

Nacimiento virginal,

negación del 113, 208.

Neófitos (véase

Catecúmeno).

Nicolaítas 114.

Nombre de cristianos 42,

44, 66-67, 78.

Nombres de Jesús y Cristo

41-44.

Nomos egipcios 78, 127.

Novacianismo 277-230,

231, 236, 238.

O

Obispos

de Alejandría 21, 25,

87, 104, 106, 127-129,

133-134, 147, 174,

185-186, 195, 216, 218,

220, 235, 257, 266.

de Antioquía 107,

119-120, 147, 150-151,

183, 185-186, 203-204,

212-213, 222, 218, 223,

230-231, 245, 256-257,

259, 262-263.

de Atenas 93, 149.

de Cesarea de

Palestina 185-186.

de Corinto 185-186.

de Creta 92.

de Éfeso 92,

185-186

de Jerusalén 63, 84,

92-93, 103, 107, 118,

128-129, 130, 176,

- 185-186, 201, 203, 222, 245, 266.
 de Laodicea de Siria 264-265.
 de Lyon 160.
 de Roma 91, 92-93, 103, 106, 118, 127, 128, 133-134, 147, 148, 155, 159, 171, 185-186, 188, 190, 212-213, 217, 222, 235, 236, 245, 256-257, 261, 262-263.
- Obispos disidentes readmitidos en comunión 236.
- Obispos en los campos 259.
- Obra social en iglesia de Roma 150.
- Oligarquía aristocrática judía 48.
- Oración: poder milagroso de la 170-171, 172.
- Oraciones de intercesión por el Emperador y el Imperio 235, 241, 292, 340-341.
- Ordenación 201, 213, 229.
- Ostiares 228.
- P**
- Padrino 331.
- Paganismo, restauración del 286-289.
- Pascua 12, 30, 61, 81, 85, 94, 137, 151-152, 157, 186-187, 189, 202, 205-206, 213, 220, 248-249, 259, 264-265.
- Pasión del Salvador 54, 63, 67, 79, 94, 99, 116, 205, 309.
- Patriarcas 11, 28, 30, 40, 50.
- Paz para los cristianos 180, 185.
- Pecado, pecador 55, 123, 165, 168, 182, 205, 220-221, 227-228, 230, 240, 255, 259, 279, 331, 334.
- Pedro en Roma 76-77.
- Penas contra los cristianos 243, 281-282, 284, 288.
- Penitencia 191, 220.
- Persecuciones
 bajo Aureliano 257-261.
 bajo Cómodo 185.
 bajo Decio 64, 200, 222-227.
 bajo Diocleciano-Galerio 14, 16, 28, 64, 269-286, 289-291.
 bajo Domiciano 104-105, 107-109, 152.
 bajo Galo 235.
 bajo Marco Aurelio 136, 138-146, 151-153, 159-171.
 bajo Maximino Tracio 217.
 bajo Maximino Daza 269-286, 303-305.
 bajo Nerón 67, 87-88, 91.
 bajo Severo 195-201.
 bajo Trajano 116-120, 152.
 bajo Valeriano 239-245.
- Persecuciones, como juicio de Dios 270-271, 305-306, 331-332.
- Persecuciones contra los judíos 69-70, 80-81, 88, 93-98, 103, 105, 116, 127, 129-130.
- Persecuciones judías contra los cristianos 64, 71, 83-86, 93-94, 116-117, 132, 139, 141-142.
- Perseguidores, castigo de los 51-53, 72-73, 235, 251, 260-261, 292, 307-308, 311-313.
- Peste 39, 233, 249, 251, 289, 305-306.
- Pillaje de las casas y los bienes de los cristianos 224.
- Pitagóricos 210.
- Predicación de los laicos 211.
- Predicación primitiva 55, 65, 71, 75-76, 83, 91, 110, 117, 120, 132, 171, 173, 190, 291, 320.
- Presbiterio, presbíteros 15, 20, 22-23, 169, 201, 211, 277, 236, 241, 248, 276, 284, 321-322.
- Privilegios para los cristianos 320.
- Profecía,
 don de 116, 120, 141, 147, 165, 169, 172, 179, 181, 182, 256, 279.
 falsa 169, 178-181, 183.
- Profecías de Cristo contra los judíos 98-99.

Profetas cristianos 67, 71, 94, 116, 120, 141, 147, 172, 181.

Profetas hebreos 154.

Profetas y profecías montanistas 153, 169, 177-183.

Profetisas 116.

Propósito de las Escrituras 196.

Prosélitos 50, 173.

Providencia 26, 30, 66, 76, 99, 195, 199, 201, 204, 223, 229, 240, 260, 277, 290, 303, 307, 310, 335-336.

Ptolomeos 46.

Púrpura, como signo imperial 275.

R

Redención 12, 14, 26, 29, 160, 205.

Regeneración 109, 328.

Registros 50-51.

Reliquias de los mártires 142, 167.

Rematador 142.

Renegar de la fe, (véase apostasía) 35, 44, 55-66, 72-76, 78-80, 84, 87, 89-94, 99, 101, 103, 107, 109, 112, 114-123, 125, 127, 129, 132, 134, 137, 150-151, 154, 159, 166, 171, 175-176, 182-184, 187-190, 204, 206, 215-216, 221, 247, 252, 269, 300, 325, 332-333.

Rescriptos

de Adriano 133.

de Antonino 136.

de Galieno 244-245.

de Marco Aurelio

165.

de Maximino Daza

300.

de Trajano 117.

Restitución de bienes a los cristianos 335-336.

Resurrección,

de Jesús 56-57, 65,

113, 119, 186, 188, 206,

249, 265, 300,

de los creyentes 85,

112, 115, 123, 141, 167,

187, 221, 252, 330.

milagrosa de un

muerto 122.

de los cristianos 77,

79, 186, 241-242, 269,

298-299, 311-312, 320.

Reuniones de oración 320.

Revelación de Dios (véase Escritura) 11, 40, 122, 213, 252, 254-255.

Revelación, revelaciones 53, 65, 65, 77, 94, 113, 169, 203, 302.

Revuelta en la iglesia de Corinto 104.

S

Sabelianos 20, 29, 237, 256.

Sacrificios paganos 70, 75, 114, 139, 141, 225, 227, 269, 272, 274, 276, 280, 298, 302, 305, 324, 340.

Saduceos 86, 148.

Salteadores 242.

Salvación, de los seres

humanos 11, 19, 24, 27,

30, 26, 65, 74-75, 99,

108, 112, 130, 153-154,

292.

Samaritanos 75, 148.

Santidad 13, 339.

Sármatas 170.

Sarracenos 227.

Sectas heréticas (véase Lista de).

Sectas judías (véase Lista de).

Segunda venida de Cristo 115, 160, 181, 184, 187.

Sello de confirmación por el Obispo 229.

Sello del Señor (=bautismo) 108, 200.

Senado, senador 46, 48, 50, 65-66, 68, 81, 106, 135, 145-146, 185, 246, 261, 286-287, 309.

Sepulcros de Apóstoles 87, 115-116, 187, 255.

Sequías 305.

Setenta, Los (discípulos) 56, 58, 63, 109.

Setenta, Los (traductores de las Escrituras) 173-174, 208, 264.

Severianos 154.

Silogismo 191.

Simonianos 148.

Sínodo, sínodos (véase Concilio) 16-17, 20-21, 29, 186, 189, 206, 219, 221, 227-228, 231, 236-238, 256-261, 265, 298, 336-337.

Sitio de Jerusalén (véase Asedio de Jerusalén)
 Subdiáconos 229.
 Sucesión apostólica 35, 84, 87, 91-93, 103, 112, 119-121, 127, 134, 147-148, 171, 176, 178, 181, 184, 189, 206, 266, 269.
 Sucesión de profetas 102.
 Sufrimientos y calamidades de los judíos 94-98, 127.
 Sumos sacerdotes judíos en tiempos de Cristo 54.
 Supersticiones 45, 66, 75, 204, 224, 300, 310.

T

Taquígrafos 213, 220, 258.
 Templo cristiano, descripción de un 328-330.
 Terapeutas 77-78.
 Terremotos 136.
 Testimonio histórico de los apóstoles 107.
Testimonium flavianum (véase Josefo, testimonio de).

Tetrarquía judía de Felipe, Lisaniás y Herodes 53, 67, 73.
 Tetrarca 50, 54, 139.
 Tetrarquía imperial 271, 285, 292-293, 301.
 Tintorería de púrpura 262.
 Tolomeos (véase Ptolomeos).
 Toparca 58-59.
 Torturas de los mártires 119-120, 138-139, 141, 161-167, 199-200, 222-227, 272, 273-274, 276-283.
 Tradición cristiana 24, 44, 64, 70, 71, 73, 75, 83, 91, 103, 105-107, 109, 111, 114, 116, 119-120, 122-123, 128, 132, 148, 154, 170, 171, 173-174, 175, 178-179, 183, 186, 187-189, 199, 202, 206-207, 215, 217, 220, 236, 237, 244, 275, 292, falsa 148, judía 41, 49, 56, 101-102, 149, 205.

Traducciones al griego del A. T. 208.
 Traslado de obispos 203-204.
 Trato con los herejes 137.
 Trinidad 20, 23, 37.
 Trofeo de la Pasión del Salvador 309.
 Trofeos contra los demonios 159.
 Trofeos de los Apóstoles 87.
 Trono apostólico 63, 84, 93, 103, 118, 149, 245, 247, 266.

V

Valentinianos 148.
 Verbo divino 36-37, 39-40, 42-43, 76, 105.
 Vestido de los filósofos 135, 211.
 Vestiduras de los presbíteros 322.
 Vida eterna 15, 141, 279.
 Vigilia de la Pascua 202, 220.
 Viudas 26, 182, 229.



Conocer la historia de la Iglesia es una manera de hacer teología y espiritualidad. Un ejercicio continuo de aplicación y de actualización de la Palabra de Dios en el mundo, que manifiesta las riquezas del mensaje cristiano y de los caminos de Dios en la humanidad. Por ello, apenas si es necesario insistir en la necesidad que todo cristiano culto tiene de estudiar la historia de la Iglesia como un modo más, no sólo de ilustrarse, sino de alcanzar la maduración ética y doctrinal. Pastores, maestros, evangelistas, misioneros, profesores de seminario, e incluso personas ajenas a la fe, pero interesadas en el devenir histórico de nuestra civilización, tienen mucho que aprender de la presente obra. Su lectura ayudará a entender en qué medida el conocimiento de Cristo y su mensaje siguen las pautas dejadas en el Evangelio y manifestadas en el correr de los siglos, o ha sido deformado por intereses eclesiales o de partido.

¿Qué sucedió tras la muerte de los apóstoles, testigos privilegiados de Jesucristo? ¿Cómo afrontó el cristianismo la cultura grecorromana? ¿Cuál fue el alcance y significado de las persecuciones? ¿Qué supuso la conversión de Constantino para la Iglesia?

Eusebio tuvo el privilegio de asistir al nacimiento de la civilización occidental tal como nos ha sido familiar hasta nuestros días.



editorial clie

• CLASIFIQUESE: 300 HISTORIA •
HISTORIA DE LA IGLESIA PRIMITIVA
• CTC 01-03-0300-10 • REF 224495 •

ISBN 978-84-8267-476-6



9 788482 674766